RECUERDOS

Y BELLEZAS

DE ESPAÑA

GRANADA

A
47
680

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: A
Estante: 47
680

RECUERDOS Y BELLEZAS

DE

ESPAÑA.

REINO DE GRANADA.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: A
Estante: 47
680

RECUERDOS Y BELLEZAS

DE

ESPAÑA.

REINO DE GRANADA.

Es propiedad de F. J. Parcerisa.

MADRID.—IMPRENTA DE REPULLÉS.—1850.

RECUERDOS Y BELLEZAS DE ESPAÑA.

BAJO LA REAL PROTECCION DE

SS. MM. LA REINA Y EL REY.

Obra destinada á dar á conocer sus monumentos y antigüedades en láminas dibujadas del natural y litografiadas por

F. J. PARCERISA,

Escrita y documentada por D. Pi y Margall.

REINO DE GRANADA.

Comprende las provincias de Jaen, Granada, Málaga y Almería.

AÑO 1850.

Dib.º del nat.l y cromolit.º por F. J. Parcerisa.

Babuchero. (Alhambra)

RECUERDOS Y BELLEZAS

DE

ESPAÑA.

AL REINO DE GRANADA

INTRODUCCION.

ÉRTILES (*) y risueñas praderas donde la naturaleza reunió flores que embellecen el suelo de apartadas regiones! ¡sierras magestuosas coronadas de nieves eternas! ¡rios cuya sonora corriente pasa bajo bóvedas de verdura al pie de ciudades ayer florecientes y hoy sepultadas en el polvo de sus ruinas! ¡monumentos que oscureció la niebla de los siglos! reino encantador de Granada ¡salud! La fama de tu belleza y de tu gloria nos separó de nuestros hogares, y te saludamos desde lo alto de tus fronteras.

(*) No pudiendo por falta de documentos antiguos que las ofrezcan presentar en este tomo las letras floreadas que hemos dado en los anteriores, copiadas de manuscritos de los siglos medios, suplimos esta falta dando por cabecera de la introduccion y del primer capitulo de la obra una F y una Y compuestas sobre las que orlan el antepecho esterior de la Capilla Real de Granada.

Deseamos respirar el aire que perfuman tus vegas, gozar de la sombra de tus álamos, oir el susurro de tus frondas y el murmullo de tus arroyos, contemplar desde la cumbre de tus colinas la azulada bóveda de tu cielo, orlada de franjas de oro al hundirse el sol en occidente. Deseamos sentarnos bajo la copa de tus árboles y el techo de tus palacios; y evocando el genio de esos lugares solitarios, oir tus tradiciones misteriosas, mientras silba el viento entre las ramas y las aguas turban el silencio de la noche. Deseamos abrir las páginas de tu historia en medio de tus vastas llanuras cubiertas de olivos, en medio de las ruinas de tus castillos sentados al borde de precipicios entre cuyas rocas tapizadas de musgo saltan los torrentes. Dicen que tus campos guardan aun impresa la huella de tus antiguos vencedores, que en el seno de tus cerros hay lugares en que de noche se oye aun estrépito de armas y suspiros de soldados que murieron hace veinte siglos bajo sus escudos, que estan todavía ensangrentados algunos de tus barrancos; y deseamos ver esos testimonios vivos de batallas que hicieron estremecer la tierra y cambiaron la faz del mundo. Deseamos meditar en los escombros de tus pueblos sobre tu grandeza de otro tiempo, y arrancar á las mudas piedras los secretos de tu pasado.

¡Granada, bello reino de Granada! tú eres ya una sombra, pero sombra augusta de lo que fuiste. Tus alcázares de mármol fueron un dia cuna de reyes; sepulcro de príncipes tus fortalezas, medio ocultas en las nubes. Tus murallas salvaron una monarquía que habia visto ya sumergidos dos tronos en la sangre de tus hijos. Fuiste el solio de Alhamar, cuyo poder y magnificencia ensalzan aun las salas de tus monumentos; fuiste la corte de su brillante dinastía. Serviste de postrer asilo á la civilizacion árabe, la primera que vino á disipar las tinieblas de la Europa; y te engalanaste con sus mas ricas joyas. Eras entonces una reina. Tus palabras resonaban en bóvedas pintadas de oro; cantaban cien poetas tu hermosura; justaban por complacerte mil valientes, cuando las cornetas del ejército enemigo no los llamaban al campo de batalla. La fama llevaba de torre en torre el bullicio de tus festines y el ruido de tu grandeza hasta las fronteras de otros pueblos, que, al oirlos, envidiaban tu suerte, y suspiraban por no poder habitar en tus mansiones venturosas.

¡Granada, bello reino de Granada! ¿Qué has hecho hoy de tu cetro? ¿Cómo yace ya coronada solo de flores la que ciñó en otro tiem-

po una diadema? Llega á nuestros oidos un rumor triste como el de las hojas secas de tus árboles cuando las arrastra en otoño el viento de la tarde, y adivinamos qué es ese rumor siniestro. En la colina en que está sentado tu palacio suenan pasos lentos de caballos, y son esos caballos los que llevan fuera de sus muros al último de tus reyes. Llora, reino desgraciado, llora porque han llegado para tí horas de duelo y de amargura; ha llegado para tí la hora de la muerte. ¿No oyes el estruendo de los cañones y el clamoreo de los ejércitos enemigos? Asi celebran tus funerales los que han vencido á tus hijos, que no supieron abrir en tus llanuras una tumba para tus contrarios. Llora, Granada, llora: tus vencedores son de corazon generoso; pero no comprenderán los misterios de tu existencia ni respetarán las costumbres de tu vida. Vendrá dia en que derribarán con el hierro tus monumentos, devorarán con fuego los libros de tus sabios y de tus profetas, desterrarán con un decreto impío al último de tus creyentes.

¿Qué nos queda ya de tu esplendor antiguo? La yedra y los abrojos van separando lentamente las piedras de tus castillos, nido tan solo de las águilas: los brillantes colores de tus salones estan confundidos por la humareda que arroja la hoguera del mendigo; las columnas de mármol que sostenian los arcos de tus patios caen bajo el peso del tiempo dejando rodar entre la yerba sus dorados capiteles. Las ciudades que sobrevivieron á tu ruina estan poco pobladas y en silencio; ni se oyen en ellas los cantos de tus bardos, ni el rumor de tus festines, ni el confuso choque de tus talleres donde la recatada mora iba á ocultar con brillantes sedas su hermosura. En muchas de tus campiñas apenas se descubre un pueblo ni suena la voz del hombre; tus antiguos caminos han desaparecido bajo sombríos matorrales; vastos cuadros de tus comarcas mas fecundas estan condenadas á la esterilidad por la escasa energía de tus hijos. Poco, muy poco conservas ya de tu animacion y poderío: has olvidado hasta el lenguaje de tus reyes, y las letras entalladas en el estuco de tus palacios son para tí misma un enigma. El viajero que te visita, despues de haber admirado tus bellos paisages, piensa solo en tu pasado si no quiere perder la ilusion que le hicieron concebir tus tradiciones y leyendas; y quizás al dejarte te olvida.

Mas no, no, tú no eres ni has sido nunca digna de olvido. ¡Que

cualquiera que crea en el Señor doble al verte la rodilla! Tus vencedores fueron grandes, y tú guardas su sepulcro; fueron cristianos, y tus verdes praderas estan santificadas con su sangre. Sus banderas adornan los templos que sucedieron á tus mezquitas; tus pueblos estan aun todos llenos de su gloria. ¡Granada! ¡Granada! tú fuiste vencida; pero tu vencimiento te honra, porque fueron santos tus enemigos, y dirigió la mano del Omnipotente sus espadas. Sí, porque tú no obedeciste entonces mas que á tu destino, y estaba escrito que habia de triunfar en tí la fé de nuestros padres, Cristo sobre el Profeta. ¿No conservas aun el estandarte de los que te vencieron? Enarbólalo en la mas alta de tus torres: ve y oye al mundo que vive bajo la ley de Dios. Gritos de gozo pueblan los aires; aclamaciones entusiastas flotan en torno de tu pabellon sagrado. Las bóvedas de todas las catedrales retumban con el eco de tu nombre pronunciado por el sacerdote, acompañado por las cien voces del órgano, repetido por todo un pueblo. Triunfó en tí el Señor, y es santo el suelo que en tí pisamos. Las piedras de tus templos fueron cortadas por los aceros de los soldados de Cristo; tus altares estan levantados sobre sus cenizas; y son doblemente sagrados los monumentos que consagraste al rey de los reyes. ¡Granada, Granada! tu presente es aun glorioso: en tus templos se respira la fé de nuestros abuelos y deseamos orar en el fondo de tus capillas.

Las huellas de tu pasado no estan por otra parte enteramente borradas en la superficie de tu suelo. Tu Alhambra revela aun la suntuosidad de tus monarcas, tus alcazabas las rudas costumbres de tus feroces africanos, tus acequias, venas de tus fértiles llanuras, la sabia administracion de tu gobierno, tus palmas el origen oriental de tus guerreros. Una palma recordó un dia á Abdhelraman el bello suelo de su patria; y hoy no hay viajero que al verla destacarse aislada en el azul del cielo no recuerde á tus antiguos pobladores. Quedó impreso en tu naturaleza misma el sello de los árabes, de quienes hablará eternamente el verde maiz y el espinoso chumbo que cubren tus vegas y tus cerros pintorescos. Cuatro siglos rodaron sobre tí despues de tu caida, y el pastor refiere aun en la arroyada la historia de tus abencerrages; tus poetas hacen estremecer aun las cuerdas de su lira para cantar las escenas dc amor y de venganza que tuvieron lugar á la sombra de tus cipreses, en el interior de tus torreones, en el laberinto

de tus jardines, en las tazas de mármol de tus fuentes (1). Y no son solo tus poetas los que encienden su fantasía en el fuego de tu pasado; poetas y artistas que respiran el aire menos poético de otras provincias vienen á inspirarse bajo el sol de tu inflamado cielo. Muchas almas entusiastas se han sentado ya bajo los avellanos que cubren las angosturas del Darro y las frescas alamedas que prestan su sombra á las márgenes floridas del Genil; y cantan tus dias de gloria, los dias de gloria de los héroes que por tí ó contra tí desnudaron sus espadas.

¡Granada! nosotros sentimos tambien entusiasmo por tí; pero no arde en nosotros la llama divina que inflama la frente de esos genios. No nos es dado halagar tus oidos con el eco de nuestros cantos: nuestra voz es débil, y se confundiria con el murmullo de tus aguas y los torrentes de armonía que brotan de las arpas de aquellos cantores inspirados. Seremos solo tus historiadores: referiremos sencillamente tus vicisitudes, tus horas de triunfo y tus horas de amargura, los hechos que te llevaron á la cumbre de tu esplendor, los que te precipitaron al abismo de tu desgracia. Te seguiremos al través de los siglos que sacudieron sus pesadas nieblas sobre tu cabeza, y procuraremos presentarte al mundo como fuiste. Removeremos para ello con respeto la ceniza de tus sepulcros, el fondo de tus ruinas, el polvo de tus archivos; preguntaremos á cada uno de tus lugares por sus recuerdos, á cada uno de tus monumentos por su historia.

Amantes de la naturaleza y del arte, pintaremos tambien tus bellos paisages y tus alcázares y templos. La arquitectura de tus antiguos reyes tiene para nosotros un lenguaje que llega al alma, bellezas que embelesan los sentidos; y deseamos sondar sus principios, describir sus obras, presentar con toda su hermosura esas fábricas encantadoras en que fué mecida la cuna de tus príncipes, asaltados tus guerreros, encerrados los espíritus que aun hoy parecen guardar bajo artesonadas techumbres los dulces secretos de tu historia.

¡Granada! ¡Bello reino de Granada! perdónanos si con mano atrevida vamos á profanar quizás la urna sagrada que encierra tu pasado: el amor por tí nos trajo á estas fronteras, y solo el amor por tí pudo inspirarnos tanto atrevimiento. Brisas que oreais nuestra humilde ca-

(1) Aludimos principalmente á la coleccion de leyendas que bajo el título de Alah-Akbar ha escrito D. Manuel Fernandez y Gonzalez, y á las Tradiciones Granadinas que está escribiendo D. J. Soler.

bellera, arroyos que murmurais á nuestras plantas, flores que creceis á sus orillas y embalsamais el aire con deliciosos perfumes, estrellas que alumbrais de noche el firmamento, espíritus que correis en alas de las auras que agitan dulcemente los árboles de estas selvas, dad nueva frescura á nuestros sentidos, nuevas fuerzas á nuestra inteligencia, mayor vuelo á nuestra fantasía. Vamos á hablar de Granada, la reina de nuestra poesía y de nuestra historia, y tememos empañar el brillo que le dieron tres siglos de reinado y cuatro de glorioso vasallage. Que Granada diga al leer nuestro libro: héme aqui: y sepultaremos con placer la pluma con que lo hayamos escrito.

RECUERDOS Y BELLEZAS

DE

ESPAÑA.

REINO DE GRANADA.

Capítulo primero.

Geografía antigua de las cuatro provincias.

NFIÉRESE de los escritores griegos y romanos que hubo antiguamente cuatro tribus en el suelo de Jaen, Almería, Málaga y Granada. Vivian al norte los Oretanos, que ocupaban las faldas meridionales de Sierra Morena y las occidentales de las de Segura y Cazorla, desde las cuales bajaban por ambas orillas del Guadalquivir hasta las fronteras de la Turdetania, cerca la ciudad de Andújar. A mediodia confinaban con ellos los Bastitanos, que se estendian desde mas acá de Guadix al reino de Murcia, llegaban hácia oriente al mismo pié del mar, descendian de Orce á Berja por junto á Almería, y de allí se dirigian por las vertientes meridionales de las Alpujarras y el valle de Lecrin al levante de Sierra

Elvira (1). Los Túrdulos, que desde la provincia de Córdoba, donde se internaban por las márgenes del Betis, bajaban á la de Málaga quizás hasta la sierra de Guaro, moraban al occidente de aquellas dos tribus; y debajo de ellos y de los Bastitanos poseian los Bástulos las riberas del Mediterráneo desde Orce hasta el Estrecho. Muchos historiadores modernos han querido ver aun en estas provincias otros pueblos llamados Célticos, sitos segun ellos en la Serranía de Ronda; mas no creemos que permitan juzgarlo así los textos de los geógrafos antiguos, que los ponen constantemente al oeste de Sevilla en las orillas del Guadiana (2). Los autores que escribieron antes de la caida del imperio romano son á nuestro modo de ver los únicos que pueden tener en estas cuestiones un voto decisivo.

Cada una de estas tribus tenia su capital. Los Oretanos, que al septentrion de Sierra Morena ocupaban todo el campo de Calatrava, la tuvieron en Oria ú Oretum sentada á las orillas del Javalon, donde se eleva el modesto santuario de Nuestra Señora del Oreto; los Bastitanos en Basti, hoy Baza, fecundada por el rio del mismo nombre; los Bástulos tal vez en Malaca; los Túrdulos en Corduba, que se cree haber sido tambien la metrópoli de toda la Turdetania. Comprendia, ademas, cada tribu en su territorio ciudades importantes. Dentro del término de estas provincias dependian de Oretum Castulo, Biatia, Tuia, Men-

(1) Estas dos tribus se estendian mas allá de los términos que les asignamos; debe, empero, advertirse que aqui solo hablamos de los Oretanos y de los Bastitanos que hubo dentro de lo que es hoy Andalucía. La Oretania corria al norte por todo el campo de Calatrava: la Bastitania llegaba hácia oriente hasta el rio Sucro ó Sucron, ahora Júcar.

(2) No pretendemos dilucidar aquí esta cuestion, de la que tal vez nos ocupemos al hablar de Ronda; mas no podemos menos de trascribir el párrafo de Plinio en que fundan toda la fuerza de sus razones los que siguen la opinion contraria... El pais que media entre el Betis y el Anas, dice aquel grande escritor, pais que cae fuera de los que se acaban de nombrar, se llama Beturia. Se divide en dos partes habitadas por dos naciones, *los Célticos que lindan con la Lusitania y corresponden al partido de Hispalis (Sevilla)*, y los Turdulos, que confinan con la Lusitania y la Tarragonesa, y dependen de Córdoba. Los Célticos son Celtiberos venidos de la Lusitania, como lo demuestran el culto, el idioma y los nombres de las poblaciones, que corresponden á los que tienen las mismas en la Bética. Fama Julia es Seria; Concordia Julia, Nertobriga; Restituta Julia, Segides; Julia, Contributa; la Cúriga actual, Ucultuniaco; Constancia Julia, Lacunimurges; Fortunales, Tereses; Emanicos, Calenses. Continúa luego el autor en el párrafo siguiente... La Céltica contiene, ademas, Acinipo, Arunda, Arucis, Turobriga, Alpesa, Sepona y Seripo. *Præter hæc in Celtica Acinipo, Arunda*, etc., (Plin. lib. 3. cap. 3.). ¿Pór dónde cabe aqui conjeturar que Plinio pudo referirse á unos Célticos que habitaban en la Serrania de Ronda? Cuando dice: *Præter hæc in Celtica*, ¿es siquiera posible conjeturar que hablaba de otros Célticos que los que él mismo puso entre Guadalquivir y Guadiana?

tesa y Cervaria; de Basti Ilunurum, Vergilia, Acci y Urci; de Malaca Barbesula, Suel, Salduba, Menoba, Exi, Selambina, Portus-Magnus y Murgis; de Corduba Becula, Illiturgis, Ippaturgis, Sitia, Obulcon, Tucci, Illiberis, Vescis, Escua, Astigi y Lacitis, acaso la última ciudad de las regiones que hubo en el interior del reino (1). ¿Hasta dónde, empero, llegaba esa dependencia? Desgraciadamente estan mudas sobre este punto la tradicion y la historia. Los escritores antiguos no vieron en las capitales sino un lugar donde se reunian las tribus en asambleas ó conciliums para deliberar sobre negocios que pudiesen afectar el interes de todos los individuos; ni las pintaron mejor muradas, ni mas embellecidas, ni dijeron que gozasen de preeminencias que pudiesen distinguirlas de las demas ciudades. A juzgar por las escasas noticias que nos dieron, no mediarian sino vínculos muy débiles entre unas y otras poblaciones. Ni puede suponerse otra cosa, si se atiende á que el hombre inculto tiende naturalmente al aislamiento, y está siempre dispuesto á sacudir el yugo que otros cualesquiera pretendan imponerle.

Era aun mayor la independencia entre las diversas tribus. Aunque oriundas todas del Asia, mirábanse antes como enemigas que como hermanas, veian en su proximidad menos motivos de confianza que de recelo, y apenas se conocian mas que por las relaciones á que habian dado origen sus querellas y frecuentes guerras. Las tribus de estas provincias, como las demas que fueron poblando la Europa, eran el resultado de las incesantes emigraciones á que movieron á los hombres en los primeros siglos las necesidades físicas, los escasos medios de satisfacerlas, y sobre todo el deseo de vivir en mejor clima y bajo mejor cielo. Habíanse impelido por mucho tiempo unas á otras, habian sido arrojadas repetidas veces de los paises que habian escogido su-

(1) Hé aqui los lugares de la España moderna á que corresponden las ciudades de cada tribu mentadas en el texto. Castulo es Cazlona; Biatia ó Beatia, Baeza; Tuia, castillo de Toya; Mentesa, La Guardia; Cervaria, tal vez Bilches; Ilunurum, Hellin ó Villena; Vergilia, Berja; Acci, Guadix; Urci ú Orcelis, Orce; Barbesula, ciudad que estuvo en la boca del Guadiaro; Suel, Fuengirola; Salduba, Marbella; Manoba, Velez; Exi, Ex ó Sex, Almuñecar; Selambina, Salobreña; Portus-Magnus, Almería; Murgis, Mojacar; Baecula ó Caecila, Bailen; Illiturgis, Sta. Potenciana; Ippaturgi, Los Villares, junto á Andújar; Obulcon, Porcuna; Tucci, Martos; Illiberi ó Illiberis, Elvira; Vescis, Huesca; Escua, Archidona; Astigi ó Astigis, Alhama; Lascitis, La Pedrera ó Coin. Tampoco hemos citado aqui mas ciudades antiguas que las que estuvieron en el territorio de las cuatro provincias que estamos historiando: son muchas mas las que hubo en cada tribu.

cesivamente por morada; y al fijarse en regiones que estaban ya en los últimos confines del mundo, era natural que temiesen á sus vecinos y viviesen sin cesar sobre sus armas. No gozaban, por otra parte, todas de una situacion igualmente ventajosa: los Oretanos vivian en una tierra generalmente áspera y poco fecunda, y los Túrdulos en un pais donde brota la vegetacion entre las mismas rocas; los Bastitanos estaban, en todo lo que es hoy Andalucía, encerrados en estrechos valles circuidos de sierras escabrosas, y los Bástulos al pié del mar, que les abria la comunicacion con las vecinas costas de la Mauritania. ¿No podia ser esto causa de contínuas invasiones?

Los geógrafos griegos y romanos hablan, sin embargo, de una vasta region llamada Turdetania, que suponen compuesta de diversos pueblos en cuyo número cuentan á los Túrdulos y á los Bástulos. Indican que Córdoba fué su capital, describen su situacion, sus rios, sus montes y sus fronteras, y en cuanto dicen de ella dejan sospechar que hubo lazos sociales y políticos cuando menos entre algunas tribus. Importa, pues, que nos hagamos cargo de esta region antigua. La Turdetania, segun Estrabon, era lo que fué despues la Bética. Estendiase desde las orillas del Guadiana hasta el golfo de Urci, estando bañada casi en toda su estension por las cristalinas aguas del Guadalquivir, conocido en las primeras épocas de la historia con el nombre de Tarteso. Llamábasela tambien Tartesida, y solian pintarla como un lugar de ventura, donde eran desconocidas la nieve y la escarcha, y vivian felices los hombres, halagados sin cesar por las suaves y frescas auras que despedia el mar vecino (1). Celebrábase especialmente su feracidad y la riqueza de sus metales, tanta, al decir de la antigüedad, que brotaba la plata entre las peñas y arrastraban oro consigo los arroyos y los torrentes. La fama de su belleza habia llegado ya desde muy antiguo á las playas de la Grecia; y la habian escogido por campo de sus ficciones la religion y la poesía. En ella ó cerca de ella habian sido colocados los Campos Elíseos, morada de las almas de los justos, el jardin de las Hespérides, célebre por sus manzanas de oro, las fecundas praderas donde apacentó Gerion sus numerosos rebaños, el lugar de las

(1) Estas palabras estan literalmente copiadas de la Odisea de Homero, que aunque no mentó la Turdetania por su nombre, es indudable que quiso hablar de ella cuando dice que fué su héroe á una region sita en los últimos confines de la tierra, próxima al Océano.

hazañas de Hércules, de quien dijeron que rompió el istmo que separaba el Mediterráneo del Océano. A ella habia traido la mitologia á Pan y á Baco, y la poesía á Ulises, cuyas armas, cuenta la tradicion, que estuvieron suspendidas por muchos siglos de los muros de un templo de Minerva fundado en una ciudad al norte de Adra. Homero, considerándola situada en los límites del Orbe, habia visto, por fin, en ella el trono de Minos y de Radamanto, inmediato á este el Tártaro y mas allá las olas del Océano que estinguian, segun él, los mas brillantes rayos del sol y atraian la noche sobre la tierra (1). Los griegos del tiempo de este poeta no tenian de tan apartada region mas que ideas vagas y confusas; y es sabido que la oscuridad tanto en la geografia como en la historia favorece la fuerza creadora de la poesía.

Mas ¿esta Turdetania era verderamente una provincia ó una tribu? Todos los escritores hablan de unos Turdetanos que habitaban en las márgenes del Tarteso, cuyo territorio suponen limitado al occidente per el mismo Guadiana, al mediodia por el mar y al oriente por los Túrdulos, con los que estaban ya confundidos en tiempo del imperio. Remontan su orígen y su civilizacion á las épocas mas oscuras de la historia, y los pintan suaves en sus costumbres, adelantados en el ejercicio de las artes, gobernados por leyes antiquísimas, enemigos de la guerra, amantes del cultivo del entendimiento, muy lejanos ya del estado de barbarie en que se encontraban los habitantes de las próximas regiones. Tribu de tan buena situacion y tan aventajada en cultura parece verdaderamente que debia ejercer algun influjo sobre sus vecinas; mas esta consideracion no basta para establecer en ella el centro político de las demas, ni considerarla como la cabeza de toda la comarca. Carecemos de datos históricos, y solo cabe emitir mas ó menos fundadas conjeturas. No era solo notable la tribu de los Turdetanos por sus mayores adelantos sociales; lo era por su mayor estension, por la mayor riqueza de su suelo, que contenia en sí lo mas feraz y pingüe de toda la Andalucía, por su mayor facilidad en aprove-

(1) En el mismo mar, llamado de Tarteso por ser este el nombre dado antiguamente ya al Guadalquivir que desemboca en él, ya á una ciudad que estaba á su entrada, supuso Silio Itálico que de noche quedaban presos los caballos del sol, á los cuales soltaba por la mañana.

Jam Tartessiaco quos solverat æquore, Titan
In noctem diffusus equos jungebat Eois
Littoribus...

Sil. Itál. de bell. pun. lib. 6.

charse de las ventajas naturales del terreno: circunstancias todas que habiéndose debido presentar aun con mas realce á los ojos de los primeros invasores, es muy posible que hayan sido causa de que estos hiciesen estensivo su nombre ya que no su influencia á las regiones encerradas entre el Guadiana y los montes de Cazorla, entre Sierra Morena y el Mediterráneo. Apoya esta hipótesis el mismo Estrabon, que despues de haber descrito la posicion geográfica de la Oretania y de la Bastitania, pasa á hablar de la Bética, llamada asi, dice, porque la baña el Betis y Turdetania por el nombre de sus habitantes. Todos los habitantes de la Bética ¿eran pues Turdetanos, segun este geógrafo? A haberlo creido así, hubiera guardado silencio sobre los Bástulos, de que no tarda en ocuparse.

La geografia de la mayor parte de los pueblos suele presentarse entre sombras hasta la época en que la civilizacion penetró en ellos con las armas de alguna nacion conquistadora. Divididos y subdivididos antes en pequeñas tribus, es dificil apreciarlos en detalle, imposible á veces abarcarlos en conjunto. Mas cuando gimen ya bajo el yugo de un imperio estraño, reunidos en grandes grupos, en distritos judiciales, en provincias, van haciéndose asequibles á la ojeada rápida de los historiadores. Respecto á nuestras tribus no tuvo aun lugar esta mudanza bajo la dominacion de los Fenicios ni la de los Cartagineses; pero la tuvo indudablemente bajo la de los Romanos, á cuyos escritores debemos hasta las oscuras noticias que preceden. Dueños los Fenicios apenas mas que de nuestras playas meridionales y occidentales, y atajados los Cartagineses en su conquista por las armas de la república del Tiber, no pudieron verificar en la Península ninguna revolucion política que debiese dar por resultado una nueva clasificacion geográfica; al paso que los Romanos, señores de todo el reino, se vieron obligados por el deseo que tenian de conservarlo en su poder á distribuir los pueblos en mayor ó menor número de provincias y conventos segun lo iban exigiendo sus sistemas de administracion de justicia y sus medios de gobierno. Agrupólos en dos provincias la República, en tres Augusto, en seis Constantino, que despues de haber trasladado á oriente el trono levantado y sostenido por sus mayores, trastornó casi del todo la division antigua del imperio.

Durante los cónsules, pertenecieron á la España ulterior las tribus de estas provincias; mas desde el primer sucesor de Cesar fueron dis-

tribuidas parte en la Bética y parte en la Tarraconense. Era entonces la Bética una provincia que desde el Guadiana se estendia hasta Mojacar por las orillas del Mediterráneo, torcia por entre Granada y Guadix, y Andújar y Cazlona hácia Sierra Morena y la Mancha, y al llegar en esta á la altura de Medellin, volvia á las márgenes del mismo rio que constituía su punto de partida. Confinaba al occidente con la Lusitania, al norte con los Carpetanos, con la Oretania y la Bastitania á oriente y con el mar á mediodia. De las tribus de estas provincias solo tenia á los Túrdulos y á los Bástulos dentro de sus fronteras: las otras dos dependian de la antigua Tarraco.

Recibia la Bética el rio de que tomó nombre (1) junto á Illiturgis, á la entrada de la Osigitania, cuyos fértiles y encantados valles tapizaban las riberas de la misma corriente. Era á la sazon el Betis rio de mucha celebridad, y tenido como ahora por el primero de Andalucía. Plinio nos indicó ya su nacimiento en el Saltus Tugiensis ó sierra de Segura, de la cual le pintó despeñándose con violencia como huyendo de la hoguera de uno de los Escipiones; Silio Itálico mencionó la fertilidad de sus márgenes cubiertas de olivos y la belleza de sus claras y trasparentes aguas acostumbradas á limpiar todos los dias los caballos del sol; los geógrafos le supusieron todos navegable en buques mayores hasta Sevilla, y en pequeñas barcas hasta algo mas allá de Córdoba, gloria de una tierra que produce oro, como la llama el mismo Itálico (2). Despues de él apenas eran mentados en la Bética mas que sus tributarios el Menoba y el Singilis, el mismo que cubre hoy de cármenes y alamedas la vega de Granada; el Barbesula, que ruge bajo las imponentes ruinas del castillo de Gaucin, y desagua cerca de las Columnas de Hércules; el Salduba, que fecunda los alrededores de Marbella;

(1) El Betis, llamado desde la dominacion de los árabes Guadalquivir.

(2) Trasladamos á continuacion los textos de Plinio y Silio Itálico citados: «Bætis in Tarraconensis provinciæ non ut aliqui dixere Mentesa oppido, sed Tugiensi exoriens Saltu, juxta quem Tader Fluvius (El Segura) qui cartaginensem agrum rigat. Ille ocior refugit Scipionis rogum.» Plin. lib. 3. cap. 1.

. . . . . Genuit quos ubere ripa
Palladio Bætis umbratus cornua ramo.
. . . . . .
Nec decus auriferæ cessabit Corduba terræ.
Sil. Itál. lib. 3. de bell. pun.

. . . . . Bætisque lavare
Solis equos dulci consuetus fluminis nuda.
Im. lib. 17.

el Malaca, llamado despues Guadalmedina; el caudaloso Anas, por fin, en cuyas orillas estaban sentados los pueblos de dos regiones (1).

Las sierras donde nacen estos rios llevarian tambien otro nombre entre los Romanos; mas no consta sino el de muy pocos en las obras que aquellos escribieron. Apenas hablaron mas que del Mons Mariorum, que separa ahora Castilla de Andalucía, y del Ilipula, voz al parecer genérica con que designaron toda esa vasta cordillera que empieza en la sierra de Segura y va á hundir su planta en el Estrecho. El Orospeda que mientan alguna vez los geógrafos, no era mas que una parte de esa misma cadena de montes á que pertenecia tambien el Salto Tugiense, llamado Argénteo por la mucha plata que en sus entrañas contenia. Por lo que cabe inferir de Estrabon era el Orospeda el ramal que va de mediodia á occidente, y el Mons Argentens la cabeza de la cordillera. El Ilipula no comprendia, pues, solo la Bética: hácia oriente constituía las fronteras de los Oretanos, y dividia por mitad la Bastitania.

Estaba ademas dividida cada provincia española, segun la distribucion de Augusto, en distritos ó conventos judiciales, cada uno de los cuales comprendia en la Bética una cuarta parte del territorio. Los Túrdulos y los Bástulos orientales eran del de Córdoba; los que vivian mas al occidente, del de Ecija; las otras dos tribus, del de Cartagena, uno de los de la Tarraconense. Esos límites estan aun descritos con vaguedad, mas no creemos necesario descender á mas detalles.

La reforma hecha por Constantino es tambien en este lugar poco digna de exámen, porque apenas alteró la geografia de estas tribus. Los Oretanos y los Bastitanos pasaron á la provincia Cartaginesa (2).

(1) Menoba ó Manoba era el rio Velez; el Singulis ó Singilis, el Genil; el Barbesula, el Guadiaro; el Salduba, Rio Verde; el Anas, el Guadiana.

(2) El lector habrá observado lo escasos que hemos sido en citar á los autores de cuyas obras hemos sacado las noticias que preceden; lo hemos creido inútil, porque á querer hacerlo, hubieramos debido repetir las mismas citas al fin de cada cláusula. Baste saber que para la redaccion de este capítulo hemos tenido con especialidad á la vista el lib. 3.° de Estrabon, la Conduccion Geográfica de Ptolomeo, el libro 3.° de la Historia Natural de Plinio y el 2.° de Pomponio Mela.

Capítulo segundo.

Historia de las tribus granadinas desde la entrada de los Fenicios hasta la conquista total de España por los Romanos.

Recorriendo los Fenicios las costas de África, créese que dieron con el Estrecho y desembarcaron en las playas de estas tribus. Admiróles al parecer en ellas la fecundidad de la tierra y la hermosura del cielo; mas no las escogieron para asiento de sus colonias hasta que tres siglos despues la necesidad les obligó á dejar las poblaciones que tenian en la Siria (1). Movidos entonces por la voz de sus oráculos, volvieron á estas riberas del Mediterráneo, donde se establecieron y fueron levantando ciudades que se hicieron célebres. Ocuparon al principio solo el pais de los Bástulos, en que fundaron Málaca, Abdera, Exi y Salambina; pero no tardaron en dirigirse al de los Turdetanos y al de los Túrdulos, cuya capital construyeron, segun algunos escritores, para recoger y aprovechar el fruto de los vastos olivares que cubrian como ahora las orillas del Tarteso (2). Fijaron principalmente su morada en estas tres regiones, que poseyeron en paz y sin mezcla de otros pueblos hasta que los Foceos, despues de haber establecido algunas colonias en las costas de oriente, bajaron por mar á Andalucía, y fueron tal vez los que dieron orígen á una ciudad de carácter griego que hubo junto á Málaga (3).

(1) Dios habia prometido á Abraham hacer á sus descendientes dueños de la tierra de promision, que era el rico pais de Canaan y la patria de los Fenicios. Josué, en cumplimiento de esta palabra, entró á mano armada en ella, y ganó una tras otra las ciudades de Jericó, Har, Gabaon, Jerusalen, Betel, Yerimot, Hebron, Gader y Laquis, cuyos habitantes, huyendo de la cólera del vencedor, bajaron precipitadamente á las que ya de mucho tiempo tenian en las orillas del mar Sirio. Rebosaron de poblacion con este motivo Tiro, Sidon, Biblos y Arada, que no pudiendo contener al fin á los vencidos, les indujeron á ir á establecer colonias en los paises que ya conocian. Pasaron entonces los Cananeos á los pueblos septentrionales del Atica y del Peloponeso, no tardando en arribar hasta á estas playas españolas, cuyo recuerdo conservaban por una tradicion no interrumpida. Tuvo lugar esta segunda espedicion á mediados del siglo XV antes de Jesucristo; la primera se calcula que en el XVIII, en que se entregaron los Fenicios á las espediciones marítimas mas aventuradas.

(2) Fúndase esta opinion en que la palabra Córdoba deriva de una raiz hebrea ó fenicia, *Corteba*, que significa prensa ó almazara. Romey, t. 1. cap. 1.

(3) Estrabon nos habla de esta ciudad que llama Menaces, manifestando que no se la debe confundir con la de Málaga, toda tan fenicia como aquella griega.

La permanencia de los Fenicios en estos ni en otros muchos lugares en que estuvieron (1) no puede ser llamada en rigor dominacion. No emplearon jamás las armas contra las tribus indígenas, á las cuales dominaron, mas que por la fuerza, por la superioridad de su cultura y el trato contínuo que con ellas tuvieron vendiéndoles los productos de sus artes, y tomando en cámbio los frutos que con tanta abundancia arrojaba de su seno la naturaleza. No les exigieron nunca tributos, ni las obligaron á seguir su religion, ni les impusieron leyes, ni ejercieron por fin sobre ellas ninguna clase de poder político; antes las trataron siempre como aliadas, y se asegura que las consultaron en todos aquellos negocios en que podian darse por vejadas ú ofendidas. Era muy peligroso para ellos pretender el dominio de los pueblos con que deseaban entrar en relaciones. Una república federativa que carece, como la suya, de un vínculo bastante fuerte para contrarestar la tendencia á separarse que suelen tener los diversos elementos que la constituyen, no puede pensar en la conquista, cuya realizacion exige casi siempre la accion incesante y enérgica de un poder capaz de hacer sentir instantáneamente y donde quiera sus efectos. Los Fenicios, por otra parte, buscaban solo mercados para sus manufacturas; y les era sin duda mas facil encontrarlos en naciones independientes que en otras que, siendo esclavas, no podrian ver sino un arma de venganza en el arado con que debian cultivar la tierra. Siendo en aquellos tiempos el pueblo mas adelantado del mundo, les bastaban, ademas, sus artefactos para cautivar gente aun sencilla y medio sumida en la barbarie: ¿con qué objeto habian de apelar á la conquista?

Sin proponerse el dominio de estas tribus lograron indudablemente satisfacer mejor sus deseos que los que las invadieron despues á mano armada. Por muchos siglos sostuvieron aquí sin contradiccion un comercio grande con los pueblos interiores, y mayor aun con los del Asia. Tiro, Sidon y otras ciudades de la Siria mandaban sin cesar naves á los puertos de los Bástulos, ansiosas de trocar sus finísimas telas por el aceite del Guadalquivir, los metales de las sierras contíguas, el trigo de los campos de Sevilla y las hermosas lanas de los ganados que se apacentaban en las colinas de la Turdetania. Las aguas

(1) Establecidos ya en las costas de estas tribus no vacilaron en recorrer las occidentales y las orientales, donde se cree que fundaron tambien algunas colonias.

del mar de Málaga estaban en todos tiempos cubiertas de embarcaciones que iban á cargar de la pesca salada de aquella ciudad, género tan celebrado entonces en oriente como lo fueron despues en occidente los vinos generosos de la misma (1). Íbase y veníase del Asia en un corto número de dias, y presentaban todas estas costas meridionales vida y movimiento. Era ya muy decantada la riqueza de estas tribus, de la cual hablaron hasta los Profetas (2).

Con un comercio tan activo llegaron pronto los Fenicios á un alto grado de opulencia; mas no cabe por ello censurarlos. No levantaron como otros pueblos su fortuna sobre la ruina de los indígenas; los enriquecieron en lugar de empobrecerlos, los civilizaron en lugar de degradarlos, les llevaron de dia en dia á mejor suerte. Les hicieron mas productivos los frutos naturales, les iniciaron en el conocimiento de las artes, les abrieron el paso de los mares, les enseñaron á multiplicar por medio de la forma y del cambio el valor intrínseco de todos los objetos. Templaron las rudas costumbres que aun tenian, los acostumbraron á gozar de las dulzuras de la paz bajo la sombra del trabajo, les comunicaron el alfabeto, sin el cual solo una tradicion vaga podia consignar y trasmitir á la posteridad los progresos de la inteligencia, los aficionaron al cultivo de las ciencias, fueron por fin sus ayos y sus maestros (3).

(1) Malacha, en griego *Malaka*, significa la *ciudad de las salazones*. Malach en hebreo, y sin duda en fenicio, significa *salar*. Romey, t. 1. cap. 1.

(2) Ezequiel dijo hablando á la ciudad de Tiro: «todas las naves de la mar y sus marineros estuvieron en el pueblo de tu negociacion. Los de Persia, y de Lidia y de Libia eran en tu hueste tus hombres de guerra; el escudo y el morrion colgaron en tí para tu gala. Los hijos de Arad con tu hueste estaban sobre tus muros al rededor; y los Pigmeos que estaban en tus torres colgaron sus aljabas en tus muros; ellos colmaron tu hermosura. *Los hijos de Tharsis que comerciaban contigo hincharon tus mercados con muchedumbre de todas riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo.* (Profecía de Ezequiel, cap. 27.») Cuando habló el Profeta de los hijos de Tharsis, ¿no es probable que se refiriese á los Españoles, á quienes supone la tradicion descendientes de aquel hijo de Noé? Las mismas riquezas de que les supone dueños ¿no parecen confirmarlo?

(3) La civilizacion de los Turdetanos, tan decantada por los historiadores, no creemos que date de otra época mas apartada que la del establecimiento de esos cultos asiáticos en nuestras costas. Los escritores del Imperio romano aseguran que tenian aquellos leyes escritas mas de seis mil años atrás; mas es sabido que no es posible contar los años segun nuestro sistema astronómico por oponerse á la cronologia sagrada. Los Turdetanos estuvieron desde muy temprano en relaciones con los Fenicios, y á ellos debieron, segun la mas fundada conjetura, las suaves costumbres y los adelantos literarios que tanta fama les dieron en la antigüedad. Sentados bajo mejor clima que los demas pueblos, entraria mas pronto en ellos la civilizacion, á ser ciertas las observaciones de Muller sobre la influencia del clima en los progresos sociales. (Véase la introduccion de la Historia Universal de este autor célebre, obra que estan traduciendo actualmente los Sres. Bergnes, Guitart, Prat, etc.)

No procedieron tan pacífica ni tan provechosamente con ellos los Cartagineses, que llamados por los mismos Fenicios en defensa de ciertas colonias amenazadas por los Turdetanos, entraron en estas tribus como aliados, y acabaron por ser sus dueños y opresores. Los Cartagineses eran tambien Fenicios, pero de un carácter y de una índole distintos. Criados bajo el sol abrasador del África, tenian de ordinario mayor fuerza de voluntad y pasiones mas enérgicas: eran mas audaces, mas resueltos, mas amigos de vencer á punta de espada los obstáculos que se oponian á sus planes. Eran mas orgullosos y sobre todo pérfidos, pues raras veces atendian á lo que exigen la amistad y la buena fé, y casi siempre sacrificaban sus sentimientos á sus intereses. Vivian, ademas, bajo un sistema político mas rigoroso: constituían un solo pueblo, y estaban dominados por una aristocracia guerrera que podia hacer sentir su influencia en los mas apartados límites de la república por medio de sus mismos individuos, dueños esclusivos del ejército y la armada. Puede verdaderamente decirse que se diferenciaban de una manera esencial de los demas Fenicios: aquellos parecian nacidos y organizados para colonos, estos para conquistadores; aquellos para la súplica, estos para el mandato; aquellos para la paz, estos para la guerra.

Pronto manifestaron en España su carácter. Habian puesto apenas el pié en estas tribus, cuando volviendo las armas contra los mismos que habian pedido su proteccion, se apoderaron de todas las colonias fenicias, abriéndose paso con el ariete donde no pudieron con la espada, tratando con el mismo rigor á los Asiáticos que á los naturales, y sujetándolos á todos á la ley de los vencidos. Dominaron en breve á los Bástulos, en cuyas ciudades pusieron tropas para contener las invasiones de los Españoles; pero no creyeron oportuno continuar la conquista que solo dos siglos despues emprendieron formalmente para reponerse de las derrotas que sufrieron en Sicilia. Vinieron entonces de África á las órdenes de Amilcar, el mejor general de la República, y arrollando con ímpetu cuantas tribus les salieron al encuentro, se hicieren dueños de gran parte de la Bética, desde la cual fueron y volvieron de las costas de oriente, hasta que junto á los muros de Hélice (1) cayeron vencidos y rotos por un gran número de pueblos

(1) Esta ciudad, llamada asi por Diodoro, estaba situada sobre un riachuelo al poniente de Alicante, no lejos del mar. Seria sin duda de alguna importancia, cuando el golfo vecino llevaba su nombre y se llamaba *Sinus Ilicitanus*.

confederados, entre los que figuraron los habitantes de Oretania.

Perdieron los Cartagineses en esta jornada de Hélice á su general, que se ahogó segun algunos en el paso de un rio; mas no por esto desmayaron. Vengáronse cruelmente de los vencedores bajo el mando de Asdrúbal, fundaron la ciudad de Cartagena, que fué desde entonces centro de sus operaciones militares, penetraron tras el jóven Aníbal hasta el centro de Castilla, sitiaron y tomaron á Sagunto, y llenos de un arrojo, al parecer temerario, pusieron en armas todas nuestras tribus, atreviéndose á llevar la guerra al través de montes y de enemigos al mismo corazon de Roma, que aborrecian de muerte. Recogieron en Italia laureles regados por torrentes de sangre romana; pero no los debieron solo á sus esfuerzos, los debieron tambien á los de los pueblos de estas provincias, que pelearon por ellos en Tesino, Trebia, Trasimeno y Canas. Aníbal habia contraido antes enlace con la bella Himilce, natural de Cástulo, habia visitado todas las tribus granadinas, las habia mejorado y embellecido, y las encontró dispuestas á seguir la suerte de sus banderas al querer ir á hollar con su planta el Capitolio (1).

Las derrotas de los Cartagineses en España no fueron, sin embargo, menores que sus triunfos en Italia. Acometidos por legiones romanas que entraron en dos épocas distintas á las órdenes de los hermanos Scipiones, se vieron obligados á retroceder de campo en campo de batalla desde las márgenes del Ebro hasta las fronteras de este

(1) Silio Itálico, al enumerar los diversos pueblos que componian el ejército de este general, consagró á los de estas y las demas tribus andaluzas algunos versos que no podemos menos de copiar:

Fulgent præcipuis Parnasia Castulo siquis,
Et celebre Oceano atque alternis æstibus Hispal,
Ac Nebrisa Dioniseis conscia Thyrsis,
Quam Satiri coluere leves, redimitaque sacra
Nebride, et arcano Mænas nocturna Liæo.
Argantoniacos armat Carteia nepotes,
Rex proavis fuit humani ditissimus ævi
Ter denos decies emensus belliger annos
Armat Tartessos stabulanti conscia Phebo
Et Munda, Emathios Italis paritura labores:
Nec decus auriferæ cessabit Corduba terræ.
Hos duxere viros flaventi vertice Phorcys,
Spiciferisque gravis bellator Atauricus oris,
Æquales ævi; genuit quos ubere ripa
Palladio Bætis umbratus cornua ramo.
De bello pun. lib. 3.

reino de Granada, que fué en adelante el principal teatro de la guerra. Perseguidos en el interior de estas mismas tribus, ni aun en ellas supieron encontrar por mucho tiempo sino un sepulcro para sus soldados. Perdieron la Bastitania; quedaron en la Oretania vencidos y humillados al pié de las murallas de Illiturgi, Cástulo y Auringi (1). Desde la entrada de sus enemigos hasta la muerte de Gueyo y Publio Scipion, que cayó de una lanzada en la Sierra de Segura (2), no alcanzaron mas que una victoria en Munda (3); y aun esta fué sin resultado. Acabaron por fin con los capitanes que tantas veces les habian hecho morder el polvo de la tierra; ¿mas fueron ellos solos los que les vencieron? Estaban con ellos los rudos guerreros de la Galia; estaban con ellos los feroces Numidas que capitaneaba el jóven Masinisa. No sacaron por otra parte grandes ventajas de la muerte de estos gefes romanos; un solo soldado bastó para trocar sus alaridos de triunfo en gemidos de dolor y en suspiros de muerte; un solo soldado bastó para hundirlos en su antiguo abatimiento, y cubrir de luto sus banderas vencedoras. Marcio no solo los derrotó; atajó tambien sus pasos, que pretendian encaminar á Italia.

Despues de este suceso inesperado apenas pudieron ya los Cartagineses pasar mas allá de estas regiones. Encontraron al enemigo en la Oretania, y fué en ella donde se estrellaron sus últimos esfuerzos. Entre Mentesa é Illiturgis fueron vencidos por Neron, cuya confianza burlaron con su astucia; quedaron rotos en Baeza por el jóven vencedor de Cartagena; perdieron á Illiturgis saqueada, talada, reducida á cenizas, arada y sembrada de sal por los Romanos; perdieron á Cástulo, que se entregó al enemigo; perdieron su fama y su sangre donde quiera que aceptaron la batalla. Retrocedieron entonces á la Bética, donde Astapa, como otra Sagunto, fué sepultada entre sus propias ruinas; y se vieron, al fin, reducidos á encerrarse dentro de los muros de Cádiz, de los que no salieron ya sino para abandonar por siempre este pais, cuya conquista les costaba tantos años de luchas y de afanes. Asdrúbal, uno de sus gefes, pudo aun en medio de tantas derrotas organizar en la Lusitania un ejército, y pasar con él á Italia; mas ¿á qué

(1) Auringi es Jaen.

(2) Recuérdese el testo de Plinio copiado ya en otra nota: «Ille (Bætis) ocior refugit Scipionis rogum.» Recuérdese tambien que el Betis nace en la Sierra de Segura.

(3) Munda, hoy Monda, en la provincia de Málaga.

fueron entonces los Cartagineses, sino á empañar sus glorias en las orillas del Metauro y obligar á Aníbal á regresar al Africa, donde habian de irle á derrotar esos mismos Romanos que tanto aborrecia? Asdrúbal murió; y Magon, para ir á recoger en sus naves los restos del ejército del Lacio, tuvo que dejar á Cádiz, que pasó al dominio de Roma como todas las demas ciudades que obedecian aun á los vencidos.

Los Romanos, sin embargo, no quedaron aun dueños de España. Libres ya de las armas de Cartago, tuvieron que empezar con los pueblos indígenas una guerra que consumió sus mas bravas legiones y puso á prueba la destreza y el valor de sus mejores capitanes. Tomaron parte en ella los Celtíberos, que parecidos á la hidra de Lerna, cuyas cabezas retoñaban incesantemente bajo la clava de Hércules, salian siempre mas fieros y mas terribles del polvo en que les hundia la espada de los pretores y de los cónsules. Tomáronla los Lusitanos, que acaudillados despues de continuadas derrotas por Viriato, fueron el terror de sus enemigos, no hallando dique á sus ímpetus sino en la cordura de Fabio y en la perfidia del que le sucedió en el mando. Tomáronla los Asturos, tomáronla los Cántabros, á quienes no bastó á vencer la República, y tuvo que pasar á dominar con sus propias armas el primer gefe del Imperio (1). Tomáronla casi todos los pueblos, ansiosos de defender hasta el último trance su tan querida independencia. Roma llegó á temblar ante tan numerosos y tan indomables enemigos: veía á cada paso contrarestado el valor de sus legiones, recordaba hoy la sangre vertida ayer, consideraba todos los dias sus escasos adelantos, y sentia á veces hasta desaliento y vergüenza de sí misma. Habia encontrado en pocos pueblos una resistencia tan firme y tan porfiada, y sabia apenas comprenderla. La venció; pero despues de siglos.

¿Mas cuál fué, en tanto, el papel reservado á las tribus granadinas? Fué desgraciadamente muy triste para tribus españolas. Salidas de la mano de los Cartagineses para entrar en la de los Romanos, vivieron desde un principio sujetas al gobierno de los pretores, y apenas pudieron hacer mas durante esta guerra memorable que oir á lo lejos el ru-

(1) Los Lusitanos ocupaban Portugal y parte de la Estremadura, los Celtíberos el centro y el nordeste de la Península, los Asturos Asturias, los Cántabros las playas que llamamos aun costas de Cantabria. No creemos de nuestra incumbencia descender á mas detalles.

mor de los combates en que defendian las demas su patria y lamentar en lo mas secreto de sus hogares su larga servidumbre. Fueron consideradas como enemigas por los Lusitanos, que las invadieron muchas veces tratándolas con la misma crueldad que á los Romanos; y en cambio no encontraron en sus dominadores sino hombres á quienes la codicia y el orgullo impelian todos los dias á mayores vejaciones, crímenes y escándalos. Cuando las provincias de España en general, no pudiendo ya sobrellevar mas agravios, enviaron embajadores al Senado de Roma para que pusiera remedio á sus males, no tuvieron ellas menos motivos de queja que esponer que las tribus tantas veces sublevadas, á pesar de no haber hecho nunca armas contra la República. Llegó aun á mas su desventura. En las circunstancias difíciles para sus invasores tuvieron que ingresar en las legiones y derramar por la causa de sus enemigos la sangre que reclamaban los intereses y el bienestar de la Península. Debieron pelear tal vez contra el mismo Viriato, que procurando con ardor por la causa de los pueblos, llevó sus temidos escuadrones hasta las fronteras orientales de la Bastitania.

De las tribus granadinas solo se sublevaron Cástulo y Jirisis en los últimos tiempos de la República, y fueron por cierto bien desgraciados en su empresa. Quinto Sertorio, que acometido de improviso por los habitantes de aquellas dos ciudades habia creido prudente abandonarlas para evitar una muerte casi segura, volvió á poco contra Cástulo, que tomó y castigó con severidad escesiva, hizo disfrazar á sus soldados con el trage de los vencidos, y les llevó á Jirisis, donde ejecutó sin piedad las leyes de la guerra (1). No podian esperarse, á la verdad, mejores resultados de un movimiento tan parcial, verificado en una época en que Roma tenia ya sojuzgada la mayor parte de España.

No cupo tampoco mejor suerte á estas tribus durante las guerras civiles de la República, en las que debieron tomar una parte mas ó menos activa todos los pueblos españoles. Ó fueron de ellas simples espectadoras ó víctimas. Anduvieron de mano en mano, y tuvieron que sobrellevar la codicia y la cólera de todos los partidos. Al triunfar Mario, acogieron generosamente á Craso, que venia huyendo de su pa-

(1) Nada puede asegurarse sobre la situacion de Jirisis: Romey insinúa si pudo ser Jaen.

tria; mas lejos de obtener de él beneficios al apoderarse Sila de la dictadura, no recibieron sino mayores cargas é injurias, debiendo llegar á contemplar sin poder vengarse talada y saqueada á la ciudad de Málaga que se resistió á satisfacer los tributos impuestos por aquel gefe ingrato. Cuando Sertorio volvió de África, donde le llevó la alevosa muerte de Salinator, fueron el primer teatro de sus hazañas, el primer fruto de sus triunfos y el primer punto de sus derrotas sin haber mediado nunca su voluntad ni para ser vencedoras ni vencidas. Estalló despues entre Cesar y Pompeyo la fatal contienda que debia acabar con la libertad romana: partidarias de Cesar, fueron de nuevo oprimidas por los pretores; partidarias de Pompeyo, esperimentaron todo el rigor de que eran capaces Cesar y sus legiones generosas. Quizás tomaron entonces parte en un combate sangriento que decidió por fin la rivalidad de los dos caudillos; pero nada lograron con ella sino agravar sus infortunios. La batalla de Munda, cuyo estrépito dispertó el eco de estas sierras y confundió los bramidos del Mediterráneo, cubrió de cadáveres el campo para hacer la fortuna de Cesar, no para mejorar la de estas tribus dentro de cuyos términos fué dada. Vencidas estas por haber seguido entonces las banderas de Pompeyo, se vieron por el contrario mucho mas humilladas teniendo que guardar silencio sobre su propia desventura y ver con la frente doblada pasar en medio de ellas el vencedor del mundo (1).

El triunfo de Cesar, sin embargo, como creó un nuevo orden de cosas para la República, lo creó en breve para estos y los demas pueblos de la Península. La dictadura llevó al Imperio, y el Imperio fué indudablemente para los españoles mas beneficioso que la República.

(1) La batalla de Munda no la dió Cesar contra Pompeyo Magno, sino contra su hijo Publio. Despues de ella tomó Cesar á Munda misma, á Córdoba, Sevilla y Osuna.

Capítulo tercero.

Historia de las tribus granadinas durante el Imperio; introduccion del Cristianismo; Concilio Iliberitano.

Sujetas estas tribus al yugo romano desde los primeros tiempos de la conquista, favorecidas por el nuevo sistema político que introdujo Augusto, y poco partícipes por su misma posicion de las violentas vicisitudes que agitaron el Imperio, gozaron despues de la guerra de Cantábria de una paz apenas interrumpida por leves tumultos y pasageras invasiones. Siguieron aun espuestas á la tiranía de los que las gobernaban ya por el Cesar, ya por el Senado (1), mas no carecieron ya como durante la República de medios para prevenirla ni aun para vengarla. Puestas bajo el benéfico gobierno de las curias, recaudaron por sí mismas sus tributos, entendieron en su administracion interior, y quitaron á los procónsules y á los procuestores los pretestos de que estos se servian á menudo para enriquecerse á costa de los pueblos. Tenian, ademas, contra aquellos el juicio de residencia, podian acusarlos ante el Senado, pedir y obtener la reparacion de los ultrajes que hubiesen recibido; y lograron con este derecho, no solo castigar á sus principales opresores, sino tambien intimidar y hacer mas justos á los que despues de ellos vinieron á encargarse del mando de las provincias.

En los primeros años del reinado de Tiberio, Vibio Sereno y Lucio Pison, legado proconsular el uno é imperial el otro, quisieron ejercer sobre ellas el despotismo con que aterró el emperador la Italia; mas ni aun escudados por su príncipe, pudieron evitar del todo el castigo que por sus crímenes merecian y exigia la justa cólera de los ofen-

(1) Al declararse Augusto emperador, fueron divididas las provincias en imperiales y senatorias. Las senatorias, que eran las que por estar ya de mucho tiempo conquistadas no necesitaban de la presencia de las legiones, estaban bajo la jurisdiccion del Senado y eran gobernadas por un procónsul; las otras estaban bajo la del Imperio y lo eran por un procuestor ó legado. La Bética fué declarada senatorial, y la Lusitania y la Cartaginense imperiales, de modo que de las cuatro tribus comprendidas en el reino de Granada, los Bástulos y los Túrdulos pertenecian al Senado, los Bastitanos y los Oretanos al Imperio.

didos. Estas y las demas tribus de la Península, sobre todo las de la Bética, se alzaron armadas contra ellos y no depusieron sus espadas hasta que Vibio fué desterrado á una de las Islas Cicladas del Archipiélago. No combatian ya como en otro tiempo por la independencia; pero creyeron deber pelear por los derechos que les habian sido otorgados, por las prerogativas que constituían la base de sus libertades, y eran la mejor garantía de su seguridad personal y de la propiedad que sobre sus cosas les competia. Bajo el gobierno de Domiciano, y aun bajo el de Trajano, vejadas las de la Bética por la insaciable codicia de sus procónsules, no tardaron tampoco en alcanzar contra ellos la debida justicia, á pesar del poder que estos tenian y de la influencia que por el lustre de su linage y la grandiosidad de sus riquezas pudieron ejercer sobre el ánimo de los Senadores. Encontraron un defensor ardiente en Plinio el Jóven, que habia sido en ellas cuestor, y lograron que fuesen secuestrados y confiscados los bienes de ambos magistrados, desterrados los cómplices y restituido á sus legítimos dueños todo lo que unos y otros habian usurpado. Cecilio Clásico, procónsul en tiempo de Trajano, hubiera sido indudablemente castigado aun con mayores penas; mas anteviendo el rigor de la sentencia que le amenazaba, no se sintió con fuerzas para sobrellevar tanta deshonra, y se suicidó antes que el Senado decidiera de su suerte.

Libres así de las vejaciones que pesaban sin cesar sobre ellas, cuando las gobernaban á su antojo los pretores, fueron creciendo en prosperidad estas tribus, sobre todo cuando ocuparon la silla imperial príncipes tan esclarecidos como Flavio Vespasiano, Tito, Trajano, Elio Adriano y Antonino. Las costas de los Bástulos estaban animadas de contínuo por naturales y estrangeros que iban á trocar en ellas los frutos de la naturaleza y los productos de las artes; recibian en sus puertos naves de Italia, del Asia y aun del África; eran visitadas á cada paso por las escuadras romanas destinadas á guardar las orillas del Mediterráneo contra las invasiones de los piratas; aumentaban de dia en dia su riqueza, crecian en poblacion y en poderío. Abríanse en el interior escuelas, construíanse puentes, uníanse las ciudades mas importantes con esas sólidas y magestuosas vias romanas en cuyos restos creemos ver aun impresas las huellas de las legiones. No tardó en cruzar la Bastitania, la Oretania y aun parte de la Turdulia, la dilatada vía Aurelia que se estendia desde Roma hasta Cádiz pasando al través de los Alpes

y los Pirineos por gran parte de la Galia y toda España. Desde Cartagena se dirigió esta á Baza y á Guadix por la sierra de Cazorla, á Córdoba por la ciudad que hubo junto á Andújar, á Málaga por la misma tierra de Guadix, á Orce, frontera oriental de la Bética, por las pobladas playas de la Bastulia (1). Partieron pronto de ella ramales mas ó menos largos que fueron acortando las distancias entre las poblaciones en que florecieron mas la industria y el comercio (2).

Levantáronse en todas partes templos y otros monumentos, sobre todo en las ciudades que fueron declaradas colonias, pobladas generalmente por los Romanos que habian servido en las legiones, y embellecidas por el capricho de patricios opulentos que venian á gozar en ellas de esta tierra fecunda y de este hermoso cielo. Húbolos tambien en las consideradas como municipios; húbolos en Adra; húbolos en Antequera, donde existia un panteon á semejanza del de Roma; mas no era tan facil levantarlos en estas ciudades, donde la construccion de los monumentos corria muchas veces á costa de los ediles. Las ciudades federadas tenian aun menos recursos para poder emprender obras públicas, abandonadas como estaban á sus propias fuerzas, y sin que les cupiese contar con la proteccion decidida del Imperio; pero no dejaron de tenerlas por lo que nos permiten juzgar los grandiosos restos que estan aun brotando del suelo de la ciudad de Málaga (3). Pueblos ahora insignificantes, sobre los cuales ha pasado la espada niveladora de los Vándalos y las armas regeneradoras de los Árabes, ostentan aun medio cubiertas entre la yerba, ruinas imponentes de aquellos siglos; y este hecho prueba mas que las crónicas y las obras de los historiadores antiguos el grado de riqueza y de prosperidad á que llega-

(1) Las ciudades que se encontraban en la via Aurelia desde Cartagena á Cazlona eran las siguientes: Eliocroca, Ad-Morum, Basti, Acci, Accatucci, Viniolis, Mentesa-Bastia, Cástulo; las que habia de Cazlona á Málaga eran: Tugia, Fraxinum, Hactara, Acci, Album, Urci, Turaniana, Murgi, Saxetanum, Caviclum, Menoba, Malaca; las que habia de Cazlona á Córdoba eran: Iliturgi, Urgao y Calpurniana.

(2) Entre estas carreteras particulares se contaban una de Cartagena á Cazlona que tenia de longitud 303 millas, otra de Córdoba á Cazlona que tenia 98, otra entre las mismas dos ciudades que tenia 78, otra de Cazlona á Málaga que tenia 91. No creemos necesario descender á mas particularidades.

(3) Es cosa sabida que los Romanos dividian las ciudades conquistadas en coloniales, municipales, federadas y libres, llamando estipendiarios á los pueblos que no gozaban de ninguno de estos títulos. En estas tribus eran colonias Augusta Gemela (Martos), Virtus Julia (Marmolejo), Julia Gemela (Guadix), Fora Augustana (Lesusa) y Salaviense (Sabiote): eran municipios entre otras Tugia, Singilis, Anticaria, Urgabo é Illiberis; era ciudad latina Cástulo; eran federadas Malaca y Suel; eran estipendiarias Basti, Mentesa, Biatia, Vergilia, Auringi y otras muchas.

ron entonces estas tribus, puestas por los emperadores al abrigo de la tiranía de los procónsules y á la sombra de una libertad garantizada en unas ciudades por las leyes fundamentales de la metrópoli, y escudada en otras por la energía de las municipalidades.

Recibieron ademas estas tribus en los buenos tiempos del Imperio una civilizacion que fué adelantando de dia en dia y cundió despues en todos los pueblos de la Península. El roce contínuo con sus dominadores, avencidados en gran número dentro de sus fronteras, les hizo participar poco á poco de los progresos intelectuales y morales de Roma, y no tardaron en igualarse con esta misma capital del mundo, de la cual tomaron no solo el saber, sino tambien la lengua y las costumbres. Segun muchos escritores de aquella época, hablábase en ellas latin, olvidado ya del todo el idioma patrio; se vestia y se vivia al uso romano; se celebraban y eran altamente aplaudidos los sangrientos espectáculos del circo y las escenas que se representaban en los teatros. Se trocaron los apellidos bárbaros por los mas cultos y sonoros de la Italia; se imitó á la metrópoli en la gravedad, en el lujo, hasta en los vicios. Estuvieron dentro de algun tiempo tan identificadas con esta, que siguió en ellas al mismo paso la decadencia y la corrupcion, que mas tarde la fueron corroyendo hasta acabar con la ruina completa de una y otras. Introdújose en su seno al mismo tiempo que en el de Roma la codicia mas desenfrenada y el mas inmundo libertinage; desgarrólas al mismo tiempo aquella prostitucion tan decantada de los poetas, en la cual muchos han visto con razon la principal causa de la caida del Imperio.

Fueron estas tribus las primeras de España en que penetró la luz del cristianismo; tuvieron quizás desde el primer siglo prelados austeros que les hicieron oir la voz de aquel hijo de Dios que vino á predicar la paz cuando era el mundo un campo de batalla, y á enseñar la virtud cuando dormia la tierra al afeminado rumor de las orgías; mas no bastaron los acentos de esa nueva religion para contener el mal moral que fué devorándolas lentamente desde los primeros emperadores, y creció y se multiplicó desde que fué invadido el trono de los Césares por la anarquía de las guardias pretorianas. Al decir de la tradicion, entró en ellas el cristianismo con siete discípulos de Santiago que, desembarcando segun las órdenes de su maestro en las costas de la provincia de Granada, se dirigieron á Guadix cuando estaba la ciudad

entregada á las fiestas del gentilismo, y salvados allí milagrosamente por la mano del Señor, que rompió de improviso el puente que los separaba de sus enemigos, pasaron á ocupar cuatro ciudades en estas tribus, una en la Lusitania, otra en el reino de Leon y otra en Castilla. Dícese que de los siete quedó Torcuato en Acci, Indalecio en Urci, Cecilio en Illiberis y Eufrasio en Iliturgis; añádese que murieron todos mártires en sus propias diócesis; y hay quien asegura que algunos siglos atrás se conservaba aun el olivo que fué plantado á la llegada de estos apóstoles, olivo que, segun cuentan, se cubria todos los años de flores la víspera del dia destinado para celebrar su memoria y de frutos sazonados al rayar el alba. Estas tradiciones prueban cuando menos que no tardó en ser conocida aquí la doctrina de Jesucristo, y que si no en el primer siglo, lo sería en el siguiente en que ya la suponen estendida hasta las últimas regiones españolas Tertuliano en su libro contra los judíos y S. Ireneo en su obra contra los hereges.

Consultando detenidamente la historia, no es posible, sin embargo, creer que hiciese la nueva religion en estas tribus muchos adelantos durante los primeros siglos. Ya desde mucho tiempo habian recibido los pueblos en el seno de sus hogares el culto de los ídolos, y eran paganos como los de la misma Italia, tan tenaces para conservar los altares de los dioses que segun ellos habian mecido la cuna de la ciudad eterna. Eran, como se ha dicho, enteramente romanos, y permanecieron afectos por tantos años á su antigua idolatría, que aun bajo el reinado de Constantino, los mismos que habian recibido las aguas del bautismo, volvian con facilidad á ofrecer sacrificios en las aras de las divinidades del Olimpo. La depravacion de costumbres en que estaban por otra parte sumergidos siendo ya muy grande, era un grave obstáculo moral para el desarrollo del cristianismo, que falto al principio de fuerzas, no podia contrarestar aquel torrente de vicios lisonjeros y de pasiones violentas. Las conversiones eran escasas, y no todas sinceras ni completas: el catecúmeno caía no pocas veces en sus antiguos errores durante su preparacion para entrar en la comunion de la Iglesia; el nuevo cristiano apenas podia resistir á su aficion decidida á las inhumanas luchas de los gladiadores y á las vergonzosas representaciones teatrales; el mismo sacerdote del Señor vacilaba y abrazaba á pesar suyo algunas veces las doctrinas contra las que le habia sido cedido el uso de la palabra divina.

Sucedia esto aun en el siglo III, en que si bien creció la fé en estas y en otras tribus de la Península, vinieron á turbarla y á producir abjuraciones contínuas las sangrientas persecuciones ordenadas por Séptimo Severo y por Diocleciano. El paganismo era aun la religion del Imperio, estaba en el corazon de la muchedumbre, y no queria ceder facilmente su trono á una religion cuyo modesto orígen no podia menos de ser mirado con desprecio por el orgullo de aquellos tiempos. Mas existian ya parroquias, habia obispo en muchas ciudades, se empezaba á tener edificios consagrados esclusivamente al culto divino; y todo esto anunciaba á la Iglesia un porvenir mas risueño y á los cristianos una preponderancia no muy remota. La misma persecucion de Diocleciano manifiesta evidentemente los progresos que durante este siglo habia hecho la religion en estas tribus. Estaban aun calientes las cenizas del tirano, cuando en la ciudad de Illiberis, en el corazon mismo del reino de Granada se reunió un Concilio á que pudieron asistir diez y nueve obispos, veinte y cuatro presbíteros y un gran número de diáconos y de legos (1). Consta de documentos auténticos cómo fué celebrada esta primera asamblea cristiana: reuniéronse sus individuos públicamente; escluyeron á los no iniciados; tuvieron largas sesiones; usaron casi de tantas prácticas y ceremonias religiosas como los que intervinieron en los famosos Concilios de Toledo: ¿hubieran podido hacerlo, por mas que fuese ya declarada religion del Imperio la de Jesucristo, si no hubiesen ejercido cierto ascendiente en el ánimo del pueblo?

(1) En el preámbulo de este Concilio se lee el nombre de todos los sacerdotes que lo compusieron, y creemos por esta razon deber reproducirlo en esta nota: Quum consedissent sancti et religiosi episcopi in ecclesia Eliberitana, hoc est: Felix episcopus Accitanus, Osious episcopus Cordubensis, Sabinus-Hispalensis episcopus, Camerimnus episcopus Tuccitanus, Sinagius episcopus Epagrensis, Secundinus episcopus Castulonensis, Pardus episcopus Mentesanus, Flabianus episcopus Eliberitanus, Cantonius episcopus Urcitanus, Liberius episcopus Emeritensis, Valerius episcopus Cæsaraugustanus, Decentius episcopus Legionensis, Melantius episcopus Toletanus, Januarios episcopus de Fiburia, Vincentius episcopus Ossonobensis, Quintianus episcopus Elborensis, Sucesus episcopus de Eliocroca, Eutychianus episcopus Bastitanus, Patricius episcopus Malacitanus: item presbyteri restitutus presbyter de Epora, Natalis presbyter Ursona, Maurus presbyter Iliturgi, Lamponianus de Carbula, Barbatus de Astigi, Felicissimus de Ateva, Leo de Acinippo, Liberatis de Eliocroca, Januarius à Lauro, Januarianus, Barbe, Victorinus, Egabro, Titus, Ajune, Eucharius, Municipio, Silvanus, Segalvinia, Victor, Utia, Januarius, Urci, Leo, Gemella, Turrimus, Castelona, Luxurius de Drona, Emeritus, Baria, Eumantius, Solia, Clementianus, Ossigi, Eutyches, Carthaginensis, Julianus, Corduba: die iduum mayarum apud Eliberin residentibus cunctis adstantibus diaconibus et omni plebe episcopi universi dixerunt. . . . . (Esta ciudad de Eliberis es segun algunos la que fué Elvira, segun otros Granada.)

Es indudablemente este Concilio uno de los documentos mas importantes del siglo IV. No solo pinta la situacion respectiva del paganismo y del cristianismo; traza un cuadro vivo de las costumbres de aquella época, manifiesta las tendencias de la Iglesia, da idea de muchas prácticas religiosas, revela la repugnancia con que se miraba á los hereges y el odio que se profesaba á los gentiles, y sobre todo á los judíos. Los venerables sacerdotes que lo compusieron no tenian armas ni cadalsos para hacer cumplir sus leyes, no podian hacer mas que llamar la cólera de Dios sobre la frente de los criminales; y fueron, sin embargo, los primeros que se atrevieron á levantar la voz contra la corrupcion del siglo, contra la degeneracion social que precedió y dió orígen quizás á las terribles invasiones de los bárbaros. El adulterio, la bigamia, el estupro, los delitos mas inmundos levantaban en todas partes la cabeza; manchaban hasta las esposas de los clérigos el lecho de sus maridos; prostituían los padres á sus mismas hijas; habia hombres bastante viles para abusar de la infancia; los habia bastante menguados para consentir su propia deshonra y permitir el perpetuo adulterio de sus mugeres. Madres que acababan de abrazar el cristianismo, abandonaban sin pudor el hogar donde habian nacido sus hijos, codiciosas siempre de nuevos placeres; hasta vírgenes consagradas al Señor, caían víctimas de sus pasiones en brazos del incesto. Cometíanse y repetíanse sin cesar estos delitos sin que la vergüenza colorara siquiera el rostro de los perpetradores: eran un verdadero torrente que arrollaba todas las clases de la sociedad, eran la carcoma general del mundo; y á pesar de que se sentia la necesidad de castigarlos y de detenerlos, no hubo poder que se sintiera con fuerzas para ello, hasta que esos ministros de una religion divina, lleno de fé el espíritu y de entusiasmo el corazon, tomaron á su cargo atajarlos cerrándoles las puertas de la Iglesia (1). El Concilio atacó de frente

(1) Copiamos á continuacion los cánones mas notables que se proponen reformar las viciosas costumbres de aquella época: C. 9. Item Fœmina fidelis quæ adulterum maritum reliquerit fidelem et alterum ducit prohibeatur ne ducat: si duxerit non prius accipiat communionen, nisi quem reliquit de seculo exierit, nisi forsitam necessitas infirmitatis dare compulerit.

C. 12. Mater vel parens vel quælibet fidelis si lenocinium exercuerit eo quod alienum vendiderit corpus, vel potius suum placuit eam nec in finem accipere communionem.

C. 13. Virgines quæ se Deo dicaverunt si pactum perdiderint virginitatis atque eidem libidini servierint non intelligentes quid admiserint placuit nec in finem eis dandam esse communionem.

todos estos vicios; manifestó su intencion decidida de no querer que se mancillara con ellos la nueva comunion á que pertenecian; y no dudando en oponer remedios violentos á males tan estremos, lanzó sobre ellos un anatema eterno, sin permitir que se otorgase el perdon á los que los tenian ni aun en la aciaga agonía de la muerte. Conocian la mision sublime de su Maestro, y no temian ser inexorables á trueque de poder librar la sociedad del veneno que la devoraba. No solo clamaron contra el libertinage; clamaron contra los delatores, contra los testigos falsos, contra los usureros, contra la codicia exagerada, contra todo género de alevosía. ¿Qué prueba este hecho? Los que poco há tenian que buscar en las cuevas un abrigo contra las persecuciones de los emperadores, los que se hallaban aun rodeados de paganos, los que estaban deliberando en medio de las hogueras que ardian delante de los altares de los ídolos, tronaban con toda la fuerza de su voz contra los vicios de sus semejantes, contra las costumbres degeneradas de los pueblos; y para esto no necesitaban solo valor, necesitaban dominar la sociedad contra la cual hablaban, habian de tener cuando menos un imperio moral sobre los que eran el objeto de sus severos cánones. La Iglesia podia no haber aumentado en número; pero habia de haber aumentado en fuerza para que sus sacerdotes pudiesen hablar con tanta decision y energía.

No dirigieron golpes menos rudos los padres de este Concilio contra la religion antigua, mas hostil y mas temible para ellos que la misma corrupcion de las costumbres. El paganismo era aun poderoso: consagrado por el hábito y por los siglos, era á los ojos de los que trataban de abandonarlo y aun á los de los nuevos discípulos del cristia-

C. 47. Si quis fidelis habens uxorem non semel sed sæpe fuerit mæchatus in fine mortis est conveniendus; quod si se promiserit cessaturum, detur ei communio: si resuscitatus rursus fuerit mæchatus, placuit ulterius non ludere eum de communione pacis.

C. 63. Si qua per adulterium, absente marito suo, conceperit idque post facinus occiderit, placuit nec in finem dandam esse communionem eo quod geminaverint scelus.

C. 64. Si qua usque in finem mortis cum alieno viro fuerit mæchata, placuit nec in finem dandam ei esse communionem...

C. 68. Catechumena si per adulterium conceperit et præfocaverit, placuit eam in fine baptizari.

C. 70. Si cum conscientia mariti uxor fuerit mæchata, placuit nec in finem dandam ei esse communionem...

C. 71. Stupratoribus puerorum nec in finem dandam esse communionem.

C. 73. Delator si quis extiterit fidelis et per delationem ejus aliquis fuerit proscriptus vel interfectus, placuit eum nec in finem accipere communionem...

C. 74. Falsus testis prout est crimen abstinebitur...

nismo un fantasma que los perseguia; encontraba todavía ardientes defensores en la aristocrocia que, mal avenida, como es de suponer, con la humildad de la doctrina de Jesucristo, doblaba á medida que iba perdiendo terreno sus esfuerzos; y conocieron cuán necesario era combatirlo, estrecharlo, emplear toda la actividad posible para aislarlo y hacerlo caer por sus propios impulsos, por su misma quietud y abatimiento. Escluyeron para siempre de la escomunion de los fieles á cuantos despues de haber adoptado la nueva religion quemasen incienso en las aras de la idolatría; prohibieron á los propietarios que admitiesen en las cuentas de sus administradores nada que hubiese sido dado para el culto de los dioses; aconsejaron á los fieles que no consintiesen que sirviese su casa de albergue á los ídolos que adorasen sus esclavos; obligaron á los decemviros á que se abstuviesen de entrar en ningun templo cristiano durante el año de su magistratura, por temor de que estos no los mancharan habiendo asistido por razon de su cargo á las fiestas religiosas de los gentiles; mandaron que ningun cristiano pudiese subir al Capitolio ni aun para ser mero espectador de los sacrificios. Vedaron, ademas, el matrimonio entre gentiles y cristianas, llegando á castigar con la pena de escomunion perpetua á los padres que diesen voluntariamente sus hijas á los sacerdotes de los idólatras: no sea, dijeron, que la edad en flor de las vírgenes viniese á parar en adulterio del alma. La apostasía es la mayor herida que puede recibir una doctrina nueva, y no perdonaron medio para impedirla. Aislado así el paganismo, no dudaron luego en abrir las puertas á cuantos pretendieron abjurarlo; les permitieron la purificacion despues de cortos años de penitencia; les bautizaron sin mediacion de tiempo cuando lo pidieron puestos al borde del sepulcro; permitieron que en este momento supremo pudiesen cristianizarles hasta los legos; no los alejaron del seno de la Iglesia sino por haber cometido alguno de aquellos crímenes graves que no podia perdonar la religion sin haber visto el arrepentimiento público de los que lo habian perpetrado. Era entonces tiempo de lucha, y no solo estaba en sus intereses asegurar los prosélitos que tenian, sino quebrantar en cuanto fuese dable las fuerzas de sus enemigos (1).

(1) Entre los cánones contra el paganismo hay dignos de atencion los siguientes: C. 1. Placuit inter eos, qui post fidem baptismi salutaris adulta ætate ad templum

Procedióse con igual rigor en este Concilio contra los judíos, mas odiosos aun para los cristianos que los mismos gentiles, por haber sido los verdugos de Jesucristo. Prohibióseles tambien el matrimonio con los fieles y hasta el comer con ellos en una misma mesa; mas no se dieron de mucho leyes tan enérgicas contra los sectarios de las heregías que estuvieron desgarrando desde el primer siglo la unidad del cristianismo. Aunque estos tampoco podian contraer enlace con ninguna cristiana mientras permaneciesen en sus errores; bastaba que los abjurasen simplemente, para que su union fuese consagrada por la Iglesia, pudiendo lavar enteramente la mancha que en ellos hubiese caido con solo diez años de penitencia si fuesen adultos, y sin ninguno si estuviesen aun en la edad de la infancia. Los hereges eran á la sazon en gran número; las ideas sobre el orígen y la naturaleza de la religion, siendo aun oscuras, daban pié á nuevas opiniones y á contínuas contiendas religiosas; y esto debia naturalmente ser motivo de divisiones mas ó menos profundas entre los sectarios de la nueva religion de Jesucristo. Así no solo era oportuno sino justo manifestar cierta benignidad con los hereges (1).

idoli idolaturus accesserit, et fecerit quod est crimen capitale, quia est summi sceleris, placuit nec in finem eum communionem accipere.

C. 2. Flamines qui post fidem lavacri et regenerationis sacrificaverunt, eo quod geminaverint scelera, accedente homicidio vel triplicaverint facinus cohærente mœchia, placuit eos nec in finem accipere communionem.

C. 3. Item flamines qui non immolaverint, sed munus tantùm dederint, eo quòd se à funestis abstinuerint sacrificiis, placuit in finem eis præstare communionem, acta tamen legitima pœnitentia: item ipsi si post pœnitentiam fuerint mœchati, placuit ulteriùs his non esse dandam communionem, ne illusisse de dominica communione videatur.

C. 15. Propter copiam puellarum gentilibus minimè in matrimonium dandæ sunt virgines christianæ, ne ætas in flore tumens in adulterium animæ resolvatur.

C. 16. Hæretici si se transferre noluerint ad ecclesiam catholicam, nec ipsis catholicas dandas esse puellas; sed neque judæis neque hæreticis dare placuit, eò quòd nulla possit esse societas fidelis cum infidele: si contra interdictum fecerint parentes, abstineri per quinquennium placet.

C. 17. Si qui fortè sacerdotibus idolorum filias suas junxerint, placuit nec in finem eis dandam esse communionem.

C. 40. Prohiberi placuit, ut quum rationes suas accipiunt possessores, quidquid ad idolum datum fuerit accepto non ferant: si post interdictum fecerint, per quinquennii spatia temporum à communione esse arcendos.

C. 41. Admoneri placuit fideles, ut in quantum possunt prohibeant ne idola in domibus suis habeant: si verò vim metuunt servorum vel se ipsos puros conservent, si non fecerint, alieni ab ecclesia habeantur.

(1) C. 49. Admoneri placuit possessores, ut non patiantur fructus suos, quos à Deo percipiunt cum gratiarum accione à judæis benedici, ne nostram irritam et infirmam faciant benedictionem: si quis post interdictum facere usurpaverit, penitus ab ecclesia abjiciatur.

Procedieron generalmente con tacto los padres de este Concilio, sobre todo en lo que podia favorecer mas los progresos de la Iglesia. Comprendiendo la necesidad que habia de que el clero pudiese presentarse irreprensible á los ojos de los paganos para que estos se movieran con mas facilidad á abjurar sus errores, no se contentaron con imponerle penas severas para los casos en que delinquiese; le obligaron al ejercicio de las virtudes mas austeras, y le fueron alejando, en cuanto permitian las circunstancias de aquella sociedad, de los negocios y tráfico del mundo. Castigaron con escomunion perpetua sus actos de adulterio, con la degradacion y la escomunion sus contratos usurarios, con la privacion de ministerio su coito hasta con la muger propia. Prohibieron á todo sacerdote la separacion de su diócesis por el afan solo de negociar y enriquecerse; no permitieron que en adelante se les pagase nada por la administracion del bautismo; negaron hasta los honores del subdiaconado á cuantos hubiesen mancillado en algun tiempo su espíritu con la sensualidad ó la heregía. Para evitar hasta la sospecha, mandaron á los obispos y á los demas clérigos que no tuviesen consigo muger alguna que no fuese hermana suya, ó no estuviese consagrada á Jesucristo. No se espresaron con tanto rigor contra otros delitos sin duda mucho mas graves; mas, ¿dejaba de haber razon para ello? El libertinage era entonces la verdadera podre no solo de estas tribus, sino del Imperio: contra él debian dirigir principalmente todo su celo, todos sus esfuerzos, todas sus armas. Es, ademas, el vicio que contamina mas el alma, el que manifiesta mas la degradacion del entendimiento y la depravacion del corazon. En un sacerdote del nuevo culto era una doble mancha, y fué con razon doblemente castigado. ¿Qué efecto hubieran podido producir las palabras del clero si se hubiese este dejado llevar de las mismas pasiones contra las cuales se dirigia (1)?

C. 50. Si verò quis clericus vel fidelis cum judæis cibum sumpserit, placuit eum à communione abstineri ut debeat emendari. (Véase ademas el cánon 16 reproducido en la nota anterior.)

(1) C. 18. Episcopi, presbyteres et diacones si in ministerio positi, detecti fuerint quod sint mœchati, placuit propter scandalum et propter profanum crimen nec in finem eos communionem accipere debere.

C. 19. Episcopi, presbyteres et diacones de locis suis negotiandi causa non discedant...

C. 20. Si quis clericorum detectus fuerit usuras accipere, placuit eum degradari et abstineri...

Dictáronse, por fin, en este Concilio disposiciones bajo muchos aspectos importantes. Prohibióse la pintura de imágenes en las paredes de las Iglesias, insiguiendo quizás la doctrina de los Iconoclastas; levantóse algun tanto la voz en favor de la humanidad, oprimida entonces por la servidumbre; se declaró que no debiesen ser contados en el número de los mártires los cristianos que muriesen por querer destruir los ídolos del paganismo; se fijó el dia en que debia celebrarse la Pascua y el tiempo que debia durar la purificacion de los gentiles y de los apóstatas; se dictaron generalmente medidas que exigian ya la prudencia, ya las ideas que en aquellos tiempos dominaban. Los que compusieron esta asamblea no llevaban plan alguno, ni supieron dar unidad á su pequeño código; mas es indudable que pusieron el dedo en los males mas graves y en las heridas mas vivas. Al paso que recordaron los abusos, fueron tratando de corregirlos, y no aspiraron á mas, llevados puramente de la fé que ardia en sus corazones y no del deseo de manifestar su ciencia. Guardan apenas orden sus cánones; hay en algunos de ellos hasta faltas de lenguaje; mas campea en cambio en todos una intencion pura y una razon clara y despejada. Estan casi todos motivados (1).

No sin razon ha sido considerado este Concilio como una de las mayores glorias que pueden presentar estar tribus, de donde salieron los mas de los prelados que hicieron oir en él su grave acento. Fué el primero que se celebró en España, y es para aquellos siglos uno de los monumentos mas notables: es la mejor sonda para medir el

C. 27. Episcopus vel quilibet alius clericus aut sororem aut filiam virginem dicatam Deo tantum secum habeat: extraneam nequaquam habere placuit.

C. 33. Placuit in totum prohibere episcopis, presbyteris et diaconibus vel omnibus clericis positis in ministerio abstinere se à conjugibus suis et non generare filios: quicumque verò fecerit ab honore clericatus exterminetur.

C. 48. Emendari placuit ut hi qui baptizantur ut fieri solebat nummos in concha non mittant ne sacerdos quod gratis accepit pretio distrahere videatur...

C. 51. Ex omni hærese fidelis si venerit, minime est ad clerum promovendus: vel si qui sunt in præteritum ordinati, sine dubio deponantur.

(1) C. 23. Jejunii superpositiones per singulos menses placuit celebrari exceptis diebus duorum mensium Julii et Augusti propter quorumdam infirmitatem.

C. 36. Placuit picturas in ecclesia esse non debere, ne quod colitur et adoratur in parietibus depingatur.

C. 43. Pravam institutionem emendari placuit juxta auctoritatem scripturarum ut cuncti diem (quinquagesimam). Pentecostes celebremus, ne si quis non fecerit novam hæresem induxisse notetur.

C. 60. Si quis idola fregerit et ibidem fuerit occisus quatenus in evangelio scriptum non est, neque invenietur sub apostolis umquam factum, placuit in numerum eum non recipi martyrum.

profundo abismo de vicios y de crímenes en que estuvo sumergida la sociedad antes de la caida del Imperio, es el plano donde cabe ver mejor la situacion de dos religiones que estuvieron mas de cuatrocientos años luchando frente á frente, es la historia social mas completa de los cristianos y del cristianismo en las provincias que componen el reino de Granada. Despues de él no se celebró otro hasta el definitivo triunfo de los Bárbaros.

Capítulo cuarto.

Invasiones de los Bárbaros; entrada de los Árabes.

Empezaron los Bárbaros á acometer el Imperio despues del reinado de Antonino, que fué quizás el mas grande de los emperadores. Asomaron al principio con cierto temor á las puertas del viejo mundo; mas no tardaron en dar en él batallas sangrientas que hicieron estremecer las legiones romanas y esparcieron la alarma y el terror por toda la superficie de la tierra. El Asia, la Macedonia, la Tesalia y la Grecia son pronto el teatro de guerras desoladoras que las cubren de cadáveres; tiemblan á la vez las naciones del norte de Europa, que ven llenas de armas sus fronteras; la muerte y la desolacion suenan en los oidos de todos y van á turbar la paz de los pueblos mas apartados del Imperio. Se lucha durante años con los Bárbaros logrando detener sus pasos; mas rota ya la primera valla, se precipitan estos con ímpetu en el fondo de las Galias, las atraviesan con rapidez, tramontan el Pirineo, se dejan caer sobre la España, y no hallando dique ni en las olas de los mares, se arrojan sobre las costas del África que dejan asombradas y despavoridas. No hacen aun asiento en pueblo alguno: pasan por todas partes como el torrente, dejando solo impresas sus huellas en los objetos que arrollaron en su avance formidable; pero, ¿fueron estas ni otras invasiones mas que un débil ensayo de la que habia de renovar al fin la faz del mundo? Entre la muchedumbre de emperadores que se sucedieron muchas veces unos á otros sin calentar siquiera el trono á que subian en brazos de las guar-

dias pretorianas, los hubo aun de bastante energía para contrarestar su furor y obligarles á dejar el suelo que tenian conquistado: hubo aun un Constantino y un Teodosio capaces de sostener sobre sus hombros el peso del Imperio; y estos lograron por mucho tiempo dilatar la caida del coloso. Mas al morir el último de aquellos, nadie pudo detener ya la invasion: Alanos, Suevos, Vándalos, Godos, Hunnos, todos los Bárbaros cayeron á la vez sobre las naciones de la Europa central, y las hicieron víctimas de su furor y presa de sus armas. No tardaron en pasar á España y bajar desde los Pirineos occidentales hasta las mismas orillas del Mediterráneo.

Las tribus granadinas, que ya en los reinados de Valeriano y Probo habian visto taladas sus ciudades por los Francos, fueron á poco ocupadas al oriente por los Alanos, al norte por los Suevos, y al occidente y mediodia por los Vándalos. Nada pudieron contra pueblos tan feroces: vencidas y derrotadas en todas partes viéronse acosadas por el hierro y el hambre, y no tuvieron mas recurso que el de sufrir sin esperanza el yugo que les imponian. Llenas contínuamente de terror á la vista de sus campiñas asoladas, de sus ciudades destruidas, de sus llanuras cubiertas de cadáveres que iban inficionando lentamente el aire que respiraban, no se atrevian siquiera á alzar la voz para quejarse, y yacian tristes y silenciosas, abrumadas bajo el peso de su desventura. Estaban enteramente cercadas de Bárbaros, y no tenian á quien volver los ojos. No podian volverlos ni aun á los mismos Romanos, que aunque dominaban todavía parte de la Península, amedrentados por sus nuevos enemigos, sancionaron la conquista y buscaron la alianza de los conquistadores. Faltas así de apoyo, perdieron uno tras otro todos sus derechos: perdieron su libertad, perdieron sus propiedades, perdieron los templos de su religion, heridos y destruidos impiamente por la espada. Gimieron bajo una servidumbre mucho mas dura que la que habian podido sufrir bajo las legiones invasoras de Cartago y Roma.

Lejos de hallar estas tribus en mucho tiempo alivio para sus males, viéronse todos los dias afligidas por nuevas desdichas. Fueron pronto el teatro de una guerra desastrosa, originada por la rivalidad entre los mismos Bárbaros que las oprimian; y es fácil concebir la parte que en ella les cabria siendo consideradas como enemigas por entrambos combatientes. Cada batalla era para ellas una herida, cada

triunfo una derrota. Su sangre era derramada con profusion por unos y otros, sus pueblos atormentados por frecuentes invasiones, sus ciudades tomadas en medio de los horrores de los asaltos mas sangrientos. Hubieran quizás entonces fenecido á no haber venido á poner fin á esta guerra otros Bárbaros venidos tambien del norte, que á la sazon llevaban ya reducidas á sus armas la Italia, el mediodia de la Francia y la costa oriental de España. Exterminados los Alanos y obligados los Vándalos á buscar un asilo en la Galicia, ocupada por los Suevos, respiraron entonces estas tribus bajo el yugo de los Godos, mucho mas blando y llevadero; mas no les permitió el Cielo gozar por mucho tiempo de aquel escaso bien que en cualquiera otra época hubiera sido considerado como una calamidad funesta. Los Vándalos, siempre inquietos y turbulentos, rompieron luego con los Suevos, y perseguidos por estos y por los Romanos, se arrojaron de nuevo sobre ellas, talándolas con mas furor que nunca y aterrándolas de suerte, que las ciudades quedaban desiertas y pueblos enteros corrian á salvar la vida en las vecinas costas de la Mauritania. Cazlona, Jaen, Guadix, Granada, Málaga, todas las poblaciones importantes fueron en aquella nueva invasion sepultadas en sus ruinas: de los que en ellas habitaban murieron los mas pasados por la espada, y algunos espiraron despues de una prolongada agonía, atormentados por los mas crueles ultrajes y violencias. Estaban los Vándalos tan sedientos de oro como de sangre, y para alcanzar aquel no temian derramar esta á torrentes.

No estuvieron libres de ellos estas tribus hasta que llamados por Bonifacio, que se rebeló contra el Imperio de oriente, las abandonaron movidos por sus ímpetus guerreros y se trasladaron al África con sus mugeres, sus hijos y el mismo rey Gunderico que los habia acaudillado en todas sus conquistas por España. Abrigaron á la sazon todos los pueblos esperanzas de paz; mas tampoco se la tenia aun reservada Dios, en quien tanto creian y á quien aderaban desde el fondo de su alma. Estaban todavía los Vándalos en Tarifa embarcándose en las naves que debian llevarlos al próximo continente, cuando los Suevos, bajando de sus montañas del norte, hicieron una escursion en Sevilla y Granada, y viendo la debilidad de las legiones romanas, trataron de apoderarse de la Bética, cuyo cielo envidiaban bajo las frecuentes nieblas de Galicia. Fué tal la celeridad con que estos Bárbaros bajaron, que dieron lugar á que el mismo gefe vándalo, noticioso de su venida

y recordando sus antiguos odios, volviese de repente contra ellos, y los derrotase cerca de Mérida ahogándolos en gran número en las aguas del Guadiana. Llenos aun de aquel ardor que los hizo precipitar sobre la Europa, ambicionaban la conquista de nuevos paises; y al saber que iban á quedar desocupadas estas tribus, no pudieron menos de manifestar intantáneamente su afan por adquirirlas á todo trance y á despecho de sus enemigos. Tropezaron con Gunderico y salieron vencidos; mas no abandonaron su empresa. Volvieron á acometerlas con mayores fuerzas, entraron en el reino de Granada, pelearon con las tropas imperiales de Andevoto, las destrozaron en las márgenes del Genil, y enardecidos por la victoria, se estendieron por todo el pais como rio que acaba de romper su dique. Arrollaron con sus briosos ímpetus ejércitos y pueblos; y encontrando apenas obstáculo á su furor, no dudaron en salvar las fronteras orientales de la Andalucía, pasando como agua que se despeña de los montes sobre el reino de Murcia.

Sojuzgadas así por los Suevos las tribus granadinas, vivirian poco mas ó menos tan oprimidas y vejadas como bajo el Imperio de los demas Bárbaros; pero no era solo la servidumbre de los Suevos lo que las afligia. Los Vándalos pirateaban incesantemente sobre sus costas y las tenian en contínua alarma; los Godos y los Romanos entraban en ellas con la misma saña que sus enemigos, y hoy las fatigaban con batallas inútiles, mañana con saqueos horrorosos. No parecia sino que Dios hubiese decretado su destruccion segun los males que las aquejaban, segun las calamidades que las amenazaban. A juzgar por la tiranía con que las trataban todos, ¿podian tener en unos mas que en otros esperanzas de mejor suerte? Los Romanos no podian inspirársela, cuando los pueblos que vivian aun bajo sus leyes, escitados por las contínuas vejaciones que sufrian, se veían obligados á abandonar sus hogares, á unirse con los Bagaudos (1), á ir á buscar su libertad

(1) Llamóse Bagaudos á todos los que rebelándose, ya contra los Bárbaros, ya contra el Imperio, se retiraban á montes escarpados y vivian allí independientes defendiéndose contra toda clase de opresores, é invadiendo muchas veces á mano armada los pueblos ocupados por sus enemigos. Fueron considerados por los Romanos como bandidos; mas no los juzgaron tan severamente los Españoles mas eminentes de aquellos tiempos. Salviano, sacerdote de Tarragona y obispo despues en las Galias, al hablar de los Bagaudos de su época, dice: «Hablo aquí de los Bagaudos que han sido despojados, oprimidos, sentenciados por la crueldad de jueces inicuos. Han perdido á un tiempo su libertad, sus derechos y el nombre romano que tanto les honraba. ¡Y

y su venganza tras las sierras del Norte en medio de los barrancos y de los precipicios. Los Godos eran los únicos que podian salvarlas, atendida su cultura, y las salvaron al fin; mas no atrajeron sobre ellas menos desventuras.

Entraron los Godos en estas tribus en el reinado de Teodorico II, sucesor del que fué á morir en los campos cataláunicos en la batalla dada contra el terrible Atila. Vinieron de las Galias acaudillados por el mismo rey; y aprovechándose de las guerras civiles que debilitaban las fuerzas de los Suevos, se apoderaron con rapidez de toda la Bética, llevando á fuego y sangre cuantas ciudades quisieron resistir á su denuedo incontrastable. Dirigieron luego mas allá sus armas, é hicieron suyo todo el mediodia de la Península; pero al pronto no gozaron de estas conquistas como dueños absolutos, sino como ausiliares del Imperio, con el cual tenian hecha alianza. Sentíanse aun débiles para contrarestar el choque de dos enemigos, y no se atrevieron á pelear contra ellos hasta que hecha la paz con los Suevos, y viendo embargada la atencion de los emperadores en la guerra contra los Vándalos del Africa, cayeron de improviso sobre los lugares poseidos aun por las legiones, y se hicieron en breve dueños esclusivos de toda España, menos del reino de Galicia.

Libres entonces de tan sangrientas luchas, cesaron de ser estas tribus víctimas del furor de los soldados, descansaron de sus fatigas y pudieron á la sombra de las leyes dedicarse con ahinco á la reparacion de sus quebrantos. Mas no duró mucho para ellos ese período de paz. La ambicion y el carácter violento de los caudillos Godos trajeron á toda la monarquía males que refluyeron principalmente sobre las comarcas que aquellas ocupaban. El brillo de la corona halagaba y cautivaba á muchos; y rara vez moria el rey sino de muerte airada. Sobre el ensangrentado sepulcro de los monarcas nacian frecuentemente partidos en favor de las diversas personas que aspiraban al trono; y no era raro verlos luchar entre sí apelando por vencer á medios que podian causar la ruina de todo el reino. Despues del trágico fin de Teudegiselo, muerto á puñaladas en un banquete, formáronse dos

acriminamos nosotros su desventura! ¡les echamos en cara una rebeldía necesaria! ¡les damos un nombre que les afrenta! ¡les atribuimos un nombre de que somos nosotros mismos la causa! ¡les llamamos rebeldes, les llamamos perdidos despues de haberles obligado á ser criminales!» (Salvian. de Gubernatio. Dei, lib. 5.)

en favor de Agila y de Atanagildo, y viendo este que no podia acabar con su rival, no dudó en vender al Imperio las costas de Andalucía y Murcia por un ejército que pudiese realizar sus pretensiones; no dudó en abrir paso para el mismo pais que pretendia gobernar á un enemigo tan temible por las fuerzas de que podia disponer, como por sus antiguas relaciones con los pueblos que les entregaba. ¿Podia por mucho tiempo sostenerse la monarquía con una ambicion tan desmedida?

La imprudencia de Atanagildo tuvo efectos muy desastrosos, y los hubiera quizás tenido mayores á no haberle sucedido en el trono reyes tan grandes como Leovigildo y Recaredo. No satisfechos los imperiales con el dominio de las costas, penetraron luego en el interior, y favorecidos en parte por las creencias religiosas del pais, lograron apoderarse de ciudades importantes, llegando á concebir la esperanza de volver á conquistar el reino que dominaron durante tantos siglos. Salieron en su primera escursion vencidos en algunos puntos por las tropas de su mismo protegido; mas nada fueron estas ligeras derrotas para los triunfos que les permitió alcanzar el interregno de cinco meses que hubo á la muerte de Atanagildo. Llegaron á imponer con tantas victorias á los Godos, que, apenas subió Leovigildo al poder, consideraron urgente la guerra, bajaron á Baza, entraron en Granada y los obligaron á encerrarse dentro de los muros de la ciudad de Málaga. Señores como eran del África, recibian todos los dias nuevas fuerzas; y era muy de temer que puesto ya el pié en el interior de España, no viniesen á usurparla á los Bárbaros como la arrancaron en otro tiempo de las manos de los Cartagineses. Estrelláronse, empero, ya contra el ardor guerrero de Leovigildo, ya contra la vigorosa prudencia de Recaredo, y caminaron de derrota en derrota primero á una paz vergonzosa, y luego á su espulsion total del reino. Vencidos por Sisebuto, tuvieron que retirarse al Algarbe; divididos y humillados por Suintila, hasta el Algarbe tuvieron que abandonar, poniendo por segunda vez de manifiesto la impotencia del Imperio.

La guerra fué, sin embargo, larga, y es facil concebir lo que padecerian en ella estas tribus, habiendo sido casi siempre el principal campo de batalla. Los imperiales hallaban generalmente apoyo en los pueblos, y esto fué causa de atropellos y de venganzas inicuas por parte de los reyes Godos. Las ciudades, tomadas por asalto, esperi-

mentaron todos los horrores del saqueo, y no pocas fueron víctimas de la cólera del vencedor. Tratóse á los indígenas con la misma dureza que en las primeras invasiones, y á veces si no con mayor barbarie, á lo menos con una crueldad hija de un odio mas profundo. La guerra no fué solo una guerra nacional, fué una guerra religiosa; y es ya conocida la intolerancia con que suele procederse en estas luchas.—Al hacernos cargo del Concilio Iliberitano, manifestamos ya la posicion ventajosa en que se encontraba el cristianismo á principios del siglo IV. Favorecida esta religion por los emperadores desde Constantino el Grande, fué cundiendo rápidamente en todas las naciones de Europa, y fué tal el ascendiente que tomó en el espacio de cien años, que al sobrevenir la caida del Imperio de occidente, pudo cautivar hasta los mismos Bárbaros que la ocasionaron. No los convirtió á todos; pero convirtió á la mayor parte: hizo enteramente suyos á los Godos, y encontró prosélitos hasta en los Alanos y los Suevos, pueblos cuyo temple fiero no parecia facil doblegar á la suave doctrina de Jesucristo. A la entrada de los Bárbaros reinaba ya casi esclusivamente en estas tribus: tenia que luchar aun con el paganismo; pero era este la religion del menor número. Tenia, no obstante, el cristianismo un mal que le devoraba y era causa de frecuentes guerras: las sectas, sobre todo la de Arrio, que inficionó todo el norte y á los que vinieron de él á conquistar la Europa. Los Godos al entrar en España eran ya secuaces ardientes de la doctrina de Arrio, vinieron con ella, con ella se establecieron, y sobre ella sentaron su vasta monarquía. ¿Lograron, sin embargo, inocularla en el ánimo de los naturales? Los errores de esta secta eran ya conocidos de los Españoles, cuyos primeros Concilios los anatematizaron (1), y no pudieron arraigarse nunca en el corazon del pueblo.

(1) En el Concilio de Braga celebrado en el año 411 se profesó ya el símbolo de Nicea, fundándose en que habia necesidad de ello para mayor firmeza de la fé, por ser los nuevos invasores parte Idólatras y parte Arrianos. «Quia verò, dijo Pancracio, presidente de aquella asamblea, nonnulli Alanorum, Suevorum, Wandalorumque sunt idolatræ, alii verò arrianam hæresim profitentur, visum mihi et vobis approbantibus ad mayorem Fidei firmitudinem contra similes errores sententiam proferre. ¿Quid vobis videtur?—Omnes responderunt: Justum, pium, sanctum, expediensque negotium.» Pancracio y los demas obispos pasan luego á hacer la profesion de fé, diciendo «que creen: primero, en Dios uno, verdadero, eterno, ingénito y no procedente de nadie, que crió el cielo, la tierra y todo lo que hay en estos visible é invisible: segundo, en un Verbo engendrado por el mismo Padre antes de los siglos, Dios de Dios y de la misma sustancia del Padre, sin el cual nada fué hecho y por el cual todo fué creado:

Nació de aquí una antipatía que permaneció por mucho tiempo oculta; pero que se reveló, como no podia menos de revelarse, cuando hubo un motivo de desavenencia, cuando libre el espíritu pudo proclamar lo que pensaba, cuando hallando apoyo en los imperiales que eran católicos, creyeron los pueblos poder arrostrar frente á frente la cólera de los Arrianos.

Esto fué lo que mas encrudeció los principios de la última guerra que fatigó á estas tribus. Atanagildo y hasta el mismo Leovigildo trataron con tanto encono á los naturales como á los soldados del Imperio, tomaron de ellos venganzas terribles y esplayaron alguna vez su saña en estas comarcas, mas por considerarlas adictas al catolicismo que al trono de los Césares de oriente. El mártir Hermenegildo, hijo de Leovigildo, al hacerse católico tuvo que defenderse contra las iras de su padre, y donde halló secuaces y defensores mas ardientes fué entre los imperiales y los pueblos de la Andalucía, dispuestos siempre á tomar las armas contra el arrianismo. Mediando tan vivas disidencias religiosas, ¿era posible que no fuese la lucha sangrienta hasta haber abjurado Leovigildo sus errores al borde del sepulcro y haber abrazado Recaredo la religion católica en el Concilio tercero de Toledo?

Capítulo quinto.

Historia de estas provincias desde la invasion de los Arabes hasta la caida del Califato de Córdoba.

(*Desde el año* 714 *hasta* 1031.) Despues de la espulsion de los imperiales gozaron estas provincias de paz hasta la venida de los Árabes. Vencidas entonces por Abdelaziz, hijo de Muza, cayeron bajo la ser-

tercero, en el Espíritu Santo procedente del Padre y del Verbo, etc., etc. Y luego dijo Pancracio: condeno, escomulgo, repruebo y anatematizo á todos los que lo contrario sientan, sostengan y prediquen: y contestaron todos los obispos: y les condenamos tambien nosotros.» Los Arrianos disentian de los Católicos sobre todo en el segundo artículo de esta profesion de fé. Segun ellos, Jesucristo, es decir, el Verbo, no era de la misma sustancia del Padre; era una criatura que Dios acá en el tiempo habia sacado de la nada como á todos los demas vivientes; y de consiguiente, se le tenia por inferior al Padre, que para ellos era en rigor el único Dios verdadero. Reinó esta dectrina en España hasta el tiempo de Recaredo.

vidumbre de este nuevo pueblo, que las tuvo en su poder por muchos siglos. Sufrieron al principio las consecuencias naturales de la guerra; mas hubieran podido en breve reponerse de sus quebrantos á no haber dado origen á frecuentes luchas civiles entre los vencedores odios de raza y de familia y un escesivo deseo de independencia. Los Arabes, aunque de distinta religion, no se ensañaron con ellas como otros pueblos invasores: ni las redujeron á una verdadera esclavitud, ni las fatigaron con inmoderados tributos, ni les impusieron á viva fuerza sus creencias, ni pretendieron arrancarles de un golpe los hábitos sociales que les habian comunicado otras naciones; les dejaron no solo su religion, sino hasta sus leyes y sus tribunales, contentándose por de pronto con que los naturales reconocieran su dominio, y fiando al tiempo el triunfo de la ley de su Profeta (1). No abusaron de la victoria; y bajo su dominacion mas bien caminaron estas provincias á la prosperidad que á la ruina, aun al través de las mismas guerras fratricidas que las desgarraron durante muchos años. Por terribles que estas fuesen, salian de entre el polvo de los combates hombres de genio y de energía; y hasta de la sangre que se derramaba brotaban al parecer nuevos elementos de esplendor y de riqueza.

Estalló la discordia entre los Arabes ya antes de terminarse la conquista de la Península. Promoviéronla primero los celos de los caudillos, envidiosos recíprocamente de su gloria; fomentóla despues

(1) En el Fuero de Coimbra dado por Alboacem, único cuyo testo ha llegado hasta nosotros, se leen en confirmacion de lo dicho los párrafos siguientes: «pagarán los Cristianos de mis tierras tributo doble que los Moros. Pagarán las iglesias veinte y cinco piezas de plata fina por la que fuere mas ordinaria, cincuenta por cada monasterio, y ciento por la catedral. Tendrán los Cristianos en Colimb un conde de su nacion, y otro en Goadatha, quienes los gobernarán con arreglo á las leyes y costumbres cristianas, y sentenciarán las desavenencias que sobrevinieren entre ellos: mas á ninguno darán muerte sin disposicion del alcaide ó del alvacir sarraceno, ante el cual traerán al reo, manifestando sus leyes; dirá el alcaide me conformo, y matarán al culpado. En las poblaciones cortas tendrán los Cristianos sus jueces que los gobiernen debidamente y sin contiendas. Si acaeciere que un Cristiano mate ó insulte á un Moro, obrarán el alvacir ó el alcaide segun las leyes de los Moros. Si algun Cristiano atropellare á una doncella sarracena, tendrá que hacerse Moro y desposarse con ella, y si no se le matará; si es casada, se matará al reo. Si un Cristiano entra en una mezquita y dice mal, sea de Alá, ó sea de Mahoma, tendrá que hacerse Moro ó debe morir... Los monasterios comprendidos en mi jurisdiccion disfrutarán en paz sus haciendas, pagando las cincuenta piezas sobredichas. El monasterio de la Serranía, llamado Laurbao, nada pagará, por cuanto los monges me suelen mostrar gustosos sus cazaderos, acogen á los Sarracenos, y nunca he cogido en fraude ni en maldad á los domiciliados en aquel convento; y así seguirán conservando sus fincas sin padecer tropelía ni violencia de parte de los Moros.»

la diversidad de castas; perpetuóla al fin el orgullo de los gefes subalternos, siempre dispuestos á desentenderse de la voluntad de los emires. Las primeras luchas á que dió lugar apenas interesaron directamente á estas provincias; mas fueron ellas el principal teatro de las que produjo la llegada de Abdelrhaman, jóven ommiade, que despues de haber visto en oriente el triunfo de los Abassydas, vino á vengar en España la ensangrentada sombra de su familia, fundando un Imperio independiente del Califato de Damasco. Desembarcó Abdelrhaman en Almuñecar, donde despues de haber recibido el homenage de los principales jeques de Andalucía, vió reunirse bajo sus pendones las tropas que le enviaron las ciudades de Elvira, Almería y Málaga. Oyó desde aquella ciudad los pasos de Yusuf y de Samail que se dirigian contra él seguidos de grande ejército y llenos de cólera y denuedo; salió al campo, y no tardó en derrotarlos al pié de Sierra Elvira, acorralándolos hasta los pequeños aduares de Granada y obligándolos á entregarle la espada y el reino por el cual peleaba. Tuvo poco despues en campaña á otro enemigo mas temible, á Ela ben Mugueit, walí de Kairuan que acababa de enarbolar el estandarte negro de los califas; y fué en la Serranía de Ronda donde despues de la batalla de Badajoz y el cerco de Sidonia acabó con los restos del enemigo, que bajó precipitadamente al mar en busca de naves para el Africa. En esta misma sierra y en la de Antequera vino á combatirle Abdelgafir, uno de los mas ardientes partidarios de los Abassydas, que empezó por talar las aldeas vecinas; aventurándose poco á poco á mayores empresas, hizo con buen éxito algunas escursiones por las costas de Almuñecar y Almería; venció é hirió al walí de Elvira, que murió desangrado; peleó con gloria de su nombre frente los muros de Sevilla; puso en alarma á la misma ciudad de Córdoba, y fué al fin á morir en Écija en manos de Abdelsalem, otro walí de Elvira. Entre las peñas en que nace el Guadiaro, allá en la misma Serranía de Ronda, se sostuvo por algun tiempo con las escasas tropas que quedaban del ejército de Abdelgafir el aventurero Hafila, uno de los pocos caudillos que escaparon con vida de la jornada de Écija. Alzáronse, al fin, contra Abdelrhaman los hijos de Yusuf, Abul Aswad y Khasem; y fué principalmente la sierra de Segura la que vió su rebeldía, la ciudad de Cazlona la que presenció uno de sus mayores triunfos, las aguas del Guadalimar las que fueron testigos de su derrota, las que

vieron anegarse en su seno centenares de fugitivos y caer en sus orillas cuatro mil cadáveres.

Para recuerdo de tan sangrientas guerras quedaron en las murallas de algunos pueblos de estas provincias las cabezas de los principales rebeldes, sobre todo las de los caudillos que murieron en Écija, fijadas segun los cronistas árabes en las de Granada, Elvira y Almuñecar. Quedaron, ademas, las huellas de la devastacion propia de toda guerra intestina, huellas que solo podian ser borradas en parte por el generoso y hábil gobierno del emir Abdelrhaman, uno de los mejores príncipes que gobernaron la España sarracena.

Con el triunfo definitivo de este príncipe, á quien cupo recibir al fin de su vida la cabeza de Hafila, el último de sus enemigos, parecia que habian de quedar concluidas tan funestas guerras; mas desgraciadamente el mismo Abdelrhaman abrió la puerta á otras mas largas y mas desgraciadas, haciendo nombrar al menor de sus hijos sucesor al trono. Nacieron á su muerte discordias entre el emir y sus hermanos; alzáronse estos en abierta rebelion, y, rotos los vínculos de la sangre, dióse durante muchos reinados el escándalo de ver luchar entre sí los miembros de una familia á la que estaba confiado el gobierno supremo del Imperio (1). Renacieron con esto los bandos, cobraron nuevos brios la ambicion de los walíes y los instintos guerreros de la muchedumbre, enarboláronse donde quiera nuevos pendones, y todo fué

(1) El derecho de primogenitura no era conocido entre los Árabes. Al ver, sin embargo, Soleiman y Abdala, hijos mayores de Abdelrhaman, que les habia sido antepuesto el hijo menor Hescham para la sucesion al emirato, se dieron por tan agraviados, que, apenas hubo fallecido el padre, tomaron las armas y se declararon en guerra abierta con el nuevo soberano. Pudo vencer Hescham á sus hermanos, mas no se dieron estos por vencidos sino mientras aquel siguió reinando. Volvieron á levantarse al advenimiento de su sobrino Alhakem, sucesor de Hescham; y ya al borde de su tumba empuñó de nuevo la espada Abdala en demanda de sus pretendidos derechos al ser proclamado emir Abdelrhaman II. Estas discordias de familia fueron luego de un fatal ejemplo. Disputáronse el poder hasta padres é hijos, viéndose no pocas veces obligados los primeros á manchar el trono con la sangre de sus propios descendientes. Cuéntanse en el número de estos padres desgraciados no solo emires adocenados como Abdala, sino tambien califas esclarecidos como Abdelrhaman III, que hizo degollar en su propio palacio á su hijo menor, á quien encontró conspirando contra él por haber sido declarado sucesor al califato su hermano mayor, conocido mas tarde con el nombre de Alhakem II. A ese espíritu de rebelion debemos principalmente atribuir los hechos sangrientos que suelen empañar la historia aun de los mejores príncipes árabes. Las pasiones de emires y súbditos solian ser muy exaltadas; los vínculos de parentesco, mucho mas débiles que entre los Cristianos, no bastaban para contener la ambicion de los unos ni la cólera de los otros; y asi como no temia el hijo rebelarse contra el padre, no temia el padre en un momento de arrebato emplear contra el hijo el hierro ni el veneno.

pronto confusion y guerra. Ardió esta con furor sobre todo bajo el emir Abdala, que tuvo que tomar las armas contra su propio hijo, contra sus hermanos y contra el hijo de Hafsun, dueño de Toledo y de muchas ciudades del oriente de la Península (1).

Este hijo de Hafsun, llamado Kaleb, trató entonces de estender sus dominios por las provincias granadinas; y valiéndose de Obeidala ben Omeya, logró levantar en breve á las orillas del Guadalquivir un ejército de catorce mil soldados, á quienes acaudillaban principalmente Suar ben Hambdun el Kaisi, uno de los mas poderosos caudillos de las tribus que vivian al levante de Andalucía, y Yesid ben Yahyah ben Sukelah, Emir de los verdaderos Arabes. Cayeron de improviso estas tropas sobre Cazlona, y dueños ya de la ciudad, bajaron vencedores á las campiñas del mediodia dejando derrotado al walí de Jaen en una batalla en que, segun la espresion de un poeta, apagaron los soldados del Emir con lluvia de sangre la confusa polvareda que levantaron al acometerse las dos huestes (2). Llenos de ardor por tan

(1) Al subir Abdala al poder, indultó y confirió cargos importantes á los hijos de Hescham, á quienes habia mandado empalar su antecesor El Mondhir en el mismo dia en que le alcanzó la muerte junto á la fortaleza de Hisn Webde; y al paso que con este hecho se grangeó la voluntad del pueblo, desagradó tanto á su hijo Mohamed, enemistado con los de Hescham, que este, echando á un lado las atenciones y el respeto debidos á un padre, se levantó contra él al sur de Andalucía, y le amenazó con quitarle la corona si no anulaba la gracia concedida. Larga y empeñada fué aquella guerra; y aunque en ella no lidió personalmente el padre, tuvo que desnudar la espada contra Mohamed su hermano Abdelrhaman, que le quitó en pocos dias Sevilla y Carmona, peleó con él en el Aljarafe, le mató el caballo, le hirió, le hizo prisionero y le envenenó, segun algunos cronistas árabes, por orden del mismo Abdala, padre de entrambos. Este hecho, sin embargo, no impidió que el amor que profesaba Abdala al niño Abdelrhaman, hijo de ese mismo Mohamed, se lo hiciese preferir para sucesor al mismo vencedor del Aljarafe y fuese la causa del brillante reinado de Abdelrhaman III.

(2) Este poeta era Said ben Soleiman ben Gudhi, que cantó esta batalla en un romance que copiamos de Conde:

Ya de la arrancada el polvo
Todo el cielo se oscurece,
Al encuentro de las lanzas
Se abrevan en sus raudales
Con lluvia de sangre apagan
Ellos atónitos huyen,
Pálidos y sin aliento
Pregunta á Suar te dirá
Si las indicas espadas
Despojando á los turbantes
A Beni Alhamra pregunta
Si chocaron como montes
Allí acabó Dios la gente
Y sobre ella volteó
Con ímpetu arrebatado
su hueste de pavor llena;
que densa nube se eleva:
tímidos la espalda muestran;
que iban de sangre sedientas;
la confusa polvareda:
la tierra les viene estrecha,
luego vienen en cadena.
de la encendida pelea,
cercenaban las cabezas,
de bandas y cintas bellas.
cuando su tiempo les llega,
de altas cumbres descompuestas:
que dejó nuestras banderas,
de la batalla la muela
que ninguno de ellos queda.

gran victoria, que puso en sus manos al mismo wali y á otros caudillos enemigos, fueron descendiendo con mayor ímpetu, y tomaron á Huescar, Jaen, Raya, Archidona y todo el pais que media desde Elvira á Calatrava. Tuvieron poco despues contra sí al mismo Abdala, que salió de Córdoba lleno de despecho al frente de la tropa andaluza y la caballería asalariada de su guardia; mas no temieron arrostrar su cólera y su poder á pesar de ser menores en número. Le aguardaron á la falda de las Alpujarras que ellos habian cubierto de castillos, y le presentaron batalla en las márgenes del Darro, donde quedaron, sin embargo, vencidos y perdieron despues de grandes esfuerzos á Yesid y al esforzado Suar, cuya cabeza mandó á la corte el Emir con la noticia de su victoria (1). No retrocedieron aun: acaudillados por el hermano de Said ben Soleiman (2), poeta guerrero que acababa de can-

A sin razon nos combaten — con viles estratagemas,
Y caballos y peones — sus máquinas desordenan.
De Aduan y Cahtan los hijos — se traban, luchan y estrechan.
Leones los acaudillan, — rabiosos ansian la presa;
Presas de batallas buscan, — gloria sin baldon anhelan.
El mejor Cais les conduce, — su espada sangre destella,
Y entre las huestes camina — á la altura mas excelsa.

(1) Cantó el mismo Said la muerte de este caudillo en los siguientes versos:

De Suar se quebró la espada — en esa de sierra Elvira,
La espada que á las hermosas — de tristes lutos vestia,
La que de mortales ansias — daba copas repetidas
Y de una misma brindaba — á gente noble y baldía:
Por solo Suar mil maté, — que él solo por mil valía,
Por uno nuestro mil de ellos — es barata mercancía,
Lícito fué matar mas — por igualar la partida.
Nuestras sedientas espadas — en sus gargantas bebian,
Y sus fuegos apagaron — en el raudal que corria.
Si nuestras valientes lanzas — fortuna contraria humilla,
Tambien la columna de ellos — ó viene al suelo ú vacila.
Consuelo de Abi Sidqui, — dos siervos de poca estima,
Sangre dellos no colora — como vil sangre vertida:
Y la nuestra se vengara — aunque en la poza caia.

(2) Este esclarecido poeta no era menos valiente que el hermano de que ahora hablamos. Retiróse despues de esta batalla á Toledo, donde se incorporó con Kaleb ben Hafsun: retó algun tiempo despues á este; y viéndose desatendido, le embistió un dia en sus reales, le derribó del caballo, y le hubiera sin duda muerto á no haberle detenido los amigos del atacado. Redújose desde entonces á la obediencia de Abdala, y pasó á vivir con los suyos en Elvira, su patria, que recogió su último suspiro. Era este Said ben Soleiman, segun la crónica arábiga, hombre de tanto esfuerzo para pelear como gracioso en el habla y bondadoso de corazon para cuantos infelices se arrimaban á su sombra. El Asdi, poeta de los Arabes de Elvira, escribió para su losa los versos siguientes:

Aquí yace el fiel amparo — de los pobres desvalidos,
Que les dió sombra en verano — y en invierno grato abrigo:

tar en llorosas endechas la muerte de Suar, bajaron á la vega de Granada y pasaron á Loja, donde pelearon desesperadamente con el mismo ejército del Emir, hasta que herido su gefe cayó en manos de los enemigos. Dirigiéronse llenos de turbacion á Elvira; llamaron en su favor á Mohamed ben Adheha que poseía á la sazon el castillo y tierra de Alhama; se enriscaron en las ásperas quebradas de Antequera, Granada y Ronda; y mientras no se sintieron con brios para ir á recoger nuevos laureles en los campos de batalla, se contentaron con ir vengando en escaramuzas sangrientas y en sorpresas y rebatos inesperados la muerte de su anterior caudillo, á quien hizo degollar Abdala despues de haberle cegado con un hierro candente y tenerle durante tres dias sufriendo los castigos mas atroces. Libres allí en breve de la presencia del Emir, cuyo poder estaban amenazando en la otra parte de Andalucía sus hermanos Khasem y El Asbadj y Mohamed su hijo, constituyeron independiente de Córdoba un pequeño reino que comprendia todas las serranías meridionales hasta Gibraltar; construyeron fortalezas en las alturas mas inaccesibles, amurallaron algunos pueblos y llegaron por fin á hacerse temibles al mismo Abdala, que no pudo ya pensar en su vida en desalojarlos de sus posiciones ventajosas. Traían de contínuo desasosegadas las comarcas vecinas: caían hoy sobre una ciudad, mañana sobre un pueblo; y tenian en perpetuo movimiento las tropas enemigas. Fueron el azote del mediodia hasta que ocupó el lugar de Abdala Abdelrhaman III, esclarecido príncipe á quien cupo avasallar con su dulzura y denuedo á todas las tribus rebeldes y llevar la guerra hasta el corazon del reino cristiano del norte, ensanchado en los emiratos anteriores mas por las turbulencias de los Arabes que por la poderosa espada de los reyes.

Este jóven Emir, el primero que tomó en España el nombre de Califa (1), despues de haber derrotado á Kaleb ben Hafsun entre los

Humilde césped le cubre,
Así las rosas lo enramen,
Desde que echa el campo flores,
Desde que el sol resplandece,
Pecho mas noble y gallardo
Baña, llanto de mis ojos,
pero es un césped florido:
y al par jazmines crecidos.
el bosque hojas, y agua el rio;
ni hombres ni ángeles han visto
que el de Said aquí tendido.
este sendero de mirtos.

(1) Abdelrhaman I, al constituir la España Arabe en un estado independiente del Califato de Bagdad, tomó el título de Emir, que equivale á rey ó príncipe temporal, pero no el de Califa ni el de Emir-el-Mumenin, que equivalen al de príncipe de los creyentes ó pontífice. Temió sin duda quebrantar la unidad religiosa tan recomendada

montes de Toledo y los de Cuenca, pasó con parte de su guardia y la gente de guerra de Córdoba al mediodia del Guadalquivir, y no se detuvo hasta llegar al pié de las sierras que ocupaban aquellos andaluces insurgentes. Creía tal vez deber emplear contra ellos las armas; pero afortunadamente la fama de sus hazañas y el recuerdo de su dulzura pudieron mas con sus enemigos que sus aprestos militares y la vista de sus banderas vencedoras. Jeques de varias tribus andaluzas fueron espontáneamente á ofrecerle su influjo y sus aceros; presentáronsele uno tras otro los mas temidos gefes de las Serranías; se le entregó dentro corto tiempo el mismo Mohamed ben Adheha, régulo de toda la comarca. La cortés afabilidad con que recibió á los jeques y el olvido que manifestó tener de las pasadas rebeldías, nombrando para destinos importantes á los que se pusieron primero á la sombra de su trono, no contribuyeron poco á tan feliz desenlace, que trajo por consecuencia la rendicion de Obeidala ben Omeya, otro banderizo de Hafsun que habia logrado hacerse dueño de Cazlona. Abdelrhaman era uno de estos príncipes que saben cautivar con la generosidad á sus mismos enemigos; dió á Mohamed la alcaidía de Alhama, confirió á Obeidala el gobierno de Jaen, halagó á todos los gefes de tribu y á cuantos pueblos logró reducir á su obediencia, que fueron mas de doscientos, visitó detenidamente el pais de Elvira, y al entrar triunfante en Córboba, no pudo presentar á la muchedumbre largas traíllas de esclavos ni carros llenos del botin de las batallas, pero tuvo el placer de llevar consigo el corazon de millares de súbditos que bendecian á la vez sus coronados estandartes y su política clemencia.

Sin esta noble conducta del Califa hubiera sido quizás dificil poner fin á una guerra tan larga y enconada ya por crueles venganzas, capaces de irritar aun á los de sangre mas templada. Háse visto ya la desgraciada muerte del hermano de Said ben Soleiman, herido y hecho prisionero en la vega de Granada: ¿el hierro ardiente que taladró

por el Alcorán; y asi continuaron los Arabes de estos reinos reconociendo la silla de su gobierno espiritual en la corte de oriente. Al subir al trono Abdelrhaman III estaba ya el Califato de Bagdad en una gran decadencia, y existia por otra parte en Africa otro Emir con el título de Califa; y estas consideraciones le movieron á tomarla tambien para si y sus descendientes, cosa que fué muy bien recibida por todos los Musulmanes españoles. Data pues del advenimiento de este Abdelrhaman el llamado Califato de Córdoba, que empezó el dia 14 de octubre del año 912.

sus ojos no habia de encender en ira el pecho de los vencidos en el combate? Aun con el sistema de Abdelrhaman no tardó en retoñar la guerra en la misma serranía de Ronda, donde se sublevaron de nuevo mas de cien pueblos contra el Califato. Acostumbrados ya estos á la vida azarosa, no sabian acomodarse á la paz; y al verse atropellados por un wasir que pasó á cobrar con crecida escolta los atrasos de los tributos devengados, tomaron las armas con mayor furor que nunca, aclamaron por caudillo al mismo alcaide de Alhama, á quien habian aclamado en la pasada lucha, y fortificando á toda prisa las cumbres de las Alpujarras, desafiaron desde ellas el poder de Córdoba. Viéronse luego acosados por el mismo Emir, que lleno de despecho por la que él llamaba alevosía de Mohamed, salió de su corte, apenas recibida la noticia, con grandes escuadrones de caballería y la tropa de Algafdat, Écija y Porcuna; mas encerrados en los castillos de sus cerros lograron burlar los esfuerzos y el valor de aquel guerrero ilustre que despues de haber tomado las fortalezas de Baga y Bogiana, cansado de escaramuzas y refriegas parciales, se retiró á Jaen y encargó á Labi ben Obeidala la continuacion de la guerra. Bajaron á la llanura apenas vieron lejos de sí á Abdelrhaman, y aunque dieron á poco con Labi y salieron vencidos en la batalla, fué tal la astucia con que supieron emprender la retirada, que lograron meter al vencedor en angosturas y tomar en ellas una sangrienta venganza de su derrota. Destruyeron no solo el ejército de Labi, sino tambien el del Califa, volviendo á quedar en breve dueños absolutos de su pequeño reino.

Confuso el wali de Jaen no se atrevió á comunicar á Córdoba noticias tan fatales: llamó en su socorro al de Carmona y á los alcaides de Algafdat y de Porcuna, y volvió á abrir con ellos la campaña, deseoso de lavar con sangre enemiga la mancha que habia recibido. Acometió por diferentes puntos á los rebeldes; peleó con ardor y hasta con ira; mas no pudo alcanzar ventaja contra el bravo alcaide de Alhama, que le arrolló en repetidos encuentros, y despues de haber arrojado de sí las tropas reunidas de los dos caudillos principales, sorprendió la importante ciudad de Jaen, y la redujó á sus armas con asombro de sus mismos contendientes.

Fué este, sin embargo, el último triunfo de los rebeldes. Al oir el Califa al mensagero que le llevó tan infausta nueva, cuentan que

le agasajó como si le hubiese llevado la de una gran victoria; mas no descuidó ni un solo punto remediar este quebranto. Juntó las tropas de Córdoba, y tomando su caballo de batalla partió para Jaen, sitió la plaza y obligó á sus enemigos á que huyeran despavoridos á guarecerse en las quebradas de los montes. Cargó sobre ellos, principalmente sobre los que se dirigieron con Mohamed al mediodia; mas no pudo impedir que llegaran á Alhama y se encerraran en su grandiosa fortaleza. Conoció al verlos allí cuán difícil habia de ser vencerlos sin derramar á raudales la sangre de sus soldados; pero no por esto desistió de su empeño. Lleno de cólera al ver que un puñado de Arabes revoltosos detenia á cada paso su marcha vencedora contra los Cristianos del norte, sentó sus reales ante Alhama, y juró no levantarlos hasta ver la cabeza de Mohamed sobre la espada de uno de sus valientes. Mostróse en aquel sitio como en todos infatigable: daba todos los dias asaltos mas sangrientos, y al ver la desesperada defensa de los cercados y la matanza de los suyos, no hacia mas que aumentar su ardor y su sed de venganza. Desesperábale hasta la prolongacion del sitio, y resuelto á no tenerle por mas tiempo, mandó abrir brechas en las murallas con vigas y con hogueras, logrando así dar entrada en el pueblo á sus soldados, que apenas se vieron vencedores, lo pasaron todo á fuego y sangre, no dejando con vida ni á uno solo de los vencidos. Encontróse despues á Mohamed exhalando entre cadáveres sus últimos suspiros; y cumpliendo Abdelrhaman su juramento, mandó cortarle la cabeza y la envió á Córdoba con la noticia de su triunfo.

Muerto Mohamed, á quien llamaban últimamente los suyos El Somor, desmayaron los rebeldes de las serranías, y no tardaron en presentarse al Califa, á quien cupo de esta suerte acabar para siempre esta guerra desastrosa. Pasaron entonces los vencedores de Alhama á Granada, que sería aun un pequeño pueblo, permanecieron en él por algun tiempo, admiraron su bella posicion entre el Genil y el Darro, su frondosa y dilatada vega y sus jardines pintorescos; y despues de haber echado los cimientos de una mezquita espaciosa que mandó construir Abdelrhaman, salieron camino de Toledo dejando sosegada del todo esta parte de Andalucía.

Duró la paz en estas provincias por algo mas de un siglo, durante el cual alcanzaron un alto grado de prosperidad bajo la poderosa mano

de Abdelrhaman, de Alhakem II y del hadjeb Almanzor, cuyo cuerpo pudo ser cubierto por el polvo recogido en los campos de batalla. Animó desde entonces la agricultura todas estas vastas campiñas, que revelan aun hoy los esfuerzos de aquellos tiempos; los olivos cubrieron con su sombra las orillas del Guadalquivir; creció y fructificó la vid en las risueñas costas de Málaga; árboles venidos de otros climas poblaron los collados; produjo la tierra pingües esquilmos hasta en las frias gargantas de Sierra Morena. Alzóse sobre cada barranco un puente; abriéronse en Granada y en otros puntos dilatadas acequias que esparcieron la vida por aquellas fértiles comarcas; levantáronse á millares los cortijos, prueba la mas evidente de lo aprovechadas que habian de estar aun las tierras en que reinan hoy la soledad y la muerte. Creció notablemente la riqueza pecuaria; numerosas cabañas de ganado que apacentaban durante el verano en las sierras del Norte bajaron al asomar el invierno á la llanura, buscando bajo las copas de árboles aun cubiertos de follage el calor del sol de mediodia.

Hubo desde entonces animacion dentro de los términos de estas provincias, ya en los montes del interior, ya á lo largo de las costas. Resonaba el pico del minero en las sierras de Jaen, de cuyas entrañas se sacaban preciosos metales, y en las de Málaga y Bejar, que encerraban en su seno el rubí ó sea el yakut ahmar de los Arabes. Corrian junto á las orillas del mar numerosas navecillas destinadas á la pesca del coral, entre las cuales se veian asomar tal vez buques de alto porte que iban y venian de las costas de la Mauritania. Las playas de Almería rebosaban de gente consagrada á los trabajos navales ya desde los tiempos de Abdelrhaman I, que fundó en ella un arsenal grandioso. Ocupada continuamente la atencion de los califas en las guerras de Africa donde alcanzaron tan brillantes triunfos, era aquella una de las que mas debian reparar los quebrantos de la armada, y esto le comunicaba vida y movimiento.

Participaron ademas estas provincias de la luz que estaba ya arrojando de sí la corte de Córdoba, donde los Arabes mas sabios de oriente y de occidente acudian tras el brillo y la generosidad de los califas. Las letras en aquella corte eran tenidas en grande estima: habia en ellas desde los tiempos de Alhakem la mejor y la mas numerosa biblioteca del orbe, y desde los de Almanzor un establecimiento casi universitario. Buscaban los mismos príncipes la amistad

de los que sobresalian en algun ramo de las ciencias; y lejos de desdeñarse los poderosos de alternar con ellos, se complacian en reunirlos en sus casas y oir sus ilustradas pláticas. Era sobre todo apreciada la poesía: los califas eran casi todos poetas, y el laud solia abrirse en palacio mas paso que la misma espada. Un canto que revelase inspiracion y genio levantaba á veces á un jóven desde el polvo á las gradas del trono. Colocó Alhakem en los primeros puestos á los mejores poetas, y Almanzor los llevaba siempre consigo en aquellas espediciones militares que llenan las mas brillantes páginas de la historia de aquellos tiempos. Con tan grande proteccion dada á las letras florecieron escritores célebres en las principales ciudades de España, sobre todo en las de estas provincias, situadas bajo un bello clima y á corta distancia de la corte. Produjo entonces Málaga uno de los primeros historiadores; Elvira, Granada y Jaen poetas que hicieron resonar sus lindos y entusiastas cantos bajo las doradas bóvedas del alcázar de Zahara. Fué durante muchos años la gloria de Jaen Ahmed ben Faraje el Djaheni, célebre por sus enérgicas imitaciones de los poemas épicos orientales, y notable entre todos por la sublimidad de su estilo y la cultura y elegancia de su lenguaje; fuélo de Elvira Ebn Isa el Gaiani, que á su vuelta de Egipto y otros paises del oriente que habia recorrido por orden de Alhakem, presentó á este su geografía y una descripcion en verso de las cercanías de su patria; fuélo de la misma ciudad Asdi, el que escribió aquella inscripcion tan sentida sobre la tumba de Said ben Soleiman, otro poeta esclarecido, hermano como ya llevamos dicho del caudillo que hizo cegar Abdala despues de la fatal jornada de Loja.

Prosperaba todo en esta época; mas no dejaban de estar ocultos en medio de la prosperidad misma gérmenes de destruccion y de muerte para aquel temible Imperio, en cuya agonía habian de volver á ser estas provincias teatro de las mas vivas luchas. Mientras el hadjeb Almanzor, que no era mas que un ministro, estaba asordando el Africa y la España con el estruendo de sus batallas, vivia en una niñez perpetua en los salones de Zahara el califa Hescham II, enteramente ageno á los negocios del Estado, y sin llegar á conocer siquiera al pueblo cuyo gobierno le habia confiado Alhakem su padre. Almanzor y aun su primer hijo Abdelmelec, que le sucedió en el cargo de hadjeb despues de su muerte, supieron usar con gloria y provecho

de su pais del poder usurpado; mas Abdelrhaman, que no conservaba de su padre Almanzor sino la gallardía, quiso emplearlo ya mas en pro suya que en la de su patria, y con el afan de hacerse declarar sucesor del Califa abrió la puerta á una guerra fatal que costó al Imperio la sangre de sus mejores hijos. Mohamed ben Hescham, biznieto de Abdelrhaman III, sabedor de los intentos del nuevo hadjeb, pretendió ser de derecho el sucesor al trono, y acaudillando cuanta gente pudo, entró á mano armada en Córdoba, se apoderó del Califa, á quien luego hizo pasar por muerto, se hizo proclamar Emir de los fieles, destituyó á cuantos creyó que podian ser sus enemigos, y desterró del palacio y aun de la corte á todos los Zenetas africanos, guardias naturales del Califa que no se mostraron muy satisfechos de sus miras ambiciosas.

Fué principalmente este destierro el que dió lugar á las escenas mas sangrientas. La guerra dejó de ser personal y pasó á ser de raza; y así empezó en toda España una serie de luchas civiles en que estaban de una parte los Arabes puros y de otra todas las demas familias musulmanas. Arrojados los Zenetas de Córdoba á la viva fuerza, encuentran apoyo en D. Sancho, conde de Castilla, bajan otra vez al camino de Córdoba acompañados de este príncipe y de un gran número de caballeros cristianos, tropiezan en Jabalquinto con el ejército de Mohamed, traban con furor la batalla, y en pocas horas dejan en el campo veinte mil soldados cordobeses. Persiguen luego á Mohamed hasta los llanos de Bailen, se dirigen á Córdoba, que les abre al verles sus puertas, entran despues de algunos dias en ella, y proclaman Califa á Soleiman ben Alhakem, que habia sido su caudillo desde su primera salida de la corte árabe.

Sabida la noticia de este encumbramiento, no hubo ya quien bastase á detener las tribus árabes. Alzáronse en las provincias granadinas las que vivian en las Alpujarras, siendo tal la saña con que en muchas ciudades se miró á los Africanos, que el pueblo de Málaga al sublevarse contra el nuevo Califa pretendió matar á uno de los mas poderosos, y despues de haberle concedido algun tiempo para que hiciese su plegaria, le rajó de una pedrada la cabeza sin dejarle proferir sus últimas palabras. Así fué como al verse derrotados los Zenetas en Akbar-al-Bakar por las tropas de Mohamed, que á los siete meses bajó contra ellos seguido de un grande ejército árabe y de un gran

número de Cristianos venidos de lo mas áspero y quebrado de la Marca catalana, rodeados por todas partes de enemigos, no concibieron otro medio de salvacion que el de la fuga al Africa, y se dirigieron precipitadamente á la boca del Guadiaro, término occidental de la provincia de Málaga. Eran, empero, muy bravos los Zenetas; y una nueva batalla que se les presentó en las orillas de aquel rio, batalla que al parecer habia de hacer inevitable su ruina, bastó para hacerles recobrar sus brios y su preponderancia. Atacaron en ella con tanto ímpetu á Mohamed, que ni aun las tropas cristianas, cubiertas de fuertes armaduras y montadas en caballos encubertados de hierro, pudieron resistir sus fieros é incontrastables ataques. Los caudillos cristianos mas valientes fueron los primeros que murieron en aquella refriega furibunda: murió allí Othon, obispo de Gerona (*), Arnaldo, que lo fué de Vich, Ecio, que lo fué de Barcelona; murió allí Armengol, aquel temido conde de Urgél que parecia tomar por juguete los azarosos lances de la guerra. Destruyeron los Zenetas en esa del Guadiaro todo el ejército de Mohamed, quien fué á morir en Córdoba en manos de aquel mismo califa Hescham á quien él habia hecho pasar por muerto á los ojos de todo el Imperio.

Dió esta batalla por último resultado la entrada de los Africanos en la corte del Califato; mas no tardaron estos despues de la victoria en tener contra sí á otro enemigo temible que sacó sus principales armas del seno de estas provincias. Hhayran, alcaide perpetuo de Almería y último hadjeb de Hescham, apenas vió cicatrizadas las heridas que recibió en la toma de Córdoba en defensa del Califa, salió secretamente para Orihuela, y organizando allí una hueste numerosa se dirigió contra la ciudad que habia en otro tiempo poseido. Encontró una resistencia porfiada en el nuevo walí, que defendió durante veinte dias el alcázar; mas apoyado por los habitantes, logró al fin entrar en la plaza despues de haber aquellos arrojado al mar no solo al general, sino á sus hijos. Dueño ya de Almería, fué acalorando los ánimos contra los Zenetas, partió á Ceuta, habló con Aly ben Hamud el Edrisita que la estaba gobernando, le pintó con vivos colores lo mucho que esperaba de él Hescham, la necesidad que habia de reponer en el trono á este

(*) Véase sobre este obispo el primer tomo de Cataluña en el artículo *S. Cucufate del Vallés.*

Califa ó de vengar su sombra caso que hubiera muerto alevosamente en poder de sus enemigos, el odio que profesaban los Arabes andaluces á los nuevos dominadores, el derecho y la facilidad que tenia de apoderarse del Imperio si llegaba á vencer en una sola batalla á los aborrecidos Africanos. Supo escitar tanto la ambicion de Aly, y habló con tanta energía y entusiasmo, que no solo le decidió á favorecer sus intentos, sino que hasta le movió á reunir las tropas de Ceuta con las de Algeciras, de que era walí Kasem ben Hamud su hermano, y á entrar en España apoderándose al primer embate de la ciudad de Málaga, que ganó á punta de espada. Armó luego Hhayran sus tropas, abrió la campaña, se dirigió hácia Aly, á quien hizo reconocer por gefe superior de todo el ejército, se reunió con él en Almuñecar, y juntando allí los dos caudillos sus banderas, juraron restablecer á Hescham en el Califato peleando para ello hasta la muerte.

Preparábanse ya los dos gefes para acometer la empresa cuando supieron que bajaba contra ellos Soleiman, el temible gefe de los Zenetas, el entonces dueño de la España de los Arabes. Se disponen entonces para un combate decisivo, llenan de ardor á sus soldados, se adelantan al enemigo, le asaltan de lleno temerosos de que les fatigue en vanas escaramuzas, y le obligan mas que no quiera á la batalla. Le vencen, le hacen retroceder á largas jornadas á la corte, pasan al estremo del Guadalquivir, lo atraviesan, siguen rio arriba, derrotan de nuevo á sus enemigos en las inmediaciones de Sevilla, toman al paso esta ciudad, entran á poco triunfantes en Córdoba, y no hallando allí á Hescham, corta Aly con su propia espada la cabeza de Soleiman y las del padre y hermano de este desventurado Califa.

Despues de tan rápidas victorias recobró el atrevido alcaide de Almería bajo el Califato de Aly el cargo que tuvo bajo el de Hescham; mas no tardó en deber ser el autor de otra guerra contra el mismo á quien acababa de encumbrar con la fuerza de sus armas. Malquistóse con él Aly, y viéndose aquel enviado de nuevo á su gobierno de Almería, no pensó ya mas que en proyectos de venganza. Pasó á estas provincias, manifestó la necesidad de reponer en el trono á un Ommiade, se dirigió á todos los alcaides y walíes que consideró enemigos de los Africanos, armó en breve una liga poderosa, y arrostró de frente todo el poder del Hamudita. Pasó á Guadix, punto de reunion de los coaligados, juntó su pendon con los de los demas rebeldes, juró é hizo ju-

rar á todos que derramarian su sangre hasta tener al frente del Imperio un individuo de la antigua alcurnia, puso en marcha todo el ejército, y se dirigió á largas jornadas á la corte. Dió en el camino con Aly, y tuvo la desgraciada suerte de verse derrotado al primer encuentro, perdiendo la mayor parte de su hueste y el apoyo de los aliados; mas no desistió de su empeño, levantó nuevas tropas, pasó á Jaen, y deseoso de dar mayor fuerza á su partido, hizo al instante proclamar Califa al walí de esta ciudad que llevaba el nombre de su bisabuelo Abdelrhaman III. Creció entonces en osadía, y nombrado hadjeb del nuevo príncipe, salió otra vez en campaña; pero habia ya la victoria abandonado para siempre sus banderas. Fué tambien vencido por Aly, y no encontrando seguridad ni en las sierras de la Alpujarra, se vió obligado á bajar á la costa y á encerrarse en Almería. Perseguido hasta en aquella ciudad por su implacable enemigo, se preparó para una defensa heróica, y se atrevió aun á desafiarle en campo abierto; mas herido en medio de la refriega cayó al fin en manos del Hamudita, que al verle desnudó con furor la espada y le cortó con su propia mano la cabeza.

Seguia entre tanto en Jaen el recien encumbrado Abdelrhaman, á quien se habian negado á reconocer en estas provincias las ciudades de Granada, Málaga y Elvira. Tenia ya contra los muros de su ciudad á Zawyy el Sanhadjita, que le atajaba por todas partes los pasos; y al saber la muerte de Hhayran temió no sin razon verse sitiado con mayores fuerzas por Aly, á quien solo faltaba la toma de esta plaza para coronar sus triunfos. Habria sin duda debido sucumbir á poder llegar este hasta los muros de Jaen; mas le favoreció luego una serie de sucesos inesperados que por poco le hacen dueño de todo el Califato. Aly murió ahogado en un baño cuando tenia ya dispuesto su caballo de batalla para ir á hollar al enemigo con sus plantas; Kasem, su hermano, proclamado Califa por los Hamuditas, no supo sino atraerse el odio de sus súbditos con inicuos atropellos y venganzas; Yahyah, hijo de Aly y á la sazon walí de Ceuta, apenas supo la muerte de su padre y el encumbramiento de su tio, se aprestó para la guerra, armó millares de negros, se arrojó sobre Málaga, y pidió á voz en grito el Califato. ¿Podian en medio de tanta confusion dejar de crecer las fuerzas de Abdelrhaman? Voló á ponerse bajo la sombra de sus estandartes la mayor parte de la nobleza árabe, que huía

de Córdoba espantada por el sanguinario despotismo de el Kasem; y Jaen vió pronto dentro de su recinto una hueste numerosa. Zawyy derrotado en todos sus ataques se retiró á sus serranías, y no se atrevió ya á bajar mas sobre Guadix y Baeza, ciudades que antes amenazaba de contínuo; Kasem no pudo pensar en Jaen, empeñado en la guerra contra su sobrino. Hallóse por mucho tiempo Abdelrhaman libre de toda suerte de enemigos que pudieran hacerle frente, y para colmo de ventura llegó al fin á verse libre hasta de sus mismos rivales Yahyah y Kasem, que tuvieron que huir de Córdoba, aquel amenazado por su tio y este por los mismos cordobeses, que bloquearon llenos de cólera el alcázar y le hubieran pasado por la espada como lo hicieron con su guardia, á no haberle salvado la generosidad de algunos ginetes Ahmerides.

No bastaron, sin embargo, tantas ventajas para que el Ommiade pudiese recobrar el puesto que pertenecia á su familia. Durante los últimos acontecimientos de la corte habia bajado con su ejército hácia Granada con el objeto de destruir á Zawyy y á Djilfeya, á quienes habia Kasem enviado últimamente nuevas tropas; dió con ellos al llegar á la Vega, trabó la batalla, y se echó con tal ímpetu sobre la infantería berebera, que esta no pudo menos de volver la espalda huyendo rota y desalentada por la inmensidad de la llanura. No pudo, empero, gozar de su victoria: una flecha mal disparada le derribó ya muerto de su caballo, mientras le daban la noticia de que sus tropas iban acosando al enemigo.

Tras este desgraciado combate es facil congeturar lo que sería del agonizante Califato. Despues del corto reinado de otros dos Ommiades que se disputaron á mano armada el trono, fué acogido de nuevo en Córdoba Yahyah, aquel hijo de Aly que entró en España contra Kasem á la cabeza de sus negros Africanos; y fué este Yahyah el último Califa que tiñó con su sangre el suelo de estas provincias. Ciego de enojo contra el walí de Sevilla que se negó á reconocer su autoridad, mandó que marchasen sobre esta ciudad los alcaides de Jerez, Málaga, Arcos y Sidonia, se les incorporó con la tropa y caballería de Córdoba, partió con ellos por el camino de Ronda, y al tropezar con el orgulloso walí que le habia salido al encuentro, cargó tan inconsideradamente sobre él, que dejándose coger en una emboscada perdió á un tiempo la corona y la vida, cayendo su cadáver en poder de su adver-

sario, que hizo de su cabeza una copa recamada de oro y pedrería para beber como los héroes escandinavos en el cráneo de un enemigo.

Capítulo sesto.

Reyes que hubo en estas provincias despues de la caida del Califato.

De 1041 *á* 1091. Muerto Yahyah, subió al trono de Córdoba Hescham III, con el cual vino á fenecer el Califato. Tras él apoderóse del gobierno su hadjeb Djehwar, hombre de escelente corazon y gran cordura; pero no ejerció ya el poder absoluto de los califas debiéndose contentar con ser presidente de un divan en que residió la autoridad suprema. Ansiaba Djehwar ante todo poner término á las guerras civiles, apelando mas á la persuasion que á la espada: se dirigió amistosamente á los walíes, les encareció la necesidad de sacrificar sus intereses personales á la salud de la patria, les suplicó con fervor que, depuesta toda su ambicion y deseos de venganza, le ayudasen á salvar el Imperio de la ruina que le amenazaba; mas fué todo en vano. Despreciaron sus avisos los mas de los walíes, y lejos de procurar como él deseaba el restablecimiento de la unidad política, trabajó cada uno para hacerse soberano independiente de los pueblos confiados á su cargo. Cada provincia tuvo pronto un Emir y cada Emir un rival; la discordia civil levantó en todas partes la cabeza; creció la confusion, y fué durante muchos años toda la España Arabe víctima de atroces venganzas y pequeñas guerras.

En este estado de cosas, procedente en gran parte de la desacertada conducta de Almanzor y sobre todo de las turbulencias que agitaron al Califato en sus últimos momentos de agonía, pertenecieron estas provincias á cuatro príncipes distintos. La de Almería estaba al espirar el último Ommiade bajo el poder de Zohair, que, apenas supo la muerte de su pariente Hhayran, se dirigió contra esta ciudad y la tomó por asalto con el ausilio de otros Ahmerides poderosos; la de Málaga bajo el de Edris ben Aly, que, al recibir la noticia de haber muerto Yahyah en la jornada de Ronda, partió para la ciudad que bañan Guadalhorce y Guadalmedina, y fué proclamado en ella por los je-

ques reunidos príncipe de los creyentes; la de Granada bajo el de Habus ben Maksan, á quien habia confiado el gobierno de aquel pequeño reino su tio Abu Mosny Zawyy ben Balkyn, el que peleó en favor de los Hamuditas en la vega de Granada; la de Jaen bajo el de Djewar, el ilustre gefe del divan de Córdoba. No tenian entonces estas provincias la estension y los límites que ahora, ni pertenecian todas por entero á las monarquías recien constituidas; pero se carece de datos para señalar de una manera mas fija el término que tenian los dominios de cada uno de los cuatro príncipes. Se sabe que Habus no poseía mas que el territorio de Elvira y el norte de las Alpujarras, que Edris dominaba todos los vertientes meridionales de esta misma sierra hasta los confines de Almería y el espacio de costa que media entre Motril y Tarifa; mas no es posible asegurar qué es lo que constituía el reino de Zohair, ni hasta qué pueblos de Jaen se estendia la jurisdiccion de Córdoba.

Durante la vida de los emires ó Sahebes nombrados apenas terciaron estas reducidas monarquías en otra guerra que en la que tuvo contra el walí de Sevilla el de Carmona, á quien favorecieron Habus y Edris; pero á la muerte de cada uno de ellos sobrevinieron desgraciadamente luchas civiles que volvieron á envolverlas en los horrores de otros tiempos. Al fallecimiento del de Málaga el esclavon Nadjad que gobernaba en Ceuta, sabedor de que habia sido elegido Emir el hijo de Yahyah Edris II, y deseoso de que ocupara el lugar de este el jóven Hasan por cuya suerte futura no hubiera perdonado sacrificio, confió precipitadamente su plaza á otro caudillo de su misma raza, reunió tropas, partió con Hasan para la ciudad cuyo imperio pretendia, desembarcó en ella, peleó y encendió la guerra. Salió vencido en su primer encuentro con el general del príncipe elegido; pero cabiéndole aun guarecerse dentro de los muros de la Alcazaba, cuyas puertas le abrió la traicion, no solo pudo resistir por mucho tiempo á las fuerzas de sus enemigos, sino que fatigándolos todos los dias con refriegas sangrientas en que solia llevar la mejor parte, alcanzó por medio de una capitulacion volver honrosamente á Ceuta y dejar junto á Yahyah ben Edris de wasir á un íntimo amigo suyo llamado el Schetaifa que debia favorecer mas allá su aventurada empresa.

Era este esclavon Nadjah hombre temible: dotado de una grande ambicion no encontraba nunca obstáculos insuperables, y para alcanzar su objeto hubiera pasado sobre el cadáver de sus propios hijos.

Dos años despues de su salida de la Alcazaba asesinó al mismo Hasan por cuya prosperidad parecia afanarse tanto, asesinó segun algunos al hijo de este desventurado jóven, juntó de nuevo sus parciales, armó ejército y escuadra, pasó á Málaga, y apoderándose por asalto de todas las fortalezas que tenia la ciudad, logró encarcelar en su propia estancia al mismo Emir cuya muerte estuvo desde luego premeditando. Debió como es de suponer á el Schetaifa el buen éxito de su invasion; pero no logró gozar por mucho tiempo del fruto de su alevosía. Noticioso de que Mohamed ben Kasem, deudo del cautivo Edris, estaba juntando contra él en Algeciras numerosas tropas, creyó oportuno salirle al encuentro con sus esclavones; y al retroceder á Málaga deseoso ante todo de quitar de en medio al Emir, fué muerto á lanzadas por algunos jeques y caudillos malagueños que salieron con él en campaña. Fué muerto él y diez de sus mejores soldados; murió en manos del pueblo Schetaifa, orígen de toda esta última guerra; murieron tras él infinitos parciales suyos, y hubieran muerto quizás todos á no haber detenido los pasos de la muchedumbre Yahyah ben Edris, á quien acababan de sacar del alcázar y estaban llevando por la ciudad en triunfo.

Era, sin embargo, Edris un príncipe desgraciado. Habia sido desde el principio de su reinado uno de los mas firmes aliados del walí de Carmona, con el cual estaba en guerra abierta el de Sevilla; y por este hecho se habia atraido el odio de este último, que no cesaba en cuanto podia de poner en alarma sus fronteras. Derrotado el de Carmona en su misma ciudad, pasó de nuevo á Málaga pidiéndole apoyo contra su comun enemigo. Salieron contra este ambos príncipes, pelearon en distintos campos, procuraron con todo ahinco el rescate de Carmona, lucharon hasta ver agotadas sus fuerzas; mas no pudiendo alcanzar victoria alguna que pudiese dar por resultado el cumplimiento de sus pretensiones, se vieron obligados á retirarse, dejando siempre mas preponderante al de Sevilla. Recibió Edris á su vuelta á Málaga un aviso confidencial de Habus sobre la conducta de su wasir Muza: díjosele que aunque este le mostraba cariño, estaba en inteligencia con sus enemigos, y hasta se le aconsejó que procurase quitarle del medio, si no queria morir víctima de una infame alevosía. Temeroso con esta amenaza no tardó en deshacerse del wasir, que enviado á Habus para que este premiara sus servicios, fué á perder

la cabeza en la ciudad de Granada; mas muy pronto debió sentir tambien los efectos de aquella muerte tan imprudente como traidora. Tuvo que salir á la sazon para Ronda, donde estaba peleando Habus contra las tropas de Sevilla; y vió dentro pocos dias invadido su reino por Mohamed de Algeciras, que, ardiendo en deseos de vengar á su primo Muza, voló á Málaga á la cabeza de un gran número de Africanos, entró en ella sin encontrar apenas resistencia, hizo suya la guarnicion de la Alcazaba, y fué al momento proclamado Emir por las fuerzas de uno y otro bando. Pudo aun entonces vencer, favorecido por el vecindario de la ciudad que se armó contra los negros, logrando encerrarlos en la Alcazaba y ponerles un bloqueo riguroso; bajó con celeridad á Málaga, formalizó mas y mas el cerco, y entrando en pacto con los Africanos, prendió á Mohamed, que se le entregó al verse abandonado por los suyos. Pudo aun mas: se apoderó de las posesiones de su Emir cautivo: se apoderó de Algeciras, se apoderó de Tanger, se apoderó de Ceuta, y se hizo desde entonces mas temible al de Sevilla, que no pudo dejar de mirar con envidia y hasta con ira el inesperado ensanche de sus dominios y el aumento que esperimentó su ejército con el alistamiento voluntario de la mayor parte de los negros que habian acompañado en la última campaña al príncipe vencido. ¿Le aseguró, empero, sus estados una tan gran victoria? Lleno de generosidad, perdonó la vida á Mohamed, y se contentó con enviarle á la fortaleza africana de Hisn Airasch; y fué este mismo Mohamed el que se encumbró al fin sobre su ruina. Estaba ya anciano y muy desfallecido cuando oyó un dia rugir en torno de su trono á la muchedumbre airada; no se sintió con fuerzas para luchar contra ella, y tuvo que ceder mal de su grado la corona que durante tantos años habia sabido sostener con la espada contra toda clase de enemigos. Mohamed, cuya vida estuvo en sus manos, le sucedió aclamado por el pueblo; y el que tan poderoso se habia visto en los últimos años de su existencia, se vió condenado á ir á exhalar su último suspiro en las tinieblas de una cárcel.

Estuvo Edris durante todo su reinado, como acaba de verse, en íntimas relaciones con el Saheb de Granada Habus ben Haksan, que murió casi al mismo tiempo que él, dejando por sucesor á Badys, su hijo. Habus fué tambien uno de los aliados del walí de Carmona, y estuvo en guerra contínua con el de Sevilla, cuyas fuerzas contrares-

tó muchas veces en las fronteras de su reino. Distinguióse sobre todo por sus prendas militares. Era en estremo valeroso, intrépido en el peligro, infatigable en sus campañas, mas ardiente que nunca despues de una derrota. Luchó con un enemigo poderoso y sanguinario que no pensaba mas que en la conquista, y le tuvo sin cesar sobre el lindero de sus dominios; mas no logró solamente detener sus pasos; le dió á conocer su pujanza sobre Alcalá del Rio, y hasta en uno de los barrios de Sevilla.

Los reyes de Almería fueron en todo este tiempo los que gozaron de mas paz en estas provincias. Moez ben Mohamed, sucesor de Zohair, no tuvo que desnudar la espada contra enemigo alguno, logrando despues de diez años de reinado, entregar á su hijo Mohamed ben Maan en un estado tranquilo y floreciente su reducida monarquía. Apenas subido este al poder, tuvo ya que luchar con su hermano Somidah Abu-Otabi, que le disputó la soberanía; mas, merced á su valor y á su prudencia, ni fué larga esta guerra, ni sangrienta, ni dió por resultado mas que el pronto vencimiento del rebelde, á quien acogió y honró en su corte el bondadoso príncipe. No entraron durante muchos años estos reyes ni aun en las guerras de sus vecinos, en las que, si alguna vez tomaron parte, fué para acallar las discordias civiles, aquietar los ánimos exaltados por pasiones bastardas, y dirigir contra los infieles en el Profeta los ímpetus belicosos que consumian desgraciadamente en satisfacer odios y venganzas. Alcanzaron así á la sombra de la paz que un reino pequeño por su estension se presentase grande á los ojos de los demas pueblos, llegando á llamar la atencion y el amor de los sabios y de los poderosos casi del mismo modo que lo hizo en otros tiempos mas venturosos el destruido Califato. Dióles sobre todos prosperidad ese mismo Mohamed ben Maan, contra el cual se levantó su hermano. Fué de los príncipes mas amantes del pueblo, benéfico y humilde para todos, dadivoso, amante de las letras, y apasionado principalmente por la poesía. Tenia en su mismo alcázar á Abu Abdala ben el Hedad, el mas esclarecido poeta de la época, y á Ebn Ibada Ebn Bolita y Abdel Melek, varones de grande ingenio; dedicaba un dia de la semana á conversar con las personas mas doctas é ilustradas; condecoraba y distinguia con ahinco á cuantos venian de oriente y mediodia á ilustrar su corte con los conocimientos que poseian. Protegió efi-

cazmente la agricultura y el comercio, y fué esparciendo la felicidad por todo el ámbito de su reino.

Ardia en tanto el de Córdoba en nuevas guerras civiles, y el norte de las provincias granadinas, ya que no viese continuamente manchado el suelo con la sangre de los combatientes, se hallaba fatigado sin cesar por el paso de armas amigas y enemigas que, ya iban, ya venian de la ciudad de aquel nombre, deseosas siempre de saqueo y de matanza. Los emires de Toledo y los de Sevilla se disputaban porfiadamente la corte del antiguo Califato; Córdoba debia luchar con la fuerza de los unos y la alevosía de los otros; y temblaban todas las vertientes meridionales de Sierra Morena al estruendo de batallas terribles y de desapiadados asaltos. Desapareció, al fin, aquel reino, cayendo por traicion en poder de Mohamed ben Abed de Sevilla; mas no por esto cesó en él la lucha. El padre de Mohamed, el enemigo eterno de los sahebes de Carmona, Málaga y Granada, á pesar de ser el mas poderoso de los emires españoles, no pudo verse aun libre de las huestes de Toledo, que acompañadas de ausiliares cristianos, llegaron á tomar dentro de poco no solo á Córdoba, sino la misma ciudad de Sevilla. Toledo era aun á la sazon un reino temible, y á no haber sobrevenido la muerte de su Emir poco despues de su entrada en esta última ciudad, estaba próximo á avasallar todo el mediodia, que sentia ya el peso de sus armas desde las orillas del Guadalquivir hasta mas allá del Júcar. Murió, empero, el Emir, y Mohamed ben Abed, que lo era hace ya algun tiempo de Sevilla, pudo reconquistar con celeridad las ciudades perdidas.

Este Mohamed ben Abed no tenia la crueldad de su padre, pero era de mayor denuedo. No solo contrarestó las fuerzas toledanas, sino que, prosiguiendo con actividad la guerra contra los emires de Málaga y Granada, hizo al fin suyo aquel reino, que no habia podido conquistar su padre á pesar de sus afanes incesantes. Dirigióse con ardor contra ben Kasem, el que destronó á ben Edris; tomóle uno tras otros pueblos importantes, le derrotó junto á Baza, ciudad perteneciente al reino de Granada, que tomó poco despues de la batalla, le acorraló dentro los mismos muros de Málaga que no tardó en verle morir, segun algunos en un baño, atacó con mayor ímpetu al sucesor Kasem el Mostaly nombrado antes por su padre wali de Algeciras, ganó hoy una ciudad, mañana un pueblo, y una tras otra victoria

llegó á apoderarse de todos los dominios que tenia en España su enemigo (1). Dominó luego en Málaga, dominó en Algeciras, y arrojó, por fin, al Africa al desgraciado Mostaly, á quien no quedó mas recurso que el de ir á hacer sentir el peso de su cetro sobre las ciudades de Tanger y de Ceuta.

No paró aquí la ambicion de Mohamed. Dueño ya del reino de Málaga, dirigió sus armas contra los restos del de Córdoba; y lleno allí del entusiasmo que suelen inspirar los grandes triunfos, ganó con rapidez los castillos mas fuertes que cubrian el norte de estas provincias. Úbeda, Baeza y Martos cayeron en su poder; tembló Jaen ante sus banderas vencedoras; y no hubiera habido quizás en toda aquella comarca pueblo ni ciudad capaces de resistir al número y al esfuerzo de sus soldados, á no haberle infundido zozobra y temor los adelantos de Alfonso VI, que tuvo por este tiempo la osadía de bajar á poner cerco á la ciudad de las ciudades, á Toledo. Las venturosas hazañas de este rey cristiano, de quien aquel era suegro, le preocuparon á él y á todos los Musulmanes; y cuando le vió vencedor de la ciudad sitiada, tenida entonces por inespugnable, se estremeció ante la ruina que le amenazaba, y ya no pudo pensar mas que en el modo de conjurar la tormenta que iba murmurando sobre su cabeza. Volvia los ojos en torno suyo, y se encontraba aislado y sin fuerzas para vencer al enemigo. Delante de sí no veía mas que la caballería de Alfonso armada toda de hierro, detras de sí no oía sino relinchar el corcel de los Almoravides, hijos bravíos del desierto, que acababan de lanzarse sobre el Africa como un leon sobre su presa. Su ambicion le habia llevado á hacer la guerra á casi todos los demas emires de la Andalucía, y apenas podia contar con uno de ellos, á pesar de correr todos igual riesgo y de ser unos los intereses de todos en tan críticas circunstancias.

(1) Hé aquí la cronología de los emires que gobernaron este reino. Se recordará facilmente que el primero que se apoderó de Málaga fué el wali de Ceuta Aly ben Hamud, que instigado por Hhayran, pasó á España con el objeto de disputar el Califato á Soleiman. Aly ben Hamud fué, pues, el primer Emir de este reino, y lo fué desde el año 1015. Tras él siguieron en

1018—Kasem ben Hamud el Mamun, hermano del anterior.
1023—Yahyah ben Aly el Motaly, sobrino de Kasem.
1026—Edris I ben Aly el Motayyad, hermano del anterior.
1039—Edris II ben Yahyah el Aly.
1068—Mohamed ben Kasem ben Aly ben Hamud, sobrino del anterior.
.....—Kasem II ben Mohamed el Mostaly hasta 1091, en que feneció con él la dinastía de los Hamuditas, descendientes en línea recta de los Edrisitas de Fez.

Crecía, sin embargo, el peligro, y urgia prevenirse para una guerra decisiva. Alfonso estaba amenazando de muerte á Mohamed, y este conocia ya bien el denuedo de aquel guerrero, que acompañado de solo ciento cincuenta caballeros, se habia atrevido á presentarse como aliado ante las mismas puertas de Sevilla, y deseoso de ver el Estrecho habia descendido á la costa, penetrado en el mar hasta llegarle el agua al petral de su caballo, y dicho con el orgullo propio de un hombre á quien arrebata la ambicion mas desmedida: toqué por fin el estremo de la tierra de Andalucía. Temia mas y mas Mohamed; y en medio de su profunda desconfianza, llegó á concebir el pensamiento de pedir en su favor las armas de los Almoravides, á pesar del terror que imponia á todos los Arabes de España la fiereza de esa raza conquistadora. Conoció que un dia podia ser víctima de sus mismos ausiliares; vió combatido su intento por su propio hijo, mas no hubo ya quien le hiciera desistir de su proyecto (1). Envió hu-

(1) Conceptuamos oportuno trasladar la sentida plática que sobre este proyecto tuvo lugar entre Ebn Abed y Raschid su hijo, traducida de una crónica árabe por el apreciable historiador Carlos Romey. «Hijo de mi alma, prorumpe el padre, huérfanos venimos á ser en esta Andalucía, acorralados entre un piélago borrascoso y un enemigo poderoso é inhumano, sin que nos quepa ya mas ausilio que el del Altísimo, si tiene á bien ampararnos. Ya estás viendo cuán poco nos cabe esperar de los emires de Andalucía, siendo de suyo insensibles para todo resguardo y arrimo. Por otra parte estás presenciando las conquistas y el poderio de Alfonso, de ese enemigo de Dios que, con su dicha y su tenacidad en pelear contra los Musulmanes por espacio de siete años, ha señoreado á Toledo y sus dependencias, poblándolas de infieles y de inmundas criaturas. Ese enemigo de Dios está encubriendo su intento de avasallarnos; y en alzando la frente contra nosotros, temo que con su dicha y su teson se ha de apoderar de nuestros estados y venir acá sobre nuestra ciudad; y en viniendo con su tropa y sentando su real ahí delante, árduo se hará el salvarla de sus manos. Hay, pues, que acudir sin arbitrio al arrimo de Ebn Taschfyn, el nuevo conquistador del Africa, aunque media tambien su peligro en esta determinacion como lo tenemos ya previsto; pues á la verdad ese Musulman mismo no me infunde menos zozobra y pavor que la arrogancia del maldito Alfonso. Tantas guerras nos tienen exhaustos: cosechas y rentas han ido á menos con las talas y correrías que traen consigo las mismas guerras. Menguado está nuestro ejército, sin que asome nadie como antes á nuestras llamadas; y si alguno se alista, se muestra todo receloso y despavorido, y sobre todo desafecto, aborreciéndonos por igual la nobleza y la plebe; de modo que no veo otro partido...—Padre mio y señor, contesta el hijo, ¿estais tratando de traer á España al ambicioso Ebn Taschfyn, el mismo que salido de los desiertos de El Kibla ha ido arrollando de estremo á estremo todos los Kabiles del Maghreb? Pues él nos ha de arrojar de nuestros hogares, y con sus huestes desenfrenadas nos va á dispersar, deshermanar y espatriar.—Pero no quiera Dios, hijo mio, replica Ebn Abed, que se diga de mí como he perdido la Andalucía cediéndola en patrimonio á los infieles y haciéndola morada de cristianos, ni que me avenga á que me esten maldiciendo desde los minaretes de nuestras mezquitas á voz de pregon, ni á que venga mi nombre á ser execrable para todos los Musulmanes al par del de otros reyes desventurados: no, ¡vive Dios! no, hijo mio; pues mas quisiera andar pastoreando los camellos del rey de Marruecos, que ser un Emir tributario y avasallado por esos canes cristianos.—Hágase, pues, lo que

mildes embajadas á Yusuf, Emir de los Almoravides, y no pudiendo alcanzar de él lo que pretendia, llamó á Sevilla á todos los doctores y príncipes de la ley, ya para que resolvieran lo que debia hacerse para la salvacion comun, ya para que, dirigiéndose juntos á Yusuf, pudieran mover mejor el ánimo de este á que les favoreciera con sus tropas invencibles.

Asistieron de estas provincias á la asamblea Ebn Badys ben Habus, Saheb de Granada, el Cahdi de los cahdies de la misma ciudad, Mohamed ben Maan Moez, el Daula de Almería, algunos walíes, y entre otros el de Málaga, Abdala ben Yakut que lo era por el Emir de Sevilla. Estuvieron acordes los individuos del parlamento en formar una liga sagrada y llamar á los Almoravides; mas este Abdala ben Yakut, que era ya anciano, aunque vió levantarse contra la suya la opinion de todos, no dudó en alzar la voz contra ese llamamiento que, segun él, debia dar por resultado la derrota de los Cristianos y la completa servidumbre de los Arabes. ¿Qué peso, empero, podia tener el parecer de un hombre? Antes esclavos de Musulmanes que esclavos de Cristianos, dijo la asamblea, y fueron llamados con urgencia los Almoravides.

Los Almoravides entraron y derrotaron en una batalla sangrienta al rey Alfonso, que despues de haber visto sus estandartes entre el polvo del combate y la sangre de millares de sus soldados, tuvo que escapar á uña de caballo herido en la rodilla; mas las palabras de Yakut fueron una verdadera profecía y no tardaron en verse cumplidas. Yusuf, á cuyo campamento acudieron los mas de los emires españoles, vino á su tercera entrada en la Península con ánimo de destronarlos; y Mohamed, ese mismo Mohamed que habia sido el primero en pedir el ausilio de sus diestros guerreros, vióse por él cautivo y humillado y abatido y condenado á vivir en Africa con su familia, comiendo el pan del pobre y vistiendo los harapos del mendigo.

Dirigióse primeramente Yusuf contra el Saheb de Granada Abdala ben Balkyn, hijo y sucesor de Badys. Entró, segun algunos, en la

Dios te está inspirando, dijo Raschid.—Y esclamó Ebn Abed: espero de la bondad divina que cuanto me inspira en este trance será acertado y provechoso para nosotros y para todos los Musulmanes.»

Las palabras del Emir en esta plática manifiestan evidentemente que fueron mas religiosos que políticos los motivos que indujeron á los Arabes andaluces al llamamiento de los Almoravides.

corte de este Saheb como amigo; encontró, segun otros, cerradas las puertas y armado el vecindario, viéndose obligado á cercar la plaza para poder ganarla; y hasta los hay que creen que si la redujo facilmente, fué por haber sabido conquistar el ánimo de Abdala, que se encargó de sosegar el pueblo. Como quiera que fuese, dió por resultado su entrada en la ciudad, que á los dos meses fué el Saheb aherrojado y embarcado con todo su haren y toda su familia para el continente africano, donde murió á poco tiempo, dejando en la opulencia á sus tres hijos (1).

Dueño ya Yusuf de Granada, pasó á Ceuta en busca de nuevas tropas para la conquista de Sevilla; y dividiendo á su vuelta en cuatro partes su numeroso ejército, emprendió á la vez la guerra contra todos los emires y walíes andaluces. Resonó entonces el estruendo de las armas en los cuatro ángulos de estas provincias. Jaen fué sitiada y tomada por Baty; Baeza y Úbeda humillaron su frente ante la espada de Schyr; Ronda sucumbió bajo Kasur; Almería cayó á las plantas de Mohamed ben Aischa; y Mohamed Moez Ed Daula, postrer rey de este último reino, debió buscar en las aguas del Mediterráneo una salvaguardia contra sus enemigos los Almoravides (2). No hubo quien pudiera resistir á la formidable lanza de Yusuf, y estas provincias y la Andalucía entera cayeron en sus manos y volvieron á obedecer á la voz de un solo hombre.

(1) Ponemos á continuacion la cronología de los sahebes de Granada. En
1013—Zawyy ben Balkyn ben Zeiry ben Menad, el Sanhadjita.
1020—Habus ben Maksan ben Balkyn ben Zeiry, sobrino del anterior.
1038—Badys ben Habus, el Modhafer.
1072—Abdala ben Balkyn ben Badys ben Abus hasta 1090.

(2) Los reyes de Almería fueron en
1009—Hhayran el Sekleby.
1017—Zohair el Ahmery el Sekleby.
1041—Maan ó Moez ben Mohamed ben Abdelrhaman, apellidado Abu el Awas y Dzu el Wazirat-Ein (dueño de los wasyratos).
1051 ó 1052—Mohamed ben Maan Moez el Daulah Abu Yahyah, apellidado el Moatesin Billa y el Watek bi Fald Ela.
1091—Obeidala ben Mohamed Hosam el Daulah Abu Merwan.

Capítulo séptimo.

Levantamiento de estas provincias contra los Almoravides; entrada y triunfo de los Almohades.

De 1091 *á* 1212. Esta unidad no fué, sin embargo, duradera. Los Arabes de España no veían en los Almoravides sino estrangeros ambiciosos que estaban imponiéndoles el yugo de sus armas, y aborrecian en el fondo del corazon á esos hijos del Desierto, á quienes solo habian podido llamar al ver pendiente sobre su cabeza la espada vengadora del infiel Alfonso. Impelidos por el espíritu patrio y por sus vivos deseos de independencia, se sublevaron apenas abandonó Taschfyn, hijo deYusuf, las costas de Andalucía, y no tardaron en conmover otra vez el aire de estas provincias con el rumor de los combates. Levantaron sus primeros estandartes de guerra en el Algarbe; y al verse vencedores, se atrevieron á ir á desafiar á sus enemigos frente los muros de Sevilla, desde donde, aunque derrotados, hicieron cundir el fuego de la revolucion hasta el reino de Valencia. Muchos habian abrazado ya la doctrina de los Almohades, secta que, llevada de su celo religioso, acababa de conquistar el Africa; y enardecidos mas por sus nuevas creencias que por su odio á la servidumbre, no veian llegada la hora de acabar con sus contrarios, creyendo que para acelerarla no debian vacilar en arrostrar toda suerte de peligros y la misma muerte. Presentáronse así en esta lucha osados y resueltos; y favorecidos poco despues por sus correligionarios africanos, pudieron arrojar pronto del suelo de su patria á los bravíos guerreros que poco antes habian hecho saltar la corona de la frente de sus reyes.

Levantóse en Córdoba sobre el cadáver del Cadi de los Almoravides Abu Djafar Hamdain; y ardió en breve todo el mediodia de la Península. Cayó Almería, en las provincias granadinas, bajo el poder de Abdala ben Mordanisch; alzóse llena de furor la ciudad de Málaga contra su walí Almanzor ben Mohamed, á quien obligó á retirarse á la Alcazaba y tuvo en estrecho cerco por mas de siete meses; proclamó

Ronda á Hamdain, y entregó al alcatib de este, Atchyl ben Edris, su castillo inespugnable; desnudaron su alfange Baeza y Jaen; y Granada bañó durante largos dias con su propia sangre las murallas de su fortaleza, escudo á la sazon de sus temibles enemigos. Esta ciudad sobre todo fué teatro de las mas vivas luchas. Rechazados los Almoravides por el pueblo, al que capitaneaba Abu Mohamed ben Simek, se encerraron en la Alcazaba, dispuestos á morir antes que ser vencidos por sus enemigos, y se sostuvieron por mucho tiempo peleando dia y noche en sangrientísimas refriegas. Viéronse durante los ocho dias primeros fatigados por contínuos asaltos; mas lejos de menguar en esfuerzo, llenos de mayor resolucion y denuedo, rompieron no pocas veces contra los sitiadores, á quienes hacian sentir á menudo el peso de su lanza. Mataron en uno de estos choques al mismo Mohamed; y libres de los ataques del pueblo, mientras este aclamaba por su caudillo á Abul Hasam ben Adha y solicitaba el favor de los rebeldes de Córdoba, Jaen y Murcia, repararon sus fuerzas quebrantadas, disponiéndose con ahinco para mayores y mas terribles trances. No aguardaron ya á sus enemigos dentro los muros de la Alcazaba; al ver acampada en las cercanías la hueste de aquellas tres ciudades, compuesta de doce mil caballos y mayor número de infantes, se reunieron en consejo, conocieron la necesidad de aventurarlo todo en una batalla decisiva, bajaron á la llanura al romper el alba, y se atrevieron á acometer de frente aquel ejército á cuya vista debian al parecer rendir humildemente sus espadas. Arrojáronse como fieras sobre sus contrarios, combatieron desesperadamente y sin temor de perder la vida, que veían ya cruelmente amenazada; y sorprendiéndolos no solo con su valor, sino con la osadía misma de su empresa, los arrollaron, les vencieron y les obligaron á volver vergonzosamente las espaldas. Vertieron á raudales su propia sangre; mas cubrieron tambien el campo de cadáveres enemigos, é hicieron morder el polvo de la tierra á Abu Djafar, emir de Murcia, que murió allí abandonado por los demas caudillos.

Este triunfo, sin embargo, no hizo sino salvar por algun tiempo mas á los Almoravides, que se retiraron de nuevo á la Alcazaba. El pueblo granadino estaba aun fiero, y deseaba acabar con ellos mas que debiese sobre sus propias víctimas escalar los muros que impedian su venganza. Siguió bajo el gobierno del cadi Ebn Adha implo-

rando el ausilio de los demas rebeldes; y apenas se vió favorecido por nuevas tropas, volvió á las pasadas luchas y á los asaltos que tan caros le habian costado en los primeros dias de su levantamiento. Encontró apoyo en Seif Dola Ebn Hud, á quien Hamdain acababa de arrojar de Córdoba, lo encontró de nuevo en el alcaide de Jaen Ebn Gozei, que deseaba vengar la afrenta recibida en la última batalla; y puesto á la sombra de las banderas de estos dos caudillos, acampó en la Vega, atacó por centésima vez la Alcazaba, hirió, mató, destrozó, sacrificó mil vidas ante las murallas, y solo dejó caer la espada al asomar la noche para volver á empuñarla con mayor denuedo al rayar el dia. Era tanta su cólera y obstinacion que ni treguas queria dar á sus enemigos; pretendia luchar contra ellos hasta alcanzar del todo su esterminio. Mas no pudo satisfacer sus deseos; despues de ocho dias de pelea tuvo que retroceder dejando en el campo la flor de sus guerreros; perdió al hijo de Seif Daulah, cuyo cadáver fué enviado al padre por los Almoravides en un rico féretro cubierto de púrpura, adornado con franjas de oro y perfumado por los mas dulces aromas; perdió el brazo poderoso del mismo Seif, que desconsolado con la muerte de su hijo y temeroso de la inconstancia de la muchedumbre, levantó á poco el campamento y le abandonó, dejando de walí á Abu Hasam ben Adha, hermano de aquel Ebn Adha, en cuyo favor combatieron en la Vega los rebeldes de Jaen, Córdoba y Murcia. Ebn Adha, su principal caudillo, habia sido víctima de su propia lealtad apurando la copa envenenada que dió á beber en su primera entrevista á su aliado Ebn Hud (1); y el pueblo, falto de todo arrimo y desalentado por los repetidos triunfos de sus contrarios, no pudo pensar ya sino en hacer capitular á los Almoravides, algunos de los cuales se fueron á Almuñecar, lugar á propósito para pasar al Africa.

La situacion de los Almoravides era, no obstante, funesta. Sentian á sus espaldas los pasos de los Almohades, y les era hostil hasta

(1) Al llegar á Granada Seif Daulah, salió Ebn Adha á recibirle, y despues de saludarle, se le llevó y le hospedó á él y á su hijo Amad Daulah en su casa. Pidió Amad agua y Ebn Adha se la presentó en un vaso; mas apenas fué á beberla, le detuvo un alima que estaba á su lado, diciéndole: no la bebas, Sultan; porque está envenenada. Trastornado Ebn Adha, que procedia sin malicia, apuró el vaso para que no se le conceptuase capaz de tan gran crimen; pero esta prueba de lealtad le costó la vida. Estaba el agua verdaderamente emponzoñada, y Adha falleció en la noche de aquel mismo dia. Ignórase si fué él mismo quien inadvertidamente echó el veneno en el vaso ó si fué otro; el hecho es raro, pero no nos da sobre él mas esplicaciones la historia.

la tierra que pisaban. Al ver próxima su ruina ni sabian dónde volver los ojos: hácia el norte no veían sino nubes que reflejaban los vivos destellos de la formidable lanza de Alfonso el Emperador. Este Alfonso era para ellos aun mas temible que los Almohades; ¿podian, empero, abrigar contra aquel el mismo odio? Alfonso era para los Almoravides un infiel, y cada Almohade un herege; Alfonso era su enemigo natural, y los Almohades, enemigos suscitados por la ambicion, por la sed de sangre y por el deseo de esterminar su raza. Dirigiéronse á Alfonso, hicieron alianza con él, y protegidos por sus armas siempre vencedoras, por sus soldados armados de malla y por sus caballos cubiertos de hierro, empezaron una guerra bien fatal para todos los Arabes de España.

Los Cristianos, respondiendo á este llamamiento, pusieron el pié en Andalucía, y no salieron de ella sin haber vencido grandes ciudades y profanado los mas sagrados objetos del culto mahometano. Cayeron de improviso sobre Andújar, sitiaron á Baeza, y no tardaron en reducirlas á sus armas. En Baeza, segun nuestras crónicas, tropezaron con grandes obstáculos, viéndose sitiados en sus mismos reales; mas los arrollaron merced al esfuerzo guerrero de que estaban poseidos y al favor de S. Isidoro y Santiago que, á no mentir la tradicion, pelearon denodadamente en la batalla. Alfonso, dicen los cronistas, vió en tan gran peligro su ejército, que creyó deber llamar á consejo á los prelados y á los barones para resolver de comun acuerdo cómo habian de salvar su honra y su vida. No halló ni oyó otro medio que el de luchar hasta la muerte vendiendo al mejor precio su sangre; y como esto le sirviese de gran desconsuelo, apenas llegó á su tienda, se dejó caer de rodillas, oró, se sentó como abrumado por la fatiga, y dobló la cabeza ante un tranquilo sueño. Estaba apenas entre-dormido, cuando, cubriéndose el cielo de un resplandor divino, vió ante sí la venerable figura de un obispo que brillaba como el sol y una mano fija en una espada que estaba despidiendo fuego; y oyó luego la voz del sacerdote que le dijo: «no dudes, Alfonso, ni temas pelear contra estos infieles, porque está levantada contra ellos la mano de Dios, y sus cadáveres cubrirán mañana el campo. Soy el escudo que para tí y los tuyos ha escogido el Señor, y el hierro dirigido contra tí se volverá contra tus enemigos. Pelea sin temor al rayar el alba, porque tuya es la victoria.» Sintió fortalecer su espíritu con estas pala-

bras, y preguntando al prelado «mas ¿quién sois vos, que así bañais en inefable consuelo mi alma?» oyó de nuevo la voz del enviado del cielo que le contestó: «soy Isidoro, sucesor de Santiago, de quien son esta mano y esta espada: alienta tu ejército y toma en amaneciendo tu caballo de guerra; tus ojos nos verán combatiendo en lo mas vivo de la refriega.» Volvió á poco de su sueño y no vió ya al Santo; mas lleno de fé y de ardor sagrado, convocó al punto su consejo, refirió cuanto habia visto y oido, é hincando la rodilla él y cuantos con él estaban, entonó un fervoroso cántico de gracias al Señor bajo la estrellada bóveda del cielo. Instituyó aquella misma noche una hermandad en honor del aparecido, prometió invocar el nombre de este en las batallas, hizo jurar otro tanto á los reyes y grandes que le acompañaban, y ordenó que se acometiera al enemigo en asomando la mañana. Volvió luego á su tienda, donde vió por segunda vez á S. Isidoro; y como no le dejasen sosegar sus deseos de entrar en pelea, montó pronto á caballo, hizo poner en armas al ejército, lo recorrió animándolo al combate con la esperanza de la victoria, y ciego de fé y de entusiasmo, se arrojó sobre los Arabes como los torrentes de luz con que el sol naciente cubria á la sazon el campo. Terrible fué ya desde un principio la pelea: los alaridos de guerra tardaron poco en confundirse con los gritos y suspiros de muerte. Las tropas de los Arabes estaban divididas en cuatro partes; y combatian todas á la vez y eran á la vez combatidas. Acá gemia el aire al paso de las flechas; allá sonaba el rumor de las espadas y el de las lanzas, rotas no pocas veces sobre brillantes armaduras. La muerte recorria todas las filas y la tierra recibia sin cesar cadáveres. Subia hasta el cielo el polvo del combate, y los rayos del sol lucian de una manera siniestra sobre la sangre de los muertos. Y allí donde mas arreciaba la lucha se veía suspendido en los aires un caballo blanco, y sobre este caballo á un obispo que llevaba en una mano la cruz y en otra la espada, y pegada á su cuerpo otra mano con otro acero que parecia echar rayos sobre las tropas de los infieles. Y bajaban estas espadas contra los enemigos tersas como la luz del alba, y subian chorreando sangre por la empuñadura, y donde quiera que caían dejaban el dolor y las tinieblas.

Los Arabes, prosiguen los cronistas, se dividieron ante esta vision celeste, é impelidos por una fuerza fatal, echaron flechas contra sí y

se hirieron á sí mismos. Reconocieron aunque tarde el favor que deparaba Dios á los Cristianos, y volviendo de repente las espaldas, abandonaron el campo corriendo á guarecerse en las cumbres de las sierras. No creyeron poder salvarse sino con la fuga; mas aun con ella murieron á centenares alanceados por la caballería de Alfonso, que les siguió el alcance en el espacio de cinco leguas, y no dejó con vida á ninguno de los que pudo coger con el hierro de sus lanzas ó con la planta de sus caballos. Quedaron enteramente derrotados, y la ciudad fué entregada al vencedor (1).

En tanto los Almohades de Africa que habian entrado en Andalucía, estaban ya sobre Sevilla; y los Almoravides, acaudillados por Abu Zakarya Yahyah ben Ganya, peleaban denodadamente por la conquista de Córdoba, próxima á hacerles entrega de sus llaves. Alfonso, apenas hubo entrado en Baeza y purificado la mezquita, que convirtió en templo cristiano, se dirigió al campamento de sus aliados, estrechó el cerco de la antigua capital del Califato, contribuyó á rendirla, y entró en ella á despecho de Abu Zakarya, pudiendo dificilmente contener á sus soldados, que ataron sus caballos en la grande Aljema y profanaron con sus manos el libro santo de Otman, Alcoran pre-

(1) Celebró esta toma de Baeza Pedro de la Vecilla, poeta del tiempo de Felipe II, en su Leon de España. Trasladamos á continuacion algunas octavas:

Ved este rey Alfonso que teniendo
Sitiada á Baeza, muy turbado
Estará multitud bárbara viendo
Que el paso y las espaldas le han ganado;
Y el real S. Isidro, que queriendo
Mostrar que en tal sazon no le ha olvidado,
Aparecelle y prometelle ufano
Que le ha de dar favor con sacra mano.

Mira que Alfonso terciará su lanza,
E investirá á los Moros apiñados,
Y ellos á él con bárbara pujanza,
Y andar unos y otros denodados:
Veis cuál irá el Patron dando esperanza
A los Cristianos, y por los airados
Moros rompe á caballo, y desbarata,
Pasa, derriba, espanta, hiere y mata.

Resplandecerá el rostro y los vestidos
En lugar de la túnica acerada,
Como aqui veis, y dejará vencidos
A los soberbios Moros con la espada:
Y siendo infinidad dellos perdidos,
Y la tierra de muertos ocupada,
La dudosa vitoria irá ganando,
Quedando de Baeza el rey triunfando.

Y por memoria de la hazaña honrosa,
No menos que el provecho de tal dia,
El rey y su cuadrilla valerosa
Vendrán á instituir la Cofradia
De S. Isidro; y luego con curiosa
Obra como el Patron resplandecia,
Al tiempo que le habló y vino á ayudallo
En un rico pendon hará pintallo.

Aluden estos dos últimos versos á que, segun los cronistas, el Emperador hizo bordar en su estandarte á S. Isidoro en la misma forma que le vió pelear en el ejército cristiano. Quedó el emperador desde la toma de esta ciudad muy afecto al Santo: tomó por remate de su pendon la cruz arzobispal del mismo, la dió por armas á Baeza, y al volver á Leon hizo consagrar en honra de él una iglesia con asistencia de todos los prelados y señores de su reino.

cioso traido de la Siria que los califas solian llevar abierto en medio del estruendo y confusion de las batallas. Era su intento apoderarse esclusivamente de Córdoba, donde permaneció durante algunos dias; mas no le permitieron llevarlo á cabo los triunfos de los Almohades, cuya entrada en Sevilla fué á poner en alarma á los Cristianos y á los Almoravides. Al recibir estos tan fatal nueva se reunieron en consejo; y haciéndose cargo de lo dificil de su situacion, creyó cada cual deber pasar á su reino en busca de nuevas tropas. Tuvo que ceder cada caudillo de sus pretensiones, y Alfonso debió contentarse con retener á Baeza, mas facil de guardar que Córdoba por estar mas cercana á las fronteras del reino de Castilla.

Regresó Alfonso á Toledo con ánimo de volver pronto á Andalucía para pelear con los Almohades; pero no fué ya este el principal motivo que le indujo á tomar las armas y atravesar Sierra Morena. Almería era entonces una ciudad de piratas que estaba infestando de contínuo las aguas del Mediterráneo: salian de ella los mas temidos corsarios, y no estaban seguras de sus imprevistas irrupciones ni aun las mas apartadas costas de la Italia. Las playas españolas, sobre todo las sujetas al poder de los Cristianos, eran muy á menudo invadidas y taladas con grande estrago y pérdida de gentes, tomadas y vendidas generalmente como esclavos; los pueblos marítimos vivian en una perpetua zozobra, no pudiendo soltar ni de noche la espada sin temor de amanecer reducidos al mas duro cautiverio; el intrépido navegante que se atrevia á arrostrar la cólera de los mares y el furor de las borrascas, temblaba al pasar junto á nuestro continente, receloso de ver de un momento á otro sobre sí el hierro de esos bandidos que no dudaban en entrar al abordage buques de alto porte. Alfonso, deseando poner coto á tantos males, se propuso avasallar la ciudad de donde procedian, y fué principalmente este deseo el que le llevó segunda vez á Andalucía. Viéndose para su empresa escaso de marina, habia diputado de antemano al obispo de Astorga D. Arnaldo para que le procurase el favor del duque de Mompeller, el del conde de Barcelona y el de las repúblicas de Pisa y Génova, temidas á la sazon por sus escuadras; y seguro al salir de Toledo de la ayuda de unos y otros, no vaciló en dejarse caer de pronto sobre Almería, que él contemplaba ya en su imaginacion humillándole los estandartes desde la Alcazaba. Llevaba tras sí una hueste esclarecida y poderosa, acaudillada

por los mejores guerreros de su siglo; llevaba tras sí á D. García, rey de Navarra, al conde de Urgél D. Armengol, á D. Fernando Juanes de Galicia, á D. Ramiro Florez Frolaz de Leon, á D. Pedro Alfonsez de Asturias, al conde Ponce y á D. Fernando Ibañez de Estremadura, á D. Martin Fernandez de Guadalajara, á D. Gutierre Fernandez de Castro y á D. Manrique de Lara de Castilla la Vieja, y á D. Alvaro Rodriguez, por fin, de la provincia de Toledo. Cada uno de estos caudillos gobernaba las tropas de su lugar, que formaban juntas un ejército considerable.

Con tan gran número de lanzas apenas halló Alfonso quien se opusiera á su marcha. Tomó al paso Baños y Baeza, que estaba otra vez en poder de Moros, tomó á Cazlona, y se presentó dentro corto tiempo frente Almería, cuyas aguas estaba surcando ya la armada de los aliados. La vista de tantos enemigos por mar y por tierra no pudo menos de turbar y amedrentar la ciudad que los contemplaria, segun los cronistas árabes, cubriendo cerros y vegas, agotando fuentes, arroyos y prados, y haciendo estremecer y resonar todas las lomas de los alrededores; mas no fué tanta su turbacion que no considerase cuán facil le era aun defenderse por mucho tiempo desde los bien enlazados y torreados y almenados muros de su vasta fortaleza. Se le puso un bloqueo rigoroso, se le dieron asaltos furibundos, se la combatió con todo género de armas y aparatos de guerra, se le desmoronó sus torreones y murallas, se la desmanteló por mar, se la atormentó y destruyó por tierra; pero bien pertrechada y llena de valor, resistió por mas de dos meses sacrificando ante las aras de su libertad millares de soldados. Era su vecindario numeroso y propio para las fatigas militares, y no temia á los enemigos ni por la cantidad ni por el denuedo. Aceptaba toda clase de retos, provocaba ella misma las refriegas, se batia como un leon y se hacia respetar y temer hasta despues de su derrota. Mas debió sucumbir, por fin, á los esfuerzos de tantos príncipes reunidos. Escasa ya de vituallas, abiertos sus muros y mermada por cien combates, se vió obligada á inclinar la cabeza ante el Emperador, pidiéndole humildemente no ya la libertad, sino la vida.

Entró Alfonso en la ciudad setenta y ocho dias despues de haber acampado en la serranía inmediata, seguido del brillante cortejo de todos sus aliados. Grande fué el número de los Arabes que redujo á la

esclavitud; pero mucho mayor el de los tesoros que halló y distribuyó como botin de la campaña entre los Genoveses, los Pisanos, el rey de Navarra, el conde de Barcelona, el duque de Mompeller y sus mas leales Castellanos. Se despidió luego de los aliados satisfecho de tan gran victoria, y regresó á su reino dejando en la ciudad las tropas necesarias para su defensa.

Produjo la toma de Almería una viva sensacion en estas provincias de Granada; mas no pudo mejorar en nada la situacion de los Almoravides. Abu Zakarya ben Ganya seguia aun en Andalucía recorriendo campos, sojuzgando pueblos y procurando conquistar los ánimos de los cadies rebeldes dejándolos en sus puestos; pero ni surtian siempre efecto sus buenos deseos, ni bastaban sus esfuerzos ni su constancia para detener los pasos de los Almohades, que iban adelantando incesantemente la conquista. Kasem ben Edris, á quien confirmó en el gobierno de Ronda, fué arrojado de esta á viva fuerza por el alcaide de Arcos, que le atacó movido solo por la ambicion y el odio; los Almohades, contra los cuales tenia siempre dispuestas sus armas y las de los Cristianos, lejos de retroceder un punto de su empresa, fueron á desafiar su poder en la misma ciudad de Córdoba, tomada por capitulacion de su walí Yahyah ben Aischa. De nada le sirvió su carácter infatigable y esforzado; sus hidalgos sentimientos apenas encontraron eco en parte alguna, y se vió solo, enteramente solo, contra el poder de unos sectarios que estaban ya mirando el Africa á sus plantas. Acudió de nuevo á Alfonso; pero este se contentó con mandarle un corto número de caballos: llamó á sí á Yahyah, el vencido en Córdoba; mas este no le sirvió sino para desalentar á su ejército, al cual encarecia de ordinario el denuedo y la destreza de los Almohades. A pesar de verse aislado y perdido, quiso, sin embargo, echar el resto de su valor en su propia salvacion y en holocausto al honor ya mancillado de su pueblo. Airado al ver la villanía de Yahyah, tiró del alfange y le cortó la cabeza de una cuchillada, esclamando: esto debia haber hecho antes de encargarte la defensa de mi ciudad de Córdoba. Trabó luego en Jaen varias escaramuzas, y apenas supo que los Almohades estaban cubriendo con innumerables tropas la Vega de Granada, se arrojó sobre ellos trabando una refriega muy sangrienta en que, despues de hechos heróicos, salió con las armas rotas, el cuerpo abierto á lanzadas y la muerte encerrada en lo profundo de su pecho. Habia

sido siempre denodado, y lo fué hasta en sus últimos momentos: murió al fin sobre el campo de batalla el que se atrevió á combatir en Fraga con aquel tremendo batallador, llamado Alfonso, muerto en aquella misma jornada para honra perpetua de este Abu ben Ganya. No sin razon fué llorado por los Almoravides como el postrero de los suyos: despues de haber caido su espada en manos de los Almohades, el príncipe Aly á quien servia no tuvo mas recurso que el de ir á guarecerse en Almuñecar, donde murió envenenado mientras estaban ocupando sus tropas las fortalezas cuyo pié bañan las aguas del Mediterráneo. Feneció con este Abu Zakarya la causa de los Almoravides.

Libres de ellos los Almohades podian indudablemente proseguir con mayor rapidez la conquista; mas no dejaban de encontrar aun graves obstáculos. El espíritu de independencia encarnado en los gefes árabes, los rápidos adelantos de los reyes cristianos, acostumbrados ya á luchar en el mismo corazon de Andalucía, y sobre todo la voluntad poco decidida que de avasallar la España abrigaba aun el emir africano Abdelmumen, á quien distraia el deseo de sujetar otras regiones, les hicieron tropezar todavía con dificultades, solo superadas cuando pudieron dejar caer sobre la Península todas las tropas de su vasto imperio. Tomaron en el mismo año de la muerte de Ebn Ganya la ciudad de Jaen; pero tardaron muy poco en ver sitiada la de Córdoba por el emperador Alfonso, que la dió repetidos asaltos, taló la campiña, quemó las aldeas, y la puso en tal aprieto, que los árabes andaluces mandaron al Emir una embajada de mas de quinientos caudillos pidiéndole encarecidamente que socorriese la capital del islamismo (1). Dirigiéronse luego contra Almería con grande ejército y un sin número de naves; la sitiaron; levantaron en torno de ella un murallon que, segun los mismos Arabes, solo podia abrir paso á las

(1) Abu Djafar, despues de haber hablado los embajadores, dijo á Abdelmumen: la capital de España, centro del musulmanismo, se halla sitiada y asaltada por el tirano Aladfuns ¡á quien Dios anonade! Talada horrorosamente está su campiña y quemadas sus aldeas con incesantes correrías. Si te avienes, Señor, á que Córdoba se pierda, quedarán desalentados aquellos Musulmanes que con tan gran teson la estan defendiendo. Tienen todos la esperanza de que has de acudir en su ausilio arrojando de sus alrededores á los enemigos del Islam; estan todos levantando sus ojos hácia tí como á una cumbre que ha de ampararles y resguardarles: no burles tan grandiosas y fundadas esperanzas. Abu Djafar era entonces secretario de Estado de Abdelmumen; y como acababa de ser apeado del gobierno de Córdoba, pudo hablar de esta con interes y conocimiento de causa. Otro tanto vino á decir Abu Bekr, y oidas las razones de entrambos, contestó con agrado el Emir, les ofreció su proteccion, y mandó regresar en seguida á España á los embajadores para que se esforzaran en defender su patria.

águilas; pusieron todo su ahinco en conquistarla, y no pudieron, sin embargo, hacer ondear en ella sus banderas sino despues de grandes fatigas, despues de haber manchado el campo con su sangre, despues de haber muerto el emperador Alfonso, que pocos dias antes de su fallecimiento los derrotó en una de las jornadas mas sangrientas. Los cercados al ver sobre sí tanto enemigo llamaron en su favor las armas de Castilla; y este príncipe no solo les socorrió mandándoles sus mas bravos capitanes, sino que viendo que estos no bastaban para levantar el sitio y los Almohades iban aumentando el número de sus tropas, bajó precipitadamente á la ciudad con su hijo D. Sancho y los principales magnates y prelados de su imperio, desnudó la espada y combatió tan esforzadamente contra los infieles, que les obligó en breve á abandonarle el campo de batalla. ¿Podia durar mucho el sitio despues de esta derrota? Enfermó, empero, el emperador, sintió cerca de Almería los primeros golpes de la muerte, y tuvo que dejar aquel teatro de sus últimas hazañas. Deseoso de morir en su patria, partió de improviso con los suyos; ¡ay! y fueron los bosques del Puerto de Muradal los que debieron recoger su último suspiro (1). A este desgraciado suceso debieron principalmente los Almohades la toma de Almería, que les fué entregada por los Cristianos despues de haber estipulado seguridad para sus vidas y libertad para volver al seno de sus antiguos hogares.

Los Almohades no lograron por mucho tiempo hacerse temer como los Almoravides por no haber manifestado desde un principio todo el poder militar de que gozaban; y así al paso que fueron lentos en estender sus dominios, carecieron de fuerza moral para conservarlos sin necesidad de emplear las armas contra los instintos rebeldes de sus enemigos. Despues de la muerte de Abu Zakarya se habian apoderado por capitulacion de la ciudad de Granada; mas no habian aun bien traspuesto de la Vega, cuando alborotándose el vecindario, se arrojó sobre su guarnicion, la degolló casi por entero y dió lugar á que Ebn Mordanisch se apoderase de la ciudad favorecido por el Saheb de Segura y los Cristianos. Tuvieron que pasar á sitiarla por segunda vez despues del recobro de Almería, y tras numerosas escaramuzas y refriegas se vieron obligados á tomarla por

(1) Murió este Alfonso en Fresneda en la misma frontera de Andalucía y Castilla, á 21 de agosto de 1156.

asalto cubriendo las murallas de cadáveres de propios y enemigos. Y no pudieron estar aun muy seguros de esta ciudad los Cristianos que la defendian: perecieron casi todos los vencidos; pero los gefes de los Arabes rebeldes lograron fugarse entre la confusion de la pelea, y eran demasiado poderosos para no deber vivir contra ellos sobre las armas. Ebn Mordanisch, llamado tambien Mohamed ben Said, era á la sazon rey de Valencia, y juntando en el mismo año la gente de guerra de Guadix, la de Almuñecar y la de las Alpujarras, se dirigió contra Granada desde la ciudad de Jaen, avasallada poco antes con su anterior ejército. No pudo llegar á ella cuando tropezó ya en la Vega con los Almohades; mas no vaciló un momento en aceptar la batalla que le presentaron. Peleó desesperadamente; y fué tanta la sangre vertida por unos y por otros, que fué despues conocido aquel combate con el nombre de jornada del Sabikat ó del derramamiento.

Vencieron los Almohades como habian acostumbrado á vencer en campo abierto; pero no fué esta la última vez que debieron pelear contra aquel rey de Valencia. Ebn Mordanisch se escapó á favor de la noche dejando en el campo la mayor parte de su ejército; y despues de haber hecho fortificar á Jaen por uno de sus walíes, se retiró á Murcia, llamó á sus parciales, reunió cuanta gente pudo tanto de las provincias de su jurisdiccion como de las tribus árabes que vivian en la comarca de Guadix y en las Alpujarras, volvió á llamar en su ausilio á los Cristianos, que le enviaron caballería selecta de Toledo, y apenas tuvo dispuestas para la guerra sus numerosas huestes que fueron á juntarse en las lomas de Úbeda, partió para Córdoba, en cuyos llanos tuvo otra refriega tan desgraciada y tan tremenda como la de la Vega de Granada. Batiéronse en ella Almohades y sublevados como tigres y leones, si hemos de creer á los cronistas árabes; mas nada pudo la desesperacion de estos contra el poder de aquellos que se hicieron dueños del campo y entraron luego en Jaen, que creyó oportuno capitular con los vencedores. Ebn Mordanisch tuvo que volver á retroceder á Murcia, dejando para otros mas poderosos las campañas contra los Almohades.

Capítulo octavo.

Batalla de las Navas de Tolosa.

(*Año* 1216.) Quedaron desde entonces las provincias granadinas en manos de los Almohades, que acaudillados algun tiempo despues por sus emires Yusuf ben Yakub y Yakub ben Yusuf, recorrieron el reino de Toledo y quebrantaron en Alarcos todo el poder de Alfonso VIII. Andújar y Baeza volvieron á quedar esclavas, y no sintieron ya en sí ni en sus alrededores nuevo estruendo de guerra hasta que un ejército de cruzados fué á retar al emir Mohamed ben Yakub en las Navas de Tolosa.

Este Mohamed ben Yakub estaba lleno de orgullo por las victorias de sus antecesores en España; y al saber que Alfonso, ya repuesto de su derrota, se habia atrevido á penetrar en el occidente de Andalucía, fué tal su encono, que llamando precipitadamente todos sus estados á la guerra santa, se trasladó á Tarifa con un ejército de quinientos mil soldados. Pasó de Tarifa á Sevilla, dispuso allí la campaña, y despues de haber recibido á Sancho de Navarra y á los embajadores de Juan sin Tierra, movió su inmensa hueste para Castilla, que hubiera atado tal vez al carro de su victoria á no haber pasado imprudentemente siete meses en la toma del castillo de Salvatierra. Confiado de suyo, y viéndose en medio de tanta muchedumbre armada, amenazaba invadir no solo Castilla, sino la España entera; lo consideraba todo como campo estrecho para su gloria, y ciego de entusiasmo llegaba á prometerse, si no mienten las crónicas cristianas, que habia de entrar un dia en la ciudad de Roma y albergar sus caballos en la iglesia de S. Pedro. Era verdaderamente formidable, y no tuvo que hacer mas que mover la planta para poner en alarma toda la Península y aun gran parte de Europa.

Estremecióse Alfonso apenas supo su desembarco en Tarifa, y sintiéndose débil para luchar con enemigo tan poderoso, no tenia bastante voz para llamar á las armas á sus súbditos y aliados é invocar el favor de los príncipes de la Francia y de la Italia. Convocó cortes

en Toledo, mandó que se preparasen para la guerra grandes y prelados, solicitó el ausilio de los reyes de Aragon y de Navarra, envió embajadores á Francia, despachó á Roma al arzobispo D. Rodrigo con el encargo de manifestar al Papa el peligro en que se hallaban él y toda la cristiandad si no se levantaba un dique robusto contra el torrente de los Musulmanes. Solo, hubiera debido tal vez sucumbir; mas su acento halló afortunadamente eco en todas las gentes y en todas las naciones. En Castilla príncipes y prelados, villas y ciudades, hidalgos y pecheros, todos corrieron á agruparse en torno de sus antiguos estandartes; Aragon organizó un grande ejército; el Papa predicó la cruzada contra los infieles, y para llamar la gracia de Dios sobre la frente de los cristianos españoles, dispuso en Roma una procesion, á que asistieron, descalzos los pies y con ásperos sayales, él y su corte y todos los sacerdotes y hombres y mugeres y cuantos sentian en su corazon amor á Jesucristo. La guerra que iba á estallar era una guerra de religion, y el Papa y todos los príncipes cristianos conocieron la necesidad de salvar la suya de la ruina que la amenazaba.

Fué indudablemente el Papa el que contribuyó mas á robustecer el poder de Alfonso. Al eco de sus ardientes palabras pronunciadas ante aquella procesion solemne, y á la vista de las lágrimas que derramó al orar de rodillas en la iglesia de Sta. Cruz por la salud de España, vinieron á esta desde las tierras mas apartadas caballeros llenos de valor y de fé que andaban solícitos por encontrar en nuestros campos de batalla la muerte de los mártires. Y fué en breve Toledo un vasto campamento de Francos y de Lombardos, de Portugueses y de Leoneses, y de Aragoneses y Rayanos; y vióse brillar en aquel campamento entre los cascos de los caballeros las mitras de los prelados, y entre los hierros de las lanzas los báculos de los abades, y entre las cotas de malla las cogullas de los monges. Y fueron tales los cruzados venidos de unos y otros reinos, y tantas y tan grandes las mesnadas de los barones, y tan crecidas las huestes de los concejos, que no cogiendo en la ciudad tuvieron que acampar muchos en la Huerta del Rey á la sombra de los árboles. Y no sonaban dentro ni fuera de la ciudad sino voces de guerra; y como no habia corazon que no estuviese encendido en la fé, no habia soldado que no ansiase ver la luz que habia de conducirle á esgrimir su espada contra los ejércitos infieles.

Palpitó de gozo el pecho de Alfonso al ver en torno suyo tanto pendon y tanta muchedumbre. Ardiendo en vivos deseos de lavar la afrenta de Alarcos, ordenó sus tropas y abrió pronto la campaña. Dirigióse primero á Malacon, que cedió al primer choque de sus armas; sitió y tomó á Calatrava, que capituló despues de los heróicos esfuerzos de Ebn Kades; y aunque despues de tan brillantes jornadas se vió abandonado por la mayor parte de los cruzados estrangeros, que empezaban ya á echar de menos el suelo de su patria, confiando mas en Dios que en las armas, pasó á Alarcos, que encontró desamparada por los Arabes, se adelantó hasta Salvatierra, y dejando para mejor coyuntura la conquista de este castillo, corrió á trasmontar Sierra-Morena, deseando vencer á sus enemigos en el mismo corazon de Andalucía. Acababa de recibir en Alarcos al rey de Navarra (1), que bajó al fin á la cruzada con la flor de sus caballeros y cuantas tropas pudo, y creyó llegada la hora de penetrar en ese tan decantado reino de los Arabes donde otro Alfonso habia ya hecho sentir la fuerza del cetro de Castilla. Llegó á las riveras de Guadalfajar al pié del Puerto de Muradal, cuyas alturas ocupadas por los infieles acababan de ser despejadas por tres de los mejores caudillos de su vanguardia; trepó con los reyes de Aragon y de Navarra á la cumbre, puso en ella sus tiendas, combatió y ganó á Castro Ferral, y lleno de ardor y de fé hasta intentó ganar á punta de espada el paso de la Losa, paso estrechísimo que segun el mismo Alfonso hubieran podido defender mil hombres contra todos los del mundo, paso que ocupado como estaba por los Almohades hubiera sido quizás la tumba

(1) Este rey de Navarra apenas supo la llegada de Mohamed á Sevilla, le mandó embajadores con una carta en que, ademas de avasallársele rendidamente, le pidió permiso para pasar á saludarle. Concedióselo Mohamed, le prodigó mil atenciones durante su largo viaje, le recibió con esplendidez, le habló con afabilidad, le hizo brillantes regalos, y ajustó por fin con él un tratado de paz que debia regir mientras durase el Imperio de los hijos de Abdelmumen. Comprometido asi Sancho, es evidente que no podia corresponder á los deseos de Alfonso ni ayudarle directa ni indirectamente en la campaña empezada, y así se negó al principio á tomar parte en la cruzada. Despues, empero, ya que estuviese pesaroso de su alianza con los infieles, ya que á la vista de tantos ejércitos reunidos pudiesen mas con él los sentimientos guerreros y religiosos que la conciencia de sus deberes, rompiendo con todos los respetos debidos á un tratado que celebró solemne y espontáneamente, se resolvió á pasar con su ejército á la guerra santa, y saliendo con precipitacion en busca de los cruzados, los encontró y se juntó con ellos en ese castillo de Alarcos. Sirvió de mucho este rey en la batalla de las Navas, dió rudos y certeros golpes contra los ejércitos de su antiguo aliado, ganó mucho con su asistencia la cristiandad entera; mas ¿basta esto para cohonestar la violacion de un convenio cuando para ella no medió ninguna causa legítima?

del ejército cristiano á no haberle abierto Dios un camino mas facil para bajar á la llanura. Al hacerse cargo Alfonso de la inmensidad del peligro, llamó á consejo á reyes, grandes y prelados; mas no quiso acceder de modo alguno á la idea de retroceder una ó mas jornadas en busca de una entrada mas obvia á las Navas de Tolosa. «Nuestras mismas tropas, dijo, achacaran á miedo nuestra retirada, y los que hasta aqui han seguido nuestras pisadas abandonaran nuestras banderas. Arrancaran de sus hombros la cruz creyendo que no queremos pelear con los Moros; y ¿quién bastara á detenerlos si llegan á dar un solo paso fuera de nuestro campamento? Los que sirven á Dios no han de temer la muerte: arrojémonos sobre los enemigos: Dios es nuestro caudillo, y el que aterró legiones de ángeles rebeldes y abrió los abismos del mar á uno de sus ejércitos, aterrará á los infieles y nos allanará el camino de la victoria. ¡Que no pueda decir el enemigo que ha visto las espaldas á un cristiano! ¡que pase primero la espada sobre nuestros cuellos y sobre nuestros cadáveres las plantas de los caballos africanos!»

Mostróse Alfonso tan bravo y tan resuelto á pasar la Losa, que hasta los mismos que le habian aconsejado la retirada deseaban ser los primeros en pasarla; mas Dios, que desde lo alto de su trono estaba velando por sus soldados, no queriendo ponerles en tan gran peligro, les envió á un pastor mal cubierto de andrajos que les abrió camino por donde menos esperaban. «Natural de estos montes, dijo el pastor á los reyes, conozco los secretos de esta sierra. Anduve muchos años por ella apacentando ganado y saltando tras la caza, y sé lugar por donde bajeis sosegadamente á la llanura. Seguidme: os juro que habeis de hallar campo en que lidiar antes que los Moros puedan caer sobre vosotros.» Admirados los reyes al oir estas palabras dudaron de que pudiesen salir ciertas; mas sospechando que en labios de persona tan humilde podia haber puesto el Señor uno de sus avisos infalibles, mandaron con él á dos de sus mejores caballeros para que viesen la senda por donde habia de pasar el ejército á las Navas. Supieron por estos en el mismo dia cuán facil les era la bajada rodeando el monte y tomando otro puerto sito mas al occidente: regocijáronse en Dios, y enardecidos mas y mas por ese nuevo favor del cielo, movieron al rayar el alba todo el campo despues de haber asistido á la celebracion del sacrificio divino y recibido la ben-

dicion del arzobispo de Toledo. Abandonaron por inútil á sus miras el castillo de Castro Ferral, y partieron llenos de aliento para el lugar descubierto por el pastor, lugar muy á propósito para acampar y preparar la batalla (1).

Los infieles en tanto no hacian mas que dar gritos de victoria. Veían desocupadas las cercanías del puerto de la Losa; y creyendo que los Cristianos les habian cedido el campo, esperaban alcanzar uno de los mas soberbios triunfos. Mas debieron perder pronto sus esperanzas. Vieron á poco brillar cerca de sí lanzas y pendones enemigos; y como vieron y oyeron levantar en frente de las suyas innumerables tiendas, se estremecieron de asombro y destacaron precipitadamente algunos escuadrones, que apenas hubieron llegado al ejército de Alfonso para impedir el asiento de sus reales, tuvieron sobre sí las espadas de millares de cruzados y hubieron de retroceder despues de una recia y larga escaramuza. Juzgaron entonces llegado el momento de la batalla, dejaron el paso de la Losa, bajaron todos á las Navas, pusieron en orden sus huestes, y ya dispuestos á la pelea, esperaron al enemigo hasta que asomó la noche. No viendo en todo el dia que se moviesen los Cristianos sino para construir mas y mas tiendas, deshicieron sus haces; pero ya tan llenos de arrogancia que el Emir no dudó en escribir á Jaen y Baeza que tenia cercados á tres reyes y esperaba cautivarlos en el espacio de tres dias. Volvieron al amanecer á ordenar sus huestes; mas sin alcanzar tampoco que las ordenara el enemigo.

Los reyes cristianos habian resuelto no aceptar la batalla hasta dos dias despues de haber entrado en las Navas, y se mantuvieron firmes en su campamento hasta que acercándose ya el plazo empezaron á animar al ejército con pláticas religiosas, á enfervorizarlo con

(1) Llamábase este pastor, segun escriben muchos cronistas, Martin Alhaja, y dicen de él, que agradecido el rey, le armó caballero y le dió por armas siete jaqueles rojos en campo de oro con orla azul, y seis cabezas de vaca blancas por una que él dió por señal de la entrada de las Navas. Dicen otros, y lo creen así en Baeza, que se llamó el pastor Martin Malo, nombre que lleva aun una torre y Dehesa de la comarca de la misma ciudad, que suponen le fué cedida por la liberalidad de Alfonso. No falta tampoco quien ha creido que fué S. Isidro el de Madrid el que condujo los reyes á las Navas; y hasta hay quien asegura que fué un ángel enviado por el Señor para guia de su ejército. El hecho de suyo singular ha dado motivo á mil conjeturas y á mas ó menos fundadas tradiciones; y esta es sin duda la causa de que haya sido tan diversa la opinion de los que se han dedicado á investigar qué nombre tuvo el pastor y de qué familia noble fué cabeza.

las gracias espirituales de la cruzada y á moverlo para que se dispusiera á lidiar y á derramar su sangre. Llamaron á media noche á los heraldos, los esparcieron por todo el campamento, y dieron orden de armarse á los caballeros, de aparejarse á los soldados, y de moverse para el combate á cuantos militaban bajo las banderas de Jesucristo. Hicieron celebrar misa en un altar levantado sobre una cumbre; la oyeron ellos y sus caballeros armados de todas sus armas, y doblada humildemente la rodilla, confesaron y fueron absueltos por el arzobispo D. Rodrigo, que les bendijo á todos á tiempo en que empezaban á palidecer las estrellas ante la primera luz de la mañana. Y fueron luego á disponer sus haces y á poner en orden el ejército, que al agitarse entre las tiendas, hizo sentir en toda la llanura un rumor parecido al que precede á las tempestades de verano.

Dividieron el ejército en tres grandes secciones: Alfonso de Castilla tomó la del centro; Sancho de Navarra la del ala derecha; Pedro II de Aragon la del ala izquierda. Subdividió Alfonso la suya en cuatro huestes y en tres D. Pedro. Iban en la primera del rey de Castilla D. Diego Lopez de Haro, sus hijos D. Lope y D. Pedro, el infante de Leon D. Sancho Fernandez, D. Martin Nuñez de Hinojosa, el alferez de Madrid D. Íñigo de Mendoza, Pedro Arias de Toledo que servia de alferez mayor, los parientes y los vasallos de Haro, y los pocos cruzados estrangeros que quedaron en el ejército despues de la toma de Calatrava (1), Gobernaba D. Gonzalo Nuñez de Lara la se-

(1) Sobre las gentes que vinieron para esta campaña de naciones estrangeras escriben con bastante vaguedad los escritores de aquella época. En Rodrigo de Toledo leemos: «E el venir de las gentes comenzó desde el mes de Hebrero, é vinieron pocos á pocos cada dia, ansí que por todo el invierno vinieron en guisa que quando el verano entró eran ya muchos ayuntados en Toledo. Y porque las gentes eran muchas é de muchas tierras é de muchos lenguajes é en el departamento é en el vestir é en las costumbres, por ende ordenó el rey D. Alonso que el arzobispo D. Rodrigo que demorasse en Toledo de donde era arzobispo porque guardase las gentes de pelea... E porque aquellas gentes que venian cansadas eran muchas, ordenó el noble rey D. Alonso que posassen por menos trabajo en la Huerta del rey so los árboles á costa del rey fasta que movieran para la lid... Comenzaron las gentes á venir á la fama de la lid que avia de fazer el noble rey D. Alonso de Castilla con los Moros. E vinieron muchos de tierra de Francia, é vino el arzobispo de Burdeos, é el obispo de Nantes, é muchos Ricos-Homes. E vinieron otrosí de tierra de Lombardia muchos caballeros simples é muchos homes de á pié. E vino otrosí el arzobispo de Narbona D. Arnalte que fuera otro tiempo abad del Cistel... Este arzobispo de Narbona D. Arnalte truxo consigo muchos cruzados de la Francia de los Godos que traian muchas armas é muchas sobreseñales, é venian bien guisados; é llegó allí á Toledo é recibiólo el noble rey D. Alonso é el arzobispo D. Rodrigo de Toledo mucho honradamente...» En la carta que el rey D. Alonso escribió al papa haciéndole relacion de esta jornada, está, sin embargo, este hecho

gunda, compuesta de los tercios de Velez, Alarcon, Huete y Cuenca, de los caballeros del Temple, de los de S. Juan, de los de Calatrava y de los de la orden de Santiago. Acaudillaba la tercera Rui Diaz de los Cameros, á quien acompañaban su hermano Alvar Diaz, Juan Gonzalez Ucero, Gomez Perez de Asturias, García Ordoñez y los tercios de S. Esteban de Gormaz, Almazan, Ayllon, Medina-Celi y Atienza. Estaba por fin al frente de la última el mismo rey Alfonso, que iba rodeado de prelados y ricos-hombres de su reino, y llevaba consigo los tercios de Valladolid, Medina del Campo, Olmedo, Arévalo y Toledo. Venia en ella lo mejor y lo mas noble de Castilla: venian en ella el arzobispo D. Rodrigo, el obispo de Palencia, el de Sigüenza, el de Osma, el de Avila, D. Gonzalo Ruiz Giron, D. Rodrigo Perez de Villalobos, D. Suero Tellez, el leonés D. Fernando García y el alferez mayor D. Alvar Nuñez de Lara. Habian sido llamadas á la cruzada todas las clases del Estado, y brillaban allí las armas del rey, las de los grandes, las de los hidalgos y las de los mas ínfimos pecheros.

Las huestes del de Aragon estaban tambien confiadas á caballeros no menos principales de aquel reino. Llevaba García Romero la primera; iban en la segunda Simon Coronel y Aznar Pardo; y acaudillaba la tercera el mismo rey seguido de grandes y prelados como el de Castilla. Habia en aquellas haces condes que llevaban consigo gran número de nobles y soldados, caballeros que acaudillaban brillantes mesnadas, y obispos á quienes seguian cuerpos de tropas armados y sostenidos con el oro de sus arcas. Entre los vizcondes de Rocaverti y los de Villamur descollaba un Moncada conde de Ampurias, un

bastante circunstanciado. «Vino, dice el rey, grande multitud de gente ultramontana y tambien los arzobispos Narbonense y Burdiganense y el obispo Nannetense. De manera que llegaron á dos mil soldados con sus hombres de armas, diez mil caballos y cincuenta mil peones, gente de servicio á quienes proveimos nosotros de sustento.» Ejército verdaderamente considerable habia de ser esta cruzada de estrangeros; mas no estuvo toda en la batalla de las Navas. A los pocos dias de abierta la campaña y despues de la toma de Malacon y Calatrava, debida en gran parte á sus esfuerzos, instigados segun unos por el enemigo de todo bien, segun otros por el deseo de volver á ver su patria, y aun segun algunos escritores por celos y desavenencias cuyas causas no nos son muy conocidas, abandonaron casi todos el campo, no quedando de ella mas que el arzobispo Narbonense y Teobaldo Blazon, natural nuestro, con unos ciento y cincuenta hombres de á caballo y algunos de á pié, si hemos de atender mas á la relacion del arzobispo D. Rodrigo que á la del mismo rey, quien asegura que no quedó ningun infante. No tomaron, pues, parte en la batalla mas estrangeros que estos ciento cincuenta y uno, número por cierto bien escaso.

D. Armengol conde de Urgel y un Bernardo de Roger conde de Pallars; entre centenares de lanzas veíanse flotar los pendones de los vizcondes de Cardona, los de los vizcondes de Cabrera y los de los barones de Centellas. Brillaban en torno del rey como las estrellas al rededor del sol los Lunas y los Alagones, y formaban su cortejo varones tan esclarecidos como los Luzias, los Martorens y los Dezlores (1).

No traía el rey de Navarra sino una sola hueste compuesta de al-

(1) Hé aquí, segun Beuter, cuáles fueron los principales caballeros aragoneses que asistieron á esta batalla: con D. Fernando, hermano del rey de Aragon y monge de Poblet, iban su hermano Sancho, conde de Rosellon, su sobrino Nuño Sanchez, hermano de este último, Guillem de Castelnau, Ramon de Canet, Aymar de Moset, Pero Vernet, Andrés de Castel Rosellon, Guillem de Olms, Guillem de Cabestany, Ramon de Vives, Ramon de Torrellas, Pero de Barberá, Tomás de Lupian, Arnaldo de Bañils, etc. Con Moncada, conde de Ampurias: Yofre, vizconde de Rocaverti, Bernardo de Cabanes, Remon Xatmar, Pero de Cartella, Yofre de Valgorvera, Otger de Dorius, Gueraldo de Sarra, Bernardo Guillem de Foxa, Galcerán de Cartellá, Bernardo de Santa Eugenia, Galcerán de Cruilles, Gaston de Cruilles, Pero de Paz, Guillem de Bordills, Pero Azbert Catrilla, etc. Con el conde de Urgél: D. Armengol, primo del rey, Galcerán de Puigverd, Amorós de Rivelles, Gizbert de Guimerá, Bernardo de Mansonis, Remon de Pinell, Guillem del Antoru, Hugo de Troya, Gueraldo de Espes, Guillem de Moya, Guillem de Rubion, Galcerán Sacosta, Oliveros de Termens, Remon de Peralta, Remon de Fluviá, Pero de Oluja, Bernardo de Pons, etc. Con Bernardo Roger, conde de Pallars: D. Remon, vizconde de Villamur, Arnald Aleman de Torella Serveron, Remon Montpensat, Guillem de Bellera, Pero de Cominges, Guillem de Villaflor Roger, Arnald de Orcan, Cerveron de Puigverd, Pero de Pernes, etc. Iban todos estos ordenados en compañías bajo el estandarte de Aragon, y recibian del rey los víveres necesarios para ellos y para sus caballos. Los hubo que asistieron á la batalla á sus propias costas, suministrando ademas lo necesario á los que les acompañaban; y estos fueron el vizconde de Cardona, Guillem Folch, el vizconde de Cabrera, D. Pons, Guillem de Urso, Pons de Santa Paz, Bernardo de Enveig, Gisbert de Castellet, el vizconde de Bas, D. Hugo Remon de Cervera, Bernardo Guillem Saportella, Remon de Monells, Bernardo de Malla, Bernardo de Centelles, Pero de Sent Menat, Pero de Montboy, el senescal Pers de Moncada, Guillem de Cervellon, Remon Aleman, Pero de Belloch, Galcerán de Papiol, Bernardo de Tous, Remon Galcerán de Pinos, Hugo de Mataplana, Galcerán de Angresola, Ponce Cagardia, Marc de Villa de Many, Remon de Manlea, Dalmau de Mediona, Pero de Tagamanent, Galcerán de Castelvin, Arnald de Rajadell. Todos estos caballeros, segun se habrá observado, eran de lo que es hoy provincia de Cataluña. Algunos muy principales asistieron tambien de lo que es hoy Aragon, pero en mucho menor número por no ser el rey muy bien quisto de la nobleza, que creía quebrantados por él sus fueros. Asistieron D. Garcia Romeu, D. Lopez de Luna, D. Blasco de Alagon, D. Miguel de Luzia, D. Fernando de Luna, D. Eximen Dezlor, D. Eximen Cornel, D. Isuar Pardo y D. Ferrando de Martorens. Iban, por fin, con el rey de Aragon el conde de Foix, el señor de Mira Poix, el señor de Montesquiu, Beltran de So, vizconde de Onsa, y otros nobles del condado de Foix en número de mas de quinientos: iban Raimundo de Rocaverti, arzobispo de Tarragona, D. Garcia, obispo de Zaragoza, y D. Berenguer de Palavicin, obispo de Barcelona; iban muchísimos abades y dignidades inferiores así de Aragon como de Cataluña. El número de tropas que cada uno de todos estos llevaba no se sabe á punto fijo, solo sí que los tres referidos prelados llevaban consigo cuarenta caballos y mil infantes, armados y alimentados á sus costas, y los veinte y ocho caballeros que acompañaron cada uno de por sí al rey diez mil infantes y dos mil y quinientos caballos. El total del ejército aragonés se hace ascender á veinte mil hombres de á pié y cuatro mil ginetes.

guna gente de su reino, de los tercios de Soria, Segovia y Avila, y de los cruzados de Leon y Portugal; mas no estaba menos acompañado de caballeros tan bravos como ilustres. D. Almoravid, D. Pedro Martinez de Lete, D. Pedro y D. Gomez García, que constituían su séquito, eran varones tan conocidos por su valor como por el brillo de su cuna, y todos supieron dejar en esta batalla una buena memoria de su esfuerzo.

Mas no era bajo este punto de vista menos respetable el ejército de los Arabes, en el que figuraban aun algunos de aquellos esclarecidos walíes que habian medido toda el Africa con su espada, y le habian impuesto sus creencias religiosas derribando con el hierro y el fuego las ciudades, y anegando los campos en torrentes de sangre almoravide. Mohamed habia tambien dispuesto su ejército al rayar el dia, y era cosa de espantar ver tendida en la llanura su inmensa muchedumbre de soldados. Los Motawatynes, puestos de frente contra los Cristianos en número de ciento sesenta mil, formaban la vanguardia; los Almohades y los Arabes de España la retaguardia; trescientos mil advenedizos, recogidos en todos los ámbitos del Imperio, el ala derecha y la izquierda. Los reales del Emir, sentados en una cumbre, estaban ademas circuidos de tropas de todas armas. Al rededor de una estacada que formaban muchos lanzones clavados en tierra por el hierro, habia cuarenta mil negros armados de lanzas y broqueles; dentro de ella muchos piqueros y ballesteros, y á la espalda mas de trescientos camellos unidos con gruesas cadenas de hierro.

Mohamed, no satisfecho aun con escudarse tras las cerradas columnas de su ejército, habia hecho construir para mayor defensa suya esa estacada; y al llegar el dia del combate se puso en medio de ella bajo el cimborio encarnado de los califas que estaba sostenido por un elefante. Cogió el libro santo de Otman que llevaba en un camello enjaezado de oro y seda, vistió el albornoz negro de Abdelmumen, primer Emir de los Almohades, ciñó su mas rico alfange, se sentó en su escudo al lado de su caballo, y rodeado de cadies y alfaquíes empezó á leer en alta voz las páginas en que el Profeta promete la vida y la bienaventuranza eterna á los que mueran por él en los campos de batalla (1). Mohamed estaba por todas partes bien defendido, y no

(1) Algunos de estos pormenores nos han sido dados por el mismo D. Rodrigo, ar-

creía deber llegar á desnudar la espada. Detras de los negros y de la gente de á pié, metida dentro de la estacada, tenia aun escuadronados sus mejores caballeros segun el arzobispo D. Rodrigo. ¿De que le sirvió, empero, tan grande multitud armada?

Empezó la batalla apenas asomaron los primeros rayos del sol. Resonaron de pronto en todo el campo gritos de guerra que despertaron el eco de los cerros mas lejanos, y vinieron á las manos los ejércitos. D. Diego Lopez de Haro, que estaba al frente de la primera haz, se dejó caer con ímpetu sobre los Motawatynes que estaban en la falda de un monte poblado de arboleda, trepó por la vertiente, llegó hasta ellos, y peleó sin retroceder un paso á pesar de ver contra sí millares de lanzas y numeroso el enemigo. Estaba ya desde el principio del combate ayudado por otras haces de Castilla y la primera de Aragon capitaneada por D. García; y aunque veía firmes y denodados á los Motawatynes, al paso que algo quebrantado el ánimo de los suyos, insistía en el avance, y peleando y acalorando en cuanto cabia á sus soldados, forcejaba por romper aquel frente formidable. Mas eran muchos y valientes los Motawatynes: inmóviles contra todo ataque como las rocas contra las olas del Océano, lograron cansar é infundir espanto á los enemigos; y todo el valor de Haro y todo el denuedo de García no pudieron impedir que muchos Cristianos abandonasen el estandarte de sus concejos, dejando en confusion á sus caudillos y con no escaso aliento á los infieles. Acababan de juntarse con los primeros combatientes todas las demas haces de Castilla y Aragon menos la del rey D. Alfonso; mas ni aun estas pudieron contener aquella fuga precipitada que puso en tanto riesgo la suerte del combate. Eran los fugitivos por lo mas gente poco acostumbrada á los azares de la guerra; y al ver la imperturbable tenacidad de los Motawatynes creían ya ver asestadas contra sus cuellos las lanzas enemigas.

Desesperó entonces Alfonso de la batalla; mas no desfalleció. «Muramos aqui yo y vos,» dijo al arzobispo de Toledo; y como este le contestase «no quiera Dios que aqui murais: hoy vencereis á vuestros ene-

zobispo de Toledo, en cuya relacion leemos: Agareni vero in summitate quadam præsidium instar atrii firmaverunt de scriniis sagittarum, infra quod erant præcipui peditum collocati, ibidemque rex eorum recedit habens juxta se ensem, inducens cappam nigram quæ fuerat Abdelmumi, qui fuit principium Almohadum, et librum etiam sectæ nefariæ Mahometi, qui dicitur Alchoranus, etc.

migos;» «acorramos á los de la primera haz, replicó, que muy grande es su afincamiento.» Salieron precipitadamente de su comitiva Gonzalo Rodriguez y sus hermanos; y fué tal el ardimiento que él manifestó, que Fernando García, uno de sus mejores caballeros, se vió obligado á trabar de la rienda á su caballo y á decirle: «id paso, señor, que acorrer avran los vuestros.» Veía el rey á los suyos en peligro, y no sabia permanecer quedo en medio de refriega tan sangrienta. «Muramos aqui yo y vos, repitió, buena nos es en este lugar la muerte;» y animado de nuevo por las palabras del arzobispo: «venceréis y no moriréis si á Dios place; si á Dios place que murais, por vos y con vos moriremos todos:» puso en marcha su haz, dió de las espuelas á su caballo, y corrió como un leon á arrojarse donde mas arreciaba la pelea (1). Iba á defender su vida, su trono y la gloria de sus mayores; y fué tal el valor que desplegó y el aliento que logró infundir aun en el corazon de los mas débiles, que decidió apenas llegó al campo la suerte de la batalla. Abriéronse paso las espadas cristianas entre las filas de los Motawatynes, que abandonaron á poco el monte dejándolo cubierto de cadáveres; llegaron hasta los cerrados escuadrones de los Almohades y de los Arabes de España, hirieron y mataron á diestro y siniestro, y llenaron de terror á todo el ejército enemigo. Huyeron los cadíes y walíes españoles al verlas sobre sí; entró el mayor desaliento en todos los infieles; y volviendo los mas las espaldas, desampararon vergonzosamente al Emir, que estaba aun leyendo bajo su tienda encarnada el libro del Profeta.

No quedaba ya sino un valladar que romper á los Cristianos. Los soldados que circuían á Mohamed eran muchos y bravos: sus lanzas

(1) Ponemos las palabras que pronunció el rey y el arzobispo casi tales como las encontramos en la traduccion al castellano del texto de D. Rodrigo. No creemos que esta traduccion haya sido hecha por el mismo arzobispo, como pretenden muchos cronistas, porque no nos permite creerlo así la historia de nuestra lengua; pero no siendo aquella muy posterior á la redaccion del original, nos ha parecido oportuno trasladarla casi enteramente para pintar con mayor verdad los sentimientos que animaron á Alfonso en esta batalla. El texto latino dice así: Dixit omnibus audientibus pontifici toletano: Archiepiscope, ego et vos hic moriamur. Qui respondit ei: Nequaquam, immo hic prævalebitis innimicis. Rex autem invictus animo: festinemus, inquit, primis succurrere in periculo constitutis... Tunc rex inquit iterum: —Hic, Archiepiscope, moriamur; talis enim in tali articulo mors non dedecet. Et ille: —Si Deo placet, corona victoriæ, non mors insistat. Sin autem aliter Deo placuerit, vobis commori omnes communiter sumus parati. In his autem omnibus testificor coram Deo nobilis rex non mutavit vultum, nec gestum solitum, nec loquelam: immo viriliter, et constanter, ut leo imperterritus, aut mori, aut vincere firmus erat...

estaban templadas en la sangre de los mas fieros Africanos, y se hacian verdaderamente temibles. Mas nada pudo su antiguo valor ni su fiereza contra el ímpetu irresistible de nuestros reyes, que, tendidos sobre la crin de sus caballos, fueron alanceándolos mortalmente y disparando contra ellos todo el cuerpo del ejército, ya resuelto á morir antes que volver atrás un paso. Nuestros mejores guerreros viendo á los negros tenaces en defender sus puestos, volvieron contra ellos las grupas de sus caballos cubiertas todas de hierro, y logrando así romper la línea de batalla, pasaron sobre los cuerpos de los vencidos hasta la estacada, que es fama que fué rota á hachazos por Sancho de Navarra.

Mohamed sentia en tanto cerca de sí el estruendo de la pelea; pero seguia aun inmóvil sobre su escudo. Estaba tranquilo, y no parecia sino que estaba aguardando resignado ver caer la espada de Alfonso sobre su cabeza. Mas se le acerca un Arabe montado en una hermosa yegua overa cuando estan ya cayendo los negros bajo las plantas de los caballos de los Cristianos; y «¿hasta cuándo has de estar ahí sentado é inmóvil? esclama: cumplióse ya el decreto de Dios; está obedecida su voluntad y fueron ya los Musulmanes.» Levántase entonces Mohamed y quiere montar el famoso alazan que está á su lado; pero le detiene el Arabe apeándose de la yegua, y «cabalga en esta doncella, le dice: ¡así quiera Dios mantenerte sobre su lomo! depende de tu salvacion la del Imperio.» Acepta Mohamed, monta en la yegua del Arabe y el Arabe en el caballo del Emir mientras estan tal vez sintiendo caer á hachazos la estacada; parten entrambos seguidos de un escuadron de negros, y corren acosados por la caballería enemiga hasta llegar á Baeza. «¿Qué hemos de hacer?» le preguntan consternados los Moros de esta ciudad; mas él está tan turbado que no acierta á responderles sino «ni consejos tengo para mí mismo: ¡Alá sea con nosotros!» Muda de caballo y sale al instante para Jaen, donde llega aquella misma noche.

Seguian aun peleando los Cristianos cuando partió el Emir, y tuvieron que pelear todavía largo rato para desalojar á cuantos habia dentro y fuera de la estacada. No querian dejar los infieles aquel último baluarte; y aunque caian muertos como las espigas bajo la hoz del segador, se levantaban siempre mas terribles sobre los cadáveres de sus hermanos, y defendian paso á paso la tienda del Califato. Mas

debieron sucumbir al fin al número y al valor de sus enemigos; cansados ya de lidiar, faltos de aliento, buscaron la vida en la fuga, y dejaron todo el campo á merced de los ejércitos cristianos, que esparcidos ya por todas las Navas, iban siguiendo el alcance á los dispersos derribándolos acá y acullá á los botes de su lanza y haciendo espirar á los heridos bajo las herraduras de sus intrépidos caballos.

Fué entonces tremenda la matanza que hicieron los Cruzados en los Moros. Los heraldos de Alfonso iban aun repitiendo desde el principio de la refriega: «no hay cuartel para los cautivos: el que traiga un esclavo muere con él;» y se perseguia sin piedad á los fugitivos como fieras que infestan las campiñas. Llenóse el campo de muertos, llegando á ser tantos en número, que, segun D. Rodrigo, no podia pasar la hueste del rey por encima de ellos sino con gran peligro á pesar de los muy buenos caballos que traian. Estaban los mas degollados y bárbaramente despedazados; y habia de causar horror verlos tendidos en número de doscientos mil en aquel vasto espacio.

Sonaron pronto, sin embargo, voces de alegría en medio de aquel recinto de la desolacion y de la muerte. El arzobispo de Toledo, al ver ya la corona del triunfo sobre los estandartes castellanos, levantó la voz y dijo al rey Alfonso: «acordaos de que la gracia de Dios acaba de suplir cuanto os faltaba y de apartar de vos la afrenta que permitió algun dia: acordaos tambien de vuestros soldados con cuya ayuda habeis llegado á alcanzar tan grande gloria.» Y alzando luego la frente al cielo él y los obispos que con él estaban, entonaron con lágrimas en los ojos el Te-Deum laudamus, cántico á cuyos ecos parecia abrirse el firmamento. Regocijóse toda la hueste al oir ese himno de alabanza, y vivos alaridos de gozo sucedieron á los gritos de guerra que sonaban aun á lo lejos en boca de los que seguian el alcance á los vencidos.

Eran verdaderamente momentos de júbilo para el ejército cristiano. Acababa de vencer á un enemigo poderoso, acababa de destruir el poder de los que amenazaban invadir la Europa y anegar en sangre los altares de Jesucristo, acababa de salvar su libertad, su religion, su patria. Se habia visto por dos veces en aquel anchuroso palenque con un pié en el abismo, y por dos veces le habia tendido Dios la mano y le habia llevado vencedor al través de las armas enemigas. Un humilde montañés enviado por el Señor le habia arran-

cado de la muerte en el paso de la Losa; y, segun los mismos que presenciaron el combate, habia sido principalmente la cruz del arzobispo de Toledo la que en los instantes de mayor peligro habia decidido en favor suyo la victoria. Esta cruz, dice el mismo arzobispo, pasó por todas las haces de los Moros sin ser nunca abatida ni herido ninguno de cuantos peleaban á su sombra; con esta cruz, dice el rey Alfonso, cortó Dios la cabeza á una gran muchedumbre de enemigos. Cuando se recorrió el campo despues de la batalla halláronse en la estacada del Emir, añade D. Rodrigo, muchos Moros muertos de grande estado y desmesurada estatura; y á pesar de ser tantos en número y estar todos desnudos y hechos pedazos, no se encontró en la tierra mancha de sangre, cosa que fué gran maravilla (1). Habia peleado manifiestamente Dios en la hueste cristiana, habia sido de esta la mejor espada y el mejor escudo; y debia naturalmente el vencedor rebosar de placer y oir con entusiasmo el canto pronunciado en alabanza y honra del Señor.

Era ademas esta batalla de inmensos resultados. Franqueaba á los reyes cristianos las puertas de Andalucía, hasta entonces abiertas solo momentáneamente por las discordias de los Arabes; preparaba las gloriosas campañas de S. Fernando, cuyas armas reflejó el Guadalquivir desde Segura hasta el Océano, y daba ya lugar á preveer los

(1) Erant autem Agareni, qui supra prædictum atrium inventi sunt, statura proceri, pinguedine dilatati... Et quod mirabili est dictu, licet jacerent in omnibus partibus corporis detruncati, et jam à pauperibus spoliati, in tanto campo nec signum sanguinis poterat inveniri. Quibus peractis, nostri gratiæ Dei terminum nolentes imponere, per omnes partes usque ad noctem eos infatigabiliter sunt secuti, et secundum existimationem creduntur circiter bis centum millia interfecta. De nostris autem vix defuere viginti quinque (Rod. Tolet., de Reb. Hisp., l. 8.°, c. 10). Estas últimas palabras nos dan lugar á decir algo sobre el número de Cristianos que murieron en la batalla. La opinion comun es que solo fueron veinte y cinco; mas ¿no seria facil colegir de las palabras del arzobispo que fueron veinte y cinco mil? Asi lo cree Romey, y asi quisiéramos poderlo creer nosotros; mas hay textos de autores tan dignos de fé como el mismo D. Rodrigo que evidentemente nos lo impiden. El rey D. Alfonso, en la carta que escribió al Papa refiriéndole esta batalla, no solo dijo terminantemente que fueron solo veinte y cinco los muertos, sino que aun cuando hubiera hablado sobre este punto con vaguedad, nos hubiera dado lugar á pensar lo mismo por las esclamaciones de admiracion y de alegría con que refirió esta noticia. Atribuyó el hecho á milagro, y no hubiera sido por cierto cosa milagrosa que hubiesen muerto veinte y cinco mil Cristianos. Hubiera sido aun asi ocho veces mayor el número de los infieles que perecieron; pero ¿qué hubiera tenido esto de particular, sabiendo como sabemos que quedó enteramente disperso el ejército enemigo, que se le siguió el alcance hasta la noche, y que no tenia ni la mitad de la caballería que contaba el ejército cristiano? Por mas que repugne á la fria razon de los hombres de estos tiempos la notable desigualdad que se supone entre los muertos de uno y otro bando, preciso es confesar que no tenemos otras armas con que combatirla que las del escepticismo.

triunfos de los Reyes Católicos, á quienes cupo arrojar con su espada al último rey moro. Sierra-Morena estaba ya vencida y el reino de Andalucía sin murallas. Cayeron dos dias despues del combate en poder de los Cristianos los castillos de Bilches, Baños, Castro Ferral y Tolosa; y fueron desde luego estas fortalezas, enriscadas en las cumbres, el nido de las águilas que habian de apresar el Mediodia y desgarrar el rico manto de gloria de los últimos monarcas musulmanes. Estos castillos, que no pudieron recobrar los infieles, fueron contra estos una amenaza continua: los Cristianos tuvieron desde entonces un pié puesto en esa tierra de Andalucía. En vano los combatieron dos meses despues de la batalla los walíes almohades de Jaen, Córdoba y Granada; en vano cercaron á Bilches y pelearon contra él dos dias con dos noches; en vano echaron el resto de su valor para la reconquista de sus fronteras; cayeron sobre ellos los Toledanos enviados por Alfonso á cargo de los hermanos Gonzalo y Martin Nuñez, y juntos con las compañías de Madrid y Huete, los derrotaron, se internaron tras ellos por el suelo de Jaen, y no volvieron á la Sierra hasta haber hecho sentir sobre el pais enemigo el peso de sus armas.

Y no fueron solo estos castillos los que ganaron los reyes despues del combate de las Navas. Pasaron de Bilches á Baeza, ciudad ya desamparada por los Arabes, cuya mezquita quemaron sin perdonar á los desgraciados que habian creido encontrar en ella un asilo contra los vencedores, se adelantaron hasta Úbeda, la sitiaron, la asaltaron, y aunque fueron al principio rechazados, mostraron tal valor y tuvo tal intrepidez un escudero del aragonés D. Lope de Luna, soldado que se atrevió á trepar hasta el adarve, que aturdidos los cercados, les ofrecieron pagarles un millon de doblas de oro si les dejaban en libertad la villa. No se dieron aun por satisfechos con esta capitulacion, á la que se opusieron en nombre del Papa los arzobispos de Toledo y Narbona; siguieron con sus asaltos, entraron por fuerza en la villa, la derribaron, la asolaron é hicieron cautivos á cuantos pudieron escapar de la lanza de los soldados. El ardor del ejército era grande y habria pasado sobre las ruinas de las mas poderosas ciudades á fin de menoscabar el reino de los infieles. Mas hubo causas graves que atajaron su conquista y le obligaron á retroceder hácia Castilla.

Capítulo noveno.

Importancia de la batalla de las Navas; descripcion del lugar en que fué dada; recuerdos; ligeras pinceladas sobre los pueblos de los alrededores de Tolosa.

De 1212 *á* 1213. Baeza y Úbeda permanecieron poco tiempo en poder de los Cristianos. Volvió Alfonso sobre aquella un año despues de la batalla: la combatió y la cercó; pero sin fruto. Se apoderó el hambre de su campamento, perdió gente y caballos, y tuvo que retroceder á largas jornadas á Toledo, donde les persiguió el azote obligándoles á alimentarse hasta con la carne de los muertos (1).

Las Navas de Tolosa fueron en Andalucía el verdadero teatro de las glorias de Alfonso; y no permitió Dios que el que acababa de allanar las murallas de un reino poderoso pudiese llevar al corazon del mismo la punta de su espada. Habia logrado el rey poner el pié sobre una monarquía que en momentos de peligro podia levantar aun ejércitos de quinientos mil combatientes; y era ya sobrada ventura para un hombre que pocos años antes apenas habia podido escapar con vida de la jornada de Alarcos. Otros reyes antecesores suyos habian alcanzado, al parecer, mas: habian hecho temblar ciudades importantes al relincho de sus caballos y al eco de sus clarines; habian con-

(1) Los Anales primeros de Toledo esplican circunstanciadamente este hecho. «Esto fué en noviember, dicen, é duraron tres semanas de jadnero sobre Baeza, é non la prisieron, é murieron y caballos, é mulos, é mulas, é asnos, é comieron las gientes, é despues murieron las gientes de fambre. E fué hora que costó el almud de la cebada LX soldos, é vinose la huest para Toledo, é duró la fambre en el regno fasta el verano, é murieron las mas de las gientes, é comieron las bestias, é los perros, é los gatos, é los mozos que podian furtar. Esto fué en Toledo, é andaban VIII almudes de trigo á...» Era MCCLII (1214). (Ann. Tol. 1. pág. 399 en Florez Esp. Sag. tomo 23.) Casi lo mismo dicen los Anales Toledanos terceros y el arzobispo D. Rodrigo en su libro de Rebus Hispanicis: «Este rey D. Alfonso fué á cercar Vaiecca, é tanta fué la fambre que los de la huest comien carnes á hombre no acostumbradas, é descercóla de consejo de los suyos.» (Anal. Toled. terceros, pág. 411.) «Et sic invaluit fames ibi, ut exercitus carnes humano generi insuetas edere cogerentur... Cumque diu Beatiæ obsidio traheretur, nec à patria victualia portarentur, omnibus fere fame deficientibus, suorum consilio rex nobilis, tregua cum arabibus reformata, rediit Calatravam.» (De Reb. hisp. l. 9. cap. 14.)

ducido sus estandartes coronados de laureles á los mas apartados límites de Andalucía; habian llegado á bañar en las aguas del Estrecho sus corceles de guerra; mas todas esas brillantes hazañas y todos esos hechos heróicos, que constituyen las mas poéticas páginas de nuestra historia, ni produjeron sino resultados pasageros, ni dieron lugar á otros hechos mas trascendentales, ni hicieron sino cubrir de una gloria hermosa pero estéril la frente de sus autores. Combatian aquellos monarcas en favor de los mismos Arabes; conquistaban cuando mas para sí plazas muy apartadas de su reino; y llegaban apenas á las fronteras de Castilla cuando habian ya perdido los escasos frutos producidos por la sangre de sus soldados. Alfonso con la batalla de las Navas no ganó sino algunos castillos enriscados en las cumbres de Sierra-Morena; mas estos castillos estaban en los confines de su reino y le era facil defenderlos; eran las puertas de hierro que le impedian pasar á Andalucía, y dueño de ellas, acababa de abrir para sí y para sus sucesores un camino tan lleno de peligros como de honra, que habia de conducir la Península á su unidad política, á su unidad civil, á su unidad religiosa. Fué la sombra de estos castillos la que protegió los primeros pasos de S. Fernando: fué el suelo sagrado donde se dió aquella batalla memorable, el que vió formados los grandiosos ejércitos con que aquel príncipe fué á fijar su estandarte en las torres almenadas de Córdoba y Sevilla. La batalla de las Navas libertó á la cristiandad de un gran peligro; pero hizo mas que libertarla: fué la salvacion de la cruz en lo presente y el triunfo de la cruz en lo futuro.

No sin razon celebra aun la Iglesia despues de seis siglos el aniversario de esta gran jornada (1); no sin razon al descender de las ásperas gargantas de Sierra-Morena busca el viajero con ojos inquietos el lugar en que hollaron los Cristianos el poder de los Almohades, y al fijar en él sus miradas, siente enardecida su frente y estremecidas sus carnes. Ve ante sí una llanura vasta, falta de árboles, casi desierta; al Norte el Puerto de Muradal, cordillera de peñas y de pizarras que se levanta sobre las demas sierras y parece un muro alzado por la mano de Dios entre Andalucía y Castilla; al Occidente cerros cubiertos de salvages arboledas y barrancos profundos que estan

(1) Lo celebra el dia 16 de julio con el título de Triunfo de la Cruz. La batalla tuvo lugar en el mismo dia del año 1212.

sin cesar conmoviendo el espacio con el rumor de sus arroyos y el bramido de sus torrentes; un monte prolongado y no menos fragoso al Mediodia; y al Oriente cerros y quebradas que, algo parecidos á los del lado opuesto, hacen brotar cierta armonía del fondo del conjunto. Descubre aun sobre las cimas de estas alturas las ruinas de los castillos antiguos: las de los de Molosa y Tolosa en los cerros de Occidente, las del de Mogon en el monte que mira al Mediodia, las de los de Ferral y Peñaflor al borde de las quebradas del Oriente, las del de la Losa, sito en el puerto del mismo nombre. Todo va allí exaltando lentamente su imaginacion y trasladándole á los tiempos en que se dió la batalla. Los siglos han vinculado en la naturaleza misma los recuerdos de ese combate gigantesco; y al preguntar por el nombre de cada arroyo y de cada monte, no suenan en su oido sino palabras que van aumentando la ilusion y vivificando por momentos la llanura. El lugar por donde bajó el ejército á las Navas se llama hoy Puerto Real; el altozano en que sentó la corte sus reales lleva el nombre de Mesa de los tres Reyes; el arroyo que pasa por junto á Ferral, en cuyas aguas se reflejaron las armas de todos los Cruzados, es conocido por el arroyo del Rey.

Todo habla aun allí de aquella inmensa lucha: todo escita aun la fantasía del viajero, que conmovido tanto por la soledad del lugar como por los recuerdos, llega en un momento de entusiasmo á poblar de soldados la llanura, y cree ver todavía los cascos y las lanzas de los caballeros relumbrando como fuego heridos por los primeros rayos del sol de aquel sagrado dia. Siente por momentos enardecerse mas y mas su imaginacion; y ve flotar al aire las banderas de los concejos, los pendones de las mesnadas y los estandartes de los reyes; oye las voces de mando, el galopar de los caballos y los gritos de guerra; ve al otro lado á los Motawatynes puestos á la sombra de sus grandiosas enseñas, á los Almohades armados de todas armas, á los Negros formando un ancho círculo en torno del pabellon del Califa y á los Alárabes advenedizos, que tendidos sin orden por la llanura, dan al campo infiel el aspecto de un lago azotado por la lluvia; siente, al fin, el rumor de la pelea, el crujir de las armaduras, el caer de las lanzas y de las espadas, el relinchar de los caballos, el ay de los heridos, el trémulo sonido de la corneta, que dominando sobre todo el estruendo de la pelea, enciende de cólera los ojos de

los combatientes y retumba en los oidos de todos como el eco de la muerte y la venganza. Rompiéronse las lanzas; brillaron como el relámpago las espadas y los alfanges; y estos y aquellas rodaron á su vez hechos piezas por el campo. Mas está ya la llanura cubierta de cadáveres, recorre una cruz de hierro las filas de los Arabes, flota un pendon de la Vírgen (1) sobre los turbantes de los infieles, y crece el furor, y la matanza crece. Triunfó ya Dios, y huye aterrado el ejército musulman al brillo de las armas que corona la victoria.

Todo vuelve á estar en silencio; mas ¿ha cesado aun la ilusion del viajero que ha venido á meditar sobre lo pasado en esos lugares solitarios? El aire que gime lleva todavía á sus oidos los gemidos de los moribundos; y busca involuntariamente con ávidas miradas esa inmensa multitud de cadáveres que despues de la batalla impedian el paso de los mas briosos caballos de los vencedores, esa inmensa multitud de astas de lanzas y de saetas, cuya sola mitad bastó para alimentar por espacio de dos dias los fuegos de todo el ejército cristiano (2). Busca aun con inquietud dónde pudo estar el campamento moro, tan vasto que los Cruzados no pudieron ocupar de él mas que una pequeña parte; se esfuerza en descubrir la loma en que estuvo el Califa de pié sobre su escudo durante la batalla; pregunta por la altura en que fué espuesta la cruz á la vista del ejército, cuando ya los últimos rayos del sol iban palideciendo tristemente sobre las cumbres de los cerros. En estos llanos cada otero, cada piedra ha de tener su historia: y el que los visita con alma entusiasta, recorre con afan cada uno de los lugares en que estan vinculados los recuerdos. No le satisface ni la voz de la tradicion; y pretende al fin leer en su corazon y en su fantasía lo que no puede leer en la crónica ni re-

(1) «E en el pendon de la provincia de Toledo estava la imágen de la bendita é gloriosa Virgen Sta. María, amparadora de España. E al golpe que llegó el pendon de la imágen de Sta. María, los Moros que fasta aquella hora estuvieron fuertes é recios, luego bolvieron las espaldas é començaron á fuir, é los Christianos firiendo é matando en ellos muy cruelmente de grandes feridas.» (Traduccion del libro de D. Rodrigo titulado de Rebus Hispanicis: manuscrito de Vilches. No está traducido en este manuscrito sino todo lo relativo á la campaña de las Navas.)

(2) «E el campo yacia tan lleno de los Moros muertos que non podiamos pasar por cima con muy buenos caballos que traiamos sobre los Moros sinon con gran peligro... E como quier que ome non podia facer esto que aqui diremos, maguer ello sea verdad, sabed que en aquellos dias que alli estovimos non quemamos otra leña en el real de los Moros sinon las astas de las lanças é de saetas que los Moros tenian é non acabamos la meatad dellas como quier que á sabiendas las quemávamos non aviéndolo menester.» (Idem.)

coger de los labios de los que viven en las asperezas de la Sierra.

Los pueblos de los alrededores, aun aquellos cuyas fortalezas fueron testigos de la batalla y vieron despues de ella caer sobre su frente las armas cristianas, estan casi mudos sobre esta lucha. Los castillos á cuyo alrededor crecieron no presentan ya sino algunos torreones medio derribados, roidos por las yerbas parásitas y cubiertos por el musgo; los hay que apenas se levantan de entre sus escombros; los hay cuyos muros medio caidos son hoy la cerca que defiende la morada de los muertos. Ni la pintoresca aldea de las Navas de Tolosa, sita en el mismo campo de batalla en torno de una loma por cuyas vertientes esparce su reducido caserío, ni el pueblo de Baños, que ocupa una de las faldas de Sierra-Morena y tiene á sus pies una hermosa vega regada por Rumbral, Rio-Grande y Pinto, guardan siquiera una huella de este acontecimiento. Solo Vilches, pueblo puesto en la cima de un monte al pié de un despeñadero, parece haber sido destinado á archivar tanta gloria; y son, sin embargo, escasos los recuerdos que en él quedan. Su castillo puede aun manifestar en sus viejos muros la fortaleza que en otros tiempos tuvo y traer á la memoria á los Arabes que lo defendieron y á los Cruzados que lo conquistaron; su escudo de armas lleva aun por timbre la cruz de campaña que precedió durante toda la jornada al arzobispo D. Rodrigo; su modesta Iglesia guarda todavía bajo sus bóvedas esa misma cruz de hierro á cuya asta está pegado un grande escudo con una mano que, al decir de la tradicion, iba moviéndose y señalando á los Cristianos el lugar donde debian cargar con toda la fuerza del ejército; mas no encontramos en él ni en toda la provincia un pendon de guerra, ni una lanza, ni una espada de las que empuñaron los esclarecidos capitanes é ilustres reyes que tomaron parte en la jornada.

Son muy modernos los pueblos vecinos á las Navas para que puedan conservar vestigios de edades tan remotas: los mas de ellos cuentan apenas un siglo de existencia. Sierra-Morena estaba desierta, y era ya desde mucho tiempo fortaleza de bandidos. A los temidos Golfines, que en el siglo XIII vivian en sus bosques, saltaban sus barrancos, corrian como corzos por sus cumbres y se dejaban caer sobre la llanura con el furor y la rapidez de los torrentes (1), habian sucedido

(1) E axi, com à homens que no saben altre fer vehent sen (los Golfins) á la fron-

hombres sin corazon, que no sabiendo buscar la libertad sino en el crimen, acechaban sin cesar al viajero ocultos tras las jaras y madroños, se arrojaban como fieras sobre él y le sepultaban tal vez para encubrir su delito en lo profundo de los abismos. Aventurábase dificilmente nadie á pasar la Sierra; y cuando alguno se atrevia, temia mas el puñal de esos foragidos que los espantosos precipicios que se abrian á cada paso bajo su planta y las fieras cuyos ahullidos hacian estremecer los bosques en que veía abierto su camino. Reinaba en todos esos montes el terror; y no se andaba por ellos sin creer ver ante sí la sombra de la muerte. Se perseguia á los bandidos, se seguian sin cesar sus pisadas; pero en vano. La roca no guarda huellas, y ellos desaparecian y reaparecian siempre mas bravíos, siempre mas temibles. Estaban así cerradas en cierto modo las puertas de Andalucía, medio rotas las comunicaciones de esta con Castilla, paralizado el comercio de unas y otras provincias. Pensóse entonces en poblar esos lugares desiertos, apenas habitados mas que por algunos monges que desde el siglo XVI habian ido á buscar en ellos la paz del corazon y la salud del alma; creyóse que colonizándolos se apartaria de ellos el crimen mejor que con las armas; y se empezó á fundar, ya en las vertientes, ya en las mesetas de la Sierra, pueblos risueños y floridos que son hoy la tranquilidad del viajero y la gala de toda la comarca. Reinaba á la sazon Carlos III; y D. Pedro de Olavides, que concibió el primero este proyecto, infatigable y protegido eficazmente por el poderoso conde de Aranda, alcanzó de aquel rey que se pusiera en ejecucion tan acertada idea. Levantáronse las poblaciones que hay ahora desde Visillo hasta cerca de Bailen; y no tardaron en estar ocupadas por Italianos, por Alemanes, por Suizos, á quienes se aforó eximiéndoles de toda clase de tributos, aun del de sangre (1). Cobraron lue-

tera dels ports de Muradal qui son grans montanyes, é forts é grans boscatges, é marquen ab la terra dels serrayns é dels crestians, é quiscu passa lo cami qui va de Castella á Cordoba é á Sivilia axi aquelles gents prenen crestians é serrayns. E estan en aquells boscatges é aqui viuen é sont molt grans gents tant quel rey de Castella non pot venir á fi. (D'Esclot. cap. 79.) Eran estos Golfines una especie de Almogavares con la diferencia que estos solian ser Catalanes ó Aragoneses, y aquellos del interior de España. Eran, como estos, fieros, y tampoco temian meterse una ni dos jornadas tierra adentro del reino de los Arabes, con tal que pudiesen esperar un botin algo pingüe de su correria. Ellos, á quienes el arzobispo D. Rodrigo llama Almogavares, fueron los primeros que se apoderaron de la Axarquia de Córdoba en tiempo de S. Fernando. Eran un azote para los pueblos fronterizos enemigos, que nunca podian verse libres de sus sangrientas invasiones.

(1) Constituyeron en un principio estos pueblos una provincia aparte conocida con

go vida todas las faldas de la Sierra: plantáronse frondosas alamedas y vastos olivares, se abrió y se fecundó la tierra, que no tardó en aparecer cubierta de verdura. Fueron á poco vistosas campiñas las que eran sombrías soledades; veredas deleitosas y apacibles las que eran sendas llenas de peligros. Animó la industria el interior de los nuevos pueblos, y repitieron el rumor de los talleres los ecos de los montes, acostumbrados durante siglos á no repetir mas que ayes de víctimas inocentes, amenazas de bandidos y preces de humildes anacoretas. Fueron principalmente los Alemanes los que vinieron á estas colonias; y esos honrados hijos del Norte llevaron á ellas su actividad, su amor al trabajo. Sus nietos, cuyo origen revelan sus ojos azules y su blonda cabellera, conservan todavía las hermosas dotes de sus abuelos; pero no han heredado desgraciadamente la fortuna de estos, á quienes concedió el cielo elevar á mucha prosperidad los pueblos que guardan sus cenizas.

Estan ya en decadencia estas pequeñas poblaciones; pero no son por esto menos bellas. Presentan todas cierto aspecto risueño que las caracteriza; estan generalmente bien situadas, y apenas las hay que carezcan en sus alrededores de árboles y aguas. Reciben algunas sombra de altos y frescos álamos que adornan las márgenes de una corriente; ven otras crecer vistosas flores en las orillas de un arroyo. Es sobre todas notable la Carolina, ciudad que es aun reina de esta reducida comarca. Perdió ya los honores de capital que le dió su fundador; pero no los que le dió su bella posicion, su distribucion acertada, la regularidad y limpieza de sus calles, la solidez y magestad de sus escasos monumentos, lo pintoresco de sus paseos, desde cuyo centro se descubren muchos pueblos sitos ya en la llanura, ya en lo alto de los cerros. Está en la falda misma de la Sierra, en el estremo de una meseta que limitan al Norte las vertientes del rio de la Campana; crúzala en toda su longitud una calle ancha y despejada que presenta en cada una de sus estremidades un arco cimbrado entre dos pequeñas torres y en el centro una plaza elíptica rodeada de una doble galería; son todas sus casas iguales, bien proporcionadas y de agradable vista, espaciosas todas sus calles, bella y muy larga la ala-

el nombre de Nuevas Poblaciones de Sierra-Morena. La Carolina era la capital, y en ella vivia el intendente. Constaba de dos departamentos, cuya cabeza eran la Carolina y la Carlota. Hoy está distribuida entre las provincias de Jaen, Córdoba y Sevilla.

meda que orilla á la salida de la ciudad el camino de Andalucía, grave su templo y su palacio, restos todos del antiguo convento de carmelitas que fundó S. Juan de la Cruz en la Sierra cuando estaba aun desierta. Ensancha su simple aspecto el corazon del que acaba de atravesar las tristes y silenciosas llanuras de la Mancha. La ve este risueña y bella; y por mas que el célebre mojon en que está grabada la cara de Dios (*) le haya indicado ya en lo alto de la Sierra el término de Castilla, y la vegetacion de que estan cubiertos hasta los riscos mas inaccesibles le haya manifestado que está pisando otro suelo, solo al entrar en ella, es facil que empiece á reconocer la tan decantada Andalucía, en busca de cuyas bellezas corre tal vez ansioso.

¿Puede, empero, tener esta ciudad tradiciones ni recuerdos? Sus habitantes saben que los umbrales de su iglesia han visto pasar muchas veces á S. Juan de la Cruz; pero ignoran que haya sido hollada la tierra en que viven por los héroes que hicieron estremecer los cimientos del imperio almohade.

Capítulo décimo.

Campañas de Fernando el Santo.

(*De* 1213 *á* 1244.) Los Almohades, despues de la batalla de las Navas, marcharon precipitadamente á su ruina. Su emir Mohamed bajó lleno de cólera á Sevilla; y atribuyendo su derrota á la cobardía de los caudillos andaluces, ejerció venganzas sangrientas que no tardaron en alumbrar el Mediodia de la Península con el fuego de nuevas guerras civiles. Depuso á unos gefes, encarceló á otros, mandó degollar á los mas; y como si con la sangre de estos hubiese logrado lavar su afrenta y reparar su caida, pasó tranquilo al Africa y se sumergió en placeres impuros, entre los cuales apuró al fin la copa de veneno que le deparó una esclava (1). Fué proclamado á su muerte

(*) Véase sobre la significacion de esta cara de Dios el capítulo sobre Jaen.

(1) Asi lo asegura Ben Abdelhalim, segun el cual, sobornada la esclava por los visires, brindó al desgraciado Califa con una copa de vino envenenado.

su hijo El Mostansir; mas era este muy mozo para que pudiera sostener en sus hombros un imperio que se venia al suelo. Apoderáronse de él jeques y deudos; y repartiéndose á su antojo las provincias, las esplotaron como minas de oro, las cargaron de tributos y cometieron las mas bárbaras violencias en nombre de aquel débil príncipe. Las provincias, sobre todo las de España, sufrian ya impacientes tan pesado yugo; mas no sintiéndose aun con fuerzas, no pudieron durante este reinado sino ir preparando en secreto su venganza.

Muerto El Mostansir, subió al trono Abd el Wahed, no menos inepto que su antecesor para detener la caida del reino que confiaron á sus manos. Ya muy anciano, no pudo resistir á sus enemigos; y los mismos que levantaron la corona sobre su cabeza le hicieron bajar en el mismo año al fondo del sepulcro. No quiso reconocerle su sobrino El Adhel, walí de Murcia; y fué este el que aceleró su ruina y pasó sobre su cadáver para ir á sentarse en el solio de los califas. Fué proclamado El Adhel en 1224; pero tampoco duró mucho su reinado á pesar de su denuedo y de su indómita energía. Subleváronse contra él muchos walíes de Africa y el Saheb de Valencia, Játiva y Denia; rompió á poco con él Cid Abu Mohamed, walí de Baeza; y en tanto los Cristianos bajaron á asolar las fronteras españolas de su imperio acaudillados por Fernando el Santo. Era difícil que pudiese contrarestar las fuerzas de tantos enemigos: los rebeldes tenian audacia, y el Príncipe de los Cristianos se sentia arrebatado á las mas aventuradas empresas por su celo religioso y por sus ímpetus guerreros; disponian unos y otros de numerosas tropas, y se hacian todos temibles. Resistióse, sin embargo, y atacó á los walíes sublevados; mas no pudo volver sus armas contra los estandartes de Castilla.

Durante el corto reinado de Enrique I, sucesor de Alfonso VIII, y aun durante los primeros años del de S. Fernando, no bajaron los Castellanos á Andalucía sino para correr la tierra en algarada; pero apenas este monarca se vió libre de las guerras civiles en que estuvo envuelto al ascender al trono, empezaron una larga serie de campañas gloriosas, en las que cautivaron á Jaen y llegaron á abrirse las puertas de Córdoba y Sevilla. Acaudillados por S. Fernando y los mas esforzados caballeros de Castilla, entraron por el Puerto de Muradal á las provincias granadinas, talaron toda la tierra de Baeza y Úbeda,

cayeron sobre Quesada, la asaltaron, la entraron á espada, la abandonaron por estar ya medio destruida, tomaron y derribaron otros seis castillos, y llenos de despojos y de cautivos, pasaron por las riberas del Guadalquivir á Jaen, plaza que podia aun resistirles y rechazarlos de sus muros. Llevaban consigo á un D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, á los ricos-hombres D. Lope Diaz de Haro, D. Rui Gonzalez Giron y D. Alfonso Tellez, á un D. Fernan Coci, maestre de Santiago, y á D. Gonzalo Ibañez, que lo era de Calatrava; llevaban consigo la flor de la nobleza; mas no se atrevieron aun en esta primera campaña á combatir aquella ciudad de que les apartaban no solo los numerosos torreones que la defendian, sino tambien la proximidad del invierno. La toma del castillo de Víboras fué su última hazaña; á pesar de los desesperados esfuerzos de sus defensores, fué aquel ganado por solo trescientos caballeros que capitaneaba Diaz de Haro y los freiles de las órdenes militares acaudillados por sus maestres (1).

Sacaron de esta primera campaña los Castellanos mas gloria que aumento de dominios; pero prepararon con ella las brillantes espediciones que habian de terminar por reducir todo el imperio de los Arabes al Reino de Granada. Abrieron la segunda al rayar la primavera

(1) La relacion de las campañas de S. Fernando es difícil: apenas hay dos autores que esten conformes sobre el tiempo en que se verificaron ni sobre lo que en cada una de ellas se hizo. Creemos, sin embargo, poder presentarlas con claridad tomando por base el libro *De Rebus Hispanicis*, cuyo autor fué testigo ocular de la mayor parte de los hechos que en ellas tuvieron lugar, y los Anales Toledanos segundos, escritos á medida que iban pasando los sucesos. La Historia General no nos inspira mucha confianza; pero apelaremos á ella para los detalles. Menos nos la inspiran las crónicas escritas en el siglo XVII; mas nos vemos tambien obligados á consultarlas, por consignar tradiciones que no podemos omitir sin faltar al objeto de esta obra.

Lo contenido en el párrafo que se acaba de leer consta todo en las dos primeras obras mencionadas: «Treugam cum arabibus noluit ultius (rex Ferdinandus) protelari. Sic exercitu congregato assistentibus sibi Roderico, pontifice toletano et aliis magnatibus regni sui per Beatiam et Ubetam vastationes exercens aggresus est Caseatam; et captis et interfectis multis militibus sarracenorum, quia castrum variis impugnationibus erat dirutum, tunc noluit retinere. Rex autem, ut diximus, occupata, per ripam Betis magni fluminis ad partes pervenit Gienni; et destructis quibusdam municionibus, urgente instantia hiemali ad propria est reversus.» (De reb. hisp., lib. 9. cap. 12.) «Fué el rey D. Fernando é el arzobispo D. Rodrigo en huest á tierra de Moros en Septembr., é prisó á Quesada é VI castiellos (segun la Historia General Lacra, Tova, Pahes, Esnader, Espelui y Viboras); é salió una algara de la huest, é lidió con los Alárabes, é mataron mas de mil é quinientos de ellos en el mes de Octuber (esta algarada no puede á nuestro modo de ver referirse sino á la que hizo Haro y los maestres de las órdenes militares contra el mismo castillo de Víboras); é aduxieron muchos cativos é cativas, é viniéronse ende por la fiesta de S. Martin era MCCLXII (año 1224).» (Anal. Tol. segundos, Florez, tom. 23. pág. 407.) Los nombres de los principales caballeros que acompañaron al rey en esta primera campaña estan continuados en la Historia Gen. part. 4. cap. 11.

del año 1225 (1): atravesaron por segunda vez el Puerto, bajaron á las Navas, y se apoderaron sin siquiera desnudar la espada del alcázar de Baeza, Martos y la ciudad de Andújar. Presentóse en las Navas á S. Fernando el rebelde walí de Baeza, Abu Mohamed; y en cambio de la proteccion que este le ofreció contra su enemigo El Adhel, no solo le entregó estas plazas importantes, sino que se hizo su vasallo (2). Ejercia ya el poder supremo sobre Baeza, Jaen y Córdoba; y

(1) Segun el párrafo de los Anales Toledanos transcrito en la nota anterior, tuvo lugar la primera espedicion en setiembre y octubre del año 1224: si, urgente instantia hiemali, como dice el arzobispo D. Rodrigo, tuvo que retirar el ejército á Toledo, ¿era posible que tuviese lugar otra espedicion en el mismo año? Hé aquí por qué fijamos la segunda campaña en 1225 á pesar de lo que leemos en los mismos Anales Toledanos: «El rey D. Ferrando cercó Jahen é Losa. Era MCCLXII (1224).» Esta fecha está evidentemente equivocada, máxime no habiendo sido cercada Jaén, segun el arzobispo, hasta la cuarta campaña que hizo el rey. ¿Lo estaria quizás la del párrafo copiado anteriormente? No podemos creerlo. En la segunda campaña, segun el mismo arzobispo, recibió S. Fernando de Mohamed, rey de Baeza, esta misma ciudad, Martos y Andújar. Ahora bien: sabemos por las crónicas árabes que la proclamacion de Mohamed no tuvo lugar hasta el año 1224, y que no se alió con Fernando hasta que Abu el Ola le hubo cercado Baeza y retirádose mediante nueva prestacion de juramento de fidelidad á El Adhel, que no habia sido reconocido Emir hasta 9 de marzo de aquel mismo año. Si supusiéramos que la primera campaña tuvo lugar en el último tercio del año 1223 y la segunda en el primero del 1224, ¿seria posible creer de esta segunda espedicion lo que dice el arzobispo? Hay mas: en una donacion hecha por S. Fernando á Ordoño Alvarez, y citada por Argote de Molina, se hace referencia á la presentacion de Mohamed al rey y se dice: «Anno Regni sui nono, quo anno Azehid rex Baetiæ devenit vasallus Regis et osculatus est manus suas:» el año noveno del reinado de S. Fernando ¿no corresponde al 1225? (Véase á Gonzalo Arg. de Mol. Nob. de Andalucía, lib. 1. cap. 68.)

(2) «Post hæc autem item exercitum congregavit, et tradente eas sibi Avomahomat qui erat arabum princeps nobilis, filius Avoabdelle, filii Abdelmumi, cepit Beatiam, Andugarum atque Martos, et castrum istud nobilissimum dedit fratribus Calatravæ et destructis aliis castris et municipiis ad sua feliciter est reversus.» (De reb. hisp. lib. 9. cap. 12.) Decimos en el texto que solo el alcázar de Baeza y no Baeza fué la entregada á S. Fernando; y como en esto nos separamos del arzobispo, que da por entregada la ciudad misma, nos creemos obligados á esplicar la causa de esta disidencia. La relacion unánime de los cronistas que hemos consultado, la Historia General, una tradicion no interrumpida, y hasta el testimonio de los escritores árabes, nos han movido á abrazar la opinion que llevamos emitida. No hay otro autor que siga en este punto al arzobispo que un cronista de S. Fernando que lo copia á la letra: todos los demas estan acordes en que Baeza fué tomada á hierro. Ben Abdelhalim no solo lo confirma, sino que se detiene algun tanto en pintar con vivos colores la barbarie con que procedieron los Cristianos al entrarla por asalto. En Baeza hubo antiguamente en Sta. María del Alcázar y hay ahora en S. Andrés un arco en que estan pintados los escudos y escritos los nombres de los caballeros que la conquistaron. Se esplica aun por tradicion en esta ciudad la manera como fué combatida, el dia en que fué ganada, los lugares en que acaecieron los principales hechos, etc... ¿podemos creer que sea todo hijo de una fábula urdida por algun cronista?

La autoridad del arzobispo, sin embargo, no es posible rechazarla del todo; y hé aquí por qué contra el parecer de muchos autores colocamos en esta segunda campaña la entrega del Alcázar. El arzobispo, testigo ocular de estos sucesos, como llevamos dicho, no hubiera hablado sin fundamento alguno de la entrega de una ciudad de bastante importancia.

temeroso de la venganza de Abu el Ola, á quien acababa de alejar de los muros de su capital prestando nuevamente al Adhel un juramento de fidelidad que rompió apenas se vió libre de las armas que le amenazaban, creyó que solo con este acto humillante y vergonzoso podia salvar su vida y conservar parte del reino que habia conquistado con la fama de su nobleza, el recuerdo de sus abuelos (1) y un doble perjurio con la persona de su Califa. Asistió desde entonces personalmente á su nuevo señor en casi todas las campañas, le ayudó con víveres y tropas, le hizo nuevas concesiones, y llego al fin á hacer tanto por él, que irritados sus propios súbditos, le mataron á puñaladas y le cortaron la cabeza.

Entretuviéronse luego los Castellanos en destruir castillos y lugares y talar la tierra. Regresaron á Toledo, emprendieron otra espedicion en el mismo año, tomaron á Sabiote, Xodar y Garcies, que dejaron bien defendidos y guardados, devastaron cuanto estuvo al alcance de sus armas, y satisfechos con el botin que habian recogido, volvieron al seno de sus hogares (2), que no abandonaron ya sino para otra campaña de mayores resultados (3). Tomaron de nuevo las armas entre mayo y junio de 1226: se apoderaron al primer ímpetu de Isnatorafe, la torre de Albrit, S. Estevan y Chiclana, y se dejaron caer luego sobre Jaen, á la que pusieron desde luego sitio. Estaba defendida esta ciudad por buenos muros y torreones, y guardada por cincuenta mil infantes, tres mil caballos y ciento sesenta caballeros cristianos, que con D. Alvar Perez de Castro, se habian pasado á los infieles despues de las últimas discordias de Castilla; mas no vacilaron en derramar á raudales su sangre para conquistarla. Empezaron por acometer una torre avanzada que guarnecian algunas tropas árabes, la pegaron fuego y la derribaron, viendo morir sin compasion á sus enemigos, algunos de los cuales se arrojaron desde lo alto de las almenas y fueron recogidos con la mayor barbarie en la punta de las

(1) Era segun el mismo D. Rodrigo hijo de Abu Abdala, nieto de Abdelmumen. (V. la nota anterior.)

(2) «Et tertio ingresus est terram Arabum: cepit Seviot, Xodarum et Garcies, et bellatoribus obfirmavit, aliisque vastationibus peractis ad urbem reversus est Toletanam...» (De reb. hisp. lug. cit.)

(3) Hemos puesto la segunda y tercera campaña en 1225, ya por haber debido ser las dos muy cortas, ya porque de otro modo deberiamos colocar la cuarta, que fué muy larga, en el año 1227, y parece mas que probable por razones que luego aduciremos que en 1227 tuvo lugar la quinta, en que fué tomada Capilla y ganada Baeza.

lanzas. No pudieron emprender el asalto de la ciudad como deseaban; mas no pudiendo detener los impulsos de su ardor guerrero, se afanaban por salir de la línea que tenian establecida é ir á medir sus armas con las de los Arabes. Tuvo que refrenarlos S. Fernando viéndoles gastar sus fuerzas en luchas estériles; y les prohibió que saliesen de la línea; pero no bien el mismo monarca, obligado por las frecuentes salidas de los cercados, destinó quinientos caballeros para resistir á todo ataque, cuando se renovaron con mayor ardor que nunca las refriegas á brazo partido, y se vió á Castellanos esforzados picando la retaguardia al enemigo hasta el pié de las torres y puertas de la plaza. Rechazaron á los Arabes en la última salida que estos hicieron con tal afan y con tan gran violencia, que hasta los hubo que se metieron en la ciudad tras ellos y fueron á morir allí imprudentemente víctimas de la cólera y del furor de los vencidos. Mataron ciento ochenta Moros é hicieron hasta dos mil cautivos; y no satisfechos aun con esta ventaja, quemaron á poco las haces de los campos y las parvas de las eras.

Estrecharon luego el cerco, y fueron á sentar sus reales en un lugar muy cercano á la ciudad, llamado entonces el Fonsario. Pusieron á la otra parte en el camino de Granada á los concejos de Segovia, Avila, Cuellar y Sepúlveda, lo dispusieron todo para la pelea, y esperaron con ansiedad la hora del asalto. No queria darlo aun S. Fernando; pero se quejaban todos de la demora, y hasta la atribuían á haber sido sobornados con oro los magnates; y se vió obligado á mandarlo. Llenaron de improviso los fosos, abrieron brecha en las barbacanas y empezaron una lucha encarnizada. No dejaban asomar á nadie sobre el muro, y hasta los que peleaban á cuerpo cubierto caían muchas veces heridos por armas arrojadizas que entraban dentro de los mismos torreones por los huecos que acababan de abrir las máquinas de guerra. No pudieron con todo resistir á las fuerzas de los cercados, muchos y muy valientes: caían sobre ellos como lluvia las flechas enemigas, y la muerte, que aclaraba por momentos sus filas, iba cubriendo el campo de cadáveres. No caían solo saetas, sino piedras disparadas con furor, á cuyos golpes murieron esforzados capitanes.

Desistieron los Castellanos y cesó el combate; pero no tardó en renovarse al Mediodia de la ciudad entre los concejos y la caballería de los infieles, que cargó dos veces sobre ellos causándoles gran

daño, y los hubiera quizás vencido á no haberles enviado el rey sus tropas mas aguerridas y sus mejores caballeros. Alentados entonces los concejos se arrojaron con denuedo contra el enemigo, le batieron, le pusieron en retirada, le siguieron el alcance, y acompañados con los ausiliares llegaron á meterle á lanzadas por las puertas de la plaza. Salieron vencedores y se animó todo el campo cristiano; mas no quiso S. Fernando proseguir por mas tiempo el cerco. Conoció cuán dificil era conquistar por hambre y aun á hierro una ciudad bien murada, bien provista y mejor guarnecida; y despues de oido el consejo de los grandes, levantó los reales talando en rededor la tierra.

No retrocedió, sin embargo, S. Fernando; antes bajando al Sur de Jaen, fué sobre Priego y la tomó en breve á pesar del recio alcázar que la defendia. Combatióla á los tres dias, la entró y la entregó al furor de sus soldados; y partiendo luego sobre el alcázar, lo atacó con tanta violencia, que los Moros se vieron obligados á capitular ofreciéndole sobre lo que habia en la fortaleza ochenta mil maravedis de plata. Vencedor ya de Priego, movió la hueste para Loja; mas no llegó á ella tan pronto como pretendia. Pernoctó en un valle de cerca de Alcaudete; quiso partir á media noche con Gonzalo Ruiz Giron, Garci Fernandez de Villamayor y una escolta de caballeros de mesnada; erró el camino, anduvo perdido entre los montes no sin hambre y gran peligro, y no pudo dar con su ejército hasta dos dias despues que Loja fué cercada.

Llegó el rey al anochecer frente los muros de esta ciudad, y apenas asomó el dia, cuando, ya taladas las huertas y abrasadas las mieses, empezó el ataque, rompió las murallas, quemó las puertas, y entrando entre llamas y escombros, pasó por la espada á cuantos no pudieron encerrarse en el castillo. Saqueada la ciudad, arremetió contra este último baluarte de los vencidos. Contentóse por de pronto con cercarlo y hacer sentir en él los horrores de la sed disputando á los sitiados el agua de una fuente que brotaba al pié de una torre; mas cansado á poco de la dilacion é irritado por la veleidad de los infieles, que prometieron entregársele si les aseguraba la libertad y faltaron luego á su palabra, ordenó nuevamente el ejército y apeló al asalto. Quisieron por segunda vez capitular los Moros al ver aplicadas al muro las escalas y al oir los lamentos de sus mugeres y sus hijos; pero no queria siquiera oirlos, y solo condescendió despues de ha-

bérselo rogado con mucho ahinco los caballeros en que tenia puesta su confianza. Como empero se viese burlado otra vez por los cercados, no escuchó ya mas, y ardiendo en ira, mandó entrar el castillo á viva fuerza, hizo pasarlo todo á degüello, y asoló á Loja hasta verla sepultada entre sus ruinas.

Enardecido por sus conquistas, hizo aun mas el Rey: bajó hasta Alhama, villa fuerte y de buenos muros que estaba en la cumbre de una peña; cautivó y mató á los pocos que encontró en ella, la destruyó, entró en la misma Vega de Granada, derribó torres, devastó jardines y se atrevió á presentarse delante de la ciudad que habia de ser dentro de poco la capital de todo un reino. No llegó á combatirla; mas á ser en este punto verdaderas las crónicas, alcanzó la entrega de mil trescientos cautivos y la reconciliacion de D. Alvar Perez de Castro, cuya espada sentia no poder contar entre las suyas. Estaba ya declarada de su parte la suerte de las armas, y recogia laureles donde quiera que ponia su planta (1).

Volvió el Rey con la mayor parte de su ejército á Castilla, no sin hacer sentir antes su mano poderosa en Bongel, Pegalajar, Montijar y Cadena; pero no quedaron ya del todo desocupadas las provincias granadinas. Dejó por Adelantado de la frontera al mismo Castro; y cuando al año siguiente de 1227 volvió á trasmontar el Puerto, no tuvo ya necesidad de emplear las armas desde el momento en que pisó la tierra de Andalucía. Pasó desde luego á Andújar: sabedor allí de que se dirigia á su encuentro su vasallo Mohamed con buen cuerpo de ausiliares, se adelantó para mas obligarle, le recibió con cortesía y dulzura, y obtuvo de él la concesion de los castillos de Burgalimar, Capilla y Salvatierra. Fué á ocuparlos, y ocupó sin re-

(1) Hé aquí cómo refiere los sucesos de esta larga campaña el Arzobispo. «Post hæc iterum Rex Fernandus terram arabum est ingresus et cepit Eznatoraph, turrem de Albep, Sctum. Stephanum et Chicranam; alia vice duxit exercitum per Giennum circa festum Scti. Joannis, quod propter sui fortitudinem non potuit expugnari et inde procedens cepit Pegum, et captis incolis et occisis munitionem funditus desolavit; et veniens ad oppidum quod Alhama dicitur, captis habitatoribus et occisis locum devastatione simili dissipavit; post quod ad propria cum exercitu remeavit.» (De rebus hisp., lib. 9. cap. 2.) Constan ya en esta concisa relacion los principales hechos que hemos historiado: la conquista de Isnatorafe, torre de Albrit, S. Estevan y Chiclana, el cerco de Jaen, la toma de Priego y Alhama. La toma de Loja consta á nuestro modo de ver en los Anales Toledanos segundos, donde leemos: «El rey D. Ferrando cercó Jahen é Losa.» Esta Losa ¿puede ser otra ciudad que la de Loja? La capitulacion de Granada y los hechos subsiguientes es lo que tiene fundamentos menos sólidos: no constan sino en la Historia General, de la cual hemos tomado todos los detalles de esta campaña.

sistencia Burgalimar y Salvatierra; mas no pudo lograr así la entrega de Capilla, cuyos defensores se dispusieron á luchar hasta con su mismo Emir, si este añadia á su debilidad el descaro de ir á sujetarlos con sus armas. Tuvo que hostilizarla y emplear todos los medios de guerra en la conquista; y aunque la ganó, no sin haber perdido tiempo, soldados y hasta al mismo Mohamed, que pagó al fin con la vida su alianza con el Rey cristiano. Enviábale Mohamed desde la ciudad de Córdoba vituallas y pertrechos de guerra; y airados los suyos al ver que así contribuía á la ruina de los fieles, se alzaron en abierta rebelion contra él, le persiguieron en su fuga hácia Almodovar, y acabaron con él en la cuesta misma del castillo (1).

Fué esta muerte, segun los cronistas, de graves consecuencias. Intentaron sublevarse contra S. Fernando Martos y Andújar, y al saberla el pueblo de Baeza, tomó las armas y atacó tan de improviso el Alcázar, que sorprendidos los Cristianos que lo ocupaban, apenas encontraron medio ni aun de salvar sus vidas. Estaban faltos de víveres, rodeados de enemigos y sin esperanza de ser en mucho tiempo socorridos: veían difícil la defensa, espuesta la retirada é inminente el peligro: eran pocos y habian de luchar con todo un pueblo: encontraban para todo dificultades, para nada remedio. Defendiéronse por muchos dias sin perder almena; mas creciendo la escasez, debieron al fin intentar la fuga y probar si cuando menos podrian abrirse paso con la espada. Armáronse en silencio, aguardaron á que cerrara la noche, que fué por demas oscura, herraron al reves los caballos para mejor engañar á sus contrarios, salieron por la puerta que daba al campo, y buscando camino entre breñas y precipicios, lograron llegar sin ser oidos de los Moros hasta el lugar que hoy llaman la Asomada. Estaban ya entonces libres del mayor peligro; mas volviendo los ojos, dice la tradicion, para contemplar por última vez á Bae-

(1) En la relacion de esta campaña, que fué la quinta, andamos casi sin mas luz que la que arrojan el autor de la Historia General y los cronistas. En el Arzobispo de Toledo no encontramos otra noticia que la de la toma de Capilla. «Et procedens iterum contra mauros obsedit Capellam, castrum munitissimum in diocesi Toletana et diutinus impugnationibus tandem cepit et expletis quatuordecim ebdomadibus expeditionis ad urbem regiam est reversus.» (De reb. hisp., lib. 9. c. 13.) Menos dicen aun los Anales Toledanos segundos: «El rey D. Ferrando prisó Capiella. Era MCCLXIII.» (An. Tol. segundos, en Florez, tomo 23. pág. 407.) Esta fecha ha de estar tambien equivocada: de otro modo deberiamos suponer que entre los años 1224 y 1225 pasaron todos los hechos que de S. Fernando llevamos referidos, cosa que no podemos suponer ni creer en vista de los textos anteriormente citados.

za, que dejaban con mucho quebranto, vieron con sorpresa sobre una de las torres del Alcázar una cruz resplandeciente que echaba de todas sus partes vivos rayos, y se detuvieron sin atreverse á dar mas allá un paso. El maestre de Calatrava, D. Gonzalo Ibañez de Novoa, que los dirigia, vió en la cruz un aviso del cielo, y creyendo que era voluntad de Dios que no dejasen desamparada aquella fortaleza, les movió á volver á ella aunque debiesen morir en el camino ó quedar sepultados despues entre las ruinas de muros y torreones. Consintieron todos en retroceder, desherraron los caballos para proseguir el ardid, despacharon mensageros al Rey pidiéndole socorro, y alumbrados por la milagrosa cruz, regresaron tan calladamente al Alcázar como de él habian salido.

Rayó el dia, y creyeron los Moros por las huellas de los caballos que habia entrado gente de refuerzo en el castillo. Cundió de boca en boca la fatal nueva, y con esta la alarma y el espanto. Pensó el pueblo ver ya sobre sí las lanzas cristianas, empezaron á llorar los hijos en el regazo de sus madres, las mugeres á los pies de sus maridos; y como si sintieran que se estremecia la tierra, todos abandonaron precipitadamente la ciudad, dejando solo en ella á un anciano desvalido y enfermo que no encontró quien le tendiera una mano protectora. No favoreció poco á los Cristianos el suceso: bajaron al saberlo á la ciudad, cargaron con cuantas vituallas y armas encontraron, y se recogieron otra vez al Alcázar, ya seguros de que no deberian abandonarlo por mucho que tardase en socorrerles S. Fernando.

Volvieron á poco los Moros sabedores ya del engaño, y les pusieron de nuevo cerco y les combatieron con mayor ahinco; pero fueron infructuosos sus esfuerzos. No hallaron en todos sus desesperados ataques sino la ignominia y la muerte, y debieron sucumbir al fin á la fuerza de su destino. Ausilió S. Fernando á los de la plaza con quinientos infanzones al mando de D. Lope Diaz de Haro; y apenas se reunieron estos con los sitiados, cuando invadiendo todos la ciudad, cayeron con tal ímpetu sobre ellos, que los arrollaron y les obligaron á ponerse en fuga. Quedaron los Cristianos dueños de la ciudad, la pasaron á degüello, y ya ébrios de venganza, llegaron á cometer la barbarie de pasar por el filo de sus espadas á las mugeres y los niños (1).

(1) Acaeció este hecho, segun las crónicas andaluzas, en el dia 30 de noviembre de 1227 en que celebra la Iglesia la fiesta de S. Andrés. Hay para creerlo asi una razon

Con esta terrible caida de Baeza aterróse toda la comarca. Perdieron los Moros toda esperanza, y no se osaba siquiera desplegar los labios para manifestar el odio y el horror que se sentia. Les parecia ver encadenada la victoria á las banderas de S. Fernando, y empezaban á creer que era una temeridad llamar contra sí el furor de sus ejércitos. Hallábanse, ademas, en mal estado: estaba todo el imperio desgarrado por las guerras civiles. Cid Abu el Ola acababa de rebelarse contra su hermano El Adhel, y se iban preparando escenas muy sangrientas. No se podia ya pensar en reunir para detener al coloso ejércitos como los que vieron las orillas del Guadiana y la llanura de Alarcos contra el poder de Alfonso el Batallador y Alfonso VIII.

Nada podian ni pudieron hacer por mucho tiempo contra los Cristianos. Abu el Ola fué luego proclamado, y asesinado El Adhel su hermano; mas ¿cupo ni cabia al nuevo Emir poner un dique á las rebeliones que mantenian en continua agitacion el imperio? No habia aun recibido el juramento de fidelidad que le enviaron los Almohades de Marruecos, cuando estos le habian ya depuesto y conferido á Yahya ben el Nasr el emirato. Combatió con Yahya y le venció: se vengó cruelmente de los que se habian declarado contra él, llenó de cabezas las almenas de su corte, abolió el consejo de los jeques, siempre dispuesto á mudar de gefe y á alzar la mano en resucitar discordias y guerras fratricidas; pero no logró aun tranquilizar ese reino de Andalucía, donde estaban hirviendo los partidos y brotando sin cesar hombres que codiciaban la corona. Levantóse á poco de vencido Yahya Abu Abdala ben Hud, uno de los mas gallardos descendientes de los antiguos emires de Zaragoza, y le hizo mientras vivió una guerra á muerte.

Era ben Hud resuelto y audaz; y apenas se vió proclamado por los suyos en Escariantes, lugar fragoso de la Alpujarra sito entre Berja y Urjijar, no perdonó medio para hacerse parciales y encender en su favor el ánimo de la muchedumbre. Empezó á hablar contra los Almohades, los llamó á voz en grito hereges, y suponiendo profana-

bastante satisfactoria. Pegado al fuero de Baeza, segun dice Jimena, habia un Kalendario de Jueces en cuyas primeras lineas se leia que en 1228 era juez de la ciudad Muño de Priego (Jim. Anales del Reino de Jaen, pág. 128). Cuando menos, hemos de suponer que no pudo tener lugar la conquista mas acá del 1228. La crónica y la tradicion estan por otra parte acordes en que lo tuvo en el dia ya mentado. (V. el capítulo sobre Baeza.)

das por ellos las mezquitas, las mandó purificar con lustraciones y otras ceremonias religiosas. Recordó al pueblo las vejaciones que por ellos sufria, se ofreció á vengarlas, prometió librarle de la rapacidad y tiranía de los walíes, abolir todos los tributos arbitrarios, no imponerle sino los que estaban prescritos por las leyes. Lamentó en público la desgraciada ruina de sus antecesores, y en señal de quebranto y desconsuelo vistió é hizo vestir de luto á la nobleza. Llevó desde entonces negro el albornoz y negro el estandarte que le precedia. Conocia al pueblo, y le hablaba á los ojos y al corazon para arrastrarle mejor tras el carro de su fortuna (1).

Y lo alcanzó. Organizó en breve un ejército, puso en movimiento todo el pais, y no tardó en poder arrostrar frente á frente la cólera y el poder de Abu el Ola. Abu el Ola, que habia partido á Marruecos despues de la derrota de Yahya, volvió á España para contrarrestarle y abatirle; mas no pudo ya, á pesar de haber venido con huestes numerosas y haber ante todo sentado treguas con el Rey cristiano. Encontráronse los dos en la campiña de Tarifa, y despues de dos dias de una de las luchas mas sangrientas, se declaró la victoria por ben Hud, que hizo morder el polvo de la tierra á los dos mas bravos generales enemigos. Fué esto un golpe terrible para los Almohades: creció el partido de ben Hud, y lleno este de la mayor osadía, se decidió á arrojarse sobre el reino de Murcia, que conquistó mientras entraba de nuevo en Andalucía S. Fernando.

Apreció S. Fernando en su debido valor la coyuntura que para estender sus dominios le ofrecian estas discordias; y concluido ya

(1) «In diebus hujus regis Fernandi, dice el Arzobispo, surrexit quidam nomine Abenhut in castro Rechoc in territorio murciense et cœpit contra Almohades rebellare qui cismarinos arabes adeo crudeli dominio opprimebant: quod de facili Abenhuti proposito consenserunt, et obtenta Murcia et finitimis oppidis et castellanis omnes Almohades quos habere potuit capite detruncavit, et omnes mezquitas presentia Almohadum judicans inquinatas aspersione aquæ fecit á suis sacerdotibus expiari et armorum suorum insignia fecit nigra quæ in bellis et alibi perferebat quasi luctu persignans excidium gentis suæ; et in modico tempore obtinuit Wandaliam Hispanorum præter Valentiam et confinia in quibus Zaen de genere regio rebellavit. Erat autem Abenhut de genere Abolraget olim regis Cæsaraugustæ; et cum fere monarchus in cismarina Wandalia haberetur, audatia, largitate, justitia, veritate prout gentis ejus infidelitas seu vessutia tolerat prominebat. Sic à quodam suorum qui Abenroman dicitur invitatus ad epulas et delitias familiares quas gentis illius colit voluptas factione hospitis et vasalli occiditur in conclavi apud præsidium Almariæ.» (De reb. hisp.) Nada refiere aqui D. Rodrigo que no esté enteramente conforme con lo que de este moro audaz cuentan los escritores árabes y vamos á referir nosotros: tanta exactitud dice mucho en favor de tan célebre Arzobispo, uno de los historiadores de mas claro ingenio que ha tenido España.

el plazo de las treguas concedidas á El Ola, abrió su sesta campaña á principios de 1230. Dobló el Puerto y fué directamente sobre Jaen, á la que consideraba como una de las llaves del reino de Granada; pero no fué mas afortunado en este que en el otro sitio. Llevó consigo gran número de ingenios y máquinas de guerra con que por muchos dias atormentó sin descanso á la ciudad, taló otra vez la tierra, estrechó cuanto pudo el cerco; pero convencido al fin de la inutilidad de sus esfuerzos, y previo el consejo de sus Ricos-Hombres, creyó deber levantar los reales y retrocedió á Castilla, en cuyo camino supo la muerte del Rey de Leon su padre (1). No tuvo tanta suerte como ben Hud, que no solo logró coronarse Emir en Murcia, sino que volvió á derrotar el partido de Abu el Ola, pasó dentro de poco á Granada, la ganó ausiliado por los habitantes que se sublevaron contra los Almohades, y recibió allí el homenage de los alcaides del pais, ya todo suyo esceptuando el partido de Almuñecar, donde residia aun Yahya con el resto de sus tropas.

No emprendió S. Fernando otra espedicion hasta el año 1234 (2); mas no por esto dejaron de hacer algaradas los Cristianos por el suelo de las provincias que estamos historiando, y siguieron siendo el principal teatro de la guerra para los Castellanos y los Arabes. Invadieron del 1231 al 1232 el territorio de Cazorla, ocuparon muchos fuertes, y segun las mismas crónicas árabes, llegaron á tomar á Castalla, de la que fueron pronto rechazados. Vivian asi los pueblos de estas provincias continuamente en lucha. Tenian al Norte á los Cristianos, que los asolaban con sus frecuentes incursiones; tenian agitado el Mediodia por toda clase de pasiones, y no podian esperar socorro de nadie sin vender antes á un partido su sangre y la sangre

(1) «Post hæc iterum obsedit Giennum et machinis validis impugnavit; sed videns quod civitas tanta fortitudine preminebat, quod non posset humano ingenio expugnari, habito magnatum suorum concilio inde recessit; et cum Abdasalfertiam pervenisset, rumor advenit patrem suum ab hoc sæculo decesisse.» (De reb. hisp.)

(2) La muerte del rey de Leon, su padre, fué la principal causa de esta larga suspension de armas. Habia este nombrado en testamento herederas de su reino á sus hijas D.ª Sancha y D.ª Dulcia, habidas en su primera muger Teresa; y apenas murió, dividióse Leon en dos bandos que pretendian encumbrar al trono, el uno á las Infantas y el otro á S. Fernando. No ocasionó esto guerra alguna, pues desde que S. Fernando llegó á Leon reunió las dos coronas en sus sienes, y los pueblos se fueron allanando á lo hecho sin que fuera necesario derramar una sola gota de sangre; pero dió motivo á negociaciones y complicaciones que exigieron por dos años la presencia y los cuidados del nuevo sucesor del reino. No estuvo S. Fernando enteramente libre de tales negocios hasta el 1233.

de sus hijos. Pasaban de una en otra mano, y se veían obligados á inclinarse humildemente ante los que mas protegia la suerte de las armas.

Crecieron los infortunios, y se complicaron aun mucho mas los sucesos despues de la muerte de Abu el Ola, acaecida en 1232. Yahya ben el Nasr presentó nuevamente sus derechos al emirato y volvió á tomar las armas. Ben Hud, que contaba ya con un partido poderoso, redobló sus esfuerzos y no quiso reconocer á Yahya. Entró este en Arjona con crecido ejército, concentró allí todas sus fuerzas, las entregó á su sobrino Mohamed el Ahmar, en quien creían ver los Arabes al heredero de Almanzor el Grande, y le mandó abrir en continente la campaña (1). No fió Yahya á mal caudillo sus pretensiones al solio almohade, porque cayó El Ahmar al frente de su caballería sobre Jaen y la tomó en el mismo año por asalto. Mas nada adelantó; partió al Africa para combatir á Raschid, hijo de Abu el Ola, y fué cuatro años despues asesinado. Su sobrino, sucesor de su derecho y de sus deseos de venganza, pudo mas que él: no conquistó el imperio almohade, pero supo reunir los restos del antiguo califato y fundar el reino de Granada.

En tanto los Cristianos, favorecidos por estas mismas discordias, iban adelantando sin cesar en sus conquistas. Quesada gemia otra vez bajo el yugo de los infieles; y el intrépido Arzobispo de Toledo, á quien la cedió S. Fernando en recompensa de lo mucho que hizo por la paz del reino de Leon, apenas vió asomar la primavera del año 1233, cuando reunido el ejército y otra mucha gente de armas fué á tomarla, la ganó y sentó en ella su cuartel de guerra. Dominaba desde allí D. Rodrigo todo el Adelantamiento de Cazorla, y no pasaba casi dia sin llevar la espada contra alguno de los muchos castillos y lugares que coronaban las cumbres de toda la comarca. Fué conquistando sucesivamente Pilos, Toya, Torres del Lago, Higuera, Liruela, Dos Hermanas, Villamontin, Araismo, Fuente Julian y otras fortalezas; taló la Vega y tomó al fin á la misma Cazorla, último objeto de sus votos y de sus esperanzas. Debia á menudo dejar esta guerra para

(1) Hé aquí cómo habla de este jóven El Ahmar el arzobispo D. Rodrigo al mentarle por primera vez: «... invaluit arabs quidam dictus Mahomet Abenalagmar qui paulo ante boum et aretra sequebatur.» (De reb. hisp. l. c.) ¿Fueron tan humildes los principios de este ilustre príncipe? Tocaremos esta cuestion en otro capítulo.

pasar á la corte de S. Fernando, donde le llamaban los negocios graves del Estado; mas volvia siempre á ella con el mismo deseo de llevarla á cabo, y no perdonaba medio para poner lo ya sujeto por sus armas á cubierto de nuevas invasiones. En 1243 conservaba aun bajo su poder todo lo que habia conquistado en el Adelantamiento (1).

Siguió luego S. Fernando la serie de campañas interrumpida en 1230 por su advenimiento al trono de su padre D. Alfonso; y apenas pueden los escritores árabes de aquellos tiempos contar sin conmoverse las desventuras que sobre ellos pesaron y las ricas joyas que perdieron. El Ahmar ganó en 1234 las ciudades de Loja y Alhama y toda la sierra de este nombre; pero en cambio tuvo que humillarse ante las banderas cristianas Úbeda, que albergaba millares de combatientes dentro de sus muros y torreones. Estaba bien defendida y pertrechada y podia resistir un largo sitio; mas fueron tales los ataques que recibió, que llena de espanto no tuvo ya aliento para pedir la libertad, pidió la vida (2). Iznatorafe y S. Estevan, ocupadas de nuevo por los Moros, volvieron en 1235 á ver enarbolado el pendon de la cruz en sus almenas (3), y en 1236 Córdoba, la ciudad de las ciudades de Andalucía, la brillante corte de los Ommiades, la segunda ciudad santa del vasto Imperio del Profeta, tuvo que doblar la rodilla

(1) Tunc rex Fernandus dedit Caseatam jure hæreditario Roderico archiepiscopo toletano, quæ tamen jam aliquantulum reparata à sarracenis incolis tenebatur. Sic Rodericus, evolutis à donatione tribus mensibus, exercitu congregato ivit Caseatam cum multitudine armatorum et expulsis mauris qui ruinas oppidi reparabant, illud retinuit, et ad honorem regis qui illud dederat Ecclesiæ Toletanæ custodivit hactenus et custodit cum aliis castris scilicet: Pilos, Toyam, Lacra, Agosmo, Fonte Juliani, Turribus-Dela, cum Ficu, Alaulula, Areola, Duobus-Germanis, Villa-Montini, Nubila et Castorla, Concha et Chelis.» (De reb. hisp. l. c.) Gastó sobre ocho años el Arzobispo en la conquista de estos lugares: por el Kalendario de Jueces de Baeza, Kalendario del que sacó muchas noticias Jimena, sabemos que no ganó Cazorla hasta el 1240. En 1240, decia este documento, era juez de Baeza «D. Bernardino, hermano de D. Yague, quando fué presa Cazorla.» (Véase á Jimena, Anales Eclesiásticos del Obispado de Jaen, página 139.) ¿Dónde existirá ahora ese Kalendario? Hemos examinado escrupulosamente el archivo de Baeza, y no hemos dado ni con él ni con el Fuero con el que, segun Jimena, estaba unido. Seria lástima que hubiese desaparecido, porque era un documento importantísimo. Estaban censignados en él los principales hechos de la conquista de Andalucía y aun de la de Murcia, y consignados con una exactitud en las fechas nada comun en los manuscritos de la época que vamos historiando. Nos apoyaremos muchas veces en él para terminar la relacion de estas campañas de S. Fernando.

(2) «Post hæc iterum rex Fernandus obsedit Ubetam, oppidum populosum bellatoribus et munitione magna tutatum; sed adeo fortiter impugnavit, ut conclusi, salvis corporibus oppidum resignarent et tunc rex, oppido acquisito, ad urbem regiam est reversus æra millesima ducentesima septuagesima secunda.» (De reb. hisp. l. c.)

(3) Consta esto por el ya citado Kalendario de Jueces: 1235. D. Diego el Alguacil quando fueron presas Santistevan et Aznatoraph. (Ann. Ecles. de Jaen, pág. 137.)

ante el héroe cristiano, y ver envueltas en nubes de incienso las columnas de su mezquita, y sentir cómo se estremecian al sonido de nuestros cánticos sagrados las doradas techumbres de tan rico templo. Córdoba no era ya sino su sombra; mas estaban vinculados en ella los mas grandes recuerdos de los Arabes; y apagó en su caida muchas esperanzas y arrancó lágrimas de todos los buenos Musulmanes (1).

No bastó, empero, tan fatal ejemplo para restablecer la paz y la union entre los que habian logrado crearse un partido en las provincias granadinas. Siguieron ben Hud y El Ahmar con las mismas pretensiones; opúsose la perfidia á la fuerza, y á poco se rasgó aun en mas pedazos que antes el manto del Imperio de los Abdelrhamanes. Ben Hud se habia dirigido á Córdoba para socorrerla; mas, temiendo el número y el valor de sus enemigos y llamado por Zeyan, Emir de Valencia, que veía ya sobre sí la espada poderosa de Jaime de Aragon, se dirigió á largas jornadas á este último reino con el afan de ensanchar sus dominios. El Ahmar, llevado solo de su ambicion personal, no pensó tampoco mas que en estender su poder á Guadix y Baza, plazas que hizo suyas antes de que supieran los demas la muerte de su tio; y dejaron así los dos abandonada su patria á su destino. Mas pagó caro ben Hud este abandono. Llegó á Almería, y Abdelrhaman que la gobernaba le hospedó en su alcázar. Tratóle este con afabilidad y hasta con respeto, le agasajó con brillantes fiestas y un espléndido banquete, y cuando apenas estaba apagado el rumor de los brindis, él, que habia fingido ser su mayor amigo, le hizo ahogar en la cama en medio de la oscuridad y el silencio de la noche.

Alzáronse muchos reyes en Andalucía tras la muerte de ben Hud; pero logró prevalecer sobre todos El Ahmar, cuyas dotes le iban haciendo prosélitos ardientes (2). El pérfido Abdelrhaman, deseoso de alcanzar su amistad, hizo que se declararan por él todas las tribus de Almería; el walí de Jaen, que le amaba de corazon, trabajó cuanto pudo para que se le abrieran las puertas de la ciudad de Granada, que no tardó en aclamarle con entusiasmo como si previera ya los dias de

(1) El Makkari, despues de la toma de Sevilla por el mismo S. Fernando, escribió un bello poema elegiaco que ha traducido y publicado Romey. En él leemos: «¿Dónde se halla Córdoba, mansion de los ingenios? ¿dónde estan aquellos sabios que moraron en su regazo?» (Romey, tomo 3. cap. 8.)

(2) «Post interitum Abenhuti Wandalia Cismarina in plures regulos est divisa et ab almohadibus separata quod christianorum proposito utile invenitur.» (De reb. hisp.)

gloria y de grandeza que habian de lucir para ella bajo su reinado; la fama se encargó de ir repitiendo de gente en gente su dulzura en gobernar y su ardor en los campos de batalla; y en breve no hubo pueblo que no le reconociera por Emir y no viera destellar de su frente el último rayo de esperanza para los creyentes. Prestóle obediencia todo el reino de Granada, constituido casi por toda la Andalucía menos por las comarcas de Sevilla, Niebla y los Algarbes. Era verdaderamente hombre de genio y quizás el único que podia arrancar del borde del sepulcro aquel imperio exánime; sin él hubiera sido dificil impedir que S. Fernando llegase á hacer flotar sus banderas en las torres cuyo pié bañaban las olas del Mediterráneo. Se requeria no solo valor sino prudencia para detener la marcha osada del monarca cristiano; y brillaban afortunadamente en él entrambas prendas. Ni temia blandir la lanza, ni dudaba en humillar la espada cuando se lo aconsejaba la salud del Reino: el pueblo era el único objeto de sus miras; y como por él sabia levantar la mano contra sus enemigos, sabia por él imponer silencio á sus pasiones. No en vano fueron á buscar su apoyo los Musulmanes: correspondió cumplidamente á la confianza que de él hicieron.

¿Podia, sin embargo, El Ahmar contrarestar de repente á los Cristianos, acostumbrados á no encontrar obstáculo que no vencieran con sus armas? Crear una nacionalidad, organizar un reino con pueblos desgarrados durante muchos años por las discordias mas sangrientas, no es empresa facil ni de corto tiempo; y era preciso organizarlo antes de levantar contra los soldados de la cruz los abatidos estandartes del Profeta. Puso por de pronto en estado de defensa sus fronteras, á las que mandó numerosos cuerpos de Zegríes, y creó un pequeño ejército permanente; mas no pudo pensar aun en arrostrar ni en detener por medio de la fuerza á S. Fernando. Prosiguió este sus conquistas con el mismo éxito que antes, y tuvo que verle El Ahmar sobre dos pueblos importantes de su reino sin poder siquiera poner un dique á su marcha arrolladora.

Fué proclamado El Ahmar en Granada á 15 de mayo de 1238, y corria aun este mismo año, cuando Martin Ruiz, elegido maestre de Calatrava, salió de Martos con sus mejores caballeros y ganó espada en mano los castillos de Locubin y de Susana. En 1239 seguia todavía el Arzobispo de Toledo peleando en el territorio de Cazorla, cuya

capital tomó en el año siguiente; en 1240, muerto el Adelantado de la frontera D. Alvar Perez de Castro, entró el mismo Rey acompañado de sus hijos D. Alfonso y D. Fernando, y sin dar tregua á su acero, se apoderó de Porcuna, Lopera, Alcaudete, Alhendin y otros muchos castillos y villas, gran parte de las cuales se le entregó deseando evitar la suerte de las que fueron entradas por asalto. Llevaba el Rey consigo á muchos freiles de Calatrava; y era de poca monta para caballeros tan esforzados la toma de todos estos lugares, que junto con la villa de Martos, les fueron dados aquel mismo año en patrimonio (1). Mas no eran estas pequeñas guerras sino el preludio de una de las campañas mas grandiosas. Tenia el Rey fija la vista en Jaen, que por dos veces habia resistido á sus ejercitos; y no se cansaba nunca de volver frente los muros de esta ciudad, aunque no fuese mas que para atormentarla y asolar la tierra.

Fué de nuevo contra ella en 1242, y no contento ya con talar campos y viñedos, rompió puentes, derribó torres, destruyó molinos, y la hizo llorar lágrimas de dolor y de amargura (2). Volvió con ánimo de combatirla en 1244; mas no fué ella en esta campaña su primera víctima. Su hermano D. Alfonso de Leon entró antes que él en el reino de Granada, y habiéndose atrevido á bajar hasta la Vega, acababa de ser derrotado por El Ahmar que salió contra él con algunos infantes y hasta tres mil caballos; y entraba esta vez el Rey en campaña principalmente para vengar esta derrota y sosegar los ánimos algo turbados por esta victoria del nuevo monarca granadino. Taló

(1) Florez en su España Sagrada ha publicado la carta de donacion correspondiente, fecha á 8 de diciembre de la era 1266 (1240), y de ella tomamos los párrafos que siguen: «Dono itaque vobis, dice S. Fernando, illud castrum quod dicitur Martos cum domibus, terris cultis et incultis, vineis, montibus, rivis, fontibus, aquis, pratis, pascuis et cum omnibus terminis, directuris, pertinentiis suis quas nunc habet vel habere debet mandans ad præsens ut defendatis terminos suos quoscumque defendere et manutenere poteritis; et cum divina clementia Jaem et Arjonam per manus vestras cultui reddiderit christiano cum illis terminis prout habuit sarracenorum tempore dividatis.—Præterea do vobis Porcunam et Bivoras cum omnibus terminis pertinentiis et directuriis suis quas cum vicinis villis habent vel habere debent cum Dominus eas vobis dederit possidendas misericorditer...» (Florez, Esp. Sag. tomo 12. trat. 40. cap. últ.) Hemos copiado estos párrafos por ser ellos el único apoyo que tienen algunas de las noticias anteriores, sacadas de los Anales Eclesiásticos de Jimena, pág. 140.

(2) En el Kalendario de Jueces ya citado se leia que en este año (1242) era juez de Baeza «D. Pedro Martin de Benavente, quando puentes et turres et moledini fueron destructas.» ¿De qué torres y puentes hablaba aqui el Kalendario? Forzosamente habia de estar este mas esplicito; de otro modo ¿cómo hubiera podido Jimena citarlo en confirmacion de la noticia que da él sobre la tala de Jaen y nosotros continuamos en el texto?

primero los alrededores de muchos pueblos; y estando en el campo de Alcaudete, villa que habia vuelto á caer en poder del enemigo, envió contra Arjona á D. Gonzalo Nuñez de Lara y á D. Rodrigo, hijo de la Condesa, con la mayor parte de su ejército. Ordenóles que la cercaran y la combatieran sin demora; y no habian aun estos empezado á ofenderla, cuando presentándose en los reales, la dió tan recios ataques que la obligó á rendirse y á admitir las condiciones que la impuso. No paró mucho en Arjona: salió á los dos dias, tomó á Pegalajar, La Guardia, Cazalla y otros muchos lugares (1); destacó contra Granada á su hermano D. Alfonso y á Sancho Martinez de Xodar con los concejos de Quesada, Úbeda y Baeza, se fué á Andújar, donde estaba á la sazon su esposa D.ª Juana, partió con ella á Córdoba, pasó luego á reunirse con su hermano, taló la Vega, peleó con los Moros de El Ahmar, y logró al fin reparar la derrota de D. Alfonso metiéndolos por las puertas de Granada. No satisfecho aun, pretendia atacar la ciudad; mas no se lo consintió la noticia de que unos Moros, llamados Gazules, estaban sobre Martos. Disparóse como un rayo sobre esta villa, llave principal de la frontera, y bastó el ruido de sus pasos para que fuera levantado el cerco.

Cerró S. Fernando la campaña de aquel año no sin haber asolado como de costumbre las cercanías de Jaen, é invernó en Córdoba. Sabedor en 1245 de que El Ahmar estaba mandando á aquella ciudad sobre mil quinientas caballerías cargadas de vituallas, no supo estar ya por mas tiempo en la ciudad, y volviendo á tomar las armas, corrió á atajarlas el paso en pos de D. Alfonso. No pudo alcanzarlas á pesar de su energía; mas se les adelantó, y los que las acompañaban se vieron obligados á retroceder seguros de que iban á quedar ó muertos ó cautivos. Regresó despues á Córdoba, pasó de allí á Pozuelo, donde vió por última vez á D.ª Berenguela su madre, y al bajar de nuevo á Andalucía, tardó poco en empezar su penúltima campaña. Reunióse con su ejército en Andújar, y cayó de pronto sobre Jaen. Cortó pai-

(1) Los Anales Toledanos segundos ponen la toma de Arjona, Cazalla y otros castillos en 1246: «El rey D. Ferrando prisó Arjona é Castalla é otros castiellos muchos era MCCLXXXIV.» En el mismo año y con posterioridad á la toma de aquellos lugares ponen la de Jaen: ¿es esto siquiera probable? Habria de haberse verificado la de Arjona y demas plazas entre enero y abril, y es facil calcular que en este tiempo el cerco de Jaen bastaba para ocupar toda la atencion de S. Fernando. Hé aquí por qué hemos preferido seguir en este punto el Kalendario de Jueces de Baeza que la ponia en 1244. (Jim., Anal. Ecles. de Jaen, pág. 148.)

ses, huertas y viñas; fuése para Alcalá la Real, taló sus alrededores y apresó gran número de enemigos; se presentó frente de Ilora, tomó el arrabal á punta de espada, forzó la villa, la quemó, y mató y cautivó sus moradores; entró otra vez en la Vega, devastó cuanto pudo, y pasó á Martos lleno de laureles y de despojos. Recibió en esta villa al maestre D. Pelay Perez Correa, uno de los caballeros mas esforzados de aquella época, y el que mas contribuyó á las victorias del infante D. Alfonso en el reino de Murcia; tomó de él consejo; y viendo que coincidia con sus deseos la opinion de tan ilustre guerrero, no dudó ya en emprender la conquista definitiva de Jaen, esa ciudad tantas veces talada y tantas veces combatida. Distribuyó en torno de ella sus ricos-hombres y sus concejos, sitióla tan estrechamente como se lo permitió la situacion de la plaza y el valor de los que la defendian, y mandó que la tuvieran sin tregua en alarma y sobresalto. Considerando que aun no daban estas medidas los resultados que esperaba, pasó personalmente al sitio, y armado de valor y de energía, juró permanecer allí hasta entrar por las puertas de Jaen ó sobre sus escombros. Le alcanzó en esta empresa el invierno; mas no por esto volvió atrás un paso. Ni la intensidad del frio, ni las lluvias que cubrieron en aquel año los campos é hicieron saltar á los rios y á los arroyos fuera de sus antiguos cauces, ni la pérdida contínua de gentes y caballos, muertos unos por los hielos, otros por los hierros enemigos, ni la escasez, que llegó á ser mucha en los reales, ni el cansancio de la pelea, ni la larga resistencia de los cercados, nada pudo hacer torcer de su propósito al Rey, que dotado á la sazon de una voluntad incontrastable, pasaba en vela noche y dia, y apenas descansaba, y sufria con placer toda suerte de fatigas, y sentia crecer su constancia á cada obstáculo que encontraba, y llegó al abril del 1246 sin que hubiesen podido hacer mella en él ni los rigores de la estacion ni los trabajos ni los peligros de tan dilatado sitio.

Mohamed El Ahmar no permaneció entre tanto impasible; pero nada pudo contra S. Fernando. Le alcanzó en Hisn-Bolullos á cuatro leguas de Granada, y le contrarestó al principio con grande esfuerzo; mas seguido de gente bisoña y cobarde tuvo que ver al fin desbandado su ejército y completamente derrotada su caballería. Conoció luego que Jaen iba á caer en manos del cristiano, que ya no era posible salvar la ciudad combatida por un Rey que se habia atrevido á pasar

todo un invierno delante de sus muros, que era preciso pensar no ya en salvar á Jaen, sino en salvar el Reino, y lejos de ir á aventurar su honor en nuevas batallas y gastar sus fuerzas en luchas estériles, trató de ir á presentarse al Rey y declararse su vasallo. Salió solo de Granada, llegó al campamento cristiano, se hizo acompañar á la tienda de S. Fernando, y lleno de la dignidad que suele dar hasta en los actos mas humildes la nobleza del objeto á que el hombre se dirige y la importancia de los sucesos que le obligan á inclinarse ante el mas poderoso, le manifestó el objeto de su viaje, le entregó su persona y sus estados, y le besó la mano. Queria á toda costa la paz, y para alcanzarla no solo sacrificó su orgullo, sino que se ofreció á servir al Rey con cierto número de caballos, pagarle un tributo anual de ciento cincuenta miktales de oro, y entregarle la ciudad de Jaen por fianza del tratado. Conoció cuán duras y gravosas obligaciones se imponia; mas ¿podia dejar de aceptarlas no viendo medio alguno entre ellas y la ruina inevitable de su reino? Si estando Jaen en su poder era ya la Vega y aun la ciudad de Granada uno de los campos de batalla mas concurridos por los Cristianos, ¿hubiera podido El Ahmar, perdida Jaen, vivir tranquilo ni aun dentro de los muros de su corte? Las armas dirigidas ocho meses despues contra Sevilla se hubieran vuelto tal vez contra él y hubieran acabado con la monarquía y el monarca. Eran aun débiles los vínculos que unian á sus pueblos, bastante poderosas las rivalidades, escaso el ejército, poco fuerte la capital, falta todavía de los sólidos muros y de la numerosa poblacion que años despues constituyó su fuerza; tenia por otra parte el enemigo en su favor el mayor número de soldados, la mayor estabilidad del trono en que le habian sentado sus abuelos, el prestigio que da el valor y sobre todo la victoria, la actitud poco enérgica de los mismos Arabes, aterrados por el estruendo de sus ruidosas correrías: si proseguia la lucha no era dudoso el éxito: El Ahmar debia caer al fin á los pies de S. Fernando. Para sostener por algun tiempo mas su dignidad é independencia ¿debia poner así en riesgo no solo su vida, sino la de su pueblo?

Duras y de graves consecuencias eran á la verdad las condiciones á que El Ahmar se sujetaba: feudatario de un Rey cristiano, se esponia á deber desnudar la espada contra los mismos que creian en el Profeta y á contribuir á la ruina de los demas estados árabes de Andalu-

cía; podia con esto hacerse como Mohamed de Baeza objeto de odio y de venganza para sus súbditos y ser al fin víctima del puñal de un asesino; hacia por de pronto que se entibiase para con él el afecto de la muchedumbre arrogante y fiera hasta al mismo pié de la tumba; mas debia arrostrarlo todo y lo arrostró, y S. Fernando, lejos de recibir con desprecio ni aun con indiferencia al que tan modestamente se ofrecia á ser su vasallo, le abrazó, le llamó su amigo, le otorgó la paz y le dejó con libertad para que gobernara como se lo aconsejasen la razon y la prudencia el reino de Granada. Admiróle desde un principio S. Fernando por la gallardía con que solo se presentó en sus reales; y al oirle no pudo admirarle menos por la grandeza de alma con que, obedeciendo á la ley de la necesidad, proponia para un tratado de paz condiciones que él quizás no se hubiera atrevido á exigir aun viendo declarada en favor suyo la victoria.

Estipulado y firmado ya el convenio, entró el Rey cristiano en Jaen á mediados de abril del mismo año 1246 (1) mientras El Ahmar regresaba á su corte acompañado del walí Abu Omar Ali ben Muza, á quien confió el mando de su caballería. No volvió ya á empuñar la lanza contra estas provincias granadinas; mas llevó poco despues la guerra contra el reino de Sevilla, cuya capital fué su última conquista y recogió despues de cuatro años de tomada su cadáver.

Capítulo undécimo.

Descripcion de los lugares conquistados por S. Fernando en las provincias granadinas. Andújar, Arjonilla, Arjona, Martos.

Con la muerte de S. Fernando termina el primer período de la conquista de estas provincias; y es fuerza ya que demos tregua á la pintura de batallas y de asaltos. Hasta ahora solo ha brotado sangre

(1) «El rey D. Ferrando prisó Jahen mediado abril era MCCLXXXIV.» (Ann. Toled. segundos.) «Era de MCCLXXXIV en el mes de marzo prisó Jahen el rey D. Fernando é su fijo el infante D. Alfonso.» (Cronicon de Cardeña.) Ambos documentos ponen la toma de esta ciudad en el mismo año, aunque no en el mismo mes.

nuestra pluma; ocupada sin cesar en las invasiones que agitaron este suelo, en las luchas fratricidas que lo desgarraron, en las terribles vicisitudes de los imperios que sobre él se encumbraron y cayeron, y en las venganzas implacables que ensombrecieron sus antiguos monumentos, apenas ha podido presentar á la imaginacion de los lectores una descripcion risueña que la calmase, ni imágenes dulces y tranquilas que la desimpresionasen de las escenas de horror á que ha asistido. Despues de tantos cuadros de batallas conviene pintar otros mas serenos y apacibles; sería dificil que nadie nos siguiera sin cansancio en las largas luchas que nos quedan aun por referir si no encontrara antes donde refrescar sus sentidos y moderar su exaltada fantasía.

Campos que entonces fueron el teatro de combates sangrientos son hoy praderas cubiertas de flores donde el pastor canta tal vez lo pasado bajo la sombra de los árboles; montes en cuyas cumbres estuvieron sentadas tiendas de príncipes y reyes son hoy alturas pobladas de humildes aldeas que blanquean entre el verdor de los viñedos; arroyos que arrastraron consigo cadáveres y espadas animan hoy con suaves murmullos paisages pintorescos que contempla el viajero muda la lengua y estasiada el alma; castillos sombríos y desiertos que fueron levantados al pié de despeñaderos profundos son hoy pueblos que nacieron ayer sobre las ruinas de aquellas viejas fortalezas y han bajado ya al rededor de los cerros hasta ganar el valle; ciudades populosas que oyeron sin estremecerse los clarines de millares de enemigos y resistieron al valor y al poder de los mas intrépidos caudillos, yacen hoy entre escombros cubiertos de musgo, que aunque ya tan solo animados por el balido de la oveja, el susurro de las fuentes y el rumor de los insectos, convidan al descanso y bañan en dulce melancolía el corazon del que los mira. Lo pasado y lo presente forma en todos estos lugares un agradable contraste; y es bello y poético recorrerlos meditando sobre los hechos ya consignados aquí bajo frescas alamedas conmovidas por las auras, allí bajo el pajizo techo de una aldea cuyo hogar levanta su humareda por entre los ramages de los árboles, acullá bajo las ruinosas bóvedas de un alcázar cuyos dorados sillares va de dia en dia desmoronando el viento, mas allá al margen de una corriente cristalina á la que prestan sombra el junco y la espadaña.

Bailen: la primera villa que pisó S. Fernando despues de haber removido con la planta de sus caballos el polvo de las Navas de Tolosa, fue un dia una ciudad (1) ante cuyos muros combatieron Cartagineses y Romanos; y hoy no es ya sino un pueblo que solo conserva de su antigüedad los informes restos de un castillo y una iglesia en que la degenerada ojiva del siglo XVI está bastardamente sentada sobre el capitel corintio. Es, sin embargo, el sepulcro de glorias imperecederas; y ya que no por la magnificencia de sus monumentos, impone é impondrá siempre por la grandeza de sus recuerdos. En las alturas que la circuyen, setenta mil Cartagineses mandados por Asdrubal y Magon fueron vencidos hace mas de veinte siglos por las legiones de Roma: en su campiña, cubierta de olivares, no hace aun cincuenta años que, acosadas por todas partes las águilas francesas y ahogadas por la humareda del cañon y el polvo del combate, tuvieron que ir á deponer sus ensangrentados laureles en la frente de nuestros generales. El rumor de esta victoria voló desde Bailen hasta las mas apartadas naciones, y vióse entonces saludada la villa por cien pueblos oprimidos que vieron humillados en ella por primera vez ejércitos que habian hecho estremecer el suelo de vastos campos de batalla, y capitanes cubiertos de gloria, encanecidos ya en las largas guerras del Consulado y del Imperio (2).

Andújar, sita al mediodia de Bailen, al pié mismo de Sierra-Morena, en una frondosa llanura que bañan á mil doscientos pasos las claras aguas del Guadalquivir, fué tambien una de las primeras poblaciones conquistadas por Fernando el Santo: sirvió de cuartel á este rey y de palacio á la reina D.ª Juana, que permaneció en ella de paso para Córdoba; y no guarda tan solo un monumento en que pueda verse reflejada la sombra de los héroes que por defenderla y com-

(1) Se cree que Bailen fué antiguamente Baetula.

(2) Fueron grandes los resultados de esta batalla. Perdieron los franceses cuarenta piezas de artillería, y entre muertos, heridos y prisioneros, veinte y un mil soldados; José Bonaparte, que acababa de ser proclamado rey de España, huyó precipitadamente de la Corte; los que tenian cercada Zaragoza levantaron el sitio; los ejércitos que estaban distribuidos en varios puntos de la Península se recogieron mas allá del Ebro; la Francia perdió en casi toda Europa gran parte del prestigio militar que tan justamente habia adquirido con sus anteriores hechos de armas; España, por fin, aumentó el brio con que empezó una guerra en que tenia muchas menos probabilidades de ser vencedora que vencida. No sin razon nos acordamos aun de tan brillante jornada, á cuya memoria van á consagrar una de sus inspiraciones la arquitectura y la poesía.

batirla desnudaron sus espadas. Cuando la tomó S. Fernando, habia sido ya dos veces conquistada por Alfonso VII, el bravo emperador que al través de una tierra toda enemiga pudo llevar hasta la misma corte del Califato su pendon de guerra; mas ni uno ni otro lograron dejar impresa su memoria en ningun templo ni castillo. Fué atacada en 1369 por las armas de Granada, dada en 1383 por D. Juan I al desgraciado rey de Armenia, Leon V, que fué al fin prisionero del Soldan de Egipto, unida en 1388 al Señorío de Enrique III, declarada ciudad en 1487 por Enrique IV; pero no hay en toda ella ni una piedra en que ni el literato ni el artista puedan leer el nombre de estos príncipes. Sus mas antiguas iglesias estan ya envueltas en las vagas formas de la decadencia gótica; y el ojo del viajero no puede penetrar al través de sus arcadas ojivales mas allá del siglo XV.

Si alguna piedra literata ennegrece sus blancos muros, no habla ya de Andújar, habla de un pueblo que animó á dos leguas de la ciudad la orilla septentrional del Betis, habla de la antigua Iliturgis, hundida entre sus ruinas y cubierta de afrenta y sangre (1). Estaba situada Iliturgis al pié mismo del Guadalquivir, en el mismo lugar en que está hoy Sta. Potenciana, donde ademas de los cimientos de unas murallas carcomidas y desgastadas por el agua, que se dilatan entre los rios Escobar y Martin Gordo, se ven aun esparcidos acá y acullá en-

(1) Terrones en su vida de S. Eufrasio y Origen y Antigüedades de Andújar, publicó varias lápidas pertenecientes á esta ciudad, entre las cuales creemos digna de atencion la siguiente, dedicada al emperador Séptimo Severo:

IMP. CAES. SEPTI
MIO. SEVERO. PIO.
PERTINACI. AUG.
ARABICO. ADIABENICO PONTIFE
MAXIMO. IMP. X. TRIB. POTEST.
VI. COS. II. PACATORI. ORBIS.
RESPUBLICA. ISTURGITANORUM.
D. D. D.

Hemos dicho que es digna de atencion esta lápida, porque si bien se la examina, se observará que no es la ciudad ó municipio de Iliturgi, sino la república de Isturgi, la que dedicó este recuerdo á Severo. Terrones traduce las palabras *Respublica Isturgitanorum* por la república de los Iliturgitanos; mas es facil ver cuán voluntaria y poco fundada es esta interpretacion. Hay bastantes razones para creer que en los alrededores de Iliturgi hubo Isturgi é Ippasturgi; y cuando otras no hubiese bastaria á nuestro modo de ver esta inscripcion para sospechar cuando menos que existió no lejos de la ciudad de que hablamos en el texto otra llamada Isturgi. V. á Flor., Esp. Sag., y Cortes, Esp. Ant.

tre zarzas y matorrales capiteles, sepulcros, y otros restos antiguos, que dejan tal vez entrever algunas de las armas de los que allí murieron víctimas de su traicion y su heroismo. Era, segun Tito Livio, una de las ciudades mas insignes por su grandeza: defendida por una peña escarpadísima y por un castillo, del que se conservan todavía grandiosos escombros, era ademas casi inespugnable, y podia arrostrar sin temor la cólera de sus mas poderosos enemigos. Mas quizá fueron estas cualidades las que originaron sus funestas vicisitudes y su completa ruina.

Era Iliturgis cartaginesa, y no tardó en hacerse aliada de los Romanos despues que los Scipiones vinieron á vengar en la Península las derrotas que sufrieran en Italia. Irritados Asdrubal, Magon y Amilcar, movieron para ella el campo y la combatieron con todas sus fuerzas; mas nada pudieron contra sus nuevos contrarios, que abriéndose paso con la espada entre los tres campamentos, entraron vituallas en la ciudad, y trabaron con ellos en la llanura un combate sangriento, en que les mataron mas soldados que Romanos no entraron en batalla, y les tomaron tres mil hombres, mil caballos y setenta y un estandartes (1). Volvieron á ella á poco Magon y Asdrubal; pero no pudieron tampoco rendirla ni por asalto, ni por hambre. Voló en su defensa Gueyo Scipion, hizo levantar el sitio, mató en otros dos combates mas de doce mil Cartagineses, se apoderó de otros diez mil, y les tomó treinta y seis banderas (2).

Dos veces ya debia Iliturgis la vida á sus aliados, cuando muertos

(1) Illiturgi oppidum ab Asdrubale ac Magone et Amilcare, Bomilcaris filio, ob defectionem ad romanos oppugnabatur. Inter hæc terna castra hostium Scipiones cum in urbem sociorum magno certamine ac strage obsistentium pervenissent, frumentum cujus inopia erat advexerunt; cohortatique oppidanos ut eodem animo mœnia tutarentur quo pro se pugnantem romanum exercitum vidissent, ad castra maxima oppugnanda quibus Asdrubal præerat ducunt. Eodem et duo duces et duo exercitus Carthaginiensium ibi rem summam agi cernentes convenerunt. Itaque eruptionem è castris pugnatum est. LX hostium millia eodem die in pugna fuerunt, sexdecim circiter romanis. Tamen adeo haud dubia victoria fuit, ut plures numero quam ipsi erant romani hostium occiderint, ceperint amplius tria millia hominum, paulo minus mille equorum, undesexaginta militaria signa, elephantis V in prælio occisis; ternisque castris eo die potiti sunt. Tit. Liv., lib. 23. cap 34.

(2) Carthaginienses Illiturgi oppugnare adorti quia præsidium ibi romanum erat; videbanturque inopia eum locum maxime expugnaturi. Cn. Scipio, ut sociis præsidioque ferret opem, cum legione expedita profectus, inter bina castra cum magna cæde hostium urbem est ingressus: et postero die eruptionis æque felici pugnavit. Supra duodecim millia hominum cæsa duobus prœliis; plus decem millia capta, cum sex et triginta militaribus signis. Ita ab Illiturgi recessum est obsidione. Tit. Liv., lib. 24. cap. 19.

UNIVERSIDAD DE GRANADA Hospital Real Biblioteca

los Scipiones en dos jornadas funestísimas vió entrar por sus puertas á muchos de los vencidos en Segura, y procediendo cobarde y alevosamente, los degolló por temor á los Cartagineses, con los que renovó su antigua alianza. Escitó entonces contra sí la cólera romana, y pagó caro, aunque tarde, la traicion con que manchó su historia. Publio Cornelio Scipion, arrojados ya de España los Cartagineses, pasó contra ella con las dos terceras partes de su ejército, y ansioso de dejar pronto vengadas las sombras de aquellas víctimas, vió apenas sus muros cuando ordenó el asalto. Mandó distribuir escalas entre sus soldados, entregó á Lelio parte de sus legiones, y dada la señal de ataque, asaltó por dos puntos la ciudad rebelde. Los Iliturgenses, que veían amenazada no ya su libertad, sino su vida, no perdonaron medio de defensa; los que no podian aun esgrimir la espada, fueron amontonando en los muros piedras, dardos y otras armas arrojadizas; las mugeres y hasta los niños tomaron parte en la pelea; los aptos para las armas se sostuvieron tan esforzadamente sobre el adarve, que intimidaron y rechazaron mas de una vez al ejército enemigo, ejército que acababa de humillar ante sus plantas las banderas de Cartago. Mas sirvió de poco su heroismo. Scipion, al ver en retirada sus legiones, entró en lo mas recio de la refriega, pidió nuevas escalas, puso en una de ellas el pié para trepar al muro, y logró avergonzar de tal modo á sus soldados, que atacando estos con mayor ímpetu, ganaron la muralla y el alcázar, y derramándose como fieras por todas las calles de la ciudad, pasaron á cuchillo hasta á los ancianos y á los niños, devastaron con el incendio lo que no pudieron con las armas, sepultaron millares de cadáveres entre escombros manchados de humo y sangre. Habia jurado Scipion la ruina de Iliturgis, y no permitió dejar con vida ni á la misma ciudad en cuya traicion habia creido ver ultrajada la sombra de sus tios (1).

Quedó tan destruida Iliturgis, que no pudo ya recobrar jamas su celebridad ni su grandeza. Su destino pesó sobre cuantos fueron á sentarse en sus ruinas, y vióse al fin entregada á la soledad, al silen-

(1) Asi pinta Tito Livio ese sangriento y bárbaro saqueo: «Tum vero apparuit ab ira et ab odio urbem oppugnatam esse. Nemo capiendi vivos, nemo, patentibus ad direptionem omnibus, prædæ memor est. Trucidant inermes juxta ac armatos, fæminas pariter ac vivos; usque ad infantium cædem ira crudelis pervenit. Ignem deinde tectis injiciunt ac diruunt quæ incendio absumi nequeunt. Adeo vestigia quoque urbis extinguere ac delere memoriam hostium sedis cordi est.» Tit. Liv., lib. 28. cap. 11.

cio, á la accion lenta y destructora de los siglos. Tomáronla los Celtíberos cuando era un pequeño pueblo (1), y muertos luego en número de doce mil, dieron lugar á que la entrara Marco Helvio y vertiera sin piedad la sangre de cuantos podian empuñar las armas. Tuvo despues algunos títulos honoríficos, fué llamada por Augusto Forum Julium, y declarada colonia acaso por Adriano; pero logró cuando mas tomar aliento para sentarse sobre su lecho de muerte: nunca tuvo suficientes fuerzas para saltar de su sepulcro. Ni el mismo cristianismo pudo levantarla de su abatimiento. Fué, segun la tradicion, el primer pueblo en que sembró S. Eufrasio la palabra vivificadora de Jesucristo; allí puso el Sto. Prelado su silla; allí sobre el cadáver de una ciudad destruida por la guerra y la venganza predicó el celoso Apostol la paz y la caridad que habian de quebrantar los hierros de la servidumbre humana, y renovar la faz del mundo. Mas á pesar de haber visto fructificar aquella semilla bienhechora, á pesar de haber reconocido el nuevo reinado de Cristo, no pudo grangearse desgraciadamente la ciudad sino nuevas desventuras. Atrajo sobre su frente la ira de Neron, y enrojeció otra vez sus escombros la sangre de los mártires, la sangre del mismo S. Eufrasio, que murió bajo el hacha del verdugo. Perdió la silla episcopal, que fué trasladada á Castulo, y durante siglos no tuvo siquiera un lugar donde adorar al Ser en quien tenia ya concentrado el voto de su corazon y las aspiraciones de su espíritu. No tuvo templo hasta que Sisebuto lo hizo levantar sobre el sepulcro que guardaba las cenizas del mártir, ni vió alzarse ya otro sobre sus restos sino durante el reinado de Suintila (2). Esclava de los Arabes como los demas pueblos de España, dificilmente pudo conservar despues ni la pureza de sus creencias. Languideció, y se embruteció bajo el dominio de sus conquistadores, y no salió de su servidumbre sino sucumbiendo y pereciendo bajo la espada de Alfonso VII.

Cayó al fin para siempre Iliturgis, y le sucedió la pequeña ciudad y hoy villa de Andújar. El viajero que sabe su historia apenas puede

(1) Celtiberi agmine ingenti ad oppidum Illiturgi occurrerunt. Viginti millia armatorum fuisse Valerius scribit; duodecim millia ex iis cæsa. Oppidum Illiturgi receptum et puberes omnes interfectos. Tit. Liv., lib. 34. cap. 4.

(2) Asi lo confirma la inscripcion que copió Flores de Rus Puerta: Jesucristo dno nostro regnante constructum era DCLXV anno septimo regis Suinthile. Flor., Esp. Sag.

atravesar sus ruinas solitarias sino llena de congoja y melancolía el alma; cree aun ver en ellas las huellas de la fatalidad, y las huellas de la mano de Dios son tristes é imponentes para el hombre. Al contemplar tanta desventura, no parece sino que la sangre de los Romanos sacrificados á traicion cayó sin cesar sobre la frente de aquel pueblo, y no le dejó levantar nunca del ataud que le abrió ya Scipion el Africano; y esta idea fatal hace estremecer y palpitar el corazon del que pisa los escombros. Si los cruzara uno de noche, ¿sería tan difícil que la imaginacion creyera ver errando entre ellos la sangrienta sombra del destino que los esparció por la llanura?

Arjonilla, situada al mediodia y no lejos de Iliturgis, no tiene recuerdos menos negros, aunque de un carácter muy distinto. No nos conmueve como Iliturgis con su propia historia: pero nos llena de amargura con la de un solo hombre, con la de un poeta, víctima de un amor tan puro como infausto. Colocada en un llano, y cercada por todas partes de colonias pintorescas que la hacen paso entre septentrion y mediodia á un delicioso valle que bañan aguas tan claras como escasas, apenas presenta en conjunto ni en detalle cosa que no deleite los sentidos; mas fueron tan fatales las aventuras del jóven entusiasta que exhaló en ella los primeros quejidos de muerte y sus últimos suspiros, que la memoria de ellas basta para cubrir este pequeño pueblo á los ojos del que no las ignora como de un sombrío y misterioso velo. Vivos como estan allí estos recuerdos, dominan sobre los de los freires de Calatrava que la conquistaron, sobre los de los caballeros que la señorearon, sobre los del Arcediano de Úbeda, que la vendió por dos mil maravedís á Arjona; y se apoderan con tanta fuerza del viajero, que este no codicia pronto sino ver por sus ojos el lugar de la catástrofe, y oir dentro los oscuros torreones del castillo tan lamentable historia.

Preso en este castillo, le dicen con voz solemne, vivia hace cuatro siglos un jóven de corazon sentido que, vueltos hácia Jaen sus ojos, no levantaba su dulce y melancólica voz sino para cantar al son del laud su amarga desventura. Mártir de una pasion que se habia desarrollado en él con la misma vida, no pensaba del alba á la noche mas que en su objeto idolatrado, y cuando no dirigia al cielo querellas lastimeras, divertia el triste su imaginacion contando á los que le oian al pié de la torre la historia de sus amores.

En el palacio en que viví por mi desdicha, decia, conocí á una muger, bella como el angel de la vida. Su mirada era mas dulce que la de la luna sobre el valle, su voz mas sonora que la del laud y el arpa. La vi, y me sentí lleno de encanto. Aparecióse á mis ojos como el reflejo de mi alma, como la realizacion del mas bello de mis ensueños, y la amé ¡ay! la amé y me amó, y allí empezaron mis dolores.

Creció nuestro amor en medio de la soledad y del silencio; nadie llegó á descubrir en nuestra frente las llamas del fuego que nos devoraba. Los álamos y los cipreses de un jardin eran los únicos testigos de nuestros amores, y no oían aun nuestros coloquios, sino cuando los cubria con su manto azul la noche y el viento mecia dulcemente sus ramages. Brotaban entonces de nuestros labios palabras dulcísimas... acercábanse mas las almas que los cuerpos, y parecia que un solo espíritu agitaba nuestra fantasía, que una misma inspiracion batia en torno nuestro sus doradas alas. ¿Cómo pudísteis desaparecer tan pronto, momentos supremos de ventura? ¡ah! las nubes que ahora bajan al ocaso, volverán tal vez mañana teñidas de mil colores por los primeros fuegos del sol; pero no: vosotros no volvereis; Dios dejó ya caer sobre vosotros la losa de la eternidad, y os hundió para siempre en el caos inmenso de lo pasado.

El angel de mi amor no era una reina; pero yo, page humilde de un caballero poderoso, llegué á considerarme hasta indigno de sus miradas. Llevaba en la frente la aureola de poeta, mas no el laurel de las batallas, y quise conquistarlo. Rompí mi lanza en cien justas, quebré mi espada en cien torneos, y apenas sonaron los añafiles moros en la frontera del Reino, me arrojé sobre los infieles montado en mi corcel de guerra, y cubierto con las armas que no pudo mellar el acero de mis rivales. Yo, débil jóven, me sentí entonces gigante. Sobre el tempestuoso estruendo de los campos de batalla creía oir la voz de mi adoraba, que me llamaba á la pelea; y llevé siempre hácia donde mas arreciaban los peligros el hierro de mi lanza. Podia apenas pasar un momento sin herir el corazon de un enemigo; ciego y sediento de sangre, me arrojaba con mi caballo en medio de las mas cerradas huestes de los moros, y no llegué á concebir el temor ni aun cuando vi mi cuerpo bajo una nube de alfanges.

Terminada la batalla, me consideraba cada dia mas digno de ella

y de mí mismo. En el primer vacío que dejaban el polvo y la humareda del combate, me parecia verla en alas de las auras, radiante de hermosura, y coronada la frente de nuevos laureles; y sentia palpitar de gozo mi corazon, y abrirse mi alma á la esperanza. Ella me ama, decia, y el Maestre de quien soy doncel, no podrá llevar á mal el enlace de un héroe con la reina de su palacio.

Mas ¡pobre niño! una nueva fatal vino á marchitar un dia todas mis ilusiones, como marchita el huracan las flores. Estábamos en una vasta llanura, y se percibian aun á lo lejos los últimos bramidos del combate. Del occidente á que acababa de precipitarse el sol, se alzaban nubes negras como la noche, de que empezaba á desprenderse el rayo. Levantábase el polvo en torbellino, y las hojas de los árboles parecian entrechocarse como si se estremecieran ante el presentimiento de la borrasca, ó las agitara una fuerza misteriosa. Amenazaba el cielo tempestad; pero fué á encender Dios otra mas horrible en el fondo de mi pecho. Doblada la cabeza sobre la mano, estaba sentado sobre una roca absorvido en mis incesantes pensamientos, cuando se me acercó un hombre, é inquietos los ojos y casi sin aliento: olvida tus amores, me dijo, la muger á quien adoras no puede ser el fin de tus esperanzas; el Maestre acaba de casarla; ella la infeliz ha debido sucumbir ante su voluntad de hierro.

¡Oh! ¿por qué habeis de traer estas palabras á mis labios, memoria mia?—Un rayo que hubiera caido á mis pies no me hubiera aterrado como ellas me aterraron. Mas no tardaron terribles pensamientos en venir á alumbrar mi espíritu, sumergido por algunos minutos en las tinieblas. No, esclamé, ella, el astro de mi vida, el alma de mi alma, la sangre de mi sangre, no puede pertenecer á otro en la tierra: la arrancaré de los brazos del mismo monarca; vengaré ese crímen, mas que deba derramar para ello mi sangre y la sangre de cien víctimas. Es mia... es mia, y no la he de soltar mientras tenga aliento para empuñar mi espada. Dénme las armas y el caballo; quiero partir esta misma noche á Jaen; Dios alumbrará mis pasos con los rayos de la tormenta. ¡Venganza! ¡venganza! que la sangre del usurpador apague cuando menos el fuego que devora mi existencia. ¿Qué importa que despues deba espiar ese placer en un cadalso? El angel de mi amor vendrá á esparcir sobre mi tumba los flores con que en dias mas felices adornó mi frente, y Dios unirá tal vez muertos á los que vivos

fueron separados por la voluntad de un príncipe y la infamia de un hidalgo.

Olvidaba en tanto lo que exigen de un caballero las leyes de la guerra. No podia abandonar el campo sin que manchara el delito de traicion mi escudo; y no volví á Jaen sino cuando el ejército pasó á recoger en aquella ciudad los aplausos debidos á sus victorias. Víla allí otra vez bajo las copas de los mismos árboles testigos de nuestros amores. Mas los labios de entrambos estuvieron mudos; solo hablaron los ojos vertiendo lágrimas ardientes. No pudimos por mucho tiempo proferir palabra alguna; y al permitirlo el recuerdo de nuestro infortunio, yo no las hallé sino para quejarme de la crueldad de mi destino; y ella para jurarme por segunda vez un amor inestinguible, eterno. ¡Infeliz! no sabia ella que nuestro amor debia ser para la justicia humana un crímen, y que era este amor el que debia sepultarme bajo las sombrías bóvedas de esta torre. Durante algunas noches, nos dispensó el mismo amor sus mas bellos dones; pero se acabaron pronto nuestros momentos de ventura. Un dia cayeron de improviso sobre nosotros las miradas del ofendido hidalgo, ¡ay! y no cayó sobre nosotros su espada, que hubiera podido cuando menos unirnos para siempre en el fondo del sepulcro. El maestre supo de su boca nuestro crímen; y me dió este castillo por cárcel, ¡y no por tumba! Quiero morir; solo el cielo puede comprender mi desventura, y la muerte poner fin á mis tormentos. ¿Mas debo morir sin verla? Solo ella es digna de cerrar mis párpados; solo ella puede templar mi agonía; solo ella puede estar sentada en mi lecho de muerte. Llamadla ¡oh Dios! llamadla sobre mi ataud, cuando querais sepultar en él mi cuerpo.

Al infeliz le exasperaba el dolor siempre que acababa de referir su historia. Dirigia unas veces al cielo las mas amargas quejas, otras tomaba arrebatadamente su laud y cantaba trovas desesperadas que llegaban al alma, otras acusaba y maldecia á su misma adorada por no haber sabido morir antes que tender la mano á su marido. Estaba entonces terrible; mas apenas recobraba su calma no encontraba para sus labios sino palabras dulces y generosas. Vuelto el rostro á Jaen, decia muchas veces: allí vive mi amor, solo el aire que sopla de allí refresca mis sentidos. Vosotros que os complaceis en oir mis trovas, ¿por qué no vais y se las cantais á mis amores bajo las ventanas del palacio? Os las pagará dobladas: la vereis asomar entre las columnas

de su ajimez, como el genio del amor y la hermosura; y no cambiareis luego sus miradas por el mayor tesoro. Auras que escuchais tan sosegadas mis lamentos, esclamaba otras veces, ¿por qué no los llevais á los oidos del angel de mi vida? Estrellas que alumbrais á la vez sus ojos y los mios, ¿por qué ya que fuisteis testigos de nuestra ventura, no os haceis intérpretes de los dolores de entrambos? Que llegue á sus oidos cuando menos la voz de mi muerte; á saberla, ¿cómo no ha de venir sobre mi tumba? Sus ligeros pasos resonarán dulcemente en el fondo de mi sepulcro, y quizás un dia la alumbrará la luna mientras estará llorando por mi, esparcidos sus cabellos en torno de la losa que me cubra.

Pensaba á menudo en su muerte, mas nunca la creyó tan cerca de sí como la tenia y esperaba. Un dia—estaba desierto el castillo, encapotado el cielo,—sintió de repente en su corazon el hierro de un venablo, y cayó exánime en el suelo arrojando á borbotones su sangre por la herida. No pudo saber siquiera de dónde le vino el arma funesta; mas no habia sino un hombre en torno de esta sombría fortaleza, y este hombre era el esposo ofendido á quien arrastraron los celos á tan impío asesinato.

Murió, por fin, el desgraciado poeta; y fué sepultado en ese mismo pueblo de Arjonilla, en el lóbrego interior de una ermita, que levanta sus modestos paredones entre las ruinas del castillo, en un sepulcro humilde en cuyo frente escribieron en carácteres góticos: Aquí yace Macías el enamorado.

Era el infeliz ese tan decantado trovador del siglo XV, cuyos amores han cantado tantos poetas, y cuyos sentimientos interpretó modernamente Larra, víctima, como él, de una pasion ardiente. Enrique, marques de Villena, fué su señor, un hidalgo de Porcuna su rival, una muger, cuyo nombre guarda aun la historia entre los pliegues de lo pasado, el objeto de sus amores y la principal causa de su muerte. Recuerda y llora su desgracia, viajero; y si por ella te sientes demasiado conmovido, abandona el lugar en que acaeció, y sigue tu viaje en busca de recuerdos que puedan borrar tan tristes impresiones.

A una legua de Arjonilla está la antigua Arjona (1), y en ella no

(1) Arjona fué la antigua Urgao.

hay recuerdos tan melancólicos, pero sí hechos mas varoniles, tradiciones menos profanas y mas santas. Fué de los pueblos en que mas se ensangrentaron los emperadores contra los primeros que abrazaron el cristianismo, y vió verter á torrentes la sangre de los mártires. Murieron allí por la nueva ley Apolo, Idacio y Crotas; entregáronse allí por la nueva ley á la cuchilla del verdugo los santos Bonoso y Maximiano, bajo cuyo nombre tutelar está aun la villa. — Bonoso y Maximiano, naturales de Iliturgis, eran dos hermanos educados en el camino recto de la justicia. Viendo en los primeros años de su juventud alzada sin razon la guerra contra su provincia, no supieron mirar con sangre fria la causa de su patria, y tomaron los dos las armas. Pelearon como bravos, y merecieron bien de su pueblo al volver á sus hogares coronada la frente de laureles; mas esto les atrajo desgraciadamente la cólera de Daciano, los mas crueles tormentos y la muerte.

Daciano, que vivia en Arjona, los llamó ante sí, y les dijo: Los que como vosotros saben manejar las armas, deben ser soldados del imperio; id y defended ese castillo. — Somos ya soldados, contestaron los hermanos; pero soldados de Cristo. — ¿Peleareis por Cristo mejor que por los emperadores? preguntó Daciano. — Solo por él podemos desnudar la espada, respondieron. — Preparaos para sufrir la muerte mas atroz, dijo lleno de cólera el tirano; veremos si ese Dios á quien adorais, os arranca de las manos del verdugo. — ¡Oh Daciano! esclamaron: ¿quieres tú, pues, otorgarnos la corona que deseamos? En ninguna parte mejor que en las manos de tus sayones podemos ser verdaderos soldados de Jesucristo, y hallar el camino que nos ha de abrir el cielo.

Daciano no replicó, mas los hizo conducir al castillo y los condenó á los mas bárbaros tormentos. Cuando los hubieron padecido, les dijo: Habeis visto ya el poder de los emperadores de cuya justicia no pudo libraros vuestro Dios: ¿os negareis aun á ser sus soldados? Pero los mártires contestaron tranquilamente: Vuestros emperadores no han podido ni podrán jamas quebrantar la fortaleza de ánimo que recibimos de Jesucristo; solo él es, pues, el fuerte. — ¿No quereis ceder? preguntó Daciano; haré que os encierren en una mazmorra, y os abraseis de sed; la agonía de la muerte arrancará de vuestros labios palabras menos soberbias, y os hará hincar de rodillas ante las aras de los

ídolos. Cúmplase mi voluntad, añadió á sus verdugos; pero los dos hermanos, ¡cúmplase la del cielo! dijeron; y se dirigieron firme el paso y animoso el corazon á uno de los subterráneos del castillo.

Estaban ya Bonoso y Maximiano sufriendo las mas crueles angustias, cuando tuvieron que sufrirlas aun mayores á la vista de sus padres que pretendian salvarlos de la muerte. Hijos mios, les dijo lleno de turbacion su padre: el Dios que vosotros adorais es mi Dios, mas él no puede exigir sacrificios tan sangrientos. Ha conocido ya vuestra resolucion: condescended y vivid, si no para vosotros, para los que os dieron esa vida que tan generosamente pretendeis sacrificar ante los altares de Jesucristo. ¿Qué sería de mí sin vosotros? Tinieblas eternas cubririan mis ojos, y un velo eterno mi alma. Abrasarian mi rostro lágrimas de desesperacion y mi frente amargos pensamientos. Marcharia sin arrimo en la oscuridad, caeria en todos los abismos de la vida, y no llegaria á mis oidos una palabra de consuelo. Vuestras sombras ensangrentadas me atormentarian de dia, y turbarian de noche mi sueño. Y me sentiria morir, y no sentiria sobre mis párpados la mano de mis hijos que engendré y eduqué para que endulzaran mi agonía. ¡Hijos mios! ¡hijos mios! vosotros amásteis siempre á vuestros padres: no, no es posible que querais con vuestras mismas manos abrir un sepulcro en que deban hundirse vuestros cuerpos y nuestras esperanzas.

¡Padre mio! esclamaron á un tiempo los mártires. Y continuó luego Bonoso: Jesucristo murió en una Cruz y dejó tambien en la tierra á una Madre llena de amargura y rodeada de tinieblas. Lloraba ella y se lamentaba como tú, al verle encaminar sus pasos al cadalso; y cuando le vió doblar sobre su pecho la cabeza, creyó tambien dejar al pié de la Cruz la vida. Mas veló sobre ella Jesucristo desde su trono; no la dejó nunca sin fuerzas para sobrellevar sus penas, y la subió en fin en alas de los ángeles al cielo, donde goza por toda una eternidad de la vista de su hijo. No temas, padre mio: nuestra muerte es la llave que os ha de abrir mas tarde las puertas del Empíreo. No temas, hallarás mientras vivas consuelo en el Señor; y cuando mueras encontrarás á la cabecera de tu lecho nuestras almas. En brazos de nuestras almas volarás al firmamento, y allí, padre, no hay verdugos que puedan separarnos. Aliento, padres mios, aliento, que no vea el tirano vuestras lágrimas; que no pueda gozarse en vuestros

dolores. Ocúpeos mas el recuerdo de Dios que el de vuestros hijos, padres mios.

La mas tierna despedida sucedió luego á esta dolorosa escena. Besos ardientes enrojecieron las pálidas megillas de todos, y durante algunos momentos, solo entrecortados suspiros turbaron el silencio de aquella lúgubre morada... Solos ya los hermanos siguieron aun por mucho tiempo mudos: lloraban en la oscuridad y devoraba cada uno en secreto sus lágrimas de fuego.

Mas permanecieron siempre resueltos á morir, y no tardó Daciano en levantar para ellos el patíbulo, regado ya con la sangre de otros mártires. La vista del cadalso no hizo mas que acelerar sus pasos; bendijeron en él al Señor, besaron la cuchilla que debia sacrificarles, y murieron pronunciando súplicas fervorosas que espiraron en sus labios junto con sus vidas.

¡Pobres mártires! el tirano no quiso siquiera consentir en que sepultaran sus cadáveres; pero los sepultaron al pié del alcázar sus mismos soldados movidos por los rayos de luz que vieron brotar de noche de aquellos cuerpos desangrados: cuerpos que permanecieron ocultos durante siglos, pero que al fin fueron manifestados por Dios en el siglo XVII á los fieles Arjoneses, y estan guardados hoy dentro de ricas urnas en el santuario consagrado á la memoria de los dos hermanos (1).

Con tan terribles suplicios no disminuyó, antes aumentó en Arjona el número de los discípulos de Cristo. El humo que exhalaba la sangre de los mártires parecia enardecer mas y mas el corazon de los justos; tenian lugar todos los dias nuevas conversiones, y hacia el cristianismo progresos que no podia ya detener la espada de los irritados imperiales. Aumentaba así la persecucion; mas apenas cesó esta al

(1) Hemos seguido para esta leyenda la tradicion y las actas de los mismos santos, en las que leemos:... «Dacianus dixit: Quandoquidem constat quod vos semel Militiam professi estis, necessum est ut in eadem persistatis et Arcem istam cum reliquis militibus incolatis et defendatis. Bonosus et Maximianus responderunt: Nos quidem milites jam sumus sed Christi. Dacianus dixit: ¿Vultis ne magis huius hominis milites esse quam imperatorum? Sancti Martyres responderunt: Etiam, multoque nobis hoc est jucundius. Præfectus dixit: Ego igitur vobis atrocem mortem inferam, et tunc videbimus quid vobis prodesse poterit Christus quem adoratis. Sancti Martyres dixerunt: Tunc ò Daciane feliciores erimus et veriores nulites Dei et Domini nostri Jesuchristi quem cum Patre et Spiritu Sancto Unum Deum in Trinitate veneramur.»—Y en otro lugar de las mismas: «Tunc Dacianus dixit: videtis malo vestro quam fortes sint Imperatores nostri, à quorum manibus Deus vester non potest vos eripere. ¿Vultis ne jam milites illorum fieri? Sancti Martyres responderunt: Immo vero experti sumus debilem illo-

triunfar la palabra del Salvador sobre el cetro de los emperadores, Arjona, templo levantado sobre inocentes víctimas dadas inocentemente en holocausto, floreció tanto en el seno de la religion y de la paz, que pudo atravesar sin sucumbir el borrascoso período en que se hundió Roma entre las lanzas de los bárbaros; y llegó á las manos de los árabes llena todavía de animacion y vida.

Bajo la dominacion de estos infieles fué algo comprimido el espíritu cristiano; mas creció aun la villa en poblacion y en importancia. Terció en casi todas las guerras que precedieron y siguieron á la ruina del Califato y á la caida de almoravides y almohades; y cuando estaba ya abocado á un abismo sin fondo el islamismo, fué la cuna de un reino poderoso que pudo resistir aun por tres siglos á las armas de Castilla. Recibió en ella el esclarecido El Ahmar de mano de su tio Yahya-ben-el-Nasr el mando de una hueste brillante y numerosa con que tomó á Jaen por asalto, y de mano del pueblo una corona á cuyo favor conquistó mas tarde Guadix, Baeza, Almería, y al fin todo el reino de Granada, que fundó y consolidó con la prudencia y el acero. Al dejarla El Ahmar no tardó en verse cercada por los ejércitos de S. Fernando; mas no pudo ser combatida ni ganada sino muchos años despues en que viéndola aislada este rey, destacó contra ella á Nuño Gonzalez, hijo del conde de Lara, y asistiendo personalmente al sitio, la tomó por capitulacion consintiendo en que pudieran permanecer en la villa todos los moros menos dos de los caudillos.

Fué esta capitulacion ventajosísima para los moros en aquellos tiempos, pero S. Fernando, príncipe tan esforzado como prudente, prefirió otorgarla á ver derramada con abundancia la sangre de sus soldados. Situada como está Arjona, no se prestaba ni se presta aun

rum fortitudinem et infinitam Christi potentiam, qui nos ne deficeremus animabat. Præses jussit eos per octo dies in arcta custodia arcis detineri et ibi continua siti æstate media et aliis tormentis cruciari.» Las palabras puestas por nosotros en boca de Daciano y de los dos hermanos se observará que estan traducidas casi al pié de la letra de las que constan en estas actas: nos ha parecido muy difícil encontrar un lenguaje mas sencillo ni mas propio. La súplica hecha por los padres es toda nuestra; pero no porque hayamos querido satisfacer un pueril sentimiento de vanidad, sino porque no encontramos en las actas mas que consignado el hecho. «Venerunt quoque parentes eorum pietate moti ad Judicem rogantes ut juventutis illorum misereretur. Quibus ipse facultatem dedit eos si possent verbis lachrymisque à proposito removendi. Sed sancti Dei talibus sunt verbis usi ad suos, ut parentes visa constantia filiorum et ardenti desiderio martyrii eos potius ad coronam animarent.» Véase á Jimena, Anal. Ecles. de Jaen, pág. 555.

á muchos hechos de armas. Tiene por asiento un cerro de mucha elevacion y de rápida pendiente; baja al norte desde la cumbre al valle, y aun en este está defendida por muchos barrancos profundos que son verdaderos precipicios. Puesta entonces á la sombra de un castillo del que apenas quedan ruinas, bien poblada, mejor guarnecida y sostenida sobre todo por la desesperacion del que ve en un vencimiento la esclavitud ó la muerte, hubiera sucumbido al fin á los ataques del ejército, pero vendiendo cara su libertad, vendiendo cara su vida y la vida de sus hijos.

Ya de Castilla Arjona, no pudo pensar en hacer ondear otra vez sobre sus muros los estandartes del Profeta; mas no pasó cincuenta años sin ver aventurada la suerte de las armas cristianas en el éxito de una batalla cuyo recuerdo es el que hace recorrer con mas interes al viajero sus alrededores pintorescos. En guerra Granada y Castilla durante la regencia de D.ª María de Molina, cruzáronse junto á esta villa los ejércitos de entrambos reinos. Pelearon de un lado Mohamed, del otro el infante D. Enrique y el héroe de Tarifa; y fué reñida y sangrienta la refriega. Forzó ya al primer ímpetu la caballería sarracena la vanguardia cristiana, la rompió, la dispersó, y abriéndose paso á lanzadas, se internó en el campo enemigo hasta lograr desarzonar y derribar del caballo á D. Enrique. No alcanzó la muerte del Infante porque Guzman al verle en tan gran peligro arremetió contra ella á la cabeza de un solo escuadron, y envolviéndole entre los suyos, le salvó á punta de espada; pero habia ya tomado la delantera, y si no pudo ejercer su saña en D. Enrique, logró ausiliado por la infantería, ejercerla en el resto del ejército, del cual unos murieron alanceados y otros fueron á gemir en duro cautiverio en las mazmorras de Granada.

Triste, muy triste fué para los Cristianos el éxito de este combate: manchó la afrenta su rostro, su sangre el suelo, y quedaron envueltas en el polvo del campo sus banderas. Perdieron á Pedro Pascual, obispo de Jaen, que murió despues mártir de su celo religioso. Volvieron á ver á poco en inminente riesgo á D. Enrique, á quien solo pudo salvar por segunda vez el heroismo de Guzman el Bueno, que peleó hasta que consideró á salvo en Arjona á tan desdichado Infante.

A Arjona, empero, no pudo alcanzarla ya ninguna de las consecuen-

cias de esta derrota. Continuó en una paz profunda que no turbaron en adelante sino las calamidades que afligieron á todo el Reino. Enagenada en el siglo XV por la corona, pasó en un corto número de años de las manos de D. Juan II á las de D. Fadrique de Castro, que la obtuvo por merced con título de Ducado, de las de Castro á las del conde de Luna, de las de Luna á las de D. Alvaro, el tan famoso como desgraciado condestable de Castilla; mas ni aun de estas mudanzas, orígen muchas veces de trastornos, tomó ocasion para suscitar discordias ni peleas. Gozó de la misma paz bajo sus señores que sus monarcas.

Arjona, sin embargo, ha perdido mucho de su importancia: es villa escasa de poblacion, y apenas cuenta hoy un monumento en que esten vinculados sus recuerdos. Flotan estos en torno suyo sin que siquiera los labios de la tradicion los haya recogido; y el viajero que no ha leido la historia, pasa casi indiferentemente al pié del cerro, cuyas vertientes cubre, sin detenerse mas que para admirar la situacion pintoresca de sus casas, esparcidas bellamente desde la cumbre al llano.

Martos, sita al mediodia de Arjona, carece tambien de monumentos; pero tiene en cambio recuerdos mas tradicionales, historias populares que refiere con candorosa sencillez hasta el mas humilde campesino, hasta el tierno niño apenas acaba de saltar del regazo de su madre. En la cima de su famosa peña, por cuya base se estiende en forma de anfiteatro, estan escritas leyendas y hechos de armas que encienden el fuego de la mas yerta fantasía, y aun en el fondo de la poblacion se conservan tan vivos los sucesos de otras edades, que uno cree respirar antigüedad hasta en las calles que no reflejan mas colores que los de este siglo. Alzanse allí á nuestros ojos no solo la sombra de la edad media, sino tambien la de las edades mas remotas: la que no evocan las tradiciones, evocan documentos escritos en páginas de piedra.

En Martos, entre los sillares de los edificios, al través de la cal que cubre los paredones de sus casas, bajo las plantas mismas del viajero, aparecen á cada paso inscripciones que hablan de una ciudad turdetana, llamada Tucci, consagrada especialmente al culto de Hércules y Marte, declarada colonia por Augusto, y tan mentada en Roma por sus recuerdos sagrados, que el emperador Tiberio hizo

dedicar en ella una memoria á aquel antiguo semi-dios, al héroe de la Libia. Esas piedras medio desgastadas revelan aun el nombre de los romanos que la poblaron, el de la tribu á que pertenecian las familias que la ennoblecieron, el de los césares que merecieron mas el amor de los tuccitanos; hacen especial mencion de los soldados de la legion décima, de las familias de la tribu Sergia, de Octaviano, de Aurelio, del español Adriano; manifiestan que Tucci fué tambien llamada Augusta Gemella y ciudad de Marte, que la peña llevó antiguamente el nombre de Columna de Hércules (1).

Mas no hablan esas piedras del destino de esta ciudad, y la historia está desgraciadamente tan muda sobre su orígen, como sobre las revoluciones que pudieron producir su ruina. Tucci es, como otras tantas ciudades, un enigma; la cubren aun las nieblas impenetrables de los siglos. Han arrojado luz sobre estas los anales eclesiásticos; pero no han bastado para vencerlas. Consta que á fines del siglo III hubo en esta ciudad un obispo, llamado Camerino, que firmó las ac-

(1) Hé aquí las principales lápidas á que hace referencia el texto:

1.ª
IMP. CAES
M. AURELIO. PROBO
PIO. FEL. INVICTO AUG. P. M.
TRIB. POTESTATIS. VI. COS. IV.
RESPUBLICA. TUCITANORUM
DEVOTA NUMINI
MAJESTATIQUE. EJUS
D. D.
CURATORE. TIRIO. CLAUDIO
SUB COLOSO.

2.ª
ANICIÆ. SEX. F.
POSTUMÆ.
ETRIL. AFRI.
COL. AUG. GEM.
D. D.

3.ª
LIBICO. HERCULI
DEO. INVIC.
STATUAM. ARG. C. L. P.
CIVITAS MARTIS
D. S. P. P. P.

4.ª
HERCULI. INVICTO.
TI. JULIUS. AUGUSTI. F.
DIVI. NEPOS
CÆSAR. AUG. IMP.
PONTIFEX. MAXIMUS
DED.

5.ª
HERCULIS. ANTICUA. CLARISSIMA. RUPE. COLUMNA
DICERIS. A. CLARO. STEMMATE. NOMEN. HABENS.

Q. JULIUS
Q. F. T. N.
SERG. CELIUS
AED. II. VIR. BIS
DE. SUO. DEDIT.

6.ª
G. URBANIC.
FIRMINO
MIL. LEG. X
TULINGL.

tas del concilio nacional de Elvira; consta que los hubo sin interrupcion desde antes del año de 588 hasta despues del 653 ya por algunos decretos de los reyes, ya por las actas de los concilios nacionales de Toledo y las de los provinciales de Sevilla; consta por los últimos concilios toledanos que los hubo desde el 677 hasta la invasion de los árabes; consta que los hubo hasta bajo la misma dominacion sarracena por una inscripcion que se encontró en la base de la torre de S. Francisco. Se sabe que todos estos prelados firmaron siempre llamándose obispos tuccitanos; y es segun esto indudable que debió existir hasta ese tiempo la ciudad de Tucci (1).

Mas ¿cuándo pudo entonces desaparecer? ¿cuándo tuvo lugar la transformacion de ciudad en villa, y del nombre de Tucci en Martos? ¿Resistió tal vez á los árabes y fué destruida? ¿La desgarraron las guerras civiles de los mahometanos? La historia sigue siempre muda sobre esta ciudad hasta poco antes de su entrega á los reyes de Castilla. Refiere que Mohamet, saheb de Baeza, la unió á su reino y la cedió despues al Rey Santo como en pago de su alianza; mas no indica que hubiese sido tomada á fuerza de armas. Ensangrentáronla sí las armas en terribles asaltos: mas fué despues de haber pasado al poder de S. Fernando, cuando no existia ya la ciudad de Tucci, sino la villa de Martos.

Entonces y solo entonces es cuando llega á figurar Martos en las crónicas y las leyendas; solo entonces es cuando se abre la serie de sucesos caballerescos que la llenaron de gloria y de poesía. Encargó-

(1) Hé aquí el catálogo de los obispos de esta ciudad segun el P. Florez:—Camerino, consagrado cerca del año 296: firmó el concilio Iliberitano.—(No se encuentra luego noticia de otro obispo hasta fines del siglo VI en que aparece firmado el concilio III de Toledo por)—Velato, obispo tuccitano, que lo fué desde poco antes del 588 hasta principios del siglo VII. Suscribió el concilio de Sevilla, presidido por el arzobispo Leandro.—Agapio, desde antes del 610 hasta cerca del 616: firmó un decreto del rey Gundemaro dado en aquel año á favor de la silla metropolitana de Toledo.—Fidencio, desde cerca del 616 hasta poco despues del 633: suscribió el concilio II de Sevilla, y firmó por él en el IV de Toledo un presbítero llamado Centauro.—Guda, desde cerca del 634 hasta el de 646: firmó el concilio VI de Toledo.—Vicente, desde cerca del 646 hasta despues del 653: suscribió el concilio VIII de Toledo.—(Desde el 653 hasta el 677 se ignora quién ó quiénes lo hayan sido.)—Sisebado, desde cerca del 677 hasta despues del 693: firmó los concilios XII, XIII, XIV, XV y XVI de Toledo.—(Del tiempo de los Arabes no se conserva el nombre de ningun otro obispo que el de Ciprian. En una inscripcion que fué hallada en la base de la torre de S. Francisco, convento de la misma villa de Martos, se lee: Cepriano, Episcupo ordinante edificavi.) Desde que fué reconquistada Martos por S. Fernando, dejó de ser silla episcopal: pertenece desde entonces á la diócesis de Jaen.

la S. Fernando apenas tomada á un D. Gonzalo Yañez de Navoa, maestre de Calatrava, á un D. Alvar Perez de Castro, señor de Paredes, á un D. Tello Alonso, hijo del Señor de Meneses, á caballeros ya célebres por sus hazañas y su aventurado arrojo; y la ilustraron estos no solo con sus repentinas invasiones en pais enemigo, sino con la defensa que hicieron de ella acometidos sin cesar por los reyes de Granada. Hasta las damas de estos guerreros supieron sostenerla con gloria contra los ejércitos infieles. En 1238 presentóse El Ahmar ante sus muros cuando no habia quien la defendiese, cuando estaba Perez en Castilla, Yañez en Baeza y Tello Alfonso en algarada, y no pudo sin embargo estender sobre ella sus armas vencedoras. D.ª Irene, esposa del de Castro, escribió resueltamente á Tello que se dejase caer cuanto antes sobre la villa, y en tanto mandó ocupar los adarves por sus dueñas y doncellas. Hizo trocar á todas la toca por el almete y la aguja por la espada, y ella la primera presentó entre las almenas el pecho al enemigo. Aprendamos á ser dignas de nosotras y de nuestros dueños, antes muertas que cautivas, esclamó, y se preparó con brio para la defensa.

Afortunadamente El Ahmar, que vió por momentos brillar en los muros mayor número de celadas, receló, desconfió, y no se atrevió á dar el asalto. Llegó entre tanto Tello, seguido de Vargas y un reducido séquito de hidalgos, buscó por donde romper el cerco, se abrió osadamente paso con su lanza y alcanzó al fin las puertas de la villa, aunque dejando regado el camino con la sangre de Padilla y otros soldados. Vacilaba por de pronto Tello en atacar el campamento de los infieles, mas le decidieron á poco las palabras enérgicas de Vargas, que achacando á mengua indigna de hidalgos el temor de perder sus vidas, se mostró resuelto á morir como caballero antes que, dejando en peligro á Martos y á la Condesa, presentarse sin honra ante Alvar Perez y ante S. Fernando (1).

Ese arrojo de Vargas y de Tello fué decisivo. Retiróse la Condesa al verlos creyéndose ya salvada, cobraron muchos brios las tropas que defendian la Peña y amenazaron el campo moro; y El Ahmar se vió en breve obligado á levantar el cerco abandonando del todo una empresa de cuyo buen éxito dependia la paz y la seguridad de las

(1) Seguimos en la relacion de este hecho la Historia General.

fronteras de su reino. Fué todo luego regocijo y animacion en Martos; pero no tardó en venir de nuevo á cubrirla de luto la muerte de Alvar Perez, tras la cual fué dada á la Orden de Calatrava, con todos los pueblos de su Arciprestazgo, para que sus freires la defendiesen sin cesar contra los moros. Tenian los reyes granadinos fija siempre la vista en esa peña escarpada que era para ellos el mayor escollo; y se temia con razon que habia de salir del poder de los cristianos á no estar sujeta á la mejor espada (1).

Confirmó á poco el tiempo la justicia de estos recelos. Cercaron de nuevo á Martos los moros gazules en 1244, mientras estaba S. Fernando en Córdoba y el príncipe D. Alonso en la vega de Granada, y la hubieran probablemente vencido, á no ser el arrojo de Juan Perez, comendador de Calatrava, que, cuando apenas se hallaba con fuerzas para defender el castillo, se armó de todas armas, montó en su caballo de guerra, se puso á la cabeza de algunos freires, y cayó tan precipitadamente y con tanto ímpetu sobre los sitiadores, que los acuchilló, derrotó é hizo levantar el cerco, obligándoles á dejar el campo cubierto de vituallas, armas y cadáveres. Eran los gazules bravos y en gran número, y hubiera sido difícil arrojarlos de las murallas de la villa sin uno de esos hechos heróicos de que tan á menudo solian dar ejemplo caballeros que habian consagrado su vida ante los altares de Dios en defensa de su religion y de su patria.

Mas no escarmentaron aun los moros. Ayudados por los Beni-Merines de África, llegaron en 1275 al pié del mismo Martos, y dieron en los alrededores un dia de luto al ejército cristiano. Sancho, arzobispo de Toledo é hijo del rey D. Jaime de Aragon, se arrojó imprudentemente contra ellos llevado de su celo religioso, y perdió allí la vida y la batalla. Cayó solo cautivo; pero disputándose luego africanos y granadinos á qué rey debia ser entregado, fué muerto por el arraez Aben-Nazar, que adelantándose entre los caballeros de uno y otro bando, ya dispuestos á venir á las manos, «no quiera Dios, dijo, que por un perro cristiano se derrame la sangre de tantos buenos musulmanes,» y le pasó de una lanzada. ¡Muerte fatal que llenó de consternacion las armas castellanas y fué á herir en lo mas vivo el corazon de un padre ya próximo al sepulcro! Lloráronle á Sancho cuan-

(1) De la carta de donacion en que cedió S. Fernando la villa de Martos á la orden de Calatrava hemos copiado lo mas importante en el capítulo anterior (V.).

tos conocieron sus virtudes; lloráronle á pesar de haber arrastrado en su caida á caballeros como Juan Fernandez Beleño, Lorenzo Venegas y Rui Lopez de Haro.

Mas desgraciada fué aun la muerte que segun muchos historiadores sufrieron cuarenta años despues en la misma villa de Martos otros dos ilustres caballeros. No fueron sacrificados á manos de enemigos, sino á manos del verdugo; y siendo inocentes, pagaron con su sangre el crímen que otros cometieron. La infamia selló su frente pura como la de los ángeles del cielo; y ellos, tan nobles de corazon como de orígen, fueron despeñados como viles, asesinados como esclavos.

Es una historia terrible la de estos hombres. Eran dos hermanos, y animados de las mismas ideas y de los mismos sentimientos, vivian bajo un mismo techo, corrian los mismos peligros, vestian sobre sus armas el mismo manto y cruz de Calatrava. Jóvenes de corazon ardiente, eran sobre todo celosos de su honor, peleaban los primeros en las batallas y no podian acabar de oir una palabra injuriosa sin desnudar la espada. Habrian combatido por su honor contra el mismo rey, y un dia que se creyeron afrentados por uno de los hombres mas poderosos de la monarquía, no dudaron en retarle y se batieron como buenos en el campo.

Él era Benavides, ellos Carvajales, familias que separaba durante siglos una rivalidad funesta. Larga y recia fué la lucha, pero salieron al fin vencidos. Llenos de tristeza y de despecho, se maldijeron á sí mismos, y llegaron á regar con lágrimas aquel lugar testigo de su vencimiento; mas no pudieron concebir siquiera el menor proyecto de venganza. Su frente rechazaba todo pensamiento innoble como su corazon todo bastardo sentimiento, y devoraron en secreto sus pesares esperando ver abierta de nuevo la guerra contra los moros de Granada, para ir á restaurar á la sombra de las banderas reales el brillo de su escudo. Comendadores ambos de su orden, creían oir la voz de Dios en los trémulos sonidos de la corneta que los llamaba contra los infieles; y hubieran tenido á mengua no pelear por la defensa de su patria.

No les cupo ya, sin embargo, la suerte de volver á blandir su espada; el destino los habia señalado por sus víctimas y les estaba preparando la copa doblemente amarga de la afrenta y de la muerte. Benavides, su rival, privaba con los reyes; y una noche al dejarlos, fué

acometido en la oscuridad por hombres armados de puñales que le derribaron en silencio sobre los mismos umbrales de palacio. Sabedor de la noticia el Rey, se conmovió, se enfureció é hizo resonar pronto las bóvedas de sus salones con gritos de venganza. Han muerto á mi mejor amigo, decia: han muerto al mejor defensor de mi trono; decidme dónde estan sus asesinos. Id y seguid todos sus huellas: no perdoneis sacrificio alguno para traerlos entre hierros: gota á gota he de derramar su sangre y la sangre de sus hijos. Han muerto al héroe de mi reino, y hasta en la cabeza de sus nietos he de vengar el crímen.—Mas todos seguís contemplando mudos mis tormentos, prosiguió á poco el Rey: ¿ni uno solo ha de haber entre vosotros que se atreva á señalar con el dedo al asesino?

Reinó por momentos un silencio profundo; pero á poco se alzó una voz que se aventuró á recordar el desafío de los Carvajales. ¡Recuerdo fatal! Ellos, ellos son los traidores, esclamó al punto el monarca; aborrecian de muerte á Benavides y le han entregado al puñal de los bandidos. La gloria y el esplendor de este hombre les atormentaba y le han hecho morir, le han hecho morir en medio de la oscuridad, en los sombríos umbrales de mi mismo alcázar. Corred y arrancad de sus hombros el manto de Calatrava; he de tomar de ellos una venganza que haga estremecer á los nacidos. Han manchado de sangre mi palacio, han muerto al mejor de los hombres, han arrebatado de mis brazos al súbdito que tenia mas cerca de mi trono; ¿qué castigo podrá haber en la tierra que pueda igualar su crímen? Yo os pido consejo á todos los que honrais mi corte y lamentais mi desventura, ¿á qué muerte no se han hecho acreedores los infames? ¿qué hariais de esos bastardos Carvajales?

Todos oyeron con atencion al Rey; pero pálidos y desconcertados permanecieron como las estátuas de un sepulcro. No se atrevieron á proferir ni una palabra, y llegaron á turbar con su silencio al mismo monarca, que estuvo algunos instantes con los ojos fijos en el suelo y la cabeza doblada sobre el pecho. Pero el Rey estaba exasperado por el dolor, y no podia apartar ya de su frente la sospecha. ¿Amais aun á los Carvajales? dijo; traidores como ellos son indignos del amor de un caballero. Deshonraron la nobleza, y hasta la tierra que huellan los rechaza. Han abierto su tumba con sus propias manos; pero no merecen que los sepulten en ella sino las manos del verdugo. Han de

morir, han de morir, esclamó, y en un cadalso he de vengar á Benavides.

Preocupado desgraciadamente el Rey por esta idea, no vió luego llegada la hora de su venganza. Partió con su ejército para Jaen, cayó como el rayo sobre Martos, mandó prender á los dos hermanos y los condenó sin oirlos á ser precipitados desde lo alto de la Peña. En vano protestaron contra tanta iniquidad los sentimientos de todo un pueblo, los suspiros y maldiciones de toda una familia, las sentidas quejas de los comendadores, que sin cesar alzaban la voz al cielo invocándolo por testigo de su inocencia; cerró á todo sus oidos y no escuchó ni recibió hasta ver ya llevada á cabo su voluntad y dejar aplacada como él creía la sombra del desgraciado Benavides.

Tuvo lugar la ejecucion al nacer el dia. ¡Ay! el mismo cielo pareció tomar parte en el duelo que reinaba en Martos. Nubes negras como la noche cerraban el paso en oriente á los rayos del sol; nieblas agitadas ligeramente por las auras iban cubriendo las verdes faldas de los cerros del contorno. La naturaleza misma estaba sumergida en el silencio: no se oía una sola voz, y ni los hombres se atrevian á desplegar los labios. Salieron á poco los dos hermanos y fueron conducidos entre lanzas á uno de los ángulos de la Peña; mas el pueblo, que los vió desde la llanura, lloró, no profirió ni una palabra. Solo las mismas víctimas pudieron ya interrumpir ese silencio tan solemne. Puestas al borde del abismo, protestaron aun acerca de su inocencia; y al verlo todo mudo en torno suyo, firme la voz y sereno el semblante, «injusto Rey, esclamó uno de ellos, el crímen aun no ha podido manchar la frente de los Carvajales á quienes condenas á muerte; con la espada del valiente y no con el puñal del bandido han derramado siempre la sangre de sus enemigos. Benavides les habia ofendido, mas fué víctima de la venganza de hombres inicuos, no de los Carvajales, que han conservado siempre el honor de caballero. Nos has condenado á muerte y no la tememos, pero has mancillado tambien nuestro honor, y ¡tiembla, ó Rey, si nos han sacrificado tus pasiones! porque para ante la justicia eterna apelamos de tu fallo, y para ante el trono de Dios te emplazamos dentro de treinta dias. Nos juzgará á todos el Señor, y si eres tú el criminal, ¡despeñado seas de los piés de su solio con la espada de fuego de los ángeles, como vamos á serlo nosotros en este monte por las manos de tus verdugos!»

Doblada luego la rodilla levantaron al cielo ojos y manos los dos comendadores, y oraron fervorosamente. Levantáronse murmurando aun palabras santas, entraron en una caja de hierro que cerró el verdugo, y dada á poco la señal, rodaron monte abajo, con el estrépito del trueno que oimos retumbar sobre lejanas cumbres. Saltó al principio la caja de roca en roca lenta y pausadamente; mas aumentando á cada instante en velocidad y en fuerza, amenazó arrastrar tras sí cuanto encontraba al paso. No se detuvo ni en la raiz del monte; rodó aun largo trecho en la llanura.

El pueblo acudió á poco en tropel á rodear aquel fatal instrumento de muerte; mas al ver magullados y cubiertos de sangre los cadáveres, no pudo menos de exhalar de su pecho un grito de indignacion que fué acompañado de sollozos y abundantes lágrimas. Hombres, mugeres, niños, todos lloraron amargamente sobre los dos hermanos; habian visto brillar siempre en sus dulces y serenas facciones la nobleza de corazon y la paz del alma, y presentian que eran inocentes, que eran víctimas de la cólera del Rey y de las leyes de un bárbaro destino. Manifestaron por ellos los allí presentes tanto interes, que apenas sabia nadie separarse de aquel recinto, solo abandonado cuando la religion recogió aquellos cuerpos desfigurados y los guardó bajo la losa del sepulcro.

El Rey sin embargo permaneció aun impasible. Se le repitieron las palabras pronunciadas por los comendadores al pié del abismo; pero las oyó con sangre fria, y salió tranquilo al rayar la nueva aurora para ir á cercar con sus propias armas Alcaudete. ¿Podia, empero, dejar de recordar interiormente tan terrible aplazamiento? No logró llegar á Alcaudete, enfermó en el camino y tuvo que retirarse á la ciudad de Jaen, donde á los treinta dias amaneció muerto (1).

(1) Casi todos los historiadores estan acordes sobre este hecho; pero ninguno cita un solo documento en que directa ni indirectamente conste tan terrible violacion de las mas santas leyes. Deseosos de aclarar la verdad, pasamos desde Jaen á Martos, lugar donde se da por acaecida la catástrofe; mas desgraciadamente nada pudimos adelantar á pesar de haber examinado con detencion todos los archivos de esta villa, faltos generalmente de toda clase de datos históricos. El archivo municipal no contiene absolutamente nada: el parroquial no tiene tampoco escritura alguna en que se vea siquiera consagrado un recuerdo religioso á la muerte de los infortunados Carvajales. Creimos que tal vez en el de la Encomienda de Calatrava podriamos suplir este vacio; pero disipó tambien nuestras esperanzas su archivero D. Isidoro de Luque, que nos aseguró no haber encontrado relativo al suceso sino el deseo manifestado muchas veces del siglo XVI acá por los visitadores de la Orden de erigir un sepulcro para los

Dib.^{do} del nat.^l y lit.^o por F. J. Parcerisa.

Lit. de J. Donon.

LA PEÑA DE MARTOS.

(desde la cruz del lloro.)

Así brilló en la tierra la inocencia de los dos comendadores, de cuyos recuerdos está lleno aun todo el pais de Martos. Manifiestan en él hasta los niños el lugar donde fueron despeñados, el sitio donde cayeron y lloró el pueblo, el balcon desde el cual contempló Fernando IV tan sangrienta escena, el templo donde estan guardadas las cenizas de esos dos hermanos. Sobre el lugar donde cayeron hay una cruz de piedra, que en memoria de las lágrimas derramadas por el pueblo, se llama aun hoy la Cruz del lloro: la peña, alta y escarpada, conserva todavía en la cumbre restos de muros y torreones que va abriendo la yerba y desmoronando el hálito de los siglos, y hasta en esas ruinas llega uno á creer que ve impresas las huellas de ese acontecimiento. Solitario y desierto todo en torno del viajero, cuando muge con furia el viento se cree aun oir la caida de la caja entre las rocas. El castillo, todo el castillo está lleno de la sombra de los comendadores.

Murieron los Carvajales en 1310, y diez años despues Martos era ya testigo y víctima de otra desventura. Cayó entonces esclava de Ismail la que una débil muger habia podido defender años antes contra las armas de El Ahmar, el primero y el mas poderoso de los reyes de Granada. Ismail, viendo en ella el azote de sus fronteras, habia jurado sepultarla entre ruinas; y al pasar á cercarla, no cesó de combatirla hasta ver allanadas las murallas y las torres, y muertos entre los escombros los mejores caballeros que la defendian. Se arrojó con ímpetu á las brechas, la invadió lleno de cólera, y pasó hasta mugeres y niños por el filo de la espada. Todo lo mató, todo lo

dos comendadores. En la iglesia de Sta. Marta hay una inscripcion que habla del hecho; pero está escrita en el siglo XVI como se ve por su mismo contexto: «Año de 1310 por mandado de el rey D. Fernando IV de Castilla, el Emplazado, fueron despeñados de esta peña Pedro y Juan Alonso de Carvajal, hermanos comendadores de Calatrava, y los sepultaron en este entierro.—D. Luis de Godoy y el licenciado Quintanilla, caballeros del Hábito, visitadores generales de este partido, mandaron renovarles esta memoria año de 1595 años.» Esta carencia absoluta de documentos ¿no puede cuando menos inducir á duda? El hecho es raro, estraordinario; y merece mas corroboracion que otros para que se le pueda dar entero crédito. Hay mas: todos los autores dan por simplemente precipitados de la Peña de Martos á los Carvajales; y ninguno de ellos se ha hecho cargo de que esta peña no es por ningun punto tan escarpada que pueda por la sola rapidez de su pendiente producir la rotacion y muerte de ningun cuerpo humano. Estamos lejos de negar este suceso apoyado por el testimonio de muchos escritores de criterio, aunque no por el de ningun autor contemporáneo de Fernando IV; pero hemos de confesar que no nos merece entera fé. Lo consignamos en el texto; pero como una tradicion que está aun viva en el pais, como una leyenda poética, no como un hecho rigurosamente histórico.

destruyó, todo lo cubrió de humo y sangre. Si algo quiso perdonar, no quisieron perdonarlo sus soldados. Entró en lo mas sagrado del hogar doméstico, y sacrificó á sus hijos en el regazo de sus madres, á los padres entre los brazos de sus hijos. Nadie, casi nadie escapó de su furor, sino los que pudieron guarecerse en el castillo.

Mohamed ben Ismail, de mejor corazon, se esforzó en detener tanta matanza, pero casi siempre en vano, mientras no tiró del alfange contra los mismos moros. Tuvo que pelear á brazo partido, tuvo que arriesgar su vida si quiso arrebatar de las manos de la muerte á los que vió con horror amenazados con la espada. Mas logró al fin salvar á muchos inocentes, logró salvar á caballeros esforzados que acababan de medir con él sus armas, logró salvar á una jóven infeliz que constituyó de pronto su ventura y fué mas tarde su tormento.

Estaba dotada la cautiva de la mas rara hermosura; y enamorado ciegamente Mohamed, no solo quiso llevarla consigo, sino que la ofreció su mano, su corazon y las ciudades y villas de su padre. Le pintó con vivos colores un porvenir lleno de gloria y de poesía, le abrió su pecho que sentia palpitar por ella, y le reveló fuerzas hasta para conquistarle una corona. Fué correspondido, y no hallaba luego palabras con que encarecer su suerte. Las huríes del Profeta, decia, no son tan bellas como mi cautiva, ni los jardines que les prestan sus sombras mas hermosos que los valles de mi patria. ¡Bendito sea Alá que me permite así gozar en vida del cielo que prometió solo á los muertos! ¡Feliz, feliz la hora en que te vi, cautiva mia! Viviremos juntos bajo techos de oro, y todo estará á mi alrededor perfumado por el aliento de tu boca. Tus manos templarán el ardor de mi frente al volver de las batallas; tus dulces palabras adormecerán mis pasiones exaltadas. Respiraremos solo amor y latirá acorde el corazon de entrambos. Un mismo sueño nos cerrará los ojos, y un mismo cuidado los abrirá á la luz de la mañana. Cautiva, cautiva mia, como yo te libré de la muerte, me librarás tú del tedio y la amargura.

Todo lo miraba ya risueño y encantador Mohamed; mas ¡ay! no eran sino sueños lo que veía. Ismail, su rey, que oyó celebrar la hermosura de la cautiva, la destinó para su serrallo; y fueron vanas las quejas de Mohamed, vanas sus súplicas, vanas tambien sus amenazas. Abandona si te place mi corte, le dijo al fin Ismail, vé y

ofrece tu espada á los rebeldes. Tu furor se estrellará al pié de mis armas, como el de cuantos resistan á mis leyes. Vé, jóven imprudente, no temo tus amenazas impías. Arma tus deudos, arma todos los pueblos de tu padre, llama en tu ausilio á los infieles; el ruido de tus lanzas no llegará al Alhambra ni logrará turbar mi sueño.

Estremecióse de cólera Mohamed, mas debió humillarse por de pronto al rigor de su destino. Ya de noche, montó triste y silencioso en su caballo, abandonó Martos, á la que apenas podia no volver los ojos, y solo y sin mas compañero que su dolor, tomó el camino de Granada agitado su corazon por los mas contrarios sentimientos, y turbada su cabeza por los mas sombríos proyectos de venganza. No podré arrebatarle mi adorada, iba diciendo para sí, pero le arrancaré el alma con mis manos. Tinieblas que me rodeais, vosotras que meceis y arrullais en vuestro seno los mas negros crímenes, ¿por qué no habeis de inspirarme á mí el mas espantoso, el mas sangriento? Ismail ha desgarrado mis mas dulces esperanzas, ha hollado sin piedad mi corazon; ¿por qué no me llevais en los pliegues invisibles de vuestro manto, y no me deslizais junto á su lecho con el alma de un bandido? La sangre de un traidor no debe manchar mi espada; solo el puñal puede herir sin desdorarse el pecho de un infame.

Llegó á Granada al rayar el dia; mas ¿qué podia hacer ya en Granada el herido Mohamed sino languidecer mas y mas de amor y sentirse morir de celos y melancolía? No hallaba palabras sino para referir su desventura; y solo dispertaba de su triste ensueño si alguno de sus deudos se ofrecia á favorecer sus proyectos espantosos. Pensaba dia y noche en Ismail; y cuando le vió entrar en la ciudad aclamado con entusiasmo por la muchedumbre, pensó morir de cólera y despecho. Vé, tirano, esclamaba, vé, y goza de tu tesoro en las mansiones de la Alhambra; enséñale tus fuentes, tus jardines, tus salones de oro y de colores, tus techumbres brillantes como bóvedas del cielo. Sobre los pavimentos de tu mismo alcázar he de derramar tu sangre. Aguzad, aguzad las dagas, amigos todos que aborreceis el crímen, cubrid el pecho con jacerinas, y ocultad en lo mas profundo de vuestras almas vuestro pensamiento de muerte. Va á sonar la hora de Ismail, y ha de pagar con la vida su infame alevosia.

Ciego ya de venganza Mohamed, subió por fin á la Alhambra seguido de un corto número de amigos. Nada pudo detenerle, abrióse paso hasta la Alberca afectando grande interes por hablar con el monarca, aguardó inmóvil bajo los arcos de la galería del norte, y apenas vió á Ismail, se arrojó sobre él como un tigre y le derribó en el suelo á puñaladas. Un wasir que acompañaba al rey pretendió defenderle; pero cayó tambien víctima de los parciales del ofendido.

Huyó Mohamed como perseguido por la sombra de su delito; mas se ignora dónde pudo dirigir sus pasos, dónde pudo ir á devorar sus pesares y sus remordimientos. La historia y la tradicion estan mudas á la vez no solo sobre su destino, sino sobre la suerte que deparó Dios á la cautiva, origen de tantos males, y hasta sobre la que cupo á la misma villa de Martos, de la cual apenas se refieren ya otros sucesos que el de la prision del maestre de Calatrava D. Martin Lopez, tan sentida del entonces rey de Granada, que amenazó á D. Pedro de Castilla con ir sobre Martos y arrancar del alcázar al ilustre cautivo, si no se le devolvia su libertad injustamente arrebatada.

Volvió Martos segun lo mas probable al poder de los cristianos apenas la desocupó el ejército de Ismail; pero abatida, desmantelada y apartada cada dia mas de la frontera, no pudo ejercer ya en la reconquista la influencia que ejerció en mejores dias. Quedó confundida entre las demas villas y ciudades de la comarca; y reducida á la oscuridad y al silencio, no tuvo pronto en su favor mas que los recuerdos de sus antiguas glorias. Hoy no existen ya ni sus mejores monumentos; sus castillos estan arruinados, sus templos descansan sobre frias columnas greco-romanas que sustituyeron á sus esbeltas haces góticas: sus cárceles y sus fuentes no revelan sino el estilo del siglo XVI, mas lleno allí de gravedad que de elegancia. Solo lo tortuoso y rápido de las calles refleja ya en Martos la edad media. Es una villa moderna como casi todas las del reino de Granada, mas moderna aun que la vecina ciudad de Jaen, que aunque ya tambien muy remozada, reune mucho interes para el literato y el artista.

Capítulo duodécimo.

Jaen, Baeza, Úbeda.

Está sentada Jaen en la falda de un cerro cuya cumbre ocupan las imponentes ruinas de un castillo. Báñanla al oriente las claras aguas del Guadalbullon, y está casi en derredor cercada de huertas y jardines, entre cuyos árboles y flores descuella la oriental palmera. Montes elevados le prestan abrigo y sombra al mediodia; y de ellos como de un fondo dispuesto por el arte se destacan bellamente las torres de sus templos y las agujas de su catedral, suspendida al parecer sobre los techos del contorno.

Sus calles son estrechas y tortuosas, pero producen un efecto agradable en el ánimo del viajero sus blancas paredes, sus hermosos balcones, cubiertos unos de pámpanos y yedra, recamados otros de madreselva, y adornados todos en los ángulos de sus barandillas con jarras de Andújar, cuya agua guardan del polvo paños orlados de encage, sus frescos y deliciosos patios alfombrados de vistosas plantas y animados por el murmullo de fuentes que brotan de esbeltas copas coronadas de flores. La soledad y el silencio que reinan en algunas calles contribuyen á hacer aun mas dulce la impresion de estas bellezas. Se recuerda involuntariamente la vida toda interior de los musulmanes, y hay momentos en que se llega á creer que está aun habitada la ciudad por Zaides y Zulemas.

No causan una sensacion menos viva sus antiguos muros. Estan ya medio derribados y confundidos entre casas humildes, que se sentaron en lo alto de sus adarves ó pasaron desdeñosamente sobre sus escombros; mas se levantan aun á trechos grandes lienzos ceñidos de torreones, y se fija con placer la vista en esos restos sombríos, adornados ya por los siglos de yerbas parásitas que agita con dulzura el viento. Levántanse todavía entre ellos puertas que vieron pasar á El Ahmar y á S. Fernando; y sobre sus arcos, ya ogivales como los del Portillo del Arroyo de S. Pedro, ya de herradura como los que tuvo

la puerta de Granada y conserva la de Martos misteriosamente ocultos á la espalda de una torre; son tantos los hechos que en un momento puede amontonar la fantasía, que al contemplarlos apenas saben moverse fuera de sus curvas ni la memoria ni los ojos (1).

Desde estas puertas trepan las murallas por lo mas alto del cerro hasta enlazarse con las del castillo, defendido de oriente á mediodia por espantosos precipicios. Está ya hoy esta antigua fortaleza medio destruida, desmoronada su cerca, truncada la cabeza de sus cubos y torreones, sin techo sus cuarteles; mas descuellan sobre estas ruinas torres que parecen desafiar el furor de los siglos y las tempestades, y estas hablan todavía en alta voz de la importancia de la obra y de la grandeza de los héroes que la levantaron y defendieron contra las armas de los árabes. La torre del Homenage sobre todo es imponente. Levanta sobre las demas su corona de almenas; y enclavada en medio de las mas altas se presenta aun como la reina del alcázar. Encierra en su interior salas tristes y reducidas; pero hasta en ellas revela grandiosidad y fuerza. Son recios sus muros, bajas y robustas sus bóvedas por arista, grueso el pilar central en que descansan sus ogivas; y al visitarlas causa una sensacion profunda hasta el silencio que las ocupa, hasta la mustia y escasa luz que entra por sus troneras, al parecer solo para aumentar el efecto de sus claros y sus sombras. Apenas se entra en estas salas es ya difícil detener el vuelo de la imaginacion; pero mucho mas, cuando se pone el pié en la plataforma superior de la torre, donde se cree ver enarbolada la bandera de S. Fernando y oir á uno de los héroes de la edad media gritando de pechos sobre la barbacana: alzad el puente, cubrid de lanzas adarves y torreones, nadie abandone el muro sino con la vida. A vuestros piés estan los abismos que han de ser la tumba de vuestros cuerpos

(1) Segun pudimos colegir por los restos que aun existen, desde el castillo bajaba la antigua fortificacion por la parte de mediodia hácia la puerta de Granada. Seguia desde esta puerta á la catedral, y dirigiéndose luego por la calle del Portillo y la de los Adarves, iba á unirse con la que es hoy puerta de Barreros, sita junto á un convento de monjas Bernardas. Continuaba probablemente hácia el Campillo de S. Antonio, donde existen todavía dos altos torreones octógonos que creemos del tiempo de S. Fernando; corria por la calle del Arroyo de S. Pedro, y se dirigia desde allí al Campillejo de Cambil, en que se ve el arranque del arco de una puerta antigua y las torres entre las que esta se abria, torres de planta cuadrada con aberturas circulares, que ya negras y desmoronadas revelan mayor antigüedad que las demas y llaman justamente las miradas del viajero. Seguia, por fin, desde el Campillejo, ya por el interior de la ciudad, ya por lo que es hoy campo, á la puerta de Martos, donde torcia hácia el norte y pasaba á unirse, como decimos en el texto, con la del castillo.

antes que el sepulcro de vuestras honras, arrojad en lo profundo á vuestros enemigos.

Comunica el Homenage por medio de una muralla con otra torre sin antepecho en la plataforma, cuyas salas, cubiertas de bóvedas ogivales y alumbradas por agimeces de doble arco apuntado, no ofrece menos interes que las anteriores al que las recorre conmovido el corazon y escitada la fantasía. Álzase junto á ella una ogiva casi aislada que parece haber sido en otros tiempos puente y á la espalda una capilla llamada Ermita de Sta. Catalina, á la que sirve de asiento un arco elevadísimo, corrido de entrelazos árabes. Reflejan fielmente su época muchos restos del castillo; mas nada hay quizás tan característico como este pequeño templo, donde enlazadas sin violencia las formas árabes y las cristianas, se levanta el arco ultrasemicircular junto á la ogiva, y aparece cortada la bóveda de punto por la cúpula elíptica que tanto distingue aun las fábricas del Kairo. Presenta en su fachada un simple arco de mas del semicírculo encerrado en un recuadro, y en el interior una sola nave separada del presbiterio por un modesto escalon, á lo largo de la cual hay cuatro capillas ogivales ligeramente abiertas en el muro. Tiene por cubierta en el presbiterio y en la nave una bóveda apuntada; pero no en lo que constituye el centro del crucero, donde, algo mas levantada aquella, toma la forma de una campana polígona y lleva adornados los ángulos de una cinta de leones y castillos que va á perderse en el fondo de una clave. Raro é incoherente parece así en los detalles; pero reune unidad y belleza en el conjunto. Está ya falto de imágenes y altares y destituido de los recuerdos que durante siglos conservó del santo obispo que cayó prisionero en Arjona y fué á morir mártir en Granada (1); mas tiene

(1) Hubo segun muchos autores en esta capilla del castillo, en lo alto de un arco, una imágen de este santo mártir, que no supimos ver por mas que anduvimos buscándola detenidamente. Jimena dice acerca de ella: «Esta imágen fué á ver y certificar (en cumplimiento de auto proveido por el Eminentísimo Señor Cardenal Obispo de Jaen en aquella ciudad á 5 de octubre de 1645 años á pedimiento del Padre Comendador de la Merced de Jaen y aviendo precedido citacion en forma, que se hizo al Promotor Fiscal del Obispado) Antonio Fernandez de Rivera, presbítero, notario mayor de la Audiencia Episcopal, en compañia de algunos testigos; y como parece de la certificacion que da á 25 del siguiente mes de noviembre, aviendo subido este dia al castillo de Jaen, aviendo entrado en la capilla dél, que está junto al Algibe, certifica, que en ella hay un Altar en el qual hay muchas Imágenes antiguas de bulto, y en el medio en lo alto una de Nuestra Señora con el Niño en brazos, y al pecho un escudo, como los de la Orden de la Merced, y frontero deste Altar está un arco, que es la entrada de la capilla, y en lo alto dél por la parte de la frente que mira al Altar estan de bulto

aun interes por sí, y cautiva las miradas del artista no solo por su hermosura, sino tambien por su sencillez, por lo determinado de su carácter, por esa misma mezcla de formas que en otros monumentos detestamos.

Despues de la capilla llama ya muy poco la atencion lo demas de este antiguo alcázar. Sus pabellones y cuarteles son modernos; sus murallas no consisten sino en vastos lienzos de argamasa cortados á trechos por torres, ya circulares, ya cuadradas; sus algives estan secos; y solo merecen ya ser recorridas sus largas y multiplicadas piezas subterráneas, estrechas, lóbregas, profundas y abiertas algunas á mediodia sobre la vertiente del monte, sobre el fondo de los precipicios. Comunicaban con el esterior del castillo no solo las mas de estas piezas, sino hasta algunas puertas subterráneas de que existen aun vestigios á la parte de occidente, donde se conserva ademas de la puerta el foso y puente levadizo que la defendian.

A pesar de tan grandiosos restos, es ya sin embargo casi imposible apreciar debidamente el conjunto de esta fortaleza, no solo mutilada y destruida por las nuevas necesidades de la guerra, sino modificada y profundamente trastornada por el gusto dominante de todos los siglos y de todos los estilos. De la obra primitiva, de la fábrica del siglo XIII, del alcázar que mandó levantar el rey Fernando el Santo, apenas le fué entregada Jaen por los reyes de Granada, ¿qué existe ya si no son su capilla y torreones que levantan aun al cielo sus sombrías barbacanas?

La misma suerte y aun peor cupo ya á los demas monumentos del mismo rey, ya á todos los que construyeron cuantas naciones y héroes sentaron su planta sobre el suelo de esta ciudad antigua. Jaen

tres figuras, que parecen de yeso, como las demas referidas, y la de enmedio con casulla, y encima della una á modo de muceta, las manos juntas y levantadas á modo de un Sacerdote que comienza la Misa, y en el pecho relevada una targeta que parece la que ordinariamente usan los Religiosos de la Merced, y en el cuello una señal roja, como degolladura, que parece llega de una y otra parte hácia el remate de ambas orejas, la qual figura está en uno como nicho ó tabernáculo. Y las de los que estan á sus lados derecho é izquierdo, parece estan vestidos como de Diácono y Subdiácono, ambos á dos con sus libros abrazados, y estan sobre pedestales; mas á la principal, que es la de enmedio, le falta el pedestal y ay señal de que parece averse caido. Y segun el modo, trage y disposicion de estas Imágenes y las demas de la dicha capilla, todas manifiestan antigüedad y difieren de las destos tiempos.» (De las circunstancias referidas por este D. Antonio Fernandez de Rivera sobre la imágen del medio, infiere Jimena que debió ser aquella la efigie del Obispo Pedro Pascual, degollado por los moros de Granada. Véase á Jimena, pág. 293.)

fué en otro tiempo Auringi; y á la entrada de los Cartagineses sirvió ya de alcázar á Asdrúbal para hacer la guerra á los pueblos del Mediterráneo. Creció rápidamente en riqueza, en poblacion, en fuerza; y no tardó en ser á la vez la salvaguardia de sus opresores y el terror de los Romanos. En sus muros, solo en sus muros pudieron encontrar un escudo contra sus enemigos Magon y los dos Asdrúbales despues de haber sido vencidos en Iliturgis, Bigerra, Munda y en los mismos campos de Jaen: Gneyo Scipion los vió entrar en la ciudad; pero ni la combatió, ni la sitió á pesar de verlos mermados, abatidos y llenos de sangre y de ignominia. No pudieron pensar los Romanos en reducirla á sus armas hasta despues de la conquista de Cartagena, y aun entonces vieron comprometida delante de ella la suerte de sus banderas. Lucio Scipion, hermano de Scipion el africano, arrebatado por el deseo de vencerla al primer ímpetu, sentó cuan cerca pudo sus reales, abrió fosos, levantó dobles trincheras, dividió en tres partes su ejército, ordenó á la primera el asalto, y contempló luego á sus soldados acometiendo con brio las murallas, y trepando por ellas entre millares de dardos y otras armas arrojadizas; pero pronto debió reconocer cuánto mas dificil podia serle la conquista de una plaza tan bien sentada como defendida. Vió al enemigo llevando la ventaja, y hubiera tal vez sido vencido á no haberse adelantado con rapidez á la cabeza de sus legiones y ordenado de nuevo al ataque; hecho con el que logró inspirar tanta desconfianza á los sitiados, que, abriendo estos de par en par las puertas, salieron al campo cubiertos con sus escudos y las manos desarmadas, y le pidieron con fervor la alianza, la paz, la vida (1).

Fué luego muy sonada la toma de esta ciudad. Publio Scipion

(1) Tito Livio refiere muy detalladamente esta toma de Jaen: á lo que decimos en el texto añade él este desgraciado accidente: «Itaque patefacta repente porta, frequentes ex oppido sese ejecerunt, scuta præ se tenentes, ne tela procul conjicerentur, dextras nudas ostentantes ut gladios abjecisse appareret. Id, utrum parum ex intervallo sit conspectum, an dolus aliquis suspectus fuerit, incompertum est. Impetus hostilis in transfugas factus; nec secus quam adversa acies cæsi: eademque porta signa infesta urbi illata: et aliis partibus securibus dolabrisque cædebantur et refringebantur portæ; et ut quisque intraverat eques ad forum occupandum (ita enim præceptum erat) citato equo pergebat. Additum erat et triariorum equiti præsidium: legionarii cæteram partem urbis pervadunt direptione et cede obviorum nisi qui armis se tuebantur.» Liv. lib. 28. cap. 3. El temor de que los que salian de la ciudad con las manos desarmadas no les tuviesen preparada alguna asechanza, hizo que los romanos tomaran al fin con gran derramamiento de sangre lo que podian haber conquistado por medio de una capitulacion que debia serles muy favorable.

prodigó por ella muchos elogios á su hermano, y no titubeó en compararla con la de Cartagena, calificando la plaza de opulenta, fuerte y bien situada. Era verdaderamente una ciudad notable Auringi; y lo fué aun mas durante la dominacion de sus nuevos dueños, que la declararon mas adelante municipio y la llamaron Flavia, del nombre de uno de sus emperadores. Mas ¿dónde estan los monumentos que puedan acreditar su pasada grandeza? ¿Qué nos habla en ella de los antiguos pueblos que la dominaron? Solo algunas lápidas, ya medio borradas por los siglos, recuerdan la ciudad romana, y de estas son aun las mas, simples inscripciones sepulcrales. Hubo segun una termas que costeó Sempronia Fulvia, segun otra un monumento consagrado á Apolo; mas no se sabe de cierto dónde este ni aquellas estuvieron. ¿Podrá parecer raro, cuando hasta se ignora dónde estuvo situada antiguamente la ciudad? (1)

Dominárónla despues los Visogodos, mas tarde los Arabes, y ni

(1) Hemos encontrado aun y leido en Jaen las inscripciones romanas siguientes, á las que principalmente nos referimos en el texto: En el patio de la iglesia de la Magdalena:

1.ª
D. M. S.
Q. ANNIUS
FELIX. AURG.
ANNOR. LXXV
PIUS. I. S. H. S. EST.
. . T. L.

2.ª
D. M. S.
M ( ) M ( ) VE
NUSTUS
SEVIR ( )
( ) VXXII.

3.ª
APOLLINI.
AUG.
Q. ANNIUS
D. D.

En el esterior de la pared meridional de la iglesia de S. Miguel:

C. SEMPRONIUS (C. F S A. I) SEMPRONIANUS II VIR. BIS.
PONTUFEX PERPET SEMPRONIA FUSCA VIBIA A ( ) IC ( ) IA
FILIA THERMAS AQUA PER (DU) CTA CUM... IVIS ( ) NUAR
TRECENTARUM PECUNIA IMPENSAQUE. SUA O ( ) NI D. D.

(Rota la piedra en que está contenida esta inscripcion, y pésimamente escrita, ó por mejor decir redactada, no es en todas sus partes igualmente inteligible; pero creemos que sin dificultad cabe colegir de ello lo que acerca de unas antiguas termas decimos en el texto.)

huellas quedan tampoco de estas antiguas razas conquistadoras, cuyo imperio solo pueden acreditar ya algunos muros, la puerta de Martos y los escasos restos de la de Granada. Tuviéronla sujeta á sus armas los Arabes por mas de cinco siglos: la dieron walí, y la consideraron como una de las principales ciudades de Andalucía; fundaron en ella mezquitas, levantaron un alcázar y un palacio, y despues de los sangrientos trastornos que agitaron é hicieron pedazos su monarquía, se esforzaron aun mucho mas en engrandecerla, declarándola no ya capital de una provincia, sino de un reino. Le dieron tanta importancia y la fortalecieron de manera, que envidiada por cuantos aspiraban al poder, veíase á cada paso combatida por todo género de facciones, entrando hoy bajo el dominio de los califas, mañana bajo el de un walí rebelde, al otro dia bajo el de hijos ambiciosos que se atrevian á disputar la corona á sus mismos padres, al otro por fin bajo el de un temido africano que, ya levantaba sobre su escudo á un califa, ya le derribaba del trono con el hierro de su lanza. Entre los muchos Musulmanes que se levantaron contra Córdoba en el espacio de cuatro siglos, apenas hubo uno que no llevase sobre ella sus armas. Combatiéronla á su vez los partidarios del terrible Hafsun que parecian retoñar siempre de los mismos campos de batalla, las huestes de Abdalá, que irritado por las victorias de Suar, pasó en persona á conquistar sus muros; las desbandadas tropas de el Somor, que dueño de las Alpujarras, caia como un torrente sobre la llanura y arrollaba las banderas de cadíes y walíes; los escuadrones de Hhayran, que pretendió restablecer en el solio de Córdoba la alcurnia de los Omyades. Invadida la monarquía árabe por la ambicion y las funestas rivalidades de los que debian sostenerla, no dejó aun de figurar Jaen entre las demas ciudades: siguió siendo el objeto de la codicia de unos y otros reyes, y pasando de una en otra mano. Pretendióla el rey de Toledo y se la disputó á punta de espada el de Sevilla, que logró añadirla al fin á su corona. A la tercera entrada de los Almoravides en España, cayó bajo el poder de Baty; fué conquistada luego por los Almohades; sirvió de refugio á Mumenyn el Nasr despues de la batalla de las Navas, y tuvo que entregarse por fin vencida y ensangrentada á El Ahmar, que la tomó por asalto y salió de ella para conquistar el que fué despues reino de Granada.

No eran solo los Arabes los que la codiciaban; ya á mediados del

siglo XII se cree que hicieron grandes esfuerzos para conquistarla las armas de Castilla, que á principios del siglo XIII volvieron á dirigirse contra ella, y durante largos años, ya que no pudieron vencerla, pasaron á talar á menudo sus campiñas causándoles quebrantos que solo podian reparar los reyes granadinos. Despues de las calamidades que la habian afligido, era aun tan fuerte y poderosa Jaen, que se hacia dificil ganarla á fuerza de armas. Son ya sabidos los esfuerzos que hizo S. Fernando para unirla á su reino; por tres veces debió presentarse ante sus muros, y despues de un largo y penoso sitio, no pudo al fin alcanzar su entrega sino por medio de la capitulacion de El Ahmar, á quien vimos ya entrar en la tienda del rey para declararse su vasallo.

La importancia de esta ciudad durante la dominacion de los Arabes era grande, pero lo era mucho mas á su caida. Córdoba, la antigua capital del reino árabe, habia ya sucumbido; Baeza y Úbeda, las dos principales ciudades del Norte de Andalucía, tenian ya enarbolados en las almenas de sus torres los pendones castellanos. Jaen estaba en las fronteras del nuevo reino de Granada, y al paso que era el baluarte de los Arabes, era la única puerta de hierro que cerraba el paso á los victoriosos soldados del Rey Santo. Tenia, segun los mismos Cristianos, mucha poblacion, muchos medios de defensa; era una ciudad á la que no se podia reducir sino como se redujo, á fuerza de hambre. Y ¡no tiene, sin embargo, memorias de esa larga dominacion árabe! ¿Cómo habrán podido desaparecer así hasta los restos de los monumentos que la legaron esos cultos hijos del Profeta? Debieron contribuir en parte á esta destruccion los primeros Cristianos que la sujetaron, contribuiría mas tarde el viciado gusto artístico de nuestros reyes, contribuirían ademas los asaltos é invasiones repentinas que posteriormente la asolaron. Se sabe ya que el mismo rey S. Fernando mandó levantar sobre las ruinas de la mezquita mayor el primer templo cristiano; que un siglo despues D. Juan I cedió el palacio de los reyes moros que poseía á la Orden de Predicadores para que esta construyera sobre él el convento de Sto. Domingo. Con hechos de esta naturaleza, con las guerras que siguieron, con la ignorancia y vandalismo con que se han derribado despues, y hoy mas que nunca, las mas atrevidas producciones del arte, ¿puede parecer estraño que en esta y en otras ciudades no lleguemos á reconocer siquiera el sepul-

cro de los pueblos que en otros tiempos los dominaron y los llenaron de su gloria y sus recuerdos? Suenan aun en nuestros oidos los golpes del pico y del azadon con que acaban de destruir esa bella puerta de Granada, de cuyo arrogante arco ultrasemicircular no queda ya sino el arranque que está cubriendo el musgo.

Reconquistada Jaen, no aumentó menos su prosperidad que bajo la servidumbre de los Arabes. S. Fernando construyó en ella el alcázar, un palacio que un siglo despues cedió Pedro el cruel á los claustrales de S. Francisco, una iglesia y un convento para las religiosas de Sta. Clara; y conociendo su mayor importancia, trasladó á su recinto la silla episcopal que él mismo acababa de restaurar en la ciudad de Baeza. Dejóla bien defendida y guarnecida; y haciéndola él y sus sucesores centro de operaciones para todas las guerras que intentaron contra los reyes de Granada, la comunicó aun mayor animacion y vida de la que en otros tiempos tuvo. Vió desde entonces Jaen pasar junto á sus muros ejércitos crecidos que iban y venian de batallas y asaltos sangrientos; alojó á príncipes y reyes, que impacientes por llevar á cabo la unidad de la monarquía, no podian dejar quieta en el cinto su formidable espada; fué el baluarte de generales esclarecidos que en tiempos aciagos para las armas castellanas pasaron á arrostrar en ella todo el poder de los monarcas granadinos. Así por su posicion como por su riqueza, escitaba los celos y la codicia de sus enemigos y vióse en graves peligros; mas apenas debió ya sucumbir, antes pudo rechazar de sí las huestes mas terribles y perseguirlas hasta mas allá de las fronteras. Fué sitiada y combatida por los moros en 1301, y no pudo evitar que estos asolasen sus cercanías en 1319; pero solo en 1368, cuando estaban aliadas las banderas de Pedro el cruel con las del rey de Granada, tuvo que humillar la cabeza ante este príncipe, que la saqueó, cebó en ella su encono y restableció la autoridad de su aliado. En el siglo XV fueron aun mucho mayores los sitios y asaltos que hubo de sufrir de los moros; en 1407 vió contra sí ochenta mil infantes y seis mil caballos; en 1449, cuando desgarraban el interior de Castilla las guerras civiles, tuvo ya al enemigo dentro de los arrabales; mas no solo salió vencedora, sino que, no contenta con haber superado tantos obstáculos, abrió la guerra á Granada bajo las órdenes del desgraciado D. García Manrique, que por seguir alanceando á un escuadron enemigo,

cayó en una celada y quedó en poder de moros hasta que se le rescató con el oro y la paz concedida por los reyes de Castilla (1).

Tuvo por otra parte Jaen la suerte de no salir nunca de las manos

(1) Segun muchas crónicas y romances caballerescos vióse aun amenazada de moros Jaen á fines del siglo XV. Reduan, leemos en unos y otras, prometió un dia á Boabdil ganar esta ciudad; y este llegó momento en que le exigió el cumplimiento de su palabra. Orgulloso Reduan, no vaciló en pasar á la conquista de Jaen por mas que consideró tan difícil la empresa como imprudente su ofrecimiento; pero pagó cara y muy cara su osadía. Sabedora la ciudad de tan loco atrevimiento, se preparó; y no solo deshizo á los moros, sino que logró tambien la muerte de tan esclarecido caudillo. Son tan bellos los romances que tratan de este hecho, que no podemos menos de copiarlos:

«Reduan, bien te acuerdas
Que me diste la palabra
Que me darias á Jaen
En una noche ganada.
Reduan, si tú lo cumples,
Daréte paga doblada;
Y si tú no lo cumplieres,
Desterrarte he de Granada:
Echarte he en una frontera
Donde no goces tu dama.»
Reduan le respondiera
Sin demudarse la cara:
«Si lo dije, no me acuerdo;
Mas cumpliré mi palabra.»
Reduan pide mil hombres:
El Rey cinco mil le daba.
Por esa Puerta de Elvira
Sale muy gran cabalgada.
¡Cuánto del hidalgo moro!
¡Cuánto de la yegua baya!
¡Cuánta de la lanza en puño!
¡Cuánta de la adarga blanca!
¡Cuánta de marlota verde!
¡Cuánta aljuba de escarlata!
¡Cuánta pluma y gentileza!
¡Cuánto capellar de grana!
¡Cuánto bayo borceguí!
¡Cuánto raso que se esmalta!
¡Cuánto de espuela de oro!
¡Cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
Y esperta para batalla.
En medio de todos ellos
Va el Rey Chico de Granada,
Mirando las damas moras
De las torres del Alhambra.
La Reina mora, su madre,
Desta manera le habla:
«¡Alá te guarde, mi hijo!
¡Mahoma vaya en tu guarda!
Y te vuelva de Jaen
Libre, sano y con ventaja,
Y te dé paz con tu tio,
Señor de Guadix y Baza.»

(Ginés Perez de Hita, Guerras Civiles de Granada.)

De lejos mira á Jaen,
Con vista alegre y turbada,
El valiente Reduan
Que prometió de ganalla.
Con los ojos la pasea,
Y en todas partes la halla
Cercada de muros fuertes
Que enflaquecen su esperanza.
Mira la encumbrada roca,
De altas torres coronada,
Cuya altura le parece
Que á las estrellas llegaba.
Los ojos puestos en ella,
Grave congoja en el alma,
Dando un gran suspiro el moro
A la bella ciudad habla:
«¡Ay, Jaen, cuánto me cuesta
No haberte tenido en nada,
Y ser mas largo de lengua
Que de ventura y de lanza!
Pues dí con loca osadía
A mi Rey la fé y palabra
De acabar en una noche
Lo que en un siglo no basta.
Hallo ahora mi persona
A lo imposible obligada,
Pues es mas cierto el perderme,
Que darte á mi Rey ganada:
De do vengo á conocer
Ser verdad averiguada:
Quien presto se determina
Arrepentirse á la larga;
Y de arrepentirme tarde
Será mi muerte temprana,
Pues he de entrar en Jaen
O he de salir de Granada;

de los príncipes; suerte poco comun en la edad media, en que hasta las ciudades principales eran vendidas ó donadas á título de merced á los caballeros que mas se distinguian por sus hechos de armas. D. Juan I la reservaba para sí, cuando abrigó el proyecto de abdicar á favor de su hijo; y si D. Juan II pensó en enagenarla, solo fué para darla á D. Enrique, hijo suyo y heredero de su corona, Poseyóla ademas en 1507 el infante D. Juan Manuel, pero no tardó en mandar el Rey católico que la entregase á su alcaide. Siguió así Jaen, desde su reconquista hasta la época de su restauracion, próspera, floreciente y sin mas desgracias que su momentáneo vencimiento en 1368 y el bárbaro degüello que en 1473 se hizo de los judíos que en ella residian, á pesar de los esfuerzos del condestable Iranzu, que por querer salvar á estos infelices sectarios, cayó en un templo bajo el puñal de varios conjurados.

Fué mucha entonces su prosperidad, y sin embargo salvó el castillo que recuerda á S. Fernando; ¿qué templo, qué edificio público proyecta ya ni á los ojos de la imaginacion las sombras de tantos hé-

Y es lo que mas me lastima
Que prometí á Lindaraja
De no volver á sus ojos
Sin ser la empresa ganada.»
Y volviéndose á sus moros,
Consejo les demandaba;
Cinco mil eran de guerra,
Todos de lanza y adarga.
Dicen que es la tierra fuerte
De muro y torre cercada,
Y muy fuertes caballeros
Los que dentro della estaban;
Y que en pérdida tan cierta
O en tan dudosa ganancia,
La mas segura fortuna
Es no llegar á tentalla.

(Romancero del Sr. Durand, tomo 1.° Col. de Aut. Esp.)

Muy revuelto anda Jaen,
Rebato tocan apriesa,
Porque moros de Granada
Les van corriendo la tierra.
Cuatrocientos hijos-dalgo
Se salen á la pelea;
Otros tantos han salido
de Ubeda y de Baeza.
De Cazorla y de Quesada
Tambien salen dos banderas;
Todos son hidalgos de honra
Y enamorados de veras.
Todos van juramentados
De manos de sus doncellas
De no volver á Jaen
Sin dar moro por empresa;
Y el que linda dama tiene
Cuatro le promete en cuenta.
A la Guardia han llegado
Adonde el rebato suena,
Y junto del Rio Frio
Gran batalla se comienza;
Mas los moros eran muchos
Y hacen grande resistencia,
Porque los Abencerrages
Llevaban la delantera;
Con ellos los Alabeces,
Gente muy brava y muy fiera.
Mas los valientes cristianos
Furiosamente pelean,
De modo que ya los moros
Valientemente se alejan:
Mas llevaron cabalgada
Que vale mucha moneda:
Con gloria quedó Jaen
De la pasada pelea.

(Ginés Perez de Hita.) Dudamos mucho que este romance se refiera á Reduan como pretende el autor citado: el verdadero romance de Reduan es el siguiente:

---

roes y reyes como por ella pasaron cubiertos del polvo del combate y coronados de gloria? Asoma aun en algunos templos la columna en haz, la ojiva, la bóveda por arista; mas aun en esos mismos trazos góticos vemos mas bien reflejados los primeros fuegos de la restauracion, que los opacos y tétricos resplandores de los siglos medios. Las iglesias de S. Juan, de la Magdalena, de S. Ildefonso son góticas, pero no llaman ya las miradas del artista sino por las exageradas curvas de sus fachadas, por las complicadísimas líneas de sus bóvedas, por las toscas labores de sus columnas, que no dejan ya ver sino la decadencia que á fines del siglo XV sufrió el estilo que las caracteriza. S. Juan no conserva de lo antiguo en su fachada sino una simple ojiva que cobija una puerta moderna; tiene en el interior cuatro pilares cuadrados, sin basa ni capitel, que la dividen en tres naves y sostienen los arcos apuntados en que descansan las bóvedas; y en el presbiterio, separado del cuerpo del templo por seis gradas, apenas presenta nada notable sino la forma octógona de la bóveda y la belleza que esta ofrece en medio de la misma complicacion de sus claves

Resuelto ya Reduan
De hacer su palabra buena,
Arremete hácia Jaen
Una mañana serena
Al son de una clara trompa
Que por el aire resuena.
Con ruido semejante
Al cielo cuando atruena,
Sobre un ligero caballo
Que blandamente se enfrena,
Juntando el cuento y la punta
De una lanza como entena;
Sin aguardar á su gente
Que de seguille está agena,
Porque su temeridad
Toda junta la condena.
Estando cerca del muro,
Creyendo de la melena
Tener presa la fortuna
Que al fin cumple lo que ordena,
Salió una furiosa jara
Por entre almena y almena
Que dió muerte á Reduan
Y á Jaen sacó de pena;
Y mientras del cuerpo el alma
Le aparta y desencadena,
Dijo con voz lamentable
Tendido en la seca arena:

«Gloria fuera, Lindaraja,
Morir, mas no entre cristianos,
Sino en parte do tus manos
Me hicieran la mortaja:
Que cosa es muy conocida
Que si desta suerte fuera,
Aunque mil veces muriera,
Mil veces me dieras vida.
Y no llevo en esta muerte,
Lindaraja, algun pesar
Por á Jaen no ganar,
Sino por solo perderte:
Y aun temo que el que en rehenes
Te tiene, habrá de gozarte,
Y estimará mas ganarte
Que ganar dos mil Jaenes.
Mas si Mahoma algun bien
Me tiene de hacer, le ruego
Que esté mas fuerte á su ruego
Que para mí fué Jaen;
Y pues la muerte me ataja,
Cúmplanse ya mis deseos,
Y en los campos Eliseos
Te aguardo, mi Lindaraja.»

(Rom. del Sr. Durand.) El romance anterior es á nuestro modo de ver histórico; este puramente novelesco. A no engañarnos se refiere aquel á otro ataque de Jaen en que Baeza y Ubeda ayudaron la ciudad amenazada, es decir, al ataque de 1407.

y de sus aristas, con las que formó el autor estrellas, quizá con el objeto de imitar en la construccion de su obra la bella techumbre de los cielos. La Magdalena tiene aun menos interés artístico; no presenta en su esterior sino un arco rebajado entre dos agujas de crestería, y en el interior tres naves divididas por dos pilares, en las que solo vemos dominar la ojiva.

Es indudablemente mas digna de atencion S. Ildefonso. De las tres puertas que abren paso á sus naves, son las dos greco-romanas; mas hay aun en la parte posterior una de arco rebajado, donde es curioso ver hasta dónde llevaron los primeros arquitectos de la restauracion la estravagancia de las líneas góticas. Arranca de los lados del arco una ojiva, que antes de cerrarse toma la forma de un elipse, y va á formar luego un floron debajo del alero de la fachada. Campea dentro de esa ridícula curva la figura de la Vírgen; y apenas cabe concebir cómo un artista pudo inventar para una imágen tan sagrada un marco tan estraño y tan mezquino. Por amor que se sienta á todo lo de la edad media, no es posible dejar de apartar los ojos de esta puerta para fijarlos hasta con placer sobre las greco-romanas, una de las cuales es una bella obra de la época del renacimiento de las artes. Tiene esta un arco semicircular entre dos piras, de las que salen dos figuras que sostienen el entablamento; presenta sobre la cornisa un pequeño cuerpo de orden compuesto, dentro del cual está la Vírgen revistiendo á S. Ildefonso de las insignias episcopales; deja entrever en el timpano del fronton que corona el segundo cuerpo la cabeza del Padre Eterno; y ya que no muy delicada en los detalles, produce un buen efecto en el ánimo del que solo considera su conjunto. No la alcanza de mucho en belleza ni en buena distribucion la puerta mayor, puerta rectangular, alzada debajo de un entablamento sostenido por cuatro columnas pareadas, sobre el cual se alza un fronton en cuyo vértice está la figura de S. Ildefonso.

Mas es en el interior donde podemos apreciar mejor el carácter y el estilo de este templo. Está dividido en tres naves separadas por diez haces de columnas, de las que arrancan las ojivas laterales y centrales. No tiene ni crucero ni ábside ni capilla alguna; pequeños altares cubren sus paredes, y solo el tabernáculo brilla aislado bajo las bóvedas del presbiterio, que está algo mas elevado que lo demas del templo. Las columnas, bastante bajas, estan apoyadas en grandes

zócalos, y no llevan por capitel sino una cinta sencillísima; los arcos tienen tambien pocas molduras; pero presentan en cambio mucha complicacion las bóvedas, cuyas aristas estan distribuidas formando estrellas como en S. Juan, pero no con la belleza con que estan en este pequeño templo combinadas. ¿Cuál pudo ser la época de su construccion? Todo revela la mano de fines del siglo XV; pero no podemos fijar el año en que fué construida, ni en el que fué consagrada. No existe bajo sus bóvedas un archivo en que esten guardados los documentos que pudieran arrojar luz sobre este punto.

Las escasas bellezas monumentales que hay en Jaen es preciso buscarlas en las obras del siglo XVI, concebidas y ejecutadas las mas por Andrés de Valdelvira. Valdelvira dejó allí páginas que recordarán eternamente su nombre y consolarán al viajero de la destruccion de templos y palacios levantados por los siglos medios. La portada de la iglesia de S. Miguel y una de la catedral revelan hasta en sus menores detalles elegancia, delicadeza y gusto; al verlas fija uno con placer los ojos en todas y en cada una de sus partes, siente satisfecho su sentimiento estético, y solo deplora que esté la una tan amenazada de ruina y confundida la otra entre obras, hijas ya de épocas desgraciadas para las artes. La portada de S. Miguel es sobre todo bellísima: cuatro columnitas corintias, entre las cuales hay dos nichos de bóveda aconchada, sostienen un rico entablamento, debajo del cual hay un elegante arco semicircular, sobre cuyas enjutas estan tendidas dos esbeltas figuritas. En lo mas alto de la portada está la figura de S. Miguel amenazando con la espada en alto al angel de las tinieblas; y es tan simple y propio este remate, que corona de una manera completa el efecto del conjunto. No hay en toda la portada nada que afecte descuido; todo está finamente decorado, y es tanta la delicadeza de cada flor, de cada hoja, de cada tallo en el intrados y paramento del arco, que parece raro que no las mueva el mas templado soplo de la brisa. ¡Qué lástima que esté condenada á desaparecer tan linda obra! La iglesia á que abria paso, es ya un patio donde las aguas del cielo hacen crecer la yerba; y está la portada sola, completamente aislada. ¿Quién duda que irá á derribarla mañana el pico de la barbarie? (1)

(1) En el piso de esta portada se lee: esta portada se acabó el año de 1561, siendo

La portada del Mediodia de la catedral es tambien bella; pero no ya tanto como la de S. Miguel. Hay en ella sobreposicion de dos órdenes arquitectónicos, y no presenta tanta sencillez, tanta armonía. Entre cuatro columnas dóricas pareadas ábrese una gallarda cimbra, sobre la cual corre el entablamento, adornado en el friso de triglifos y de metopas que representan aljabas, escudos, manoplas, y otras piezas de la armadura antigua. Aparece sobre la cornisa una Vírgen de la Asuncion, coronada de ángeles, á la que sirven de altar cuatro columnitas jónicas pareadas, y sobre el entablamento que esta sostiene, un fronton triangular que abraza todo el ancho de la fachada. Hay entre las columnas de uno y otro cuerpo nichos de elegantes formas, y sobre las enjutas del arco dos grandes figuras de relieve, en las que la piedad y la religion estan representadas. Vése en ella tambien un ornato esmerado y una delicada ejecucion; pero daña evidentemente el segundo cuerpo el buen efecto del primero. Falta al parecer unidad, y es difícil que se sepa ver los dos cuerpos en conjunto.

Es, sin embargo, preferible de mucho esta portada á la fachada principal del mismo templo. Es esta grandiosa, vasta, elevada; pero reune bellezas escasas que apenas bastan para compensar sus defectos. Presenta en su centro entre cuatro grandes columnas corintias un arco ricamente entallado, sobre el cual, dentro de un recuadro de líneas inoportunamente cortadas, figura la Reina de los cielos llevada en alas de los ángeles. Está abierto encima de este grupo un balcon sostenido por una rica ménsula, sobre cuya cimbra hay otros dos ángeles que sostienen un lienzo en que está de relieve el rostro de Jesucristo. Corona á todo este cuerpo central un entablamento, y sobre este corre una balaustrada dividida á trechos por pedestales en que campea la figura de S. Fernando entre las de los apóstoles. Levántase detras de la balaustrada un segundo cuerpo; mas ya no se ve en él la magnificencia y pompa que en el mas bajo, donde entre las columnas corintias hay debajo de dos altos nichos las figuras de S. Pedro y de S. Pablo. No se ven en él sino cuatro pilastras con estrañas molduras por capiteles, en las que carga un fronton recortado que sostiene tres agujas poco ligeras y de no muy buen gusto.

En las alas de esta fachada, entre dos columnas del mismo orden,

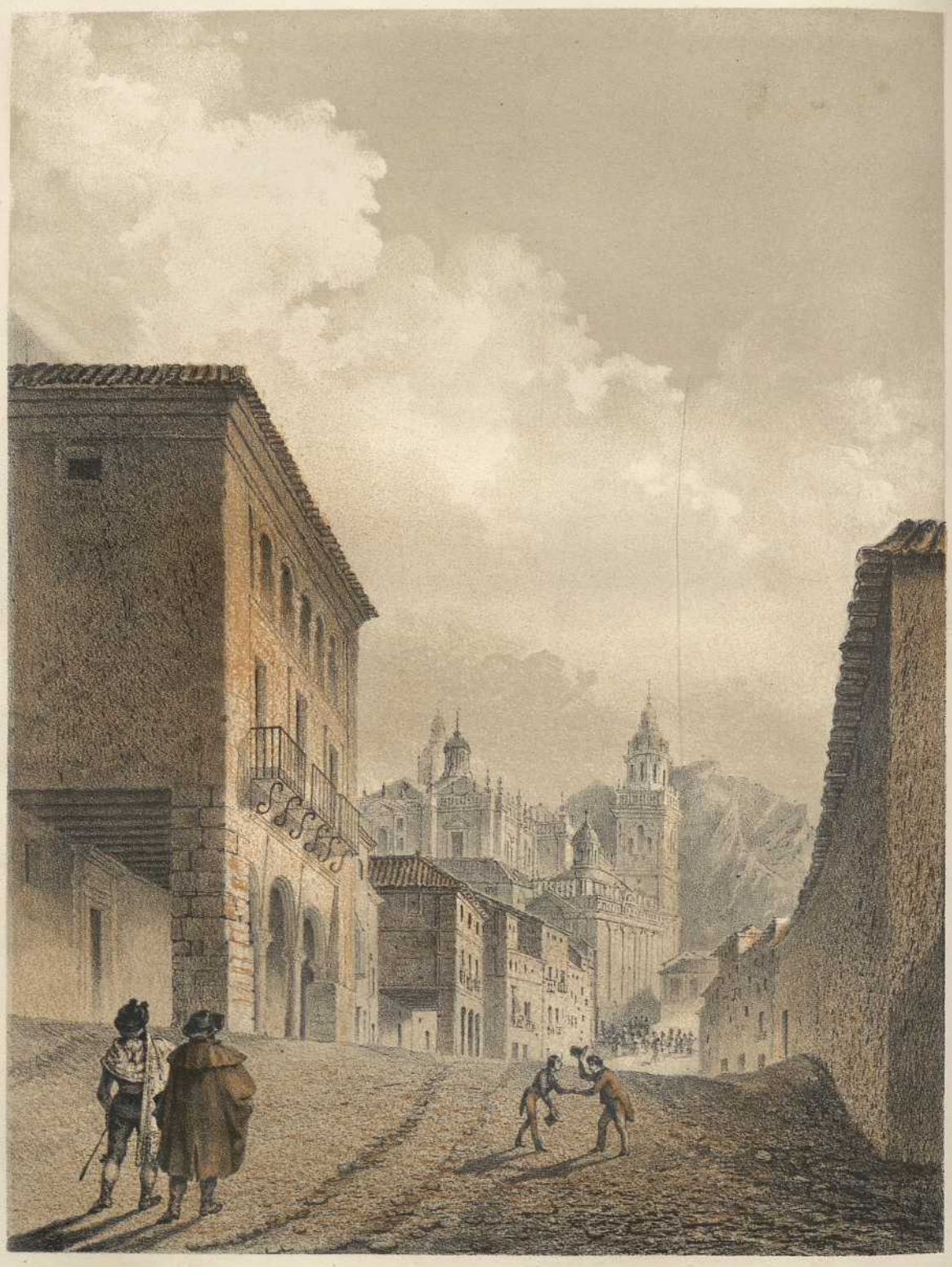
obispo de Jaen el muy ilustrísimo Sr. D. Diego de los Cobos, y mayordomo de esta iglesia el Rvdo. Diego de Victoria.

ábrese un arco mas pequeño, sobre el cual campea en la de la derecha Sta. Catalina, y en la de la izquierda S. Miguel sujetando con sus pies al diablo. Encima, abiertos en el muro, hay dos balcones sobre los cuales corre la balaustrada general, cortada tambien por pedestales que sostienen las figuras de alguno de los discípulos de Cristo. Tienen tambien estas alas un segundo cuerpo, mas solo llevan en él dos pilastras, entre las que hay bajo un fronton triangular una ventana.

Levántanse en los ángulos de esta fachada dos torres imponentes que constan de cinco cuerpos coronados por una cúpula gallarda. No presentan en los tres primeros mas que ventanas y balcones encerrados en pésimos recuadros; mas en el cuarto osténtanse ya mas lindas aberturas, bellas columnas corintias en los ángulos, y una balaustrada sobre la que se levantan pequeñas agujas. Tienen en los ángulos del quinto pilastras en vez de columnas, pero no por esto presentan en él menos belleza. Aunque llenas de defectos, son indudablemente estas torres de un grande efecto en la fachada, que sin ellas se presentaria fria é insípida á los ojos del artista.

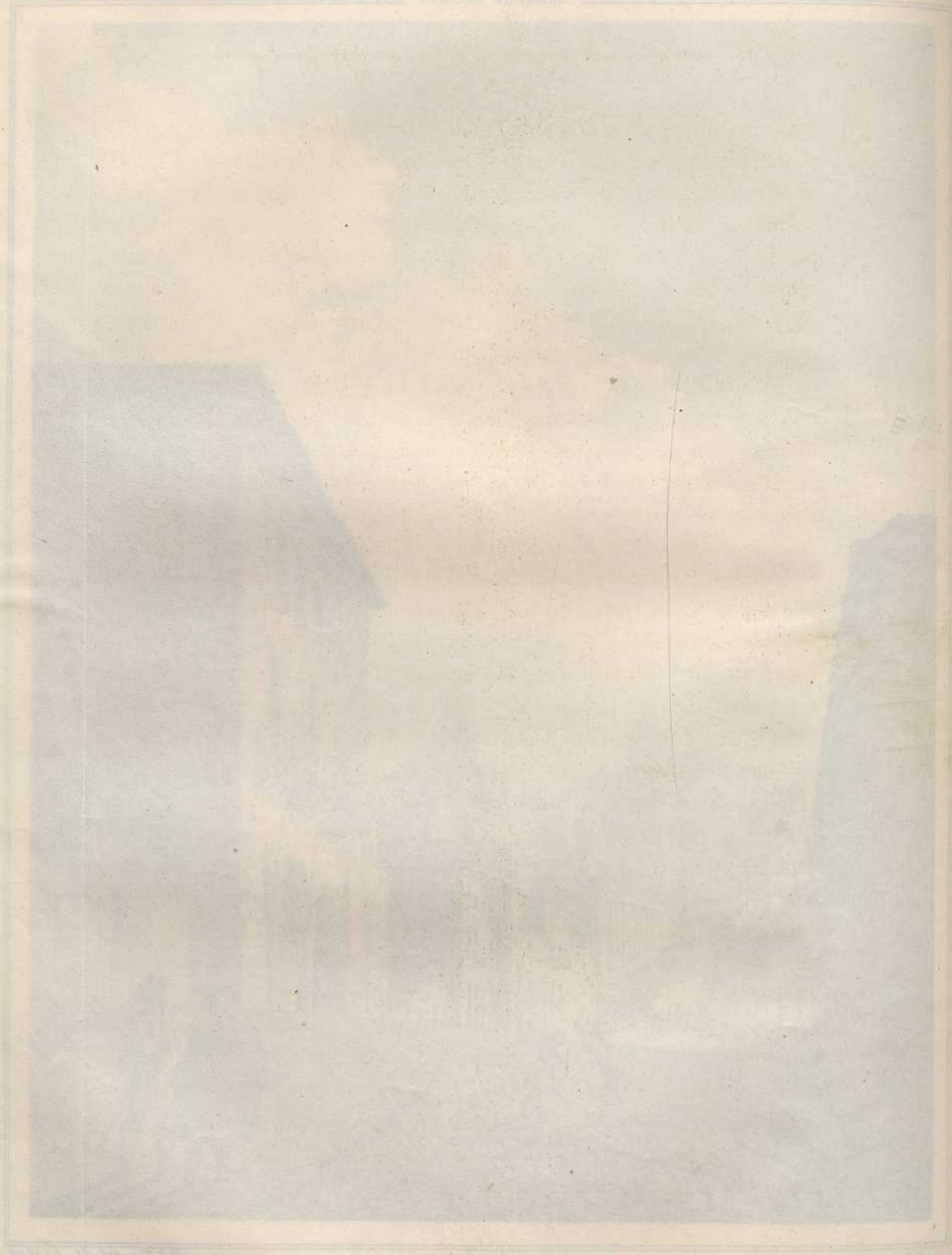
Aun con las torres, ¿qué esfuerzo no debe hacer sobre sí mismo el viajero para contemplar sin disgusto una fachada que tanto afean los inoportunos cortes de líneas, los pueriles recuadros en que estan encerrados relieves y aberturas, los vulgarísimos balcones que cortan el muro, la fria balaustrada que corre en torno de todo el templo, los toscos y pesados detalles que se observan en algunos frisos y se vienen hasta á los ojos del que solo pretenda apreciar la obra en conjunto? Mas pertenece á una mala época, y es exigir mucho de un artista querer que se sobreponga al gusto de su siglo.

El interior satisface mas los ojos y la imaginacion, aunque nunca tanto como el de esas catedrales góticas cuyas bóvedas parecen descansar sobre ligeros troncos de árboles. Está dividido en tres naves grandes, espaciosas, elevadas, pero no por vistosos haces de columnas, sino por macizos pilares adornados de columnas corintias, cuyos altos pedestales y entablamentos interrumpen á cada paso las mas bellas líneas, achican los arcos de plena cimbra que sobre ellos cargan, y comunican al todo cierto aire de pesadez que en vano procuran quitarle la abundancia de los detalles y la riqueza de las molduras. Son las tres naves casi iguales en elevacion, y las bóvedas que las cubren todas de bella y elegante curva, elipsoidales unas, semi-



Dib.do del nat.l y lit.o por F. J. Parcerisa. Fig.t por Zarza. Lit. de J. Donon.

JAEN.



esféricas otras, y otras, como la del crucero, algo peraltadas. Está enriquecida cada una de estas bóvedas con profusion de follages y arabescos, y algunas hasta con figuras de ángeles y relieves que cubren las claves como en los templos de la edad media. La del crucero sobre todo es estremadamente rica. La ornamentacion crece desde su arranque hasta el floron de una gran cúpula que sostiene: se estiende por todos sus anillos, corre por todos los nervios de sus arcos, orla sus numerosas aberturas, embellece hasta las tarjas de las pechinas, en que campean las figuras en relieve de S. Miguel, Santiago, Sta. Catalina y S. Eufrasio. Mas ¿es esta la riqueza que buscamos en nuestros templos? ¿Qué significa toda esta lujosa decoracion para el cristiano que va á doblar la rodilla ante las aras de nuestros altares? Esta decoracion es del todo arbitraria: no habla al corazon, habla solo á los sentidos, y cuando levantamos los ojos, ó los apartamos friamente, ó los fijamos en ella para examinarla en sí, no en relacion con el templo cuyos muros cubre. Lejos de realzar, mengua la magestad del monumento, que lleno por otra parte de luz y de blancura, ni nos humilla y llena de horror religioso como las bajas iglesias bizantinas, ni confunde nuestra imaginacion en los ilimitados espacios de la inmensidad como las atrevidas y tenebrosas catedrales góticas.

Este inoportuno lujo, sin embargo, no existe solo en las bóvedas, sino en todas y en cada una de las partes de este templo. A la derecha y á la izquierda del crucero hay portadas que aventajan á las mismas bóvedas en magnificencia. En la de la derecha, que conduce á la sacristía, estan abiertos dos arcos semicirculares, adornados en los ángulos de dos columnas corintias que sostienen el entablamento, en medio de los cuales hay un pilar en que descansa una bella imágen de Jesucristo. Vénse sobre el entablamento entre otros dos arcos apoyados en recios pilares dos grandes relieves que representan la adoracion de Jesus por los pastores y los reyes; y en otros dos cuerpos mas elevados aberturas y nichos de mal gusto, puestos allí al parecer solo para destruir el efecto del conjunto. Presenta la portada de la izquierda iguales las formas y solo variados los relieves en que está ejecutada la Presentacion y Circuncision del Señor; y aunque estan las dos bellamente decoradas, quedan confundidas por otra que hay á la misma izquierda del crucero cuajada toda de riquísimas molduras.

Tiene esta en su primer cuerpo un bello arco semicircular encer-

rado en un recuadro, á cuyos lados dos columnas compuestas, adosadas á pilastras del mismo orden, sostienen un entablamento por cuyo friso corre una greca delicadamente cincelada. Brilla en un segundo cuerpo entre las figuras de Ezequiel y Salomon la de la Reina de los cielos, sobre la cual asoma en el tímpano de un fronton un angel con las alas desplegadas. Descansan en el entablamento de este segundo cuerpo á la derecha un escudo de armas, y á la izquierda una Vírgen sentada en un castillo, y está el todo debajo de otro arco, encima del cual hay un balcon dentro de un cuerpecito dórico.

Hay indudablemente cosas bellas en todas estas fachadas, pero en todas se observa constantemente ese mismo afan de decorar, ese mismo afan de encubrir con la belleza material de las partes obras frias, faltas de significacion, faltas de sentimiento. En el coro se observa aun en mayor grado este defecto: su decoracion no solo es prolija, sino generalmente mala. Al paso que en el esterior parecen sus muros mas de una cárcel que de un coro por su absoluta falta de adornos y la solidez que presentan sus anchos sillares; cubiertos en el interior por bajos relieves de madera, en que entre columnas, follages, flores y otros caprichos, estan representados los principales hechos de los héroes cristianos, se presentan tan confusamente al observador, que apenas sabe dónde fijar los ojos. Los respaldos de su doble sillería estan llenos de entrelazos caprichosos, los brazos, de grifos y otros seres fantásticos, los cuerpos compuestos que corren sobre cada orden de asientos, de un sin número de figuras, en cuyos grupos estan trazadas algunas escenas del antiguo y nuevo Testamento, los gozos y dolores de la Vírgen y los tormentos de los primeros mártires de la religion de Jesucristo. Corre sobre sus muros una balaustrada interrumpida por algunos pedestales, y hasta los jarros que en estos descansan estan profusamente decorados. El órgano, que está á la derecha, manifiesta mejor gusto que lo demas del coro; pero tampoco está libre de este defecto, del cual no quedaron exentos sino dos púlpitos que miran al presbiterio, sólidos, macizos y escasos de molduras. Sus dos portadas y el trascoro completan por fin el mal efecto de esta obra, que, ya por su situacion enmedio del templo, ya por la altura y pesadez de sus paredes, disminuye la favorable impresion que sin ella podria producir un monumento dotado en general de bellas y elegantes formas.

Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa

Lit. de J. Donon

INTERIOR DE LA CATEDRAL DE JAEN

Ocupa el coro desde el segundo pilar de la nave mayor hasta el crucero, mas allá del cual se estiende entre cuatro grupos de columnas el espacioso presbiterio. Ancho este, despejado, elevado sobre un atrio de tres piés de altura que forman cinco gradas de mármol, y cubierto por una bóveda riquísima, es sin duda una de las mas bellas partes de la catedral. Es cuadrado, y los cuatro pilares que lo sostienen, puestos en los ángulos, no impiden, de ninguna parte que se mire, la vista del tabernáculo, sentado en medio sobre un altar de jaspe. Cuatro ángeles apoyados en el pedestal de los mismos pilares sostienen otras tantas lámparas de plata; y es tanta la sencillez que se descubre en todo, tanta la oportunidad con que está colocado cada objeto, tan parca y de tan buen gusto la distribucion de los adornos, que allí es donde con mas placer concentra uno sus miradas, allí es donde siente mejor latir su corazon y llenársele de rubor y de respeto el rostro. El presbiterio es grande, el tabernáculo á proporcion pequeño, rico y sencillo; y aunque no impone este como los de los templos góticos rodeados de apiñados haces de columnas, cubiertos de bóvedas oscuras y alumbrados por la opaca luz que baja de altos ventanages modificada por cristales de colores, agita cuando menos nuestro espíritu y lo depura de todo pensamiento profano que lo manche ó lo oscurezca. No doblaremos la rodilla ante él con temor, pero nos sentiremos movidos á orar; y al ver subir el incienso desde el pié de los altares, creeremos como David que con el incienso han de elevarse al trono de Dios nuestras plegarias. Hay verdadero sentimiento en este presbiterio: se ve que el autor al concebirlo estaba poseido de las mas puras ideas del cristianismo; y es indudable que el sentimiento del artista se comunica á todos los que van á admirar sus obras (*).

No gozan desgraciadamente de esta cualidad las capillas abiertas en las naves laterales, cuyos retablos, que se levantan bajo sus bóvedas de cañon seguido, presentan tanta confusion de líneas y revelan tan mal gusto, que apenas se puede detener la vista sino en algunos cuadros que las embellecen. La misma capilla mayor, situada detras del tabernáculo, aunque mas alta y decorada con mas riqueza, no llega siquiera á llamar la atencion del que recorre el templo en busca de

(*) Véase la lámina «catedral de Jaen, vista de detras del tabernáculo.»

bellezas. No llama la atencion sino del que conoce las tradiciones vinculadas en su retablo, y aun este al entrar en ella no puede menos de sentir un estremecimiento involuntario al ver tan poca armonía entre el arte y la santidad de los recuerdos. Hay sobre el altar una caja en cuyo frente está pintada una cara del Salvador sostenida por dos ángeles, y es en esta urna sagrada donde, segun tradiciones muy antiguas y la fé de los Jaeneses, se guarda uno de los Santos Rostros que quedaron impresos en el lienzo con que la Verónica enjugó el sudor de Jesucristo en el camino del Calvario. Se manifiesta á los fieles esta reliquia tres veces al año, y en los labios del pueblo vagan aun sobre su adquisicion leyendas cuyo carácter nos impide continuarlas por oponerse á la gravedad y severidad de esta obra (1). Imá-

(1) Creemos oportuno publicar cuando menos una de estas raras y originales tradiciones. Nos la refirieron en el camino de Jaen á Baeza, y procuraremos presentarla con toda la sencillez con que brotó de los labios de nuestro narrador, jóven ingénuo y lleno de fé que parecia creer cándidamente cuanto iba refiriendo. —Y ¿en qué época se cree que vino á Jaen esa milagrosa cara de Dios? preguntamos á nuestro hombre.—En tiempo de S. Eufrasio, contestó. Hubo entonces un Papa que se dejó prender de amores por una niña traviesa y juguetona que andaba al rededor de su palacio; y hubiera caido el buen Papa en pecado á no ser por nuestro obispo, porque era la muger el diablo y le tenia armada muy bien la zancadilla. —¿Estaba S. Eufrasio en Roma? —No, sino en Jaen; pero tenia el santo obispo en una redoma tres diablillos; y como supiese una noche por ellos que ya estaba puesta la mesa en que el Papa iba á cenar con sus amores, partió en volandas para Roma, donde pudo aun conjurar á Satanás y librar al Papa de sus manos. —¿Y llegó á Roma la misma noche? —La misma noche. Preguntó S. Eufrasio á uno de los tres espíritus que como cuánto de tiempo pedia para llevarle á Roma, y contestó el diablo que hora y media: repitió la pregunta á otro, y contestóle que una hora: repitió lo pregunta al tercero, y contestó: dentro de media hora llamarás á la puerta de la casa de S. Pedro, si en recompensa prometes darme todos los dias las sobras de tu almuerzo: ¿prometes? —¿Y se lo prometió el Santo? —Prometo, dijo; y alzóse luego el diablo, que era por mas señas cojo, y ya estan en Roma, para que vea su mercé si han hecho pronto el viaje. —Ligeros han andado.—Llamó S. Eufrasio á la puerta del palacio del Papa, y como le preguntasen quién era, «abre á Eufrasio» dijo; á lo cual el Papa esclamó: pues ¿cómo ha de ser Eufrasio, si está el buen obispo en Jaen? Mas en esto S. Eufrasio entraba ya en la sala; y viendo al Papa cenando mano á mano con la muger de rara hermosura de que le habian hablado los diablillos, vuelto de cara á la taimada, le echó tantas bendiciones, que no pudiendo ella ya mas sufrirlas, se hundió con grande estrépito en el suelo, llevándo tras si al infierno la mesa en que pensaba poder arrastrar al mismo vicario de Jesucristo. —¿No cayó el Papa con ella? —Quedó el Papa como quien ve visiones; mas vuelto luego de su estupor, abrazó tan tiernamente á S. Eufrasio, y derramó sobre él tantas y tan sentidas lágrimas, que daba pesar no solo verle, sino oirle. Ni sabia cómo recompensar ni cómo agradecer tan gran servicio; pero S. Eufrasio nada pidió en cambio sino esa cara de Dios que guarda Jaen como su primer tesoro. Dióle el Papa dos; mas S. Eufrasio perdió una en una tempestad deshecha que le asaltó en la mar precisamente al volver de Roma, y es esta la única que existe en el mundo despues de la de la iglesia de S. Pedro. —Pues y al diablillo ¿le cumplió S. Eufrasio la palabra? —Vaya si se la cumplió. Almorzaba el santo nueces, y se las rompia en la cabeza dejándole las cáscaras, y diciéndole: «ahí van las sobras.» Es esta, como se ve, una tradicion disparatadisima; pero su misma rareza nos ha movido á consignarla.

gen tan venerable y sobre la que descansa la fé de tantos siglos, ¿no era á la verdad merecedora de un altar en que brillase mas el genio artístico? Consérvase, ademas, sobre esta urna una Vírgen llamada la Antigua, que, segun otra tradicion, llevó S. Fernando en sus brillantes espediciones y regaló á Jaen despues de haberlo conquistado: ¿no es lástima que esté confundida entre otras imágenes de mal gusto, faltas de belleza y de recuerdos?

La sacristía, la sala capitular, el sagrario son tambien obras notables por su grandiosidad y su lujo, pero no por su belleza. Faltas casi todas de carácter, no presentan sino cuerpos arquitectónicos ejecutados con mas ó menos acierto, que lo mismo pueden tener cabida en estos salones que en los consagrados á los placeres de la sociedad profana. Nada dicen al corazon, nada á la fantasía, y nadie siente en su interior el menor recogimiento religioso. El mismo sagrario, esa parte del templo que mas ha de mover al cristiano á la concentracion del espíritu y á la plegaria, carece del todo de sentimiento, y es frio para el alma como para los sentidos los mármoles de que está adornado. Tiene la forma de una elipse, y está sostenido por ocho pilares, á los que estan adosadas dos columnas corintias; el pavimento es de mármol como el de todo el templo, la bóveda artesonada, las cuatro capillas que hay abiertas entre los pilares decoradas con lujo y corridas en la parte superior de una barandilla de balaustres; bajan por todas partes torrentes de luz vivísima; todo brilla, todo chispea á los ojos del que allí penetra: ¿y es esto propio del lugar en que va el pecador á doblar la rodilla para reconciliarse é identificarse con su Dios?

El primer artista que concibió el proyecto de esta catedral pudo estar animado de un verdadero sentimiento religioso, pero no los que continuaron ni concluyeron su obra. Aquel, aunque sujeto por las frias reglas del arte greco-romano, supo luchar con ellas y comunicar al templo vida, belleza moral, carácter; pero estos, mas artífices que artistas, siguieron servilmente aquellas reglas, y al parecer ni pensaron siquiera en animar ni en dar colorido al monumento que confiaron á sus manos. Artistas todos de diversas épocas, no podia por otra parte cada uno dejar de obedecer al gusto de su siglo; y esto

Créese generalmente que trajo de Roma esta reliquia D. Nicolás de Biedma, obispo de esta diócesis, que la obtuvo del Papa Gregorio XI en 1376.

debia naturalmente hacer presentar al templo compuesto de elementos hetereogéneos, dotado de grandes bellezas y afeado por mayores defectos, revestido de carácter en el conjunto, y falto de carácter en los mas de sus detalles.

Empezóse esta catedral en el año 1500 cuando ocupaba la silla episcopal de Jaen D. Alonso Suarez de la Fuente el Sauce (1), y es facil concebir que se la construyese aun segun el gusto ojival, cuya influencia duró en España hasta mediados de aquel siglo. El arquitecto que echó los cimientos de la capilla mayor por orden de D. Alonso no podria dejar de recordar las formas del templo antiguo derribado ocho años antes y levantado en 1368 por el obispo D. Nicolás de Biedma; y al edificar los muros del ábside, no se satisfizo con templar su desnudez con simples molduras; los revistió de cintas y de follages, y los coronó con agujas de crestería que aun hoy levantan su oscura cúspide entre las excrescencias de la catedral moderna. No se

(1) Los obispos de Jaen y Baeza que ha habido desde S. Fernando acá son los siguientes: Del 1249 al 1250, D. Pedro Martinez; hasta el 1276, D. Pascual; hasta el 1283, D. Martin Dominguez; hasta el 1285, D. Juan; hasta el 1286, D. Juan el II; hasta el 1287, sede vacante; hasta el 1289, D. Juan el III; hasta el 1297, sede vacante; hasta el 1301, D. Pedro el Mártir; hasta el 1317, D. García Perez; hasta el 1323, D. Gutierre Tellez; hasta el 1331, D. Fernando Martinez Agreda; en el mismo 1331, D. Juan el IV; hasta 1334, D. Fernando el II; hasta 1357, D. Juan de Loria el V; hasta 1360, D. Juan el VI; hasta el 1368, D. Andrés; en el mismo 1368, D. Alonso Pecha; hasta el 1378, D. Nicolás de Biedma; hasta el 1382, D. Juan de Castro; hasta el 1383, el mismo Biedma citado, que habia sido promovido al obispado de Cuenca; hasta el 1423, D. Rodrigo Fernandez de Narvaez; hasta el 1456, D. Gonzalo de Zúñiga ó Estúñiga; hasta el 1457, D. Fr. Jaime de Tahuste; hasta el 1474, D. Alonso Vazquez de Acuña; hasta el 1476, sede vacante; hasta el 1483, D. Iñigo Manrique; hasta el 1497, D. Luis Osorio; hasta el 1500, D. Fr. Diego Deza; hasta el 1522, D. Alonso Suarez de la Fuente el Sauce; hasta el 1523, D. Fr. Diego Gayangos; hasta el 1538, D. Esteban Gabriel Merino; hasta el 1545, D. Francisco de Mendoza; hasta el 1555, D. Pedro Pacheco; hasta el 1560, D. Pedro Tavera; en el mismo 1560, D. Fr. Francisco Benavides; hasta el 1566, D. Diego de los Covos; hasta el 1577, D. Francisco Delgado; hasta el 1580, D. Diego Deza, segundo de este nombre y apellido; hasta el 1596, D. Francisco Sarmiento; hasta el 1600, D. Bernardo Sandoval y Rojas; hasta el 1615, D. Sancho Dávila y Toledo; hasta el 1619, D. Francisco Martinez Ceniceros; hasta 1647, D. Baltasar Moscoso y Sandoval; hasta 1648, D. Juan Queipo de Llano; hasta 1664, D. Fernando Andrade y Castro; hasta 1668, D. Antonio de Pina Hermosa; hasta 1671, D. Fr. Gerónimo Rodriguez de Valderas; hasta 1682, D. Antonio Fernandez del Campo; hasta 1693, D. Fr. Juan Asensio; hasta 1708, D. Antonio Brizuela; hasta 1714, D. Benito Omaña; hasta 1732, D. Rodrigo Marin y Rubio; hasta 1738, D. Manuel Orosco Manrique; hasta 1747, D. Andrés Cabrejas; hasta 1750, D. Francisco del Castillo; hasta 1770, D. Fr. Benito Marin; hasta 1780, D. Antonio Gomez de la Torre; hasta 1785, D. Agustin Rubin de Ceballos; hasta 1796, D. Pedro Rubio Benedicto; hasta 1816, D. Fr. Diego Melo; hasta 1832, D. Andrés Esteban; hasta 1837, D. Diego Martinez Carlon; hasta el 1847, D. Antonio Martinez de Velasco; del 1847 acá, D. José Escolano, que sigue gobernando la diócesis. Véase lo que sobre este obispado y el de Baeza decimos mas abajo en una nota.

pensó en proseguir la obra de Suarez hasta el 1532, en que ya dominaba el renacimiento sobre el destronado estilo gótico; y no se quiso ya ni se pudo tomar en consideracion el gusto de la fábrica empezada, gusto que no temian calificar á la sazon de bárbaro. Pedro de Valdelvira, uno de los mejores arquitectos de su época, trazó un proyecto del todo independiente, y apuró como los artistas de Italia su ingenio en combinar é identificar las antiguas formas greco-romanas con las necesidades morales y materiales de la religion cristiana. No pudo ejecutarlo por sí mismo; pero tuvo cuando menos la fortuna de encontrar un fiel intérprete de sus pensamientos en Andrés de Valdelvira, su hijo, que continuó la obra hasta el 1579, en que murió dejando vinculado su nombre en la calle donde vivió y en la iglesia de S. Ildefonso, que guarda aun sus cenizas. Dejó Andrés de Valdelvira concluido todo el lado izquierdo de la iglesia con la sala capitular y la sacristía, donde no se logró imprimir el sentimiento religioso que en el templo. Reveló buen gusto artístico; mas despues de él y de su discípulo Alonso de Barba, que dirigió la obra por algunos años, no se pudo continuar tan vasto monumento hasta el 1634, época en que Juan de Aranda y luego Pedro del Portillo trabajaron con tanto ahinco, que en 20 de Octubre de 1660 pudo ya celebrarse la dedicacion del templo. Continuaron aun estos la obra acomodándose al gusto de sus antecesores; mas ¿qué podia esperarse de los artistas que pusieran en ella la mano á fines del siglo XVII, cuando no solo las artes, sino tambien la literatura y hasta la monarquía estaban en España en una espantosa decadencia? La fachada y las torres fueron concluidas en este período de abatimiento, y no es estraño que aparezcan llenas de defectos, cubiertas de adornos de mal gusto. Cuando se construyó el sagrario, estaba ya en parte levantada la arquitectura del abismo en que la habian hundido los tristes acontecimientos del último monarca de la dinastía austriaca. Mas á pesar de esta circunstancia, á pesar de haberla trazado y dirigido la obra un arquitecto tan eminente como lo fué D. Ventura Rodriguez á fines del último siglo, no puede el sagrario sufrir con el interior de la catedral ni el mas remoto paralelo. Lo hemos dicho ya, podrá tener belleza, pero no sentimiento: es un cuerpo sin alma (1).

(1) Se habrá observado que, contra nuestra costumbre, no hemos hecho referen-

Quedan aun en esta ciudad otros templos, pero modernos, frios, faltos de toda belleza artística, de todo pensamiento filosófico, de todo sentimiento místico y cristiano. Para ver monumentos que hablen algo al corazon, es preciso ya abandonar Jaen y dirigirse á las ciudades de Baeza y Úbeda, cuyas iglesias, ensombrecidas por los siglos, reflejan aun la mano de S. Fernando y quizás la del emperador Alfonso. El camino que á ellas conduce es árido, triste, monótono: campos silenciosos é incultos se estienden al uno y al otro lado de una senda desigual abierta mas por las huellas que por el azadon del hombre; y ni un árbol, ni un solo álamo presta su sombra al viajero, ni en las mismas orillas del Guadalquivir, cuyas claras y transparentes aguas pasan á corta distancia de Baeza, bajo un puente del siglo XV que acaba de comunicar gravedad y hasta melancolía al con-

cia en todo lo relativo á Jaen á ningun documento original de los que tal vez guardan con abundancia los archivos de tan antigua ciudad. Débese esto, y sentimos mucho decirlo, á las dificultades que opusieron de continuo á nuestros deseos de ver sus archivos respectivos tanto el cabildo de la catedral como el señor alcalde corregidor, á quien no bastó ni una real orden, de que casi nunca debemos hacer uso, para que nos facilitara en los dias que pudimos estar en Jaen lo que nos han facilitado voluntariamente y con el mayor placer el ayuntamiento de Baeza, á cuyo regidor D. Alonso Molinero no podemos menos de manifestar nuestro mas sincero agradecimiento; el de Ubeda, que nos permitió examinar los documentos de su archivo hasta por la noche; el de Granada, cuyo archivero el Sr. Vilches nos manifestó con un interés que nunca olvidaremos cuanto podia contribuir á dar luz á nuestras investigaciones históricas; el de Málaga, cuyo corregidor satisfizo nuestros deseos en el momento mismo en que se los insinuamos; el de Almería, cuyo alcalde D. Joaquin Gomez Barragan llegó á considerar como un favor que examináramos los pergaminos que tenia; el cabildo catedral de esta misma ciudad, cuyo arcediano D. Francisco de Paula Gomez hasta tuvo la deferencia de ayudarnos á copiar los manuscritos que creimos interesantes para esta obra; el cabildo de Málaga, que no omitió mostrarnos ni aun los mas importantes documentos; la comunidad de la capilla real de Granada, cuyos bien conservados pergaminos nos mostró uno á uno el archivero D. Fernando Gonzalez, capellan de celo y de muchos conocimientos; el contador de la Alhambra D. Laureano García y el distinguido jóven de Guadix D. Francisco Torres Lopez, que nos franqueó los documentos que tiene recogidos para su historia inédita de Guadix y Baza. En Jaen no encontramos un ausilio eficaz ni aun en los particulares: solo en el presbítero D. Juan Maldonado encontramos el celo y el amor á las bellezas del pais que tan abiertamente nos manifestaron en Baeza el ya citado D. Agustin Alonso Molinero y el escribano D. Andrés Moreno, sugeto de una constancia infatigable para recoger aun las mas insignificantes noticias relativas á la historia de su patria; en Granada el Sr. García, presbítero, D. José María Zamora, D. Manuel Fernandez, el Sr. Salvador de Salvador y otras muchas personas cuyo nombre no recordamos; en Málaga el tan cortés como entusiasta jóven D. José Moya; en Almería el activo D. Carlos Fornovi, que no enseñaria con mas gusto ni hablaria con mas entusiasmo de los monumentos de su patria que de las murallas árabes y el alcázar de la ciudad que le ha adoptado. Tenemos, como llevamos dicho, un sentimiento en decir lo que decimos de Jaen; pero quede compensado por el placer que nos cabe al consignar los nombres de tantos como se han prestado á secundar nuestros esfuerzos.

junto del paisage. Descúbrese á largo trecho uno que otro cortijo; pero tan aislado y tan falto de animacion, que mas parece sepulcro que morada de vivientes. Llano en general el terreno, y cerrado solo á lo lejos por lomas y cerros cubiertos de verdura, dilátase á cada paso el horizonte, y todo se presenta no solo desconsolador, sino hasta peligroso al caminante, que apenas se atreve á estender sus miradas mas que para examinar con cierto temor si en la dilatada llanura ve brillar sobre la silla de un caballo la carabina del bandido. El lejano ladrido del perro y los sencillos cantos del arriero, acompañados tal vez por el pesado esquilon de sus caballerías, son los únicos acentos que interrumpen el silencio del espacio; y si levanta de vez en cuando la voz el guia, es solo para escitar la imaginacion y llenar el ánimo de presentimientos con la relacion de un suceso fantástico ó la de un impío asesinato. Triste, muy triste es el camino de Jaen á Baeza; pero no bien se acerca el artista á esta ciudad, cuando olvida sus recelos y siente embargada su atencion por objetos que hablan en alta voz de siglos que ya pasaron, de generaciones que ha hundido ya la mano de la eternidad en el abismo sin fondo de lo pasado.

Está sentada Baeza en lo alto de una loma, y apenas se la divisa, cuando las ruinas de su alcázar hacen desde luego concebir que no es una ciudad sin recuerdos ni un pueblo cuya cuna se haya mecido, como la de otros tantos de Andalucía, entre los claros resplandores del renacimiento. Al llegar al pié de sus muros vése ya el sello de la edad media en los arcos ojivales de sus puertas, en sus torres coronadas de soberbias barbacanas, en los restos gigantescos de una de sus capillas levantada frente el alcázar como rival de la grandeza que tuvo este cuando la ocuparon los temidos caballeros de la corte de S. Fernando. Éntrase en la ciudad; y á lo largo de calles silenciosas, en cuyos arroyos llega á crecer la yerba, asoman á derecha é izquierda antiguos palacios, sobre cuyos arrogantes arcos de sillería se abren anchas ventanas ya cimbradas, ya ojivales; descúbrense tal vez á la vuelta de una encrucijada portadas góticas cubiertas de follage y crestería; y no es raro divisar en el fondo de una plaza ó en el oscuro ángulo de una calle alguna fachada bizantina, llena aun de la sencilla y tosca gravedad que caracterizó la arquitectura durante el movimiento general de las cruzadas. Hasta en los puntos que parecen haber invadido mas la civilizacion y el gusto moderno, pórticos severos, ca-

sas humildes, torres que levantan al cielo sus sombríos almenages y restos ya informes, pero significativos para el que sabe leer en lo pasado, dan al conjunto de los cuadros que se van presentando á la vista cierto aire de antigüedad que en vano pretenden borrar los aun tiernos árboles que cubren sus plazas, las fuentes modernas que arrojan sus aguas cristalinas entre los verdes ramages de sus álamos y sus cinamomos, y los reducidos pero alegres caseríos que han levantado nuestros arquitectos. Todo, casi todo respira antigüedad en Baeza: vése aun en ella la ciudad feudal, la ciudad aristocrática, la ciudad religiosa de los siglos XIII y XIV; y es facil todavía ver pasar unas tras otras ante los ojos de la imaginacion las sombras de los reyes que la conquistaron, las de los guerreros que la poblaron y defendieron, las de los mártires que levantaron su elocuente voz ya entre las medio desmoronadas leyes del paganismo, ya entre la tea y la espada de bandos fratricidas que mancharon un dia el suelo de la ciudad con escombros ahumados y sangre de nobles víctimas.

Así se siente en esta ciudad cierta tristeza y melancolía á pesar de su situacion bella y risueña. Está Baeza hermosamente sentada en la cumbre de una loma que ciñen á larga distancia cerros tan alegres como pintorescos; tiene á sus piés un valle delicioso pintado de mil colores y cortado por floridos oteros que aumentan el agradable juego de su claro-oscuro; y allá en el fondo de la llanura ve brillar y serpentear el Guadalquivir bajo la sombra de árboles y flores. Cobijada por un cielo puro y transparente, como no llega á concebir la fantasía, está inundada de bellas tintas que llenan de una dulce animacion sus monumentos; cuenta ya calles espaciosas, plazas pobladas de alamedas y paseos donde el murmullo de las fuentes acompaña el lento susurro de la brisa entre los árboles; presenta aun vida en su mercado y en su vasto ejido, ocupado hoy por activos labradores y ayer por un pueblo numeroso que acudia á recoger la palabra divina de los labios de un sacerdote ilustre cuyo nombre está vinculado en una cruz de piedra; y es sin embargo triste, dulcemente triste para el viajero, que, ya siente encogérsele el corazon, ya dilatársele en un limpio cielo de tiernos sentimientos, ya cubrírsele de duelo y de amargura. Refléjase aun en la ciudad una época en que, si habia por una parte rudeza de costumbres, existia por otra cierta inocencia que hemos ya perdido, y si barbarie, una fé vivificadora cuyas hojas han cai-

do una á una marchitas sobre el árido suelo que pisamos; y es ciertamente para el hombre conocedor bien penoso este contraste. Habia en Baeza en los tiempos á que nos referimos al lado de la tiranía aristocrática un caballerismo que ya no existe, y un honor cuya falta debemos encubrir con el fingido velo de la hipocresía; y este caballerismo y este honor, que movieron á tan altas empresas la espada de antiguos héroes, no podemos menos de recordar con dolor que solo han dejado tras sí la bajeza y el egoismo. Recuérdanos, por fin, esta ciudad siglos en que creció y floreció bajo la influencia de los rayos que despidió sobre ella la corona de sus buenos príncipes y bajo la sombra de fueros otorgados por la piadosa mano de un rey santo; y ¿cómo no han de afligir estas memorias á hombres ante cuyos ojos solo se levantan las fantasmas de un porvenir lleno tal vez de peligros y de horrores?

Descúbrese por otra parte en Baeza una decadencia rápida. Sus calles estan solitarias y en silencio, muchos de sus palacios huérfanos de su antigua aristocracia, las portadas de algunos de sus templos cubiertas de musgo, el suelo de sus santuarios erizado de zarzas y de escombros, privada la ciudad entera del rumor de sus talleres..... y la vista de tanta soledad y abatimiento sumerge tambien en tristes ideas al que siente aun palpitar su corazon cuando considera cómo el dedo de Dios va hundiendo en la nada ciudades que recibian ayer el homenage de otros pueblos.

Baeza fué un dia una ciudad romana (1), que aunque ofuscada durante el imperio por el esplendor de Cástulo, apenas sucumbió esta á las armas de los bárbaros, creció en riqueza y poblacion á la sombra de los primeros altares de la Iglesia. Llena de la grandeza de su rival, logró ya en tiempo de Wamba honrar con la silla episcopal su recinto manchado con la sangre de cien mártires; y capitulando á poco con los árabes, no solo sostuvo intactas sus creencias y su fortuna al través de invasiones y guerras religiosas, sino que, erigida en residencia de walíes y aun en morada de reyes, vió humillada á sus piés la

(1) Fué llamada Viatia, Biatia ó Beatia segun cabe inferir de los textos de Livio y Ptolomeo y de una inscripcion que publicó Loaisa:

Q. VALERIO. POSTUMO. BEATIANO.
Q. VALERII. CASTULI. F. QUI VIXIT.
ANN. XXXII. ANTONIA. AUR. EX.
TESTAM. B. M. P.

frente de ciudades populosas. Participó de los males que las discordias atrajeron al imperio de los califas de Córdoba y los emires de Sevilla; mas defendida por las mismas vertientes de la loma que ocupa y por un alcázar cuyos muros torreados dominaban por todas partes sus frondosos valles, no sufrió de mucho lo que otros pueblos de Andalucía, ni vió ajadas nunca del todo las hojas de su corona. A la entrada de los almohades vió ya sobre sí las armas del emperador Alfonso VII, y no tardó en ver flotando en sus torreones las sagradas banderas á cuyo pié habia caido la ensangrentada cabeza de tantos de sus hijos. Tumba de muchos mártires, fué segun tradicion salvada del poder de los infieles por la intercesion del mismo Dios, por el brazo de santos poderosos bajo cuyas espadas de fuego cayó muerta en la oscuridad gran muchedumbre de enemigos (*).

Cayó otra vez en poder de los árabes, que no dejaron de suspirar nunca por su alcázar y su cielo, y fué pronto el trono de Mohamed, ese rey ambicioso que por salvar su corona no dudó en rendir homenaje en las orillas del Guadalimar á los reyes de Castilla; pero no estaba lejos el tiempo en que, salvada por los ejércitos de S. Fernando, debia quedar para siempre cristiana y levantarse á la cumbre de su mayor grandeza. El santo rey, lleno de amor por ella, no perdonó medio para hacerla una de las ciudades mas poderosas del norte de Andalucía: la pobló con sus mas esforzados caballeros; le dió toda la tierra que corre desde el puerto de Muradal á las sierras de Bedmar y Jódar, y desde las fronteras de Jaen á las de Úbeda (1); le hizo donacion de torres y castillos en cuyas ruinas estan hoy sentados pue-

(*) Véase el capítulo 10.

(1) Estan determinados los términos antiguos de esta cindad en el documento número 6 del archivo municipal. Es este documento una carta de donacion del mismo S. Fernando, y en ella leemos: Dono itaque vobis et concedo terminos per loca inferius nominata videlicet per Portum de Muradal sicut aquæ currunt versus Baetiam, et quomodo cadit per sumitatem serre usque ad directum ubi cadit Ferrumbral in Guadalquir et de Ferrumbral per Guadalquivir ad sursum usque ad Torres sicut dividit terminum cum Jahen, et do vobis Torres cum suo termino, et deinde quomodo cadit per sumitatem serre de Bedmar et de Xodar sicut aquæ currunt usque Baetiam; et de serra de Xodar quomodo descendit directe ad Xandoliellam et Xandoliella cum suo termino sicut tenet usque Guadalquir, et deinde sicut Baetia dividit terminum cum Ubeta et deinde quomodo Bilche dividit terminum suum cum Scto. Stephano et cum turre de Alber, et deinde quomodo cadit directe usque ad sumitatem serre de Muradal; et perinde sicut tornat ad ipsum Portum de Muradal: et cum Deus rendiderit Ubetam cultui cristiano, ut habeat terminos suos sicut habebat tempore sarracenorum... Hos supradictos terminos dono vobis et concedo ut vos jure hereditario habeatis et irrevocabiliter possideatis in eternum, ut illos qualis voluntas populatos aut heremos tineatis... Está fecha esta carta en Burgos á 18 dias del mes de mayo, año de la Era 1269 (1231).

blos importantes (1); la aforó (2); le hizo merced de muchos privilegios; y deseando consignar la memoria de los sucesos que precedieron y acompañaron la conquista, le dió por armas la puerta de su alcázar con una cruz y un arpa, geroglíficos significativos, al pié de los cuales dice aun con arrogancia la ciudad:

Entre dos torres doradas
Vide una cruz milagrosa
Con dos llaves argentadas
Y las puertas safiradas
Sobre sangre generosa.
Soy Baeza la nombrada,
Nido real de gavilanes;
Tiñen en sangre la espada
De los moros de Granada
Mis valientes capitanes. (3)

(1) Por una carta del mismo rey, dada en Valladolid á 6 de abril del año 1291 de la Era (1253), sabemos que hizo donacion á Baeza del castillo de Bilches, el de Baños, la torre de Estivel, los castillos de Huelma y Bolmez que estaban aun en poder de los moros, y los de Chincoya y Aolit, que poseia á la sazon Sancho Martin y debia poseer todos los dias de su vida. Son curiosas algunas de las condiciones de esta donacion: «Dono itaque vobis et concedo, dice la carta, castellum de Bilches cum omnibus terminis et pertinentiis suis quod ego vobis iam dederam sicut continetur in alio privilegio meo in quo omnes termini vestri nominantur (alusion á la carta citada en la nota anterior); ita tamen quod idem castellum de Bilches teneat semper de manu mei unus miles de Baeza quem ego voluero et ego dabo ei pro retentione de morabetinis meis secundam quod mihi placuerit et relinco ad opus mei cellarium ipsius castelli cum hereditate sufficiente ad decem yuga boum ad aruncem et cum viginti arenzadis vincarum et cum tribus arenzadis orti... Præterea concedo vobis castella de Huelma et de Bolmez cum omnibus terminis suis qui sunt in potestate sarracenorum; et si ea acquirere vel capere potueritis, quod habeatis ea pro hereditate et termino et si ego illa adquisiero vel cepero vel quicumque ea ceperit vel acquisierit post dies meos vel ante, quod det illa duo castella concilio de Baetia. Dono etiam vobis et concedo castellum de Chincoya et castellum de Aolit cum omnibus terminis et pertinentiis suis quæ castella tenet Sancius Martinus et debet tenere diebus omnibus vitæ suæ; sed post mortem ipsius Sancii Martini quod habeatis ea pro termino et hereditate tali tamen conditione quod sarraceni qui ibi fuerint custodiantur fideliter et teneantur ad convenientias quas habeant mecum et cum tuo Sancio Martini, et non queratis ab eis amplius quem dare debent et eosdem reditus quos mihi dant et Sancio Martini dent vobis concilio de Baetia, sed non exigatis ab eis amplius quam debetis; et si forte sarraceni voluerint inde recedere ad morandum in alio loco, absque alio gravamine quod eisdem faciatis recedant liberi et absoluti; et que ita recedentibus quod vos concilium de Baetia de cristianis populemini dicta castra.» Tanto respeto á capitulaciones celebradas con moros, tan escasos en número como impotentes para protestar contra cualquier violacion de lo prometido, honra verdaderamente á S. Fernando (Archivo municipal de Baeza, docum. núm. 9.).

(2) No hemos encontrado la carta en que se la aforó; pero sabemos que se la otorgó el fuero de Cuenca por muchos documentos del mismo archivo, y sobre todo por una carta del rey D. Sancho, fecha en Medina del Campo á 20 de junio de 1305, en la que á peticion del concejo de la ciudad corrige aquel rey este fuero introduciendo en él disposiciones acertadísimas, sumamente humanitarias y dignas bajo todos conceptos de ser guardadas y estudiadas (Archivo munic. de Baeza, documento núm. 19.).

(3) Estan escritas estas quintillas debajo de las armas de la ciudad en las nuevas casas consistoriales. La cruz milagrosa alude á la de fuego que vieron los fugitivos cristianos desde el lugar que llaman la Asomada, cuando muerto Mohamed, ataca-

Animado siempre por la fé religiosa que fué el móvil de todas sus empresas, purificó los templos musulmanes, reedificó la catedral que habia levantado segun tradicion el emperador Alonso, y restauró en ella la silla de sus antiguos prelados, oscurecida durante tantos siglos por las nieblas del islamismo.

No duró mucho tiempo en Baeza esta cátedra sagrada que trasladó el mismo S. Fernando á Jaen tres años despues de haberla vencido (1); pero no por esto perdió la ciudad en esplendor, antes se vió á poco mas y mas honrada y favorecida por los reyes que despues de su conquistador se sentaron en el trono de Castilla. Alfonso el Sabio la declaró exenta de pagar portazgo y montazgo en las tierras situadas mas acá del Tajo (2); Sancho el Bravo le dió por juro de heredad Jódar y su término (3); Fernando el Emplazado confirmó cuan anchamente pudo los fueros que le otorgaron sus antecesores (4); Alfonso XI le ratificó la propiedad de las salinas de Recena y de Jarafe, y la defendió contra los que la poseían á viva fuerza y los que cobraban injustamente el tributo de la robda en Bailen, Linares y otros lugares comprendidos dentro de sus mojones (5); Pedro I y Enrique II confirmaron sin restriccion sus privilegios (6);

ron los moros el alcázar (véase el cap. 10); el aspa, de que no hablan las dos quintillas, pero sí Gratia Dei que las compuso, al instrumento de martirio de S. Andrés, en cuyo dia se supone que fué tomada definitivamente Baeza.

(1) Sobre este punto conviene trasladar lo que dice entre otros autores el Padre Bilches en sus Santos y Santuarios del obispado de Jaen y Baeza, pág. 134:... y asi procuró (S. Fernando) trasladar á ella (á Jaen) la iglesia de Baeza. Tuvo esto efecto en parte pasados mas de tres años, como en otro lugar veremos, quedando unos Prebendados en el templo antiguo de Baeza, y pasando otros al nuevo de Jaen, y ambos hacen una iglesia formal, aunque dividida en dos templos materiales, el uno y el otro con título de Cathedral.

(2) (Archivo mun., doc. núm. 11.) El portazgo y el montazgo debian pagarlo los Baezanos solo en Sevilla y Murcia.

(3) (Arch. mun.)

(4) (Arch. mun., núm. 4.)

(5) Las salinas de Recena y de Jaraf eran propiedad de Baeza, quizás ya en el mismo reinado de S. Fernando; mas como no hemos encontrado la carta original de donacion, solo citamos en el texto la confirmacion hecha por este Alfonso (Archivo mun., núm. 21.).

(6) El rey D. Pedro no se sentia al parecer muy inclinado á confirmar los fueros de esta ni de las demas ciudades; pero al fin los confirmó. En una carta fecha en Sevilla á 15 de mayo de 1350, contestando á una peticion del concejo sobre que le confirmara el fuero de Cuenca, decia: «A esto vos respondo que quando confirmaré los fueros é privillegios é cartas á las otras de las cibdades é villas é lugares de mis regnos que me enviedes los privillegios é cartas é fuero que avedes, é yo veerelos é faré sobre ello lo que mi merced fuere.» Era esto á la verdad amenazador; pero no se habia pasado un año cuando habia confirmado á esta ciudad todos sus fueros (Arch. mun., docum. núm. 138 y núm. 62.).

Enrique IV, que en un momento de espansion tuvo la debilidad de entregar al condestable de Castilla Miguel Lucas los lugares de Baños y Linares, se los devolvió al verla combatir el alcázar y derramar con furor su sangre (1); Isabel la Católica, por fin, la declaró inenagenable cuando mas temia la ciudad por sus libertades y creia ser entregada al dominio de los barones castellanos que acababan de apoyar la corona en las sienes de los reyes católicos contra las armas de la bastarda D.ª Juana (2). Estuvo durante siglos tan enaltecida, que escitó no pocas veces los celos de muchos pueblos comarcanos. Durante el reinado de Alfonso XI Jaen, no pudiendo disimular el encono que ya de muy antiguo le tenia, le movió pleito sobre sus términos; y dejando las razones por las armas, entró con su pendon en el territorio de la ciudad, hizo dehesa, puso mojones y tomó y llevó á la fuerza gran número de los ganados de los que allí pacian (3): pocos años despues Úbeda pretendió gozar con ella en comun de la caza, pesca, prados y aguas de sus fronteras (4): Bailen sostuvo con ella contiendas ruidosas, que no terminaron hasta que, poniendo en ellas la mano el Rey católico, condenó á la indócil súbdita de Baeza á que la pagara todos los años dos mil fanegas de trigo de tributo (5).

(1) Este hecho, y sobre todo el documento de que lo sacamos, acaba de probar, si es que se necesita de mayores pruebas, cuán débil, veleidoso é incapaz fué el antecesor de los grandes reyes D. Fernando y D.ª Isabel (Arch. mun., doc. núm. 13.).

(2) (Arch. mun., doc. 32.) El rey D. Juan II la habia dado antes en patrimonio á su hijo el príncipe heredero D. Enrique, pero tambien con la condicion de que ni él ni sus sucesores pudiesen enagenarla ni separarla de la corona bajo pretesto alguno (Arch. mun., doc. núm. 6.).

(3) El concejo de Baeza se quejó de este atropello á Alfonso XI, y este por carta dada en Cuenca á 5 de julio de 1338 delegó á Juan, obispo de Jaen, para que entendiera en este negocio. Procedió desde luego el prelado á actuar; y oidos testigos, vistos los documentos necesarios, atendidos los defensores de ambas partes, y leidos los escritos que una y otra presentaron despues de haberlo hecho examinar todo diligentemente por hombres buenos sabedores de derecho, falló que ambos concejos debiesen poseer en adelante de consuno los términos que habian sido objeto de tan grave contienda. Consentida la sentencia, pasó el mismo obispo en 26 de enero de 1341 á señalar los dichos términos para que sobre ellos no pudiesen ya caber mas dudas. Acompañáronle en esta operacion por parte de Jaen Alfonso Diago, canónigo, Pedro Gomez, alcalde, Fortun Sanchez, mayordomo, Sancho Martinez, etc., y por parte de Baeza Fernando Martinez, alcalde, Juan Dominguez, jurado, Juan Garcia de los Perales y otros. «E pusieron conforme á la sentencia los mojones, el primero cerca del camino que va de Jahen á Torres, en una mata parda encima de la fuente de D. Pardo, el segundo en un páramo cotante al arroyo alamoso, el tercero en la angostura del arroyo vil» (Arch. mun., doc. núm. 39.).

(4) Rechazó esta pretension Alfonso XI en su carta fecha á 2 de julio de 1338 (Arch. mun., doc. núm. 17.).

(5) Existen en el Archivo municipal muchos documentos relativos á estas cuestiones. Véase sobre ellas á Bilches y á Jimena.

Vióse en este largo período una vez amenazada de muerte; pero triunfó por sí sola de sus enemigos. Presentóse ante sus muros en 1368 el arraez Abdalá con ochenta mil infantes y cinco mil caballos, y orgulloso por las victorias que acababa de alcanzar en otras ciudades cristianas, apenas los vió, cuando batiéndolos por todas partes, escaló y tomó la torre y puerta de Bedmar, que miran al camino de Granada. Creíase ya vencedor de la ciudad; mas no tardó en ver sobre sí á Rui Fernandez de Fuen-Mayor, que entrando espada en mano en el torreon, le mató de una cuchillada en la cabeza, arrojó al foso gran muchedumbre de infieles, é hizo tanto estrago en los que ocupaban la llanura, que les obligó á levantar el cerco con mucha pérdida de honra, de gente y de caballos. Combatía Baeza por D. Enrique y el moro por D. Pedro; y encendida mas en odio contra este rey que contra los infieles, ni tembló á la vista de tan poderoso ejército, ni se estremeció al sentirlos dentro de sus mismos torreones, ni pensó mas que en morir primero que doblar la rodilla ante los que iban á imponerle las leyes de un monarca, á quien aborrecia hasta el punto de llamar traidor á Pedro Gil, que por servirle militaba bajo las banderas de los moros (1).

Conoció con este hecho Baeza cuánto era su propio poder, y no temió luego en salir á arrostrar diversas veces la cólera de los reyes de Granada, cuyos ímpetus contribuyó á detener en 1407, cuando Mohamed, acompañado del temido Reduan y de ochenta y seis mil combatientes, marchó sobre Jaen y la amenazó con tomarla por asalto. Socorrió entonces con una hueste crecida á los Jaeneses, y no tuvo poca parte en la muerte de Reduan, que cayó del caballo herido de una lanzada, y en la fuga de Mahomed, que viendo frustradas sus esperanzas, quemó cuantos caseríos pudo, y taló huertas, viñas y

(1) A este hecho se refiere aquel tan citado romance:

Cercada tiene á Baeza
Ese Arraez Audalla Mir
Con ochenta mil peones,
Cavalleros cinco mil.
Con él va ese traidor,
El traidor de Pero Gil;
Por la puerta de Bedmar
La empieza de combatir.
Ponen escalas al muro,
Comiénzanle á conquerir:
Ganada tiene una torre,
No le pueden resistir;
Cuando de la de Calonge
Escuderos vi venir:
Ruy Fernandez va delante
Aquese caudillo Ardil.
Arremete con Audalla
Comiénzale de ferir:
Cortado le ha la cabeza,
Los demas dan á fuir.

olivares. Era rival y hasta enemiga de Jaen; pero supo acallar sus pasiones al verla en peligro, y mereció por su generosidad que el concejo de la capital socorrida le dirigiese una carta en que le agradeció en los términos mas espresivos tan señalado servicio.

Gozó despues de una calma profunda hasta fines del siglo XV, en que las manifestaciones turbulentas de su aristocracia indugeron á D.ª Isabel á mandarle á Pedro de Barrio Nuevo para que en su nombre y por su mandado derribara el alcázar, la torre de los Aliatares, las de las puertas de Jaen, el Postigo y la Azacaya, y el torreon de la puerta de Úbeda, fortalezas que acababan de ser reparadas y habian de infundir justos recelos á una reina que no creía bien sentada su corona sino sobre las ruinas de su nobleza (1). Resistió con tenacidad la orden terminante de la que acababa de asegurar en sus manos el

(1) Es sumamente interesante la carta en que D.ª Isabel participa esta resolucion suya á la ciudad: D.ª Isabel por la gracia de Dios etc., al concejo, justicia, regidores, cavalleros, escuderos, personeros, diputados, oficiales é omes buenos de la noble é antigua cibdad de Baeza, é á qualquier é qualesquier de vos á quien esta mi carta fuere mostrada. Salud é gracia. Sepades que yo envio á esa cibdad á Pedro de Barrio Nuevo para que en mi nombre é por mi mandado reciba el alcázar della é la derribe, é asimismo el torrico de la puerta de Ubeda segund que mas largamente se fase mencion en una mi carta patente que sobre ello le mandé dar é que por ella vereis; é por quanto yo so informada que en esa dicha cibdad han enfortalecido ciertas torres, especialmente la de los Altares é las torres de las puertas del Postigo, é del Azacaya é la de Jahen; por ende yo vos mando á todos é á cada uno de vos que las dedes é entreguedes al dicho Pedro de Barrio Nuevo é fagades dar é entregar para que luego entregado dellas las derribe é faga derribar, porque asy cumple á mi servicio é bien é paz é sosiego de la dicha cibdad, para lo qual le do poder complido por esta mi carta, é mando á qualquier ó cualesquier personas de qualquier estado ó condicion, preheminencia ó dignidad que sean que tienen las dichas torres é fuerzas, que luego que por su parte fueren requeridos gelas den é entreguen para que las él faga derribar como dicho es. E yo les alzo é quito por la presente é suelto qualquier pleito é omenage que tengan fecho por ellas asy á esa dicha cibdad como á otras cualesquier personas, é los do por libres é quitos de todo ello á ellos é á sus linages é bienes; é que para todo ello vos junteis con el dicho Pedro de Barrio Nuevo é le dedes é fagades dar todo el favor é ayuda que vos pidiere é menester oviere, é que asy lo fagades é cumplades sin me requerir ni consultar sobrello ni esperar otra mi carta ni mandamiento so las penas quel dicho Pedro de Barrio Nuevo vos pusiere de mi parte, las quales yo por esta mi carta las pongo é do por puestas, é no fagades nin fagan ende al sopena de la mi merced é de privacion de los oficios é de confiscacion de los bienes de los que lo contrario fizieredes para la mi cámara; é ademas que hayaes perdido é perdaes por el mismo fecho todas é cualesquier mercedes que de mi avedes é tenedes en los mis libros asy de tierras como de mercedes é raciones é quitaciones como en otra qualquier manera, lo qual todo sea confiscado é aplicado; é yo por la presente confisco é aplico de agora para entonces á la dicha mi cámara é fisco sin otra sentencia ni declaracion alguna. E mando so la dicha pena á qualquier escrivano público que para esto fuese llamado que de ende al que la mostrare testimonio signado con su signo porque yo sepa en como se cumple mi mandado. Dada en la villa de Tordesillas á veinte é quatro del mes de junio, año del nascimiento de Ntro. Sr. Jesucristo de mil é quatrocientos é setenta é seis años. —Yo la Reina. —(Arch. mun., doc. núm. 15.)

cetro de Castilla; pero no tardó en verse desgarrada por las discordias que se movieron entre sus caballeros de mas alta cuna. Tomó una parte activa en el levantamiento de las comunidades; y cuando aun no habia derramado su sangre sino al pié de la cruz ó en luchas contra infieles, tuvo que contemplar ensangrentadas sus calles por la mano de sus propios hijos. Ciegos estos de ira contra Carlos V, se alzaron á voz de comunidad, quitaron las varas de la justicia al corregidor y á seis oficiales, pusieron otros de su mano tanto en la ciudad como en las villas y lugares de su término, celebraron juntas y hablaron contra el emperador, y apenas supieron la muerte de D. Luis de la Cueva, uno de sus mas ardientes partidarios, invadieron las casas de los del linage de los Carbajales que suponian afectos al monarca, las derribaron y quemaron, y despues de haberles tomado armas y caballos, desterraron á los mas de los que llevaban el nombre de tan desgraciado como ilustre linage. Sabedores á poco de que los matadores de D. Luis estaban en la villa de Jódar, salieron furiosos de la ciudad, ya á pié, ya á caballo, y atacaron de improviso la fortaleza de la villa; y ya que creyeron imposible ganarla, cebaron su encono en las casas y bienes de los vecinos, que incendiaron y arrebataron como si fueran de sus mas implacables enemigos. Deseosos de defender á Villacarrillo contra los ataques de García de Villarroel, adelantado de Cazorla, se arrojaron luego sobre Villanueva, y la saquearon tambien y la quemaron, y pasando á muchos hombres por la espada, la llenaron de terror y sangre y luto. Derribaron la fortaleza de Ibros, empezaron á derrocar la de Baños, depusieron los alcaides y pusieron otros nuevos, regresaron á la ciudad, entraron en la casa de Juan de Benavides, y como si tantas muertes é incendios no bastasen aun para templar su cólera, pelearon entre sí por cierta pendencia que hubo, y cayeron en gran número unos heridos, otros ya cadáveres. Querian detener á toda costa la política del emperador, que heria sus sentimientos de nacionalidad confiando á estrangeros los negocios del Estado; mas ¡ay! no lograron sino lastimar á Baeza y obligarla á que vencida y cubierta de rubor la frente doblase la rodilla ante ese mismo monarca á quien tanto aborrecia. Debió hacer aun mas Baeza: debió pedir el perdon y el olvido de lo pasado á esos pueblos que acababan de sentir el rigor de las armas de sus hijos. Afortunadamente estas poblaciones, lejos de negarse á su demanda, accedieron gustosas á cuan-

to les pedia; por lo que el emperador no menos generoso les escribió una carta en que les concedió su gracia (1).

Cesó, por fin, la guerra en Baeza vencidas ya las comunidades y aallnados los obstáculos que se oponian á la paz; pero quedó entre cenizas el fuego de las discordias pasadas y brotaban chispas capaces aun de promover grandes incendios, apenas las removiese el mas leve soplo de las pasiones populares. Guardaban muchos corazones rencor y aspiraban á la venganza; crecia el odio de los padres en la sangre de los hijos; y no era raro ver amanecer muerto en una calle al que ayer habia amanecido lleno de vida y de esperanza. Brillaba el puñal en la oscuridad aun en las manos de hombres sensatos; y cruzaban por la frente de todos pensamientos criminales y de muerte. Velaba el ojo de la justicia en medio de la soledad y del silencio; castigábanse en el cadalso toda especie de delitos, y hoy se oian publicar á voz de pregon bandos sangrientos, y pedir mañana con voz lastimosa por el alma de los reos; mas era todo infructuoso, solo la religion pudo entonces con buen éxito desplegar sus labios. El maestro Juan de Ávila, viendo en este triste estado una ciudad tan noble, imploró el favor del cielo, y lleno de amor y de elocuencia, habló al corazon de los Baezanos bajo las bóvedas del templo, en lo mas alto de sus plazas, en el seno mismo del hogar doméstico. Inspirado á cada paso por las circunstancias, ya reprendia suavemente, ya tronaba con ardor contra los crímenes que llegaban á sus oidos, ya en medio de sus enérgicas peroraciones suplicaba fervosamente á Dios que alumbrase la razon de los fieles ofuscada por las pasiones, ya derramando vivas lágrimas de amargura comunicaba á cuantos le oian el sentimiento de caridad que alentaba su espíritu y hacia palpitar su pecho. Estaba, segun su historia, tan elocuente y tan encendido por el fuego que bajó sobre la cabeza de los apóstoles, que atrajo á poco hácia sí hasta los corazones mas duros, apagó el odio, acalló la voz de la venganza y volvió á hacer hermanos los que eran antes enemigos.

Renacieron entonces en Baeza las ideas religiosas: el remordimiento inclinó al suelo las frentes que antes levantaba el orgullo; vol-

(1) Por esta misma carta sabemos los detalles que acabamos de dar sobre el levantamiento. Es esta una pintura fiel de una verdadera sublevacion popular, y como tal, digna de ser copiada á la letra; pero es muy larga en el texto, y nos hemos ceñido tanto á ella, que temeriamos ser pesados continuándola aun en una nota (Arch. mun., doc. núm. 26.).

vió la piedad mansos y dulces los ojos de los que ayer no despedian sino miradas de ira; juntó la vista del Señor las manos que no podian hace poco cerrarse sino sobre la cruz de las espadas. Mas habia pasado ya para siempre el tiempo de mas esplendor para Baeza: la religion le habia devuelto la paz, pero no podia ya restituirle sus riquezas. La aristocracia, que era su vida, iba cayendo por momentos á los redoblados golpes de los reyes de la casa de Austria; y si queria conservar el brillo de otros tiempos, debia trocar su castillo ó su ciudad por la corte, á fin de que la alcanzasen los rayos de luz del trono; y habia de ser indudablemente la muerte de la ciudad la de su nobleza. Así se la vió decaer rápidamente despues del siglo XVI; así se la ve hoy triste y abatida, siendo ya apenas mas que una sombra de lo que fué algun dia.

Conserva, empero, aun restos grandiosos de sus mejores tiempos, que merecen ser estudiados y descritos. No los hay ya de los siglos romanos en que fué tal vez fundada; no los hay ya de la época goda en que prosperó y floreció sobre las ruinas de Cazlona; casi no los hay ya de los tiempos árabes, cuyo gusto apenas reflejan mas que algunos lienzos de muralla y una torre llamada de los Aliatares, que se levanta tétrica y sombría en el ángulo de una plaza como un negro fantasma de lo pasado; pero los hay aun del reinado de los Fernandos y los Alfonsos, los hay aun que recuerdan el imperio de Carlos V y brillan con los primeros fuegos del renacimiento, y en ellos es facil todavía leer recuerdos y admirar bellas páginas del arte. Sus fachadas de S. Juan y el Salvador llevan apoyadas en ligeras columnas las planas cimbras concéntricas del arte bizantino; su pequeña iglesia de S. Pedro guarda impreso en una de sus portadas el tosco y severo sello de la arquitectura del siglo XII; y cabe aun estudiar la marcha del arte en estas tres iglesias. La puerta de S. Pedro tiene su primera cimbra cilíndrica y labrada, y la última cubierta de cabezas caprichosas y de figuras que corren á lo largo de un ancho follage; pero es aun muy grave en el conjunto, muy descuidada en los detalles; la de S. Juan con su primer arco claveteado y la imágen del santo titular en un ángulo, no presenta ya tanta austeridad, pero sí mayor belleza; la del Salvador, adornada en toda su cimbra y capiteles de hojas delicadas que ha de agitar al parecer el mas dulce soplo de las brisas del otoño, no solo no escita ya aquella impresion de terror re-

ligioso que suele producir en otras una ejecucion grosera y formas tan raras como indefinibles, parecidas á las de los geroglíficos y enigmas de otros pueblos; sino que parece sonreirse modestamente al artista y hacerle descubrir en sus líneas delicadas la mano de un siglo en que las ideas de la cruzada habian ya enardecido la fantasía cristiana y dispertado en el corazon sentimientos religiosos menos sombríos, pero tan sublimes y mucho mas tranquilos. Es ciertamente sensible que al través de sus bajos arcos en degradacion no se pueda descubrir el tabernáculo en el fondo del ábside, ni la severa bóveda de cañon seguido descansando sobre muros macizos ó sobre columnas en cuyos capiteles haga oscilar la luz de las lámparas las vagas formas de flores simbólicas y fantásticos seres animados. Al través de la puerta del Salvador (1) no se descubre sino un frio templo greco-romano, donde ni siente el corazon ni se mece la fantasía entre las brillantes aureolas de los cielos; al través de la de S. Juan solo se tienden á los piés del observador tres naves separadas por altas columnas en que descansan sencillísimas ojivas; al través de la de S. Pedro se ve una capilla pequeña, oscura, cubierta de ruinas; mas ¿es acaso bizantina? Su planta es una simple cruz latina: crecen gruesos machones junto á sus recios muros: las únicas dos capillas que contiene son profundas y llevan sentadas sus bóvedas sobre cuatro columnas puestas en los ángulos: humildes gradas separan el presbiterio de la nave, y cubren á una y otra techos aun mas humildes de madera; pero no son los arcos plenas cimbras, sino ojivas esbeltas que contrastan tristemente con sus pesados pilares y robustos paredones. Reina, sin embargo, cierta armonía entre el templo y la portada: se siente en el esterior como en el interior, y asaltan en todas partes tétricos y amargos sentimientos. Delante de la puerta hay un pequeño patio entre cuya yerba asoma una que otra piedra antigua en que estan entallados caractéres ya indescifrables: saltan en él acá y acullá alegres niños que pisan con indiferencia aquellos escombros que reclamaria, si tuviese voz, el monumento; y sufre por este el corazon sensible al ver tan aislada y sin oir mas rumor que el de los juegos de la infancia una puerta que vió en otros tiempos pasar bajo sus arcos pueblos y reyes, y recibió con semblante adusto las preces del penitente á quien

(1) En ella se lee: Diego Contreras me fizo.

estaba aun vedado doblar la rodilla en el fondo del santuario. El interior está medio hundido entre ruinas, y se ven asomar todavía entre el polvo huesos de esqueletos humanos; aparecen en las descascarilladas paredes restos de pinturas góticas que cubrió de cal la ignorancia; lo que está aun en pié amenaza caerse; y todo parece retratar al vivo en medio del silencio mas profundo el estado triste de la sociedad en que vivimos. No solo este templo, la iglesia entera está cubierta de maleza y de escombros. En medio del frio barniz de la filosofía y de la crítica aparecen tambien cuadros llenos de religion y sentimiento; mas amenaza caerse como estas paredes el fondo en que los pintó la mano de otros siglos. Como las piedras que estan tendidas en este suelo yacen nuestras creencias: ¡ay! y asoman tambien entre ellas olvidados y en desprecio los esqueletos de los que murieron por alzar el templo de Jesucristo sobre el trono del despotismo y la barbarie.

Conserva esta pequeña iglesia otra fachada romano-bizantina situada en un lugar no menos melancólico. No se distingue de la otra sino en presentar ligeramente apuntados sus arcos concéntricos; pero ¡cuánta mas poesía no respira medio cubierto su muro por el musgo, lleno de zarzas y de espinas el patio que á sus piés se estiende, y las paredes que la cercan casi ocultas por la yedra! Se dobla la frente sobre el pecho ante este cuadro ejecutado á medias por la naturaleza y por el arte; y no ya la tristeza sino la melancolía es quien la dobla. ¡Pobre templo! Está en medio de la soledad y no hay quien lo anime, está cayéndose y no hay quien le detenga en su caida, estan asaltándolo las yerbas parásitas y no hay quien lo defienda. Y despues de arrojados los árabes de la ciudad, fué tal vez uno de los primeros santuarios en que fueron á hincar su rodilla armada de hierro los conquistadores.

No lejos de esta iglesia levanta al aire la catedral su vasta mole; mas no es su grandeza, ni su fachada, de orden compuesto, ni sus espaciosas naves, divididas por frias columnas greco-romanas, lo que atrae las miradas del artista; es tambien una pequeña puerta árabe-bizantina, abierta modestamente en un ángulo, junto á una torre sombría en que está escrita entre dos grandes escudos una larga inscripcion, ya medio devorada por los siglos (1). Consiste esta humilde par-

(1) Hé aquí lo que pudimos leer de esta inscripcion: E fué Diago Lopez conpa-

te del monumento en un simple arco trilobado, sobre el cual abre un estrecho roseton sus círculos concéntricos y resalta la figura de un obispo en una piedra cuadrangular parecida á la losa de un sepulcro. El arco lleva en su intrados dos recios toros; el roseton en sus circunferencias, hojas, flores y cabezas raras; la piedra sepulcral, una orla de caractéres góticos que recuerdan que está sepultado allí Pedro Pascual, ese antiguo prelado de Jaen que fué á morir mártir en Granada (1). Todo es allí tambien sencillo y grave; y lo que mas nos impone no es aun su carácter, sino la triste soledad que la rodea, y sobre todo la voz de la tradicion que nos parece hablar aun desde el fondo del sepulcro. Muerto el santo obispo en Granada, nos dice esta, dos ciudades eternamente rivales se disputaron su cadáver. La querella hubiera podido ser sangrienta; y para evitarla se consultó la voluntad del mártir y se quiso oir la voz del cielo. Púsose el cadáver sobre el lomo de una mula; y se la dejó libre para que siguiera el camino que le indicara el dedo de Dios. Partió la mula, y cruzó valles y arroyos y rios y cerros escarpados; y caminó la noche como el dia; y llegado al amanecer á Baeza, entró por el arco de Bedmar, y cruzó calles y plazas, y no se detuvo hasta esa pequeña puerta de la Luna, cuyo umbral doraba á la sazon el sol con uno de sus rayos. Penetró apenas en ella cuando quedó fija é inmóvil como si fuera de mármol; y no bien hubieron levantado de su lomo los sagrados restos, cuando cayó como herida del fuego de Dios sobre esas piedras ya desgastadas que huellan hoy con indiferencia los cristianos.

Vista la portada no queda casi nada que admirar en tan grandioso templo. Asoman á la derecha algunos arranques de arcos clave-

nero é obrero, é obraron este retablo Feran Lopez cantero é Juan Sairbs platero.— «En el año del Señor de mill é trezientos é noventa é cinco años regnante en Castiella el muy alto señor rey D. Enrique con la reina D.ª Catalina é seyendo obispo deste obispado D. Rodrigo natural desta ciudad. . . . . en el año del Señor de mill é docientos é diez é nueve años é dña. . . . . .» El retablo de que se hace mencion arriba será el que habria en una de las primeras capillas de la izquierda entrando por esta misma puerta de la Luna de que hablamos en el texto.

(1) Léese en esta orla: «sepulcrum: domini: p: nicolai: na. . . . . tensis: dei: et: apostolice: sedis: gracia: episcopi: giennsis: anima: eius: requiescat: in: pace: amen.» Este Pedro Nicolás no puede ser otro que el prelado de quien hablamos en el texto: segun lo que cabe leer aun de la inscripcion, fué el allí enterrado obispo de Jaen y de Granada, y no se sabe de otro que de Pedro Pascual que haya reunido en su cabeza las mitras de estos dos obispados (V. al padre Bilches en sus Santos y Santuarios del obispado de Jaen y Baeza, pág. 146 s. q.).

teados que revelan la pasada existencia de otra puerta bizantina; pero no existen aquellos restos sino para atormentar la imaginacion, que pretende reedificar en un momento lo que derribó el soplo del tiempo y la mano de los hombres. La catedral de S. Fernando ha desaparecido: no existen de ella sino una que otra capilla gótica, y aun estas han sido invadidas por el gusto de otros siglos. En lugar del templo del siglo XIII queda hoy uno del siglo XVI, rico, elevado, espacioso, pero falto de sentimiento. ¡Qué lástima que no podamos ya aumentar ni conservar en su interior las bellas y santas impresiones que recibimos aun antes de pisar los umbrales de la puerta de la Luna!

La edad media habia enriquecido á Baeza con muchos monumentos; pero no pocos han debido caer como en otras ciudades bajo el pico y el azadon de los arquitectos que se han atrevido á llamarlos hijos de la ignorancia y la barbarie. ¿Dónde está esa Sta. María del Alcázar, en uno de cuyos arcos estaban entallados los nombres y los escudos de los caballeros que conquistaron y poblaron esta ciudad, durante cinco siglos esclava de los árabes? (1) ¿Dónde está ese mismo alcázar que entre las tinieblas de la noche vió brillar una cruz de fuego sobre sus torreones, y á poco dió paso por la puerta del Conde al temido Lope de Haro, á quien recibió con tanto júbilo en sus brazos el maestre de Calatrava? (2) ¿Dónde estan los santuarios bizantinos á que debieron estar unidas las portadas del Salvador

(1) Esta iglesia, de que no quedan ya ni ruinas, suponen los cronistas que era la mas antigua que habia en Baeza. Dicen que fué en su origen un templo consagrado á Júpiter, que pasó á ser iglesia en tiempo de Constantino el Grande, que los árabes, lejos de destruirla, la convirtieron en mezquita, que la restauró Alfonso el Emperador, que la reparó Fernando el Santo, que, poseedora de una imágen cuya escultura revelaba la mano de los primeros siglos de la Iglesia, fué desde la conquista definitiva de Baeza tan mentada en toda la Península, que se hizo objeto de largas é incesantes peregrinaciones. Por mas que dudemos de tanta antigüedad é importancia, no podemos menos de sentir la total destruccion de un templo que encerraba una página brillante de nuestra historia, y seria á no dudarlo de algun interes cuando Rodrigo Narvaez, obispo de Jaen, la erigió en Colegiata á 2 de febrero de 1401.

(2) Hé aquí cómo describe esta obra, ya casi enteramente arruinada, el P. Bilches, que escribia en el siglo XVII. «Es la alcázar de Baeza una hermosa cidadela, situada sobre un monte, remate del que ocupa la ciudad, cortada por tres partes, con que se hace muy vistosa y casi inespugnable. Tiene de longitud cuatrocientos pasos y de latitud doscientos en forma de ladrillo, altera parte mayor que dicen los geómetras. Su mayor fortaleza era un castillo, casas de palacio de los reyes: hoy se conserva el nombre en las ruinas. Deste salian dos murallas seguidas artificiosamente por la ceja del monte, y estaban bien torreadas, y lo que es mas, fortalecidas con dos antemuros, uno artificial, otro de peña tajada. Tenia dos puertas, y salian una al campo, otra á la ciudad, las calles bien formadas y plaza competente.» (Sant. y Santuarios del obispado de Jaen y Baeza, pág. 211.)

y de S. Pedro? Ni restos quedan de Sta. María: los nombres y los escudos de los conquistadores se conservan aun en la iglesia de S. Andrés, pero pintados, no grabados en la piedra, faltos de sus antiguos colores, y sin guardar armonía con las bajas y oscuras bóvedas del templo (1). Del alcázar solo se levantan ya ruinas que á largas leguas de distancia hablan al viajero de lo que fueron él y la ciudad que guardó bajo sus muros. En lugar del santuario del Salvador hay un templo moderno que inundan de luz anchas ventanas; en lugar del santuario de S. Pedro ha visto ya el lector esparcidos por el suelo los escombros de una capilla medio gótica.

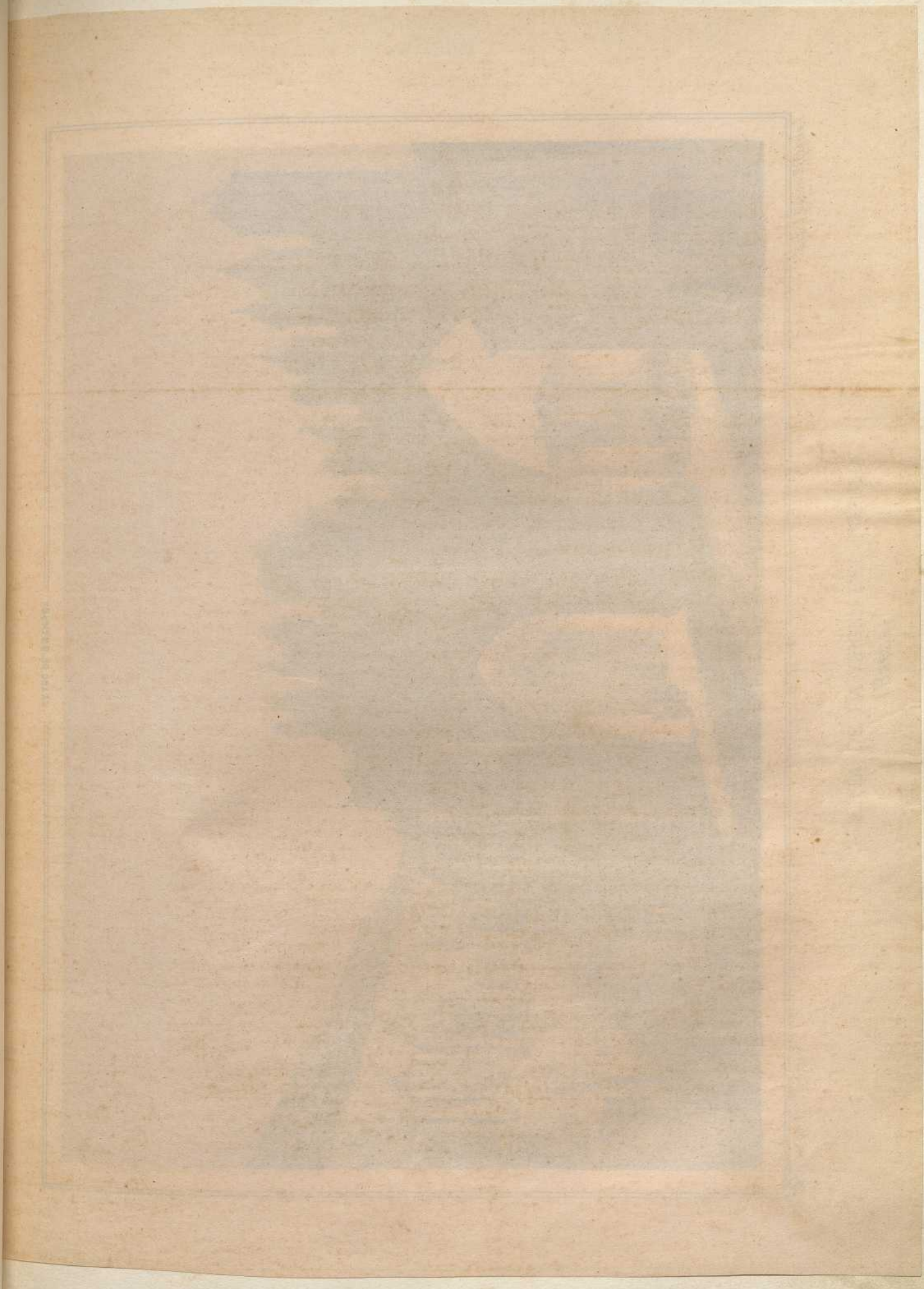
Perteneciente á la edad media no queda que ver en Baeza sino una página del estilo ojival en decadencia. Hay cerca de la catedral una plaza, á la que dan sombra algunos álamos frondosos: álzase en ella al norte la pequeña puerta de S. Juan, y al occidente la rica fachada de S. Felipe, tan ataraceada, que llega á vencer en número de molduras las mas complicadas creaciones del Renacimiento. Esta fachada es sin duda muy interesante para la historia del arte. En medio de una pared de sillería, encerrada entre dos altas columnas, cuyos grandes capiteles cónicos son al parecer imitacion de los que en forma de estaláctitas adoptaron en sus últimos tiempos los árabes de España, ábrese una puerta ojival algo aplastada, corrida de una guirnalda, en torno de la cual presenta variados y vistosos grupos una larga serie de ángeles. Campea sobre el dintel entre dos agujas de crestería un agimez compuesto de dos ojivas recamadas de follage, debajo de cada una de las cuales cargan sobre dos columnitas otros dos arcos apuntados: levántanse á cada lado del agimez otro mas sencillo, puesto tambien entre pilares; sobre las columnas de los ángulos, medios templetes octógonos; entre cada dos agujas, un grande escudo de armas; y forma todo un conjunto tan pintoresco, que por largo rato descansan con placer en él los ojos, por mas que á la primera mirada deban ya descubrir del todo rota aquella unidad admirable que en

(1) En Bilches y Jimena estan copiados estos escudos tales como se conservaban en Sta. María á mediados del siglo XVII. Los apellidos que en estas copias leemos son los siguientes: Narvaez, Palomino, Chico de Haro, Martinez de Jodar, Estevanez, Hornos, Diaz de Mendoza, Romano, Jimena, Ochoa, Cervantes, Clavijo, Cárdenas, Salazar, Vela, Mescua, Maza, Navarrete, Argote, Lorite, Gotor, Lechuga, Jurado, Moreno, Rubio Salcedo, Godoy, Medina, Ivañez, Gamez, Pino, Duque, Ribilla, Barrio Nuevo de Valderas, Ortiz, Bilches, Vera, Gallego, Jordan, Garrido de Dios y Ayuda, Padilla, Gonzalez de Mendoza, Antolinez.

medio de la mayor complicacion de detalles supo presentar el goticismo en sus mejores tiempos. Las líneas en esta fachada no son ya rectas, sino ondulantes; la curva ojival está exagerada, mezcladas y confundidas muchas formas hetereogéneas, distribuidas sin sentimiento las molduras; pero es tan poético el estilo principal que brilla en ella, estan trabajados con tanta delicadeza los adornos, y se conservan tan limpias y enteras las mas ténues líneas, que no sin razon la prefiere el artista á otras fachadas de gusto moderno, aunque vea seguidas con mas escrupulosidad en estas las reglas de su estilo. ¡Es por otra parte tan bello el color de esta fachada! Cuando la hieren los primeros rayos del sol al través de los ramages de los álamos, no parece sino que vemos oscilar la sombra de estos sobre un fondo de oro.

Mas el interior de S. Felipe no corresponde tampoco al esterior, que, todo greco-romano, apenas ofrece notable mas que un claustro espacioso, cuyas elegantes cimbras descansan sobre columnas de mármol. Es un monumento rico y alegre, pero no del mejor gusto, y los hay en la ciudad que merecen ser mas conocidos y estudiados. El interior de S. Felipe no tiene carácter propio; y lo tienen las antiguas Casas Consistoriales y la Cárcel que levantó el Renacimiento, las puertas de Úbeda y Jaen, el Pósito, algunos palacios que trazó el severo gusto del imperio, las soberbias é imponentes ruinas del convento de S. Francisco, donde cabe apreciar aun toda la magestad y nobleza del arte moderno.

Ostentan las antiguas Casas Consistoriales su gracioso esterior junto á la puerta de Jaen, compuesta de dos ojivas en cuyos muros almenados estan entalladas, bajo un arco de tres segmentos, las armas imperiales. La cal que lo cubre no permite ya hacerse cargo de la delicadeza de todos sus detalles; pero deja conocer aun toda la armonía y belleza del conjunto. Consta esta fachada de dos cuerpos: en el primero, entre cinco columnitas adornadas de modestos capiteles, sobre cuyo entablamento estan sentados otros tantos leones, abríanse en otro tiempo cinco puertas, ya cegadas, encima de cuyos dinteles campean algunos escudos entre torres y bellos bustos romanos cincelados en el centro de elegantes medallones. Constituyen el segundo cinco ventanas de antepechos muy salientes, en cuyos ángulos dos columnitas sostienen sobre ricos dinteles frontones adornados por jarras, ánge-



Dib.º y lit.º por F. J. Parcerisa.

Lit. J. Donon Victoria, 1

PUERTA DE LA VIRGEN DEL POPULO
(Baeza)

les y mascarones en el vértice y en las antas, y por unas cartelas sin leyendas en el tímpano. Son los dos tan sencillos como elegantes, y producen un bello efecto corridos como estan en su parte superior por una cornisa apoyada en repisas, entre las cuales asoman caprichosas gárgolas. Y lo son mucho mas, si despues de haber fijado los ojos en una pequeña torre levantada en el ángulo que forman con la puerta de Jaen, torre sobre la cual está dentro de un humilde templete la imágen de la Vírgen, llamada del Pópulo, echa una mirada el viajero en torno suyo, y ve en medio de una plaza aparecer sobre el mar de una fuente moderna la figura de una Cibeles entre cuatro leones.

La belleza de los alrededores aumenta la de los edificios: y así se presentan tan agradablemente esta fachada y la de la Cárcel, cuyos muros, cuajados de molduras, levantan su gallarda frente sobre los ramages de una alameda en que suspira con dulzura el viento y salta sin cesar el agua del fondo de una copa, á la que apenas llegan los rayos del sol entre las hojas de los árboles. Produce esta aun mejor impresion que la de las Casas Consistoriales. Abre la puerta principal su arco rebajado entre dos columnas con estrias, sobre las que corren del collarin abajo mascarones y graciosos arabescos. Carga sobre esta un entablamento en cuyo friso hay una serie de nichos aconchados; y estan tendidos sobre el dintel dos sátiros, entre los cuales se lee en un escudo el año en que fué construido el monumento (1). Parte de este primer cuerpo en otro segundo un balcon en que pilastras delicadamente cinceladas sostienen otro entablamento aun mas rico que el primero, en cuyo friso descansan sobre ramos de flores alegres genios alados. Junto á las pilastras asoman otras mas pequeñas aunque no menos bellas; y sobre estos capiteles corre una cornisa que va á apoyar sus líneas mas salientes en esbeltas columnitas; arranca á la vez de estas una menuda cimbra profusamente decorada; y es tanta y tan lujuriosa la ornamentacion que en todo brilla, que apenas cabe bajo tan minuciosos detalles descubrir las líneas generales del conjunto. No está la puerta en medio de la fachada; y así como á la derecha del balcon no hay sino otro igual al descrito, hay á la iz-

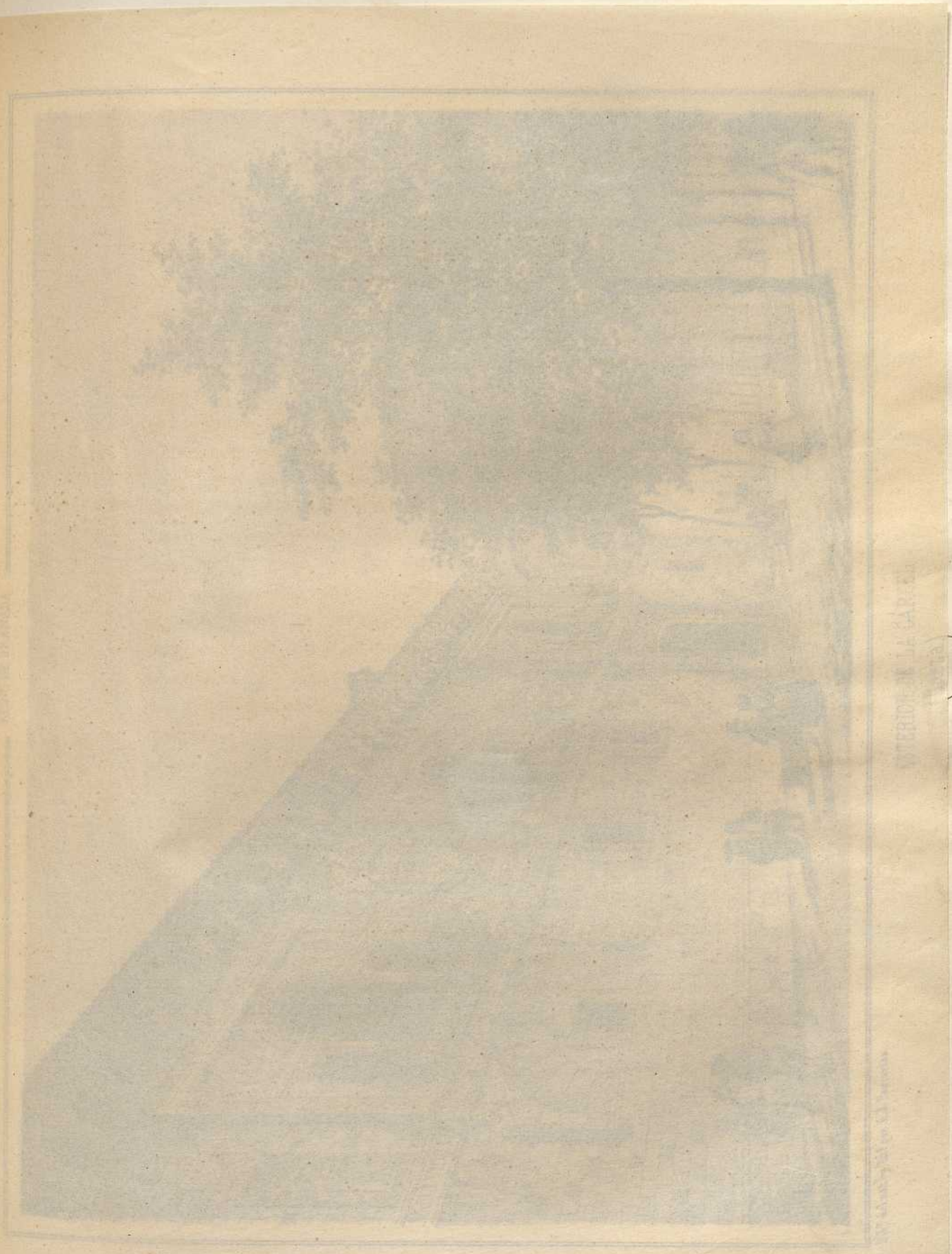
(1) Dice esta inscripcion: Esta obra se hizo por mandado de los ilustres señores de Baeza, siendo corregidor della el muy ilustre Sr. D. Juan de Borja, año de 1559.

quierda otros tres, entre los que campean ya las armas de la ciudad, ya las de España.

Pocas páginas monumentales pueden darse mas bellas que esta fachada: todo es en ella de un trabajo esmerado; hasta las partes mas pequeñas, hasta las que menos estan al alcance del observador respiran la mayor elegancia, el mejor gusto. Un ancho alero la defiende contra las tempestades del cielo; y hasta en el alero sonríe á nuestros ojos la decoracion mas deliciosa. Está artesonado y sostenido por ménsulas riquísimas, á que estan adosadas figuras de capricho; y es cada figura diferente de las demas en su posicion, en sus formas, en la significacion que le dió el que la compuso. Álzanse á los lados de la puerta dos grandes escudos; y como aparecen en el uno claras y distintas las letras de un versículo de la Biblia que llama bienaventurado al que atiende al hombre en los dias de su desgracia, distínguese en el otro línea por línea cada una de las armas que cubre el campo, y la corona que se levanta sobre él, y el leon que dentro de la corona enarbola un estandarte, y el lema que se lee detras del leon «coronado será el que en buena ley peleare.» Debajo de un balcon y á los dos lados de un arco resaltan del muro las figuras de la caridad y la justicia; y no está grabado con menos precision y limpieza en los targetones que sostienen aquel otro verso de la Escritura: «acuérdate de la misericordia en medio de tu justicia, porque la misericordia enaltecerá tu juicio.» (1)

Todo es bello en esta fachada; pero brilla solo en ella la belleza material, no la belleza moral, ni la belleza de sentimiento. Es la fachada de una Cárcel; y ¿quién, sin embargo, la reconoceria en los sátiros, en los genios, en los mascarones, en los arabescos, ni en las caprichosas figuras que la adornan? Hay en ella algunas imágenes simbólicas y cristianas, algunas palabras que mueven el corazon á la caridad y á la misericordia; pero ¿qué relacion, qué armonía podemos observar entre estas y aquellas figuras, entre unos y otros símbolos? Así habla tan poco al alma una obra que, ejecutada con sentimiento y con las dotes artísticas que embellecian el autor, hubiera podido removernos el fondo del corazon y hacernos inclinar la frente al peso de

(1) Los dos versículos de la Biblia estan en latin: el primero dice: «Beatus qui intelligit super egenum et pauperem in die mala.» En el segundo: «In medio justitiæ misericordiæ recordaberis; misericordia superexaltat juditium. Jacobus III.»



quierda otros tres, entre los que campean ya las armas de la ciudad, ya las de España.

Pocas páginas monumentales pueden darse mas bellas que esta fachada: todo es en ella de un trabajo esmerado: hasta las partes mas pequeñas, hasta las que menos estan al alcance del observador respiran la mayor elegancia, el mejor gusto. Un ancho alero la defiende contra las tempestades del cielo; y hasta en el alero sonrie á nuestros ojos la decoracion mas deliciosa. Está artesonado y sostenido por ménsulas riquísimas, á que estan adosadas figuras de capricho; y es cada figura diferente de las demas en su posicion, en sus formas, en la significacion que le dió el que la compuso. Alzanse á los lados de la puerta dos grandes escudos; y como aparecen en el uno claras y distintas las letras de un versículo de la Biblia que llama bienaventurado al que atiende al hombre en los dias de su desgracia, distínguese en el otro línea por línea cada una de las armas que cubre el campo, y la corona que se levanta sobre él, y el leon que dentro de la corona enarbola un estandarte; y el lema que se lee detras del leon «coronado será el que en buena ley peleare.» Debajo de un balcon y á los dos lados de un arco resaltan del muro las figuras de la caridad y la justicia; y no está grabado con menos precision y limpieza en los targetones que contienen aquel otro verso de la Escritura: «acuérdate de la misericordia en medio de tu justicia, porque la misericordia enaltecerá tu juicio.» (1)

Todo es bello en esta fachada; pero brilla solo en ella la belleza material, no la belleza moral, ni la belleza de sentimiento. Es la fachada de una Cárcel; y ¿quién, sin embargo, la reconoceria en los sátiros, en los genios, en los mascarones, en los arabescos, ni en las caprichosas figuras que la adornan? Hay en ella algunas imágenes simbólicas y cristianas, algunas palabras que mueven el corazon á la caridad y á la misericordia; pero ¿qué relacion, qué armonía podemos observar entre estas y aquellas figuras, entre unos y otros símbolos? Así habia tan poco al alma una obra que, ejecutada con sentimiento y con las dotes artísticas que embellecian el autor, hubiera podido removernos el fondo del corazon y hacernos inclinar la frente al peso de

(1) Los dos versículos de la Biblia estan en latin; el primero dice: «Beatus qui intelligit super egenum et pauperem in die mala.» En el segundo: «In medio justitiæ misericordiæ recordaberis; misericordia superexaltat judicium. Jacobus ii.»

Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa.

ESTERIOR DE LA CÁRCEL
(Baeza.)

la melancolía que infunde el recuerdo de que tras los muros que contemplamos hay ojos bañados en lágrimas y entrañas laceradas por las desventuras y los remordimientos. Dispiértase ahora cierto amor al género de arquitectura que domina en esta cárcel; mas cuando la vemos tan fria, aunque muy bella, sentimos á la verdad que nuestros artistas vayan á buscar en sus páginas las inspiraciones que no puede darles ya ni el egoismo ni el escepticismo de este siglo. Esta arquitectura, y sobre todo esta fachada, carece no solo de sentimiento, sino de filosofía; y sin sentimiento y sin filosofía no hay arte, porque la belleza material no está sino en la forma bajo que este se reviste.

Los monumentos del reinado de Carlos V (1) no presentan de mucho tanta belleza, pero tienen cuando menos mas carácter; son graves, severos, arrogantes, grandiosos como su época; recuerdan aun al parecer las sangrientas batallas en que se disputaba un reino y se uncía á uno de los monarcas mas poderosos al carro de la victoria. Sus muros, todos de sillería, apenas presentan interrumpida la superficie sino por grandes escudos de armas; los arcos de sus puertas son soberbios, y tienden sus largas y anchas dovelas sobre paredes que ennegrecieron las nieblas de los siglos como arroja el sol los rayos de su aureola sobre las oscuras nubes; sus ventanas llevan cuando mas recamadas de grandes hojas las recias archivoltas de sus plenas cimbras. El arco está en algunos rebajado, y no es raro ver abiertos en sus sombrías fachadas agimeces góticos corridos de molduras, cuya doble ojiva descansa sobre el capitel de una columna; pero estas ligeras modificaciones en nada atenúan su fuerza, ni menoscaban su grandeza. La ojiva, que en los últimos años de la edad media se esforzaba en parecer airosa y delicada, recobra en ellos la severa curva que ostentó en el siglo XIII, deja los impropios atavíos de su decadencia, y no conserva sino lo que guarda armonía con la naturaleza del monumento que no se ha desdeñado aun de recibirla entre los sillares de sus portadas imponentes.

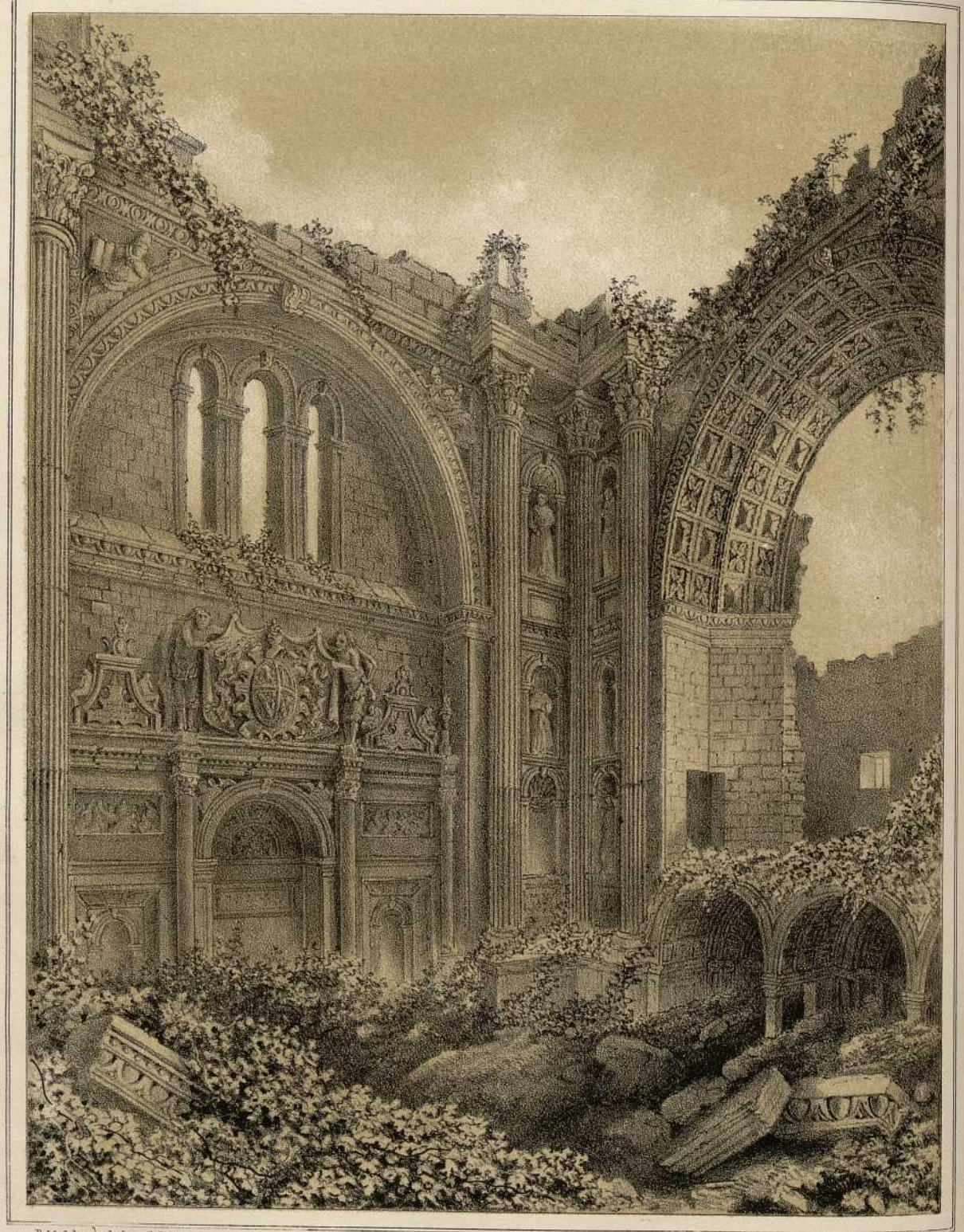
Predominaban en los tiempos del emperador los sentimientos bélicos; y está consignado este predominio en la misma arquitectura.

(1) Consideramos aparte de los del Renacimiento los monumentos levantados en esta ciudad durante el reinado de Carlos I (V de Alemania), ya porque se distinguen mucho de aquellos en la severidad de sus líneas y en su escasez de adornos, ya porque nos ha parecido asi mas clara la clasificacion de las obras arquitectónicas de Baeza construidas en el siglo XVI.

Todo tiene cierto aspecto militar; y hasta los mismos palacios, levantados para el descanso de las fatigas de la guerra, parecen fortalezas. Las Casas Consistoriales Altas en esta ciudad de Baeza son un verdadero castillo; en las que levantaron sus nobles conquistadores se cree aun ver esas formidables ciudadelas en las que se recogia el baron feudal amenazado, como el leon en su cueva ó un testáceo debajo de su concha. El mismo Pósito, aunque bajo y oculto en una calle silenciosa, llega á participar de ese carácter guerrero. Sus sólidas paredes de cantería apenas tienen aberturas, ni ofrecen mas adornos que tres escudos de armas, entre los que se lee que hizo Baeza esta obra siendo corregidor de ella y de Úbeda el comendador de las Casas de Córdoba, y caballero de la orden de Santiago, el ilustre D. Fernando de Acuña (1).

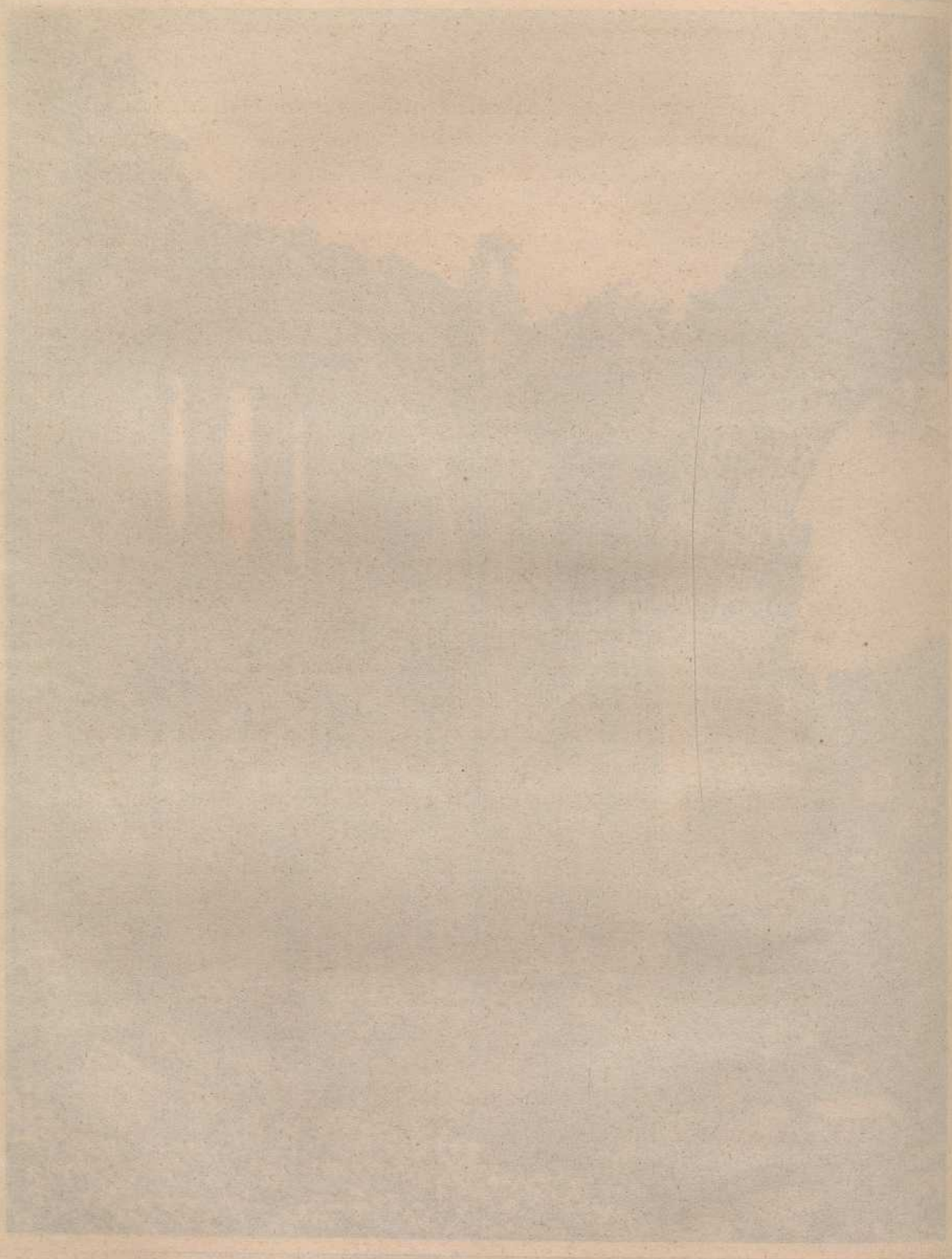
La influencia de estos instintos militares en la arquitectura duró, empero, un corto número de años. Nuestra dominacion en Italia dió lugar á nuestros artistas para que estudiaran en ella, sobre las grandes ruinas romanas y sobre las obras que acababa de levantar el genio de algunos hombres grandes, el estilo conocido bajo el nombre de greco-romano, y fué pronto ese estilo el que vino á desterrar tanto el gusto demasiado duro de los tiempos del emperador, como las bellas y frívolas líneas del Renacimiento. El estilo greco-romano, compuesto casi siempre sin razon alguna de elementos hetereogéneos, no significa ya tampoco nada para nosotros, que no tenemos ni la organizacion política, ni las creencias religiosas de los que lo crearon; pero es susceptible de grandiosidad y de belleza, y puede aun hacernos sentir y gozar cuando alza al aire sus arrogantes columnas, describe en el espacio sus curvas mas soberbias, y arrebata nuestros ojos á lo largo de las no interrumpidas líneas de sus entablamentos. Basta visitar en esta ciudad las ruinas del convento de S. Francisco para conocer toda la variedad de sus medios y toda la estension de sus facultades. Está la iglesia sin bóveda y medio hundida entre escombros; mas se ensanchan la frente y el corazon al ver la atrevida circunferencia de sus arcos. La vista sonda hasta con cierto temor

(1) Debajo del escudo imperial se lee: Esta obra hizo Baeza siendo corregidor della y Ubeda y sus tierras el ilustre Sr. D. Fernando de Acuña, señor de Villafani, comendador de las Casas de Córdoba de la orden de Santiago. — 1554. — Siendo obrero R. de Molina. — En torno del recuadro que contiene el mismo escudo se lee: Acabóse esta obra el año de 1554 años.



Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa. Lit. de J. Donon.

RUINAS DE LA IGLESIA DE S.t FRANCISCO
(Baeza.)



su altura, mide con respeto su profundidad, se atreve apenas á sumergirse entre las sombras que la rodean; y se llega al fin á comprender que el autor se llevó la idea de levantar una obra comparable en lo humano con la terrible grandeza del que mide con su frente la inmensidad de los cielos y con su planta la profundidad de los abismos. En este templo, todo de sillería, hasta lo accesorio participa de ese carácter grandioso del conjunto: se conservan en la capilla mayor, en el fondo de unos nichos, dos ó tres sepulcros, y son tambien gigantescos.

Impía, tres veces impía fué la mano que derribó este monumento: hirió la religion, el arte, al artista; ocultó entre el polvo y las piedras del mismo bellezas de estilo no comunes, espuso á la inclemencia del cielo la mejor obra que de los tiempos modernos habia conservado Baeza. Mas no es esta la única pérdida que debemos lamentar en este convento: fundado hácia el año 1368, tendria un bello santuario gótico, tendria tal vez uno de esos claustros ojivales al través de cuyas esbeltas arcadas vése saltar el agua bajo un cielo azul, entre los ramages de árboles frondosos, sobre las hojas de pintadas flores; tendria acaso alguno de estos ricos salones en que yacen ligeras bóvedas sobre ojivas sentadas en capiteles caprichosos; y no ha quedado de él ni una sola piedra, ni se sabe á punto fijo el lugar donde fué antiguamente levantado. El tiempo y el gusto dominante de siglos posteriores lo destruyeron quizás, y ha debido, al fin, el que se levantó con sus ruinas caer tambien á los rudos golpes de las revoluciones humanas. Pero ¿á qué pueblo podemos dirigir el pié que no demos con escombros?

A una legua de Baeza está Úbeda, y en ella á menudo detienen tambien las ruinas los pasos del viajero. Los templos que levantaron sus primeros conquistadores ya no existen; los suntuosos palacios que fueron la cuna de sus hijos mas ilustres, estan cayendo; y el tiempo y el hombre van aun desmoronando de dia en dia las viejas y sólidas murallas, á cuya sombra descansó, desde el siglo XIV, de las luchas que la ensangrentaron durante el último período de la dominacion turbulenta de los árabes.

Úbeda no floreció tan pronto como Baeza; mas no dejó de ser una ciudad tan importante como ella ya en la primera época del Califato de occidente. Tuvo desde muy antiguo walí; y cuando subió al trono

de Córdoba El-Hakem, fué ya uno de los baluartes de Soleiman y Abdalá, que llevados de su ambicion, no vacilaron en desnudar la espada contra el nuevo Califa su sobrino. Gobernada por esclarecidos walíes, y favorecida por su propia situacion, prosperó con rapidez: llamó todos los dias á su recinto mayor número de familias que pretendian gozar de la dulzura de su clima; creció en poder y en riqueza; y era ya tal su importancia al principio del siglo XIII, que despues de la batalla de las Navas corrió á guarecerse en ella el pueblo de Baeza contra las armas vencedoras de Navarra, de Aragon y de Castilla. Vió entonces sobre sí todo este ejército de Cruzados, y no temió arrostrar su cólera: fué vencida, pero vendió cara su libertad, á poco tiempo recobrada. Impuso años despues hasta al mismo S. Fernando, que pasó junto á ella en sus primeras campañas sin atreverse á mas que á talarle la campiña; sobrevivió por casi toda una década á Baeza, á pesar de tener tan cerca al enemigo; y cuando sucumbió, cedió mas al hambre que á las armas.

Cayó cautiva Úbeda en 1236, y fué abandonada al punto por la mayor parte de los árabes, que, llenos de quebranto y desconsuelo al ver flotar en los torreones los estandartes de Castilla, salieron en silencio para Granada en busca de mezquitas donde pudiesen adorar á su Profeta, y de un pueblo en cuyo corazon les cupiese encontrar compasion para su amarga desventura; mas no tardó en florecer bajo la dominacion de los cristianos la que por tantos siglos habia sido una de las joyas de la Andalucía. Repartió S. Fernando las casas y las haciendas entre los hidalgos que le acompañaban; aforó á los nuevos pobladores (1); les dió á Olvera, lugar situado en las riveras de Guadalimar, donde les impuso la obligacion de levantar un castillo para guarda de la frontera (2); les confirmó los términos que señalaron por

(1) Se les dió el fuero de Cuenca como á los de Baeza.

(2) Ni Olvera fué dada, ni la obligacion de edificar un castillo impuesta á todos los habitantes de Ubeda, sino á solo sesenta; pero Olvera fué desde luego declarada aldea de Ubeda, y los pobladores de esta pudieron desde la fecha de la donacion pascer en ella y cazar y proceder á la corta de los montes y al uso de las aguas del término. Es sumamente curiosa la carta que con este motivo espidió el Rey Santo: «Per presens scriptum tam presentibus quam futuris notum sit ac manifestum quod Ferrandus Dei gratia rex Castelle et Toleti, Legionis et Gallecie una cum uxore mea regina Beatrice et cum filiis meis Alfonso, Frederico et Ferrando ex asensu et beneplacito regine done Berengarie genitricis mee dono et concedo sexaginta hominibus qui tenuerint cartam istam illum locum super ripam de Guadalfimar qui dicitur Olvera cum hereditate ad sexaginta iuga boum sufficiente ad anni incem cum turre et cum molendinis suis factis et faciendis, et cum suis aquis superioribus et inferioribus et totis pertinen-

mandato suyo el obispo de Osma, el comendador de Canena, el del Hospital de la misma ciudad, Fernan Perez, Pero Yobrez, y el alcaide Garci-Fernandez (1); estableció límites distintos entre Úbeda, Isnatorafe y S. Esteban, y para ventaja de los tres pueblos mandó que tuviesen todos montes y pastos comunes, y fabricasen en ellos cabañas donde pudiesen recogerse todos en invierno y en verano (2). Los sucesores de S. Fernando mostraron tanto interes como él por la suerte de esta ciudad: Alfonso el Sabio le dió las aldeas de Cabra y S. Esteban y los castillos de Ziscar, Huesa y Velerda (3); Sancho el Bravo la declaró exenta de pagar portazgos y montazgos, despues de

ciis et directuris suis. Tali itaque pacto quod ipsi sexaginta faciant castellum in ipso loco... et populent ipsum et teneant et defendant per suam costam: et prenominatus locus de Olvera sit aldea de Ubeda ad forum de Ubeda et illi de Ubeda faciant ei sicut uni de aldeis suis in pacere et cortare et in aliis causis; et ipsa Olvera vivat cum Ubeda, sicut sua aldea, et nihil habeat apartatum nec in pasto, nec in monte, nec in terminis exceptis istis qui nominantur in carta ista. Sed isti sexaginta populatores pro labore et tenencia castelli habeant prenominatam hereditatem et molendinos sicut supra scriptum est ut iure hereditario teneant et irrevocabiliter possideant ipsi et filii sui et tota successio sua de eis quidquid voluerint dando, vendendo, concambiando seu quidlibet aliud faciendo, tantummodo quod dent, vel vendant, vel concambient talis hominibus qui faciant sui et illis de Ubeda forum debitum. Et hec mee concesionis et confirmacionis pagina rata et stabilis omni tempore perseveret. Siquis v.° hanc cartam infringerit seu in aliquo diminuere presumpserit, iram Dei omnipotentis plenarie incurrat et regie parti mille aureos in cauto persolvat, et dapnum super hoc illatum vobis restituat duplicatum. Facta carta apud Vallolitum regnant. ixs. xiiii die februarii era m. cc. lxx. tertia. Et ego prenominatus rex Ferrandus regnans in Castella et Toleto, Legione et Gallecia, Badallocio et Baetia hanc cartam quam fieri jussi manu propria roboro et confirmo.» (Siguen las firmas.) (Archivo mun. de Ubeda, doc. núm. 112.)

(1) Archivo mun., doc. núm. 15.

(2) Mando quod ista tria concilia habeatis montes et extremos et pascua ad curtandum et pascendum insimul et comuniter sicut germani; et teneatis vestras cabannas in unum omni tempore tam in vere quam in hieme, ita tamen quod non faciatis vobis dapnum adinvicem in vestris messibus nec in vestris vineis nec in vestros labrados (Archivo mun., doc. núm. 93.).

(3) Sepan quantos esta carta vieren cuemo nos D. Alfonso por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, etc., por facer bien é merced al concejo de Ubeda et por mucho servicio que ficieron al rey D. Fernando, nuestro padre, é á nos et atendemos que farán daqui adelante; dámosles et otorgámosles Ciscar et Huesa et Velerda, castiellos que tiene Mohamad fijo de Handan que los ayan por iuro de heredat con todos sus terminos, con montes, con fuentes, con rios, con pastos, con heredades, con ruinas, con olivares et con entradas et con salidas et con todas sus pertenencias quantas han et deuen aver; et que fagan dello et en ello cuemo conceio deve fazer de su término en tal manera que lo non puedan vender, ni dar, ni enagenar á iglesia, ni á orden, ni á ome de religion sin nuestro mandado ó de los que regnaren en nuestro lugar et que nos fagan dellos guerra é paz á nos é á los que regnaren despues de nos. Et mandamos et defendemos que ninguno non sea osado, etc. Fecha la carta en Belcayre martes veinte é cinco dias andados del mes de junio en era de mil et trecientos é trece años. Yo Roy Martinez la escrevi por mandado del rey en veinte é quatro años quel rey sobredicho regnó (Archivo mun., doc. núm. 103.). La donacion de las aldeas de Cabra y S. Esteban consta en el mismo Archivo por una carta de confirmacion del rey D. Sancho, en que está continuada por entero la de donacion de D. Alonso, y por la carta original de este mismo rey (Arch. mun. núm., doc. núm. 18 y 40.).

haberle concedido las franquezas que otorgó á los pueblos conquistados en Estremadura (1); Fernando el Emplazado le hizo donacion del castillo de Canena, que poseía á la sazon Gutierre Perez, comendador mayor de Calatrava (2); Alfonso XI la hizo franca de pedidos y monedas, y le cedió Quesada y Tiscar (3); los reyes que hubo desde estos hasta los Católicos confirmaron sus fueros y libertades, y le tendieron para cuanto pidió su protectora mano. Estaban ya medio caidos, cuando la conquista, los muros que habian sido su principal defensa; pero no tardaron en ser reedificados por la proteccion de estos mismos monarcas y la generosidad de los caballeros que durante la edad media la poblaron. S. Fernando, estando en Jaen, mandó ya que por espacio de diez años debiesen pagar anualmente para su labor un maravedí los caballeros, medio los pecheros que tuvieren diez, un cuarto de maravedí los que tuvieren cinco, dos sueldos los que no gozaren de esta cuantía, nada los que nada pudieren satisfacer, pero con obligacion de trabajar un dia al año en las murallas (4). Fernando IV desde Medina del Campo supo que las aguas habian derribado gran parte, y dispuso que, para repararlos, cobrase Úbeda el montazgo de los ganados estremeños, y aplicase al mismo objeto la mitad del importe de las penas llamadas de taffurería (5). Sufrieron otra vez los muros en el siglo XIV, y Alfonso XI

(1) (Arch. mun., doc. núm. 137.) Entre las franquezas otorgadas á Estremadura se contaban: 1.ª la de mandar guardar los privilegios y fueros de las franquezas y libertades concedidas por los reyes sus sucesores; 2.ª la de que el rey no pudiese dar á rico-ome ni á rica-fembra, ni á infanzon ni á fidalgo donadio ni heredamiento que fuese de los concejos; 3.ª la de que ningun rico-ome, nin rica-fembra, nin infanzon pudiese comprar heredamiento en sus villas nin en sus términos; 4.ª la de que se mandasen devolver á los concejos los donadios ó heredamientos que hubiesen sido dados á ricos-omes, habiendo sido antes otorgados á aquellos; 5.ª la de que fuesen sacados los alcaldes y las justicias que oviesen las villas de por fuerza é fuesen á los logares do fueron alcaldes é justicias á complir de derecho á los querellosos, etc., etc. (Archivo mun., doc. núm. 22.)

(2) Hé aqui los motivos de esta donacion: «Por muchos bonos servicios que fiziestes al rey D. Sancho mio padre, que Dios perdone, é á mí é señaladamiente porque tomastes el castillo de Canena que tenia Gutier Perez, comendador mayor que era á esta sazon de Calatrava que era en mio deservicio, dovos lo por lihes et por quentas de muertes de omes, et de robos, et de quemas, et de esquilmos de viñas et de olivares, et de cortas de montes, et de todas las otras cosas que se y ficieron quando vos entrastes.» (Arch. mun., doc. núm. 77.)

(3) (Archivo mun., doc. núm. 38 y 56.)

(4) (Arch. mun., doc. núm. 114.)

(5) «Por quanto me enviaron decir, escribe D. Fernando en su carta del 23 de mayo de 1305, que con aquestas aguas grandes que agora fizo que se derribó muy gran pieza de los muros de la villa, é porque es muy grand mio servicio porque se lavre la villa é se serque el arraval, tengo por bien de los dar el montadgo de los gana-

concedió al concejo, con el objeto de que lo restaurase, el cobro de dos maravedises por pieza de paño que en ella entrase, derecho que, segun cabe inferir por una carta de confirmacion del rey D. Pedro, cobraba ya de muy antiguo la Villa para su propia fortificacion y la de Tiscar, Alvenches, Quesada y otros castillos (1).

Labró así Úbeda con el producto de estos tributos los imponentes muros que conserva, y que aun en medio de su triste estado, hablan en alta voz de su pasada grandeza; pero fueron solo los muros los que construyó, no los numerosos torreones que los defienden, labrados á costa de nobles familias cuyos escudos se distinguen aun en las ya ennegrecidas espaldas de su misma obra. Tres alzaron en ellos los Megías, los Mercados, los Molinas, los Traperas y los San-Martinez; cuatro los Dávalos, los de la Cueva y los Arandas; cinco el linage de los Cobos; seis los obispos de Jaen; dos los Porceles, los Orozcos y los de la casa de Biedma; uno caballeros distinguidos como los Castillos y cada uno de los Freyres de las órdenes de Alcántara, Santiago y Calatrava. Rivalizaron en hidalguía cuantos nobles poblaban la modesta villa; y todos se esforzaron en dejar consignado allí su nombre, que era sin duda el mejor símbolo de sus hazañas y su gloria (2).

dos estremeños que ellos solien aver para la lavor de Cabra, que lo ayan daqui adelante para la lavor de los muros de Húbeda é que cojan este montadgo destos ganados estremeños asi como lo cogien para la lavor de Cabra ques en esta manera: de cada mill cabezas de ovejas é de carneros dos, é seis maravedises en dinero; é de mill cabezas de vacas dos, é diez é siete maravedises en dinero.» (Los derechos de montazgo para el castillo de Cabra fueron dados por el rey D. Sancho en 1293.) (Archivo mun., doc. núm. 70 y 4.) La mitad de las penas de taffureria, que se cobraban de toda clase de tahures como esplica el nombre mismo, fué otorgada por D. Fernando en una carta de la misma fecha que la en que otorgó los derechos de montazgo (Idem doc. número 2.).

(1) (Archivo mun., doc. núm. 71.)

(2) Sabemos estas noticias por un romance que se halló entre los papeles de D. Alonso Manrique de Lara, y copió Argote de Molina en su nobleza de Andalucía. En el archivo municipal hallamos una copia del mismo, y creemos oportuno trasladar de él algunas estrofas para dar á conocer su carácter y su mayor ó menor mérito:

En la corona de España,
En la Bética famosa
Por do pasa el sacro Bétis
Con sus aguas generosas;
Fundada está una ciudad,
Que es de las demas corona
De plata y oro ceñida
Que de nobleza blasona;
Ubeda, que asi se llama,
Y todas así la nombran,
Aquella que siempre fué
El asombro de Mahoma.
Para defensa y amparo
Los ubetenses en forma
La cercan con sus murallas
Y torres á toda costa.
En círculo está su cerca
Con muchas torres que forman
A la vista una hermosura
Con fortaleza vistosa.

Prosperó luego Úbeda á la sombra de sus muros y privilegios: se pobló, se engrandeció y llegó á ser pronto la rival de Baeza; pero fué á fines del siglo XIV detenida en su carrera por aciagas desventuras, cuyo recuerdo hace aun estremecer á los nacidos. Mohamed de Granada, instigado por Pero Gil, favorecedor del rey D. Pedro, se presentó ante sus puertas despues de la sangrienta toma de Jaen, la ganó por asalto, y lleno de furor, pasó á cuchillo hombres y mugeres, profanó las iglesias, la incendió, y no salió de ella sin haber desmantelado antes muros y torreones. Cuarenta años despues, enemistadas dos de sus mas nobles familias, vió regadas de nuevo sus calles con la sangre y por la mano de sus propios hijos. Levantáronse los Traperas contra los Arandas, y no cesaron ya de perseguirlos de muerte hasta que los hubieron obligado á abandonar sus palacios y á buscar un asilo en Bedmar, Jimena y Jódar. Airados los Arandas, se armaron, salieron á las orillas del Guadalquivir y retaron á sus contrarios desde los molinos inmediatos al puente viejo, á corta distancia de la villa. Pero no hallaron allí sino su sepulcro; acudieron al reto los Traperas, y los acuchillaron casi á todos, obligaron al condestable de Castilla á que trasladara á Alcalá la Real á los pocos que sobrevivieron, y ufanos luego con su victoria decisiva, y no contentos con haberse engrandecido con la ruina de toda una familia, aspiraron á concentrar en sus manos el gobierno de Úbeda, que hubiera podido á poco no solo ser su feudataria, sino su esclava. A no mover á los Traperas una ambicion tan escesiva, hubieran tal vez acabado allí las desventuras de la villa; pero esta ambicion produjo aun luchas mas funestas. Levantóse contra ella Diego Hernandez de Molina, y armado él y cuanta gente pudo, combatióla en las mismas calles de Úbeda, en que no tardaron en resonar con vivos alaridos de guerra los agudos ayes de los heridos y los débiles suspiros de los moribundos. Los Traperas eran bravos y sostenian con valor sus desmedidas pretensio-

Los Megias hacen tres
Torres fuertes á su costa,
En señal de las tres fajas
Azules que no se copian.
Los Dávalos hacen cuatro
Torres harto primorosas,
Y ponen cuatro jaqueles
Dos doradas y dos rojas.
Los Molinas hacen tres
Que torreones los nombran
Con una torre de plata
Que en campo azul se denota.
Media piedra de molino
Al pié de la torre forman
Con sus tres lirios de oro
Con ocho aspas por orla.
Los Mercados hacen tres,
Y un rojo Leon blasona
Feroz en campo dorado
Que es marcado á sangre propia, etc.

nes; pero tuvieron que humillar las armas ante el Adelantado de Andalucía, que apenas tuvo noticia de tan triste acontecimiento, entró en la villa con sus tropas, deshizo el tumulto é impuso pena de muerte á los hidalgos que se atreviesen á reunirse en número de cuatro. No cedieron con todo sino por el momento tan rebeldes caballeros; deseosos de burlar una orden tan severa, fundaron una cofradía y volvieron á juntarse con este pretesto en la iglesia de S. Pablo. Poderosos, favorecidos por la fortuna y llenos de osadía, no creían que pudiese haber un obstáculo capaz de detener sus pasos, y estaban dispuestos á intentarlo y á emprenderlo todo; mas no pudieron resistir por fin á la energía del Adelantado, que deseando acabar con tan sangrientas turbulencias, los sorprendió en su primera junta, levantó un cadalso para el mas osado, abolió el apellido de Trapera y lo hizo trocar por el de Alcázar, repuso á los Arandas, y dejó en paz la villa, ya fatigada y consumida por el fuego de tan estériles y encarnizadas guerras civiles.

Tardó Úbeda en reparar tan grandes quebrantos; pero encerraba en sí muchos elementos de vida. Contaba con una poblacion numerosa, con una agricultura adelantada, con una industria naciente, con un crecido número de capitales, con la importancia que le dieron ya desde siglos anteriores su situacion y su campiña regada por el Guadalquivir y cubierta en gran parte por la sombra de frondosos olivares; y fué poco á poco restableciéndose, y ya restablecida no solo conservó su antiguo esplendor, sino que marchó de progreso en progreso hasta merecer el título de ciudad en los últimos tiempos del rey Enrique IV, que la dió en acotamiento á la infanta D.ª Isabel, á la misma que años despues fué á llamar con su cetro de reina á las puertas de Granada.

Contaba entonces Úbeda con algunos templos y palacios, pero no habia aun llegado la época de su mayor riqueza monumental, no habia aun llegado la época en que un solo linage habia de enriquecerla con sus edificios mas grandiosos é imponentes. Debió esperar que luciera sobre España la diadema del imperio de occidente para ver levantarse en el corto espacio de treinta años una iglesia como la del Salvador, un convento como el de las Cadenas, un hospital como el de Santiago. Fué á la sazon el movimiento arquitectónico que esperimentó tan grande como el movimiento mismo de su comercio,

fuente para ella de vida y de animacion aun en nuestros tiempos, en que vemos despoblada, silenciosa y todos los dias mas decadente la vecina ciudad de Baeza. Úbeda habia sido la eterna rival de esa ciudad, y casi llegó entonces á vencerla tanto en riqueza como en magnificencia. ¿Llegó, empero, ni ha llegado nunca á tener para el anticuario ni para el artista el interes que presenta aquella ciudad, impregnada toda de la edad media? Baeza conserva aun un aspecto feudal; en Úbeda se ve ya la ciudad burgesa donde los antes aislados y silenciosos palacios de la aristocracia viven entre el bullicio del tráfico y la industria; Baeza, triste, grave y profundamente religiosa, parece vivir aun en lo pasado; Úbeda, animada, inquieta y no tan identificada con sus antiguas creencias, vive solo en lo presente mirando con indiferencia hasta sus propias ruinas; Baeza tiene á cada paso una piedra en que está grabado un rasgo de su historia, y conserva al parecer hasta con amor sus mas viejos monumentos; Úbeda los tiene mas escasos, menos característicos, y algunos casi entregados al rigor de su destino.

En estos escasos y mutilados monumentos, sin embargo, se respira el aire de lo pasado; en ciertos dias, en horas determinadas brotan aun de ellos raudales de poesía. Cuando en una noche serena alumbran los rayos de la luna esos antiguos torreones levantados por los héroes de S. Fernando, y dejan envueltos en la sombra los muros que los unen; si está por acaso algo exaltada la fantasía del que los contempla en medio del silencio de la ciudad que duerme tranquila, se cree distinguir aun en lo alto del adarve al centinela que, armado de punta en blanco, estuvo en otro tiempo acechando la llanura y mirando con inquieto anhelo si allá al pié de las lomas ú á la orilla del rio descubria entre los fuegos del campamento enemigo movimientos que pudiesen hacer presagiar los hechos de armas que se preparaban para el nacer del dia. Movido por esta ilusion, no es tampoco dificil que el espectador vuelva atrás los ojos y crea sentir á lo lejos rumor de pasos y hasta columbrar en la oscuridad la figura de un árabe descansando sobre su lanza, como quien aguarda con tedio que nazca el sol para remover con la planta de su caballo el polvo del combate ó ir á alancear á su enemigo en la muralla. Enardeciéndose por grados su imaginacion, llegará á oir quizás en uno y otro campo la señal de alarma; y al paso que verá entre las almenas de las torres agitarse á

cada momento mas y mas sombras y centellear acá y acullá lucientes armaduras, sentirá avanzar á su espalda confuso tropel de infieles armados de alfanges y de escalas, y tras estos soldados de á pié, numerosos escuadrones cuyas armas apenas cabrá distinguir, á pesar de la luz que los ilumina, medio ocultas como estan por sus blancos albornoces y la espesa polvareda que alzan sus corceles. La lucha está ya empezada: gime el aire al paso de las flechas; feroces gritos de guerra suben hasta el cielo; y no parece sino que se está viendo la ciudad dispertando de su sueño, como está escrito que se levantarán los muertos de su sepulcro, cuando la trompeta de cobre de los siete ángeles suene entre la estrepitosa caida de los astros y el choque de los mundos. Brilla en las calles el resplandor de cien hachas, corre el pueblo en tumulto á la muralla, y suenan ya hierro contra hierro y acero contra acero. Corre la sangre á lo largo de los torreones y devora el foso cadáveres, como devorará el abismo de la eternidad esa tierra que sentimos temblar ahora al formidable estruendo de la pelea, esa luna que evoca á nuestros ojos los fantasmas de lo pasado, esas estrellas que relumbran pálidamente en el cielo y parecen los innumerables ojos de ese Dios que abarca de una mirada lo presente y lo futuro. No se oyen ya como antes vivos alaridos de guerra; pero la lucha es mas que nunca sangrienta. Cada soldado es una fiera: no siente en su corazon sino los latidos de la cólera y la venganza, y abrasado de sed por el calor de la batalla, no beberia, si pudiese, sino sangre humana en el cráneo de sus enemigos. Ve abierta á sus piés la fosa, y blande aun con furor la espada, y hiere y mata; cae traspasado de una lanzada sobre el desfigurado cuerpo del que murió á sus manos, y revuelve todavía el brazo, y ni aun al espirar se acuerda de dirigir al cielo sino miradas de venganza. ¡Tregua, tregua, imaginacion mia! cierra mis ojos ante este cuadro de desolacion y sangre. La victoria ha sido para los cristianos; sí, Dios ha tendido la mano á su pueblo; mas se oyen aun los ayes y los gemidos de los moribundos, y parece que veo en toda España saltar los techos del hogar doméstico al terrible clamor de mil familias que lloran sobre el ensangrentado ataud de tantas víctimas; y esto es triste, desgarrador para el que tiene un corazon que siente. ¡Tregua, tregua, imaginacion mia! aleja de mí esos fúnebres recuerdos; ¿no tienen acaso otros esos viejos torreones que tan melancólicamente ilumina ese

bello astro de la noche? Mas no; hélos allí: estan medio desmoronados por los hombres y ennegrecidos por los siglos, y se levantan llenos de arrogancia y de soberbia; parecen invectivar á la ciudad que ciñeron en otro tiempo como una cadena de hierro, parecen aun decirla: «hé aquí cómo recompensas á tus antiguos defensores: fuimos los gigantes que llevamos en hombros á los héroes de tu gloria; fuimos las rocas en que se estrellaron las olas de tus enemigos; fuimos el escudo en que se mellaron las armas que venian dirigidas contra tu seno, y miras con indiferencia que las aguas socaven nuestras plantas, que el tiempo hunda nuestra cabeza, que el hierro de tus hijos abra en nuestros cuerpos heridas que no han de cicatrizar ya las generaciones venideras. ¡Ruborízate de vergüenza, ciudad ingrata! estaba prendido en nosotros el manto de tu gloria, y lo has desgarrado; éramos tus verdaderos héroes, y nos has sacrificado: ¡que desaparezca con nosotros el recuerdo de tus mejores dias! ¡que se sepulte bajo nuestras ruinas tu pasado! ¡que no quede en tí sino ese presente miserable que no deja ni puede dejar huella de su existencia! Nos levantaron caballeros cuyos nombres guarda la historia en páginas de oro, y los escudos que en nosotros pusieron estan casi borrados: ¿son acaso infames ó traidores sus dueños para que consientas en que el tiempo, ese verdugo de los monumentos, borre con mano impía sus blasones? Respétanos ó derríbanos: bajo nuestros escombros van á quedar sumergidos los veinte siglos de tu historia.»

Para esos viejos monumentos militares, como para los hombres que los hicieron y los respetaron, no hay otra gloria que la de las armas; mas sus acusaciones contra el espíritu de los tiempos modernos son del todo injustas. Esa gloria que no puede brotar sino en campos regados de sangre, es ya ilusoria á los ojos de los pueblos; y no en vano estos como el de Úbeda, saltan con desprecio esos antiguos muros y torreones, y se sientan sobre ellos y los mutilan aunque hayan sido el campo de grandes hazañas y continúen siendo los testimonios de su pasada grandeza.

Mas Úbeda no los ha hecho desaparecer como otras ciudades andaluzas. Ha pasado con indiferencia sobre ellos y ha ido á sentar mas allá del foso sus casas y sus monumentos; pero no sin dejar en pié restos grandiosos que permiten apreciar todavía el conjunto de esa forticacion labrada á costa de tantos y tan bravos caballeros. En la

Cava, en la plaza de Toledo, entre el Salvador y la Colegiata, entre los paredones de calles tristes y solitarias presenta aun torres, ya enteras, ya medio derruidas, sobre las cuales se ve tal vez cernerse con magestad el águila altanera; en una estrecha cuesta llamada del Rosal ostenta aun una de sus antiguas puertas árabes, por cuyos arcos ultra-semicirculares, medio envueltos en la oscuridad, se llega aun á esperar en un momento de ilusion que asome alguna mora recatada, cubierta de piés á cabeza por su blanco alquicel de lino, ó algun soldado del Profeta armado de todas armas, revestido de su kabá y montado en su corcel de guerra. No, no lo ha destruido aun todo: en medio de su indiferentismo por lo pasado, parece haber sentido cierto respeto para esos torreones y esa puerta cuyas piedras son las únicas que recuerdan una dominacion de cinco siglos. Ni aquellos pueden servirle ya de defensa, ni esta es ya mas que una puerta sin objeto, y sin embargo se estremeceria quizás, si oyese resonar el pico y el azadon bajo las bóvedas de argamasa que los cubren ó al pié de los arcos que la protegen y la adornan.

Y no son solo monumentos militares los que conserva Úbeda: su S. Nicolás, su S. Pablo, su Colegiata son templos góticos que si no reflejan ya el gusto de los artistas de S. Fernando, guardan impresas las huellas del último tercio de la edad media. Las tres naves en que está dividido el interior de S. Nicolás llevan sobre haces de columnas bóvedas todas ojivales, y respiran en todas sus partes sencillez y gallardía. No presentan aun ninguna curva exagerada, ni esa inoportuna aglomeracion de adornos que señalan los primeros pasos de la decadencia de un estilo; afectan en sus arcos mas bien gravedad que demasiada ligereza, y revelan no el atrevido genio artístico de los siglos XIV y XV, pero sí la mano y el corazon de un arquitecto cristiano. Tienen ya invadidas sus capillas por frios altares modernos, y falseado su estilo en el interior por una página del renacimiento, y en el esterior por una fachada corintia á cuyo pié se alza una torre tan simple como severa; mas aun así tiene este templo interes para el artista, que ve en él un viejo libro gótico con cubierta moderna, un álbum de la edad media en cuyas hojas recamadas de ojivas ha escrito la restauracion sus frívolos conceptos.

No es menos digna de atencion S. Pablo. Descúbrese su fachada gótica en el fondo de una plaza espaciosa, cuyos viejos caserones

descansan sobre los informes pilares de unos antiguos soportales; y apenas se pone el pié en la plaza, cuando corren á fijarse los ojos en sus ojivas concéntricas, apoyadas en hacecillos de columnas, entre las cuales asoman figuras de ángeles y ramos cubiertos de follage. Ábrese en medio de las ojivas una puerta constituida por dos arcos trilobados y dividida en dos partes por un pilar ricamente entallado en que campea bajo un dosel sencillo la imágen de S. Pablo; aparece sobre el dintel la Reina de los Cielos sostenida y adorada por los Serafines y coronada por el Padre Eterno; y es aun tanto el misticismo del conjunto, que esta sola parte del templo basta para depurar nuestro espíritu y alzar en nuestra frente una valla entre la morada del Señor y el mundo. No es tampoco homogénea esta fachada: artistas posteriores al que la levantó de sus cimientos labraron un antepecho calado, en medio del cual hay un escudo y una cruz enormes; y á su izquierda hubo quien construyó mas tarde un pequeño cuerpo cuajado de molduras platerescas y corrido de una pobre galería, cuyas formas estrañas y mal determinadas ya le dan el aspecto de un altar, ya el de un sepulcro; mas no falsean tanto su efecto esas pequeñas incoherencias de estilo, como la confusa y revuelta mezcla de formas que se observa en el interior de la iglesia, verdadero caos arquitectónico donde no hay un estilo ni una curva dominante. Distínguense aun ciertos trazos góticos, sobre todo en las capillas del Alba y la Encarnacion, enriquecidas con curiosas leyendas (1); pero ahogados en medio de otros de un carácter vago é indefinible, y bastardeados, al parecer, por manos inespertas, se pierden cuando no se escapan á

(1) En dos arcos de la capilla del Alba se lee: «Esta capilla mandó fazer el venerable Francisco de Vago, beneficiado de esta iglesia, criado y camarero que fué del ilustrísimo y mui magnífico senor Alonso Xuarez de Fuente el Sauce, obispo de Jaen: acabóse en el anno de m. d. x x x. vi.» Encima de los arcos hay dos medallones con los bustos en relieve de la justicia y de la caridad; y sobre estos bustos se lee: «virtus justitiæ-virtus caritatis.» Encima de los medallones se lee á la izquierda: «unus Deus, una fides, unum baptisma: pater et filius et spiritus sanctus:» y á la derecha: «hi tres, unus solus Deus est qui vivit et regnat in secula seculorum.» Debajo de los mismos medallones se lee á la izquierda: «pues el tiempo y la ventura — biben con el mudamiento: y á la derecha: quien bibe menos contento— ..... cura.» En el remate de la capilla debajo de una cruz se lee: «Domine miserere nostri.» Hay cuatro santos sobre cuatro pedestales, y en estos se lee: «S. Ambrosius: S. Augustinus: S. Gregorius: S. Hieronimus.» En un sepulcro interior que hay en la capilla se lee por fin: «aqui está el camarero Francisco de Vago.» — En la capilla de la Encarnacion no hay mas que una pequeña leyenda grabada circularmente en torno de una clave de la bóveda; y de ella solo pudimos leer: «esta capilla mandó facer Rui Perez. . . . . .

Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa.

Lit. de I. Donon.

IGLESIA DE S.T PABLO EN UBEDA.

los ojos del observador, y no determinan siquiera el estilo del lugar en que aparecen. Para apreciar S. Pablo es preciso fijarse solo en su esterior, analizar la fachada ya descrita, examinar otra lateral hoy tapiada, donde sobre un cuerpo saliente descansan toscas ojivas concéntricas, corridas unas de anchas hojas, otras de testas de capricho, otras de esas cabezas de clavo tan comunes en todas las portadas bizantinas. Figura en el cuerpo saliente una serie de arcos trilobados sostenidos por pequeñas columnitas; corre debajo de estas una repisa; debajo de la repisa otra serie de arcos de segmento; y tiene toda la portada un aire tan severo y unas formas tan robustas, que hace retroceder la imaginacion no ya al último siglo de la edad media, sino al siglo mismo de S. Fernando, á esa época en que el arte romano-bizantino tenia aun bastante fuerza para ir á incrustarse en los muros de los nuevos monumentos ojivales. ¿Habrá sido esta puerta la principal del templo? Debió ser cuando menos la primera: entre ella y la que es hoy principal hay siglos de distancia.

Mas no es aun S. Pablo el monumento mas lleno de amputaciones y de ingertos; en la Colegiata apenas cabe dar un paso sin que se descubra un nuevo estilo, sin que se vea impreso el sello de otro siglo. Una fachada greco-romana es su cubierta; y tras ella se descubren ya las ojivas de un claustro gótico, claustro tan irregular y mutilado, que no ofrece casi motivo alguno de goce ni para el alma, ni para los sentidos. Al poner el pié en el templo, ni se acierta á comprender el número de naves que lo componen: ya parece dividido en cuatro, ya en cinco, y no hay dos que guarden siquiera esa armonía que sabe hacer brotar el arte aun de las partes mas hetereogéneas, aun de las formas mas híbridas y complexas. Los arcos son ojivales desde la entrada al crucero; pero del crucero al ábside son casi todos plenas cimbras. Preséntase la curva gótica casi en todos sus estados: ora grave y sencilla como cuando apareció despues de las cruzadas, ora arrogante y gallarda como en el tiempo en que se sentó vencedora sobre las ruinas del arte bizantino, ora esbelta y delicada como en el último tercio de su vida, en que, segura de su triunfo, se afeminó y engalanó trocando sus adornos varoniles por los pueriles atavíos con que bajó al sepulcro. De las bóvedas que cubren las naves unas son de cañon seguido y otras por arista; de los pilares que sostienen las ojivas estan unos desnudos, otros cubiertos de haces de

columnas. Adornan el templo algunas ricas capillas; mas apenas hay dos que revelen una misma mano, ni aun un mismo siglo. En el crucero á la derecha vése una en ojiva que recuerda los buenos tiemdos del goticismo: ancha y degradada su elegante curva, corrida de mil follages y molduras, embellecida en sus lados por las imágenes de S. Pedro y de S. Pablo, realzada en su vértice por la figura de una Vírgen que cobija un rico doselete, puesta al fin entre dos agujas de crestería á que estan adosados bajo altos pináculos dos santos, permite aun descubrir el gusto de la época en que, reina de todas las artes la arquitectura cristiana, llamaba á sí no solo la cantería, sino la estatuaria para que templaran la frialdad de sus muros, sus arcos, sus pilares. Pero no ostentan ya de mucho tanta hermosura ni tanta pureza de estilo las demas capillas góticas, abiertas á lo largo de las naves y en uno de los testeros: sus columnas, algunas de ellas espirales, sus arcos de curva caprichosa, el aislamiento de las figuras que las embellecen, la mala distribucion de sus adornos, todo va señalando en ellas los pasos que da insensiblemente hácia su ruina un arte ya decrépito y herido de muerte. Nada, nada hay homogéneo en esta Colegiata: de los objetos dedicados al culto quizás no haya uno que sea gótico, y casi todos son frios, malos, artísticamente considerados. Desde los altares hasta el tabernáculo, desde la triste lámpara que arroja su débil luz sobre el fondo de la mas oscura capilla hasta la araña que alumbra el santuario, todo está falto de armonía y relacion con el conjunto. ¿Cómo no ha de gemir profundamente el arte al ver tan absurda amalgama de formas, al contemplar hollados sus principios, al considerar rota la unidad de pensamiento y de sentimiento, que es su base única y única fuente de belleza? Ante tan gran desorden ha de lanzar agudos suspiros hasta la religion misma: ¿cómo ha de poder el sacerdote mirar sin afectarse invadido frívolamente por todos los estilos y caprichos arquitectónicos el templo de su Dios, morada de un Ser inmutable, uno y eterno? Si por un momento pudiesen levantarse de sus sepulcros los que construyeron las catedrales bizantinas, se estremecerian de horror y caerian de nuevo en sus tumbas al ver una profanacion tan sacrílega é impía. Hasta la distribucion de las partes del templo está enteramente falseada en esta Colegiata; y es sabido que esta distribucion ha sido declarada simbólica é inalterable en los primeros siglos de la Iglesia. La unidad ha desapare-

cido, y es sabido que fué entonces reconocida como una necesidad por todos los concilios.

La Colegiata debió ser indudablemente uno de los primeros monumentos de Úbeda: fué instituida por D. Pascual, obispo de Jaen, en 1250; y es probable que ya antes de la institucion existiese el templo. Las demas fábricas que hay en la ciudad son todas modernas, y apenas ofrecen mas interes que el que le comunicó el nombre de sus fundadores. El hospital de Santiago, situado al occidente junto á la puerta de Baeza, es un edificio sólido, vasto, magestuoso; mas falto por otra parte de gusto y de belleza, frio, desnudo, sin mas adorno que una imágen de Santiago á caballo sobre la puerta de su fachada, sin mas significacion que la que le dan unos caractéres romanos entallados en la misma piedra, caractéres que revelan el nombre de un esclarecido obispo de Jaen, la piedad y la munificencia de Diego de los Cobos. Grandioso tambien y mas bello que este hospital es el convento llamado de las Cadenas, fundado en 1560 por Juan Vazquez de Molina, secretario de Felipe II; mas ¿qué interes ni qué sentido religioso puede ofrecer un monumento cuya fachada, dividida en tres cuerpos, está decorada por dos series de pilastras y una de cariatides, y no ostenta sino dos templetes en los ángulos y un escudo de armas y una Vírgen en el centro? El Salvador es la mas bella y suntuosa de las obras de este género; y, sin embargo, carece como las demas de significacion y de poesía. No hay en él unidad de pensamiento, y se descubre en todas sus partes falta de fé y de entusiasmo religioso. Vénse sobre todo en la fachada mezcladas y confundidas las ideas del cristianismo con las del paganismo, unido lo profano con lo sagrado, enlazada de una manera hasta ridícula la Jurisprudencia con la Teología, escritas sin separacion alguna las ideas de la escuela estóica y la doctrina revelada, admitidas y falseadas á la vez las formas de un mismo arte, amalgamados y revueltos en fin los principios mas contradictorios; y apenas se le analiza, cuando se comprende que solo pudo ser concebido por uno de esos artistas del siglo XVI, que careciendo ya de las firmes creencias de la edad media, ignoraban el lenguaje del alma, y no sabian hablar mas que á los sentidos. Cuatro columnas pareadas, parecidas á las corintias, llevan sobre el abaco de sus capiteles un arco ricamente labrado, en cuyas enjutas estan tendidas las figuras de la Fé y la Justicia, coronadas

por dos ángeles y armadas de unas como lápidas en que está grabada la definicion escolástica de las dos virtudes (1). Corre sobre el arco un entablamento cuyo elegante friso ocupan dos alegorías, y sobre el entablamento un segundo cuerpo, igual al primero en formas aunque no en riqueza, en cuyo centro está figurada en relieve la subida de Jesus al monte Tabor, ese monte glorioso en que por primera vez se transfiguró el Hombre-Dios, llenando de asombro á los apóstoles. Ábrese para mengua del artista mas allá del relieve una ventana; álzase sobre la ventana un pequeño fronton, y no hay ya mas digno remate para tan hermosa página. ¿Qué pudo proponerse con esto el que la compuso? ¿qué efecto podria producirle al mismo empezada con tanta esplendidez y tan friamente terminada? Campean, ademas, á cada lado junto á las columnas del primer cuerpo la figura de una ninfa y la de un guerrero que sostiene un escudo de armas: ¿qué ideas de arte tendria el autor, si llegó á concebir que podian caber sin violencia en una misma portada imágenes de ninfas y de santos, imágenes de soldados y de apóstoles?

El interior está aun muy lejos de hacer descubrir entre las nubes de incienso que brotan del pié de los altares la figura sublime de ese Dios que vino á estrechar entre sus brazos á los humildes é hizo desde una cruz estremecer al mundo; pero presenta cuando menos mas perfeccion, mas arte, mas unidad, mas armonía. Catorce medias columnas corintias, entre las que se abren los gallardos arcos de espaciosas capillas, llevan, en la única nave de que constan, un alto entablamento, sobre el cual corre una galería y descansan las magestuosas cimbras de las bóvedas. Son estas por arista; y estan cortadas en el centro del crucero por una esbelta cúpula que derrama luz á torrentes sobre el tabernáculo. Divide el templo en dos partes una alta verja de hierro, mas acá de la cual puede doblar todo el pueblo cristiano la rodilla, y mas allá solo el sacerdocio que tiene allí su coro y su santuario. Es todo el pavimento de mármol; estan doradas las columnas, los arcos, las claves de las bóvedas; dorada y pintada rica-

(1) Hé aquí las dos definiciones: La primera es: «Fides est credere quod non vides:» la segunda: «justitia est constans ac perpetua voluntas jus suum unicuique tribuendi.» ¿No bastan estas definiciones para confirmar lo que de esta fachada decimos en el texto y caracterizar perfectamente la época en que fué erigido este monumento, que fué del 1540 al 1556?

mente la cúpula, y respira todo suntuosidad y magnificencia. Mas ¿es esta elegancia y esta grandeza la que conviene á un templo? Mejor se fijan en Dios nuestros ojos medio apagados por la oscuridad de una catedral sombría, que deslumbrados por el oro y los colores: lo que habla mas á los sentidos que al espíritu, no es lo mas propio para que el hombre desate por momentos de su cuerpo las cadenas del mundo y suba en alas del corazon y el alma hasta esa morada del cielo que ocultan como un velo las pasiones. En monumentos tan ricos es mas facil recordar los inmensos tesoros de su fundador, que las tan santas como humildes dádivas que podemos esperar de un Dios, que en cambio de la pobreza y los sufrimientos, en premio de nuestras luchas, en recompensa de nuestro heroismo, solo nos concede una corona inmarcesible y la paz eterna del alma. No, no parecen tales monumentos consagrados á Dios: no parecen hijos de la caridad, sino del orgullo: parecen monumentos destinados á perpetuar la memoria de los que los fundaron. Fué levantado este del Salvador á espensas de Francisco de los Cobos, secretario de aquel emperador Carlos V, que hizo estremecer bajo las plantas de su caballo el suelo de dos mundos: y ¿quién al entrar en él no sospechará ya que mas que como templo pudo hacerlo edificar este poderoso consejero como su sepulcro? Blanquea en medio del templo sobre el pavimento azul una sola losa de mármol blanco; y esta piedra, sola y sin leyenda, basta para revelar que yace allí sepultado el fundador, que descansan allí los restos de los Cobos, que duerme allí el que fué un dia el alma de uno de los mas grandes monarcas de la tierra. ¿No ha de parecer así el Salvador un gran monumento para un pequeño cuerpo, como las pirámides levantadas en la embocadura del Desierto?

Es con todo el Salvador la obra mas completa y acabada de Úbeda; y es digna no solo del respeto, sino del amor del viajero, que, si codicia nuevas impresiones, es ya preciso que deje esta ciudad, sentada en una loma y cercada de olivares y viñedos, para trasladarse á la escarpada y pintoresca sierra de Cazorla, llena de barrancos y de precipicios, poblada de bosques de pinos y encinas, coronada de cerros por donde trepan la cabra montés y el corzo, cubierta siempre de verdor, animada sin cesar por el murmullo de los torrentes, plateada á lo largo de sus faldas por las aguas de los rios y arroyos

que brotan de su fecundo seno (1), animada en invierno por el ahullido de las fieras, halagada en verano por el contínuo balido de millares de ganados que apacientan bajo las frescas sombras de sus árboles al cuidado del rústico pastor que canta en la arroyada (2). En la vertiente septentrional de la sierra está la ciudad del mismo nombre rodeada de estensas y numerosas huertas que riega el Cerezuelo y no llegan á marchitar nunca los ardores del estío; y apenas hay ciudad que pueda presentar un aspecto mas risueño. Está sentada en el monte en forma de anfiteatro; y la llanura que á sus piés se estiende parece alfombra de verdura y flores. Crecen acá y acullá á su alrededor árboles frondosos que se inclinan á su tiempo bajo el peso de doradas frutas; murmura en ella el rio, mas allá el arroyo; la cobija un cielo alegre y puro; le da vida un ambiente claro, y la orea tal vez una brisa suave, perfumada con el aliento que despiden monte y prado. Defiéndenla dos castillos, uno musulman, otro cristiano; y conserva aun, aunque ya muy arruinada, una iglesia antigua, debajo de cuyos cimientos se desliza calladamente el Cerezuelo. ¿Por qué no ha de haber sobrevivido á la ruina de nuestra patria ese pequeño templo? Para levantarlo hubo un tiempo un marques de Camarasa que construyó sobre el rio un arco de ocho varas de ancho y ciento ochenta de largo. Empezó á edificar sobre él la humilde casa de Dios que tenia concebida, la levantó con piedad, con verdadero amor; y cuando pudo orar bajo sus bóvedas, estuvo tan satisfecho de su obra, le pareció tan bien oir acompañadas por el murmullo de las aguas sus propias preces y los cantos sagrados de los sacerdotes... ¡Ay! y hé aquí que siglos despues, en un momento de cólera insensata, soldados de un rey estraño, soldados de un Emperador que, encumbrado por la revolucion y la suerte, creyó poder uncir á su yugo todas las naciones, vienen con la impiedad en el corazon y el hacha en la mano, y prenden á sus puertas el fuego con que abrasaron las ciudades, y sienten caer con estrépito bóvedas y torres, y ven entre el polvo y la humareda subir la llama al cielo, y contemplan su ruina sin que un remordimiento turbe su espíritu, ni ruede una

(1) Nacen de las cumbres de esta sierra ademas de otros muchos rios y arroyos el Vega, el Borosa, el Guadalentin y el Rio Frio.

(2) Antes de la guerra de la independencia veraneaban en esta sierra hasta 100000 cabezas de ganado; hoy veranean aun sobre 20000.

sola lágrima de un ojo compasivo. Pasaba por debajo de él el rio, enrojecido por el resplandor del incendio como si fuera de sangre; habia interrumpido su tranquilo canto, y corria, como rechinando de furor, agitado á cada momento por ascuas de pura lumbre que iban precipitándose desde lo alto del templo; reinaba en toda la ciudad el terror, y llenábanse de suspiros y lamentos las paredes del hogar doméstico; hasta entre el estruendo de las piedras que se caian parecia sonar una voz de venganza salida del fondo de un sepulcro; mas nada pudo detener la mano frenética de los incendiarios, nada pudo conmover su corazon, que habia hecho ya indiferente el espectáculo de los campos de batalla (1). Y era esta iglesia la única que recordaba los antiguos tiempos de esta ciudad, conquistada á fuerza de armas por un arzobispo que dejó marcadas sus huellas en todo lo que llaman aun hoy Adelantado de Cazorla.

Todo está ya casi destruido en el reino que estamos recorriendo: lo que no ha derribado la fuerza de los siglos ha sucumbido al impulso de armas invasoras: lo que ha respetado la guerra ha venido á morir al fin bajo el hacha de la revolucion ó la ignorancia y el antojo de artistas que no han vacilado en sentar sus humildes fábricas sobre las grandes creaciones del arte y la poesía. Escaso es ya lo que conserva Cazorla: ¿queda algo mas en todo el Adelantado? ¿Qué cabe ver hoy en esa antigua villa de Quesada que tanta sangre costó á moros y á cristianos, que tantas veces fué cercada y combatida, que tantos héroes vió pelear ante sus muros, que tantos y tan variados pendones vió enarbolados en lo alto de su alcázar? Esa pequeña villa, que ocupa la falda meridional del cerro de la Magdalena y apenas consta sino de seiscientos hogares, cercados de algunas huertas que fecunda un rio, fué uno de los teatros de las glorias de S. Fernando, fué luego para el arzobispo D. Rodrigo cuando no un baluarte, un campo de batalla, fué mas tarde una conquista y un medio de paz para uno de los reyes de Granada, fué por largo tiempo poblacion de importancia y cabeza de un pequeño feudo; y nada, casi nada guarda de ese pasado, tan tempestuoso como lleno de gloria y de grandeza. Levántase sobre ella un torreon negro y sombrío; y hé aquí el único resto de su alcázar; hé aquí la única losa que encierra su pasado; hé aquí la úni-

(1) Incendiaron los franceses esta antigua iglesia en el año 1811.

ca piedra céltica, puesta sobre la tumba de este pueblo, para que sea respetado su cadáver por el torrente de las generaciones venideras.

Mas no hemos esplicado aun todas las vicisitudes de esta villa. Dejamos la historia del reino de Granada en el momento en que bajó al sepulcro S. Fernando; y hechos muy sangrientos hemos de referir aun de Quesada en el largo y borrascoso período histórico que vamos á bosquejar en los capítulos siguientes. Los principales pueblos conquistados por el rey Santo estan ya recorridos y descritos: quedan otros muchos por vencer, queda por sujetar todo un reino; y antes que entrar en él con el báculo del viajero y el pincel del artista, fuerza es que, segun nuestro método, le veamos creciendo y prosperando á la sombra de los reyes musulmanes, y doblando al fin humildemente la cabeza bajo los augustos pendones de las armas de Castilla.

Capítulo décimotercio.

Fundacion del reino de Granada. — Mohamed el Ahmar.

De 1238 *á* 1273. Reinaba aun en Castilla S. Fernando, cuando del seno de las turbulencias que agitaron á los árabes despues de la ruina del imperio almohade surgió un jóven, que logró detener con la prudencia y con las armas la marcha vencedora de los ejércitos cristianos. Levantóse en Arjona el año 629 de la Egira (1231), se apoderó al siguiente de Jaen, tomó á poco Guadix y Baza, y á principios del 633 era ya señor de Loja y de cuantos pueblos ocupaban la sierra de Alhama. Fué abriéndose paso mas con la política que con el alfange hasta en las mismas villas y ciudades que obedecian á Ben-Hud. Favorecido por su parcial Khaled, cautivó el ánimo de los moros de Granada; y en el mes de Ramadhan del 635 entró y fundó en esta ciudad un trono que duró por espacio de tres siglos. Apoderado de la antigua capital de los Zeiritas, no tardó en adquirir todo lo que mas tarde constituyó su reino: recibió en el mismo año el homenage de la ciudad de Málaga,

y en 638 el de todo el waliato de Almería, que le entregó Abdelrhaman despues de haber asesinado á Ben-Hud tras los brindis de un banquete. Ganó con palabras generosas muchos pueblos, ganó comarcas enteras con los primeros hechos de su reinado y el recuerdo de sus hazañas; y apenas habian pasado diez años despues de su levantamiento en Arjona, cuando dictaba la ley á todo el territorio comprendido entre Sierra-Morena, los montes de Córdoba, los de Murcia y el mar que va desde Orce hasta el Estrecho (1).

Llamábase este jóven Mohamed Ben Yusuf Ben Mohamed Ben Ahmed Ben Khamiis Ben Nasr Ben Kays Al-Khazreji Al-Ansari, por sobrenombre el Ahmar, el Rojo, y tambien Al-Ghaleb Bilá, vencedor por la gracia de Dios. Era, segun los cronistas cristianos, de origen oscuro (2); pero no segun los árabes, que le suponen hijo de padres esclarecidos, y le hacen descender por línea recta de Sád Ben Obadah, señor de la tribu de Khazrej y uno de los compañeros del Profeta (3). Reunia, al decir de todos los historiadores musulmanes,

(1) Tocamos tan de paso estos hechos porque los hemos ya dejado casi todos consignados en el capítulo X de este mismo tomo.

(2) Fúndanse los cronistas cristianos para asegurar este aserto en un pasage del arzobispo D. Rodrigo que copiamos en el capítulo citado en la nota anterior. El Ahmar, segun este autor, seguia las huellas de la yunta y del arado poco antes de su aparicion en el mundo político; mas ¿cabe deducir de aquí que el Ahmar fuese á la sazon un simple aldeano, falto de educacion y de conocimientos, que en un momento de entusiasmo pudiese llegar á trocar la esteva por la lanza, y poco despues el campo por un trono? El Ahmar, dice el Khattib, nació en Arjona en territorio de Córdoba, donde heredó de su padre estensos dominios que cultivó con sus propias manos. ¿No parece esto una esplicacion mucho mas natural de las palabras del arzobispo? (Véase History of Mahomedan Dinasties, tomo 2.°)

(3) Los historiadores árabes, no contentos con darle una brillante genealogía, han llegado á creerlo predestinado por el mismo Alá para ser el amparo y la defensa de los Muzlimes. He oido referir á el Khattib, Mohamed Ibn Mohamed Ibn Abdillah Al-lushi Al-yahssobi, á quien encontré una vez en Jaen (leemos en uno de los autores que ha traducido el Sr. Gayangos), que su abuelo poseia una yegua escelente que montaba cuando tenia que rechazar al enemigo ó invadir la frontera del reino de Castilla. Llegó á ser tan conocida la yegua entre los cristianos de las comarcas vecinas, que el rey castellano, oyendo ponderar sus buenas dotes y su aptitud para la guerra de algarada, envió mensajeros á Al-lushi para que este se la mandase y fijase á su antojo el precio. Estaba Al-lushi tan prendado de esa preciosa cabalgadura, que, no queriendo deshacerse de ella, se la negó al monarca; y dicen que por la noche soñó y oyó una voz que le dijo: vé á Arjona y lleva contigo la yegua: pregunta por uno á quien llaman Mohamed Ben Yusuf, y en cuanto le encuentres véndesela, porque con ella ha de conquistar Jaen y otras ciudades, y ha de ser esta conquista muy beneficiosa para las generaciones venideras. No obedeció de pronto Al-lushi á tan singular mandato; pero por tres veces oyó en sueños la misma voz, y empezó á pensar seriamente en lo que con tanto afan se le encargaba. Preguntó á un amigo suyo, llamado Ben Ya'ysh, muy conocedor de toda la comarca, quién podia ser el que le habia sido indicado en sueños; y como se le manifestó que no podia ser otro que el Ahmar, partió para Arjona, donde fijó su residencia. Apenas fué sabida en esta ciudad su llegada y

prendas eminentes (1): en guerra era tan esforzado y fiero con los combatientes como generoso con los vencidos; en paz un rey para sus enemigos y un padre para su pueblo. Verdadero creyente del Profeta, no olvidaba sus deberes religiosos ni aun en la embriaguez de la victoria; verdadero genio político de su época, sabia sacrificar su orgullo en aras de la conveniencia pública hasta el estremo de ir á pelear personalmente en favor de un rey cristiano. Conocia el tiempo en que debia guardar y desnudar la espada, el modo de escitar y acallar las pasiones, los medios mas eficaces para templar y halagar el carácter de sus súbditos, la dificil manera de presentar humilde al monarca y magnífica y llena de mágico esplendor la monarquía. Mas noble aun de corazon que de linage, no reconocia necesidad á que no atendiese, ni sufrimientos que no aliviase: levantó á poco de haber entrado en Granada almarrestanes para los enfermos y casas de socorro para los pobres y los ancianos desvalidos; procuró mejorar constantemente el bienestar de sus vasallos; y ni aun cuando vió inundado el reino por avenidas de árabes proscritos que huian de las ciudades conquistadas por los cristianos, pudo dejar abandonado á ningun creyente al rigor de su destino. Manifestó esplendidez; mas para el mayor prestigio de su trono, no para sí, que se presentó siempre parco no solo en el trage y en la mesa, sino tambien en su harem, donde mas solian ostentar su lujo todos los reyes musulmanes. Sentia gravar con tributos á sus pueblos; y no creyendo digno de un mo-

el objeto de su viaje, pasaron á su casa el Ahmar y algunos de sus parientes y empezaron á negociar la yegua; mas era tal el precio que Al-lushi exigia, que el Ahmar se vió obligado á declarar la imposibilidad de aprontar una suma tan exorbitante. Propuso al fin el Ahmar pagarla parte al contado y parte á plazos, y viendo que consentia en ello Al-lushi, se la llevó á su casa. Habló á poco Al-lushi á el Ahmar en la mezquita del castillo, y le reveló su sueño; y satisfecha por este la suma convenida, se volvió á Jaen.

Habia pasado apenas un año despues de este suceso, añade la crónica, cuando el Ahmar tomó en Arjona el título de rey y se apoderó de la ciudad que habia mentado á Al-lushi la voz de su profético sueño. Gayangos, History of the Mahomedan Dinasties, tomo 2.°

(1) Copiamos á continuacion la pintura que hace de este príncipe el Historiador el Khattib, uno de los traducidos por Cassiri: Ad illius mores quod attinet vir erat domi militiæque plane admirabilis: miles enim egregius plenusque animi et roboris semper est habitus, otii inimicus et sui commodi non studiosus; cultu perparcus et frugalisimus princeps; in acie expertus simulque temporum callidus, aspectu etiam et auctoritate verendus, expeditissimus dux atque magnus discriminum contemptor. Uxores non nisi genere pares sibi adjunxit, domesticorum commodis consulebat atque regia vectigalia pari cum moderatione exigebat. Prœliis ipsemet interfuit quæ historici fuse latequ prosequuntur. Veste vulgari indutus in ocreis incedebat, suarum rerum ita satagebat ut labori nulli parceret.

narca exigirlo para sus placeres, no los aumentó sino para embellecer con fuentes, baños, colegios y un palacio grandioso esa hermosa ciudad que eligió por silla de su imperio é hizo en breve rival de Bagdad y de Damasco. Le amaba al pueblo; y queria ser mas su servidor que su tirano. Le daba audiencia dos dias por semana en uno de los salones de su alcázar; llamaba á sí jeques y cadies para la resolucion de los negocios del Estado, y visitaba á los pobres de los almarrestanes hasta en su lecho de muerte.

Con tan brillantes dotes, realzadas á los ojos de la muchedumbre por la gravedad de su rostro, la gallardía de su figura, lo cortés de su trato y los rasgos caballerescos de su carácter, no solo logró el Ahmar impedir á sus nuevos estados la ruina que les amenazaba, sino que tambien darles unidad, robustecerlos y elevarlos á la cumbre de su mayor grandeza. Empezó su reinado acreditando su valor frente los muros de Martos y en dos batallas sangrientas, en que rompió y desbarató dos ejércitos cristianos; y ya que se consideró bastante temible, pasó á la frontera, la aseguró, reparó las fortalezas que la defendian, volvió á Granada, y se entregó desahogadamente á la organizacion interior de su casa y de su reino. Levantó y fortificó el alcázar de la Alhambra, fijó en ella su residencia, nombró jueces (1) y katebes (2), reunió en torno suyo un senado de nobles y de ancianos, confirió el mando de los waliatos y cadiatos á los que mas se habian distinguido por su lealtad y por sus proezas, fundó casas de asilo para la pobreza, dispuesta siempre á la rebelion cuando no ve término á sus privaciones y sufrimientos, surtió de agua y de víveres las ciudades, labró en el campo acequias, fundó numerosas escuelas, abrió las puertas de su palacio á la ciencia y á la poesía, protegió con mano generosa la industria y la agricultura, no perdonó, al fin, medio para mejorar el estado de su nuevo reino. Conociendo que las costumbres son la base de las leyes, procuró reformarlas, y apeló para ello me-

(1) El cargo de Juez era entre los árabes de los mas importantes. El Khattib refiere al fin de cada reinado todos los que lo tuvieron en Granada, y cita entre los del tiempo de el Ahmar á Abu Abdala Mohamed Ben Ibrahim Ben Abdehalam Altamini Criminum quæsitor. Cassiri, tomo 2.°

(2) Hace mencion el Khattib, entre los Katebes ó ministros de este príncipe, de Abu Meruan Abdelmalek Ben Juseph Ben Sananid, natural de Jaen, de Ali Ben Ibrahim Alschaibani Azadita, natural de Granada, de Abu Abdala Mohamed Ben Mohamed Ben Alramin, en otro tiempo almirante, de Yayah Ben El Khattib, que tuvo tambien por patria la misma ciudad de Granada. El primero de estos fué wizir, es decir, primer ministro.

nos al mandato que al ejemplo, administró por sí su patrimonio, dirigió la construccion de su alcázar (1), cultivó con sus propias manos los jardines que crecian al pié de sus salones, enriqueció sin cesar su espíritu (2), obedeció en público la voz del muezin cuando le llamaba á la plegaria (3), vistió humildemente, economizó las mugeres en su harem, desterró lejos de sí la afeminacion y el ocio, no perdonó sacrificio alguno ni por su Dios, ni por su patria. Deseoso de alejar del corazon de sus pueblos los temores de un porvenir incierto y asegurar el triunfo de su dinastía, confió sus hijos á sabios y virtuosos alfaquíes, los instruyó en sus horas de descanso, y apenas vió desarrollada el alma del que escogió por heredero de su corona, le llamó junto á sí para acostumbrarle á los negocios del gobierno, comunicarle los secretos de su política, inspirarle sus sentimientos y hacerle aceptable para su reino, presentándole como el espíritu que habia de sobrevivir á su muerte.

Nada olvidó el Ahmar para poner en orden la administracion de sus estados y asegurarles la paz interior de que necesitaban; pero tenia mas allá de sus fronteras un enemigo poderoso, y no podia pensar esclusivamente en mejorar la suerte de los pueblos. Debia acordarse á cada paso de que tenia pendiente sobre ellos la espada del Rey Santo y corria aun peligro la existencia de ese mismo reino que acababa de cimentar sobre las ruinas del imperio almohade; y no lo olvidó tampoco. Temeroso de que algun dia podia verse en la necesidad de llamar en su socorro los ejércitos de otras naciones, manifestó desde el principio de su reinado un respeto y una deferencia suma á los reyes de Tremecen, Tunez y Marruecos (4), y para tenerlos mas dispuestos á favorecerle, llegó al estremo de hacer rezar por ellos la khotbah en todas las mezquitas de su reino. Hízola rezar por el mismo Califa de

(1) El Khattib asegura que dirigió él mismo la construccion de este palacio: Alhamra, dice, cui construtioni et ipse adfuit ac præfuit. Principió la Alhambra, y él mismo dirigió la obra y andaba entre los alarifes y arquitectos (Conde.).

(2) Gustaba, segun Conde, de leer historias y de oirlas contar á su contador de hadizes, y se entretenia mucho en sus jardines cultivando plantas aromáticas y flores.

(3) Al llegar el Ahmar á la puerta de la Kassabah de Granada, leemos en uno de los escritores árabes que ha traducido el Sr. Gayangos, se oyó la voz del muezin á lo lejos llamando al pueblo á la plegaria del sol poniente; y sin ir mas allá se dirigió al Mihrab de la mezquita, recitó el capítulo I del Koran, y entró en el castillo de Badis precedido de algunos hombres con hachas en la mano (History of the Mahomedan Dinasties.).

(4) Los reyes de Tremecen eran á la sazon Zayanitas, los de Tunez Haphsitas, los de Marruecos Almohades.

Bagdad (1), de quien le separaban antiguas discordias y todas las aguas del Mediterráneo; y apenas encontró coyuntura para solicitar la amistad del rey cristiano, se manifestó para alcanzarla dispuesto á sacrificar su ambicion y hasta su orgullo. Al ver resuelto á S. Fernando á tomar de grado ó por fuerza á Jaen, al considerarse incapaz de protejerla, al prever que despues de vencida Jaen era facil que otros pueblos doblasen de terror la frente, creyó llegada la hora del sacrificio, y solo y sin mas consejo que su propio corazon y su cabeza, salió para el campamento cristiano, entró en la tienda del rey, le pidió la paz, le besó la mano en señal de vasallage, se declaró su feudatario, le ofreció asistir á las Cortes á que fuese llamado, prometió servirle con cien lanzas. Sentiria sin duda apelar á tan dura humillacion; mas no vió ni pudo ver otro medio de salvar su reino. Calculó que de otro modo iba á sucumbir la Andalucía y á no quedar en España ni un asilo para los hijos del Profeta; y antes que la estéril gloria de los héroes que no temen aventurar su vida, mas que al caer deban arrastrar tras sí vastos imperios, procuró atraer sobre su cabeza las bendiciones que derrama el cielo sobre los que con una abnegacion sublime detienen la caida de los pueblos y hacen florecer al borde del sepulcro generaciones amenazadas de muerte. Se humillaba con este paso y humillaba á su pueblo; pero humillándole, le salvó, y llevándole al campo de batalla no hubiera hecho sino acelerar ese dia infausto en que el Africa tuvo que recoger millares de árabes proscritos, sobre los que pesó por mas de un siglo la mas humilde servidumbre.

Celebrada así ya la paz con su mayor enemigo, volvió el Ahmar con el walí de Jaen Alí Ben Muza á la ciudad de Granada, en que siguió tranquilo su obra de reorganizacion á pesar de tener aun en las fronteras occidentales de su reino á los Almohades que tanto aborrecia. Llamado á los ocho meses para la campaña de Sevilla, tuvo que interrumpir por segunda vez sus útiles tareas, y salió á la cabeza de quinientos caballos con el rey cristiano; mas apenas cayó vencida aquella ciudad, en cuyo cerco se distinguió tanto por su generosidad como por su heroismo, cuando prosiguiéndolas con mayor ahinco que nunca, logró animar su reino con la esplotacion de minas de oro y

(1) Era á la sazon sultan de Bagdad El-Abbasi.

plata y el rumor de talleres en que ya se fabricaban armas de fino temple, ya se tegia la seda con mas perfeccion que en los mismos pueblos de la Siria. Acertó á venirse por aquellos tiempos á Granada gran número de moros, fugitivos unos de Játiva y Valencia por no poder sobrellevar la servidumbre del rey aragonés D. Jaime, procedentes otros de Sevilla, donde temian los ultrajes que para los caidos suele llevar consigo la victoria cuando es arrancada de entre el polvo y la sangre del combate; y deseoso ese gran príncipe de detenerlos á todos en su reino, del cual era facil que salieran para poblar el Africa, no solo no escaseó gastos para alimentarlos, sino que repartiéndolos por sus tahas, les dió hogar donde viviesen, les eximió por algunos años del pago de tributos, y procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance hacerles llevadero el recuerdo de las pasadas desventuras. Sabia cuán escasa era la poblacion de Granada á causa de las grandes guerras que por tanto tiempo la agitaron, conocia de cuánto era capaz un suelo fértil donde la naturaleza parece haber prodigado sus tesoros, temia que en lo futuro podian venir contra su tan pequeño reino monarcas poderosos que habian hecho temblar ya imperios tan vastos como los de los Almohades y los Almoravides; y convencido de que para contener estas invasiones debia suplir por el número de sus súbditos el de sus fortalezas y ciudades, se aprovechó de estas y de otras circunstancias parecidas como de ocasiones que le ofrecia su Profeta para multiplicar los soldados que debian sostener una monarquía, al parecer, fundada sobre arena y espuesta á hundirse al primer torrente que se despeñase de Sierra-Morena ó de los montes de Segura.

Tuvo afortunadamente el Ahmar en apoyo de sus altas miras políticas un regular período de paz que vino á prolongar en 1152 la muerte de S. Fernando. Supo apenas este grave accidente, cuando envió una embajada al nuevo rey D. Alfonso para que confirmara el tratado de Jaen bajo las mismas condiciones; y otorgado esto, siguió dedicándose sin tregua á las mejoras materiales de su reino, hasta que á los dos años partió para Jerez, llamado por el monarca de Castilla. Regresó inmediatamente despues de la toma de Jerez á su ciudad favorita, recogió con el mismo amor que siempre á los desventurados Almohades que iban huyendo de los pueblos sojuzgados durante la campaña, continuó favoreciendo todas las artes útiles, y al paso que

veía prosperar incesantemente la industria y la agricultura, se complacia en contemplar cómo crecian de dia en dia los encantados patios y salones de la Alhambra.

Era el Ahmar guerrero; mas sentia esos llamamientos de los reyes castellanos, que á mas de distraerle de las atenciones del Estado, le obligaban á emplear sus armas contra sectarios que, aunque hereges, no dejaban de ser como él hijos leales del Profeta. No encontraba entonces para la salvacion de su reino otro medio que el de la paz; y la deseaba, y procuraba con tanto afan, que estaba dispuesto para obtenerla á sacrificarlo todo, hasta su propio bienestar, hasta la amistad, hasta sus mas ardientes é hidalgos sentimientos. Si obedecia con tanta resignacion á las exigencias de los reyes castellanos, no era sino porque veía así asegurada la paz para sus pueblos. Se escusó poco despues de hospedar en su corte al infante D. Enrique, que tras la campaña de Jerez se enemistó con su hermano el rey Alfonso, y no lo hizo por otro motivo que por el temor de comprometer esa misma paz que consideraba él como la base de la futura grandeza de su patria. Movió á Enrique á que en lugar de pasar á Granada se dirigiera á Tunez, para cuyo Emir le dió cartas dictadas por el sentimiento de amistad mas puro, y logró así contentar al infante y obligar mas al rey, que no le llamó hasta tres años despues para la conquista de los Algarbes.

A pesar de ese sistema político no tardó, sin embargo, el Ahmar en verse envuelto en una guerra larga y complicada que llegó á poner en peligro su corona. Envió al Algarbe al wali de Málaga con algunos caballeros, recorrió en tanto sus dominios, visitó sus tahas, fortificó sus fronteras, y, estando en Gibraltar, recibió mensages de Jerez, de Arcos, de Sidonia y hasta de Murcia, ciudades que se ofrecian á proclamarle rey si les ayudaba á sacudir el yugo á que acababan de uncirlas los cristianos. Persuadido de la necesidad de conservar la paz, resistióse por de pronto en su interior á acceder á una demanda que la comprometia; mas considerando luego como un deber amparar á muzlimes oprimidos y movido quizás por sus ímpetus guerreros, el afan por la gloria y la esperanza de ensanchar su reducido imperio, si no se decidió por la afirmativa, prometió cuando menos á los mensageros llevar la proposicion al senado de los jeques y estar por lo que estos cautos ancianos resolviesen. Pasó á Granada, juntó

el consejo, manifestó las pretensiones de los pueblos recien conquistados, y lejos de encontrar duda ni temor en los ánimos, los encontró casi todos decididos abiertamente por la guerra. Púsoles por delante los peligros que iban á nacer del primer choque que tuviese lugar entre granadinos y cristianos, y les vió dispuestos á pasar por todo; pero ni aun así pudo consentir en que se rompiese clara y terminantemente con el rey Alfonso. Propuso que ante todo se procurase el simultáneo alzamiento de la ciudad de Murcia y los pueblos del Algarbe á fin de que Alfonso, no pudiendo estar á la vez en puntos tan distintos, le llamase y le diese ocasion para negarse á socorrerle; manifestó que rota con este pretesto la alianza, era facil que se les declarase la guerra y se les ofreciese motivos para pasar con tropas mas allá de la frontera, y acabó, al fin, diciendo que solo así creía legitimado y provechoso el rompimiento que se proyectaba.

Aceptadas estas ideas por el consejo, empezó el Ahmar á disponer secretamente la sublevacion de aquellos pueblos, y no tardó en ser aclamado casi en un mismo dia por los árabes de Murcia, Lorca, Mula, Jerez, Arcos y Lebrija, que invadiendo como leones las casas y las fortalezas de los cristianos, mataron á cuantos no pudieron apelar á la fuga. Mandó desde luego tropas hácia Murcia; y apenas se vió requerido por el rey de Castilla, le escribió cuan cortesmente pudo, alegando que motivos de política y sobre todo de religion le impedian por entonces pasar al servicio de un príncipe cristiano, tanto que ni se atrevia á asegurarle si podria en esta guerra permanecer del todo ocioso. Dirigióse á sus alcaides y apercibió su caballería mientras esperaba la resolucion de Alfonso; y luego que supo la orden de este para que las tropas fronterizas rompiesen las hostilidades, salió de Granada, corrió y taló los campos de Alcalá de Ben-Zaide, peleó á la vista de esta ciudad con un ejército castellano, y lo batió y destrozó de manera que logró infundir temor en el pecho de sus orgullosos enemigos. No descansó siquiera un momento: empleó sus tropas cuando no en batallas campales en refriegas y escaramuzas; y mientras corrian al Algarbe los mejores caudillos de Alfonso, anduvo molestando sin cesar las fronteras cristianas con algaradas sangrientas que las mantenian en contínua alarma. Dispuso de nuevo para Murcia gente de á pié y de á caballo, nombró gefes y la distribuyó toda en el mejor orden que pudo; mas poco pudo alcanzar ya á pesar

de sus medidas acertadas. Deseoso de recompensar á los que se habian distinguido tanto en la jornada de Alcalá como en las luchas sucesivas, concedió en este tiempo gracias á algunos Zenetas y Zegríes, ofendió con esto á Abu Mohamed Abdalá, walí de Málaga, á Abu el Hasan, walí de Guadix, y á Abu Yshac, walí de Comares; y cuando mas necesitaba de fuerza para amparar una ciudad junto á cuyos muros estaban acampadas las tropas de Aragon y de Castilla, tuvo el desconsuelo de verse amenazado por esos tres poderosos gobernadores, que, ademas de negarse á tomar parte en la espedicion de Murcia, se hicieron mas tarde aliados del rey Alfonso y se declararon sus vasallos.

Comprendió de una mirada el Ahmar los tristes resultados que podia tener este hecho, y perdió en gran parte las esperanzas que tenia; pero no se manifestó por esto menos animoso ni prudente. Preparó una nueva campaña, y, antes de salir para ella, hizo jurar y proclamar á su hijo Mohamed, como sucesor suyo y asociado en el gobierno. No pudo conseguir que los tres walíes prestasen el juramento, y hasta tuvo motivos para sospechar que no pasarian mucho tiempo sin alzar contra él las armas; pero salió, y salió aun con el intento de pasar á Murcia. Tuvo á poco la guerra dentro de su propio reino, y vió asaltadas de repente sus fronteras no solo por las tropas de los walíes, sino tambien por los castellanos, con los que acababan de concluir un tratado de alianza y vasallage; recibió á cada momento noticias mas fatales del occidente de Andalucía, donde Alfonso ganó una tras otra Jerez, Sidonia, Rota, S. Lucar, Arcos y Lebrija; tuvo que ocuparse nuevamente en dar la direccion oportuna á las avenidas de fugitivos que á consecuencia de la conquista de estos pueblos iban invadiendo sus estados; mas ni aun bajo el peso de tantas atenciones se mostró falto de valor, ni dió la menor muestra de desfallecimiento. Dividió su hueste, mandó la mayor parte de ella á Murcia, púsose al frente de la caballería de Granada, y corriendo ya contra los de Guadix, ya contra los de Jaen, en todas partes parecia que se hallaba y lograba en todas con su actividad y la fama de su nombre cortar el altanero vuelo de sus enemigos.

Eran, no obstante, tan grandes los apuros de el Ahmar, que no buscaba ya medio sino para desistir honrosamente de una guerra muy dudosa en su éxito y perniciosa para sus estados. Procuró entrar en

negociaciones con el rey Alfonso; y para apartarle de la causa de los rebeldes, ofreció renunciar á la conquista de Murcia y concederles treguas por un año. Sabia cuán duras eran para él estas proposiciones; pero respiró al verlas aceptadas. Regresó á su corte, se dedicó á reparar los males que afligian su reino, y al año, libre ya de la guerra esterior y algo repuesto de sus fatigas, abrió una nueva campaña contra los sublevados á pesar de la oposicion del monarca cristiano, que estaba dispuesto á favorecerlos encubiertamente con el objeto de mantener siempre fija sobre ellos la atencion del gobierno de Granada. Empezó con tanto ímpetu y tan felices resultados, que no sin razon se esperaba que habia de vencer pronto á los walíes; mas despues de tomados algunos pueblos y fortalezas, tuvo que suspender su marcha, movido por una carta del rey Alfonso en que le amenazaba con otro rompimiento si no declaraba independientes á los rebeldes y le hacia cesion de Tarifa y de Algeciras. Detúvose allí mismo donde recibió este escrito, aunque no ya con ánimo de doblar humildemente la cabeza ante tan pérfidas y desatinadas exigencias. Lleno al primer momento de ira, mandó reunir tropas y entrar en tierra de cristianos; y aun despues de pasado este arrebato, no pudo menos de escribir en tono amargo á su infiel aliado, á quien se quejó ya de la alevosía con que habia procedido, ya del atrevimiento con que le pedia dos ciudades que eran las llaves de su reino. Contentóse al fin con pedir á Alfonso que guardase una completa neutralidad en un negocio que nada le afectaba ni le correspondia; pero ni esto hubiera probablemente alcanzado á no haber sobrevenido en Castilla una rebelion que hubiera podido ser fatal á los cristianos á ser menos nobles de corazon los caballeros que se levantaron. Tras este hecho, empero, no solo obtuvo del rey lo que pretendia; recibió bajo su amparo al príncipe Felipe, hermano de Alfonso, á D. Nuño y á otros castellanos de los sublevados, no menos ilustres por su origen que por sus altos hechos; y ausiliado por ellos, pudo á poco atacar por tercera vez á los walíes, únicos enemigos contra los cuales se habian ofrecido á desnudar su espada. Confió el mando del ejército á Mohamed, su hijo, y le ordenó que se dirigiera contra Guadix; mas no pudo alcanzar ya los resultados que se prometia. A pesar del valor de Mohamed y de las proezas de los nuevos aliados, vió que toda aquella guerra se reducia á talar y saquear pueblos, levantados hoy

para caer mañana; conoció luego que, divididas como habian de estar sus fuerzas, no podria facilmente terminar por sí una lucha que habia tomado ya grandes proporciones; y ansioso de remediar un mal que iba corroyendo lentamente su reino, apeló al estremo de llamar á su socorro á Abu Yusuf, rey de Marruecos, de esa parte del Africa de donde vino tantas veces la salvacion y la servidumbre de los árabes de España.

No tenia aun tiempo de haber pasado á España Abu Yusuf, cuando recibiendo el Ahmar noticia de que acababan de entrar en su tierra los walíes, concibió tan gran cólera, que se resolvió á pesar de su ancianidad á salir al frente de su ejército de los muros de Granada. Era ya de edad de ochenta años; ¡ay! y salió el buen príncipe por la vez postrera. No habia aun dejado la ciudad, cuando el pueblo auguraba ya mal de su campaña, por saber que se habia roto contra las bóvedas de la puerta la lanza del primer caballero que formaba su vanguardia; y apenas distaba de ella media jornada, cuando empezó á sentir en su corazon los latidos precursores de la muerte. Atacado á poco de un grave accidente, fué llevado en andas hácia la capital; pero no tardó en espirar bajo un pabellon que tuvieron que levantarle en el camino. Murió de un vómito de sangre á la misma hora en que se ocultaba tristemente el sol tras las cumbres de la sierra de Loja; y llorado por cuantos cristianos y muzlimes recogieron sus últimos suspiros, fué trasladado de noche al seno de su corte y enterrado luego en un sepulcro de mármol, donde su hijo hizo grabar en letras de oro el mas cumplido elogio de tan ilustre héroe (1).

Sintió todo el reino de Granada tan dolorosa pérdida á pesar de

(1) Este elogio ó epitáfio ha sido traducido de los autores árabes por Conde del modo siguiente: «Este es el sepulcro del Sultan Alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, gloria del dia y de la noche, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, polo de la secta, esplendor de la ley, amparo de la tradicion, espada de verdad, mantenedor de las criaturas, leon de la guerra, ruina de los enemigos, apoyo del Estado, defensor de las fronteras, vencedor de las huestes, domador de los tiranos, triunfador de los impíos, príncipe de los fieles, sabio adalid del pueblo escogido, defensa de la fé, honra de los reyes y sultanes, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abu Abdala Mohamed ben Yusef, ben Nasar el ansary, ensálcele Dios al grado de los altos y justificados y le coloque entre los profetas justos, mártires y santos, y complázcase Dios de él, y le sea misericordioso, pues fué servido que naciese el año 591 y que fuese su tránsito dia giuma despues de la azala de alasar á 29 de la luna giumada postrera año 671. ¡Alabado sea aquel cuyo imperio no fina, cuyo reinar no principió, cuyo tiempo no fallecerá, que no hay mas Dios que él, el misericordioso y clemente!»

ver brillar en el hijo las generosas prendas de su padre; mas ¿cómo no habia de sentirla siquiera por agradecimiento, cuando á ese el Ahmar debia el no haber sido uncido al yugo de S. Fernando, cuando á él debia la libertad y la prosperidad de que gozaba? Dejábalo el Ahmar desgarrado por una guerra civil de que fué involuntariamente causa; pero ¿era comparable ese mal con los beneficios que le habia procurado? Florecia de oriente á occidente la agricultura; y Granada veia ya su ponderada Vega, cruzada por acequias numerosas, cubierta de frutos y flores, salpicada de pueblos, embellecida por palacios y deliciosos cármenes donde aparecian sombreadas por el laurel y el álamo ricas paredes y techumbres de oro. Alzábase multitud de molinos á las orillas del Genil y el Darro, y blanqueaban acá y acullá puentes hasta sobre los arroyos. Beneficiábanse aquí minas; sonaba allí ruido de talleres; y en todas partes se estaban levantando templos y alcázares soberbios, entre los que sobresalia el de la Alhambra, no concluida aun, pero cercada ya de huertas y alamedas y animada por el murmullo de risueñas fuentes. Sentadas ya las bases de una buena administracion y algo reformadas las costumbres, predominaba la idea del respeto debido á la autoridad sobre los instintos de independencia que tanto caracterizaron y perdieron en todos tiempos á los musulmanes; apoyado por otra parte el gobierno por dos cuerpos de fuerza armada, compuesto el uno de árabes españoles y el otro de africanos, contaba con los medios suficientes para tener á raya las pasiones de los pueblos y la desenfrenada ambicion de los walíes. Estaba, por fin, constituida enteramente la nacion, asegurada la dinastía que debia regirla, restablecido en gran parte el orden que habia de sostenerla: ¿qué faltaba para coronar la obra de el Ahmar sino reducir á la obediencia á esos tres rebeldes gobernadores de Guadix, Málaga y Comares, bastante desleales aun para arrojar contra el seno de su patria la espada de un rey cristiano, ó quizás bastante ciegos para no ver el abismo que á sus piés se abria? Mas dificil, muy dificil será que la puedan coronar sus sucesores. La discordia es el elemento de disolucion que parece haber encerrado Dios en el corazon de las sociedades árabes para precipitarlas aun en medio de las mas favorables circunstancias á una completa ruina; y brotará y retoñará en cada reinado hasta que se oiga en lo alto del Padul el suspiro de despedida del último rey moro.

Capítulo décimocuarto.

Mohamed II. — Mohamed III. — Nasar.

Subió Mohamed II al trono el viernes 29 de giumada del año 671 (21 de enero de 1273), es decir, en el mismo dia en que murió el Ahmar, despues de cuyas exequias paseó las calles de Granada acompañado de la flor de su caballería. Contaba ya treinta y ocho años de edad y diez de estar gobernando el reino con su padre; conocia perfectamente su posicion y lo que exigian de él los hombres y las cosas; y lejos de comprometer la suerte de su nueva monarquía, la aseguró con rasgos de valor y de prudencia que le pusieron á la altura de los mas grandes reyes. Era como el Ahmar fuerte y sensato, sereno en el peligro, sufrido en la desgracia, constante en sus empresas, magnánimo en la victoria si terrible en la batalla. Llevaba la prudencia hasta la astucia; sabia vencer con la generosidad á sus mayores enemigos y conciliar entre sí las voluntades mas opuestas; halagaba con frecuentes dádivas á sus amigos; alentaba con premios á su gente de armas, y hacia de cuantos le rodeaban humildes y afectos servidores. Amaba las letras, y llegó á pasar con justicia por ingenioso poeta; cautivaba á todos con su habla cortés y elegante, ya usase de la lengua árabe, ya de la española, que poseía al par de los mas cultos castellanos. Reunia á todas estas dotes del ánimo hermosura y gravedad de rostro, gallardía de cuerpo, maneras gentiles y arrogantes, aseo y compostura en el trage, magnificencia en las costumbres, y tanta perfeccion en todo, que así por estas como por aquellas prendas llegó á ser el ídolo del pueblo, el honor del islamismo y la esperanza de su patria (1).

(1) Hé aquí la pintura que hace de este rey el Khattib: «Reges omnes magnificentia, fortitudine, bellica virtute, industria, prudentia, constantia et magno rerum um atque experientia superavit: etenim aulæ administros honoribus, militiæ duces proemiis amplissimis ornavit; ac regnum tandem diversas gentes miscens commercio locu-

No hizo por de pronto Mohamed alteracion alguna en las cosas de gobierno. Conservó la guardia africana y andaluza, creadas por su padre; y con el objeto de tenerlas mas propicias, no hizo sino conceder honores á los capitanes y caudillos que las mandaban, nobles todos y algunos hasta emparentados con los mismos reyes (1). Embebido y confiado en la política de su antecesor, creía con razon arriesgado trastornar en lo mas mínimo el orden establecido; y así no solo no mudó de sistema, sino que se esforzó en hacer de lo antiguo la ley fundamental del reino. No varió siquiera de funcionarios, hecho con que burló tanto las esperanzas de algunos cortesanos, que dándose estos por agraviados, se pasaron al bando de los walíes y le amenazaron con una guerra á muerte. Sorprendióse al recibir la noticia; pero, fijo en su idea y resuelto á no desistir un punto de su propósito, salió como un rayo al frente de su caballería, acompañado del príncipe Felipe y sus nobles castellanos, cayó cerca de Antequera sobre los rebeldes y trabó una de las batallas mas sangrientas. Los rompió, les obligó á la fuga, y, no satisfecho aun, les persiguió algunas leguas con la lanza sobre la espalda hasta hacerles dejar en el campo todo su bagage. Trataba de acreditar en este primer hecho de armas no ya su valor, sino su independencia y su firmeza; trataba de manifestar á su pueblo que no podia haber motivos bastante poderosos para desviarle de la senda política trazada por su padre; y quiso acertadamente parecer menos generoso que fiero é implacable.

Volvió Mohamed á Granada é hizo ricos presentes de armas y caballos á sus aliados de Castilla; mas no llevaba ya ideas de paz, sino vehementes deseos de abrir una campaña en que pudiese esterminar ó reducir á su obediencia á los walíes. Temia, sin embargo, á Alfonso; preveía el favor que este habia de darles al verlos en peligro; y

pletavit. Ad hæc accedunt summa illius formæ habitusque pulchritudo, solertia, animi liberalitas ac pacientia. Imperii socius à patre cui post obitum successit delectus est. Ad solium vix dum evectus morem optimatibus gessit; ad inimicorum voluntatem dexteritate atque mira arte se finxit; amicos vero praemiis cumulavit.» Añade ademas que fué gran caligrafo, poeta ingenioso y muy amigo de los sabios. Casiri. Bibliot. Arab. Hisp. Esc. t. 2.°

(1) Segun el Khattib y otros escritores árabes, el gefe de la guardia andaluza habia de ser siempre un pariente del rey, ó cuando menos un alto dignatario de palacio, y el de la africana uno del esclarecido linage de los Merynes, que estuviese unido tambien por vínculos de parentesco con los emires de la Mauritania. En esta ocasion, dicen los árabes de Conde refiriéndose al reinado de este Mohamed, era caudillo de los andaluces, por haber fallecido los dos hermanos del rey, Aben-Muza, el mismo que lo habia sido durante el reinado de su padre.

no se atrevia á provocar una situacion que podia aun comprometer la existencia de su reino. Consideró que debia ante todo evitar todo rompimiento con los cristianos; y apenas fué invitado á tratar de paz por el mismo Alfonso, á quien acababa de intimidar D. Fadrique escribiéndole que los africanos pensaban pasar á España, no vaciló un momento en pasar á Sevilla, donde fué recibido con gran pompa por toda la corte castellana, hospedado en el mismo alcázar del monarca, armado caballero, obsequiado con grandes fiestas, y satisfecho con un tratado de alianza, cuyas ventajas disminuyó con un rasgo casi necesario de caballerismo. Habia ya obtenido trocar por el de cierta cantidad de mitkales de oro el feudo de cien lanzas y retraer á Alfonso de la amistad de los walíes, cuando sorprendido por la reina D.ª Violante que tomaba una parte muy activa en los negocios de Castilla, se vió obligado por las ideas de la época á otorgar la demanda de tan augusta princesa, que le pedia nada menos que la concesion de un año mas de tregua á los rebeldes. Vió con esto frustradas sus esperanzas y bramó interiormente de ira; mas disimulando cuanto pudo su encono, se despidió de la corte cristiana y volvió á la suya, deseoso de que espirara el plazo de la tregua para arrojarse sin consideraciones de ningun género sobre los walíes y vengarse de la pérfida política de Alfonso.

Pasó el año, y sin aguardar mas abrió Mohamed la guerra. Cayó sobre los walíes arrostrando toda suerte de peligros; y aun viendo que peleaba sin fruto, no quiso retroceder un paso. Escribió á Yusuf, rey de Marruecos y caudillo de los Beny-Merines, le manifestó el estado precario del islamismo en España, le pintó con vivos colores los daños que ocasionaba á su reino la rebeldía de los walíes, le pidió encarecidamente que pasara á Andalucía, y para mas obligarle y estimularle le ofreció los puertos de Tarifa y de Algeciras. Halló afortunadamente favor en el Africano, que, dueño ya de dos imperios, se sentia arrebatado á nuevas conquistas por sus ímpetus religiosos y la embriaguez de la victoria; y el 16 de djulkada de 673 (12 de abril de 1275) tuvo ya en Tarifa á Abu-Zyan, hijo de Yakub, á la cabeza de cinco mil ginetes. Vió luego á los walíes doblando con humildad la frente, primero ante Abu-Zyan, y á poco ante el mismo Yakub, que apenas desembarcó en España el jueves 21 de safar de 674 (15 de agosto de 1275), les reconvino por su rebelion y les reconci-

lió con su rey para todo el tiempo de la guerra santa. Lleno ya de esperanza, pasó á Algeciras, se apersonó con el Emir, celebró consejo con él y los walíes, y salió con rapidez hácia Jaen, mientras se preparaban los de Málaga, Guadix y Comares para entrar en tierra de Córdoba, y un hijo del Africano penetraba en la comarca de Sevilla al frente de numerosos escuadrones.

Logró así Mohamed hacer estremecer de espanto á toda la Península. Ausente de ella Alfonso en busca de su codiciada corona de Alemania, estaba gobernada Castilla por el primogénito D. Fernando; y apenas tuvo este tiempo para poner en defensa las fronteras, cuando talaban ya la tea y la espada las risueñas campiñas de Almodovar, Úbeda y Baeza, y sonaba el estruendo de la pelea al pié de los castillos, y precedia á los ejércitos de los infieles una multitud innumerable de cautivos y ganados que cubrian cerros y valles. Envióse de pronto contra los invasores al Adelantado de la frontera, á ese esforzado D. Nuño que con tanto denuedo peleó por el Ahmar y su hijo; pero en vano, porque el valor no puede suplir el número, cuando se ha de combatir con tropas que han conquistado ya dos reinos poderosos y miran como estacadas de fiesta los campos de batalla. Recogió D. Nuño cuanta gente pudo y se dirigió volando á Écija, donde estaba Yakub contemplando los despojos y los cautivos de esta primera campaña; y, á pesar de ver cargar sobre sí toda la hueste africana, doble mayor cuando menos que la suya, aceptó sin vacilar un punto la batalla; mas por mucho que peleó él y los suyos como leones, abrumado y acorralado por los árabes, quedó al fin vencido, derrotado, aniquilado, sin ejército, sin vida. Todó debió contribuir entonces á la venganza y á la suerte de Mohamed, que no pudo, sin embargo, dejar de llorar ante la cabeza de D. Nuño, que le remitió su aliado (1). Fernando, el hijo de Alfonso, que despues de haber llamado á las armas á todos los ricos hombres y pueblos de Castilla, habia salido de Burgos é iba incorporando consigo cuantas tropas y mesnadas encontraba al paso, enfermó al llegar á Ciudad-Real y falleció á los pocos dias dejando tras sí el abatimiento y la discordia. D. San-

(1) Añaden algunos autores árabes que hizo Mohamed llenar la cabeza de almizcle y alcanfor, y la envió en un cofrecito de plata primorosamente labrado al infante D. Sancho, que se hallaba á la sazon en Córdoba, para que la enterrase honorificamente. (Romey. t. 3.° capítulo 8.°)

cho, hermano inmediato de D. Fernando, que lleno aun del valor que desplegó en su juventud habia reunido por su parte un ejército considerable y acudia apresuradamente á las fronteras de Granada, supo antes de entrar en esta la muerte del primogénito, y lejos de seguir la senda gloriosa que le trazaban los intereses de su patria, retrocedió impelido por su ambicion al centro de Castilla, esperando hacerse proclamar sucesor y heredero de la corona en perjuicio de sus sobrinos. D. Sancho, arzobispo de Toledo, que no pudiendo ver con indiferencia los progresos de los musulmanes, se habia procurado una bula del Papa, y despues de haber pregonado la cruzada habia trasmontado Sierra-Morena é iba recorriendo las cercanías de Jaen y Martos, entró á poco en batalla con un ejército de africanos y andaluces y perdió no solo el campo, sino tambien sus mejores caballeros, su propia libertad y poco despues su vida (1). D. Lope Diaz de Haro, que venia detras del arzobispo, deseoso de vengar esta derrota renovó luego el combate; pero si no salió vencido, no salió tampoco vencedor, ni pudo impedir que los árabes se retirasen con su presa. Estaba en tanto Yakub talando el pais hasta las mismas puertas de Sevilla, y todo eran desventuras para los cristianos.

Mas no por esto obtuvo Mohamed los resultados que esperaba de tan feliz campaña. Llegado Alfonso á Toledo, partió para Córdoba su hijo Sancho, que ya se habia hecho reconocer infante heredero: y viendo dentro de poco Yusuf muy hostilizadas por una parte sus tropas y atajado por otra eficazmente el paso del Estrecho, creyó indispensable pedir á la corte de Castilla una tregua de dos años, que fue desde luego otorgada y firmada por entrambas partes. Despidiéronse los walíes de los africanos con ánimo de continuar en su rebeldía apenas el Emir llegase al África; y le hubo entre ellos que considerando nociva la tardanza procuró desde aquel momento reanudar sus relaciones con el monarca castellano, haciéndole vivas protestas de que solo la prepotencia de Yusuf y las leyes de su religion le habian podido inducir á tomar parte en aquella guerra santa. Volviéronse los africanos á la costa opuesta; pero sin soltar ya las plazas de Tarifa y de Algeciras, que eran nada menos que las llaves del reino de Gra-

(1) Hemos hablado ya de esa desgraciada muerte de D. Sancho al consignar los principales hechos de la historia de Martos.

nada. Quedó Mohamed solo, enteramente aislado, sin mas ventaja que la de haber alcanzado una tregua y la de haber hecho ver á los cristianos que le bastaba dirigir un grito de socorro al África para envolverlos en guerras sangrientas y derramar sobre las tierras recien conquistadas torrentes de soldados. No obtuvo otro beneficio de cinco meses de talas y combates; no ganó ni una ciudad, ni una villa, ni un pueblo miserable; no ganó, y aun solo por momentos, sino campos cubiertos de cadáveres y montes que enrojecieron el cielo con las llamas del incendio. Parece imposible, verdaderamente imposible, que con un ejército aguerrido, compuesto de millares de combatientes y mandado por gefes audaces acostumbrados á vencer en cuantos combates emprendieron, en cinco meses largos, estando fuera de su reino Alfonso, muriendo el primogénito, viniendo luego la ambicion de D. Sancho á complicar los negocios de Castilla, parece verdaderamente imposible, repetimos, que no se pensase siquiera en rescatar Sevilla, Córdoba, Jaen ú otra ciudad cualquiera de las fronterizas á Granada para, puesto en ellas el pié, ensanchar ó cuando menos dejar mas asegurado ese Estado reciente, esa pequeña monarquía, último asilo de un pueblo sobre el cual parecia estar pesando de algun tiempo acá la maldicion del cielo. Para una simple guerra de algarada ¿se habian de poner en movimiento dos naciones y fatigar el suelo granadino con el paso siempre asolador de tantas tropas estrangeras?

Retiróse Mohamed á Granada despues de estos sucesos deseoso menos de nuevas guerras que de aprovechar la tregua negociada para consolidar el gobierno de su reino, mejorar la suerte de sus pueblos y continuar hermoseando esa ciudad de Granada que ya á la sazon parecia brotar sobre sus hermosas colinas de entre frondosas alamedas y olorosas flores. Hizo proseguir la construccion de la Alhambra, á cuyo cuerpo añadió dos alas que han hecho desaparecer ya el descuido y la ignorancia; procuró hacer de su corte un emporio del comercio, y deseoso de convertirla á la vez en un depósito del saber humano, cultivó en medio de sus tareas la elocuencia y la poesía, abrió su alcázar á todos los hombres aventajados en ciencias y en literatura, y reunió en breve á los mejores filósofos, poetas, médicos y astrónomos no solo de su nacion, sino tambien de las naciones africanas. Estaba aun poseido del espíritu de su padre, y no perdonaba medio para ha-

cer florecer en los ámbitos de su reducida monarquía todas las artes que directa ó indirectamente podian contribuir á la felicidad de sus súbditos.

Siguió dedicándose así á los cuidados del gobierno, aun pasados los dos años de tregua. A pesar de la vuelta de Yakub á España en el verano de 676 (julio de 1277), permaneció impasible y no se incorporó con él hasta que, derrotado Alfonso junto á Sevilla, taladas las cercanías de Jerez y ganada por asalto Alcalá de Guadaira, fué llamado á tomar parte en la guerra y asistió al dilatado sitio de Córdoba, en que no pudieron hacer mas que pasar á fuego y sangre la campiña. Vió luego imposible apoderarse de aquella ciudad de los califas, que recordaba, aun en medio de su degeneracion, el brillante poder de los Abd-el-rhamanes: levantó el sitio, taló con el Emir africano toda la tierra que media entre ella y Jaen, se hizo dueño de Hisn-ben-Yeschir, y fué tal el desaliento que logró introducir en el ánimo de los cristianos, que, no encontrando Alfonso medio de salvacion sino en la paz, envió para solicitarla una embajada de clérigos y monges. Recibió á los embajadores despues de haberlos despedido Yakub, que alegó que no debian entenderse con él por ser un simple ausiliar de Granada; les hizo jurar sobre la cruz la paz que pedian, y firmó á continuacion un tratado que ratificó el vencedor Emir de Marruecos á fines del mes de ramadan de 676 (febrero de 1278).

Mohamed, sin embargo, gozó tambien muy poco de los beneficios de esta segunda campaña. Al ver que en el mismo año de 1278, deseoso Alfonso de reparar el honor de sus banderas, habia caido sobre Algeciras con todo el peso de su ejército y su armada en ocasion en que los aguaceros y los huracanes impedian el paso del Estrecho; á pesar de conocerse sin fuerzas para contrarestar tanto poder, sintió de tal manera que hubiese de caer en manos de su enemigo una plaza que, aunque no suya, era uno de los mejores desembarcaderos para sus ausiliares los africanos, que apenas supo como estaba ya en Tanger el hijo de Yusuf con una escuadra de sesenta naves, le envió doce embarcaciones armadas en Málaga, Almuñecar y Almería. Supo en breve que Algeciras estaba ya libre de cristianos, y se habia retirado al África la escuadra marroquí, de la que necesitaba Yusuf para emprender la guerra contra el rey de Tremecen, nuevo aliado de Granada; mas no queriendo darse aun por satisfecho, recogió su pe-

queña escuadra, entró en Castilla á la cabeza de su ejército, taló los alrededores de Écija y Córdoba, cogió al infante D. Sancho en una emboscada, y llegó á matarle hasta tres mil hombres, entre los cuales se contaron aventajados capitanes é ilustres caballeros. Recibió al año siguiente noticia de que se adelantaba hácia su reino el mismo infante ansioso de venganza; y ageno ya de todas las consideraciones que antes le detenian, salió de Granada acaudillando cincuenta mil combatientes, se arrojó con ímpetu sobre él, y alcanzó una segunda victoria, en nada inferior á la primera, á consecuencia de la cual hasta logró apoderarse de los reales enemigos.

Tan encarnizadas batallas no impidieron, sin embargo, que Mohamed se hiciese aliado de ese mismo infante, cuando poco despues estalló una guerra escandalosa entre este y su padre el rey Alfonso. Ayudóle con todo el poder de sus armas al verle sitiado en Córdoba por las tropas de Castilla y África; y no contento con hacer levantar el cerco, persiguió á los cristianos hasta que logró derrotarlos en Úbeda con la flor de su caballería. Salió nuevamente de Granada apenas le vió vencido por los ejércitos reunidos de Abu-Yusuf y el walí de Málaga, que acababan de hacerse aliados del rey Alfonso; dirigióse sin temor contra tan poderosos enemigos, y como si estuviese seguro del triunfo, procuró, aunque sin éxito, empeñarles en una batalla decisiva. No pudo trabar con ellos sino contínuas y sangrientas escaramuzas; mas aun así favoreció mucho la causa de D. Sancho. Mal interpretadas como fueron por los castellanos esa falta de energía de Yusuf y la blandura con que trataba á los pueblos granadinos, logró, si no romper, cuando menos entibiar las amistosas relaciones que mediaban entre Alfonso y el Africano, dió lugar al infante para que se repusiera de su derrota, y motivo á Yusuf para que se retirara á Algeciras y de allí á su reino de Marruecos.

Muerto á poco Alfonso, entronizado Sancho y concluidas las guerras civiles de Castilla, creyó Mohamed llegada la hora de volver á dejar tranquila por algun tiempo la espada y pensar en los negocios interiores de su reino; mas no tardó en verse amenazado de nuevas y mas terribles guerras que, á haberse empezado, hubieran producido tal vez la ruina de su monarquía. Al tiempo que mandó una embajada á Sancho felicitándole por su advenimiento al trono, envió Yusuf á este al arraez Abdelhac para que le ofreciese en su nombre continuar

con él la alianza que habia tenido con el rey difunto. Contestó Sancho tan desabridamente al arraez, que irritado el Marroquí, entró de repente en España, corrió y taló Sidonia, Alcalá y Jerez como si fuera el mismo genio de la tormenta, y no retrocedió hasta que algo satisfecho su encono y viendo cerca de sí á su enemigo con poderoso ejército, se replegó á Algeciras. No intentó ya Yusuf abrir otra campaña contra los cristianos; mas recordando la enemistad del rey de Granada, ardia en tan vivos deseos de vengarla, que hubiera invadido ya entonces las fronteras á no haberle detenido su hijo Yakub, á cuya instancia, probablemente, convocó á vistas á Mohamed y á los walíes de Málaga, Guadix y Comares, que abierta ó descubiertamente siguieron siempre tenaces en su rebeldía. Acudió Mohamed al punto á la ciudad de Algeciras, deseoso como el que mas de olvidar discordias pasadas y obtener la paz aunque fuese á costa de grandes sacrificios; mas por mucho que habló Yakub en la conferencia que tuvieron invitantes é invitados, no pudo lograr ninguna avenencia por la terquedad de los walíes, que, segun dijeron, no habian ido allí para abjurar sus derechos y sujetarse al rey de Granada, sino para tratar con él de una concordia que pudiese ser ventajosa para los intereses de todos y especialmente para los del islamismo. Despidiéronse todos mas despechados y enemigos que antes, como quizás deseaba en su interior Yusuf, que no aspirando mas que á la ruina de unos y de otros, se fué como aliado con el walí de Málaga y le despojó á poco de su pequeño reino, dándole en cambio Cartama y otras posesiones en Marruecos.

Mohamed, que habia salido ya muy disgustado de la conferencia de Algeciras, se afectó en estremo al saber este último suceso; pero conociendo lo difícil de su posicion, no se aventuró aun á promover la guerra, ni abrigó esperanzas de mejor suerte hasta que, muerto Yusuf, subió al trono de Marruecos aquel bondadoso y magnánimo Yakub, que tanto deseaba la concordia de todos los Muzlimes. Apenas supo que este, ya proclamado rey, habia desembarcado de nuevo en España, salió de Granada para visitarle, se adelantó hasta Mirtola, y, despues de haberle felicitado, le pidió cuan encarecidamente pudo que bajo ningun pretesto ofreciese su generosa mano á los walíes. Alcanzólo y volvió á su corte con ánimo de emplear por de pronto todos los medios pacíficos para reducir á su obediencia á los rebeldes; mas como no pudiese ver sin sentimiento ni sin temor la ciudad de

Málaga en manos de reyes tan poderosos como los del Africa, y creyese por otra parte imposible que Yakub quisiese en ningun tiempo restituírsela, tenia tan fija la atencion en ella, que dejando á un lado todas las consideraciones de amistad y los resultados funestos que podia tener su proyecto, se dirigió al walí que la gobernaba y no paró hasta que le hizo dejar el waliato por la tenencia en propiedad del castillo y ciudad de Salobreña. Creyó y no infundadamente que Yakub habia de venir á España al recibir la noticia de tan inesperado acontecimiento: envió al alcaide de Andarax á negociar por él con el rey Sancho, obtuvo tropas y cuantos ausilios necesitaba, púsose en pié de guerra, y no bien supo que estaba sitiada Bejar por los africanos, salió para esta ciudad con tanta actividad y tan numeroso ejército, que obligó á Yakub á que se embarcara precipitadamente para Tanger. Logró así salvarse de la venganza del Marroquí sin derramar una sola gota de sangre; pero irritó mucho con esta humillacion á Yakub, y tal vez hubiera debido sucumbir ante él mas tarde, si la armada cristiana no hubiese podido pegar fuego á las naves que habia en Tanger al tiempo de ir él á embarcarse para la Península con doce mil caballos.

Libre ya Mohamed de los africanos, ya por sus propios esfuerzos, ya por los de Castilla, que les tomó á Tarifa y les derrotó poco despues frente los muros de esta ciudad, cuando mas parecia que habia de gozar de una paz completa por no querer emplear las armas contra los walíes, motivó á sabiendas una guerra peligrosísima que supo no obstante proseguir con valor y no dejó ya hasta que la mano de Dios le hundió en el fondo del sepulcro. Pidió Tarifa á Sancho so pretesto de que le habia sido usurpada por los africanos; y como recibiese por toda contestacion que si debia darse valor á derechos antiguos, se podia reclamar de él todo el reino de Granada; lleno de cólera ó quizás deseoso de ensanchar sus estados, mandó al frontero de Vera que penetrase en Murcia, y á los que lindaban con el reino de Jaen que entrasen á fuerza de armas en tierra de cristianos. Enfureció con estas algaradas á D. Sancho, que, puesto á la cabeza de un grueso ejército, tomó en breve tiempo á Quesada y Alcaudete pasándolo todo á fuego y sangre; mas no tardó en recobrar estas plazas luego de muerto Sancho, que falleció inmediatamente despues de esta rápida campaña. Partió á la frontera al frente de su caballería, empezó una guer-

ra de talas contínuas é incesantes luchas, y á mediados del 697 se apoderó de Quesada, que pobló de Muzlimes y gente de Alhama, puso cerco á Alcaudete, derribó los muros, la entró por asalto, acometió y venció el alcázar, y consiguió uno de los mayores triunfos que le fueron concedidos durante su reinado.

Recibió en este tiempo de Yakub por cierta cantidad de mitkales de oro la ciudad de Algeciras, de que pensó deshacerse el africano con el objeto de no volver mas á España; y con esto acabó de ganar tal prepotencia, que pudo al fin obligar á los walíes á acatar sus soberanas leyes. Favorecido de este modo por la suerte, volvió á pensar al punto en el recobro de Tarifa, dirigióse al príncipe Enrique, que gobernó las fuerzas de Castilla durante la menor edad del sucesor é hijo de D. Sancho, y ofrecióle veinte mil doblas de oro por ella y algunos castillos de la frontera; y al saber que si bien convenia en ello el príncipe, se negaban á sus deseos los ministros de la reina gobernadora y el alcaide de la ciudad, cuya restitucion pretendia, no vaciló en dejarse caer sobre ella despues de haber derrotado en una batalla sangrienta al mismo Enrique y á Guzman el Bueno. Combatió á Tarifa con todo género de máquinas de guerra; mas no logró ganarla. Pasó lleno de despecho á Jaen, que cercó tambien sin fruto, pasó luego á Baena, cuyos arrabales entregó á las llamas, pasó á Velmar y logró apoderarse por fin de esta importante fortaleza. Rebosaba aun de brío á pesar de ser anciano; y como veía por una parte apagada en el interior de su reino la discordia y sumergida por otra Castilla en el cieno de las pasiones y las revueltas, creía llegada la hora de obrar rompiendo por todos los obstáculos que se oponian al progreso de las armas musulmanas.

No respeta, sin embargo, la muerte los altos pensamientos ni la vida de los héroes. Poco despues de tan gloriosos hechos estaba Mohamed en oracion, cuando bañadas de repente sus megillas en copiosas lágrimas exhaló su último suspiro. Murió en domingo 7 de jaban del año 671 (9 de abril de 1302) no menos llorado ni con menos razon por todos los buenos ciudadanos que su antecesor el Ahmar, el fundador del reino (1). Fué tambien como manifiestan los hechos re-

(1) «Fué enterrado, dice Conde, en sepultura aparte del cementerio de sus mayores en la parte oriental de la gran mezquita, en las huertas contiguas á las casas que edificó su nieto descendiente, el sultan Abul-Walid, y despues le dejó en ruinas el mas

feridos un gran príncipe: supo estimar siempre en su justo valor todas las circunstancias, aprovecharse de ellas y llevar casi incólume la nave del Estado entre vientos contrapuestos y recias tempestades. Cercado por todas partes de peligros, supo arrostrarlos y vencerlos, acabó las guerras interiores, y como si esto no bastase para ilustrar su reinado, entró en tierra de cristianos con gloria de sus armas. De dos ciudades que dió apenas hubo subido al trono rescató al fin la una; y ¿quién sabe si hubiera logrado algo mas tarde el recobro de Tarifa á no detenerle la muerte en su marcha vencedora? Hemos visto ya los esfuerzos que hizo para unir de nuevo esta ciudad al reino: rompió con su aliado D. Sancho por no acceder este á sus deseos; rompió á poco con los generales de D.ª María de Molina, que gobernaba á Castilla durante la menor edad de D. Fernando, y se presentó por fin él mismo frente los muros de la ciudad disputada. No se podia exigir mas de él: á pesar de los rudos tiempos que le tocaron, dejó el reino como no lo pudo dejar ninguno de sus sucesores, lo dejó en paz, lo dejó casi íntegro, próspero y temido.

No fué de mucho tan afortunado su hijo Mohamed Abu Abdala á pesar de las brillantes dotes que tambien tenia. Abu Abdala, conocido con el nombre de Mohamed III, estaba ya al ocupar el trono muy versado en los negocios de gobierno. No le faltaba ni prudencia ni valor; y reunia á una gran perspicacia de ingenio una constancia infatigable. Trabajaba noche y dia, sin que el sueño llegara muchas veces á cerrar sus ojos ni aun durante las horas indispensables para reparar su cuerpo de quebrantos y fatigas. Era hermoso y gallardo, gran-

generoso de su estirpe, el sultan Amir de los Muzlimes Abul-Hegiag, hijo de su hija: Dios los haya á todos en su misericordia y en su gracia amplísima con felicidad de sus descendientes. Dejó el rey Muhamad tres hijos: el sucesor y socio de su imperio, de que hablaremos á honra de Dios; Ferag, el que conspiró contra la vida de su hermano, y Naser el Amir despues de su hermano, depuesto por el mismo. Su principal Wazir ya se ha dicho que fué Abu-Sultan Azir ben Ali ben Abdelmenam de Denia. Sus catebes y secretarios los de su padre y los hijos de aquellos Abu-Becar ben Juzef de Loja el Yahsabi, despues los otros dos hermanos Abu Ali Alhasen y Abu Ali Husein, hijos de Muhamad ben Juzef de Loja, que sucesivamente le sirvieron: ambos eran de mucha erudicion y de escelentes prendas.» Sigue el mismo autor dando noticia de otros muchos catebes y del cadí de los cadíes Abu Abdala Muhamad ben Hisen. Casiri habla, ademas, de los jueces que hubo durante su reinado, y hace especial mencion de Abu Baker Mohamed ben Phath ben Ali vulgo Alaschbaroni, natural de Sevilla. Is, continúa, morum jam Censor ita ad omnes casus erat paratus, ut quum militem quemdam in foro ebrium simulque insolentius in populum circunfusum inuentem offendisset, ipse unus accurrerit mox in illum arreptum captumque severissime animadverterit (Conde, part. 4. cap. 13.: Casiri, Bibl. árab. hisp. esc. t. 2.º).

de orador y esclarecido poeta, y tan amigo de los sabios, que no contento con abrirles las puertas de su alcázar, se complacia en tenerlos á la mesa para aprender y platicar con ellos. Tenia, segun un historiador árabe, algunos rasgos de cruel, pero no, segun otros, que ponderan su buen corazon, su afabilidad, su cortés trato (1).

Empuñó Abu Abdala las armas apenas se hizo cargo del gobierno. Dirigióse á la ciudad de Almandhar, y la combatió con tal fuerza que la entró en breve por asalto y cautivó toda la guarnicion enemiga. Volvió á Granada lleno de despojos, y llevando tras sí en un magnífico carro á una cautiva de incomparable hermosura, que fué mas tarde reina de una de las monarquías africanas; y como si no hubiese hecho la campaña mas que para hacerse respetar y temer de los cristianos, no pensó en nuevas guerras hasta que la rebelion de un walí de Guadix, pariente suyo, vino á distraerle de las tareas administrativas á que con tanto afan se dedicaba. Si hemos de dar crédito á ciertos escritores musulmanes, sabedor de que estaba el walí fraguando una conspiracion en su misma corte, le llamó y le hizo matar á su presencia con el objeto de cortar el paso á una guerra desastrosa; mas, segun otros, salió contra él al frente de su caballería y le dió una batalla sangrienta en que le dejó sin ejército y le obligó á la fuga (2).

Escribió en este mismo año, que era el de 703, al rey de Castilla pidiéndole encarecidamente la ciudad de Tarifa que deseaba ad-

(1) Trasladamos á continuacion la descripcion que el Khatlib hizo de este príncipe. Mohametus III, princeps nominis celebritate et solertia omnium clarissimus, forma etiam insignis, rex sane incomparabilis, tum consilio tum ingenio felicissimus. Is, patre rege atque duce, optimam nactus est disciplinam; quippe ad imperii administrationem eruditus rerumque jam expertus rempublicam una cum ipso tractavit: cui postea in regnum succesit ejus vestigiis omnius insistens. Gravissimis regni curis, id postulante iniqui illius temporis ratione, distentus ad multam usque noctem prælucentibus funalibus de reip. et domus regiæ commodis cogitando frequenter vigilare solebat, excubantibus quibusdam qui transactas horas annotarent, unde epiphora laborare cœpit. Cæterum res illi omnes, fortuna comite, ad nutum fluebant: quippe qui hostes non semel vicerit, pacemque cum regibus inierit. Poeta ille erat insignis et orator: adeo ut poetis materiem proponeret multiplicem ac versibus etiam alternis contenderet. Viros eruditos penitus noverat ac plurimi faciebat, cum principibus convivari solitus erat. Ad hæc accedunt summa qua eminebat rerum scientia, ingenii acumen, scribendi peritia et exarandi litteras elegantia: Rex quidem optimus nisi fuiset natura crudelis (Casiri, loc. cit.).

(2) Los autores traducidos por el Sr. Gayangos esplican este hecho como sigue: En el año 703 (14 de agosto de 1303) disgustado (Mohamed III) de Abu-l-hejaj Ybu Nasr, gobernador de Guadix, le destituyó de su gobierno. Abu-l-hejaj, que estaba á la sazon en Granada, empezó á formar un partido en su favor, ya en Guadix, ya en la capital:

quirir, bien en cambio de otras plazas, bien á precio de oro; mas viendo imposible recobrarla, fijó al año siguiente los ojos en la vecina costa de Africa, envió contra Ceuta con numerosas tropas á su cuñado Ferag ben Nasar, walí de Málaga, la sitió por mar y por tierra, y la combatió con tanto ahinco, que el rey Abu Taleb Abdala que la poseía tuvo que abandonarla dejándola á merced de sus enemigos. Entró en Ceuta en la luna de shawal del año 705 (abril ó mayo de 1306), se apoderó de los principales habitantes, recogió los inmensos tesoros que habia acumulado Taleb, y despues de haber hecho suyas algunas fortalezas del contorno, regresó á Granada con ricos despojos y gran muchedumbre de cautivos (1). Hizo su entrada en esta ciudad aclamado con entusiasmo por el pueblo; y deseoso de consignar en ella el recuerdo de tan singular victoria, mandó levantar con los tesoros del rey vencido una suntuosa mezquita llena de mármoles y jaspes, pintada toda de oro, y sostenida por columnas con basa y capitel de plata (2).

Estaba aun Abdala labrando este y otros monumentos, entre ellos unos baños cuyos réditos junto con muchas tierras y huertas aplicó á la conservacion y culto de la misma mezquita, cuando supo que Soleiman pretendia alzarse con la ciudad de Almería de que era walí, y andaba para ello en secretas inteligencias con D. Jaime de Aragon, señor ya de todo el reino de Valencia y Murcia. No esperó siquiera á que estallase la rebelion del walí, salió precipitadamente y tomó el

súpolo Mohamed, y llamándole, le hizo matar inmediatamente (Gayangos History of Mahom. Dinast. t. 2.°). Los historiadores traducidos por Conde suponen que la rebelion de Abu-l-hejaj tuvo lugar inmediatamente despues de haber subido Mohamed al trono, y añaden que se negó ya á asistir á la solemne jura á que se presentaron los demas walíes. Segun ellos en el año 703 no empezó la rebelion, sino que fué ya castigada por el rey en la batalla de que hablamos en el texto (Conde, part. 4.ª cap. 14.). No tenemos datos para preferir una opinion á la otra; pero si estrañamos que estos últimos escritores árabes no nos den noticia alguna sobre la suerte que deparó Dios al walí despues de la derrota referida.

(1) Sobre estos cautivos leemos el hecho siguiente en los autores árabes del Sr. Gayangos: Los principales habitantes (de Ceuta) fueron llevados á Granada, donde al empezar el mes de moharram del año siguiente 706 recibieron orden de presentarse al monarca. Recibiólos este de ceremonia rodeado de sus guardias y ministros. Habiendo alguno de los cautivos recitado versos en su alabanza, se conmovió y los soltó á todos, dándoles casa en que viviesen y señalándoles una pension que bastase para cubrir sus necesidades (Gayangos, loc. cit.).

(2) Ex magnificis illius monumentis posteritati relictis est Templum maximum quod in regia urbe (vulgo Alhambra) pereleganti forma extruxit, musivo opere pictum, columnisque magnis mira quidem arte elaboratis, capitulo insuper et basi argentea insignibus suffultum (Casiri, loc. cit.).

camino mas corto de Almería; pero no pudo ni aun con tanta actividad apoderarse del rebelde, y pasó de la prosperidad y la paz á un periodo borrascoso, lleno para él de dolor y de amargura. Soleiman se acogió al rey D. Jaime y le movió á emprender la conquista de la ciudad que habia gobernado; el rey de Castilla, de acuerdo con el Aragonés, entró con poderoso ejército en tierra de Granada y fué á poner cerco á Algeciras; y vióse asi el desgraciado Abdala entre dos enemigos á cual mas terribles, entre dos campos de batalla separados entre sí, sentados en los dos límites del reino. Armó por de pronto su caballería y voló al socorro de Algeciras; pero nada pudo adelantar impedido por el furor de aguaceros y recios temporales. Tuvo que permanecer allí impasible viendo como Soleiman le atacaba por un lado la ciudad de Ceuta, viendo como los castellanos se apoderaban por otro de Gibraltar, y no quedaba mas recurso á los vencidos que doblar la frente ante la servidumbre ó pasar al Africa; y acosado por todas partes, abatido, sin esperanzas de vencer tantos obstáculos, no encontró para salir de tan terrible angustia otro medio que el de enviar el arraez de Andarax al rey Fernando, ofreciendo darle cuatro fortalezas y cinco mil doblas de oro si levantaba el sitio de Algeciras y desistia de la guerra. Lo alcanzó y respiró; mas no encontró siquiera agradecimiento á su buen celo ni á la poderosa, aunque desgraciada, energía con que velaba por los intereses del Estado.

Al volver Abu Abdala á Granada tenia ya fraguada contra sí una conspiracion que no tardó en estallar y obligarle á que abdicara su corona. Amaneció el dia de alfitra del año 708 (abril de 1309), cuando reunidos los conjurados pasaron á la habitacion del príncipe el Nasr, hermano de Abdala, y se dirigieron desde ella á la del Vizir el Lachmi, mientras rodeando el pueblo el alcázar aclamaba con calma á Muley Nasr. Agolpóse luego parte de la muchedumbre á la casa del Vizir que habia escapado al primer asomo de la tormenta, la entró por fuerza, robó armas, alhajas y oro, quemó muebles y libros preciosos, y esplayó su cólera en cuanto encontró á mano. Bajo el pretesto de que no habia sido hallado el Vizir y de que estaria en palacio, fué invadida por otra parte la Alhambra, atropellada la guardia del rey, maltratado de muerte el Lachmi, robados y despojados los salones á presencia del mismo Abdala, que no infundia ya respeto al pueblo. Pasaron al caer de la tarde á palacio los caudillos de la sedicion,

cercaron al rey, le intimaron que debia abdicar en favor de su hermano si no queria ser víctima del furor del pueblo, y reuniendo á la mayor brevedad á los jueces y á los mas altos dignatarios del Estado, hicieron que aquella misma noche renunciase solemnemente la corona, y saliese de Granada, por de pronto para el palacio del príncipe y pocos dias despues para Almuñecar (1).

Sucedió á Mohamed III el Nasr, que al dia siguiente paseó á caballo por la ciudad entre las aclamaciones estrepitosas de sus favorecedores. Era tambien el Nasr de prendas eminentes: resuelto y audaz, aunque muy enemigo de la guerra, sabio, prudente, cortés, de tan buen corazon y simpática figura, que ganaba con solo su presencia las mas agenas voluntades. Pero empezó mal, muy mal su carrera: con dar oidos á rebeldes, con permitir que se le encumbrara sobre la ruina de su hermano, con tolerar y sancionar un destronamiento, y un destronamiento del todo injusto é infundado, abrió la puerta á males graves é incalculables no solo para sí, sino tambien para su dinastía, para su reino, para la causa del islamismo. Rompió el freno que la legitimidad imponia á la ambicion y á la codicia, y fué él, fué él quien dió pié no solo á las pacíficas deposiciones de monarcas amantes de sus pueblos, sino hasta á los impíos asesinatos que mancharon mas tarde la historia de los reyes de Granada. Él mismo tuvo que tocar ya las consecuencias de su obra; pero estas fueron para alguno de sus sucesores mucho mas amargas.

Subió el Nasr al trono, mientras los castellanos se estaban apoderando de una fortaleza de la frontera y Soleiman ocupaba la ciudad de Ceuta. Sabedor de que el ejército de D. Jaime estaba ya sobre Almería, salió ante todo de Granada para combatirle, se adelantó á marchas forzadas hasta él, entró en batalla y se ensangrentó tanto con

(1) Difieren muy poco acerca de este hecho los historiadores árabes que hemos consultado. El Khattib está casi del todo conforme con lo que decimos en el texto: Die paschatis anni egiriani 708 (dice) Regni proceres fratrisque Regis partium fautores qui regi insidias dudum moliti erant, imminente jam fatali illus hora, ædem regiam milites insederunt: mox in primarium illius administrum Absi Abdalla ben Abdelhakim irruentes ejus domum opibus inmensis, armis, suppelleetilibus refertam una cum ampla bibliotheca diripuerunt; Nasserumque ejusdem regis fratem Regem consalutarunt. Itaque rumore divulgato, ad inopinatum casum magnus fit populi tumultus qui catervatin et licentius ad Alhambram convolans, omnia miscet, domos expilat, manur etiam in Visirum insolentius injicit. Ad vesperem tandem ejusdem diei rex, imperio coram judicibus abdicato, in Arcem Principis extra Granatam ad tempus per breve, inde in urbem Almuñecar transfertur. Hujusmodi regis casus mahometanis quam acerbissisimus accidit (Casiri, loc. cit.).

sus enemigos, que les obligó á levantar el sitio. Volvió á su corte, pidió en vano treguas al rey de Castilla, y no pasó muchos dias sin verse amenazado por rebeldes, que aspiraron nada menos que á derribarle de su trono. Quiso cortar el vuelo á los conjurados mandando prender al que los acaudillaba, es decir, á su sobrino Abu el Walid, hijo de su hermana y de Ferag ben Nasr, walí de Málaga; pero no pudo ya ver llevado á ejecucion su decreto ni alcanzar la ayuda de Ferag, que no contestó á sus cartas sino para echarle en cara su vil manera de proceder con Abu Abdala, su hermano. Preocupóse: y no pensaba ya sino en hallar un medio de atajar el paso á su sobrino, cuando atacado por un accidente de apoplegía, llegó á ser tenido por muerto, y dió lugar á que para mayor complicacion de los negocios de su reino, fueran algunos á Almuñecar, y trajeran precipitadamente á Granada al buen príncipe á quien tan injustamente se habia arrebatado la corona. Al recobrar su salud se encontró inesperadamente con él; mas no tardó en estar libre de ese hermano hidalgo y bondadoso que murió sin mancha alguna sobre su frente á principios del mes de shawal del año 713 (1).

Libre ya el Nasr de temores por parte de Mohamed III, pudo luchar frente á frente con Abu el Walid; pero luchó perdiendo, luchó siempre sin fruto. Tenia por Vizir al ambicioso Mohamed ben Alí el Hagí, hombre altanero y sin corazon que lo sacrificaba todo á la idea de tener esclusivamente la confianza del rey, astuto, suspicaz y pérfido hasta el punto de armar asechanzas á la virtud mas acendrada, tan audaz é inicuo con sus inferiores, como aparentemente humilde y bueno con su soberano. Enagenóse con la insolente conducta de es-

(1) Los historiadores árabes de Gayangos esplican la muerte de ese Mohamed III de un modo muy diverso que los de Conde. Dicen los primeros: Por orden del Nasr Mohamed fué llevado de la casa en que se habia alojado al palacio de su hermano Ferag; y á principios del mes de shawal del mismo año 710 (febrero de 1311) corrió el rumor de que habia muerto. No faltaron quienes aseguraron que habia sido asesinado y arrojado dentro de un estanque en el jardin del mismo palacio. Los segundos suponen que el Nasr le mandó volver á Almuñecar, donde murió tres años despues á principios de la luna shawal del año 713. Estamos por estos: y nos mueve á ello el largo epitáfio puesto sobre el sepulcro de Mohamed, al fin del cual se leia segun los árabes del mismo Conde: Nació, complázcase Dios de él, en dia miércoles tres de jaban honrado del año 655; y murió, santifique Dios su espíritu y refrigere su sepulcro con las copas suaves de su benignidad, en dia lunes tres de jawel del año 713. Llévele Dios á las mas altas mansiones de los justos, por la verdad de la ley, y bendiga á los que quedan de su casa. Bendiga Dios á nuestro señor y nuestro dueño Muhamad y á los suyos con bendicion cumplida (Conde, parte 4. cap. 15.).

te Vizir la voluntad de los que mas podian en Granada; hizo que estos se pusieran de acuerdo con Abu el Walid, y tuvo en breve la guerra dentro de las mismas puertas de su corte. Temeroso del pueblo, que se amotinó pidiéndole á voz en grito la cabeza del Vizir, tuvo que deponer por de pronto al valido; y como siguiera gobernándose secretamente por sus interesados consejos, vió crecer de dia en dia con gran número de descontentos el partido de su sobrino, ya bastante fuerte para ir allanando pueblos y fortalezas y adelantarse hasta el mismo campo de Granada. Conoció entonces el mal; pero era tarde. Al saber que estaba cerca Abu el Walid, púsose toda la ciudad en movimiento: salieron unos para incorporarse á sus banderas, otros para que combatiera la plaza; y los que se quedaron, ya llevados por sus propios sentimientos, ya sobornados por el oro, se levantaron é intimidaron á el Nasr hasta el estremo de moverle á encerrarse con los suyos en la Alhambra. Dividióse la ciudad en bandos: y hubo robos y atropellos y muertes, nacidas de resentimientos y venganzas; y cansados al fin todos del desorden, abrieron las puertas á las tropas de Abu el Walid, que pasaron á ocupar en seguida la alcazaba situada enfrente del alcázar. Escribió apresuradamente el Nasr á Pedro de Castilla manifestando su peligrosa situacion y pidiéndole socorro; pero estrechado mas y mas por su enemigo, y viendo á los suyos descontentos, amedrentados y dispuestos á rendirse, conoció los graves riesgos que corria, y se resolvió á capitular bajo la condicion de que se le diera Guadix y su comarca, y se concediese un perdon completo á todos sus parciales. No podia desear mas Abu el Walid: convino en todo, y mientras la ciudad estaba aclamándole con ese entusiasmo pasagero que suele infundir la novedad al pueblo, salió el Nasr para su destino, recordando tal vez secretamente que como su vencedor habia acibarado con un destronamiento, no ya á un tio ambicioso, sino al mejor de sus hermanos.

Fué, sin embargo, despues de este suceso tan filósofo y prudente como habia sido arrebatado y audaz al pretender conquistar un trono. Miró con la mayor impasibilidad el triunfo de su sobrino, cerró el oido á cuantos le aconsejaban que aspirase á recobrar el solio, y manifestó interesarse sinceramente por la prosperidad de su pueblo. Supo á los pocos dias de estar en Guadix que D. Pedro acababa de entrar en tierra de Granada con escogida gente de á caballo con áni-

mo de darle la ayuda que esperaba; mas ni se apartó un punto de su resolucion, ni sintió el mas ligero arrepentimiento de haber capitulado, ni abrigó por lo mas remoto la idea de dar por nulo el tratado, como arrancado por la necesidad y á viva fuerza de armas. Vivió en Guadix no solo tranquilo, sino hasta contento de ver que Dios le hacia espiar en vida el delito que habia cometido con Mohamed el bueno; y murió en la misma ciudad el miércoles 6 de la luna de dilcada del año 722. Fué llorado de muy pocos; pero no dejó por esto de ser trasladado á Granada, donde con mucha pompa y solemnidad fué enterrado en el cementerio de su padre por orden del mismo Abu el Walid, que rezó la oracion de Alajar sobre su féretro (1).

Capítulo décimoquinto.

Abu el Walid Ysmail. — Mohamed ben Ysmail.

Subió Abu el Walid Ysmail al trono de Granada el dia 28 de la luna de shawal del año 713. Mostróse codicioso del poder y lo conquistó á punta de espada; mas ya dueño de él supo conservarlo brillantemente en batallas peligrosas y aventuradísimas empresas. Tuvo que luchar durante su reinado con un enemigo resuelto, audaz y

(1) Llevaba tambien el sepulcro de este rey un largo epitáfio, al fin del cual se leía en verso: ¡Oh sepulcro del generoso! sobre tu polvo caigan nubes celestes de amparo, de misericordia y de paz: en tu estrado se oiga siempre la bendicion á un rey noble, generoso de los mas generosos, delicia del género humano, bondad de corazon sobre todas las criaturas, caridad, manantial perenne de gloria, seas feliz con Nazar el cuarto de los reyes de Beni Nazar defensores del Islam. Desde la salida del lucero de la religion, desde el alba de la ley fué su trono de ellos el mejor amparo de las criaturas: Oh señor de la bondad y de la humanidad, tu casa fué mina de juicio, de prudencia, de virtud y de beneficencia, y hallaron en tí lo que deseaban cuantos tuvieron la suerte de conocerte y acercarse á tí: la nobleza y escelencia del orbe, el resplandor de la bondad en su cara como la luz del dia que quita las sombras. Nunca estuvo la luna en mas perfecto y hermoso plenilunio: los altos méritos de Abul Giux dan de sí olor vivo como el mosco precioso se descubre aun en sellado bote. Cúbrale Dios con su misericordia, con la cual se sirva ponerle en eterna morada de delicias (Conde, parte 4.ª cap. 16.).

temible mas que por sus ejércitos por una fuerza de voluntad incontrastable; y luchó, si no siempre con ventaja, con una constancia y un denuedo que impusieron á sus mismos vencedores. De gran corazon, sobre todo de firmes creencias y hasta de un ciego fanatismo por su ley, amaba y provocaba los combates, se encarnizaba en ellos y se arrojaba con tanta fiereza sobre los vencidos, que raras veces llevaba consigo mas despojos y cautivos que cadáveres habia dejado en el campo y ruinas cubiertas de sangre en las ciudades. Segun sus propias espresiones, no creia mas que en Dios y su acero (1); y era implacable para los cristianos, en quienes veia no solo á sus propios enemigos, sino á los enemigos de Alá, á los infieles de Dios que impedian que se estableciera sobre la tierra el reino del Profeta. Respetaba y queria en cambio á los creyentes; pero era severo con ellos, principalmente tratando de hacerles observar las prácticas muzlímicas. Prohibió el uso del vino; y para que en ningun caso pudiesen los verdaderos musulmanes confundirse con los judíos, obligó á estos á llevar una señal esterior que bastara para distinguirlos.

Era gefe de los ejércitos de Castilla el príncipe D. Pedro; y apenas supo Abu el Walid Ysmail que este mandaba vituallas al Nars con buen número de cristianos fronteros por escolta, hizo salir contra ellos para escarmentarlos toda la flor de su caballería. Lejos de alcanzar lo que pretendia, recibió la noticia de haber sido derrotadas sus tropas en la batalla de Fortuna, y á poco la de que los cristianos, animados con el buen éxito de esta primer campaña, acababan de apoderarse de las fortalezas de Cambil y Alhawar y estaban talando en derredor la tierra. Salió lleno de cólera con numeroso ejército; y al ver que estos se retiraban apresuradamente á sus fronteras, partió, deseoso de represalias, para Gibraltar, que consideraba no sin razon como la principal llave de su reino. Tuvo que retroceder ante los fronteros de Sevilla que fueron á socorrer la plaza; y apenas cerró la campaña, cuando vió otra vez dentro del reino á Pedro de Castilla, que tuvo la audacia de acercarse á tres leguas de Granada,

(1) Era Ysmail, dice Conde, fervoroso en la creencia, ardiente y arrebatado defensor de ella, y como en cierta ocasion se tratase delante de él de los fundamentos y verdad de ella, cansado de oir sutilezas de los Alfakíes y Alimes que disputaban, se levantó y dijo: Yo no conozco ni entiendo otros principios ni quiero mas razones que la firme y cordial creencia en el omnipotente Alá, y mis argumentos estan aqui, y empuñó su espada (Conde, parte 4.ª cap. 18.).

pasar á Isnalloz, entrar en el arrabal de Pina y talar y quemar toda la huerta de Montegicar. Mas despechado que antes, volvió á dejar la corte y correr contra su enemigo; pero no pudiendo tampoco alcanzarle, regresó á Granada, donde tuvo á poco el desconsuelo de saber la nueva entrada del príncipe cristiano y los sangrientos asaltos de Velmez y Tiscar, que despues de una defensa heróica, sucumbieron faltas de socorro. Irritado hasta no mas, reunió y organizó cuantas gentes pudo; miró en tanto impasible cómo talaba el enemigo la Vega desde Alcaudete hasta Alcalá la Real; le vió sobre Illora, le vió sobre Pinos; y no manifestó deseos de atacarle, ni movió su ejército hasta que le tuvo á la vista, á las puertas mismas de Granada. Lleno entonces de resolucion encarga el mando de sus tropas al parsio Mahragian, sale con su gente de reserva, traba la batalla, rompe y desbarata á los cristianos, los envuelve en una nube de lanzas y de alfanges, hunde en el polvo la ensangrentada frente del príncipe D. Pedro y la de D. Juan su hermano, da el alcance á los fugitivos, y venga con usura en una sola jornada todas las derrotas anteriores. Manda luego enterrar en el mismo campo todos los cadáveres, los de los cristianos desnudos, los de los muzlimes con la armadura para mas honrarlos; y entra en la capital en medio de grandes aclamaciones y festejos públicos.

Alcanzó Ysmail esta victoria á fines del año 718 (1319). Salió otra vez, corrió la tierra, recobró las fortalezas perdidas, envió el cadáver de D. Juan á Córdoba, concedió para ciertas fronteras las treguas que se le pidieron, mandó romper la guerra por la parte de Murcia y se hizo dueño de Huescar, Ores y Galera, pueblos del Adelantado de Cazorla. Mas no fué aun entonces, fué despues de concluidas las treguas, cuando mostró todo su ardor guerrero y su arrebatado celo por la fé muzlímica. Salió con gran hueste para Baza, la combatió noche y dia con máquinas de guerra, y la obligó en breve á doblar ante sus armas la cabeza. Dirigióse al año siguiente á Martos, se apoderó al pronto de la fortaleza, escaló las murallas, peleó sin tregua hasta que pudo rechazar á los cristianos, entró en la ciudad, pasó por la espada hasta las mugeres y los niños, y rezó la Azala de Almagreb (oracion de la puerta del sol) sobre un campo cubierto de cadáveres y sangre. Era difícil ganar entonces la ciudad de Martos. Mirada por los cristianos como el principal baluarte de sus fronteras, es-

taba bien defendida, y ya en otro tiempo habia inutilizado los esfuerzos del mismo el Ahmar, que en todas sus campañas parecia llevar delante de sus banderas la victoria. Próxima á Jaen y sentada en la falda de una peña alta, escarpada y coronada de muros y torreones, parecia inespugnable; mas Ysmail la venció; y viendo que no podia conservarla en sus manos, la pasó á sangre y fuego como si tratase de castigar á una ciudad rebelde.

Regresó á Granada cargado de despojos y de hermosas cautivas, entre las cuales sobresalia por su belleza una muy jóven que habia sido arrancada de mano de la soldadesca por uno de los mas esclarecidos caudillos muzlimes, por el generoso Mohamed, hijo del walí de Algeciras. Fué recibido con un entusiasmo frenético: no pasó por calle que no estuviera cubierta y entoldada de oro y seda, ni oyó en toda la ciudad mas que víctores de triunfo, ni respiró hasta llegar á su alcázar de la Alhambra mas que el perfume de suaves aromas que ardian por todas partes en ricos y numerosos pebeteros. Llegó al palacio rebosando de júbilo, y mas que todo de amor á la cautiva; mas ¡ay! en medio de su ventura, en medio de sus trasportes de alegría, en medio del orgullo que le inspiraba su victoria, ¿pudo acaso olvidar á Mohamed, á quien habia arrebatado aquella peregrina hermosura, hermosura que le pertenecia por haberla salvado á riesgo de su vida? Tres dias despues de la entrada en su capital, no bien acababa de salir de las puertas de la Alhambra acompañado de su Vizir, cuando vió brillar sobre sí la hoja de una daga, y cayó en el suelo herida la cabeza y el pecho á puñaladas. ¡Traidores! esclamó: y tuvo la desventura de reconocer en medio de las sombras de la muerte al ofendido Mohamed y á sus parciales, que, veloces como el rayo, se arrojaron sobre el Vizir al verle desnudar la espada, le dejaron envuelto en sangre, y escaparon antes que los eunucos y guardias pudiesen haber oido los gritos de las víctimas (*).

Acaeció este regicidio el dia 27 de regeb del año 725. Fué efecto de unos celos, de una venganza particular; pero no tardaron crímenes aun mas graves en ser hijos de pasiones mas bastardas, de ambiciones desmedidas y tal vez injustas. El Nasr abrió la puerta á los destronamientos; Mohamed la abre ahora al asesinato. No hay ya

(*) Véase la pág. 152.

esperanzas de mejor suerte para ese infeliz reino de Granada: el peso de sus triunfos va á ser contrabalanceado casi siempre por el de sus delitos y el de sus discordias; y todos los dias se acelerará mas y mas la marcha de su fatal destino.

Recogieron á poco los ministros al desgraciado Abu el Walid Ysmail, y le llevaron á la cámara de su madre. Se le curó; pero en vano, porque eran sus heridas de muerte. Fueron tan cortos los momentos de vida que le quedaron, que ni lugar tuvo para arreglar la sucesion del reino: hecho que, á no haber sido por la prudencia del segundo Vizir, hubiera envuelto quizás en nuevas guerras civiles esa trabajada monarquía. Apenas se tuvo en la ciudad noticia del inesperado suceso, subió el pueblo al palacio, deseoso de saber si peligraba la vida del monarca; se alborotó la guardia, empezó á agitarse el caudillo Ozmin, que estaba al parecer de acuerdo con los conjurados, y todo hacia ya presagiar que no tardarian en rugir al rededor del moribundo Ysmail las desenfrenadas voces de la ambicion y la discordia; mas el segundo Vizir detuvo este movimiento asegurando en alta voz que las heridas del rey eran leves, y confirmándolo constantemente hasta en los instantes en que este exhalaba sus últimos suspiros. Al ver muerto á Ysmail, llamó al alcázar á Ozmin y á los alcaides, jeques y caballeros principales de la corte, bajo el pretesto de que el rey deseaba hablarles; y ya que les tuvo reunidos en un salon, les presentó á Mohamed, hijo mayor de Ysmail, é hizo que le reconocieran y juraran por sucesor al trono, diciendo terminantemente que tal era la voluntad del rey, y que si este no se la manifestaba por su propia boca, era porque se sentia malo y no podia hablar á causa de sus heridas. Cuando todos hubieron jurado obedecer al príncipe, les anunció la muerte del monarca, y gozó de la suerte de ver coronada con el mejor éxito su obra. El mismo Ozmin, viendo ya frustrados sus planes y disipados del todo los temores que abrigaba de que el rey difunto no conociese su perfidia, al oir las últimas palabras del Vizir, fué el primero en dar el grito de *ensalce Dios á nuestro rey Muley Mohamed ben Ysmail*: grito que fué repetido con entusiasmo y por toda la nobleza. Bajaron guardias y caballeros á la ciudad, recorrieron las calles dando las mismas voces, y quedó proclamado en todas partes Mohamed ben Ysmail el IV.

Subió Mohamed al trono el dia 26 de la luna de regeb del año 725.

Era todavía un niño, y durante algun tiempo tuvo que gobernar el reino por medio de sus Vizires y caudillos. Quiso al principio su buena estrella que los encontrara celosos y leales en Abu el Hasan ben Mazud y en Otman, gefe de la caballería de los Algarbies; pero muerto pocos meses despues Hasan, dió con uno que llegó á comprometer la suerte de su corona. Llamábase este Mohamed Almahruc, y era natural de Granada. Dejábase llevar de una tan grande ambicion y un tan ciego esclusivismo, que no sabia mirar sino con odio á cuantos veía en derredor del trono, y hasta á los hermanos del rey procuró alejar de la corte fingiendo á cada paso infundados y ridículos temores. Desterró al príncipe Ferag á Almería y al príncipe Ysmail al Africa; y cuando vió enteramente aislado al rey, le enagenó la voluntad del caudillo Otman, que abandonó el reino para entrar luego en él con la espada en la mano y el corazon lleno de venganza. Tenia al fin tan alterados contra sí los ánimos de los nobles y tan irritado el pueblo, que apenas habia ya quien no desease un nuevo monarca que les librara de tanta tiranía; mas pudo afortunadamente detener esos deseos la inesperada energía de Mohamed, que conociendo por sí mismo el peligro en que se hallaba, depuso al Vizir y le encerró en el fondo de una cárcel.

Grangeóse Mohamed con esta primera resolucion política las simpatías de todos los buenos ciudadanos de Granada. Infundió ánimo á los humildes y temor á los poderosos, y fué desde luego la esperanza de todos los muzlimes. Reveló á poco sus nobles y generosas prendas; y no tardó en hacer enteramente suya la voluntad del pueblo. Era tan esforzado como prudente, humano y liberal, magnífico y elegante en sus costumbres, de buen corazon y de sutil entendimiento, de habla facil y agradable, y de tanta hermosura que pasaba por el mas gallardo de su reino. No habia quien le aventajase en fortaleza, ni en agilidad de cuerpo, siendo tan buen ginete, que, segun la espresion de el Khattib, dificilmente se le podia seguir con la vista, cuando, suelta la rienda de su caballo, emprendia por monte y valle su veloz carrera. Gustaba mucho de justas y torneos; gustaba sobre todo de la caza, ejercicios á que se entregaba con ahinco cuando no podia lucir en sangrientos combates su destreza en manejar armas y caballos. A nada tenia tanta aficion como á la guerra; mas no por esto olvidaba ni dejaba de cultivar las ciencias y las artes, cuyos frutos llegó

á preferir un dia á los que da de sí la toma de una ciudad y las victorias conseguidas en los campos de batalla. No protegia menos á los doctos y á los de aventajado ingenio que á los que mas se distinguian por su ardor y su intrepidez en la pelea; y logró así hacerse digno de su siglo no solo por sus virtudes militares, sino tambien por las de su corazon y de su espíritu (1).

Con tan brillantes dotes, sin embargo, vióse Mohamed en grandes apuros al principio de su reinado. El caudillo Otman con su hijo Ibrahim pasó á Andarax, concitó á la rebelion á muchos pueblos de la Alpujarra, é hizo proclamar en ellos por rey de Granada á Mohamed ben Ferag ben Ysmail, que estaba en Tremecen y se decia que iba á entrar en España con numerosa hueste de Africanos. Salió apresuradamente Mohamed contra tan temibles enemigos; mas aunque les venció en algunas jornadas, quedó en otras vencido, y debió al fin convencerse de cuán dificil era acabar con ellos dirigidos por tan entendidos capitanes y enriscados en sierras fragosas, coronadas de castillos y cortadas por espantosos precipicios. Para mayor desventura suya recibió en tanto la noticia de que los cristianos de Sevilla acababan de invadir sus fronteras y estaban corriendo la comarca de Vera; y por de pronto nada pudo tampoco contra estos nuevos adversarios. Tuvo que dividir su ejército y distribuirlo de manera que pudiese sostener la guerra á la vez en puntos tan distantes; y por muy acelerado que anduvo en esta operacion tan peligrosa, no pudo llegar á vista de los contrarios cuando habia perdido ya la ciudad de Vera y los pueblos de Olvera y de Ayamonte. Alcanzólos en las riberas del Guadalhorce junto á Córdoba, y se arrojó sobre ellos con un valor capaz de asombrar á sus mismos enemigos; mas ni aun así pudo evitar una derrota que le obligó á retirarse confuso y aturdido á su corte de Granada.

(1) Mohamed Ben Ysmail Ben Pharagi Ben Ysmael Ben Joseph Abu Abdalla Nuncupatus, Hispaniæ rex qui regum præstantissimorum nulli solertia, viribus, munificentia, oris forma, atque morum elegantia est posthabendus. Ah hæc accessere ingenium mite, humanitas, sermo facilis et acer, summaque liberalitas. Robore sic valuit ut ejus fortitudo in proverbium abierit. Eques erat insignis sed plane temerarius: quippe in hippodromo, nulla habita discriminis ratione, effussis equi habenis concitatissimo ac rapidissimo cursu, qui oculorum aciem facile fugeret per acclivia et declivia juxta loca ferebatur: idque maxime si gloria vel certamine accenderetur. Qua quidem equitandi arte peritissimus, omnibus palmam eripuit. Venatum in amore ac deliciis habebat. In nobilium equorum stirpe dignoscenda versatissimus: nec minus poetices quam rhetorices extitit studiosissimus (Casiri, Bibl. árab., Hist. Ecc., t. 2.°).

Llegó á Granada Mohamed lleno de despecho, tanto que en aquel mismo dia hizo descabezar en la cárcel á su antiguo Vizir Almahruc, á quien consideraba, no sin razon, como autor de tantas desventuras. Reunió luego con la mayor precipitacion un gran número de tropas; mas estaba ya perplejo y rodeado de enemigos y no sabia dónde con preferencia dirigirlas. Ademas de los cristianos de Sevilla y los rebeldes de las Alpujarras tenia ya en campaña á un ejército africano que acababa de apoderarse de Algeciras, Marbella y Ronda; y los veía á todos y á cada uno de por sí tan poderosos, que ni esperanzas abrigaba de obtener contra ninguno de ellos la victoria. No se acobardó, sin embargo, ni fué á mendigar como otros ni un tratado de paz ni un momento siquiera de tregua; tomó una resolucion desesperada propia de su gran corazon, y como si nada tuviese que temer de tantos contrarios, lejos de dirigirse contra ellos, se dirigió á las fronteras de los cristianos, cayó sobre Cabra y Priego, los tomó arrebatadamente á fuerza de armas, y tuvo la audacia de presentarse nada menos que ante los muros de la ciudad de Baena. Baena era plaza fuerte, y los mas entendidos gefes árabes juzgaban muy dificil conquistarla; mas él no desistió, antes viendo que salian á acometerle los cristianos, les dió batalla, se abrió paso á lanzadas, los dispersó y les siguió al alcance hasta las mismas puertas de la plaza. Entró en Baena y pasó luego á Casares, que hubiera quizás tomado, si no hubiese diferido hasta otro dia ganarla por asalto. Sabedor de que un ejército cristiano venia á socorrerla, levantó el cerco que le tenia ya puesto, se dirigió contra el enemigo, y cayó tan de improviso y con tanto ardor sobre él, que le desbarató y rompió al primer ímpetu la caballería. Siguióle con la punta de la lanza en la espalda durante algunas horas; y ya que se vió cerca del Estrecho, acometió la empresa de ir á reducir de nuevo á Gibraltar, ocupada á la sazon por los cristianos. Con las escasas tropas que llevaba no le hubiera sido facil la conquista de esta plaza; mas al llegar á ella la encontró ya sitiada por los ejércitos reunidos del rebelde Otman, Mohamed ben Ferag y Abu el Hasan de Fez, y, reconciliándose con todos, logró al fin hacerla suya.

No podia á la verdad Mohamed esperar mejores resultados de su inesperada y audaz política. La idea de llevar sus armas á los dominios de sus enemigos, mientras estos recorrian y talaban las fronte-

ras de su reino, no solo le bastó para detener su ruina, sino que le proporcionó la conquista de plazas importantes y la de un partido que ausiliado por los reyes de Africa amenazaba sumergir en sangre el trono de Granada. Si en vez de acudir á ese remedio estraordinario se hubiera contentado con seguir la guerra en la Alpujarra é ir cortando el paso á las tropas invasoras de Castilla, ¿qué hubiera podido alcanzar despues de largas y sangrientas luchas sino el descrédito de sus armas y treguas mas ó menos estériles ya con los muzlimes, ya con los cristianos? Ni aun con sus mas temerarias hazañas hubiera logrado imponer nunca ni á unos ni á otros, como les impuso con el solo hecho de haber tomado al primer embate la ciudad de Cabra.

Apoderado ya de Gibraltar y celebrada la paz con los rebeldes, no tardó en recobrar Ronda, Marbella y la misma Algeciras, que le habia sido arrebatada poco antes por los cristianos. Defendiólas y volvió á Granada; mas no para gozar mucho tiempo de la paz, sino para abrir pronto una nueva campaña en que no fué muy afortunado á pesar de su valor y su constante arrojo. Recibió á poco noticia de que los cristianos estaban sobre Gibraltar, salió contra ellos, y aunque hizo con su sola presencia levantar el sitio, no pudo evitar la pérdida de otros pueblos, tales como el de Teba, Priego, Cañete, La Torre, las Cuevas y Ortejicar. Apenas supo el cerco de Teba, movió el campo hácia Turon y atacó parcialmente al enemigo. Armóle una celada en lo hondo de un valle, y viendo la eneficacia de este medio, le acometió decididamente peleando como un héroe; pero si no perdió del todo la batalla, quedó tan quebrantado que los muzlimes de la plaza no tuvieron mas recurso que el de capitular con los cristianos. Perdió despues de Teba los pueblos ya mentados, y en tanto se vió obligado á ceder á Abu el Hassan la fortaleza de Gibraltar, uno de los fuertes que mas queria. Abu el Hassan era uno de los que mas habian contribuido á su conquista; y creyéndose con derecho para reclamarla, pasó el mar, y, lleno de la resolucion con que habia sabido apoderarse del reino de Fez contra su hermano Omar, hijo y sucesor del buen príncipe Abu-Said, la sitió, la combatió, la tomó en muy corto tiempo á fuerza de armas. Súpolo Mohamed y lo sintió en el alma; mas atacado sin cesar por los cristianos y conociendo cuán peligroso era romper con tan poderoso príncipe, lejos de protestar contra el hecho, le escribió una carta en que, ademas de cederle la for-

taleza, se declaró su amigo y su mas generoso aliado. Queria reparar de algun modo tantos males, y cercó y combatió de dia y de noche á Castro del Rio, del cual hubo de regresar sin poder cumplir ese buen deseo á su corte de Granada.

Los cristianos entre tanto fueron otra vez sobre Gibraltar, que miraban justamente como la fortaleza mas importante de la Andalucía. Sitiáronla por tierra con numeroso ejército y por mar con una escuadra que recorria sin tregua el Estrecho y tenia cerrado el paso á las naves de Africa. Hallaron mucha oposicion en los sitiados, súbditos todos del rey de Fez Abu el Hassan; pero á fuerza de dias y con un riguroso bloqueo llegaron á ponerlos en tales apuros, que ya casi contaban con decidir á favor suyo la victoria. No dejaban salir un solo soldado de la plaza; mas aunque procedieron en esto con mucho rigor, no pudieron impedir que algunos se fugasen y fuesen aceleradamente á pedir á Mohamed que pasase á socorrer á los cercados en virtud de la alianza que con el Hassan tenia. Mohamed, que acababa de llegar á Granada, dispuesto aun en medio de sus mayores desgracias á emprender cualquier hecho de armas por aventurado que fuese, lejos de negarse á la demanda, accedió con tan buena voluntad y tanto entusiasmo, que reuniendo con la mayor rapidez sus mejores ginetes, salió y sin vacilar un punto pasó á Algeciras, se dejó caer sobre el campamento cristiano, entró en batalla, y frustró en un solo combate todas las esperanzas concebidas por las armas de Castilla.

Cara pagó empero tanta gloria ese desgraciado rey de Granada. Al entrar en Gibraltar quiso hacer alarde de sus proezas delante de los africanos y les acusó en tono festivo de cobardes, lo que les ofendió hasta el punto de obligarles á que pensaran en su muerte. Deseoso de pasar al Africa para visitar á su amigo Abu el Hassan, despidió su ejército dejando consigo un reducido número de sus mejores caballeros, salió al dia siguiente á correr el monte, y al estar en lo mas fragoso, vióse acometido de repente por asesinos implacables, que, no contentos con matarle á lanzadas, le precipitaron desde lo alto de una peña (1). Llevaba escolta; pero era tan angosta la vereda en que se ejecutó este crímen, que ninguno de sus guardias pudo hacer mas

(1) La noticia de haber sido Mohamed despeñado del monte despues de muerto á lanzadas no la encontramos en los árabes de Conde, pero sí en los de Casiri (Véase).

que prorumpir en vanos alaridos. Murió el dia 13 de dilhagia del año 733 (24 de agosto de 1333) y estuvo el infeliz al pié del monte, desnudo, magullado y hecho el escarnio de los mismos que acababa de salvar de la muerte, hasta que su hermano y sucesor Yusuf mandó que recogieran su cuerpo y le llevaran á la ciudad de Málaga. ¿Podia darse mayor desventura para un rey tan magnánimo y guerrero? ¿Merecia ser víctima de tamaña ingratitud un príncipe que solo por favorecer á sus aliados levantó contra Castilla una espada abatida si no por su flaqueza de ánimo por su mala estrella? ¡Y no hubo siquiera quien tratara de vengar su sombra! Ninguna historia árabe ni cristiana refiere que reclamase entonces ni el mismo Yusuf contra los asesinos; ninguna historia árabe ni cristiana refiere tampoco que Abu el Hassan los castigase. La alianza, la amistad, el espíritu de nacionalidad, el parentesco, nada hicieron para dejar satisfechos los manes de Mohamed; contentáronse todos con hacer grabar un pomposo epitáfio en la losa de su sepulcro (1).

Capítulo décimosesto.

Yusuf Abu el Hagiag. — Mohamed V. — Ysmail II. — Abu Said.

Súpose la muerte del rey Mohamed en el ejército que iba de Gibraltar á Granada el mismo dia 13 de dilhagia; y por la tarde fué ya proclamado por estas tropas á orillas del Wadalsefain Yusuf Abu el Hagiag, hermano del rey difunto. Era Yusuf esforzado tambien, pero sin tener de mucho los instintos guerreros de sus antecesores. Ama-

(1) Este epitáfio es como sigue: Este es el sepulcro del noble rey, fuerte, magnánimo, liberal, esclarecido Abu Abdala Muhamad de feliz memoria, de la real prosapia, prudente, virtuoso, insigne guerrero, vencedor, caudillo de vencedoras huestes, de la antigua é inclita familia de los Nazares, príncipe de los fieles, hijo del sultan Abul Walid ben Ferag ben Nazar, á quien Dios haya perdonado y tenga en descanso. Nació (el Señor se complazca de él) dia 8 de muharram del año 715, fué proclamado rey por muerte de su padre á 26 de regeb del año 725, y murió (Dios le perdone) á 13 de dilhagia del año 733. Loor y gloria á Dios altísimo é inmortal. Conde, parte 4.ª, capítulo 20.

ba de corazon la paz, y no se sentia dispuesto á quebrantarla, sino cuando se lo exigiesen imperiosamente el honor y la defensa de sus pueblos. Viendo aquejado el reino de muy graves males, creyó mas glorioso remediarlos que tentar empresas peligrosas; así que se consagró casi por entero á restablecer las creencias, reformar las costumbres, corregir las leyes, hacer mas pronta y facil la administracion de justicia, y extirpar por fin todos los abusos á que habian abierto paso la codicia de algunos, la ignorancia de muchos y las sutilezas de Alcatibes y Alcadíes. El principal sentimiento que abrigaba era el de la rectitud: no podia ver ni oir sin disgusto la menor injusticia ni el mas leve desafuero. Era ademas hombre de ciencia, y como tal modesto y tímido: escuchaba con atencion á sus vizires y acogia con benevolencia los consejos que le daban, aunque sin dejarse llevar siempre por ellos cuando los creía interesados ó contrarios á sus pueblos. No desatendia nunca las quejas de sus súbditos por mas que estuviesen encaminadas contra aquellos en quienes tenia mayor confianza: les otorgaba lo que en ellas pedian si eran fundadas, y llegó no pocas veces hasta el estremo de satisfacerles aun antes de que fuesen formuladas. Reunia á todas estas prendas una imaginacion viva y poética, mucho ingenio, grandes fuerzas, gravedad sin afectacion, gallardía de cuerpo, carácter apacible y cortés trato; dotes todas que contribuyeron á que á pesar de sus desgracias, en cuantas guerras tuvo, se le quisiese en vida y se le llorase muerto.

Su primer cuidado al ocupar el trono fué negociar una tregua con los reyes de Castilla. Envió cartas y mensageros á Sevilla, donde estaba Alfonso XI, y obtuvo bajo condiciones ventajosas un tratado que le aseguró la paz por espacio de cuatro años. Libre ya como deseaba de todo temor de guerra, empezó á reformar las leyes y prácticas del reino, creó fórmulas mas sencillas para los documentos públicos, y animó á los alimes á que escribieran sobre ellas para que fuesen mejor entendidas y apreciadas en todos los pueblos de la monarquía. Persuadido de que en los adelantos de las artes estribaba principalmente la grandeza de las naciones, mandó componer tratados sobre cada uno de los ramos de la industria, protegió con eficacia la publicacion de los conocimientos científicos, y no perdonó medio para difundirlos entre las clases fabriles. Propuso nuevos premios para cuantos sobresaliesen en su carrera, sobre todo para los gefes militares

y empleados civiles que ejerciesen con mas celo y pureza su destino. Amante de las bellas artes y entusiasta por su religion, edificó al mismo tiempo en Granada la Aljama mayor, obra de gran magnificencia de que desgraciadamente no quedan ya ni ruinas, y en las cercanías de Málaga un suntuoso alcázar cuya planta se atribuye á él mismo, como á el Ahmar la del palacio de la Alhambra.

Empezó á dedicarse á estas útiles tareas ayudado por el vizir Reduan, que ya lo habia sido de Mohamed su padre. Le perdió en el año segundo de su reinado, y tardó en encontrarle un sucesor que supiese seguirle en sus altas miras y no vejara ni ofendiera al pueblo. Llamó á su lado á Abu Yshac ben Abdelhar, uno de los mas ricos caballeros de Granada; mas tuvo que deponerle dentro de pocos dias á instancias de los nobles y caudillos de la ciudad, que le acusaron de orgulloso y vengativo. Nombró en su lugar al Hageb Abu el Naim, hijo de Reduan; pero tampoco pudo sostenerle por mucho tiempo, aunque era hombre en cuya conducta no cupo jamas mancilla. Era Abu el Naim virtuoso, mas de un carácter tan duro que no habia quien no temblase al presentarse ante él en juicio. Oía poco, fallaba con rapidez, y veía de una manera tan exagerada las faltas imputadas á los reos, que aun por causas muy leves los condenaba con frecuencia á muerte. Aunque no lo hacia llevado de un mal corazon, sino de un vehemente deseo de extirpar el crímen, era tal en esto su ceguedad que no pocas veces confundió al inocente con el mas culpable. Súpolo Yusuf, que, como llevamos dicho, no se desdeñaba de oir ni aun las quejas de los que menos valian en su reino; convencióse de que muchos fallos habian sido dictados mas por la voz de la cólera que por la de la justicia; y no contento con destituirle, le hizo encarcelar el dia 22 de regeb del año 740. Puso en lugar de Abu el Naim á Abu el Hassan Ali ben Mul; mas no encontró un sucesor digno de Reduan hasta que dió con Abu el Hassan ben Algiab, khattib que habia sido de su hermano Mohamed, hombre que reunia un gran sentimiento de justicia, una circunspeccion nada comun y mucha ciencia.

Tuvo Yusuf, mientras estaba en estos cambios, el placer de recibir en Granada mas de mil cautivos cristianos recogidos por el caudillo de la frontera oriental y el arraez de la caballería del Algarbe en una atrevida y venturosa algarada que hicieron por la parte de Murcia; pero se sentia tan inclinado á la paz, que no hizo sino celebrar

con fiestas y zambras la victoria. No proyectó por esto ninguna espedicion formal en pais enemigo; y solo se dispuso para salir en campaña al saber que el rey de Fez habia derrotado en el Estrecho la armada de los reyes de Castilla. Despues de haber celebrado la noticia con iluminaciones, fuegos y otros festejos públicos, reunió sus alcaides y sus mejores caballeros, salió con la mas brillante comitiva que pudo llevar jamas monarca alguno, y se dirigió hácia el de Fez, que estaba acampado á la sazon en la comarca de Algeciras. Cautivó mucho al Africano con tan espontáneo é inesperado socorro, comieron los dos juntos con los principales caudillos que cada cual traia, y convinieron para no tener ocioso el ejército en emprender inmediatamente el cerco de Tarifa. Parecieron á la vista de esta plaza, que tanta sangre costaba ya á los musulmanes, el dia 3 de la luna de rabiah del año 741, sentaron allí sus reales y no tardaron en empezar á combatirla, como dice Conde, con máquinas é ingenios de truenos que lanzaban balas de hierro grandes con nafta causando gran destruccion en sus bien torreados muros. A pesar de su mucha infantería y caballería conocieron que solo despues de un muy largo bloqueo podian esperar la entrega de una ciudad tan defendida, y creyendo que era perder el tiempo no acometer en tanto otra empresa con que pudieran distraer é infundir pavor al enemigo, destacaron algunas compañías escogidas de zenetes, mazamudes y gomares para que al mando de dos caudillos africanos fuesen á correr la tierra de Jerez, Sidonia, Arcos y Lebrija. Lograron por de pronto lo que pretendian, pues quedó talada toda esta comarca como si hubiese pasado por ella la mas feroz tormenta; mas pagaron al fin cara esta victoria, porque atacados de repente por una hueste de caballería dejaron en el campo mil quinientos soldados, y solo pudieron escapar con vida los que apelaron á la fuga.

Yusuf y el Hassan se conmovieron al saber la derrota; mas enviaron por nuevas tropas á Granada y Africa, y sin levantar el sitio de Tarifa acometieron á los cristianos en las orillas del Wadacelito. Rayaba apenas el alba, cuando ya hacian estremecer el campo alaridos de guerra y confusos sonidos de lelilíes, cornetas y atabales. Diéronse las primeras lanzadas al querer pasar el rio los castellanos. Yusuf, al frente de su caballería, se arrojó sobre ellos sediento de venganza; pero mientras luchaba con un valor que imponia á sus mismos

enemigos, se dispersaron algunas cábilas alárabes al ver sobre sí caballos cubiertos de hierro, acometieron de improviso el campamento los cercados en Tarifa, y no tuvo mas recurso que el de retirarse en buen orden á Algeciras, cuyo camino regó con la sangre de sus soldados.

Embarcóse para el Africa Hassan y para Almuñecar Yusuf, á quien por tierra habian cortado ya la retirada. Era este rey tan desgraciado en la guerra que casi podia contar por el número de derrotas sus batallas. Perdió en esta jornada Calayaseb, Priega y Ben Anexir; y no habia aun transcurrido un año cuando supo que en la embocadura del Guadalmecí habian sido quemadas gran cantidad de naves suyas y africanas y sepultados en el fondo de las aguas los almirantes que las gobernaban. Abrió otra campaña al recibir la noticia de que los cristianos se habian dejado caer sobre Algeciras; pero á pesar de su estrategia y el arrojo de sus tropas tampoco alcanzó mas que ver morir á sus mas bravos caballeros en las puntas de las lanzas enemigas. En vano llamó de nuevo á su socorro á los Beny Merines, en vano se dirigió al rey Alfonso, que se negó á entrar en negociaciones antes de haber recibido las llaves de la plaza: apremiado por su triste situacion y las instancias de los mismos sitiados, tuvo que entregar finalmente Algeciras y solicitar como un singular favor una tregua de diez años.

Era en cambio Yusuf durante la paz uno de los mejores príncipes. Deseoso de reformar las costumbres y las leyes, hizo construir mezquitas hasta en las alquerías de doce hogares, prescribió la separacion de hombres y mugeres en el templo, prohibió ciertas prácticas ridículas y supersticiosas, formuló para mas evitarlas las oraciones con que debia implorarse el ausilio de Dios en tiempos de sequía y la gracia del Profeta sobre los difuntos, recomendó para la celebracion de las grandes fiestas religiosas la limpieza y la limosna, anatematizó el lujo en los cadáveres, trabajó sin cesar para que predominara el culto del corazon sobre el de los sentidos. Al paso que hizo del valor un deber imponiendo pena de muerte al que sin orden de su gefe volviese la espalda al enemigo, prohibió que los campeadores y los almogavares matasen á niños, mugeres, ancianos, enfermos y anacoretas que no ayudasen directamente á los cristianos. Dió mayor fuerza á la autoridad de los padres sobre los hijos, modificó

las sangrientas leyes del hurto y el adulterio, perfeccionó la policía de las ciudades creando wacires y estableciendo rondas nocturnas, decoró por fin los monumentos públicos con relieves y pinturas de azul y oro, animando con su ejemplo á los particulares, que embellecieron desde entonces sus voluptuosas moradas con ricas techumbres de alerce, pavimentos de azulejo, menudas labores de estuco y patios perfumados en que murmuraba el aura entre los árboles y el agua entre las flores.

Amaba tanto la paz, que aun despues de diez años de tregua no vaciló en pedir próroga á Alfonso de Castilla, y tuvo un vivo sentimiento al saber que codicioso este de gloria, lejos de oir sus humildes proposiciones, se dirigia sobre Gibraltar con gran golpe de gente y de caballos. No pudo menos de volver á desnudar la espada; mas ¿cómo no habia de empuñarla con desconfianza despues de tantos descalabros? Tuvo la suerte de que muriese Alfonso en la jornada y hubiesen los sitiadores de levantar el cerco; de no, muy dificilmente hubiera podido resistir á armas tantas veces vencedoras con ejércitos tantas veces vencidos y humillados.

Regresó á Granada; mas no ya para proseguir sus reformas, sino para bajar pronto al sepulcro. — En el dia de Id-Alfitra, 1.° de shawal del año 756, estaba orando tranquilamente en la mezquita cuando vió de repente sobre sí á un árabe furioso de cuyos ojos brotaba el fuego de la cólera. Quiso luchar, pero no pudo. Se dejó quitar el puñal que llevaba en el cinto y cayó un momento despues sobre su propia sangre. Ya herido, dió un grito y logró que acudiese gente á su socorro; mas ¡en vano! Llevado en brazos de sus mas fieles servidores, no bien hubo llegado á los salones del Alcázar, cuando exhaló su último suspiro (1). — Se le enterró al anochecer del mismo dia en el cementerio del Alhambra; se descuartizó y quemó á la vista del pueblo á su asesino; y fué luego proclamado rey su hijo Mohamed, no menos bueno que él ni menos desgraciado.

(1) Así refiere este hecho el Khattib que fué testigo ocular de estos sucesos... homo quidem perditus irarum plenus in eum irruens pugione quo erat instructus latus transfodit. Clamat Rex sancius: interpellatur supplicatio. Ad insolitum casum omnes districto ense convolamus, regemque jam exanimem atque hæsitante lingua murmurantem humeris vectum ad regias ædes detulimus ubi continuo animam efflavit. Interea sceleris auctor captus discerpitur; flammisque mox coram populo frequentissimo traditur (Bib. Arab. t. 2.°).

Mohamed V no contaba aun veinte años cuando subió al trono. Tenia bello el cuerpo, pero mas hermosa aun el alma: no podia oir agenas desventuras que no le saliesen á los ojos lágrimas del mas puro sentimiento. Era de rostro grave, mas de apacible trato, modesto en la prosperidad, resignado en la desgracia, amante de su patria hasta el estremo de renunciar á sus mas sagrados derechos por no verla lastimada, enemigo de la adulacion y el lujo, dadivoso sin prodigalidad, misericordioso sin dejar de ser justo, tan severo en sus costumbres que nunca se permitió mas diversion que la lectura y los ejercicios de caballería. Amaba al par de su padre tanto la tranquilidad del corazon como la paz del reino; mas como él y mas que él fué en un principio blanco de la adversa suerte (1).

Lleno de solicitud por el bienestar de su familia, apenas hubo ceñido la corona de Granada cuando cedió á sus hermanos y á su madrastra un alcázar contiguo al suyo, de no menos suntuosidad y magnificencia; y á pesar de tan generosa conducta tuvo desde un principio en estos mismos allegados unos enemigos encubiertos que trabajaron incesantemente por su ruina. La Sultana madre, que aspiraba hacia ya tiempo á entronizar á su hijo Ysmail y habia sacado con este objeto inmensos tesoros de la Alhambra el dia en que murió Yusuf su esposo, empezó desde luego á fraguar contra él una conspiracion en que hizo entrar á Abu Abdala, yerno suyo y uno de los príncipes de la sangre; y aunque lenta en sus operaciones, no tardó cinco años en privarle del trono y ponerle al borde del sepulcro.

No habia Mohamed esperimentado aun mas contratiempo que la rebelion de un walí de Gibraltar llamado Isa ben el Hassan, que, pre-

(1) Mohamed ben Joseph ben Ysmael ben Faragi. Is quas in aliis dispersas reperies virtutes, in se unum collegit, humanitatem videlicet, probitatem, animi pacem tranquillitatemque, fidem ac summam cum eximia oris specie integritatem. Post obitum patris adolescens annum prope vigessimum adeptus ob matris judicii laudem imperio planè dignus habitus est. Quamobrem rex delectus renunciatusque horis vespertinis diei Paschatis anno Egiræ 755 ætatis defectum studet virtutum copia supplere. Itaque gravitatem, prudentiam, modestiam, temperantiam adhibuit, tantam præterea morum lenitatem et animi clementiam ut miserorum vicem lachrymis vel obortis doleret; suosque sibi et beneficiis et amore devinxerit. Regnum pacatum ab omni ambitione alienum et undique tutum nactus est. Hinc ille cum aliis equitibus in hippodromo ad corpus exercendum cursu et viribus decertare consueverat. Eo denique rege luxus omnis atque adulatio ab aula exulebat. Quæ sane res effecit ut ejus familiaritate populus mansuesceret, optimates vero comitate deliniti morem ei libentius gererent; omnes denique ejus humanitatem ac prudentiam summis laudibus extollerent (Bib. Arab. hisp. t. 2.°).

so por sus mismos súbditos, fué á Ceuta á morir en medio de los mas bárbaros tormentos; así que estaba tan seguro del amor de sus pueblos, que ni por lo mas remoto podia sospechar la existencia de tan fatal peligro. Villanamente sorprendido, ni tiempo ni lugar tuvo siquiera para luchar con tan pérfido enemigo. Al amanecer del 28 de ramazan del 760 tenia ya dentro de su alcázar cien conjurados armados de lanzas y puñales; é ignorante de todo residia aun en una estancia retirada, ageno de todo temor y sobresalto. Oyó al primer canto del gallo gritos desaforados de venganza, y vió brillar sus salones á la luz de teas que llevaba en la mano una turba frenética y osada; mas ni aun entonces hubiera quizás llegado á creer el riesgo en que se hallaba á no ver caer á sus leales servidores entre el destrozado mueblage de sus ricas cámaras. Convencido del peligro, quiso huir; pero entraba ya en el Alcázar Abu Abdala proclamando á Ysmail, y no era facil evitar la muerte. Corrió á su harem, vistió un trage de esclava que le deparó una de sus doncellas, salió con ella y un hijo de Yusuf en ligeros caballos que encontró al dejar los jardines del palacio, y logró ponerse á favor de la oscuridad de la noche fuera del alcance de sus enemigos. Dios, solo Dios pudo salvar su vida, porque á no haber cebado el oro y joyas de la Alhambra á los rebeldes, primero hubiera visto sobre su cabeza la espada de su muerte que pensar en la traicion de la Sultana.

Mas Dios protege siempre á los buenos de corazon, y no solo le permitió llegar sin peligro á Guadix, sino que tambien le abrió en medio de las mayores desventuras un camino que le condujo á la mas hermosa restauracion y á la mas bella gloria. Escribió por de pronto Mohamed á Abu el Hassan de Fez y á Pedro de Castilla pidiéndoles socorro. Viendo que ni uno ni otro satisfacian sus deseos, pasó á Marbella, se embarcó para Africa, pidió y obtuvo tropas de Hassan y volvió con dos ejércitos á España; mas no tardó en verse abandonado por estos mismos aliados cuando ya habia hecho temblar Granada y hasta Castilla con tantas lanzas africanas. Murió el rey de Fez, fueron llamadas á su patria las tropas espedicionarias; y tuvo que retirarse á Ronda el desventurado príncipe, fugitivo, casi solo, desalentado, con escasas esperanzas de mejor fortuna. Imploró de nuevo el socorro de D. Pedro, pero en vano: imploró el de Mohamed Abu Zeyan, recien proclamado rey de Fez, pero en vano tambien: no tenia en favor suyo

mas que el amor de algunos pueblos impotentes para protegerle, y con sobrada razon empezaba ya á creerse condenado á languidecer y morir en el destierro. No sentia solamente su desgracia; sentia la de todo el reino, gobernado por un príncipe voluptuoso, débil, arrastrado á las mas torpes acciones y á los mas infames delitos, parte por sus propios vicios, parte por su falsa posicion, y sobre todo por el dominio que ejercia sobre él Abu Said, hombre pérfido, que no contento con mandarle como á un esclavo y haberle obligado á que condenara á muerte al mejor de sus vizires, le destronó, le hizo matar á traicion por sus propios soldados, y despues de haber paseado por las calles de Granada la cabeza del príncipe y la de su hermano Cais, fué proclamado rey por sus parciales con escándalo del pueblo. Sufria terriblemente Mohamed al ver su imperio á merced de tan bárbaros monarcas. Volvió á suplicar á D. Pedro que le prestara ausilio, y se lo suplicó tanto y con tanto ahinco, que en 763 (1362) logró al fin tenerle en Ronda al frente de una numerosa hueste de caballería é infantería. Unidos musulmanes y cristianos, partió sobre Casares y de allí sobre Hins Azara, plaza que atacó con tal denuedo, que la tomó por asalto á pesar de los muros y la guarnicion y alcazaba que la defendian. Rindiéronsele al verle vencedor muchos pueblos de la comarca, y todo parecia favorecer su intento de recobrar el trono; mas ni aun la victoria pudo ahogar la voz de sus buenos sentimientos, ni hacerle olvidar lo que debia á su reino y á su patria. No pudiendo sobrellevar la idea de que sus pueblos, solo por él, se veian entregados á todos los horrores de la guerra, rogó al rey D. Pedro que abandonara su empresa, y se lo rogó con el mismo ardor con que habia solicitado antes su apoyo. «Por ningun imperio del mundo debo sacrificar mi patria, le dijo: prefiero vivir en la emigracion á reinar sobre un monton de ruinas:» rasgo generoso y sublime que probará á los ojos de algunos escritores debilidad de ánimo en Mohamed, pero que no revela para nosotros sino grandeza de alma, heroismo. No es héroe solo el que arriesga su vida y la vida de sus hijos; es héroe tambien el que sabe sacrificar ante las aras del bien comun la satisfaccion de la venganza, de la ambicion, del orgullo, de todas las pasiones que devoran y pervierten el corazon del hombre.

Ganó Mohamed con esta noble accion lo que dificilmente hubiera alcanzado derramando la sangre de sus súbditos en cien campos de

batalla. Cautivó de dia en dia á sus mismos adversarios. Hizo resaltar mas y mas á la vista de los pueblos la tiranía de Abu Said, que desconfiando de sus propias fuerzas y deseoso de granjearse la amistad de D. Pedro, le envió sin rescate al maestre de Calatrava y á otros ilustres castellanos que acababa de vencer en la frontera. Fué proclamado aquel mismo año en Málaga y saludado todos los dias por nuevos adoradores que se iban acogiendo á la sombra de sus banderas; y puso al fin en tanta turbacion al usurpador, que no creyéndose este seguro ni aun en el seno de su reino, fué á entregarse en brazos de su mortal enemigo el rey de Castilla, llevando consigo las mas ricas joyas y los mejores jaeces, armas y caballos. No tardó en verse libre para siempre de Abu Said, que murió alanceado en Sevilla por el mismo D. Pedro, despues de haber sido pasados á degüello en el alcázar de aquella ciudad los nobles que le acompañaban; y el sábado 20 de giumada postrera entró en Granada en medio de las ardientes aclamaciones de todos los ciudadanos, y aun de los mismos parientes de las víctimas sacrificadas á traicion en la corte castellana.

Gobernó desde entonces el reino con la misma seguridad y confianza que á la muerte de su padre. Tuvo á los pocos meses contra sí al walí Alí ben Alí ben Ahmed ben Nasr, individuo de su propia familia; pero bastó que llamara á su socorro á los mismos pueblos para vencerle en cuantas batallas aceptó y reducirle á huir y vagar errante y sin asilo. Era mas fuerte que nunca, y no dió ya en la vida con quien se atreviese á disputarle un poder que le habia dado no la violencia, sino el derecho, no las armas, sino el amor y los sentimientos de justicia de todo el reino.

No pudo, sin embargo, gozar de una paz completa. Habia tenido un verdadero amigo en D. Pedro de Castilla, y hubiera pasado con razon por un ingrato si le hubiese dejado abandonado á sus propias fuerzas cuando estalló la guerra entre él y D. Enrique, aquel conde de Trastamara que no temió pedir en defensa de sus derechos el apoyo del Aragon y de la Francia. Envióle por de pronto al mando del esforzado Reduan seiscientos caballeros de los mejores de su reino; envióle á poco siete mil caballos y gran número de infantes que llegaron á tomar el alcázar viejo de la ciudad de Córdoba y talaron las campiñas de Jaen, Úbeda, Baeza y otros muchos pueblos del norte de Andalucía; y cuando vió que ni aun esto bastaba para salvar á su

aliado, reunió todas sus fuerzas y salió de Granada al frente de un formidable ejército. No habia aun traspasado las fronteras cuando supo la muerte de D. Pedro; mas lejos de retroceder se metió en Castilla á pesar de la alianza con que le brindada D. Enrique, y asoló cuantos pueblos encontró sin muros que pudieran detener sus pasos. Dirigióse al año siguiente á Algeciras, á la sazon mal defendida, la tomó por asalto, y temeroso de que no volviera á caer en poder de cristianos, la entregó á las llamas y derribó los muros hasta no dejar piedra sobre piedra. Hubiera podido hacer aun mucho mas; pero amaba la paz, y cuando consideró que habia ya dejado vengada la muerte de D. Pedro y bien puesto el honor de las banderas musulmanas, otorgó al nuevo rey de Castilla las treguas que pedia, y regresó á Granada, deseoso de cicatrizar las heridas que habia abierto en su reino la insensata ambicion de Ysmail y de Abu Said y su alianza con un rey cruelmente justo y mas cruelmente desgraciado.

Un príncipe que sentia tanto las desventuras de sus súbditos, ¿á quiénes mejor que á los desventurados podia consagrar sus primeros trabajos administrativos? Trató de edificar una casa de asilo para pobres y enfermos, y la levantó desde los cimientos en poco mas de un año. Construyó un edificio magnífico, y llevó su buen corazon hasta el estremo de adornarlo con fuentes y estanques rodeados de alegres alamedas para que pudieran los tristes divertir mejor sus penas y su melancolía. Fomentó la industruia en todo el reino, y llevó las artes á su mas completo desarrollo. Hizo en pocos años prosperar tanto su corte, que, como dice el Khattib, autor contemporáneo, no parecia Granada sino el emporio del comercio, la metrópoli de todas las ciudades del Mediterráneo, la patria comun de todas las naciones. Reuníanse entonces en Granada, ya como mercaderes, ya como viajeros, musulmanes, judíos, cristianos, hombres de todas las religiones y de todos los imperios, siendo tanta la tolerancia que en ella habia, que al jurarse por sucesor á Abu Abdala Yusuf, hijo de Mohamed, y sobre todo al venir á Andalucía el príncipe de Fez para dar á su hermana á Abdala y casarse con Zahira, hija de una de las principales familias de la nobleza granadina, fueron á tomar parte en las justas y torneos que se celebraron caballeros de Egipto, Castilla, Francia y otros reinos de Africa y Europa. Mucha, muchísima habia de ser entonces la vida de Granada, cuando despues de tan de-

soladoras guerras civiles le bastaban cortos años de paz para reponerse de todos sus quebrantos y recobrar el esplendor perdido; mas es tambien indudable que fué afortunada en medio de sus desdichas, teniendo por contrapeso del débil Ysmail y del bárbaro Abu Said á un príncipe tan sensato, tan generoso y tan esforzado como Mohamed V, uno de los pocos reyes de Granada que bajaron al sepulcro sin mancha en el corazon, sin una herida abierta por la mano de sus súbditos, sin llevar consigo el odio del pueblo, sin remordimiento (1).

Falleció Mohamed en 694 (1391), once años despues de haber muerto en Castilla el rey Enrique, con quien habia prolongado las treguas convenidas, y uno despues de haber subido al trono Enrique III por muerte de D. Juan I. Fué general el sentimiento producido por la noticia de tan gran desgracia. Acompañáronle al Generalife, donde se le enterró, todas las clases del Estado; y fué proclamado luego Abu Abdala Yusuf, á quien besaron la mano en señal de vasallage los nobles y los principales walíes y cadíes de las taas próximas á la corte granadina.

Capítulo décimosétimo.

Yusuf II. — Abu Abdala. — Mohamed VI. — Yusuf III.

De 1391 *á* 1423. Era tambien Yusuf II noble de corazon, pero débil hasta con sus mismos hijos, y tan amante de la paz, que ni aun despues de la victoria se sentia arrebatado á acometer las aventura-

(1) El Khattib, contemporáneo de Mohamed, de quien fué Vizir, decia ya entonces de Granada: «Est autem Granata urbium maximè maritimarum metropolis, superbum totius regni caput, nobile mercatorum emporium, classiariorum militum optima parens, peregrinorum undique terrarum confluentium receptaculum, perpetuus fructuum sibi mutuo succedentium hortus, gratissima hominum remora, publicum ærarium, agris, locisque munitissimis celeberrima civitas, inmensum tritici mare et leguminum præstantissimorum necnon serici atque sacchari ferax fodina... Inter singulares illius dotes ea in primis est censenda quod nullo anni die sementes vireta ac læta pascua desideres.» (Bib. Arab. hisp. esc. t. 2.°)

das empresas de otros reyes (1). Escribió á los monarcas españoles pidiéndoles próroga de las treguas, y para mas obligar al de Castilla puso espontáneamente en libertad á los cautivos, y se los mandó junto con seis caballos cubiertos de ricos jaeces y adornados con armas y escelentes paños de oro. Fué á poco calumniado de infiel y combatido por su mismo hijo Mohamed, que amotinó contra él parte del pueblo; mas lejos de arrojarse contra la muchedumbre y castigar espada en mano la ambicion del rebelde, se mostró dispuesto á abdicar, y hubiera abdicado á no salir en su defensa un embajador de Fez, que apelando á la elocuencia y desplegando á los ojos de los conjurados el cuadro de las desgracias á que habian de llevar á la patria las contínuas discordias civiles, no solo las contuvo, sino que hasta las animó á volver contra los cristianos las armas que empuñaban contra un monarca que se desvelaba por la salud del reino. Comprometido entonces por las palabras del embajador, y obligado por la necesidad de apartar de sí la nota de infiel con que habia manchado su frente la acusacion de su hijo, salió al frente de un ejército á correr los campos de Murcia, y azotó la frontera con todos los estragos de la guerra; mas no tardó en renovar las treguas, ya porque se las pidie-

(1) Nos falta ya la relacion de el Khattib, uno de los mas célebres historiadores árabes de los reyes de Granada, á quien hemos seguido hasta ahora escrupulosamente. ¡Lástima que no podamos seguirle hasta el fin de nuestra historia! El Khattib es uno de los hombres que mas figuraron en el reinado de Mohamed V, y merece por esta sola circunstancia mayor crédito y consideracion que ninguno de los que historiaron la dinastía de los sultanes nazaritas. Escribió hasta el reinado de Mohamed V inclusive, pero no lo concluyó: «Mahometus autem etiamnum in Hispania regnat ad annum videlicet Egiræ 765 incuntem quo Chronologiæ hujus quam perennem fontem vere dixeris finem facimus,» leemos al fin de su obra. Murió antes que Mohamed, y lo que es mas raro por orden de ese mismo Mohamed, que durante muchos años tuvo depositada en él toda su confianza. Fué el Khattib, como todos los hombres de posicion muy elevada, el blanco de la envidia de casi toda la nobleza, que se sentia ofuscada por su talento, por sus virtudes, y sobre todo por la brillantez del puesto que ocupaba junto á la persona de su soberano. Temió ser víctima de la intriga á pesar de lo mucho que Mohamed le honraba; y un dia, socolor de visitar las fronteras, salió con su primogénito Alí y algunos caballos para la fortaleza de Gibraltar, donde se hizo á la vela para el Africa. Fué recibido en Ceuta muy obsequiosamente por su amigo Abdelaziz, rey de Fez, á quien habia sostenido en la lucha que tuvo este con Abdelrhaman, pretendiente á la corona de aquel reino; pasó á Fez, se estableció en la capital, y vivió en ella tan querido como respetado.

Mohamed, al saber su fuga, no pudo menos de convertir en odio todo el amor que le tenia; mas, cuando se le dijo que habia pasado al Africa con ánimo de mover á Abdelaziz á que emprendiera la conquista de la Andalucía, juró vengarse cruelmente, y no paró hasta que concitándole en Fez enemistades y protegiendo á los que se manifestaban contrarios á los que le protegian, logró que le ahogaran en la cárcel los verdugos de un príncipe africano. A tales estremos llevan á los monarcas las intrigas y calumnias cortesanas (Gayangos, The. Hist. of. mah. dyn. t. 2.°).

se el enemigo, ya porque las solicitase él secretamente, como pretenden los autores árabes. Ninguno hubo entre sus antecesores que amase mas la paz: á pesar de la ocasion que le ofrecia para brillantes campañas el estado singular del reino de Castilla, gobernado por un príncipe falto de salud, de dinero, de fuerzas capaces de resistir serios empujes de sus enemigos, no cesaba de hacer dádivas á Enrique, como si fuese él quien debiese temblar ante las armas castellanas.

Si hemos de dar crédito á crónicas cristianas, llegó Yusuf á verse retado por D. Martin Yañez de la Barbuda, maestre de Calatrava, á quien cegaron las palabras de un ermitaño que en nombre de Dios le prometió grandes victorias contra infieles; mas ni contestó á tan imprudente desafio, ni al ver al maestre sobre la torre de Egea hizo mas que mandar contra él un ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos. Le derrotó en una batalla, dejando tendidos en el campo á él y á cuantos no apelaron á la fuga luego de empezada la pelea; y ni despues de tan soberbio triunfo quiso meter fronteras adentro de Castilla sus huestes vencedoras. Recibió cartas de Enrique III en que echaba de sí la responsabilidad de haber entrado el maestre en tierra de Granada por no haber mediado orden ni consejo suyo, se dió por satisfecho, mandó recoger las tropas, y restableció la paz por que tanto suspiraba.

Murió Yusuf en el año 798 de la egira dejando aun en completa tranquilidad el reino, mas con sobrados motivos para luchas desastrosas que solo pudo contener el bondadoso carácter de su hijo primogénito Ysmail, mas amigo de los placeres de la vida privada que de los deslumbradores goces del trono á que era llamado por la voluntad de su padre, la de la ley y la voz de la justicia. Mohamed, el mismo que ya en vida de Yusuf habia pretendido usurpar la corona de Granada, apenas le vió moribundo, se dirigió á la nobleza y logró á fuerza de promesas y de intrigas hacer prevalecer sus deseos sobre los derechos de su hermano. Fué proclamado rey ya antes de que sepultasen á su padre, é inauguró desde aquel mismo dia un reinado que empezó por un acto el mas despótico y acabó por una orden fratricida que no fué afortunadamente ejecutada.

Mohamed VI no era, sin embargo, un tirano. La ambicion le hizo criminal, mas solo para su hermano Yusuf, no para su pueblo, cuyo amor cautivaba con rasgos de nobleza y de valor que hacian recordar

en él al generoso el Ahmar, al bravo fundador del reino. Reunia á la hermosura y robustez del cuerpo pasiones grandes y ardientes, un ánimo varonil, cierta tendencia á todo lo que podia parecer heróico, y allá donde veía mas obstáculos, allá se arrojaba con mas ardor y mas aliento. Temió á Yusuf para el caso en que tuviese que dejar Granada, y le mandó encerrar en el castillo de Salobreña; temió que el rey de Castilla no le acometiese confiando en que la guerra habia de ser origen de funestas discordias para los muzlimes, y acompañado de solo veinte y cinco caballeros, se dirigió á la frontera socolor de recorrerla, y pasó en calidad de embajador al mismo centro de Castilla, á Toledo, donde sorprendido Enrique le recibió con la mayor cordialidad y le otorgó las treguas que con razon deseaba. Cuando poco despues vió invadidas sus fronteras por los Adelantados de Andalucía, sin quejarse al de Castilla del rompimiento de las treguas, salió al frente de su ejército, acometió el Algarbe, taló campos y alquerías y no volvió á Granada sino despues de haber tomado por asalto el castillo de Ayamonte, una de las mas temidas fortalezas. Recibió embajadores castellanos que fueron á reclamarle la plaza conquistada; mas se negó á devolverla hasta que se le resarcieran los perjuicios ocasionados por las talas de los fronteros; y al ver de nuevo al enemigo dentro de su reino, salió y fué á combatir encarnizadamente con él en la batalla de los Collejares, batalla sangrienta que solo pudieron terminar las tinieblas de la noche, no el temor ni el cansancio de unos ni otros combatientes. Al advenimiento al trono de D. Juan II fué atacado en las fronteras de Murcia y derrotado cerca de Jijena, perdió Pruna por la traicion de un moro, y no sufrió sino derrotas aun en las escaramuzas que le presentaron; mas armado tanto de valor como de cólera, no tardó en romper por medio de sus mismos enemigos, atacar, aunque sin fruto, Lucena, revolver sobre Baeza y regresar á Granada si no con la victoria, con ricos despojos y armas y cautivos y caballos. Tuvo á poco contra sí á un enemigo temible, al tenaz infante D. Fernando, regente de Castilla durante la minoría de D. Juan II. No pudo impedir la pérdida de Zahara, que se entregó capitulando honrosamente, ni la de Ayamonte, que cayó bajo los repetidos ataques de Pedro de Zúñiga, ni la de Lacobin, Priego, ni Ortegicar; mas detuvo la caida de Setenil, y no llevándola socorro, sino arrojándose osadamente sobre Jaen y llamando así sobre este punto

la atencion del infante castellano. Quemó y taló todas las cercanías de la ciudad, sostuvo gran número de refriegas con los que se atrevieron á estender sus talas hasta Málaga, y no habia aun pasado un año, cuando estaba ya sobre Alcaudete con doce mil infantes y siete mil ginetes. No pudo con Alcaudete; pero introdujo el espanto en toda Andalucía, hizo poner en pié de guerra tres ejércitos cristianos que por otras tantas partes invadieron el reino de Granada, dió acá y acullá batallas sangrientas, y cuando ya cansado de la guerra, pudo aun obtener de D. Fernando una tregua de ocho meses.

Era Mohamed VI intrépido, de uno de esos corazones que crecen con el peligro, de una de esas almas orgullosas que se rebelan contra la ley de su destino. Veía cuán desigual era la lucha, pero porque era desigual la sostenia; creia que tras la inercia habia de seguir la humillacion, y en un momento dado hubiera sacrificado para evitarla no solo su propia vida, sino la vida de su reino. Consideraba, ademas, la guerra como un medio para hacer olvidar su vicioso encumbramiento, para acallar el grito de las pasiones, para ahogar la voz de la discordia. No es de estrañar que desease luchar casi sin tregua: dominado por la sed de gloria, y sobre todo por la ambicion, la guerra era su vida, la paz era su muerte.

¡Lástima que esa ambicion le haya hecho manchar con otro crímen el fin de su reinado! Al verse moribundo, teme Mohamed que Yusuf va á ocupar el trono destinado á su hijo; y preocupado por la misma idea que le hizo desnudar la espada contra su padre, manda una carta al alcaide de Salobreña ordenándole que luego de recibida acabe con su bueno y desdichado hermano. ¿Puede concebirse un crímen mas espantoso á las puertas del sepulcro?

¡Mas ese fratricidio no llega á consumarse! Dios, que vela sin cesar sobre los buenos, salva casi milagrosamente á Yusuf y le lleva desde el borde de la tumba al trono. — El arraez, portador de la carta, llega á Salobreña en ocasion en que estan jugando al ajedrez el príncipe y el alcaide del castillo. Lee el alcaide la carta y se estremece. Adivina Yusuf que se trata de su muerte, recorre con sus propios ojos su sentencia, y no pide sino horas para despedirse de sus doncellas y disponer de sus alhajas. «No es posible, replica el arraez, está tasado el tiempo de mi vuelta á Granada, y no he de salir de aquí

que no haya recogido vuestro último suspiro.» Hielan de terror estas palabras al alcaide, mas no á Yusuf, que dice con la mayor calma: «dejadme cuando menos concluir esta partida;» y sentado en sus almohadones de oro y seda continúa el juego. Queda confundido al ver la tranquilidad del príncipe hasta el mismo arraez, y el alcaide está ya tan conmovido que no acierta á mudar pieza ninguna; pero él no solo atiende á su juego, sino al del contrario, y le va advirtiendo las faltas y corrigiendo las jugadas. Llegan en tanto dos caballeros que anuncian la muerte de Mohamed y la aclamacion de Yusuf en Granada, suspéndese la ejecucion, vienen unos tras otros numerosos cortesanos, y el que poco há contaba por minutos el tiempo de su vida, ve abierto ante sí el camino del poder y de la gloria. No se inmuta tampoco Yusuf: monta á caballo, vuela á Granada, y entra en ella aclamado con entusiasmo por el pueblo, que ha adornado ya las calles con arcos de triunfo, cubierto de ricos brocados las fachadas de sus monumentos y sembrado de flores la carrera. Ni á la vuelta del mas victorioso de sus reyes se ha engalanado tanto la rival de Bagdad y de Damasco: conocedora de cuanto merece el que tan resignadamente supo sufrir la usurpacion de sus derechos y el destierro, apenas sabe cómo manifestarle ni su agradecimiento, ni el placer que siente al verle repuesto en el trono de su padre. Los pueblos suelen ser tarde ó temprano justos.

Yusuf III era el reverso de Mohamed. Consideraba efímera y de ningun valor la gloria de las armas, y aborrecia la guerra como gravosa hasta para los mismos vencedores. No la admitia sino como una necesidad; y aun en medio del estrépito de los campos de batalla deseaba y solicitaba la paz, que era á sus ojos la única base de una felicidad real para los pueblos. No bien habia subido al trono cuando pedia ya la renovacion de la tregua; no bien habia espirado el plazo porque se la otorgaron, cuando enviaba á Castilla á su hermano Alí en demanda de una nueva próroga. Cuando vió que no podia obtenerla sino á costa de duras humillaciones, la rechazó; mas ni aun entonces fué él quien provocó la guerra, fueron los cristianos, fué el esforzado infante D. Fernando, que ardia en deseos de renovar las heróicas y aventuradas campañas del Rey Santo.

Amaba D. Fernando la guerra tanto como Yusuf la aborrecia; y deseoso de provocarla, no quiso conceder nuevas treguas que

no fuese declarado el reino de Granada feudo de Castilla. Reunió un ejército en que brillaron las lanzas de los mas esforzados capitanes, entró en Andalucía, atravesó el Yeguas que á la sazon separaba los dos reinos, y se dejó caer con rapidez sobre Antequera. Puso en alarma toda Granada, puso en alarma al mismo Yusuf, que creyó deber pregonar la guerra santa; mas no pudo llevar facilmente á cabo tan arriesgada empresa. Considerada Antequera como un palenque por muzlimes y cristianos, fué pronto teatro de las mas reñidas escaramuzas, de los asaltos mas formidables, de las batallas mas sangrientas. Pelearon allí unos y otros como tigres devorados por el hambre; y ni la muerte de los mejores caudillos, ni los campos cubiertos de cadáveres, ni los fosos inundados de sangre, ni el espectáculo de la ciudad envuelta en ruinas pudieron entibiar su ardor frenético. Empleóse por una y otra parte la estrategia, el cañon, armas de punta envenenada, los medios y los instrumentos mas terribles. Para nada se escaseó la sangre del soldado; por nada dejaron de aventurar su vida ni aun los príncipes que gobernaban las dos huestes. Hubo en unos y otros actos de valor, rasgos de heroismo (1); mas desgraciadamente nada de generosidad, mucha barbarie. Los soldados de Yusuf fueron dos veces vencidos y mordieron en número de mas de treinta mil el polvo de la tierra; y cuando sonó al fin para Antequera la hora de su caida, ni á capitulacion fueron admitidos por de pronto los pocos que despues del asalto se retiraron al alcázar. Alkarmen, el héroe de aquel sitio, tuvo que rendirse con un puñado de valientes sin alcanzar de sus enemigos mas que la libertad y la vida. Hubo alguna generosidad, pero despues de la victoria cuando la vista de los vencidos estenuados por el hambre no pudo dejar de dispertar un sentimiento de compasion en los cristianos. No escaparon con vida de aquel monton de ruinas sino dos mil seiscientas treinta y ocho personas; y ¿cómo no habian de conmover á sus enemigos aquellos restos tan escasos de una ciudad que habia sido una de las mas populo-

(1) Cuentan que durante el sitio, que fué muy largo, hubo que llenar de escombros un ancho foso que impedia el acceso de las tropas castellanas á la muralla, y que viendo D. Fernando que los soldados á quienes se habia impuesto este deber lo hacian con temor por ser mas los que morian que los que escapaban con vida, les arengó, cogió una espuerta, la vació en el foso, y les dijo: avergonzaos y haced lo que yo haga. D. Fernando tomó la conquista de esta plaza con mucho empeño, y no sin razon se le conoce en la historia con el nombre de Fernando de Antequera.

sas del reino de Granada? Salieron todos lamentando amargamente la pérdida de sus familias, derramando cada cual lágrimas de dolor y de vergüenza, no atreviéndose ninguna á pedir al cielo ni perdon para las víctimas ni para sí consuelo. Obtuvieron al fin permiso del vencedor para retirarse unos á Archidona y otros á Granada, donde fundaron el barrio de Antequeruela; y pudieron cuando menos ir á llorar en el regazo de un monarca bondadoso, en el seno de una ciudad amiga.

Quedó aterrado Yusuf; mas no tardó Dios en mejorar su desdichada suerte. Alcanzó las tan deseadas treguas luego de haber sido llamado el infante al trono de Aragon (1), y no las vió ya rotas sino momentáneamente durante el resto de sus dias. Tuvo que llamar otra vez á las armas á sus súbditos para castigar la rebelion de Gibraltar, que cansada de la tiranía de su gobernador, enarboló la bandera de los Beny Merines de Africa; pero aun en esto encontró un elemento sólido de paz para su pueblo. El rey de Fez, á cuyo amparo se acogieron los gibraltareños, comisionó para tomar posesion de la plaza á su hermano Abu Said, á quien envidiaba y en secreto aborrecia; y al verle frente á frente con las tropas de Yusuf fingió apoyarle y le dejó á merced del enemigo. Rindióse Abu Said, pasó á Granada, y apenas habia empezado á esperimentar la generosidad de Yusuf, cuando recibió de manos de este una carta en que su hermano el rey de Fez solicitaba que le envenenaran para que quedase mejor asegurada la paz de los Estados africanos. Brama de cólera Abu Said al ver tanta perfidia, pide armas á Yusuf, obtiene de él soldados y oro, parte á Almería, vuela á Ceuta, penetra en el interior de Africa, engruesa al paso su ejército, cae sobre Fez, derrota á las puertas á su hermano y pasa en hombros de la muchedumbre del campo de batalla al trono. Rey ya de Fez, ¿cómo no habia de manifestar su agradecimiento á Yusuf, á quien debia esa misma corona que acababa de recoger entre el polvo del combate? Le envia armas, caballos, joyas, oro; le ofrece una amistad perpetua, y le hace así mucho mas temible á los castellanos, que desde entonces deben tomar ya en cuenta para sus conquistas no solo las huestes granadinas, sino tambien esas tropas

(1) Ese D. Fernando fué el elegido por el parlamento de Caspe despues de la muerte de D. Martin el Humano. Véase el tomo 1.° de Cataluña y el de Aragon.

africanas que tantas veces han hecho estremecer el suelo de la vieja Europa.

Renovó Yusuf por tercera vez las treguas; y libre ya de todo temor de guerra se dedicó con tanto ahinco á restaurar el reino, que á poco no quedó en toda Granada ni huella de las pasadas luchas. Restableció en todas partes el orden, la calma y la confianza, animó las ciudades con la frecuente celebracion de justas y torneos, y logró hacer atractiva su corte hasta para los mismos castellanos que no pocas veces la visitaban, ya por el placer de hablar á los mismos con que habian cruzado en el campo sus espadas, ya por tomar parte en los ejercicios caballerescos de Bib-Rambla, ya por satisfacer entre sí deudas de honor á juicio de caballeros y de damas moras (1). Dábales para esto jueces y estacada, siendo tal la influencia que ejercia sobre los pechos nobles, que aun en el mismo palenque no era raro que pusiese amigos á los que un momento antes habian roto contra sí sus armas sedientos de sangre y de venganza.

Dos veces vió aun comprometida la paz por los fronteros que disputaban eternamente sobre los mal determinados linderos de uno y otro reino; mas otras tantas logró cortar el paso al incendio procurando conciliar los ánimos y apelar antes que á la guerra al arbitrage. Ni un solo punto descuidó la tranquilidad y el esplendor de su pequeño imperio; y alcanzó así llevarlo á tal altura, que á pesar de la caida de Antequera ha sido considerado justamente su reinado como el último término del encumbramiento de Granada. Murió en 1423 de un ataque de apoplegía que le derribó cuando menos esperaba sobre las losas de uno de los salones de la Alhambra; y no sin razon fué llorado de todo el pueblo, presa ya en adelante de discordias civiles que le arrojaron por fin abatido y ensangrentado en manos de los monarcas de Castilla.

(1) De resultas de haber muerto alevosamente un escudero de D. Iñigo de Estúñiga á Antonio Bonel, diestro adalid á quien estimaba mucho D. Juan Rodriguez de Castañeda, señor de Fuentidueña, cuéntase que hubo entre este y el Estúñiga ciertas contiendas que creyeron no poder terminar mas que en un duelo. No pudieron celebrarlo los dos bravos caballeros en Castilla, y obtuvieron de Yusuf permiso para celebrarlo en Vivarambla, donde aunque llegaron á romper las lanzas, no á verter su sangre, merced á los buenos deseos del rey y á la declaracion que hicieron los jueces moros de haber quedado ambos como buenos en el primer combate (Crónica de D. Juan II, cap. 262.).

Capítulo décimo-octavo.

Mohamed VII. — Mohamed VIII. — Yusuf IV. — Mohamed IX. — Aben Osmin. — Mohamed X.

De 1423 *á* 1463. Sucedió á Yusuf III su hijo Mohamed VII, conocido en la historia con el sobrenombre de el Izquierdo, ya por ser zurdo, ya por la siniestra fortuna que le acompañó tanto en la paz como en la guerra. Reunia este príncipe muchas cualidades que le hacian aborrecible: era colérico, altivo con los mismos que mas interesados estaban en sostener su trono, déspota hasta el punto de no querer oir ni á sus walíes, tan amigo de esclavizar y hacer sentir la esclavitud al pueblo, que hasta le privó de las zambras y torneos que contribuían bajo otros reyes á dorar los hierros con que se le oprimia. Amaba como su padre la paz; pero no con el fin de procurar mayores beneficios á sus súbditos, sino con el de poder reinar mas á su antojo en medio de los placeres de la Alhambra. No tenia mas amigo que su wizir Abu Zeragh, uno de los caballeros mas ilustres de los Abencerrages; y ni aun con este poderoso privado supo cautivar el ánimo del pueblo; antes sublevó contra sí las demas tribus, ya desde mucho tiempo rivales entre sí y hasta enemigas.

No tardó mucho en ser destronado por los granadinos. A pesar de su alianza con los reyes de Africa y las treguas que alcanzó de Juan II perdió gran número de gente y de caballos junto á Antequera y á las puertas de Archidona; y mientras no se ocupaba sino en calmar los belicosos arranques de los fronteros, única causa de tamaños males, se vió acometido tan de improviso por turbas de conjurados y asesinos, que, solo saltando las tapias de un jardin, pudo escapar de las manos de los agresores. Saltó, se disfrazó, ganó la costa y no tuvo mas recurso que el de pasar al Africa y ponerse á la sombra de Aben Farix de Tunez.

Volvió al trono á los dos años; pero no por sus esfuerzos, sino

por los de su antiguo wizir y otros abencerrages de alta cuna, no por sus virtudes, sino por los vicios de su rival Mohamed VIII, que se lanzó como él en brazos de una tribu y armó contra sí millares de enemigos. Mohamed VIII, llamado el Zaguer (el Jóven) era príncipe resuelto, de valor, de genio; mas encumbrado por una revolucion temia sucumbir ante otra, y no sabia encontrar término medio entre la tiranía y la lisonja. Deseoso de granjearse el afecto de las turbas, mandó por de pronto celebrar su triunfo con zambras, con justas, con torneos: bajó, para mas entusiasmar al pueblo, á la estacada; y apenas perdió ocasion en mucho tiempo para lucir al par de los demas caballeros su destreza en revolver el potro y manejar la lanza. Procuró halagar las tribus vencedoras convidándolas á danzas y banquetes, distribuyéndoles joyas, distinguiéndolas con bellos rasgos de amistad y muy altos cargos; mas no supo hacer suyos á Abu Zeragh y á su familia, condenada todos los dias á devorar en secreto un nuevo ultraje, y les impelió al fin á una rebelion en que salió vencido. Cansado Abu Zeragh de tanto sufrimiento, sale una noche de Granada con quinientos caballeros, pasa á Lorca, vuela de allí á Castilla, de Castilla á Tunez, de Tunez á Oran, de Oran á Vera, y empieza con ayuda de Juan II á proclamar de nuevo al destronado Mohamed, á quien lleva en su mismo campamento. Sabedor á poco de que el hermano del Zaguer que se dirigia contra él es abandonado por los suyos, se adelanta hasta Guadix. Corre luego á Granada, entra en la plaza, sitia desde la Alcazaba al rey, que está en la Alhambra, y logra al fin que los mismos cercados le entreguen al Zaguer y su familia. Hace matar al usurpador por orden de Mohamed; manda sepultar á los hermanos é hijos en sombríos calabozos, y alcanza vengar á un tiempo sus ultrajes y los de su monarca.

Repuesto ya en el trono Mohamed VII, no fué mas dichoso que en su primer reinado. Al manifestar su agradecimiento á Juan II por el socorro que habia recibido, le pidió la paz, y ni tregua obtuvo por negarse á satisfacerle las parias atrasadas, á pagarle los gastos de la campaña y á dar libertad á los cautivos. Vió invadido de repente el reino por los Adelantados de Jaen, Ronda y Cazorla, pasada la Vega á fuego y sangre, saqueada Igualeja, taladas las campiñas que baña el Guadalhorce. Mató en el camino de Riogordo al alcaide de Antequera, y humilló y deshizo en el Vado de las Carretas á Rodrigo de Perea y al

alcaide de Quesada; mas perdió en cambio un escuadron de abencerrages y allá en la frontera de Cazorla el castillo de Jimena, asaltado una noche por García de Herrera entre alaridos de cólera, estrépito de armas y cornetas y el espantoso bramido del trueno y la tormenta. Y no paró aquí su desventura. Acometido hácia Alhendin y Alcalá la Real por cincuenta mil infantes y tres mil caballos acaudillados por el condestable D. Alvaro de Luna, no acertó siquiera á encontrar medio para atajar la marcha asoladora de tan grande ejército; y tuvo que contemplar impasible desde sus torres de Granada la terrible tala de los campos de Illora, el orgulloso avance del enemigo por las riberas de Genil y Darro, el incendio de los cármenes de Aynadamar y el Soto, el ataque de Tajarja, cuyos soldados se atrevieron á resistir á un guerrero que acababa de enviarle un cartel de desafio. Los vió retirar en buen orden devastando cuanto se les ofrecia al paso; supo que estaban talando las huertas de Loja, entregando á las llamas el Salar, destruyendo las atalayas y molinos de los alrededores de Archidona; recibió noticia de que acababa de sublevarse contra el condestable toda la infantería que llevaba; mas nada hizo ni para castigar á los invasores, ni para prevenir la tempestad que estaba fraguando en Córdoba el poder de Juan II y amenazaba sumergir en ignominia y sangre el trono de Granada. Parecia que la fatalidad le tenia atadas las manos ¡ay! y se estaba en tanto preparando en el seno mismo de su corte otra conjuracion que habia de acabar de complicar de una manera lamentable la situacion del reino.

Yusuf Ebn el Ahmar, descendiente de Aben Hud é individuo de la misma familia nazarita, empezó á aspirar al trono confiando en su propio valor y en el de los mejores caballeros de su tribu. Conspiró largo tiempo en secreto aguardando coyuntura para levantar abiertamente sus pendones, creyó llegada la hora al saber que iba á atravesar la frontera Juan II, salió de Granada, mandó de embajador de Córdoba á Venegas, ofreció su brazo y dió ochocientos ginetes por el apoyo de Castilla, y, ya cerrado el trato, se unió con el rey cristiano para desgarrar el seno de su misma patria. Animó con esto á D. Juan, y no tardó en aparecer la Vega cubierta de cristianos y muzlimes, enemigos todos de Mohamed el Zurdo.

Mohamed, al considerar el peligro en que estaba su trono y todo el reino, llamó á la guerra á todo creyente, y se vió pronto rodeado

de numerosos escuadrones y tribus armadas de flechas y puñales que acababan de despeñarse de la sierra de Baza y las vertientes de la Alpujarra y Ronda; mas ¿qué habia de poder contra todas las fuerzas de Castilla, contra un ejército de setenta mil infantes y diez mil caballos, en que figuraban un Alvaro de Luna, un Suero de Quiñones, un Diego Ponce de Leon, un Venegas, un Yusuf Ebn el Ahmar que llevaba consigo la flor de la caballería musulmana? Fué el primero en romper el fuego, aventurándose primero en escaramuzas sangrientas, y obligando luego al ejército castellano á empeñar una batalla decisiva; pero de poco, de muy poco le sirvió su valor y el desesperado arrojo de algunas de sus tropas. Encarnizado, tremendo fué el combate: la Vega entera se estremeció al choque de las lanzas, al crujido de las armaduras, al relinchar de los caballos, al bárbaro alarido de los combatientes, al agudo gemir de los heridos. Derramóse la sangre á torrentes; combatióse al fin sobre un suelo de cadáveres, y ¡no hubo por mucho tiempo quien abandonara su puesto sino con la vida!

Mas tuvieron que ceder los granadinos. Las mal armadas tribus de las cercanías quedaron arrolladas al primer embate; y los cerrados escuadrones de caballería, aunque llenos de heroismo y de destreza, vieron sucesivamente sobre sí tantos y tan arrojados enemigos, que acosados por todas partes y cansados de tan desigual pelea, no tuvieron mas recurso que la fuga. Huyeron unos á Sierra Elvira, otros á la ciudad, y fué tal el ardimiento de D. Alvaro, que llegó á perseguir á los últimos hasta las mismas puertas de Granada.

¿Qué puede hacer ya Mohamed? ¿qué puede esperar esa ciudad desventurada? Treinta mil de sus mas valientes caballeros yacen en el campo de batalla, y hasta entre los cadáveres de sus enemigos ha de reconocer á muchos de sus hijos. Un ejército vencedor está á sus puertas ardiendo en deseos de estender sobre ella su lanza ensangrentada: ¡ay de tan triste ciudad sino retrocede D. Juan! ¡Ay si la corneta de guerra llama á los castellanos al asalto!

¡Pero no ha sonado todavía la hora de su caida! Los rencores que poco há estallaron en Castilla renacen en el campamento despues de la victoria: temen D. Alvaro y D. Juan, y siendo vencedores se ven obligados á levantar el campo.

Respiró Mohamed; mas hasta la naturaleza pareció sublevarse contra tan desgraciado príncipe. Dió la tierra espantosos bramidos; tem-

bló toda la comarca de Granada á impulso de violentos terremotos; cuarteáronse torres y mezquitas, y cayó con grande estrépito hasta un lienzo de los muros de la Alhambra. Añadióse el terror á la afliccion y al desconsuelo, cundieron de boca en boca funestas profecías, y se empezó á temer la caida de todo el reino.

¡Y sobrevino despues de todo una guerra civil! ¡Ah! está ya roto en Granada el freno de la ambicion, débil y embrutecido el pueblo: ¡cuán poco ha de sobrevivir el trono al buen Yusuf III! — Irritado Ebn el Ahmar al ver la imprevista retirada de D. Juan, y al considerar cuán inútilmente ha ido á derramar por él su sangre, exhala á cada paso amargas quejas que no pueden menos de llegar á oidos del príncipe cristiano. Recuerda á D. Juan las promesas que le hizo al abrirse la campaña; y despues de haberse sujetado á las mas duras condiciones, entra de nuevo en su patria apoyado por los fronteros de Castilla. Logra al pronto interesar en su favor á los alcaides de Cambil, Alicun, Montefrio, Illora, Ronda, Archidona, Setenil y otros pueblos de Córdoba y Sevilla; vuela á Loja, donde se ha sublevado el pueblo y retirado el alcaide á la alcazaba; acometido por un escuadron de abencerrages, se arroja con furor sobre ellos y pasa por la lanza hasta al caudillo; se adelanta hácia la capital, asoma por las cumbres de Sierra Elvira, y amenaza y llena de espanto la corte de Granada. No tiene amigos en la ciudad; mas la encuentra triste, abatida, desmayada, y hace que los mismos ciudadanos obliguen á Mohamed á abandonar la Alhambra y le abran las puertas que habian de conducirle al trono. Mientras Mohamed sale para Málaga con toda su familia, con los hijos del Zaguer, con todas las joyas y el oro de su alcázar, entra él en la ciudad con solo seiscientos caballeros, se dirige al Alhambra en medio del mayor silencio, y alcanza al fin ceñir su frente con la corona que tanto ha codiciado.

Es ya rey Yusuf, ¿pero qué rey? Un rey feudatario de Castilla que ha de pagar todos los años á D. Juan veinte mil doblas de oro, que ha de seguir los pendones cristianos con mil quinientos caballeros, que ha de asistir á las cortes que se celebren aquende de Toledo, que ha de poner en libertad á todos los cautivos, que ha de ser toda su vida un servidor de otro rey, un mal vasallo. ¿Qué simpatías puede tener en su pueblo? Acaban de recibirle en la corte oprimido el corazon, mudos los labios: los empleados y los nobles son los úni-

cos que han subido á felicitarle, y aun no por afecto; el rey de Tunez habla contra él á D. Juan; Mohamed es recibido con entusiasmo en Málaga; y fuera del recinto de su alcázar apenas encuentra él mas que la indiferencia ó el desprecio. Si queda aun en su corazon algun resto de dignidad, ¿qué puede hacer mas que abdicar ó dejarse morir de vergüenza y de melancolía? Muere á los seis meses y deja otra vez abierto el camino del trono al príncipe legítimo.

Fué aclamado Mohamed por tercera vez rey de Granada á fines del año 1432. No cometió los desaciertos que la primera, ni se ensañó como la segunda contra su rival, cuyos hijos respetó hasta el punto de dejarles sus títulos y haciendas y enlazarlos con hijas de su mismo linage; mas ni aun así pudo asegurar su corona contra los embates de la ambicion ni contra los rudos ataques de revoluciones fraguadas bajo su mismo trono á la sombra del misterio. Todo pareció sonreirle en un principio. Con la ayuda de su wizir Abdhelvar, uno de los mas prudentes caballeros de la tribu abencerrage, fué estinguiendo los odios, reparó aunque lentamente los males de la guerra, arrancó al rey de Castilla treguas por dos años, y llegó á hacer bendecir su restauracion hasta por los mismos que habian contribuido á destronarle. Aun despues que estalló la guerra fué sino querido, respetado cuando menos por el ardor con que sostuvo tantas luchas, por la constancia con que en medio de funestísimas desgracias supo hacer pagar caras al enemigo las victorias. No fué tan desgraciado como en otras guerras. Perdió despues de sangrientos rebatos á Huescar, primera conquista de aquel D. Rodrigo Manrique que fué mas tarde conde de Paredes y maestre de Santiago; perdió Galera y Castilleja despues de talados á hierro los campos comarcanos; perdió tras cuatro dias de pelea á Huelma, combatida por el famoso marques de Santillana; perdió las fortalezas de Velez Blanco y Velez Rubio, que se dieron á partido cansados de tantas talas y saqueos; perdió el castillo de Solera, que cayó en poder de D. Fernando de Quesada, comendador de Bedmar; mas supo tomar cumplida venganza de estas derrotas en Illora, donde murió el Adelantado de Andalucía traspasada la boca de un flechazo que le disparó el alcaide, en las laderas de Archidona, en que rodaron á lo mas profundo de un abismo arrastrados por rocas despeñadas de las vecinas cumbres mas de mil quinientos soldados, muchos esforzados capitanes de Écija y gran número de caballe-

ros y comendadores de la orden de Calatrava, en los campos de Guadix, donde solo pudieron ser vencidos los muzlimes despues de haber hecho sentir el peso de sus armas á millares de cristianos, en Gibraltar, donde pereció ahogado el conde de Niebla al querer escapar de mano de sus vencedores, en los alrededores de Castril, en que cayó el Adelantado de Cazorla y casi todos los suyos bajo los terribles golpes del hijo de Aben Zeragh y sus abencerrages. Logró indudablemente dejar bien sentado el honor del reino de Granada, pero no por sus esfuerzos, sino por los de sus caudillos.

No salió nunca de la corte, no salió hasta que otro usurpador, su sobrino Aben Osmin, vino á arrojarle otra vez de su alcázar de la Alhambra, que era para él su corte, su reino, su único campo de batalla. Aben Osmin era tan ambicioso como intrépido; y al saber que irritado su primo Ysmail por una injusticia del monarca se acababa de retirar á Castilla con la flor de sus abencerrages, partió secretamente á Granada, derramó oro á manos llenas, esploto en su favor el odio de todo el pueblo, se apoderó en un momento de la ciudad y de la Alhambra, puso preso á Mohamed, y fué proclamado rey por todas las tribus enemigas de la familia del príncipe vencido. Apenas hubo subido al trono vió rebelada contra sí una hueste abencerrage que partió secretamente á Montefrio; mas la despreció, levantó el mayor ejército posible, salió contra cristianos, pasó á fuego y sangre Benamaurel y Aben Zulema, y regresó á Granada lleno de gloria, de armas, de cautivos. En una segunda campaña se apoderó de Huescar, de los Velez, de Castilleja, de Galera, de casi todas las plazas que acababan de conquistar despues de encarnizados combates los mas bravos soldados castellanos; y no hubo en breve fortaleza, ejército ni caudillo que bastasen á detener sus asoladoras incursiones. Pasó junto á los fronteros de Lorca, Fajardo y Ribera, y no los vió salir de sus castillos: pasó por Hellin y Jumilla, donde residia á la sazon Alvaro Tellez, luchó con él y pasó á todos sus enemigos por el hierro de la lanza. No estuvo tan feliz con el conde de Arcos, que le atacó y deshizo en Mataparda; mas deseoso de vengarse en Murcia, no tardó en mandar á esta frontera lo mejor de los soldados de Granada al mando del valiente Abdhelvar, hijo del wizir de Mohamed, gallardo y arrogante mozo, de quien el amor de una mora de otra tribu hizo un leon en justas y torneos y un abencerrage indiferente por la causa de

los que se habian retirado con su padre á Montefrio. Hizo temblar por de pronto Lorca y Cartagena; pero tuvo que estremecerse á su vez al recibir solo cien soldados de tan numerosa hueste. Los demas perecieron casi todos en la batalla de los Alporchones, una de las mas reñidas batallas que llegaron á trabarse entre moros y cristianos.

Ciego de cólera Aben Osmin, conocido con el nombre de Mohamed IX, mandó matar al desgraciado Abdhelvar que habia logrado escapar de la pelea (1): se hizo tiránico, cruel, y se entregó en brazos de la maldad y el crímen. Depuso á sus mas leales servidores para emplear arrayaces, instrumentos de sus odios; condenó á muerte á cuantos sospechó que pudiesen ser sus enemigos. Turbó á cada momento la paz de las familias llamando á su harem á las doncellas mas hermosas, obligando á los padres á casar las hijas con sus favoritos y privados, rompiendo con intencion las mas honestas relaciones entre ilustres mancebos y damas de alta cuna. Llevó su despotismo hasta el estremo, y concitó así tan de repente el furor de todo el pueblo, que no bastaba á poco Montefrio para contener á los nobles y plebeyos descontentos que salian con armas de Granada.

Fijáronse los ojos de todos en Aben Ysmail, que al verse apoyado en el mismo Montefrio de una parte por D. Juan y de otra por los mismos granadinos, acudió como un rayo al llamamiento. Bajó Ysmail á la Vega, metió por las puertas de la ciudad á los que se atrevieron á salirle al paso, é infundió tan súbita alarma en el ánimo de Osmin, que desalentado este, no supo apelar mas que al terror, al asesinato, á la perfidia. Fueron llamados bajo pena de muerte á las armas todos los que fuesen capaces de empuñarlas; fueron asesinados villanamente en la Alhambra los principales caballeros de Granada, reunidos por orden del rey para presenciar la abdicacion que fingia querer hacer de su corona; fueron cometidos los mas horrendos crímenes; pero triunfó al fin Ysmail sobre el tirano Osmin, que escapó de la muerte saliendo por una puerta falsa, subiendo por las colinas del Cerro del Sol, é internándose por los amenos valles que fecunda el Darro.

(1) Al ver Aben Osmin á Abdhelvar, le reconvino, segun Conde, con la mayor amargura, y le dijo al fin con tono airado: «Ya que no has sabido morir en la batalla como valiente, morirás en la cárcel como cobarde.» Apoderáronse luego del desgraciado caudillo unos verdugos, lo llevaron á una mazmorra, y le decapitaron inhumanamente (Conde, tomo 3.° Dom. de los Arab.).

Mohamed X, Aben Ysmail, sobrino de Mohamed el Zurdo, era de mejor corazon. Lejos de pretender como su primo Aben Osmin hacer olvidar al pueblo el despotismo con que se le oprimia teniéndole ocupado en incesantes guerras, no abrigaba mas deseo que el de llamar á la agricultura los brazos destinados antes á las armas, ni se llevaba mas mira que la de cautivar el amor del pueblo procurándole los beneficios de una administracion bien entendida. Pidió desde el momento treguas á D. Juan II; y al ver talada la Vega y asolada Estepona por Enrique IV en venganza de la pérdida de Garcilaso, que murió herido por la flecha envenenada de un abencerrage, no vaciló en humillarse al nuevo rey y comprar la paz á costa de las mas duras condiciones. Sujetóse á pagar anualmente doce mil doblas de oro, á poner en libertad seiscientos cautivos, á dar en rehenes otros tantos moros cuando no tuviese en sus mazmorras soldados castellanos.

Creia escaso todo sacrificio para alcanzar la paz; mas tuvo la desgracia de estar casi siempre en guerra. Era la frontera de Jaen en virtud de la misma tregua un paso franco para las tropas invasoras de uno y otro reinos; y puesto en la alternativa de atacar ó ser atacado, no quiso contrariar los instintos belicosos de su hijo Muley Hacen, que ardiendo en deseos de manifestar su valor, salió al frente de dos mil caballos, se adelantó hasta Baeza, luchó mano á mano con el conde de Castañeda y el obispo D. Gonzalo, y los trajo cautivos á Granada despues de haber puesto en fuga las huestes que llevaban y dejar tendidos en el campo los bravos escuderos que les defendian (1). Pagó cara la accion, porque perdió en aquel mismo año

(1) Sobre la batalla y prision de ese obispo D. Gonzalo de Zúñiga creemos oportuno trascribir el romance siguiente:

Ya repican en Andújar
Y en la Guardia dan rebato:
Dia es de S. Anton,
Ese santo señalado.
Ya se salen de Jaen
Cuatrocientos hijos-dalgo;
Y de Ubeda y Baeza
Se salian otros tantos.
Mozos deseosos de honra
Y los mas enamorados,
En brazos de sus amigas
Van todos juramentados
De no volver á Jaen
Sin dar moro en aguinaldo.
La seña que ellos llevaban
Es pendon rabo de Gallo.
Por capitan se lo llevan
A ese obispo D. Gonzalo,
Armado de todas armas
En un caballo alazano.
Todos se visten de verde,
El obispo azul y blanco.
Al castillo de la Guardia
El obispo habia llegado;

al famoso alcaide Aliatar en manos de Fernando de Narvaez; vió al siguiente derrotado á su hijo Muley en la batalla del Madroño; perdió Gibraltar, perdió Archidona, reina de las fortalezas musulmanas, guarida del formidable Ibrahim, de ese moro de corazon de leon que al verse vencido se arrojó á caballo en lo mas profundo de un tajo abierto al pié del cerro. Mas ¿hubiera logrado evitar de otro modo esas frecuentes invasiones cuando á pesar del mismo rey de Castilla se lanzaban adelantados y fronteros á las mas arriesgadas empresas y rivalizaban entre sí sobre quién podria contar hazañas mas temerarias y hechos mas sangrientos? ¿Quién podia contener ya los briosos ímpetus de un Pedro Giron, ese terrible vencedor de Archidona que se atrevia á pretender el mismo trono de Castilla? ¿ni el arrollador empuje de D. Juan Alonso de Guzman, ese intrépido duque de Medina Sidonia que se hizo dueño de la plaza de Gibraltar, donde tantos y tan bravos caballeros sucumbieron? ¿ni el indómito valor de D. Rodrigo Ponce de Leon, que en la batalla del Madroño se atrevió á combatir solo, á pié y sin lanza ni adarga contra un puñado de moros que cargaron sobre él con todo el furor de hombres á quienes desespera

Sáleselo á recibir
Megía el tan noble hidalgo:
Por Dios te ruego, el obispo,
Que no pasedes el Vado,
Porque los moros son muchos,
A la Guardia avian llegado.
Muerto me han tres cavalleros,
De que mucho me ha pesado:
El uno era tio mio,
El otro era primo hermano,
El otro es un pagecico,
De los mios mas preciado.
Demos la vuelta, señores,
Demos la vuelta á enterrarlos;
Haremos á Dios servicio,
Honraremos los cristianos.
Ellos estando en aquesto,
Llegaba D. Diego de Haro:
Adelante, cavalleros,
Que me llevan el ganado:
Si de algun villano fuera,
Ya lo huvierades cobrado;
Empero alguno está aquí
Que le place de mi daño.
No cabe decir quién es,
Que es el del roquete blanco.
El obispo que lo oiera
Da de espuelas al cavallo.
El cavallo era ligero,
Saltado avia un vallado.
Mas al subir de una cuesta,
A la asomada de un llano,
Vido mucha adarga blanca,
Mucho albornoz colorado,
Y muchos hierros de lanzas
Que relucen en el campo.
Metidose avia por ellos
Como leon denodado.
De tres batallas de moros
La una ha desbaratado
Mediante la buena ayuda
Que en los suios ha hallado.
Y aunque algunos de ellos mueren
Eterna fama han ganado.
Los moros son infinitos,
Al obispo avian cercado.
Cansado de pelear,
Lo derriban del cavallo,
Y los moros victoriosos
A su rey lo han presentado.

Son muchos los romances que hacen referencia á este obispo: sus prendas militares le hicieron uno de los personages mas populares de su época. Murió en Granada y fué luego trasladado á la catedral de Baeza.

el vencimiento? ¡Ay! esa generacion de héroes es ya un torrente que no pueden contener ni los mismos reyes cristianos. ¡Granada! ¡Granada! tu hora va á sonar, tu muerte es cierta.

Pudo, sin embargo, Ysmail volver aun á restablecer la paz. Sabedor de que Enrique IV iba á entrar de nuevo en la Vega, le pidió una entrevista, le recibió á las puertas mismas de Granada, y recabó de él no solo una tregua, sino una alianza. Enrique, contrariado sin cesar por grandes facciones, era débil; y pudo facilmente persuadirle Ysmail de cuánto convenia la paz á entrambos. No trabajó desde entonces poco para conservarla.

Dedicóse por entero Ysmail á mejorar la situacion del Reino; y á los pocos años Granada parecia haber recobrado ya toda la hermosura y grandeza de otro tiempo. La Vega volvió á estar cultivada, y llegaron á cubrir las mieses hasta las yermas faldas del Cerro del Sol por donde hizo pasar ese buen rey el Darro. La industria puso otra vez en movimiento sus talleres y surtió á España de brocados tejidos de oro y seda, telas de lino y cáñamo, armas y otras mil manufacturas. Cruzaron la costa del Mediterráneo buques de todas las naciones, reanimóse el tráfico entre moros y cristianos, y fué pronto Granada uno de los mayores focos de la civilizacion de España. ¡Lástima que mientras mas prosperaba el reino viniese á sumirlo de nuevo en el caos de la guerra la muerte de Aben Ysmail!

Murió Ysmail en Almería el año 1465: ¡ay! ¡y murió con él la paz y empezó con su hijo esa bárbara y desgarradora agonía que suelen sufrir los imperios antes de bajar al sepulcro! No queremos pintarla aun: despues de tantos horrores como llevamos descritos sentimos ya embotada la fantasía, la pluma, el corazon. Una ojeada rápida á los lugares que fueron teatro de los sucesos referidos puede servirnos de descanso: recorrámoslos: podrán estar faltos de monumentos, pero no de recuerdos.

Capítulo décimo-noveno.

Archidona. — Antequera.

No son muchas aun las conquistas hechas en las provincias granadinas despues de la muerte de Fernando el Santo; pero bastan dos de ellas para hacernos interrumpir nuestro bosquejo histórico. Archidona y Antequera fueron dos sangrientos campos de batalla, dos pueblos en que tuvieron lugar rasgos de amor y de caballería que dejaron oscurecidos los mejores de los siglos medios: no es posible dejar de arrojar sobre su presente y su pasado una mirada poética.

Archidona fué antiguamente una fortaleza que estendió sus muros y torreones sobre las cumbres de tres cerros. Tenia su poblacion en una hoya formada por las tres alturas, y no sin razon era llamada Arx Domina, reina de los alcázares. — Hoy no es mas que una villa sentada en la vertiente de una sierra á la sombra de un castillo árabe; mas impone aun por su posicion, por los restos de esa misma alcazaba rodeada de precipicios, por lo sombrío y montaraz de sus alrededores en que abrió á cada paso la mano de Dios tajos, abismos, cuevas ensombrecidas por la tradicion y la leyenda. Agrias cuestas, por donde tras grandes aguaceros se precipitan rugiendo los torrentes, constituyen sus calles transversales: es cada casa un baluarte, como cada hombre un soldado; y no sería aun facil vencerla sin derramar raudales de sangre en las ásperas faldas de la sierra. Tiene á sus piés una vega que se estiende hasta cerca de Antequera, pero desigual, montuosa, cortada á trechos por barrancos; está cercada por todas partes de altas cordilleras que se cruzan en todas direcciones y apenas dan lugar mas que á hondas cañadas y tortuosos valles; y si algo presenta á su alrededor de pintoresco, no son cuadros de flores ni frescas alamedas, sino derrumbaderos como las laderas de su mismo nombre, sepulcro de tantos héroes de Calatrava, saltos como el del Moro, donde es fama que se precipitó su último alcaide, pro-

fundidades como la de Cea, cuyo fondo removido tal vez por el fuego de los volcanes desconoce y mira con terror el hombre. Un solo rio atraviesa su término, el Guadalhorce; un solo arroyo, el del Ciervo; y hasta las aguas de estas dos corrientes, lejos de deslizarse tranquilas por entre campos de verdura, se las ve ráudas y espumosas saltando en forma de cascadas de peña en peña, de quiebra en quiebra, de uno á otro barranco. Todo es salvage en torno suyo, hasta el mismo arte, hasta esa misma fortificacion que ciñe como un doble cinturon de piedra el cerro cuyas faldas cubre. Los muros de sus dos cercas parecen estar desafiando aun el impetuoso furor de las revoluciones y la accion lenta de los siglos· los ennegrecidos cubos y torreones que defienden sus puertas se alzan aun á los ojos del viajero como fantasmas de un pasado horrible, como espectros que arroja de sí la tumba de los que murieron el dia de la fatal caida en medio de alaridos de desesperacion y de venganza. Levántase entre las ruinas una humilde ermita consagrada á la Vírgen de la Gracia; pero no parece tampoco mas que un altar sobre un sepulcro. La naturaleza, la historia, el arte, todo contribuye en aquel lugar siniestro á presentar los objetos como cubiertos de una niebla formada por los vapores de la sangre derramada. La vecina sierra del Conjuro escita con su solo nombre recuerdos misteriosos que ha dejado consignados la voz de las tradiciones populares (1); la de la Cueva de las Grajas, inmediata á aquella, sumerge la imaginacion en esa poesía aterradora que las mas atrevidas fantasías han hecho brotar del fondo de las profundidades de la tierra: las crestas de entrambas, coronadas de restos de torres y murallas, nos permiten aun evocar las sombras de la antigüedad, que levantó la formidable Arx Domina sobre los gigantescos escombros de la primitiva Escua, ciudad que encerraba ya en su mismo nombre la idea de superioridad y fué considerada por sus mismos fundadores como cumbre y cabeza de las demas ciudades (2). Las sombras, no los hechos, porque Escua y Arx Domina son casi un

(1) Hay en esta sierra del Conjuro un camino, ya medio borrado, que solo se presenta claro y distinto á los ojos del que lo ve de lejos. Esto ha dado lugar a creer que aquel camino fué el que siguió la Virgen, cuando deseosa de ayudar á los cristianos que cercaban á Archidona bajó del cielo, y les animó á que bombardearan el castillo al abrigo de esta misma sierra. Aun lo de la misma Virgen no pasa de ser hijo de la tradicion; mas está tan arraigado en toda la comarca que apenas hay aldeano que no lo refiera candorosamente.

(2) La ciudad primitiva, que se supone haber sido de fundacion cartaginesa, se

misterio para nosotros (1), porque para nosotros apenas es histórica mas que la Arxiduna de los árabes, y aun esta no nos ha llegado en alas de la crónica sino en su época de decadencia, cuando ya los freires de Calatrava estan templando contra ella sus espadas en la sangre de los que rodaron en las hondas simas de las Laderas bajo rocas precipitadas desde lo alto de los cerros y en la de los que cayeron bajo el alfange de Ibrahim, el mas fiero é implacable alcaide de la fortaleza.

Ibrahim fué el héroe, el genio, el alma del alcázar. No parece sino que antes ni despues ha existido otro hombre en el seno de estas ruinas; no parece sino que Dios ha querido resumir en él la historia de todo un pueblo, la de toda una comarca.

Ibrahim, dicen las crónicas, era tan esforzado como magnánimo. Miraba con respeto al vencedor, con piedad al vencido, y no sacrificaba nunca mas víctimas que las que exigia la gloria de sus armas. Se le temia en el campo, nunca bajo las bóvedas de su castillo, donde ejercia su generosidad tanto con sus cautivos como con sus soldados. Mas llegó dia en que una herida incurable llenó de amargura y hiel su corazon, y se convirtió en déspota y sangriento el que ayer sabia tender la mano á los que acababan de sucumbir en el trance de un combate.

Tenia Ibrahim una hija llamada Tagzona, que era la luz y la esperanza de su vida. Ignorante de los secretos amores de la jóven con Hamed Alhaizar, uno de los moros mas gentiles de la corte de Granada, la ofreció por esposa á un bravo alcaide de Alhama tan rico como viejo ¡ay! y abrió sin saberlo el camino á una serie de amargas desventuras. Contrariados los amantes apelaron á la fuga, partieron de la vecina fuente de Antequera sobre un caballo que parecia dejar atrás el viento, se adelantaron hasta el Guadalhorce, vieron allí sobre sí á Ibrahim y á sus soldados, se turbaron, se desconcertaron, no supieron buscar su salvacion sino en lo alto de una peña, y al ver-

llamó Escua, voz que en lengua púnica significa cabeza. Llamáronla luego los romanos Arx Domina traduciendo, como no pocas veces hicieron, á su lengua su denominacion primera. De Arx Domina ó Domna hicieron los árabes Arxiduna, que es lo que mas se acerca al nombre de Archidona que ahora tiene.

(1) La historia no refiere de la antigua Escua sino que fué el abrigo de los prefectos de las naves, que se insurreccionaron contra Asdrúbal cuando ya habian entrado los Scipiones en España. Fué tomada primero por los rebeldes y poco despues por el mismo Asdrúbal, que vengó de una manera cruel la traicion de los prefectos.

se perseguidos hasta en aquel asilo, perdida toda esperanza y no pudiendo ya renunciar á una union consagrada por el amor mas puro, se abrazaron tristemente, volvieron al cielo y á su alrededor los ojos y se precipitaron monte abajo corriendo á buscar en el abismo su lecho nupcial y su sepulcro (1).

Ibrahim los vió rodar sin que pudiese detener su caida; los vió morir sin llegar á tiempo para oir una palabra de perdon ni recoger mas que su último suspiro. Quedó tan lleno de dolor, tan ébria el alma de amargura, que no pudo por mucho tiempo ni mover la planta, ni exhalar una queja, ni arrancar una sola lágrima de sus ojos, fijos en el magullado cadáver de Tagzona. Sintió por de pronto embotado el corazon, sintiólo á poco sediento de venganza; y como si el mundo entero fuese la causa de su desventura, trocó en crueldad y hasta en fiereza su antigua mansedumbre. Acechó desde su castillo al enemigo como el águila desde las cumbres de los cerros; se arrojó sobre él como el rayo, y allí donde sentó la planta hizo sentir á buen número de cristianos el peso de su cólera y el hierro de su lanza. Ahorcó á muchos, dejó para pasto de buitres á los que mas le disputaron la victoria, maltrató á los cautivos hasta hacerles suspirar por la suerte de los que murieron en batalla, exigió por rescate la ruina de las familias, y se mostró en todas ocasiones tan inflexible, que ni las piadosas súplicas de sus mismos soldados le hicieron jamas levantar la mano de la cabeza de los vencidos. Cuando no tuvo fronteros que atacar dentro la jurisdiccion de su castillo, no hallando ya medio de borrar el doloroso recuerdo de su hija sino entregándose de lleno á los combates, se dedicó á la guerra de algarada, dió acá y acullá rebatos sangrientos, saqueó, abrasó, asoló cuanto pudo sorprender en sus inesperadas escursiones, y se complació en ver entregados al hambre y á la desesperacion los pueblos comarcanos. Fué, al fin, el terror del pais, el formidable dragon de aquellos tiempos, la fiera que tarde ó temprano habia de escitar contra sí el religioso heroismo de alguno de esos caballeros de la cruz que nunca temian arriesgar su vida en las mas aventuradas empresas de su siglo.

No tardaron los pueblos en levantar la voz contra este azote. Clamaron al rey, apelaron de él á los caballeros de Calatrava, conmo-

(1) La peña en que se refugiaron los dos amantes se llama desde entonces Peña de los Enamorados.

vieron con sus justas y sentidas quejas á D. Pedro Giron, maestre de la Orden, y hallaron al fin en ese esforzado adalid su paladin, su libertador, su héroe. Pedro Giron llamó á sí á todos los freires que defendian la frontera, y al eco de su poderosa voz no solo alcanzó poner sobre las armas á los cruzados de Calatrava, sino que hasta logró agrupar en torno de su estandarte los pueblos de Arjona y Osuna y al bravo Diego Fernandez de Córdoba, segundo conde de Cabra, y al jóven comendador de Santiago Fadrique Manrique, que llevó consigo doscientos caballos y cuatrocientos peones. Reunido ya el ejército penetró en territorio de Archidona; y aunque acometido á poco por el terrible alcaide, fué tal el denuedo con que combatió, que le hizo volver por primera vez la espalda y llegó sin mas obstáculo hasta el pié mismo del alcázar. Contentóse por de pronto con cercarlo é impedir á Ibrahim toda comunicacion con la corte de Granada; mas al ver que tras un mes de riguroso sitio no habia logrado quebrantar aun el ánimo de sus enemigos, mandó á sus estados por máquinas de guerra, sentó sus baterías al abrigo de la sierra del Conjuro, derramó sobre los cercados bombas y proyectiles incendiarios, y les molestó con tan contínuos ataques que ni tiempo les dejó para ir á cortar el incendio de sus hogares. Les puso en tal aprieto, que, acosados por la sed, no tuvieron mas recurso que el de bajar á disputarle á punta de espada el agua de un pozo abierto á tiro de la fortaleza; mandó entonces sobre ellos á uno de sus mejores capitanes, mandó tras este al bravo conde de Cabra, y á pesar del desesperado arrojo con que aquellos pelearon, los derrotó y persiguió hasta las puertas mismas del castillo, que no dejó en tanto de diezmar con incesantes fuegos las huestes castellanas. Cansado de refriegas parciales y demoras resolvió el asalto; mas ¿quién habia de ser el primero que se atreviese á escalar una fortaleza cercada de dobles muros y defendida por hombres resueltos á morir entre las ruinas de sus torreones antes que arrojarse en brazos de un cristiano? Tomó él mismo á su cargo tan peligrosa hazaña, y armado de una escala y de un acero él, el maestre de Calatrava, el mas poderoso feudatario de la corona de Castilla, el que no vacilaba en aspirar á la mano de una princesa á quien estaba reservada la posesion del trono, él fué quien empezó á trepar por la torre del Sol entre una espesa lluvia de piedras y saetas de punta envenenada. Rodó bajo el peso de una roca disparada

al intento, y cayó al foso como muerto; mas su heroismo pudo con los suyos mas que su desgracia, y tuvo el consuelo de saber á poco la toma de la Torre del Sol. Treparon tras él los alcaides y capitanes de su ejército; treparon tras ellos los soldados, y fueron en corto tiempo mas de quinientos moros pasados á cuchillo. Hombres, mugeres, niños, todos perecieron, y los que se albergaron en el segundo recinto cayeron en un estado tal de confusion y abatimiento que no tardaron tampoco en deber entregar la garganta al filo de las armas enemigas. Todos debieron sucumbir al fin bajo los esfuerzos de los cristianos; pero no Ibrahim, que es fama que al verse vencido corrió al borde del Tajo á que dió despues su nombre, metió el alicate en su caballo hasta obligarle á saltar el abismo, y desapareció en las profundidades de la espantosa sima.

Así cayó al cabo esa formidable Archidona contra la cual habian asestado inútilmente sus tiros Alfonso de Castilla y Fernando de Antequera. Arrastró en su caida á los guerreros mas ilustres de los dos ejércitos; mas se hundió para siempre, y para siempre vió enarbolada la cruz en la mas alta de sus torres. No volvió á figurar mas en los anales de los pueblos, y á los pocos años hasta se vió enteramente abandonada á su destino. Quedó con algunos muros y torreones que levantan aun al cielo sus sombrías coronas de almenas; pero no los ostentó ya á los ojos del viajero como intrumento de defensa, sino como un lúgubre cenotáfio erigido á la memoria de Ibrahim, como un monumento de gloria levantado para eterno recuerdo de Pedro Giron. ¡Salud, muros y torres testigos de tantas hazañas! ¡Que jamas borre el cielo los recuerdos consignados en vuestras ruinas imponentes!

¡Antequera es tambien un monumento! Un infante de Castilla que fué despues rey de Aragon conquistó allí sus únicos laureles; un guerrero tan ilustre por su hidalguía como por sus proezas la escogió por teatro de sus brillantes hechos y vinculó en ella sus glorias militares, su fortuna y el nombre y la fortuna de todo su linage. Ciudad antiquísima, como parece revelarlo su mismo nombre, gozó ya de mucha fama durante la dominacion romana: fué declarada municipio, fortalecida con un castillo de que se conservan ruinas, decorada con templos y palacios sobre cuyos techos irguió su cúpula altanera el Panteon de los Dioses, fundado por M. Agrippa y res-

taurado por los emperadores. Tuvo como otras tantas ciudades la desgracia de ver asolados sus monumentos por las frameas de los bárbaros y el desconsuelo de no encontrar quien la levantara de entre los escombros; vióse durante muchos siglos abandonada, oscurecida, despreciada, muerta para las generaciones que la rodearon; mas no por esto dejó ni podia dejar de existir una ciudad puesta al abrigo de una sierra pintoresca, cercada de una rica y espaciosa vega que bañan las aguas de dos rios y multitud de arroyos, llena de vida en sus alrededores. Convidados los árabes por la fecundidad del suelo y su constante afan en habitar risueñas campiñas regadas por caudalosas corrientes, la miraron con la predileccion que los romanos, y ya que no la enriqueciesen con soberbios templos ni alcázares suntuosos, la dieron los rios y los arroyos por esclavos y un valle delicioso y fecundo por alfombra. Labraron en ella una mezquita y al parecer una casa de armas; mas no en esos monumentos, sino en su sistema de cultivo y riego dejaron perpetuado el recuerdo de su dominacion benéfica.

Hoy es aun Antequera una de las ciudades mas bellas y animadas del centro de Andalucía. Situada al pié de una colina en cuya cumbre no quedan ya mas que los escasos restos de un castillo, salpicada de monumentos cristianos del siglo XVI que hierguen sus torres y sus cúpulas sobre las tres mil casas que cuenta en su recinto, animada sin cesar por los murmullos de las aguas que fertilizan sus contornos, dibujada para el que la mira desde el norte sobre la falda de la sierra del Torcal, sierra grave é imponente como todo lo grande, bella como todo lo que la naturaleza cubre con sus mas pingües dones, caprichosa y fantástica como esas misteriosas grutas formadas por las revoluciones de la tierra, presenta todavía un conjunto agradable y pintoresco no solo á los ojos del que acaba de atravesar las ásperas sierras de la frontera septentrional de Málaga, sino hasta á los del que viniendo del mediodia ha tenido lugar de admirar ciudades enclavadas en medio de vastos y risueños valles que limita por una parte el mar y por otra montes de cumbres desiguales coronados de torres y atalayas. No reune grandes bellezas artísticas á pesar de lo numerosos que son en ella los monumentos con que la embelleció la piedad de reyes, barones y prelados, porque sujeta como los demas pueblos á las vicisitudes del gusto, y no conservando casi nada

de los templos en que doblaron las rodillas sus conquistadores apenas deja entrever en el fondo de sus frias naves greco-romanas ni un solo rasgo de ese estilo poético de la edad media, tan propio para hacernos sentir la inmensa grandeza del que pudo concebir el mundo; mas tiene en cambio recuerdos que no desaparecerán ni con la última de sus piedras, recuerdos que bastarán para embellecer sus ruinas si llega algun dia á querer borrarla el destino de la faz de esa tierra que la ha visto en mejores tiempos cubierta de gloria y de poesía. Donde estuvieron las antiguas casas del cabildo hay ahora un arco de sillería que no sin razon lleva el nombre de arco de los Gigantes; y este arco, hoy aislado, es una historia, es un libro de piedra que tiene por hojas lápidas de la antigüedad romana, por leyenda firmas y hechos de personages cuyos nombres dispersos y perdidos durante mucho tiempo en medio de las creaciones heterogéneas de veinte siglos son el resúmen, la cronología, la síntesis de una época. No solo estan consignados en ese album los principales sucesos de Anticaria; léense tambien en él los de Singilia, los de esa antigua ciudad sita á orillas del Guadalhorce, en lo alto de un monte cubierto aun de mármoles, alabastros, búcaros, sepulcros, algibes, ruinas de una vasta ciudadela cuyos muros podian contener hasta cinco mil soldados, restos de una naumaquia, vestigios de uno de esos anfiteatros donde luchaban entre sí los gladiadores para divertir á un pueblo embrutecido. Los que libraron de algun azote á esas ciudades, los emperadores que las favorecieron, los que levantaron templos en honor de los dioses del Olimpo, los que merecieron bien de los mismos municipios, hasta los que llenos de amor consagraron una memoria funeraria á sus familias tienen grabado allí para siglos el recuerdo de sus generosos sentimientos. ¡Ah! ¡Quiera Dios que no desaparezca jamas ese arco histórico! ¡Permanezca cuando menos para mengua de los pueblos que se han atrevido á sentar sus oscuras viviendas sobre los sepulcros de sus héroes! Ciudades que, como la mayor parte de las nuestras, no brillan sino por su pasado, deberian recoger con afan esos restos que tanto pueden favorecer su orgullo y servir tal vez para esplicar su caida.

Álzanse aun en la cumbre del monte, á cuyo pié está la ciudad, viejos muros y sombrías torres, ruinas aun elocuentes del castillo. Nada hay que admirar tampoco en él, nada hay que pueda hablar á

los ojos ni al alma del artista; mas ¡qué de recuerdos no brotan tambien de esos escombros, presa ya de una vegetacion parásita que va minando hasta lo mas hondo de sus cimientos! Contra esos muros hoy destruidos se estrelló el valor de Pedro de Castilla, ese monarca cuya voluntad de hierro vencia los obstáculos mas insuperables. En el fondo de esos torreones que va desmoronando el tiempo profirió sus mas enérgicas palabras aquel severo Alkarmen, que no sucumbió sino ante la inflexible ley de su destino; combatió y arrostró aquí la muerte Fernando de Antequera; pelearon y vencieron aquí los mas grandes héroes de su tiempo; logró al fin plantar aquí la cruz ese tenaz infante despues de haber pasado sobre la ciudad, cuyos hijos yacían insepultos entre los escombros. Fué este castillo en los primeros tiempos de la conquista el alcázar mas temido de los moros de Granada: vivian en él de alcaides los Narvaez, y era espantosa en los combates la lanza de esos bravos caballeros. Rodrigo, el primero de esa familia que poseyó la alcaidía de Antequera, fué respetado hasta de los mismos árabes, que admiraban tanto sus hazañas como los caballerescos sentimientos que desplegó al ver en sus manos la suerte de Jarifa y su desdichado amante (1). Al verse amena-

(1) Ese rasgo de generosidad de Rodrigo de Narvaez es una de las tradiciones mas populares que tenemos en España. Nos ha sido trasmitida por autores árabes y cristianos, ha sido cantada por muchos de nuestros romanceros, celebrada por Jorge de Montemayor, referida con bello lenguage y mucho sentimiento por Antonio de Villegas, que la publicó con el titulo de Historia del Abencerrage y la hermosa Jarifa. Consiste en lo siguiente: — Rodrigo de Narvaez, dicen, no dejaba de recorrer ni un solo dia los alrededores de Antequera. Salió una noche con nueve hidalgos; y movido despues de una larga escursion, tanto por el cansancio como por el espectáculo que ofrecia la naturaleza bañada por la luz de la luna y dulcemente agitada por frescas brisas que perfumaba el aliento de las flores, se apeó, se tendió sobre la yerba y se entregó á las tranquilas emociones que suele dispertar á tales horas la vista de campos risueños cobijados por un cielo puro. Sintió á poco rumor de pasos, montó rápidamente á caballo, dividió á los suyos en dos grupos, y se dirigió en silencio á una encrucijada por donde creyó que habia de pasar el que acababa de ponerle en alarma, que era un gallardo moro como de veinte y tres años, montado sobre una yegua andaluza, tan ligera que apenas dejaba impresa en el suelo la herradura.

Venia el moro cantando una cancion de amores llena de gracia y de poesía, tan preocupado al parecer por una idea, que pasó por junto á los cristianos sin reparar siquiera en ellos. No fué, sin embargo, esto bastante para dejarse sorprender por los del primer grupo, al verse acometido de los cuales enristró la lanza, derribó al que tuvo mas cerca, y dando del acicate á su caballo, escapó como una sombra dejándolos sin esperanza de alcanzarle. Corrió, voló, pero tuvo que detenerse al fin herida su yegua por un venablo que le arrojó Narvaez, que apenas vió á los suyos en peligro, se disparó como un rayo contra el audaz mancebo. No bien se vió cautivo, cuando arrojando con desden la lanza prorumpió en amargas lágrimas sin despegar los labios hasta que le hubo preguntado su vencedor quién era, á qué tribu pertenecia y la cau-

zado por los infieles cuando subió Mohamed el Zurdo al trono de Granada, salió de ese castillo con un puñado de valientes, se emboscó hácia la Peña de los Enamorados, cayó de improviso sobre los enemigos, y no contento con arrebatarles el botin que habian recogido en asoladoras incursiones, los persiguió é hizo tal estrago en ellos, que aun hoy es conocido el lugar de la batalla con el nombre de Torre de la Matanza, y al remover aquel suelo empapado en sangre es facil dar aun con espuelas, estribos, espadas y otras armas que tuvieron que dejar allí con los vencidos. Su hijo y sucesor en la alcaidía, Pedro de Narvaez, no fué tan afortunado como él; pero tuvo por su desgracia el mismo arrojo, la misma bravura que todos los de su linage. Los Abencerrages de Mohamed estaban á las puertas de Antequera mientras él iba recorriendo la frontera: regresa corriendo á la ciudad, llega hasta cerca de Riogordo, da con un ejército de infieles y empeña sin vacilar la lucha. No tiene fuerzas para combatir con tan poderoso enemigo; pero nada teme confiado en Dios, en su corazon y en el valor de sus soldados. Pierde á poco sus peones, que le vuelven sin rubor la espalda, pierde á poco las dos terceras partes de escuderos que le acompañaban, pierde al fin hasta los cincuenta

sa de su llanto, muy impropio en un caballero que tan buena razon acababa de dar de su valor y de sus armas. Contestó entre sollozos que era Abencerrage é hijo del alcaide de Ronda, y dió á entender tan bien que procedia su sentimiento de un motivo mayor que el de su cautiverio, que Rodrigo no veia ya llegado el instante de oir de su boca la historia de sus tristes aventuras.

Refirió el mancebo como hacia ya años que no vivia sino por la hija del alcaide de un castillo inmediato, muy enemigo de su linage. «Por mi Jarifa, añadió, he arrostrado la muerte en cien combates, y no siento mas que no haberla podido conquistar una corona para hacerla mi reina y cegar con ella los ojos de su padre. Hoy esperaba tener la ventura de llevarla á mi patria sobre la delantera de mi caballo: estaba ya concertada nuestra fuga, y estará la infeliz esperándome en vano entre las sombrías alamedas que crecen al pié de su castillo. No es el rigor de mi suerte el que me espanta, es la amargura que ha de sentir ella al ver que asoma el alba y su amante no parece.» No pudo continuar, pero bastó ya lo dicho para conmover á Narvaez, que le dió lanza y caballo y le dejó en libertad para ir á advertir de su desventura á la bella Jarifa bajo juramento de que se presentaria á la mañana dentro los muros de Antequera. Voló al castillo, habló á la mora, la encontró resuelta á ser compañera de sus infortunios, la puso en su caballo adornada con sus ricas joyas, partió á todo escape hácia Antequera, se arrojó á los pies del generoso alcaide, y le ofreció por rescate las alhajas de la sin par cautiva.

Mas no paró allí la magnanimidad de Narvaez: declaró libres á los dos amantes, embelleció con nuevas joyas la frente de Jarifa, la presentó á los caballeros y damas de la ciudad, intercedió por el moro al padre de la novia, y destacó una brillante escolta para que los pusiera salvos en las puertas de Ronda, patria del enamorado Abencerrage.

que le quedaban de tan desigual pelea; mas ni aun viéndose solo trata de ceder el campo á sus contrarios. Desesperado, frenético al contemplar á los suyos fugitivos unos, revueltos otros entre el polvo del combate, se precipita sobre las filas moras, y solo con la vida llega á soltar la espada. Dia de luto fué este para la ciudad, y aun mas para el castillo en que tantas veces animó sus tropas con palabras hijas de un corazon entusiasta por la gloria. Era la tenacidad una de las cualidades mas distintivas de esta raza: Hernando de Narvaez, digno hermano de ese desventurado D. Pedro, odiaba tanto la paz, que aun viéndose libre de enemigos en su término, no sabia dejar quietas sus armas. Invadia las fronteras de otras alcaidías al recibir noticia de que habian entrado en ella enemigos de Castilla; y si por acaso llegaba á sus oidos la fama de alguna derrota sufrida por los cristianos, no podia dejar de pensar luego en tomar por sí mismo la venganza. Sabedor del cautiverio del conde de Castañeda y el obispo D. Gonzalo, sin respetar treguas, sin oir mas que la voz de su ira, se armó, cayó sobre la hoya de Málaga, donde estaban los moros apacentando tranquilamente sus rebaños, la taló del uno al otro estremo, y no vaciló en aguardar á sus enemigos, que en número de mil infantes y cuatrocientos caballos acababan de salir de Málaga á las órdenes del bravo alcaide Aliatar, uno de los mas leales servidores que tenia á la sazon la corte de Granada. Avisáronle llenos de temor sus delanteros, y hasta hubo capitanes que le propusieron andar en retirada; pero no les contestó sino enristrando la lanza y acometiendo con furor al gefe moro, sobre cuyo cadáver pasó con todos los suyos entre un ejército que habia contado ya con su cabeza. Imposible parecia que un Narvaez volviese la espalda al enemigo: preferian morir á retroceder, como si temieran que ese mismo castillo que les servia de albergue se habia de desplomar sobre ellos desde el momento en que penetrasen vencidos en sus puertas cercadas de torreones.

La ciudad tiene tambien sus recuerdos; pero ¡ay! apenas quedan ya los monumentos en que los vinculó la piedad y el respeto de las generaciones de otros siglos. Entre tantas iglesias como cuenta en su recinto en vano busca ya el viajero la del Salvador, tumba de sus bravos alcaides, lugar siniestro en que la astucia del jóven Hernando dominó el débil y vacilante carácter de Enrique IV levantando ante su imaginacion sombras y espectros capaces de conmover co-

razones mas bravos que el de un monarca afeminado por toda suerte de placeres (1).

Monumentos que contengan algun recuerdo importante no existen ya en Antequera si esceptuamos el convento de S. Agustin, donde se conserva aun el blason de Ruiz Diaz de Rojas y Narvaez, padre político del segundo alcaide de la ciudad, caballero de los mas bravos que hubo en Andalucía, á quien no sin razon llamaban en su tiempo el héroe de la gran lanzada. Ganó Ruiz diez y siete banderas á los moros, y entre tantas batallas como tuvo se asegura que no salió nunca vencido ni enristró en vano su pesada lanza. Consérvanse, empero, en el convento los blasones, no esos gloriosos estandartes suspendidos por la mano de su hijo en los arcos torales de la iglesia. ¿No es doloroso por cierto ver borradas así las huellas de la antigüedad en un pueblo que fué cuna de tan nobles guerreros é ilustró con ellos las mas brillantes páginas de nuestra historia? El siglo XVI empezó á quitar ya á la ciudad el colorido poético que le daban los humildes monumentos levantados por los conquistadores; los siglos

(1) Temiendo el jóven alcaide que el rey pretendia quitarle el destino de su padre con el objeto de conferirlo al ambicioso Alonso de Aguilar, es fama que no quiso recibirle en la ciudad con mas de quince escuderos, que alzó tras ellos el puente para impedir el paso á las tropas castellanas, que le condujo luego al templo de S. Salvador, donde negros tapices que colgaban desde el techo al pavimento dejaban casi en completa oscuridad la nave alumbrada solo por algunas antorchas que brillaban ante el cadáver de Rodrigo, tendido en su ataud con las llaves de la ciudad en la mano. Hizo en breve Hernando aparecer á la vista de Enrique una procesion de frailes con cirios mortuorios que fueron á ponerse en ala ante el misterioso féretro; hizo á poco resonar bajo los piés del rey un sordo y vago rumor que terminó con la estrepitosa rotura de una losa por entre la cual salió un coro de mugeres medio desgreñadas, quejumbrosas al pronto, poseidas poco despues por la ira, agitadas luego por una desesperacion profunda que las llevó á cercar al rey y las obligó á decirle: ese cadáver que yace aquí fué un héroe: uno de nuestros mayores le entregó esas llaves; arrebatádselas si os atreveis: su hijo no podrá ultrajar ni ver ultrajar nunca la memoria de su padre. El rey se amedrentó, prometió á Hernando conservarle la alcaidía, y cuando no ansiaba ya mas que salir de aquel lúgubre recinto, vió con mayor sorpresa que antes descolgarse de repente los tapices, desaparecer frailes y plañideras y hundirse con estrépito el sepulcro de Rodrigo, quedando bañado en luz, en vida, en alegría el templo que no ha mucho parecia el teatro de la muerte. Alonso de Aguilar, al saber tan atrevido suceso, juró vengarse del alcaide, y hasta amenazó la ciudad; mas no desoyó su reto el valeroso Hernando, que cayó con los suyos sobre él y se cebó en las tropas que le acompañaban como si no fuesen tropas castellanas.

Esta tradicion existe aun viva en la memoria de los antequeranos. ¿Dónde está, sin embargo, el escenario de tan singular acontecimiento? ¿Dónde está la nave en que quepa á nuestra fantasía reconstruir ese aparato lúgubre, hijo de la ambicion, de la rivalidad, del escaso respeto que infundia á la sazon el trono de Castilla, del vergonzoso estado de los negocios políticos en una época en que nobles y prelados se atrevieron á destronar y á insultar en efigie á su rey no en el casco de una ciudad murada, sino á la plena luz del dia y en medio de los campos de Ávila?

XVII y XVIII fueron quitándole uno á uno sus trofeos; el XIX al fin sepultó con mano implacable en el olvido los postreros vestigios de su gloria, sus últimos recuerdos. Los templos que han venido á sentarse sobre las ruinas de los antiguos presentan aun en su mayor parte belleza y magestad, elegancia y grandeza: las soberbias cimbras que sostienen sus bóvedas descansan sobre pilares cubiertos de arrogantes columnas; sus tabernáculos son ricos y suntuosos; sus pavimentos, de mármol; sus coros, muros de madera cubiertos de bellas esculturas; mas, frios, monótonos y sin historia, ¿dónde podrá el artista fijar con placer sus ojos? ¿Dónde esplayar su imaginacion el poeta? Antequera es ya una ciudad que apenas puede llamar la atencion sino por los favores con que la enriqueció la naturaleza. El viajero que corra en busca de grandes impresiones, que desee leer los sucesos en las mismas piedras que le sirvieron de teatro, que pretenda contemplar monumentos donde pueda ver reflejados el carácter y las instituciones de los pueblos, no puede hacer mas que echar sobre ella una mirada pasagera y seguirnos entre los ejércitos de cruzados que van á llevar la guerra al corazon de Granada y á sostenerla hasta que puedan doblar la rodilla ante el estandarte de la cruz enarbolado en una de las torres de la Alhambra.

Capítulo vigésimo.

Advenimiento de Muley Hacen al trono de Granada. — Conquistas de este rey. — Primeras empresas de los Reyes Católicos. — Conquista definitiva de Alhama. — Descripcion de esta plaza. — Guerras civiles de Granada. — Conquista y descripcion de Ronda. — Muerte de Muley Hacen. — Proclamacion de Abu Abdala el Zagal. — Conquista y descripcion de Loja y otros pueblos. — Proclamacion de Boabdil.

De 1465 *á* 1487. Hemos llegado ya al último período de la historia de Granada. Dos reyes van pronto á jurar la ruina de este im-

perio, y los mismos árabes van á precipitarla con sangrientas guerras civiles. Muley Hacen su rey, es bravo, arrogante, impetuoso, entusiasta por la causa de su patria y el trono de sus mayores; pero mas que combata desesperadamente, no logrará detener su caida. Ganará todavía batallas y entrará triunfante en su corte, elevará por un momento á nueva altura su degenerada monarquía; mas su reinado no será sino la última llamarada de una luz próxima á estinguirse. Pesa ya sobre Granada el dedo de la fatalidad, y hasta la misma victoria será para ella origen de nuevas desventuras.

Subió Muley Hacen al trono cuando, reinando aun Enrique IV, estaba desgarrada Castilla por las sangrientas parcialidades de los nobles. No perdió ni una sola vez la ocasion de pelear que le ofrecian á cada paso esas mismas turbulencias: cuando no se sentia con fuerzas para atacar ciudades, acometia de improviso los castillos fronterizos, llevaba la desolacion y la muerte al campo de sus enemigos, mantenia en actividad el ardor guerrero de sus soldados empeñándolos en escaramuzas y luchas peligrosas. Ganó en una de sus invasiones la villa de Quesada, ante cuyos muros se estrellaron tantos ejércitos moros y cristianos; castigó con mano atrevida la rebeldía de su alcaide de Málaga, que al sentirse débil buscó el apoyo de los reyes de Castilla; deseoso de vengarse de D. Enrique por haber ofrecido proteccion á su enemigo, atravesó á la vez las fronteras de Córdoba, Sevilla y Murcia, y las pasó á sangre y fuego sin que se atreviese nadie á detener sus pasos; entró en la comarca de Martos á pesar de los caballeros de Calatrava que la defendian, taló la campiña, sorprendió los pueblos de Santiago y la Higuera, cuyos altares manchó con la sangre de cuantos estaban orando en este templo, volvió á Granada con mas de cuatrocientos cautivos, con acémilas cargadas de ricos despojos, con numerosos rebaños, con preciosos trofeos militares arrebatados al enemigo; y no bien supo la toma de Cardela por D. Rodrigo Ponce de Leon, ardió en tan vivos deseos de reparar la afrenta, que mandó al punto contra ella parte de su ejército, y al verla rechazada, salió, dió vista á la plaza, la batió con la artillería que llevaba y la obligó á doblar de nuevo la cabeza ante el estandarte del Profeta. Considerando como una humillacion toda derrota, no sabia dejar quieta la espada al recibir noticia de cualquier contratiempo: orgulloso y fiero, ni podia llegar á contener por mo-

mentos sus ímpetus guerreros, y hubiera salido á campaña aun sabiendo que en ella iba á perder la vida.

Al ceñir la corona de Castilla los Reyes Católicos calmó ese brio; mas no tardó en dejarse llevar otra vez de sus instintos de guerra y de venganza. Pidió treguas; y al oir que los embajadores cristianos le exigian en nombre de sus príncipes el pago de las parias estipuladas con sus antecesores, les contestó con arrogancia: volveos, y decid á vuestros soberanos que ya son muertos los reyes que pagaban tributo á los cristianos; que en Granada no se labran sino alfanges y hierros de lanza contra nuestros enemigos. Preparóse para la lucha, y apenas supo que el marques de Cádiz habia entrado á saco Villaluenga, la torre de Mercadillo y otros lugares de la sierra de Ronda, se dirigio en silencio á Zahara, la atacó en una noche tempestuosa, pasó á degüello á la mayor parte de sus habitantes entregados tranquilamente al sueño, cautivó á los que pudieron escapar con vida, y regresó á Granada satisfecho su orgullo y ensoberbecido con el triunfo. Al entrar entonces en la Alhambra oyó entre las felicitaciones de los cortesanos palabras siniestras, hijas al parecer de un triste presentimiento; oyó la voz de un anciano que esclamó como impelido por una fuerza misteriosa: ¡ay! ¡ay! ¡ay de Granada! la hora de tu desolacion se acerca: las ruinas de Zahara van á caer sobre nuestras cabezas: llegó ya la hora en que va á hundirse en España el Imperio del Profeta; mas ni se estremeció ni consideró tan aterradoras palabras sino como inspiradas por un fanatismo religioso, indigno de hallar eco en el corazon de un rey á quien no logra intimidar el espantoso rumor de las batallas. Creíase invencible y despreció la profecía; pero no pasó mucho tiempo sin ver abatida su soberbia y estrellados sus esfuerzos al pié de una de sus ciudades, sin deber contemplar en la toma de una de sus principales fortalezas el origen de su ruina y la ruina de todo el reino. Rodrigo Ponce de Leon, deseando ilustrar su historia con una nueva hazaña, concibió la idea de ir á atacar nada menos que Alhama, llave de toda Granada, plaza de las mas fuertes que habia en la frontera, ciudad que por estar rodeada de muros y precipicios parecia estar al abrigo de toda clase de invasiones, poblacion que por hallarse enclavada en territorio poseido enteramente por infieles habia creido deber abandonar San Fernando despues de haber hecho flotar en lo alto de sus torres los estandartes que tan-

tas veces habia coronado la victoria. Unióse para la empresa con Diego de Merlo, asistente de Sevilla, con Pedro Enrique, adelantado mayor de Andalucía, con Pedro Zúñiga, conde de Miranda, con Juan de Robles, alcaide de Jerez, con Sancho de Ávila, alcaide de Carmona; reunió en Archidona hasta cuatro mil infantes y tres mil caballos; se dirigió de noche y con el mayor silencio al objeto de su conquista, llegó, ordenó de pronto el asalto del castillo, se apoderó de él pasando á degüello á cuantos moros lo defendian, puso luego en alarma la villa al son de cornetas y otros instrumentos de guerra, entró con todo el ejército por una puerta que le abrieron los que acababan de ocupar la fortaleza, y, á pesar de la desesperada defensa del vecindario, á pesar de lo obstruidas que estaban las calles, lo defendidas que estaban las casas con numerosas saeteras, lo resueltos que se mostraban los infieles á morir entre las ruinas de sus hogares antes que ceder al enemigo, pasó al través de cadáveres y sangre hasta los últimos confines de la villa, dejándola al fin vencida, confundida, anonadada. Nada era ya inespugnable para tan audaz cristiano; y con este hecho de armas lo puso tan de manifiesto que logró aterrar á todo el reino, logró aterrar hasta el mismo Muley, que al pronto apenas supo mas que dictar órdenes vagas y de muy tristes resultados.

Empeñóse, sin embargo, Muley en recobrar Alhama. Destacó en la misma noche de haber recibido la noticia mil de sus mas valientes caballeros. Al verlos entrar al siguiente dia llenos de abatimiento y tristeza llamó á las armas todas las ciudades de su monarquía, reunió hasta cincuenta mil infantes y tres mil caballos, y salió al frente del ejército con ánimo de no volver hasta dejar ganada la villa y vengadas en los cristianos las sombras de las víctimas. No bien hubo llegado ante Alhama cuando vió devorados por los perros los cadáveres de sus esforzados defensores; encendióse mas y mas en ira, y sin enterarse de los recursos con que contaban los cristianos, sin tomar en cuenta los peligros á que se esponia, lanzó sus soldados á la muralla presentándoles en perspectiva el saqueo, el placer de ver pasados por la espada todos los orgullosos castellanos. Podia convencerse á poco de cuán inútiles eran sus esfuerzos, porque caian sin cesar sus tropas precipitadas de lo alto de sus escalas bajo una lluvia de piedras, flechas y agua hirviendo; mas estaba ciego y enviaba unos

tras otros los destacamentos, é incitaba mas y mas á la pelea á los que iban quedando de reserva. Pretendió infructuosamente minar y volar los muros; persuadido de la imposibilidad de esta empresa, quiso cortar las aguas y obligar á los cercados á morir de sed ya que no quisiesen sucumbir á la fuerza de las armas. Tropezó en esto con nuevos obstáculos, vióse empeñado en otras luchas; mas no cejó, no retrocedió un solo paso, y acabó al fin por lograr su intento aunque á costa de mucha sangre. Mas ni aun así alcanzó la entrega de la villa. La voz de socorro que dió desde Alhama D. Rodrigo Ponce de Leon resonó en toda la Andalucía, y hasta en el centro de Castilla la oyeron D. Alonso de Aguilar, los hermanos Girones, el conde de Cabra, Diego Fernandez de Córdova, alcaide de los Donceles, Martin Alonso, Garci Manrique, el conde de Buendia, el mismo duque de Medina Sidonia, de quien le separaban hacia ya mucho tiempo las mas crudas rivalidades, el mismo rey Fernando, que vino precipitadamente desde Medina del Campo dejando esclusivamente á la reina los negocios del gobierno. Reuniéronse en menos de ocho dias al rededor de la villa cuarenta mil peones y cinco mil caballos; y tuvo al cabo el desgraciado Muley que levantar el sitio sin poder atribuir mas que al rigor de su destino los dolorosos resultados de su tenacidad, del valor de su ejército, del heroismo con que sus soldados se arrojaron unos tras otros en brazos de la muerte.

Entró Muley en Granada en medio de las maldiciones de sus mismos súbditos; mas no por esto desistió de su empeño ni desesperó de rescatar la plaza que habia sido testigo de su mayor derrota. No le hizo desistir de su empeño ni la infructuosidad de su anterior campaña, ni el consejo de sus wacires, ni los avisos de la naturaleza, que un dia antes de su salida cubrió toda la ciudad de sombrías nubes, hizo saltar de sus lechos el Genil y el Darro, arrastró gran número de vecinos tras las aguas de los torrentes y levantó tristes presentimientos en el corazon de los que pensaban en los futuros destinos de su patria. Salió esta segunda vez con trenes de artillería; y apenas llegó ante los muros de Alhama cuando empezó á batirlos con acierto y obligó á los cristianos á que se recogieran dentro de sus baluartes. Impaciente por llevar á cabo su empresa no quiso esperar ni la luz del dia siguiente para ordenar el asalto: llamó á su tienda á los mas esforzados de su ejército, les habló con la energía que ins-

piran las pasiones, les pintó facil la toma de la ciudad si con valor y prudencia sabian escalarla por la parte mas escarpada y peligrosa, y les animó á realizar inmediatamente su proyecto aprovechándose de las tinieblas de la noche. El punto por donde queria que entrasen en la villa estaba defendido por un tan profundo precipicio que los sitiados no habian creido nunca necesario protegerle con máquinas de guerra; mas aunque lograron de pronto sorprenderlo y hacerlo suyo, no alcanzaron mas que ir á poner en alarma á los cristianos, siendo los mas víctimas de su entusiasmo y de su arrojo. No pudieron entrar en la plaza mas que hasta sesenta; y aislados estos y abandonados á sus propias fuerzas, tuvieron que sucumbir al fin ante el número de sus enemigos despues de haber derramado raudales de su propia sangre. Entre estos y los que fueron á morir en lo hondo del abismo despeñados de las escalas que habian aplicado al muro vió perdida Muley no solo la flor de sus guerreros, sino hasta su esperanza, reconoció sobre sí la mano de la fatalidad, maldijo con la mayor amargura su destino, y no encontró otro medio de salvacion que el de levantar el sitio y volver á arrostrar en Granada la cólera del pueblo. Forjó todavía otros proyectos: pensó proclamar la guerra santa y llevar al fin sobre esa villa todas las fuerzas de su reino; mas pronto tuvo que convencerse de que estaba perdida Alhama y perdida pera siempre. Los Reyes Católicos, por cierto aviso que recibieron de Merlo, convocaron á consejo á los capitanes de Andalucía mas prácticos en los negocios de la guerra, y les pidieron parecer sobre si convenia ó no la conservacion de Alhama. Oyeron la opinion de todos, y aunque vieron á muchos decididos á que se la desmantelara y abandonara por no ser posible guardarla sin grandes gastos é inmensos sacrificios contra las contínuas invasiones que la amenazaban, estaban ya tan resueltos á no soltar las armas hasta dejar vencido el reino de Granada, que lejos de arruinarla llevaron á ella hasta diez mil peones y ocho mil caballos y la tomaron como punto de partida de sus conquistas, como hincapié de su vasta, larga y aventurada empresa. No era ya facil volver á combatirla: mucho menos ganarla.

Asi lo comprendió Muley al saber que estaban en ella los Reyes, y mejor lo comprendió aun poco despues cuando empezó á alumbrar sus propios pueblos la antorcha de las guerras civiles, cuando vió al-

zados contra sí á su esposa y á sus mismos hijos. Muley habia contraido enlace por exigencias de familia con una prima suya llamada Aixa, muger con que habia sido escasa la naturaleza en dotarla de hermosura, pródiga en darla resolucion, valor, orgullo. Tenia ya de ella dos hijos, Boabdil y Abu el Haxig, cuando movido por los encantos de una cristiana cautiva á quien por su rara belleza llamaban los mismos moros Zoraya, lucero de la mañana, empezó á repudiar á la arrogante sultana y á consagrar sus tesoros y los mejores salones de su alcázar á la que era para él un ídolo. Amaba tanto á Zoraya que no tenia para ella secreto, ni consideraba imposible ni dificil nada de lo que podia contribuir á divertirla de su melancolía: preparábala de contínuo fiestas y agradables sorpresas, abríale hoy los jardines del Generalife, mañana los encantados palacios de Aynadamar llenos de estanques y poblados de alamedas; y asi en uno como en otro sitio no aspiraba sino á recoger de su boca sus menores deseos para tener el placer de cumplírselos y verla gozar aunque no fuese mas que por momentos de paz y de ventura. Ofendió tanto con esto el orgullo de Aixa, que esta, no ocupándose mas que en la venganza, empezó á conspirar contra él llamando secretamente en su socorro á los Abencerrages, á esa fogosa tribu que tanto dió que entender á muchos reyes, y que aun conservaba en su pecho odios mal apagados y avivados sin cesar por ultrajes que les dirigia desde los piés del trono Abu el Cacim Venegas, á la sazon primer ministro. Durante la segunda espedicion contra Alhama no habia cesado Aixa de seguir adelante su conspiracion procurando inclinar los ánimos en favor de su hijo Boabdil; y á la vuelta de Muley la tenia ya tan adelantada que creyó poder hacer levantar sin peligro á los rebeldes.

Supo Muley, apenas llegó á la Alhambra, que andaba alborotado el Albaycin, y mandó en seguida con acuerdo de Venegas prender y encerrar á Aixa y Boabdil en la torre de Comares. Logró al pronto sosegar el tumulto; mas no pudiendo prevenir ni evitar que Boabdil se escapase de noche con ayuda de los Abencerrages y los almaizares y tocas de las doncellas de su madre, se vió á los pocos dias amenazado tan de cerca por los conjurados y parte del pueblo, que pudo con dificultad salvar la vida abandonando el trono, y corriendo á guarecerse en el castillo de Mondujar. Fué esforzado Muley hasta en la adversidad: deseoso de reparar su afrenta, apenas pudo reunir

quinientos soldados que le proporcionaron sus parciales, concibió la atrevida idea de ir á rescatar por sí mismo su alcázar y su corte, fué en silencio á la Alhambra, mandó aplicar una escala al muro, y fué el primero en dar ese temerario asalto. Degolló á cuantos encontró en los torreones y en las ricas estancias del palacio, bajó de repente á la ciudad, peleó acá y acullá con una muchedumbre frenética que en medio del asombro y de las tinieblas de la noche casi ignoraban contra quién dirigian sus espadas, y no retrocedió hasta que viendo aumentar sus enemigos, y considerando el peligro en que iba á encontrarse si le alcanzaba allí la aurora, salió de la ciudad con Venegas y un corto número de valientes que pudo escapar con vida de tan sangrienta y desigual refriega. No se dirigió ya á Mondujar, sino á Málaga, donde tuvo establecida su corte hasta que los desaciertos de su hijo volvieron á llamarle al trono.

Habia en tanto una grande animacion militar en la ciudad de Córdoba. Con el objeto de asegurar mas la conquista de Alhama trataban los Reyes Católicos de ir á cercar á Loja, ciudad sentada en la garganta de una cordillera, que era entonces la puerta que abria paso á los reinos de Granada y de Sevilla. Habian llamado ya á las armas á todos los pueblos de Castilla y Andalucía, agrupado en torno suyo la flor de toda la nobleza, hecho grandes aprestos de víveres y armas, recorrido minuciosamente el pais cuya conquista era el objeto de sus afanes; y no bien tuvieron organizado su ejército, compuesto de ocho mil infantes y cinco mil caballos, pasaron el Genil por el puente de Écija y cercaron Loja, sentando sus reales á la orilla misma del rio entre unos frondosos olivares. Grande era la esperanza que llevaban, grande el entusiasmo de sus soldados, grande la pericia y el valor de los caudillos, tostados ya casi todos por el sol de los combates; mas hubieron de medir sus armas con Aliatar, con un alcaide intrépido que á pesar de ser un humilde hijo del pueblo, habia sabido conquistar una posicion brillante entre los mas ilustres caballeros de Granada, y acababa de dar á su hija Moraima por compañera de Boabdil, que era á la sazon su soberano; y salieron al fin vencidos, y no solo tuvieron que levantar el sitio, sino que hasta se vieron obligados á retirarse precipitadamente, dejando en el campo al maestre de Calatrava, llevando heridos consigo un duque de Medina Celi, un Pedro de Velasco, un conde de Tendilla, corriendo á

cada paso el riesgo de caer en manos del enemigo, que pretendia coronar su victoria con la prision del rey Fernando. Emplearon toda la serenidad y valor de que eran entonces capaces pechos españoles; pero no dejaron de quedar confusos con tan inesperada derrota. Temieron no sin razon por Alhama, y la socorrieron á poco con seis mil caballos y diez mil peones; socorro por cierto oportuno, porque no bien llegó allí, cuando ya estaban cercando la plaza numerosas huestes de infieles recien venidos de Granada. Salvaron por tercera vez la villa, y este fué el resultado de toda su campaña.

Muley, aunque destronado, no recibió con menos placer que el mismo Boabdil la noticia de haber sido vencidos en Loja los cristianos. Entusiasta por su patria mas que por su trono, y valiente hasta rayar en héroe, oía siempre con gozo las hazañas de sus súbditos, y no solo las oía, sino que las comentaba, las aplaudia y se sentia impelido á imitarlas, á sobrepujarlas, á dejarlas oscurecidas por las suyas. Al saber que estaba cercada Loja, convocó y reunió ya en torno suyo cuantos guerreros pudo. No hubo necesidad de dirigirlos á la ciudad sitiada, y los llevó á correr la comarca de Medina Sidonia, de donde volvió despues de una sangrienta escaramuza con ricos despojos y mas de tres mil cabezas de ganado. Vió algun tiempo despues desde su corte cubiertos de humo los ásperos cerros de la Ajarquia de Málaga; supo que andaban por ella talando la tierra el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz, el conde de Cifuentes, D. Alonso Aguilar, D. Pedro Enriquez, los alcaides de Jerez, Moron y Archidona y otros caballeros, acompañados cada cual de sus soldados, amigos, deudos y parientes; y como si sintiera aun en sí el ardor de sus primeros años pidió lanza y caballo, deseoso de ir á castigar con sus propias manos la audacia de los enemigos de su patria. No salió de Málaga porque no lo consintieron ya sus parciales; pero con ese ímpetu guerrero inspiró un ciego entusiasmo á su hermano Abdala el Zagal, y á los bravos Reduan y Abu el Cacim Venegas, y gozó dentro de pocos dias oyendo de boca de sus valientes que perdidos y dispersos los cristianos entre las fragosidades de la Sierra, acosados por todas partes y rendidos al hambre y á la fatiga, perecieron en su mayor parte, unos bajo las lanzas de los creyentes, otros bajo enormes peñascos precipitados desde lo alto de las cumbres, otros arrojados en el fondo de los precipicios y de los torren-

tes. Cuando vió llegar á los suyos con mil quinientos prisioneros, con gran número de banderas, arneses y caballos, con el desgraciado conde de Cifuentes, que peleó con el mismo Reduan, y tuvo que entregarse al fin vencido; cuando supo que habian dejado ademas en la Ajarquia mas de ochocientos cadáveres, y puesto en un estado tal á los cristianos que bastaban las débiles manos de una muger para cautivarlos, estuvo ébrio de contento, llegó á olvidar sus desventuras, llegó á creer que era aun rey de ese pueblo que fué para él tan ingrato, y presintió tal vez que no habia de tardar en volver al trono á que le llamaban el derecho, la energía de su espíritu y el nunca desmentido valor que le animaba.

Resonó la fama de esa derrota en todo el reino de Granada; y el pueblo, que rara vez se engaña, la atribuyó toda á Muley y á los que le habian sido leales despues de su desgracia. Empezaron á echar en cara á Boabdil la flojedad de su gobierno, desearon verle como á su padre entregado al furor de los combates, y no tuvo él mas recurso para conservar una corona, que apenas habia calentado su cabeza, que abrir una campaña é ir á recoger en el campo de batalla laureles con que satisfacer la vanidad del pueblo. Partió Boabdil á la guerra, y fué ya bien desgraciado en su primera empresa. Es fama que al salir quedó Moraima inundada en lágrimas temiendo que no habia de volver á verle; es fama que se rompió su lanza contra la puerta de la ciudad, y que al cruzar la rambla del Beiro pasó junto á él una zorra contra la cual nada pudieron las flechas de sus soldados; mas todos estos hechos, aunque hicieron presagiar mal al pueblo, cuentan tambien que no lograron sino arrancar de Boabdil una sonrisa de desprecio y las arrogantes palabras: sé desafiar á la fortuna.

Dejó Boabdil Granada á mediados de abril de 1483. Reforzó á poco su ejército con una crecida hueste que vino de Loja á las órdenes del bravo Aliatar; atravesó el Genil, se estendió por los campos de Aguilar, Montilla, Rambla y Santaella, y ya que los hubo talado, revolvió sobre Lucena, defendida por el alcaide de los Donceles. Quiso ganarla por asalto; pero rechazado por el vivo fuego que le hicieron los cercados desde unas tapias y casas llenas al intento de saeteras, tuvo que contentarse con establecer un sitio riguroso, en que el alcaide supo entretenerle habilmente dándole esperanzas de que le habia de entregar la plaza. Dió con esto lugar á que vinieran

para los cristianos tropas ausiliares en tan gran número, que al solo divisar sus estandartes creyó necesaria la retirada, y partió precipitadamente por Iznajar á Loja. No halló ya medio de salvacion ni aun en este hecho, hasta cierto punto vergonzoso, porque atacado en el camino por ausiliares y sitiados, se vió de repente envuelto entre tantos enemigos que ni le bastó la serenidad ni el valor para conjurar el peligro que le amenazaba. Peleó como un leon aun despues de abandonado por los suyos; mas luego, muerto el caballo y viendo la derrota inevitable, no tuvo mas recurso que apelar á la fuga vadeando á pié el arroyo inmediato de Martin Gonzalez. Ganó la orilla opuesta y corrió á ocultarse entre unas adelfas y zarzales, temiendo ser conocido por la riqueza y brillantez de su armadura; y ni aun así logró escapar á las miradas de Martin Hurtado, que le prendió y llevó á Lucena creyéndole moro principal, aunque no rey de Granada. Gimió cautivo en Lucena durante algunos dias tan desasosegado é inquieto que apenas veía medio como salir del apurado trance en que se hallaba, mucho menos desde que supo la desgraciada muerte de Aliatar, cuyo cadáver arrastraron las aguas del Genil hasta las rocas de Benamejí, donde cuentan que se le encontró con la mano pegada aun á la empuñadura de su espada. Al saberse que era el rey fué trasladado á Córdoba y luego á Porcuna, donde estuvo hasta que los Reyes Católicos decidieron ponerle en libertad, contra el parecer del maestre de Santiago, para avivar mas en Granada el fuego de la guerra civil, y hacer que los mismos moros abriesen camino á sus ejércitos.

Fué puesto Boabdil en libertad no sin duras y muy duras condiciones. Tuvo que declararse vasallo de los reyes, ofrecer el rescate de cuatrocientos cautivos, comprometerse á pagar por espacio de cinco años doce mil doblas zahenes, obligarse á dar paso por sus villas y ciudades á las tropas de Castilla que pasasen á Granada con el objeto de hacer la guerra á los partidarios del rey viejo, que apenas supo su prision se apoderó otra vez de la Alhambra sin encontrar oposicion mas que en la orgullosa Aixa. Consintió en esta humillacion, dando en rehenes á su hijo y á caballeros ilustres de su bando, y así por esto como por la sangrienta correría que acababa de hacer el rey Fernando en la Vega de Granada, donde tomó por asalto la fortaleza de Tajarja despues de haber asolado las inmediaciones de Illora y Montefrio, encontró tan alterados los ánimos de sus súbditos que no

se atrevió á entrar en su corte sino por una de las puertas del Albaicin, lugar en que residian como medio desterradas su madre y su afligida esposa. Sorprendió, sin embargo, con su llegada á Muley, tanto que apenas la supo este por su wacir, llamó á la Alhambra á sus capitanes, puso sobre las armas el ejército, y reunió en torno suyo la flor de sus guerreros.

Permaneció Boabdil en la mayor inaccion; pero no sus parciales ni sus enemigos, que al amanecer del dia siguiente salieron armados y ensangrentaron calles y plazas trabando escaramuzas y batallas. Promovieron unos y otros en toda la ciudad la confusion, la alarma y el espanto; y pelearon todos tan encarnizadamente como si viese cada cual en su contrario al mas terrible de sus enemigos. No se suspendió la lucha hasta que Abu el Cacim Venegas logró al frente de su ejército arrinconar á la Alcazaba á los partidarios de Boabdil, y estos á su vez le rechazaron desde sus troneras y ajimeces. Llenos de ira los dos bandos no hicieron mas que aplazar el combate para el otro dia, en el cual se repitieron y hubieran continuado tan lamentables escenas á no haber mediado entre las tribus enemigas los alfakis y ancianos de la corte, que propusieron un armisticio dándole á Boabdil la ciudad de Almería por lugar de residencia y centro de su reino.

Triunfó evidentemente Muley, y para asegurar mas su corona trató de escitar de nuevo el entusiasmo del pueblo repitiendo en las fronteras los sucesos de la Ajarquia, tan celebrados aun de sus mismos enemigos. Ordenó á los gobernadores de Málaga y Ronda, Bejir y Hamet el Zegrí, que dispusiesen tropas para asolar los campos del reino de Sevilla, y fué tal el ardor con que les escribió, que á los pocos dias cruzaban ya los dos caudillos la frontera con un ejército de cuatro mil infantes y mas de mil caballos. Mas no alcanzó los frutos que esperaba: divididas las tropas árabes en tres huestes fueron atacadas en Lopera por D. Luis Portocarrero, y quedaron casi todas en el campo de batalla, pudiendo apenas escapar con vida el intrépido Hamet con menos de doscientos moros. Murió allí Bejir, y hubiera muerto el mismo Hamet á no ser por un renegado cristiano que, seducido por el oro, le enseñó veredas ocultas, desconocidas del ejército cristiano. Tantas y tan reiteradas desventuras, la division del reino en dos monarquías, los odios implacables de las tribus, ¿cómo no han de

hundir Granada en la tumba que estan abriendo á sus piés dos reyes queridos universalmente de sus pueblos?

Cada derrota es orígen de nuevos desastres para los desgraciados granadinos. ¿Qué no trajo consigo la de Lopera? Zahara fué vencida, los campos de Alora, Coin y Cartama yermados, las tierras de Pupiana y Alhendin pasadas á sangre y fuego, la Vega de Málaga talada, aniquilada á pesar del furor con que la ciudad se arrojó sobre el ejército cristiano. Alhama, esa villa ante cuyos muros ha sido derramada tanta sangre, escasa como siempre de vituallas y amenazada casi de contínuo por el hambre, fué de nuevo atacada; pero no fueron los moros si no á estrellarse otra vez contra el valor y la tenacidad de los caudillos castellanos, entre los que descollaban por aquel tiempo el conde de Tendilla y Fernan Perez del Pulgar, jóven á quien jamas hicieron vacilar un punto las mas temerarias empresas militares. Fué luego conquistada por los mismos Reyes Católicos Alora, fueron vencidas sin disparar una flecha Cartama, Alozaina y Casarabonela, fué llevado el incendio hasta las puertas mismas de Granada, fué conquistada Setenil, contra la cual nada habian podido las armas de Fernando de Antequera. No hay ya quien resista las poderosas fuerzas de esos reyes.

Los de Granada lejos de poder ocuparse en detener la caida de su reino, no piensan sino cómo podrán sostener su trono contra las guerras civiles que rugen sin cesar bajo su planta. Abdala el Zagal, hermano de Muley, no sabiendo ver con resignacion dividido el reino en los momentos en que mas urgia conjurar el peligro, compró el favor de algunos alfakis de Almería, se dirigió á esta ciudad con sus mas decididos parciales, entró, mató al gobernador, que queria poner en alarma el vecindario, y subió precipitadamente al alcázar en busca de Boabdil y de Aixa, á quienes pretendia llevar presos á Granada. Dió con la orgullosa sultana, á quien cautivó al momento, y con Aben Haxig, á quien en un acceso de cólera hirió de muerte con su alfange; pero no con Boabdil, que avisado momentos antes, montó á caballo con sesenta de sus mas leales partidarios y fué á buscar en Córdoba el apoyo de los reyes de Castilla. Bramó de ira el Zagal: habia fundado en el buen éxito de su empresa las esperanzas de salvar el reino, y al saber la fuga de su sobrino no pudo menos de prever los dias de luto y desolacion que habian de amanecer para la infeliz Granada.

Recibieron los Reyes á Boabdil con el placer que habia de inspirarles naturalmente la continuacion de la guerra civil entre los moros. Convocaron luego para otra campaña toda la gente de armas de sus reinos; marcharon sobre Benamejí, que castigaron duramente por haber faltado á la alianza que tenia con ellos contraida; atacaron Coin y la tomaron á pesar del arrojo de Hamet el Zegrí, que se abrió paso hasta la plaza, y al verla obligada á rendirse, cargó sobre los vencedores al frente de sus intrépidos Gomeles evitando la humillacion á que parecia haberle condenado su destino; se apoderaron de Cartama, intimidaron hasta hacerles creer necesaria la emigracion á los vecinos de Churreana, Alhaurin, Guaro y otros pueblos, y fueron al fin á poner cerco á Ronda, una de las ciudades mas ventajosamente situadas de la monarquía sarracena, defensa y metrópoli de toda la Serranía, baluarte hasta entonces inespugnable ante el cual habian detenido los invasores sus ímpetus guerreros. Supieron que faltaba en ella el Zegrí y los mejores caballeros de la tribu que le acompañaba; y deseosos de aprovechar tan bella coyuntura, volaron á apoderarse de los caminos y cerros inmediatos, cortándoles por de pronto toda esperanza de socorro. Tras unos dias de sitio en que les llegaron á privar del agua ordenaron el asalto, siendo tan felices en su espedicion, que no tardaron en ver enarbolada la bandera de Juan Fajardo sobre la cúpula de la mayor de las mezquitas. Tuvieron que combatir aun por muchos dias con los que fueron á guarecerse en el alcázar; mas los obligaron al cabo á pedirles la paz atormentándolos con el incesante fuego de sus cañones, que abrasaron y destruyeron almacenes, torres y murallas. Respetaron la vida, la libertad y la propiedad de los vencidos, recibieron en cambio hasta cuatrocientos cautivos que gemian en lo profundo de las mazmorras, muchos desde la desgraciada espedicion de la Ajarquia.

No fué de escasos resultados para Castilla la toma de esta ciudad. Aterrados los alcaides de las fortalezas y aldeas comarcanas se apresuraron á entregar sus plazas estipulando las mejores condiciones, y pertenecieron desde entonces á los Reyes Yunquera, Monda, Tolosa, Casares, Montejaque y hasta el castillo de Gaucin, cuyos sombríos restos no parecen sino la continuacion de la peña que le sirve de cimiento; perteneciéronles desde entonces otras siete villas de la sierra de este mismo nombre, diez y nueve de la del Haraval, doce

de la de Villaluenga, todo el valle de Cartama y toda la tierra de Marbella, lugares todos de los mas fragosos y difíciles para la conquista. Aumentaron los disturbios en Granada, donde fué destronado Muley y proclamado el Zagal, varon de instintos belicosos, pero de pasiones tal vez demasiado exaltadas, que no cesó un momento de pensar en deshacerse de Boabdil, ni vaciló en apelar para ello hasta el asesinato. Muley, enfermo, decrépito, cansado de luchar en el esterior con los cristianos y en el interior con sus propios hijos, consintió en abdicar la corona en favor de su hermano y se retiró á Mondujar, donde murió á poco sin mas consuelos que los de Zoraya y sus dos hijos; mas no detuvo con esto la caida del reino, como tal vez esperaba, antes avivó mas las guerras civiles dando lugar á que Boabdil se presentase con mejor derecho que nunca á reclamar el trono. Esa misma muerte de Muley vino por otra parte á complicar de una manera lamentable la situacion de los pretendientes. Aixa hizo correr la voz de que su esposo habia sido envenenado por el Zagal, y hasta los mas entusiastas por ese príncipe, á quien habian granjeado no pocas simpatías su resolucion y su ardimiento en los combates, trocaron cuando menos en frialdad el respeto y el amor que le tenian. Comprendiólo el Zagal y procuró, dominando sus instintos, entrar en negociaciones con Boabdil, á quien mas aborrecia. Convino en que se dividiera entre los dos el reino, viviendo ambos en Granada y ocupando el uno el palacio del Albaicin y el otro el de la Alhambra; mas una alianza hija de las circunstancias ¿podia dejar de desaparecer con ellas?

Boabdil condescendió con lo que el Zagal le proponia. Partió de Córdoba á Loja, de Loja á Granada; y al saber que los Reyes iban á llevar sobre aquella ciudad un ejército de cuarenta mil infantes y doce mil caballos, aunque dudó en un principio de si le era útil ó no dejar abandonada enteramente á su rival la corte, enarboló en la Puerta Monaita su bandera y partió al frente de quinientos ginetes y cuatro mil infantes. Apenas llegó á Loja cuando vió ya cerca al enemigo: se exaltó, cayó sobre el marques de Cádiz y D. Alonso Aguilar, que iban á apoderarse á la sazon del campo, y á pesar de verse menor en fuerzas y rechazado una y otra vez por sus contrarios, cargó hasta que cayó con dos heridas en manos de los Abencerrages. Fué desgraciado como en todas sus empresas, pero no cobarde: con

las escasas tropas que tenia ¿podia resistir á un ejército tan numeroso, dirigido por un rey acostumbrado á vencer y gobernado por caudillos entre los que figuraban no solo las mejores lanzas españolas, sino hasta aventureros tan osados como Gaston de Leon y el conde de Rivers? No pudo ya detener á ese ejército ni el mismo Hamet el Zegrí, que vencido en su primer ataque y herido en el segundo, dió lugar á que entrasen tras él en Loja los cristianos, y ganados á punta de espada los arrabales, se viese obligado todo el vecindario á replegarse en el alcázar. Encontráronse allí tanto Hamet como Boabdil en gravísimos apuros; atormentados sin cesar por los disparos de la artillería, incapacitados para defenderse por la superabundancia de gente recogida dentro aquellos muros, aterradas sus almas generosas por la idea de deber humillar la cabeza ante los estandartes de los Reyes, se sentian resueltos á morir entre los escombros de la fortaleza; mas ¿debian condenar á la muerte toda una ciudad? Empezaron á negociar la paz con D. Fernando, y la obtuvieron al fin bajo condiciones nobles para Hamet y los Lojeños, pero muy humillantes para Boabdil, á quien hicieron abdicar el carácter de rey de Granada y obligaron á estar en contínua guerra con su tio.

Las discordias civiles eran para los Reyes Católicos un elemento de triunfo, y por esto las fomentaban con ahinco y no vacilaban en soltar por segunda vez á Boabdil. La conservacion del trono ocupaba así á entrambos pretendientes; y en tanto seguian con menos dificultad una guerra que habia de dar por resultado la unidad política, civil y religiosa de la nacion española. Tomaron despues de Loja Illora, Moclin, Montefrio y Colomera, tomaron el Salar, recorrieron y talaron la Vega, y no habian cerrado aun la campaña, cuando ya supieron los terribles efectos que la noticia de estas conquistas habia producido en la corte de Granada.

La capitulacion de Loja, sobre todo, acababa de irritar de tal modo los ánimos contra el desventurado Boabdil, que ya no se oian contra él en Granada ni aun en todo el reino sino duras y terribles maldiciones. Mostrábase principalmente colérico su tio Abdala el Zagal, que no sabiendo ya como acabar con su rival, se ensañó de una manera cruel contra los que le protegian y le envió embajadores, no para tratar de paz como aparentaba, sino para hacerle tragar la muerte en una copa emponzoñada. No alcanzó su intento; pero no dejó

de seguir aun preparándose contra Boabdil, que armado, en un momento de entusiasmo, de una resolucion que no siempre tenia, se dirigió por entre veredas ocultas á Granada, se llegó sin escolta al Albaicin, llamó á la puerta de Fajalauza, y sorprendiendo con su vista á los soldados que la guardaban, logró penetrar en la Alcazaba, armar á sus parciales y disponer para al rayar la aurora una de las mas sangrientas luchas que han tenido lugar dentro de los muros de una corte. Al saber la entrada de su adversario en el Albaicin, puso tambien en movimiento Abdala todas sus tropas, enarboló su bandera en lo alto de la Alhambra, llamó á sí todas las tribus enemigas de los Abencerrages, y apenas empezaba á apuntar el alba, cuando bajó á la ciudad, atacó con ímpetu á los de Boabdil y les llamó luego al campo considerando estrecho para el combate el recinto de la plaza. Rotas ya las hostilidades no pudo detenerlas cuando quiso: tuvo todos los dias que renovar la lucha, y hubo de pelear al fin no solo contra las fuerzas de su sobrino, sino tambien contra las del rey cristiano, que mandó en socorro de Boabdil á Martin Alarcon y al capitan Gonzalo. Batió con singular denuedo unas y otras, y cansó á los cristianos hasta el punto de obligarles á dejar aquel campo de batalla; mas ni aun así logró sofocar una guerra que devoraba sin cesar á los que podian defender mejor el reino. Mediaba entre él y su rival la astucia del rey Fernando; y lejos de poderse calmar los ánimos, se embravecian mas y mas con las maliciosas sugestiones de este príncipe.

La política de Fernando se reducia á llamar la atencion de los dos reyes sobre Granada para poder con mas esperanzas de buen éxito atacar las ciudades situadas á alguna distancia de la corte. Preparó un nuevo ejército durante estas discordias de los moros, y despues de haber pedido consejo á sus mas ilustres capitanes, se dejó caer sobre la ciudad de Velez Málaga, sentada á orillas del mar en medio de un fresco y delicioso valle. Sentó sus reales entre Bentomin y la ciudad mientras esperaba la artillería que habia dejado algo rezagada en Archidona, resistió con peligro de su vida una inesperada salida de los cercados, tomó por asalto los arrabales, derrotó en una noche á el Zagal, que no habia podido resolverse á salir de Granada sino con la esperanza de que si salia vencedor aseguraría mas su trono; intimó luego la rendicion á la ciudad, y alcanzó que se la

entregaran sin derramar mas sangre bajo la condicion de que dejaria libres á los vencidos para permanecer en sus hogares ó pasar á las vecinas playas de la Mauritania. Obtuvo á consecuencia de esta conquista la entrega de casi todos los pueblos de la Ajarquia, y asi con la toma de estos como con la de la ciudad logró abrirse paso para cercar en otra campaña á Málaga, desde entonces amenazada ya de muerte (1).

Conviene, empero, que no anticipemos los sucesos. La toma de Málaga es uno de los hechos mas culminantes de la guerra de Granada, y antes que nos ocupemos en ella urge que nos hagamos cargo de la situacion de los Reyes invasores. Con su última hazaña acaban de destronar á el Zagal y dejar mas compacto el reino musulman, entregado casi todo á las manos de Boabdil; pero es sabido ya hasta dónde pueden llegar esas manos desgraciadas, y es evidente que llevan los Reyes consigo una ventaja inmensa, la de tener á sus órdenes ejércitos numerosos, caudillos llenos de prudencia y de entusiasmo, pueblos enteros que correrán á agruparse en torno de sus

(1) Sobre esta conquista de Velez Málaga nos ha remitido nuestro amigo y colaborador el Sr. Quadrado el fragmento de una comunicacion del Rey Católico á la ciudad de Mallorca (contenido en un libro de Letras Misivas del Archivo Histórico del Reino Balear), que copiado á la letra dice:

«El lunes segundo dia de Pascua de Resurreccion con el nombre de Jesus pusimos nuestro cerco real sobre esta ciudat de Velez Málaga que es de tres mil vezinos á la marina, ciudat muy fuerte y de las principales deste reyno, donde havia cinco mil moros de pelea; y plugo á nuestro Señor que el dia siguiente á fuerza de armas entramos el arraval, en el qual hay mil casas, no sin gran daño de los moros y alguno de los cristianos (con todo que poco). Y puestas allí nuestras stanzas sperando nuestra artilleria, sin la qual era imposible sin grandisimo daño combatir la ciudat, hovimos nueva como el rey de Granada venia con todo su poder á socorrer aquella; y el dia siguiente á media legua deste nuestro real descobrimos algunas batallas de moros que venian en la delantera, y allegándose en una muy alta y muy áspera sierra. Mandamos ir alli algunos de nuestra gente, y luego fueron con ellos, é á vista nuestra pelearon; y plugo á nuestro Señor que los moros fueron vencidos, y murieron muchos dellos sin recebir daño alguno los cristianos, y fuyendo se retrayeron en otra mas áspera montaña donde por la fragosidat della fué imposible dañarles. El dia siguiente vino allí el rey de Granada con quarenta mil peones y mil y quinientos de cavallo, con intencion, segun fama, de morir ó socorrer la ciudat y desbaratar nuestra artilleria que aun no era llegada; el qual dos horas antes de ponerse el sol á vista nuestra movió con sus batallas ordenadas y vino al mesmo lugar donde fué la primera pelea; y por ser ya boca de noche quando alli llegaron, ni quisimos ir ni permitimos que á ellos fuese alguna de nuestra gente por los inconvenientes y peligros que la noche trahe y por estar ellos en tan áspera tierra, esperando que á la mañana nos veriamos mas cerca si aguardaran, salvo que de nuestro real enviamos alguna mas gente á la artilleria por tenerla bien segura. Y faziéndose de noche, algunos de los moros baxaron quasi junto con nuestro real con gran grita y mucha spingarderia y ballesteria faziendo muy grandes fuegos; é nos por ser tal hora como dicho es, no dimos lugar que alguno de nuestros capitanes fuese á

banderas apenas lo crean necesario para llevar á cabo la unidad de la monarquía. Tienen ademas la de haber sujetado lo mas áspero y fragoso de Granada, la de haber podido bajar ya desde las mas enriscadas cumbres á las riberas del Mediterráneo. Está ya definitivamente conquistada Alhama, ciudad que sentada en la raiz oriental de una colina coronada de un castillo y defendida á norte y á occidente con una muralla casi derribada y á oriente y mediodia por un tajo, en cuya profundidad corre el rio del mismo nombre despues de haber cubierto de verdura un pequeño y pintoresco valle, se hizo en todos tiempos dificil para combatida y mucho mas dificil para conservada. Está ya conquistada Loja, esa ciudad tan celebrada por los mismos árabes, sentada graciosamente en las faldas de un collado cuya cumbre ocuparon en otro tiempo una mezquita y un alcázar encerrados dentro del recinto de su alcazaba. Cuenta Loja con muchos recursos naturales: con una vega fecunda, con aguas abundantes que brotan de las faldas de las vecinas sierras, con el Genil, que corre á vestir de hermosura vastos y misteriosos paisages donde se

ellos, é pusimos nuestras guardas é stanzas bien ordenadas, pero no podimos tanto ordenarlos que algunos no se desmandasen arremetiendo para los moros, de manera que con spingarderia y ballestería que levavan y con algunos ribaudaquis (*) que de las guardas despararon, obrando en ello nuestro Sr. Jesucristo, los infieles fueron desbaratados, y los mas de ellos fuyeron y. . . . . .
. . . otros se retruxieron con el dicho rey de Granada á la misma montaña de donde havian partido y fuyendo se dejaron muchas armas y fardage. El dia siguiente llegó parte de nuestra artilleria junto á esta ciudat, que las lombardas gruesas por la grande aspereza del camino no pudieron pasar. Los moros de la dicha ciudat, visto el desbarate de los de la sierra é vista la dicha artilleria, spantados de aquella é teniéndose por perdidos, ca por la aspereza de la tierra no creian pudiese alguna della acá venir, é luego ante de descargar cosa alguna de la dicha artilleria, nos enviaron á suplicar de partido y que nos dexarian la ciudat; lo qual por ganar tiempo y por evitar muerte de cristianos nos plugo acceptar; y asi con la ayuda de nuestro Señor, á la potencia del qual es todo de atribuir, hoy viernes que contamos XXVII del presente, la dicha ciudat se nos ha entregado, y damos orden que los moros que dentro stavan se vayan seguros adonde bien les venga. Havia dentro de aquella CC cativos cristianos, los quales en haverlos redemido y sacado de poder de los infieles ha seydo obra muy meritoria y de que nuestro Señor Dios recibe grande servicio. De lo qual nos asi como somos obligados le fazemos infinidas gracias, rogándovos fagays lo semejante, y deys orden como se fagan procesiones en esa ciudat alabando y glorificando á nuestro Señor de lo que fecho se ha, y suplicándole nos faga merecedor de allegar al fin desta sancta empresa. De lo que mas adelante succeyrá, por vuestro plazer vos mandaremos avisar. Dat. en el nuestro real delante de nuestra ciudat de Velez Málaga á XXVII de abril anyo de Mil CCCCLXXXVII. Yo el Rey.»

(*) *La palabra está clara; parece francesa de origen; y se halla en el diccionario de Valbuena* ribadoquin, *culebrina de poco calibre.*

precipitan sus aguas con un ruido bronco é imponente, con el Manzanil, arroyo que despues de haberse deslizado mansamente por el valle se deja caer al rio en forma de cascada, con las agradables corrientes del Plines, Riofrio, Frontil y la Alfagüara, raudal que nace dentro de su mismo seno y riega una huerta que lleva aun el nombre de Alvaro de Luna, nieto de ese condestable de Castilla que la cercó durante el reinado de don Juan II; contaba ademas entonces con numerosas acequias abiertas por los árabes, con baluartes que defendian su campo, con castillos que protegian su frontera: no era tampoco facil vencerla, ni era tampoco facil conservarla. Habia resistido á las armas de Fernando el Santo, que no la venció sino para destruirla y abandonarla; habia resistido pocos años antes al poder de D. Juan; acababa de hacer ineficaces los esfuerzos de esos mismos Reyes Católicos, que solo pudieron conquistarla despues de dos sitios largos y sangrientos. Está ya conquistada Ronda y toda su Serranía; Ronda, esa ciudad sentada en la plataforma de una peña, al borde de espantosos precipicios, dividida en tres partes por un tajo enorme sobre cuya profundidad se alzan dos puentes, cercada de murallas romanas y de torres árabes, defendida en aquellos tiempos por un castillo central de que no quedan ya ni ruinas, rodeada de un círculo de cerros en cuyas cumbres descansan nieves eternas, animada solo hácia el norte por una feraz campiña que riegan las aguas del Guadalevin y muchos riachuelos y arroyos de abundosa corriente; ciudad bella é importante aun en medio de su decadencia, que no reune ya muchos monumentos, pero que recuerda todavía á sus conquistadores en la iglesia de Sta. María de la Encarnacion y en la de Sta. Cecilia, cuyas artesonadas techumbres cargan en parte sobre arcos ojivales y columnas en haz ceñidas de coronas de flores y figuras en relieve, á los árabes en los restos de la casa del Rey Moro, cuyas paredes estucadas miran á lo profundo del tajo sin mas belleza que la que les da el musgo, sin mas sombra ni abrigo que la que les prestan los frondosos árboles de un jardin contiguo, á los romanos en su Puente Viejo, en sus muros y en los desfigurados escombros que asoman acá y acullá á su alrededor entre el verdor de sus campos y los bosques que cubren las faldas de las sierras; ciudad siempre temida, baluarte en todos tiempos de cuantos se han atrevido á arrostrar las iras del poder con las armas en la mano, teatro principal de

la rebelion de los Hafilas y los Hafsunes, que por tantos años hicieron la guerra al Califato, campo de batalla escogido por los débiles contra los poderosos desde los tiempos de Cesar hasta la invasion francesa, ciudad al fin justamente considerada como reina de toda la Serranía, de toda esa vasta cordillera de montes que al parecer habian de servir de obstáculo invencible á los ejércitos cristianos. Habia en toda esta cordillera pueblos murados, defendidos por la misma fragosidad del terreno que ocupaban; habia en ella fortalezas, castillos como el de Gaucin, enriscado sobre un peñasco casi inespugnable, elevado á ciento sesenta varas sobre la villa, que á setenta pasos de él cubre el pié de la sierra del Hacho, defendido aun por murallas altísimas, por torres jigantescas cuyas sombrías almenas se destacan en el azul del cielo como coronas fúnebres consagradas á los que tiñeron con su propia sangre las rudas vertientes de la peña; habia en ella mil medios de defensa creados unos por la naturaleza, otros por el arte, y sucumbió sin embargo él y toda la Serranía apenas hubo caido Ronda, y se entregó ella misma con las manos atadas á la generosa piedad de los reyes vencedores. Quiso poco despues Gaucin levantar la cabeza como avergonzado de ese acto de debilidad; mas sitiado por los mismos moros y combatido por el conde de Cifuentes y el marques de Cádiz, tuvo que rendirse nuevamente y ver entregados á la esclavitud á los que no cayeron sobre el hierro de sus enemigos.

Grande, muy grande es el territorio que ocupan los Reyes Católicos en el imperio granadino. Obra ya en su poder hasta esa misma ciudad de Velez Málaga, situada á la orilla del mar, en la falda de un cerro en cuya cumbre descolló en otros tiempos un castillo, ciudad defendida tambien por altos muros y anchos fosos y albarradas, coronada de bellas colinas, señora de un fresco y estendido valle á que dan sombra el naranjo y la palmera, rica en todo género de frutos, llena de vida propia, poblada de millares de valientes á quienes no habia logrado enervar la dulzura del clima ni el aura embalsamada que respiraban las flores de su feraz llanura. ¿Qué han de temer ya los Reyes? ¿qué pueden esperar ya los moros?

Capítulo vigésimo-primero.

Conquista de Málaga, Baza, Guadix, Almería, Almuñecar, Salobreña y otros pueblos. — Monumentos notables que se conservan en aquellas ciudades. — Recuerdos históricos.

De 1487 *á* 1491. Tomada Velez, cayeron los Reyes sobre Málaga. Gobernábala á la sazon un deudo del rey Abdala, walí intrépido tan celoso por su honor como entusiasta por su patria; pero no pudo impedir su caida á pesar de haberla provisto de víveres y llamado en su apoyo la gente mas feroz del Africa. No logró mas que aplazarla, y tuvo que apelar para ello á diarias y peligrosas salidas, en que entraba espada en mano hasta el real de sus contrarios, á enérgicos rasgos de elocuencia con que avivaba sin cesar el fuego de la venganza en el alma de sus soldados, al fanatismo de un moro anciano, llamado Algerbi, que se propuso terminar los males de su patria hundiendo su puñal en el pecho de los Reyes (1). No pudo lu-

(1) Sobre este moro no podemos menos de continuar los curiosos detalles que el notario mallorquin Pedro Llitrá, enviado á la corte del Rey Católico para el favorable despacho de los negocios de la Isla, dió á los jurados de Palma: (Debemos tambien este documento al Sr. Quadrado, que lo encontró en el mismo libro de Lletras Misivas del Archivo Histórico citado.)

«Per aquesta no he mes á dir sino avisar á vostras magnificencias de las novitats certas que occorren, de las quals jo no vull tantost scriure fins sian ben asentadas, e son aquestas. Primerament que pochs dias ha alguns moros animosos, en nombre no bastant á cent, se son sforçats voler entrar hora captada dins Málaga, portant ab ells un moro sanct segons ells, lo qual los donava entenent que ab Mahoma ell faria *mirabilia*. Lo entrament d'aquests moros, per quant havian á passar per stret loch e difficultós, tardava tant que los cristians n'hagueren sentiment; e axí alguns dels qui entrats no eran volents passar per un speró de mar se offegaren,

No escribo esta carta á vuestras magnificencias sino para enterarles de las novedades que ocurren, de las cuales nada quiero escribir hasta que esten bien deslindadas. Son las siguientes. En primer lugar: hace pocos dias que algunos moros esforzados, que no llegaban á ciento, se empeñaron en querer entrar en Málaga llevando consigo un moro segun ellos santo que les prometió hacer milagros con ayuda de Mahoma. Duró tanto la entrada de estos moros en la ciudad por tener que pasar por lugar estrecho y difícil, que llegaron á advertirla los cristianos, cosa que dió lugar á que algunos de los que no habian aun entrado se ahoga-

char nunca con ventaja contra un ejército numeroso enardecido por la luz de sus victorias, no pudo ni podia vencer el hambre que se fué apoderando de la ciudad y abatiendo el ánimo de los que mas temian la esclavitud cristiana; y se vió obligado al fin á pedir la paz poniéndose á merced del enemigo. Envió á los Reyes Católicos á Alí Dordux, estableció algunas condiciones para la entrega, y fué luego segun algunos escritores á poner las llaves de la ciudad en manos de los dos monarcas. Hay quien supone que no se rindió, que fué entregada la ciudad á traicion por el mismo Alí, que entraron los cris-

altres foren aquí tallats á pessas. Vol se dir que seria restat lo moro sant, altres volen dir que dit moro isqué per l'acte devall scrit de la ciutat, altres volen dir que fonch altre moro qui volgué imitar lo Romá Quinto Mucio Scévola. Aquest moro, qui's vulla fós, fonch trobat per las gents d'un gran capità, e portat á aquell; anava tot nu e ab molta demostració de sanctimonia; pero diu se en aquell trist albornós ó drap qui'l cobria portava secreta una gomia. Aquest senyor lo pres, e com á moro sant vesti'l, cenyintli quasi per scarn una spasa e un punyal, e porta'l á la tenda del Rey, hora ja que'l Rey havia menjat e dormia; la Reyna empero no dormia. Feren la y dir; ella dix que ella no volia ohirlo sens lo Rey lo qual no volia despertar. En aquest temps per esperar, per quant la Bovadilla marquesa de Moya stava cerca de aquell real en sa tenda, e stava ab unas faldetas de brocat, e un gran senyor portogues apellat don Tal de Luna stava li al costat, diguerenlos com lo moro sant era aquí, si'l volian veure. La Bovadilla fonch molt contenta e ávida en veure'l, e metent lo dins la tenda lo moro stava molt alterat: la Bovadilla pensá's que havia fam ó set, maná li traguessen confits pera beure. Lo moro vehent la tant abillada e aquell senyor al costat, pensá's fossen lo Rey e Reyna, e tirá la spasa ó punyal, e arrullá's per ells tirant primer á la Bovadilla de la qual tallá alguns nirvis de las faldetas; e lo don Tal de Luna qui li stava al costat fo tantost penes á la Bovadilla, e lo moro donà li un gran colp al cap de part devant e altre al bras; e tantost los qui eran aquí abrassan se ab lo moro, e tantost lo tallaren á pessas. Ab lo gran tumult de la novitat lo Rey se despertá, e vista la tanta novitat feu pendre lo cors, e ab una car-

sen al querer pasar una lengua de mar, y fuesen otros despedazados. Dicen si quedó cautivo el moro santo: hay quien asegura que salió por el lugar de la ciudad abajo escrito, quién que el preso fué otro moro que quiso imitar al romano Quinto Mucio Escévola. Quien quiera que fuese, cayó este en poder de los soldados de un gran capitan que le llevaron á presencia de su gefe: iba desnudo y con muchas muestras de santidad, pero dicen que en su miserable albornoz traia oculta una gumia. Cogióle el capitan, vistióle como moro santo, ciñóle como por escarnio un puñal y una espada, y le llevó á la tienda del Rey en ocasion en que habia ya este comido y estaba durmiendo. No dormia la Reina y se lo comunicaron; mas contestó que no queria oirle sino en presencia del Rey, á quien no queria dispertar. Mientras esperaban, como estuviesen cerca de aquel real en su tienda la Bovadilla, marquesa de Moya, que llevaba unas sayas de brocado, y un gran caballero portugués llamado D. Tal de Luna, les preguntaron si querian ver al moro santo. Mostró la Bovadilla mucho contento y gran deseo de verle, y le introdujeron en su tienda. Estaba el moro muy turbado: creyó la Bovadilla que era de sed ó de hambre, y mandó traerle confites para que bebiese. Viéndola el moro con tan rico trage y con aquel caballero al lado, tomóles por el Rey y la Reina, tiró de la espada ó puñal, y los acometió dirigiéndose primero contra la Bovadilla, á quien cortó algunas cintas de las sayas. El D. Tal de Luna, que estaba á su lado, quiso salvar á la Bovadilla, y recibió dos terribles golpes, uno en la cabeza y otro en el brazo. En esto los que allí estaban se abrazan con el moro y le despedazan. Dispertó el Rey con el tumulto, y sabido el

tianos por el castillo y bajaron á la ciudad pasándolo todo á sangre y fuego; mas no es de presumir que fuese así, sabiéndose que la Reina intercedió por los moradores, y que los mas conservaron su vida, su libertad, su hacienda (1).

Velez Rubio, Vera, Mujacar y otros lugares no tardaron en abrir la puerta al vencedor, que al verse á poco rechazado de Huescar y Taverna, volvió al otro año con un ejército de cincuenta mil peones y doce mil caballos, y se presentó ante los muros de Baza, resuelto á no levantar el campo hasta dejar vencida una ciudad que consideraba

ta ab un trabuch feu lo lansar dins Málaga. Aprés los moros prenen dos catius cristians, diu se homens d'honor, e obriren los per la squena, e ab un ase tragueren los en lo real; car lo real e la ciutat stan vuy tant junst que no hi ha sino un foso al mitj. E axí ara tot hom stá ab orellas altas, car debans molts moros sens alguna temor venian de diversas parst besar las mans al senyor Rey. Los dias passats lo rey Xiquito, qui folga en Granada, tramés de grans presents á la senyora Reyna ab molta cerimonia; pero creu se poch fruyt. De Córdoba á XXV de juny 1487.»

hecho, mandó recoger el cadáver, y junto con una carta arrojarlo de un trabucazo á Málaga. Toman luego los moros á dos cautivos cristianos, segun dicen, gente de rango, los abren por la espalda, y los llevan caballeros sobre un asno al campamento de los Reyes, que está tan junto á la ciudad, que entre él y ella no media mas que un foso. Anda ahora todo el mundo muy sobre sí, asi como antes venian de distintos puntos muchos moros á besar las manos del Rey. Dias atrás el rey Chiquito (Boabdil), que está holgando en Granada, envió con muchas ceremonias grandes regalos á la señora Reina: créese, sin embargo, que con poco fruto. Córdoba 25 de junio de 1487.

(1) Por otra comunicacion del mismo Llitrá se sabe que el walí no quiso aceptar las capitulaciones estipuladas por Alí, pero no que fuese tomada la ciudad por asalto:

Aquesta ciutat de Málaga se donà dissapte apres mitj dia á xviii de agost entrevenint per los moros Alí Gorduix, home alcalde llur e riquissimo, lo qual obtingué salvetat de bens e vidas per si e per clxxx casas de moros per ell nomenadas e á las quals no es estada feta novitat alguna: tots los altres á mercé del Rey. Lo Capitá, empero, lo nom del qual no 'm recorda, ja mes no es volgut entrar en condició alguna sino que ha dit tant se dona si 'l matan o 'l cativan que mes ho amará que fer malvestat á son senyor. Fins vuy stá pres dins l' Alcassava servit empero honradament: no se que 'n será fet d' aqui davant, com en aquests secrets tot hom no y post entrar.

Esta ciudad de Málaga se entregó despues de las doce del sábado diez y ocho de agosto, mediando por los moros Alí Gorduix, su alcalde, hombre riquisimo que obtuvo salvedad de vidas y haciendas para si y ciento ochenta vecinos por él nombrados, á quienes no ha sido hecha cosa alguna: todos los demas á merced del Rey. El Capitan, empero, cuyo nombre no recuerdo, no ha querido entender en mas condiciones: ha dicho que tanto importa que le maten como que le cautiven, que prefiere esto á quedar mal con su señor. Hoy está preso aun en la Alcazaba, pero servido con mucha distincion: no sé qué van á hacer de él en adelante: no es dado á todo el mundo entrar en estos secretos.

Estamos persuadidos de que el autor de esta carta no hubiera omitido un hecho tan importante como el de haber sido tomada la ciudad á fuerza de armas, si la capitulacion de Alí Dordux, con quien mediarian otros tratos secretos, no hubiese puesto á los Reyes en posesion de Málaga.

no sin razon como uno de los principales centros del reino de Granada. Baza, que ya temia ese suceso, estaba prevenida: contaba con una guarnicion numerosa y valiente, con un caudillo resuelto, el esforzado Cidi Yahya, hijo de Celim de Almería, con vituallas para algunos meses, con la energía de sus hijos, que al tener cerca el peligro se mostraban decididos á morir antes que doblar la frente á la corona de Castilla. Mas no pudo hacer sino prolongar su resistencia: falta al cabo de víveres y perdida la esperanza de que Abdala el Zagal la socorriera, tuvo que pedir como las demas ciudades la paz que tanto aborrecia. Presentóse por ella Cidi Yahya al real de los vencedores, y obtuvo no solo la paz, sino condiciones tan generosas y palabras tan corteses, que lleno de sorpresa y de respeto, juró no volver á desnudar jamas la espada contra tan nobles reyes. Consolóse así algun tanto la ciudad; mas ¿cómo no habia de estar llena de amargura al verse sujeta á un poder estraño, y sobre todo al prever la ruina que amenazaba á todo el reino?

Cidi Yahya despues de la caida de Baza pasó á conferenciar con Abdala el Zagal, que á consecuencia de la derrota que sufrió delante de Velez Málaga, se retiró con sus parciales á Almería. Pintóle al vivo las inmensas fuerzas de que disponia el enemigo, las calamidades que iban á caer sobre su patria si se prolongaba una guerra tan desastrosa en sus resultados, la fatalidad que parecia pesar sobre todo el reino desde el funesto nacimiento de Boabdil, sobre cuya cuna habia sido ya profetizada la completa ruina del imperio, la magnanimidad de los príncipes cristianos, lo mucho que podia esperarse de ellos corriendo á ponerse á la sombra de su trono, la urgente necesidad que habia de entregarles las plazas que habian de arrebatar al fin anegándolas en sangre musulmana. Conmovió tanto á Abdala, que despues de haber guardado este un silencio profundo no pudo menos de soltar un suspiro y reconocer la mano del destino en todos los acontecimientos de su reino. «Bien lo veo, primo mio, esclamó Abdala; si no estuviese decretada la caida de ese imperio, esta mano y esta espada lo hubieran mantenido.» Resolvieron los dos presentarse á los Reyes para entregarles Almería y Guadix; estipularon para los vecinos de estas ciudades la conservacion de la libertad y la hacienda, y no recibieron en cambio sino algunos escasos dominios en el centro mismo de Granada. Obtuvo Yahya la

posesion de la taa de Marchena con sus villas, tierras y vasallos, y Abdala la de la de Andaraz, la del valle de Alhaurin y la de la mitad de las salinas de Maleha, cuya renta total ascendia á cuatro millones de maravedises; mas ¿cómo habian de poder gozar con tranquilidad de esos dominios, recordando que por ellos habian vendido al enemigo dos ciudades y viendo condenados á la servidumbre sus antiguos súbditos? Entregaron Almería y Guadix, y fueron causa de que desalentados en todas partes los muzlimes, alzasen los estandartes de los Reyes en Purchena, Taverna, Seron, Almuñecar, Salobreña y en casi todas las cumbres de la áspera Alpujarra; fueron causa de que ya no quedase en pié sino Granada, la ciudad de las cien torres, la cuna de los guerreros, el trono de los poderosos Alhamares, el baluarte de cuantos han pretendido sostener hasta el último estremo la independencia de su patria. Puede aun sostenerse por mucho tiempo esta ciudad; pero ¿hará mas que prolongar su agonía, abandonada ya á sus propias fuerzas y sin esperanza de encontrar quien le dé su mano para arrancarla del borde del sepulcro?

La pluma se resiste aun á describir su caida. Ultimo recinto de los que estuvieron ensangrentando la España durante siete siglos, parece que deberiamos sentir cierto placer al pintarla en su lecho de dolor agitada por los estertores de la muerte; mas nunca hemos podido ni podremos sonreirnos ante el espectáculo de un pueblo, condenado por la inexorable ley de los vencidos á sufrir la humillacion, á gemir eternamente en el seno de sus hogares, ó á dejar para siempre el cielo cuya luz abrió sus ojos. La gloria de los poderosos no logrará interesarnos nunca como el llanto de los débiles por mas que en aquellos veamos á nuestros abuelos y en estos á nuestros enemigos.

No descorramos aun el velo fúnebre que oculta la desgraciada suerte de Granada. Baza, Guadix, Málaga, Almería tienen monumentos que describir, recuerdos que evocar: corramos á incluirlas en nuestro album artístico antes que Granada se apodere de nuestro corazon, preocupe nuestra fantasía y encierre en el recinto de sus muros la imaginacion y los sentidos.

Baza, la antigua Basti, la que ya en el siglo XI vió enarboladas en sus minaretes las banderas de aquel temido emperador Alfonso que llevó sus armas hasta el corazon de Andalucía, la que á fines del

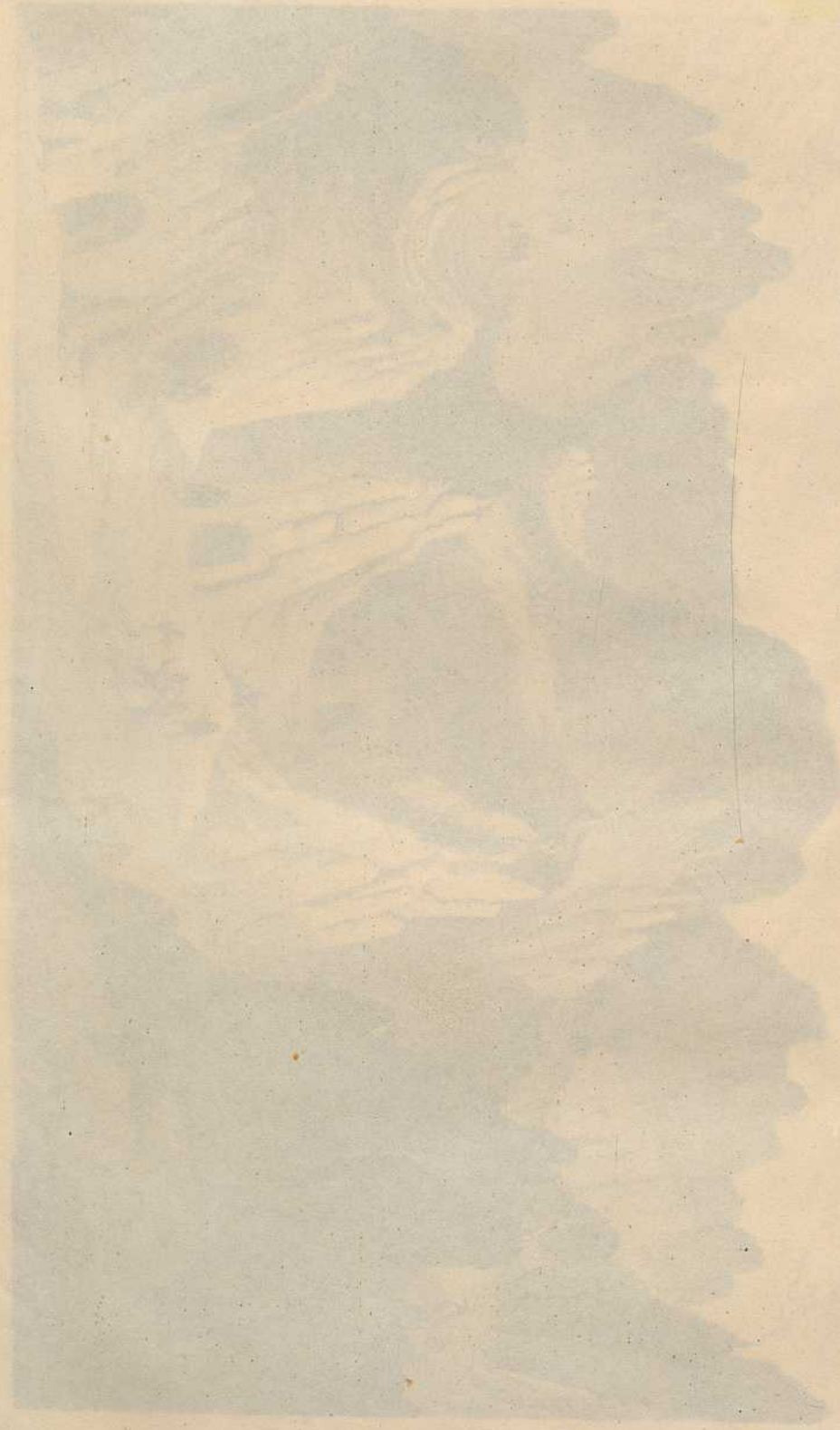
siglo XV rechazó de sus muros los ejércitos de los Reyes Católicos acostumbrados á hacer brotar bajo sus plantas la victoria, la que no cayó vencida sino despues de una resistencia heróica cuando ya la ahogaban el hambre y el número de sus enemigos, es aun una ciudad importante, ya que no por su grandeza ni por la magestuosa pompa de sus monumentos, por su pintoresca situacion en la falda oriental de una colina á cuyo pié se estiende una espaciosa vega, salpicada de cortijos que levantan sus blancas paredes entre las copas de árboles frondosos, animada por el murmullo de fuentes que deslizan sus aguas cristalinas entre riberas de flores, bañada por rios y arroyos que bajan de las ásperas vertientes de la sierra del mismo nombre, cubierta por todas partes de una vegetacion lozana que recuerda á cada paso la mano de los Arabes. Ostenta aun en lo alto los restos de su Alcazaba, de esa fortaleza bajo cuyas bóvedas suspiraron sus últimos héroes mas abatidos por el rigor de su destino que aquejados por las heridas que recibieron en batalla; levanta aun entre sus humildes casas los ennegrecidos muros de su colegiata, templo gótico de tres naves cuya restauracion fué debida á los reyes que la conquistaron, y cuya fundacion es atribuida por la leyendá á Recaredo; facilita aun alguno que otro dato para la historia del arte en su iglesia de Santiago el Mayor, cuya nave, construida en 1505, presenta los últimos reflejos del estilo monumental de la edad media casi apagados ya por los primeros rayos del Renacimiento. A pesar de la escasez de obras creadas por otros siglos conserva, como Baeza, cierto aire aristocrático y severo que nos hace meditar mas sobre lo pasado que pensar en lo presente: tiene casas ya ensombrecidas por el tiempo, adornadas con escudos de armas, algunos palacios levantados entre torreones, propiedad de los que estendieron sobre ellas sus espadas; y evoca todavía á nuestros ojos sombras de héroes y esforzados capitanes que rodearon de esplendor el trono de Castilla.

No es de mucho tan aristocrático Guadix, ciudad situada á siete leguas de Baza sobre un collado por cuya raiz corre un pequeño rio bajo la sombra de unos álamos. Cuenta tambien con algunos palacios sobre cuyos techos se levantan en los ángulos dos torres cuadradas, símbolos al parecer de dominio y de nobleza; mas no logra borrar con ellos la dolorosa impresion que causan en el ánimo sus

UNIVERSIDAD DE GRANADA
Hospital Real
Biblioteca

Dib.º del natural, y lit.º por F. J. Parcerisa.

BARRIO DE SANTIAGO.
(Guadix.)



Dib.º del nat.l y lit.º por F. X. Parcerisa.

Lit.de J.Donon C.Victoria,1

CASAS NATURALES ABIERTAS EN LAS TERRERAS.

muchas casas labradas en el fondo de unas colinas, ya aisladas, ya encadenadas unas con otras, cuyo color arcilloso se destaca tristemente sobre las blancas faldas de Sierra Nevada (*). Vive parte del pueblo en esas cuevas artificiales sin mas luz que la que reciben por su estrecha entrada, vive en la miseria; y apenas puede uno, al considerar esas lóbregas moradas, dejar de creerse trasportado á uno de esos lugares de la India en que no ha podido penetrar aun la civilizacion de Oriente. Ocupan estos subterráneos todo el barrio de Santiago, y los hay fuera de él hasta Purullena, presentando en algunos puntos el aspecto de castillos coronados de cubos y torreones, elevándose en otros á dos ó mas pisos, formando en otros bellos y pintorescos grupos: ¿qué idea pueden dar de un pais donde falta por otra parte la industria, donde reina un silencio sepulcral, solo interrumpido por la periódica agitacion de sus mercados? Los palacios de los nobles estan los mas en ruina; pero aun cuando no lo estuvieran, ¿para qué podrian servir sino para hacer mas violento el contraste que ofrece ya la vista de casas algo suntuosas y cuevas abiertas en lo interior de las terreras (**)?

No son tampoco muchos ni muy importantes los monumentos que abriga en su recinto. Guadix es la sucesora de Acci, de esa ciudad romana que mereció los honores de colonia y se hizo célebre por el culto que dió desde muy antiguo á los dioses Neton é Isis, símbolos del sol y de la luna; y no tiene ni un templo, ni ruinas que puedan recordar su origen, no tiene mas que algunas lápidas medio borradas por los siglos donde apenas cabe leer el nombre de los emperadores á que manifestó en público su agradecimiento (1). Fué la primera ciudad española que recibió la luz del cristianismo, fué, segun tradicion, la primera que acogió en sus muros á los enviados de San-

(*) Véase la lámina Barrio de Santiago en Guadix.
(**) Véase la lámina Casas abiertas en las terreras, alrededores de Purullena.
(1) Trasladamos á continuacion las lápidas mas interesantes que se conservan aun en la ciudad:

IULIA CHALCEDONICA
ISIDI. DEAE. D.
H. S. E.
ORNATA. UT POTUIT
IN. COLLO. H. MONILE. GEMMEUM.
IN. DIGITIS. SMARAGD. XX. DEXTRA

MAGNIAE UR
BICAE AUG. MA
TRI CASTRORUM
CONINGID. N
CARINI INVIC
TI. AUG. COL. IUL. G.
ACCIS DEVOTA NU-
MINI EJUS.

tiago, fué la primera que se postró á las plantas de Torcuato y derribó de sus altares los ídolos paganos, fué la que á principios del siglo IV tuvo la honra de ver presidir por su prelado Felix aquel famoso concilio de Elvira, donde por primera vez anatematizó la iglesia de España el culto idólatra de sus dominadores, fué la que mereció ya de Chindasvinto y Recesvinto la ereccion de una basílica en que fueron recogidos los sagrados restos de multitud de mártires (1); y nada, absolutamente nada conserva tampoco de esa época en que la miró con respeto todo el reino considerándola como la cuna de la nueva religion, el arca santa del Evangelio, la hoguera de donde partió el fuego que devoró los crímenes de un pueblo de guerreros embriagados con el placer de la victoria y embrutecidos por el descanso y la molicie que les habia proporcionado la conquista del antiguo mundo. No careció de importancia bajo el dominio de los árabes: en las sangrientas guerras civiles que les precipitaron á su ruina, sobre todo en las que agitaron el reino de Granada cuando empezó para él esa lenta agonía que le llevó al sepulcro, sirvió casi siempre de asilo y de baluarte á los príncipes caidos, fué su defensa, fué su apoyo, y debió principalmente á esto honores que la encumbraron sobre las demas ciudades. Sucumbió ante el cetro de los Reyes Católicos sin sangre, sin estruendo de armas, sin ver como otros pueblos pasados á sus hijos por la punta de la lanza, sin perder sus murallas ni sus monumentos al formidable rugir de los cañones; y nada guarda tampoco de los árabes, nada sino una alcazaba sobre cuyos muros medio derruidos solo grazna el buho durante la oscuridad y el silencio de la noche. Entraron en ella los Reyes Católicos, purificaron su mezquita, restauraron su antigua iglesia y la silla de sus prelados, lo afo-

(1) Consta este hecho por una inscripcion que existe en la ciudad, inscripcion que copiamos tal como la va á dar el Sr. Torres Lopez en la Historia de Guadix y Baza que está escribiendo:

In nomine dni. sacra*ta*	*rum* dominor nror *chin*
Est ecclesia domne m*emo*	*das*vindi et reccis*vindi*
rie crucis die ter*tio*	*re*gum et quinto dec*imo*
*id*us maias ann*is*	*pon*tificatus san*tis*
*Un*decimo et qua*rto*	*si*mi justi episc*opi*
*Re*gno gloriosiss*imo*	

Sigue esta inscripcion en otra cara de la misma lápida donde se refieren las reliquias de los mártires que se guardaban en dicho templo: creemos inútil copiarla por estar ya muy borrada y carecer por otra parte de interes.

raron (1), le concedieron mil privilegios y mercedes, le dieron por de pronto las villas y lugares de Goraf, de Alicum, de la Peza, de Huaneja (2), estendieron despues su término á los pueblos de Abla y Laurecena (3) que quisieron vivir bajo su jurisdiccion como vivian antes de ser vencidos por las armas castellanas; pero no posee de ellos mas recuerdos que de los demas héroes que le dominaron, no posee sino una que otra iglesia medio gótica, una casa-palacio, ya del todo bastardeada, que fué la residencia de sus corregidores, y una torre apoyada sobre una puerta de la plaza, que aun hoy despues de cuatro siglos es la única cárcel de este pueblo (4). Su catedral, que no deja de presentar grandiosidad y encierra casi las mismas bellezas y defectos que todas las del reino de Granada, es muy posterior: pertenece por entero al siglo XVIII, á ese siglo durante el cual en una nacion vecina cayeron las creencias al soplo de la filosofía y

(1) Fué dado el fuero de Guadix en el Real de la Vega de Granada á 12 de noviembre de 1491. Es casi igual al de Málaga.

(2) Se las dieron en uno de los artículos de la misma carta de Fuero: «Tenemos por bien é es nuestra merced é voluntad de dar por tierra é jurisdiccion desa dicha ciudad demas de las otras villas é lugares de su jurisdiccion para agora é para siempre jamas las villas é logares de Goraf é Alicum é la Peza é Hueneja segund é en la manera que lo solian en tiempo de los moros para que sean de su jurisdiccion é sujetas á la dicha ciudad de Guadix é que esten debajo de la jurisdiccion desa dicha ciudad é esten juntos é incorporados en ellos.» (De la obra del Sr. Torres Lopez.)

(3) R. G. dada en la villa de Madrid á 15 de mayo de 1499. Leg. G., núm. 17, Archivo mun. (De la citada obra.)

(4) «El Rey é la Reina: por quanto por parte de vos el Concejo, justicia, rexidores, cavalleros, escuderos, oficiales é omes buenos de la ciudad de Guadix nos fué fecha relacion diciendo que Nos tenemos en esa dicha cibdad una casa en la qual fasta aqui han posado los corregidores, é que por no haber quien procure las dichas casas estan maltratadas é para se caer é nos suplicastes é pedistes por merced que vos ficiésemos merced de la tenencia de las dichas casas para que esa ciudad las tenga é repare é posen en ella los corregidores; é otrosi nos embiásteis faciendo relazion que en esa dicha ciudad no hay cárcel en que esten los presos sino á mucho trabajo é con muchas prisiones, é que en esa dicha ciudad hay una torre sobre la puerta de la plaza pública que tiene disposicion para tener en ella cárcel, é nos suplicásteis é pedisteis por merced que vos fiziésemos merced de la dicha torre para que se fiziese en ella la dicha cárcel ó que sobre todo probeyésemos como la nuestra merced fuese, lo qual visto por nuestro Concejo é con nos consultado tovimoslo por bien é por fazer bien é merced á esa dicha ciudad, vos damos la tenencia de la dicha nuestra casa-palacio en que posen los corregidores, con tanto que las tengais bien reparadas en pié ó adobadas; é otrosi vos fazemos merced de la dicha torre que está sobre la puerta de la dicha plaza para que sea cárcel, con tanto que la dicha torre é cárcel tengais reparada é en pié; é por la presente vos damos poder é facultad para tomar é tener la posesion de todo ello segund é como dicho es, de lo qual vos mandamos dar esta nuestra cédula firmada de nuestros nombres. Fecha en la ciudad de Granada á diez dias del mes de agosto de noventa y nueve años. — Yo el Rey. — Yo la Reina. — Por mandado del Rey é de la Reina, Miguel Cristóbal Mora. Legajo Y., núm. 19. (De la misma obra.)

la religion al empuje de una de las mas tremendas revoluciones que han agitado el suelo de la vieja Europa.

Doloroso es á la verdad que hayan desaparecido así los vestigios de lo pasado en la mayor parte de esos pueblos de Andalucía, donde si no crea la imaginacion alcázares ni restos del Imperio, se espera cuando menos encontrar castillos enriscados sobre peñas, palacios árabes llenos de salas voluptuosas donde brota el agua entre paredes de estuco, de jardines encantados cuyos umbrosos árboles se mecen con dulzura sobre las copas de mármol de las fuentes, de risueños miradores cuyas bien labradas galerías dan vista á pintorescas enramadas, á verdes angosturas en que se precipitan rugiendo los torrentes, á valles dilatados en que serpentean los arroyos, á cerros cubiertos de nieve, nacarados al recibir los primeros reflejos de la aurora, encendidos en viva lumbre al morir el sol en las sierras de Occidente. Ocupáronlos los árabes durante siete siglos, tuvieron concentrada en ellos su fuerza y su riqueza: ¿cómo no creer que en su recinto habian de estar impresas aun las huellas de esos conquistadores cuya civilizacion era por otra parte la mas aventajada de Europa? Y los mas de esos pueblos no tienen sin embargo ni una piedra que recuerde su pasado: viven tristes y abatidos, sin carácter, sin color, sin un destello de poesía.

¿Qué conserva ya de los árabes esa misma ciudad de Málaga que fué cabeza de un pequeño reino, que estuvo cercada de sólidas murallas, defendida por tres fortalezas, adornada de una mezquita que sostenian numerosas columnas de ricos mármoles y jaspes, llena de bellos caseríos en cuyos patios se reflejaban las copas de frondosos árboles sobre las aguas de los estanques, rodeada de vergeles, de alamedas, de deliciosos viñedos donde crecian las grandes y sazonadas uvas que aun hoy constituyen su riqueza (1)? Llama todavía las

(1) Llitrá, que entró en Málaga inmediatamente despues de la conquista, describe así la ciudad:

Quant á la ciutat la qual sobre la mar stá situada no te sino dos ó tres carreras qui sian rahonables quant á la spaciositat: totas las altras carreras molt tristas é angustissimas que n' hi ha de tals que un ase delitos no s' hi poria voltar; las portas de las casas tristissimas é molt despecte cosa

La ciudad, que está situada junto al mar, no tiene mas que dos ó tres calles razonablemente espaciosas: las demas son tristes y tan estrechas, que en algunas una caballería algo lozana apenas podria rebullirse. Las fachadas de las casas son tambien muy tristes y de muy mal aspecto;

Dib.ª del nat.l por J.Vallejo

Lit.ª de J.Donon.

Lit.ª por J.Parcerisa.

MALAGA.

miradas del viajero esa antigua reina del Mediterráneo por estar sentada graciosamente en la llanura, á la orilla del mar, en el centro de un semicírculo de montes á cuyos piés saltan el Guadalhorce y el Guadalmedina entre fecundos valles; llámalas sobre todo por lo bello de sus alrededores, por la animacion de su puerto, en cuyas aguas anclaron tantas veces las armadas de Cartago y Roma y las humildes naves labradas en las playas de la Siria; llámalas por el movimiento mercantil de su muelle, donde asoman en confusa variedad trages de muchas provincias y naciones, por la vasta estension de sus establecimientos industriales, donde centuplica el hombre sus fuerzas rompiendo osadamente los límites que Dios al parecer le impuso; mas no las llama ya por ninguno de sus antiguos monumentos, ni por su mezquita, sobre cuyas ruinas ha sido levantada una catedral greco-romana, ni por sus casas árabes de que no quedaron ni vestigios, ni por sus fortalezas, que ó desaparecieron ó fueron invadidas por la ciudad moderna ó desfiguradas por las nuevas exigen-

á la part de la carrera, á la part empero interior hi ha de molt bellas casas no molt grans pero molt pintadas é molt delitosa cosa: en mitj los patis totas tenen alguna manera d' arbres é cascuna son pou. La murada de la ciutat molt fort é molt spessa de torres segas, sens empero que en dita murada no ha scala alguna, sino algunas que de nou havian fetas al modo d' scala d' arbre de nau. De plassas no n' hi ha alguna: la mesquita principal, é ara *Seu* sots invocació de Nostra Dona, molt gentil cosa quasi la mitat menor de la de Córdoba é composta en aquella manera; ço es sobre columpnas de mármor é de jaspis feta com un fermall é tota storinada; en la qual *in continenti* la Señora Reina doná un tros de la vera creu é hi feu metre de bellas campanas que ja portaba, com ne portá, sus de xxx pessas las quals ha distribuidas entre Málaga é los altres locs qui aquest añy se son guañyats: la qual esglesia te molt bella claustra *seu verius* pati.

pero no su interior. Las hay muy bellas, no muy grandes, pero si bien pintadas y en estremo deliciosas. En los patios todas tienen árboles y pozo. Es la muralla de la ciudad muy sólida y de muchos torreones cegados, pero sin mas escaleras que las que habian hecho nuevamente á semejanza de las de los palos de los buques. No hay plazas: la mezquita mayor, ahora Catedral bajo la invocacion de Nuestra Señora, es muy gentil, casi la mitad menor que la de Córboba y construida por el mismo estilo, es decir, sobre columnas de mármoles y jaspes. Está labrada como un joyel y muy adornada. Dióle en continente la Señora Reina un pedazo de lignum crucis, y mandó luego poner en ella hermosas campanas que llevaba consigo: las llevaba en número de mas de treinta, que distribuyó entre Málaga y los demas lugares ganados en este año. Tiene esta iglesia muy bello claustro, ó por mejor decir, patio.

En otro párrafo hace mencion de las celebradas uvas de que hablamos en el texto:

A la part, empero, de las muntanyas... moltas viñas para pansas ab uns reyms molt specials axi en sabor com en grossea, sols ab un gra.

A la parte, empero, del monte... muchas viñas para pasas que producen uvas muy especiales tanto en sabor como en tamaño, de solo un grano.

cias del arte de la guerra. El castillo Genovés, que se adelantaba sobre la misma lengua del mar, pereció sin dejar huella; la Alcazaba, que erguía sobre la ciudad su cuadruple corona de muros, no conserva sino dos líneas de torreones sobre cuyas gigantescas ruinas ha sentado la poblacion de nuestro siglo sus frágiles moradas; el castillo de Gibralfaro se alza aun en la cumbre de un cerro con sus imponentes murallas y amenazadoras baterías, pero mutilado ya, desfigurado, rota la comunicacion que le unia con la Alcazaba, y le hacia parecer inespugnable á los que tenian sitiada la ciudad en 1487.

¡Qué interesantes, sin embargo, son aun los restos de esa Alcazaba entre cuyas torres se distinguen por su espantosa grandeza al Norte la del Vigía y al Sud la de la Vela, donde el dia de la conquista subió á fijar una cruz de plata D. Pedro de Toledo! Por cualquiera de las dos cuestas que á ella conducen llega el viajero á una puerta llamada de Hierro, puerta profundísima donde los arcos árabes de ojiva y de herradura cargan sobre fragmentos romanos, sobre fustes de columnas estrañamente mutilados, sobre capiteles corintios que parecen revelar la existencia de uno de los mas grandiosos monumentos que levantó la mano del antiguo Imperio (*). Quedaron en pié otras dos puertas conocidas con el nombre de Arcos de Cristo y Cuartos de Granada; pero ninguna presenta el carácter ni el severo conjunto de la de Hierro, á cuyo interior baja luz por una rampa que conduce á la que fué en otro tiempo plaza de armas. A la vista de estas puertas se exalta la fantasía y se cree oir aun las formidables luchas que tuvieron lugar en esa fortaleza, cuando despues de la ruina del Califato de Córdoba alzóse en Málaga un trono que mancharon cien veces con sangre andaluces y africanos. No escitan ya tantos recuerdos los torreones que levantan entre una y otra sus sólidas paredes compuestas de piedras enormes y dobles hiladas de ladrillos; pero respiran aun poesía, conservan aun cierto aire misterioso sobre todo al rodearlos las vagas sombras del crepúsculo de la tarde. Las casas recien levantadas sobre sus ruinas estan todas blanqueadas, rodeadas unas de árboles, ceñidas otras de flores, y ofrecen con ellos un contraste que halaga la imaginacion, seduce los sentidos y baña el alma en la melancolía.

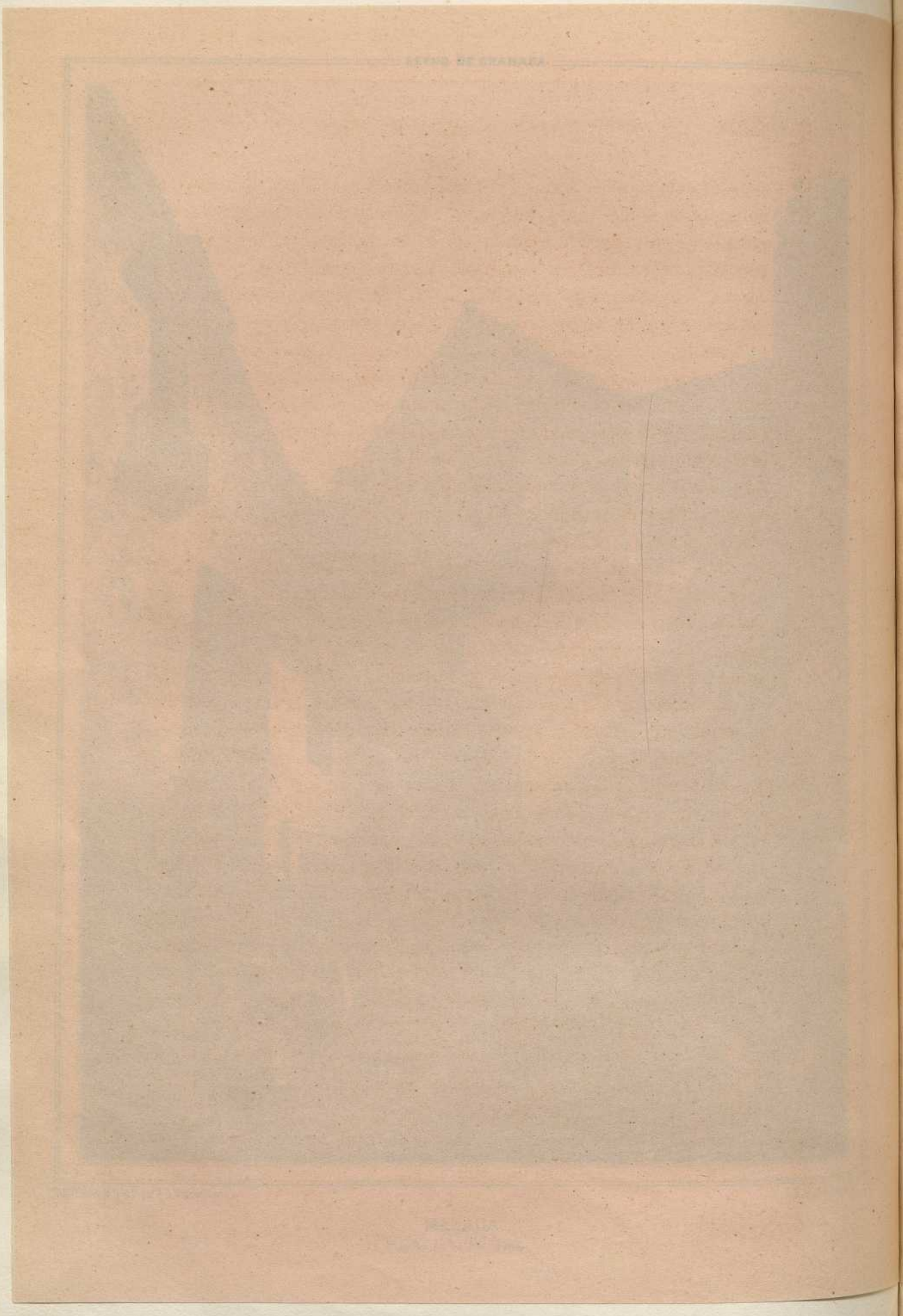
(*) Véase la lámina Puerta de la Alcazaba.

Dib.do del nat.l y lit.do por F. J. Parcerisa

Lit. de J. Donon

MALAGA.

Puerta de la Alcazaba.



Despues de esos restos de la Alcazaba merece ser visitado otro monumento árabe; mas ¿qué se podrá ya ver de sus antiguos constructores sino un magnífico arco de herradura sobre un ancho murallon coronado de pequeñas troneras y viejos matacanes? Está el arco encerrado en un cuadro bellísimo y sencillo; tiene almohadillado el paramento; lleva en sus enjutas dos escudos con leyendas árabes; manifiesta en todas sus partes delicadeza y gusto; mas está ya enteramente aislado, afeado por una puerta cuadrada y baja, desfigurado por una ventana con reja de hierro abierta en el centro de su espaciosa area, y toda su riqueza y hermosura no pueden ya servir mas que para hacernos sentir la pérdida del edificio á que en tiempos mas felices abrió paso. Las Atarazanas de que formó parte ya no existen: queda solo en su lugar un parque de Artillería que en nada revela ya la mano del artista.

Málaga, como todas las ciudades comerciales, mira al parecer con indiferencia los monumentos que le legaron sus dominadores. No solo ha visto caer una tras otra las obras de los árabes; ha visto sin levantar la voz arruinarse y desaparecer uno tras otro los templos levantados por los cristianos que la repoblaron. La antigua Iglesia Mayor ha sido devorada por una catedral greco-romana, sin que haya quedado de ella mas que la puerta del Sagrario, en cuyas exageradas ojivas, corridas de bellos follages y de figuras de santos cobijadas por enmarañadísimos doseles, se ve sucumbir y espirar el arte gótico. El hospital de Sto. Tomás, que fundó Diego García de Inestrosa en su testamento de 5 de agosto de 1504, solo conserva de su primitiva fábrica un arco rebajado dentro un marquito de menudas hojas, junto al cual ostenta un humilde ajimez sus formas árabes (1). La iglesia de Santiago, erigida á principios del siglo XVI, no recuerda ya su orígen mas que en una sencillísima fachada á cuyo pié se alza

(1) Hemos encontrado este testamento en el Archivo Capitular de la misma ciudad. En él se lee: Item considerando los beneficios é mercedes que Dios Nuestro Señor sin yo merecerlo me quiso hacer por su gran misericordia é bondad, deseando é queriendo facerle señal de servicio é agradecimiento perpetuo, mando que las casas mias principales donde al presente vivo, que es junto á la Iglesia Mayor, sea fecha hospital de la vocacion del Bienaventurado apóstol Sto. Tomás, á quien yo so mucho obligado é devoto, á quien yo dejo por universal heredero de todos mis bienes asi muebles como raices despues de cumplidas las mandas particulares que yo mando hacer é cumplir, asi los bienes de Sevilla como los de Málaga como de Alhaurin é Laulin é Benaque é Macharabiaya é Cártama con las tierras é cortijos que yo tengo en la ciudad de Antequera. (Legajo 1, núm. 22.)

una torre de planta cuadrada embellecida con toscos relieves moriscos y coronada de una pequeña cúpula de azulejos que recuerda aun los minaretes de las mezquitas musulmanas. Todo debió ceder el paso al estilo de la restauracion, que vino á sentar otra vez su imperio sobre las ruinas de toda la edad media, estilo que encierra en sí magnificencia y hermosura, pero que lleva consigo una frialdad y una monotonía incompatibles con el ardor de nuestros sentimientos religiosos.

Levántase la fachada mayor de la nueva catedral al norte de una plaza irregular animada por el murmullo de una fuente cuyas aguas se derraman por los bordes de una doble copa. Tres soberbios arcos apoyados en ocho columnas corintias constituyen en ella la entrada al interior del templo; un segundo cuerpo de orden compuesto igual en su distribucion al primero alumbra con torrentes de luz las vastas naves; dos torres magestuosas incompletas aun son sus mas firmes estribos y su mas bello adorno. No carece de gallardía ni deja de contener bellezas; pero está afeada por accesorios inútiles, por detalles ridículos, por una ornamentacion inoportuna. Debajo de las plenas cimbras del primer cuerpo figuran en el tímpano otros cuerpos arquitectónicos destinados tan solo á contener altos relieves encerrados en pésimos escudos. Las puertas del templo estan entre otras columnas corintias que no guardan armonía alguna con las que decoran el conjunto. Divide los dos cuerpos de la fachada un rico entablamento sin que lleve sino un mal antepecho sobre su cornisa. Está el segundo cuerpo subdividido, cuajado de molduras, lleno de claraboyas y ventanas, y presenta por todo remate una balaustrada interrumpida por frontones rotos, desproporcionados, sin objeto. Las dos torres estan atestadas de pilastras, de balcones, de aberturas simuladas, de adornos raros é incoherentes: ¿qué sentimiento cristiano puede dispertar en el alma? ¿quién sino el crítico podrá detener en una fachada tal sus ojos? El arte parece haber sido para su autor solo un juguete. Dios, á quien consagraba su obra, no le inspiró ni un solo pensamiento.

Dividen el interior del templo tres anchas y espaciosas naves cuyas bóvedas cubiertas de relieves descansan sobre altos pilares ceñidos de columnas corintias. Está el coro en el centro, el tabernáculo en un presbiterio aislado lleno de cuadros y molduras, los altares

consagrados á los santos en el fondo de grandes capillas abiertas en los muros de las naves laterales. Dos elegantes portadas decoran los estremos del crucero; mármoles blancos y azules cubren el pavimento; suntuosos plafones revestidos de oro y colores sirven de clave á sus inmensas bóvedas. Respira magnificencia y grandiosidad en el conjunto, riqueza en los detalles; pero no llega siquiera á satisfacer los sentidos con aquella armonía de líneas que es propia de su estilo. Los pedestales de los pilares son circulares y sin gracia, los capiteles de las columnas pesadísimos, los entablamentos, aunque ceñidos á las reglas del arte, demasiado grandes. Los arcos de las bóvedas no cargan directamente sobre los pilares, sino sobre una columna que estos llevan en lo alto de su cornisa. Las capillas presentan una desmesurada anchura, las luces sobran, la monotonía reina en todas partes.

No son notables en este templo sino algunas capillas que contienen objetos de pintura y escultura. En la de los Reyes cabe admirar aun la imágen de la Vírgen que, segun tradicion, llevaron Fernando é Isabel en sus campañas. Junto á la de S. Francisco, donde estan echadas sobre la losa del sepulcro las figuras de dos prelados, hay una cuyo altar lleno de imágenes y afiligranados doseletes deja entrever aun el estilo gótico en el último período de su decadencia. En la de la Encarnacion, al pié de un altar de mármol que sostienen ocho columnas, álzanse los bellos sepulcros de José Molina y Bernardo Manrique, obispos cuyas figuras estan de rodillas sobre la cubierta vueltos los ojos y las manos á la Vírgen. Cuelga al fin de una de las del trascoro un cuadro de Alonso Cano en que está pintada con valentía y singular belleza la adoracion de la Vírgen por los Santos que rodean el trono del Eterno. Se esplaya el ánimo al descubrir en esas frías y monótonas catedrales cualquiera composicion que revele algo de fé religiosa en el artista.

No tienen mayor número de bellezas las puertas laterales. La de las Cadenas es la que mas atrae las miradas del viajero, y aun no por su hermosura ni por el pensamiento que pueda darle vida, sino por lo caprichoso y raro de sus líneas, por lo complicado de sus detalles, por la incoherencia misma de sus adornos. Una ancha y profunda cimbra apoyada en un entablamento que sostienen en cada lado cuatro pilastras corintias abre paso á una puerta de arcos concéntricos apo-

yados en dos columnas de gallardas proporciones. Corre sobre estos arcos, en cuyas enjutas estan entallados en la piedra dos grandes mascarones, un entablamento sostenido por otras dos pilastras, entre las cuales asoma un arco encerrado en otro mayor, que no son mas que un puro y trivial adorno. Sobre la plena cimbra de entrada álzanse otros dos cuerpos; pero tan sobrecargados de balcones, tan llenos de estrañas aberturas, coronados de frontones tan ridículos, que la vista corre involuntariamente hácia dos altos cilindros que ocupan los ángulos de tan singular fachada. Presentan estos cilindros bellas estrías y largos paramentos que ya les dan el aspecto de torres, ya el de columnas gigantescas privadas de sus respectivos capiteles.

Triste, muy triste es ver tan adulterada el arte en este y otros templos: no se descubre en ellos ni sentimiento ni inteligencia, ni hay nada motivado por el gusto, ni estan siquiera entendidas las leyes del estilo á que lo sujetaron sus autores. Fué empezada esta catedral en una buena época, pero continuada y sobre todo concluida en un período fatal para las artes. Esta ha sido su mayor desgracia, esta ha sido la causa principal de sus defectos. Concibióse el proyecto de la nueva obra en 1528 en que D. Bernardino de Contreras, provisor por Cesar de Riario, patriarca de Alejandría, presentó la muestra y traza de ella ante un respetable concurso, compuesto del cabildo, el corregidor de la ciudad, el alcalde mayor, seis regidores, dos jurados y muchos hidalgos vecinos de Málaga que fueron invitados al efecto (1); mas á pesar de la actividad con que procedió el

(1) Sesion del cabildo del 29 de marzo de 1528. «Domingo 29 dias del mes de marzo año del nascimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y veinte y ocho años, estando en las casas del cabildo de la dicha iglesia, donde comunmente se suelen ayuntar los revdos. ss. dean é cabildo de la dicha iglesia que es en la claustra de la dicha iglesia nombrada por el reverendo Sr. Dr. D. Bernardino de Contreras, provisor en la dicha iglesia por el Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Cesar de Riario, patriarca de Alejandría, obispo de Málaga para la causa é negocio infra escripto, conviene á saber el licenciado D. Andrés Lopez de Frias, alferez de S. S., dean, D. Juan Cea, arcediano de Málaga, D. Antonio de Hojeda, tesorero, D. Lorenzo de Padilla, arcediano de Ronda, D. Pedro Amato, arcediano de Velez, D. Bartolomé de Vaena, prior, Gonzalo Sanchez, Diego Megía, Juan de Logroño, Francisco del Pozo, Juan de Angulo, el licenciado Alonso Fernandez de Valde Olivas, Cristóbal de Mosquera, Pedro de Orihuela, canónigos, é Juan Escudero, Pedro Tamayo, racioneros, é Antonio Bocanegra, Antonio de Aguilar é Luis Lopez, capellanes en la dicha iglesia, é los ss. Hernan Perez de Lujan, corregidor, é el licenciado Fernando de Monzon, alcalde mayor, Francisco Lobato, alguacil mayor, Gutierre Gomez de Fuensalida, comendador de los bastimentos, D. Gomez Manrique, comendador de la orden de Ca-

Dibº del natl. y litº. por F. J. Parcerisa. Lit. de J. Donon. Fig. por Vallejo

CATEDRAL DE MALAGA
(puerta de las cadenas.)

CATEDRAL DE MALAGA

provisor y el celo con que se exhortó á los fieles á contribuir á los gastos de fábrica auduvo tan lentamente la obra, que en sesion de 15 de enero de 1665 el piadoso prelado fray Alonso de Sto. Tomás propuso al cabildo á fin de poder continuarla que interpondria su influjo con el Rey para alcanzar de S. S. la concesion de dos mil ducados anuales por espacio de diez años. Ofreció por de pronto fray Alonso cuatro mil ducados, y acordó el cabildo en el mismo dia dar de su mesa capitular otros mil quinientos al año durante el mismo decennio; pero ni aun así pudo medrar el nuevo monumento, que para colmo de desventura padeció grandes estragos en 1680 á causa de un violento terremoto. Siguió incompleto y medio derribado hasta octubre de 1719 en que el Ilustrísimo Sr. Cozar dió para irlo reparando el importe de sus coches, y á instancias del dean señaló el cabildo mil ducados anuales para el mismo objeto. Merced á estas dádivas y á los arbitrios que concedió el Rey en mayo de 1723 notóse entonces alguna animacion en la obra: ¿cómo estaria, empero, antes de esta fecha cuando en el acta de la sesion celebrada en 28 de marzo de 1753 leemos que el cabildo recibió del obispo dos libranzas de cuarenta mil ducados para el cerramiento de las bóvedas?

latrava, el comendador Gomez Suarez de Figueroa, Hernando de Ancibuy, Juan de Torres, Gabriel de Conela, regidores, Juan Diez é Juan Cid, jurados, Pero Laso de la Vega, Gregorio de Rojas, Jorge Proanio, Diego de Catalles, R.° de la Fuente, Sancho de Monasterio, Diego de Avila é otros muchos nobles vecinos de la dicha cibdad; el dicho Sr. provisor dijo en presencia de los dichos señores que con el ayuda de Ntro. Sr. queria hacer comenzar á edificar la iglesia mayor desta cibdad, para lo qual él ha hecho hacer una de muestra y traza é ha hecho venir á esta cibdad al maestro Enrique, maestro mayor de la iglesia de Toledo, así para que viese la dicha traza como para que viese el lugar y sitio donde la dicha iglesia se ha de edificar y sobre todo diese su parecer; el qual dicho maestro, juntamente con Pero Lopez, cantero, lo han visto todo y dicen que la dicha traza está muy buena y el tamaño de la iglesia es muy bueno, y han señalado donde la dicha iglesia se edifique: por tanto que suplicaba á sus mercedes, pues el efecto de esta obra era para el servicio de Ntro. Sr. Dios donde su santo nombre fuese loado, honra de los cavalleros vecinos desta cibdad y de muchas personas de diversas partes que á él vienen por ser como es puerto de mar, que cada uno dijese su parecer, para que visto y acordado por todas sus mercedes con el mejor parecer y acuerdo se comenzase. E luego todos dichos señores comenzaron á praticar muy largamente con los dichos maestros preguntándoles qué tanta largura, anchura y altura avia de tener la dicha iglesia y quántas navadas y quántas capillas y qué tan grande cada una; y los dichos maestros dando cuenta y razon á cada cosa que les han preguntado, y despues de muy largamente aver praticado en ello, fué acordado por todos los dichos señores que la dicha iglesia se comienze conforme á la traza y muestra que los dichos maestros allí mostraron, la qual se firmó de dicho Sr. provisor é de los dichos maestros, y que se edifique en el lugar y sitio donde los dichos maestros han señalado, y que el fundamento della sea muy perfecto, porque así se acabará mediante Ntro. Sr. para cuyo servicio la dicha iglesia se hace.» (Archivo Capitular, libro de Actas Cap.)

Despues de tantas pensiones y arbitrios, despues de haber sido asignados ciento cincuenta mil ducados sobre las rentas del muelle por real cédula de 1754, tuvo que suspenderse en 10 de enero de 1765 la continuacion de las torres de la fachada: hoy está aun una de ellas incompleta: ¿puede darse mayor idea del coste de esta fábrica? ¡Lástima que tantos sacrificios hayan debido dar tan tristes resultados (1)!

Escasean en Málaga los monumentos, y los pocos que permanecen en pié carecen en casi todas sus partes de unidad y de interes artístico. La iglesia de Santiago, la de Sto. Domingo que levanta sus humildes muros junto al puente de Guadalmedina, la del convento de la Victoria levantado sobre la misma huerta del Acibar, en que estuvo sentada la tienda de campaña de la Reina Católica, ninguno de los pequeños templos diseminados en la ciudad ofrece campo á la imaginacion ni placer á los sentidos, ninguno presenta siquiera un solo rasgo de genio. Debajo de la iglesia del convento de la Victoria hay un panteon donde estan enterrados los condes de Villalcazar; y hasta en aquella mansion de la muerte campean frívolos y caprichosos adornos que llegan á provocar una sonrisa de desprecio.

Málaga tiene en cambio una animacion que no se observa en ninguna de las ciudades de aquel reino, ni aun en la misma Granada, que fué hace cuatro siglos una de las mas brillantes capitales de la culta Europa. Quedó despues de la conquista sin mas vecinos que Alí Dordux y otros ciento sesenta moros propietarios; y llegó por lo pronto á un estado tal de abatimiento que, desierta como quedó la Alcaiceria, estaban ya derribadas muchas de sus tiendas en mayo de 1489, y otras estaban amenazando ruina (2). Conocieron los Reyes Católicos cuánto importaba rehabilitar una ciudad situada tan bellamente á las orillas del Mediterráneo, le dieron una carta de poblacion, otra de fuero (3), le concedieron ferias y mercados, ofrecie-

(1) Hemos sacado todos estos datos del mismo libro de Actas Capitul.

(2) «Otrosí porque somos informados de Cristóbal Mosquera é Francisco de Alcaras, nuestros repartidores de la dicha cibdad de Málaga, quel circuito del Alcayzeria de la dicha cibdad es todo tiendas é estan caidas é mal reparadas por no aver quien las repare, porque aquellas con las otras de la dicha cibdad es mucha cantidad de tiendas é que sería é es mas nuestro servicio que se diesen por solares de casas que no que las dichas tiendas se cayan, por ende mandamos á los dichos nuestros repartidores que repartan la dicha Alcayzeria á quien entendieren que mas prestamente ó mejor las podrán labrar de casas.» R. C. dada por los Reyes Católicos en la ciudad de Jaen á 27 de mayo de 1489. (Archivo municipal, lib. 1, f. 2.)

(3) La carta de poblacion es la R. C. citada en la nota anterior: la de fuero,

ron grandes mercedes á los que de nuevo la poblasen, convidaron á vivir en ella á los Genoveses que ya ocupaban uno de sus barrios en tiempo de los moros (1), le permitieron reanudar con las costas de Africa las relaciones comerciales que habia tenido con ellas durante la dominacion romana (2), dispusieron cuanto estuvo á su alcance para reparar sus muros (3), levantar las casas caidas, poner en estado de defensa los castillos, embellecer la ciudad con nuevos edificios, no descansaron hasta dejar allanado el camino de su engrandecimiento; y lograron ya antes de morir verla poblada, floreciente, dispuesta á hacerse entre las ciudades marítimas la Málaga de los árabes, romanos y fenicios. Creció de dia en dia, prosperó, se hizo rica y poderosa; y cuando se ha encontrado estrecha dentro de su recinto, ha invadido la Alcazaba, ha saltado los muros que la oprimian, se ha estendido por la llanura mas allá de la ribera de Guadalmedina. Se ha desde entonces remozado, embellecido: á las tristes fachadas de las casas fabricadas por los moros ha sustituido otras no muy elegantes pero alegres, pintadas de risueños colores, animadas por anchos balcones que cubre tal vez en forma de cortina la verde enredadera: en lugar de su celebrada Alcaiceria ha levantado

dada en Sevilla á 6 de mayo de 1490, está continuada en el mismo lib. 1, fol. 59.

(1) «Otrosí es nuestra merced que si se fallaren tales personas ginoveses que quieran facer y labrar las casas que antes eran de ginoveses á la ribera del mar de la dicha cibdad, que los dichos nuestros repartidores les señalen é den suelos para en que las hagan é labren, é que labrádolas sean suyas é puedan facer é fagan dellas despues de labradas é fechas todo lo que quisieren é por bien tovieren como de cosa suya propia, porque labrándolas Nos les facemos merced dellas.» (R. C. de 27 de mayo de 1489.)

(2) Los Reyes Católicos obtuvieron para ello permiso de S. S., que lo concedió: «acatando que las dichas cibdades é villas é lugares que Nos avemos ganado é esperamos ganar con la ayuda de Ntro. Sr. en el reyno de Granada de los moros enemigos de Ntra. Sta. Fé Católica, especialmente las cibdades é villas é lugares dellas que son en la costa de los mares acostumbran tratar é trataban antiguamente con los moros de allende en las partes de Africa, é siendo informado que si este trato é comercio agora cesase, las dichas cibdades é villas é lugares del dicho reyno de Granada no se podrian bien poblar ni los vecinos dellas sustentarse... etc.» (R. C. fecha en Córdoba á 8 de noviembre de 1490, lib. 1, fol. 17.)

(3) «Otrosí por quanto los muros de dicha cibdad han menester repararse é labrarse luego, porque ansi cumple á nuestro servicio é á la buena guarda della, nuestra merced é voluntad es de nombrar é nombramos por obrero para que faga labrar é reparar los dichos muros é edificios de la dicha cibdad á Fernando de Arévalo por dos años que comienzen desde primero de enero deste presente año de ochenta é nueve, é que lo que montare en la costa y labor de los dichos muros se aya de pagar é pague de lo que mandáremos dar de propios á la dicha cibdad de los dichos dos años, porque pasados los dichos dos años dende en adelante la dicha cibdad nombre obrero para las dichas labores de dos en dos años.» (R. C. de 27 de mayo de 1489.)

los pasages de Larios y de Heredia: los jardines que adornaban el interior de sus viviendas los ha trocado con una hermosa alameda, entre cuyos árboles figuran bustos de mármol y una fuente que deja caer sus aguas por los bordes de una triple copa. No satisfecha con el movimiento que da de sí el comercio, ha abierto grandes talleres industriales donde elabora el algodon y sujeta el hierro á todos sus caprichos, ha animado con ellos su campiña, que se estiende hasta el pié de unas sierras sombreada en algunos puntos por frondosos árboles é interrumpida en otros por colinas pintorescas cubiertas de vides y alquerías, ha construido un muelle nuevo paralelo al viejo, ha mejorado notablemente su puerto que, segun espresion del citado Llitrá, era semipuerto y semiplaya. Ha sido muchos tiempos llave y cabeza de Andalucía, y no será dificil que reconquiste su puesto atendido su incesante progreso, atendida sobre todo la rápida decadencia en que se encuentran Cádiz y todas las ciudades del reino de Granada.

Rivalizó durante la edad media con Málaga la ciudad de Almería, que dista de ella cuarenta leguas; pero no rivaliza hoy, en que yace triste y silenciosa en su desierta playa. Almería es ya un cadáver animado por el galvanismo: apenas presenta vida sino cuando va á agitarla el estrangero tumulto de sus ferias y mercados. Sus calles estan casi siempre solitarias; en sus paseos no se oye de ordinario mas que el susurro de los árboles. La industria no levanta allí la voz sino al pié de las olas del mar, donde se funde y se trabaja el plomo, el comercio está en un espantoso abatimiento, la agricultura perece por no tener aguas que fecunden la espaciosa vega. El árbol que mas abunda en la ciudad y sus alrededores es la oriental palmera, esa planta importada por los árabes que crece en los secos arenales del desierto.

Está sentada tambien Almería á la orilla misma del mar, en un valle que forman dos cerros coronados por una alcazaba y un castillo. Ciñenla altas murallas que bajan de las inmediatas fortalezas y se estendieron probablemente en otro tiempo hasta otra peña reflejada por las aguas del Mediterráneo; pero sin contener en su recinto mas que las casas de la ciudad vieja, dividida del populoso barrio de las Huertas por los mismos muros y un paseo que llaman la Alameda. Descuellan sobre las bajas azoteas del casco de la ciudad los templos

de Sto. Domingo, S. Pedro y Santiago; levanta sobre todos la frente una orgullosa catedral cuyas paredes cortadas por almenas y torreones recuerdan aun los monasterios feudales de los siglos medios; álzanse sobre la catedral los restos imponentes de los dos alcázares; y el viajero cree distinguir aun en el conjunto la sombra de esas antiguas sociedades en que hasta la iglesia era guerrera y los pueblos tenian siempre sobre sí la espada de su señor y la cuchilla del verdugo. Todo presenta cierto carácter sombrío y melancólico en esa ciudad antigua, hasta las mismas vertientes de sus cerros que cubre el espinoso chumbo. Estiéndese por ellas el barrio de S. Cristóbal, y estan todas sus casas tan aisladas y tan al abrigo de las ruinas que coronan las cumbres, que en él mas que en ningun otro punto se siente pesar sobre ese pueblo la mano de lo pasado. Presenta aun la ciudad en su parte material el risueño aspecto de casi todas nuestras poblaciones marítimas, limpias y aseadas sus calles, pintadas y bien decoradas sus casas, rodeadas de pórticos y animadas por jardines algunas de sus plazas; mas no bastan esas ligeras bellezas para suplir la vida y la animacion de Málaga, de la que se distingue hasta en el habla y el trage de sus habitantes, vestidos de anchos zaragüelles y chalecos de seda labrados, como los que usan en los reinos de Murcia y de Valencia.

Tiene en cambio Almería interesantes monumentos. Está aun en pié su catedral: levántanse aun orgullosas y formidables sus gigantescas fortalezas, que corren del mar al monte, del monte al valle, del valle á la cumbre de otro cerro, del cerro á la ciudad, que oprimen con una larga cadena de torreones. Ocupa su Alcazaba la cúspide de un monte sembrado de ruinas y cubierto de nopales en cuya falda hay torres medio caidas que abren paso á dos estensas plazas, rodeadas de altos y estrechos muros con almenas. No ofrece ya la primera de estas plazas mas que unas bóvedas de ladrillo que cubrieron al parecer la galería de un aljibe y una cisterna profunda cuyos prolongados ecos dispierta la piedra que hace tal vez rodar en su fondo la planta del viajero; pero no deja de escitar todavía un vivo interes la segunda, sobre la cual descuella de una manera magestuosa el torreon del Homenaje, circuido de sólidas murallas, defendido por espantosos abismos, embellecido por dos fachadas góticas entre cuyas severas ojivas campean las armas de Isabel y Fernando. Con-

serva este torreon sus bajos y oscuros salones, sus pasadizos cortados por cuatro grandes miradores, sus altísimos adarves, señales de haber tenido un puente levadizo, una puerta de comunicacion con el anden de la muralla que divide los dos reductos de la fortaleza; y se presenta por todas partes tan imponente, tan soberbio, que él solo á pesar de no llevar orígen mas que del siglo XV, parece contener en sí la historia de tantos siglos como pasaron ya sobre este monumento. Alzanse á su lado otros dos torreones, uno de ellos cerrado por una cúpula á cuyo vértice conduce una línea de escalones que bajan desde él hasta el vecino adarve, coronado otro de una estrecha barbacana cuyas ojivas trilobadas descansan en repisas góticas de bellísimas molduras; mas quedan todos pequeños y mezquinos ante ese coloso que eleva su frente sobre toda esa vasta fortificacion y parece abarcar con su mirada los mas lejanos horizontes. No llama despues de él la atencion sino el inmenso lienzo de muralla que baja desde este alcazaba al llano y trepa de roca en roca por la rápida vertiente del cerro en que domina el castillo de S. Cristóbal. Tiene este muro un declive aterrador, templado por una estrecha escalera abierta al través de torres ruinosas que va agrietando y arruinando la mano de los siglos; y se estremece involuntariamente el que lo recorre al considerar que por aquellas gradas que baja uno con pié mal seguro y receloso pasaron en otras épocas rodando entre cadáveres soldados vestidos de pesadas armaduras, amenazados aquí por profundos despeñaderos, allí por las armas enemigas. Es difícil hacerse cargo de lo que es esta vasta fortificacion: sus cubos y sus torres van siguiendo la pendiente de los dos cerros, y asombra la altura de los que arrancan desde el fondo de la quebrada. El castillo de S. Cristóbal apenas es mas que la continuacion de ese muro: se une con él, baja con él por la vertiente opuesta y corre á enlazarse con los de la ciudad, presa entre las dos fortalezas como entre las garras de dos leones.

La catedral es tambien un castillo. Cuatro torres de grandes sillares defienden sus ángulos, y hasta el ábside presenta la forma de un torreon polígono. Almenas y troneras protegen lo alto de sus muros; y aunque no asoman ya en ellas ni espingardas ni cañones, es fama que los hubo en sus primeros tiempos, en que las armadas turcas amenazaban sin cesar las playas del Mediterráneo. En 1517, cuan-

Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa. Lit. de J. Donon. Fig. por Urrabieta.

MURALLAS ARABES EN ALMERIA

do no estaba aun reconstruida la obra que hoy existe, gastó ya el cabildo, movido de ese temor, veinte mil maravedís en armas; distribuyólas al año siguiente entre los beneficiados de la Iglesia; hizo años despues, estando ya edificado el templo, nuevo acopio de pólvora y fusiles; compró posteriormente tiros pedreros, mas allá arcabuces y mosquetes: ¿cómo no habia de tomar la catedral ese aspecto guerrero que la caracteriza? Cuando se organizaba el cabildo militarmente ¿podia dejar de tomar la iglesia las formas de un baluarte? Cayó la antigua catedral á impulsos de un terremoto el dia 22 de setiembre de 1522; y es probable que si no en aquel año, á principios del siguiente se empezaria su reconstruccion, para la cual se habia ya apelado á la munificencia de los Reyes y cedido el mismo cabildo por espacio de cuatro años lo que le tocase por derecho de acrecer al ausentarse un prebendado. Siguióse trabajando en la obra hasta fines de aquel siglo, en que es sabido que no cesaron sino muy tarde las amenazas de invasiones turcas (1).

Está la fachada mayor de esta catedral entre dos grandes estribos ó pilares que llevan en sus bases dos ángeles de alto relieve, en sus capiteles dos bellos mascarones y en los remates dos jarros entre los

(1) Hé aquí los documentos en que apoyamos estos hechos. Archivo Capitular de Almería, libros de actas, sesion del 25 de marzo de 1518. «En la cibdad de Almería, dentro de la iglesia catedral della en veinte i cinco dias del mes de marzo de M.D.X.VIII este dia los reverendos señores dean é cabildo de la dicha iglesia, conviene á saber, etc., todos estando juntos en su cabildo é ayuntamiento dijeron: que por quanto por mandado de su señoria el año pasado de quinientos diez y siete se compraron veinte mil maravedis de armas para que estobiessen en esta iglesia catedral asi para la defension della y de sus inmunidades como para la nueva que se insurgió de los turcos é de su armada que tenian hecha para venir en estas partes, é asi por estas razones las dichas armas se compraron y estan en la libreria de esta iglesia, é que agora porque las dichas armas no se tratan é se devrian é se podrian perder é dañar, por tanto que acordaban y acordaron que las dichas armas se repartan entre los beneficiados de la dicha iglesia, etc...» Sesion del 24 de octubre de 1522. «Que por quanto esta cibdad é iglesia plugo á Ntro. Sr. de la asolar de un gran terremoto que le vino á 22 del mes de septiembre pasado de este año de mil quinientos é veinte é dos años que para remediar la iglesia della y reedificarla de nuevo hay necesidad que vaya una persona del cabildo á la corte para procurar con su magestad que la mande reedificar porque sus rentas no son bastantes para ello, y para que si su magestad no curava de la reedificar, con su licencia y consentimiento viendo la destruccion de muros desta cibdad que nos podamos trasladar á otra cibdad ó villa ó lugar de este obispado donde á su magestad pareciere.» Sesion del 1.° de octubre de 1526. Por ella consta la cesion hecha en 1522 por el cabildo. Sesion del 12 de mayo de 1580. «Que se diga al racionero Paredes, mayordomo que fué de la fábrica, dé quenta de las armas y pólvora que estaban en la iglesia y que las vean los SS. Diputados.» Sesion del 29 de octubre de 1636. «Que se compren cincuenta arcabuces y veinte mosquetes, y que se pidan cuatro tiros pedreros que esta iglesia necesita para su defensa y se traigan y siempre esten en dicha iglesia.»

cuales corre un antepecho adornado de entrelazos árabes. Es de orden corintio. Cuatro columnas estriadas, sostenidas por dos pedestales en cuyo liso figuran dos ángeles al pié de una palmera, llevan sobre sus abacos un hermoso entablamento entre cuyas molduras se distinguen por su delicadeza y frescura las hojas que decoran todo el friso. Estan adosadas las columnas á otras tantas pilastras, dejando ver entre sí dos nichos vacíos, cuyos adornos consisten en la cabeza de un querubin entallada al pié y un busto al parecer romano que se eleva sobre su graciosa concha. Cobija el entablamento la puerta que da paso al interior del templo, puerta cuadrangular decorada de bellísimas molduras sobre la cual corre un fronton que no deja de menoscabar el efecto del conjunto.

Carga sobre este primer cuerpo de la fachada otro segundo, no menos bello ni de menos gallardas proporciones, en que el artista desplegó la misma elegancia y riqueza, deseoso tal vez de evitar ese desagradable contraste que suelen presentar las fachadas de su época, tan historiadas en los cuerpos inferiores como desnudas y frias en los superiores. Decoró el autor este segundo cuerpo con un grande escudo imperial en el centro, dos anchas guirnaldas en los lados de las que se destacan las figuras de S. Pedro y de S. Pablo, y un nicho en que campea la Vírgen debajo del entablamento. Conocia y sentia el autor de esta fachada, lindísima á pesar de sus defectos: está bien proporcionada, tiene buena ornamentacion, presenta bien ocupados los espacios y es en general bella y de muy buen efecto.

El interior de la catedral pertenece al estilo gótico de la decadencia. Divídenlo en tres naves diez y seis haces de columnas sobre cuyos capiteles, casi corintios, cargan los numerosos nervios de las ojivas que van á recibir las bóvedas. Lleva en medio el coro, en la estremidad el presbiterio, en la nave lateral derecha y el ábside capillas muy profundas cuyas cimbras concéntricas descansan sobre ligeras columnitas coronadas de follage. Campea entre las capillas de la nave una sencilla fachada en que el arco semicircular en degradacion despliega sus bellas curvas entre dos agujas de crestería; y entre las del ábside una muy espaciosa y clara, en medio de la cual descansa en un rico sepulcro de mármol fray Diego de Villala, prelado que no perdonó sacrificio para levantar el templo en que se guardan con sagrado respeto sus cenizas. No es mucha la belleza que

este interior respira; mas aun sus mismos defectos, hijos como son de una época que ya apenas comprendia el estilo con que trataba de desarrollar sus pensamientos, logran fijar sobre sí las miradas del artista. Son complicadísimas las claves de las bóvedas, estan terriblemente bastardeados los capiteles de las columnas, producen un pésimo efecto las capillas laterales, ya por no guardar armonía con el resto del templo, ya por no ocupar mas que una de las naves; pero no por esto mira uno con repugnancia ni indiferencia esos detalles, entre los cuales es principalmente digna de atencion la sillería del coro, trabajada con delicadeza y gusto desde el año 1558 al 60 por el tallista Juan de Orea (1).

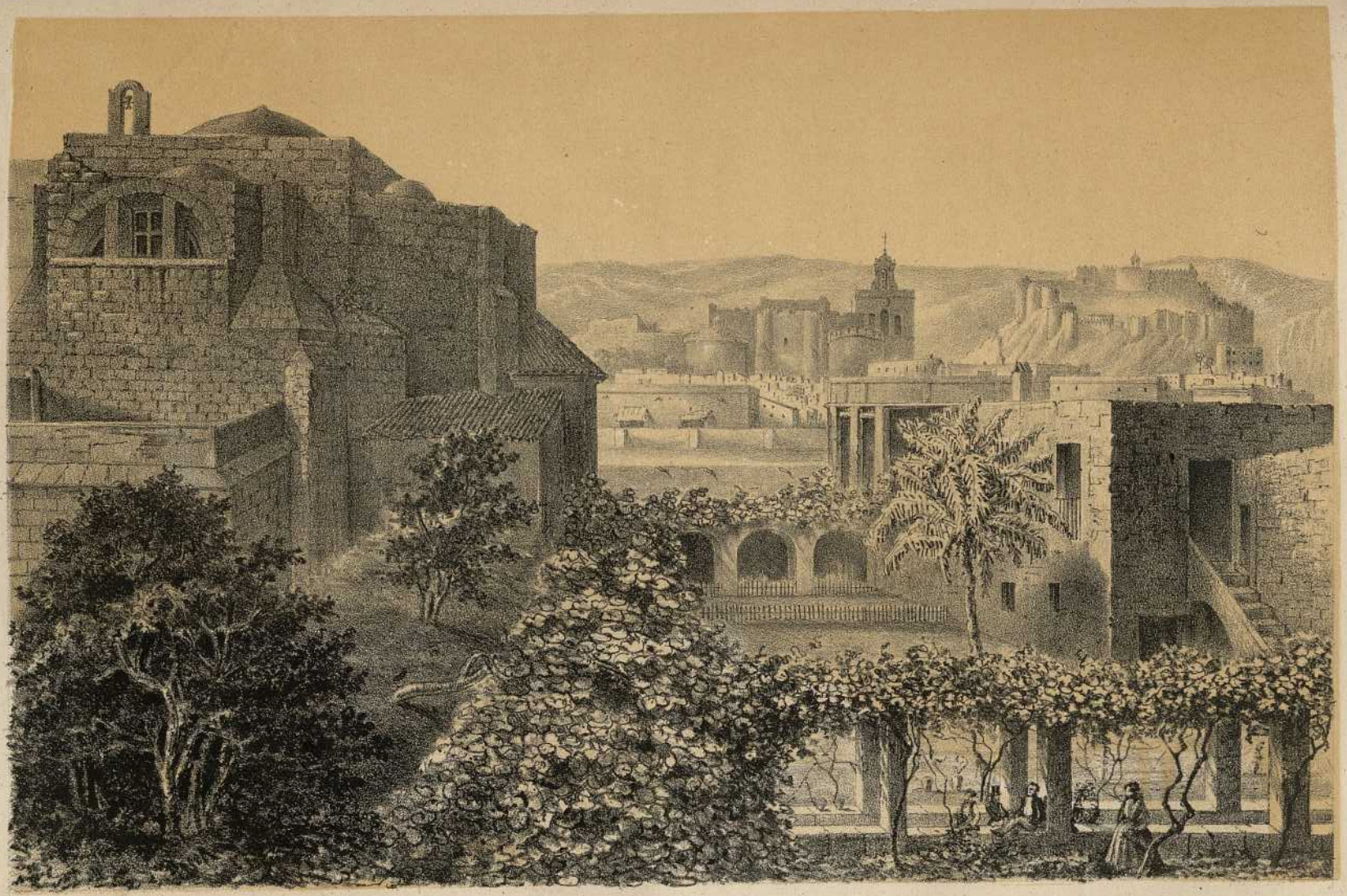
Por malo que aparezca este templo al que lo vea sin observar que vienen á estar simbolizados en él los diversos principios arquitectónicos que al empezar el siglo XVI entraron en lucha, no podrá dejar de ser mirado por él con cierto amor si lo visita despues de haber recorrido los de Sto. Domingo y Santiago y aun el de S. Pedro, que no refleja su antigüedad sino en sus ennegrecidos paredones. Las iglesias de Almería son mas bien hijas de la necesidad que hijas del arte. Sólidas, pero frias y desnudas de todo adorno, solo imponen por su sencillez; ni enardecen la imaginacion del pintor, ni llenan de entusiasmo el corazon del poeta. Almería es propiamente hablando una ciudad en que murió el arte con los árabes: el viajero que quiera gozar en ella, en lugar de introducirse en sus templos, sus plazas y sus calles, debe buscar las perspectivas que presenta, examinarla en conjunto desde sus mejores puntos de vista, verla desde el anden de sus viejos muros que desarrollarán á cada paso ante sus ojos hermosos panoramas.

Morian los últimos rayos del sol en Occidente, cuando recorriendo esas mismas murallas ante las cuales combatieron tantos reyes de

(1) Sobre esta silleria del coro hemos hallado en los mismos libros capitulares los siguientes documentos: Sesion del 26 de marzo de 1558. «Este dicho dia se dió otro libramiento para que el Sr. canónigo Zamora pague á Juan de Orea seis ducados, los quales son por la jornada que hizo en ir á comprar el nogal para las sillas del coro de esta iglesia.» Sesion del 17 de junio de 1558. «Este dia se dió un libramiento del obispo y cabildo para que el Sr. canónigo Zamora, mayordomo de la fábrica desta iglesia, pague quarenta ducados á Juan de Orea para principio de paga de las sillas que empiece á hacer para el coro desta iglesia con dos sillas para muestra.» Sesion del 26 de abril de 1560. «Librese á Juan de Orea el tercio postrero de la obligacion de las sillas, y mas doscientos quince ducados por la silla episcopal y demasias.»

Aragon y de Castilla, tendíamos nuestras tristes miradas sobre la campiña y creíamos percibir aun á lo lejos alguno de los ejércitos que vinieron á sentar en ella sus vastos campamentos. Volvimos los ojos á la ciudad: un cenador cuyo techo de hojas y flores descansaba sobre rústicos pilares se estendia deliciosamente bajo nuestras plantas; un patio al que daba escasa sombra una palmera corria mas allá del estanque hasta el pié de una baja galería cubierta de verdura; levantábase á nuestra izquierda la severa mole de S. Pedro, cuyos altos techos apenas dejan entrever su cúpula, á nuestra derecha la Alcazaba con sus desmoronados torreones y plazas solitarias, en el centro la catedral, cuya torre cuadrada parecia haber recogido los últimos reflejos de la luz del dia, en el fondo cerros elevados, cuyas vertientes aparecian azuladas y medio envueltas en las primeras sombras de la noche. Sentimos ante este espectáculo un placer indefinible; bañó nuestra alma una dulce melancolía, y no dejamos ya sin dolor una ciudad que en medio de su abatimiento presenta aun cuadros poéticos y respira cierto aire oriental que nos permite recordar el tiempo en que tuvo reyes árabes y vió venir á buscar asilo á la sombra de su trono á los poetas y á los sabios que acababan de abandonar los ensangrentados muros de la ciudad de Córdoba.

Al salir de Almería poco queda ya que recorrer del reino de Granada. Cayeron con ella en poder de los cristianos todos los pueblos marítimos que hay entre ella y Málaga, cayeron esas temidas Alpujarras que un siglo despues se levantaron contra Felipe II, y llamaron sobre sí la atencion de Europa; mas ¿qué podemos buscar ya en todas estas poblaciones sino recuerdos de escenas dolorosas consignados en su mayor parte en las páginas de esta obra? Motril, visto á cierta distancia, desde la vertiente meridional del Puerto, presenta aun una hermosa perspectiva: vése en el fondo el mar teñido tal vez de púrpura por las nubes sobre él formadas, al pié del mar una vega en que crece el algodon y la caña americana, en medio de la vega la ciudad, sentada en torno de un cerro en cuya cumbre domina el templo de la Vírgen de la Cabeza. Bájase á ella por una cuesta cercada de pitas y nopales; y no bien se penetra en una de sus calles, cuando se respira ya esa alegría que se siente al ver las pintadas casas de todos nuestros puertos. Es Motril una ciudad pequeña, pero de buenas calles y mejores plazas: tiene una iglesia de tres



Dib.º del. tal.ª y lit.º por F. J. Parcerisa.

ALMERÍA.

naves en que asoma aun el arco ojivo, un convento de bella ensambladura por debajo del cual pasa una acequia que corre á fecundar la vega, una ermita construida, segun tradicion, por la reina D.ª Juana, en cuya sacristía se conserva la piel de una serpiente enorme que asoló en otros tiempos la comarca. Descúbrense desde el montecillo en que está situada esta ermita vistas pintorescas, marinas risueñas, cuadros bellísimos en cuyo fondo se descubre no pocas veces el castillo y ciudad de Salobreña donde estan vinculados los recuerdos de tantos reyes y héroes; mas nada presentan ni la ermita ni los demas monumentos que pueda figurar en las páginas del álbum de un artista.

Bellezas monumentales no las hay ya ni en Motril, ni en Almuñecar, ni en el mismo Velecillos, sentado en la falda de un cerro cuya cumbre ocupan los restos de un castillo pentagonal mas notable por su severidad, su solidez y las peñas que le sirven de cimiento, que por la buena proporcion y gallardía de sus formas; no se ofrecen en toda esta provincia sino bellezas naturales, hijas de las misteriosas armonías que brotan á cada paso de la superficie general del mundo, bellezas dignas tambien de atencion para el que sepa sentir en medio de los grandes espectáculos, en el fondo de los valles, en el seno de los montes, á las orillas de los rios, al pié de los torrentes. No bien se sale de Velecillos para la Alpujarra cuando se da ya con inmensos olivares al través de cuyos oscuros ramajes se descubren á derecha é izquierda campos de maiz y árboles que se inclinan bajo el peso de sazonadas frutas; déjanse atrás los olivares, y se entra en las solitarias márgenes del Orgiva, cuyas aguas se deslizan mansamente entre juncos, adelfas, cachombas y ligeras cañas; álzanse á un lado los magestuosos montes de la Sierra de Lujar, cubiertos por el roble y el agreste pino; bajan por el otro con estrépito los torrentes de Ifo, que braman como llenos de cólera al pasar oprimidos entre dos altísimos cerros cuyas cumbres une un sencillo puente de madera; vénse mas allá algunas cuevas de estaláctitas parecidas á la mas delicada filigrana; descúbrese por fin la vega de Orgiva, la falda de la sierra de que fué cabeza, las anchas riberas del rio Sucio; y al paso que corren los ojos de uno en otro objeto, vuela la imaginacion, cruza los espacios, rasga el velo del firmamento y admira el imperecedero trono de ese Dios que hace rodar dentro de una órbita inmensa la tierra, el mar, el cielo. Y no ofrecen menos

interes las Alpujarras, cerros ásperos cubiertos hasta sus cumbres de trigo, de maiz, de árboles frutales, cerros que á fines del siglo XVI vieron á los ofendidos moriscos desenterrar las armas de sus abuelos y desafiar al mas poderoso monarca de la tierra, cerros que guardan vinculada en sus riscos y barrancos la tradicion de tan sangrienta lucha, y hablan aun al viajero de escenas de muerte y esterminio, de moras arrojadas en los abismos, de cristianos anegados en los rios, de pueblos devorados por las llamas, de reyes levantados hoy sobre los escudos de sus soldados y entregados mañana al puñal del asesino. Estan las Alpujarras pobladas de villas y lugares, regadas por abundantes manantiales, cruzadas en su raiz por una acequia que llaman aun del Moro, acequia cuyas aguas se precipitan por entre verde yerba desde un otero al valle; y esta acequia y estos manantiales y estos pueblos, todo recuerda aun que vivieron allí los árabes, que no dejaron este pais hasta que ya vencidos y proscritos tuvieron que ir á buscar un asilo hospitalario en esas mismas playas de Africa, de que habian venido ocho siglos antes á conquistar la España. Los manantiales y la acequia alegran al viajero; pero no ya los pueblos, de calles desiguales y tortuosas, de casas humildes con rústicos soportales, de plazas informes y desiertas en que suele levantar la iglesia parroquial sus paredes de mampostería y una torre ya cuadrada, ya octógona, cubierta por un obelisco de teja vidriada ó de pizarra. Presentan todos un carácter triste, miserable, oscuro; y no puede menos de sentirse cierto pesar al ver que yacen en tan espantosa decadencia poblaciones que fueron en otro tiempo formidables.

No te detengas en ellas, lector, si no es que quieras oir sus tradiciones; dobla sus cumbres y corre á tomar por Guadix el camino de Granada. Admira al paso los Chaparrales de Diezma, vastos paisages que se dibujan en el fondo de Sierra Nevada, las Muelas de la Vieja, altura erizada de peñascos desde la cual se descubren estensos panoramas, los bien situados pueblos de Huetor y el Fargue, la Vega de Granada en la cual vamos á evocar á tus ojos las sombras de los Reyes Católicos y las de tantos héroes como vinieron á sentar sus pendones en la última capital del Islamismo. La Alhambra va á abrirte sus espléndidos salones, la ciudad sus frondosas alamedas, el Albaicin sus ruinas: respira, cobra aliento y síguenos en la última jornada.

Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa. | Lit. de J. Donon. | Fig. por Vallejo.

CHAPARRALES DE DIEZMA.

(Camino de Guadix á Granada.)

Capítulo vigésimo-segundo.

Situacion de Boabdil. — Tala de la Vega de Granada. — Sitio y entrega de esta ciudad. — Descripcion de algunos de sus monumentos. — Alhambra. — Descripcion de este suntuoso alcázar. — Generalife.

Años de 1490, 91 *y* 92.—Boabdil reina ya sin rival en Granada, pero lleno de temor y sobresalto. Apenas es obedecido mas que en el estrecho espacio que puede abarcar con sus miradas desde las torres de la Alhambra; y aun en ese estrecho espacio cuenta quizás con mas enemigos que soldados. Su molicie, sus sangrientas venganzas contra los partidarios de el Zagal, y sobre todo su funesta amistad con los reyes cristianos, le han atraido el odio y el desprecio de sus súbditos, que, al ver flotar ante sí las banderas de Castilla, se agitan llenos de furor, y solo consienten en agruparse en torno suyo obligados por la necesidad de concentrar todas las fuerzas contra ejércitos que acaban de allanar las murallas de Málaga, Baza, Almería y otras ciudades del reino. Apremiado por sus antiguos libertadores, que exigen de él la entrega de Granada en virtud de su último tratado de alianza, estimulado algun tanto por su orgullo, que no le permite ir á poner en manos de sus enemigos una corona defendida por sus antecesores en tantos campos de batalla, intimidado por los clamores del pueblo que pide á voz en grito la guerra, amenazado por unos, arengado enérgicamente por otros, movido por la alarma y desesperacion de todos, resuelve al fin romper los vínculos con que le ataron sus propias desventuras, y trocando el cetro por la espada, salir de nuevo á la lid al frente de sus tropas; mas lo resuelve cuando es ya tarde, cuando ni el valor ni el heroismo pueden hacer mas que prolongar la lucha, multiplicar los males y agravar la miseria del vencido. Sale en efecto de la ciudad, cae sobre Alhendin, lo toma por asalto, lo destruye y aniquila, invade de repen-

te las tierras de Cid Hiaya, toma y desmantela el castillo de Marchena, pone en alarma la taha de Andarax, que posee el Zagal como feudatario de Castilla, y deja en todas partes marcada con sangre la huella de sus pasos: enardece con esto por momentos los ánimos del pueblo, aumenta su ejército, va creciendo en valor, confiando en su fortuna; convoca sus mejores caballeros, los consulta, les pide consejo, y no bien se convence de la necesidad de abrirse paso hasta el mar para recibir por él socorros de Africa, cuando se dirige precipitadamente á las playas del Mediterráneo con ánimo de conquistar á toda costa la fortaleza de Almuñecar. Grande es su ardimiento y mayor aun el entusiasmo que inspira: conmuévense y se agitan hasta los pueblos sujetos á los reyes enemigos, enciéndese en el corazon de todos la esperanza, y hay todavía quien crea en que la infausta estrella de Boabdil ha dejado caer su velo para alumbrar nuevamente en el camino de la prosperidad el reino de Granada.

Sigue Boabdil con afan la senda que al parecer ha de conducirle á reparar su suerte y asegurar su trono. Ve en el camino de Almuñecar ocasion para apoderarse de Salobreña, se arroja sobre ella, y toma al primer ímpetu los arrabales, poniendo en gran peligro á los cristianos y obligándolos á encerrarse en el castillo. Los cerca, estrecha de dia en dia el sitio, los reduce á la mayor escasez, los condena á morir de hambre, y ve al fin caer á cada paso de lo alto de los adarves cadáveres de hombres y caballos. Sabe que estan en movimiento los cristianos de los pueblos inmediatos, que van á salir contra él caudillos esforzados, que el mismo rey Fernando acaba de convocar en Córdoba la flor de sus guerreros, deseoso de castigarle por su atrevida empresa; mas no retrocede ni aun cuando Pulgar, ese héroe á quien llamaron el de las Hazañas, logra introducirse en el castillo con setenta de sus mas bravos escuderos. Brama entonces de cólera, ordena sus huestes, y les manda asaltar el castillo sin dejar hombre á vida ni piedra sobre piedra. Lucha con valor; pero tiene ya cristianos á la espalda, siente tras sí los pasos de los reyes castellanos, y puesto entre dos fuegos, no puede hacer mas que retirar y volverse con rapidez por las vertientes de Sierra Nevada.

Llega á su corte; mas ¿qué puede hacer en una ciudad cercada de peligros que ha visto ya talada una vez su vega por las armas del rey Fernando? Los ejércitos enemigos llevan consigo á Cid Hiaya y

á el Zagal, y estos vengativos musulmanes los ausilian no solo con sus armas, sino hasta con su astucia y su perfidia. Los Reyes Católicos, animados por sus últimas victorias, bajan de nuevo á la Vega con mas de veinte mil soldados, apelan al incendio, y dejan yermados los campos, que eran la esperanza de los defensores de Granada. Los caballeros que acompañan á los Reyes, como si creyesen encadenada á sus banderas la victoria, se empeñan á porfia en las mas difíciles empresas: entran en batalla con corto número de tropas, se adelantan hasta la ciudad, llevan la osadía al estremo de penetrar hasta la puerta de la Mezquita mayor y clavar en ella con su puñal un pergamino en que va escrito el nombre de la Reina de los Cielos. El rey Fernando cree ya llegada la hora de ir á dar la última lanzada al imperio que ha desgarrado con sus armas, y entra por fin en la Vega con todo el grueso de su ejército. Arrasa por tercera vez la campiña, corre hasta el valle de Lecrin, pretende forzar la Alpujarra, y regresa despues de ligeros encuentros dejando monte y valle cubiertos de ruinas y cadáveres. No retrocede ya á Castilla como en las campañas anteriores; sienta sus reales en el pago del Gozco, los fortifica con fosos y murallas, y empieza á estrechar por hambre la ciudad, que se presenta aun con fuerzas para resistir á sus armas.

Grande es en esto el apuro de Boabdil. Aunque ve cierta su caida, trata de animar á su pueblo y hacer alardes de valor; mas ¡ay! sufre en cada batalla una derrota, ve crecer de dia en dia el peligro, y abandonado por su fortuna, llega á temer mas de sus súbditos que de sus mismos enemigos. Cuenta aun héroes entre sus soldados, y al ver en la Zubia la reina Isabel, que, deseosa de contemplar mejor Granada, se ha atrevido á bajar hasta allí cercada por las tropas de sus mejores capitanes, manda contra el enemigo huestes que le obligan á entrar en batalla; pero no alcanza sino la pérdida de mas de dos mil hombres y el desconsuelo de ver entrar atropelladamente por las puertas de su corte los restos desbandados de su ejército. Sabe á poco que trata Fernando de ir á talar hasta las huertas y jardines que crecen al pié de los muros de Granada: se alarma y resuelve arrojarse él mismo contra los cristianos al frente de sus escuadrones. Deja la Alhambra entre los sollozos de su familia, baja á los cármenes de Ainadamar, se arroja como un leon sobre las tropas castellanas, y combate con el mayor denuedo; mas ahogado por el número

de sus contrarios, poco favorecido por su caballería, y desamparado á poco por la infantería que cejó al primer ataque, no tiene tampoco mas recurso que apelar á la fuga y buscar su salvacion en la velocidad de su caballo.

No le queda ya ninguna esperanza á Boabdil. Se incendia por un descuido el campamento de los cristianos y se construye en su lugar la ciudad de Sta. Fé, ciudad con cuatro puertas y una plaza de armas que hoy despues de cuatro siglos conserva aun la forma de los antiguos reales. El hambre empieza á hacerse sentir en la ciudad; crece el descontento y conduce lentamente á la anarquía; vagan por las calles turbas desenfrenadas que amenazan con el robo y la muerte á los que no abren sus arcas para socorrer la miseria pública; quéjanse acá y acullá contra el Príncipe, y todo presagia nuevas calamidades para aquel reino moribundo. Convoca otra vez Boabdil á sus consejeros: no oye de boca de nadie sino palabras de dolor y abatimiento. Todos creen necesario capitular, todos creen temeraria la prolongacion de la defensa; y aunque en su interior vacila y siente desgarrado el corazon por la melancolía, no puede interrumpir su silencio sino para adoptar el parecer de la asamblea. Envia mensageros á los Reyes para que estipulen las condiciones de la entrega, da en rehenes á su propio hijo, y espera en tanto en la Alhambra desalentado, triste, sin atreverse á parecer ante los suyos. Recibe la capitulacion: ve respetada en ella su dignidad, aseguradas para sus súbditos vida, libertad y haciendas, y reune al punto su consejo. Conmuévense al oirla algunos ancianos, y los hay que derraman abundantes lágrimas: álzase Muza, protesta contra ella, y pretende aun inflamar los ánimos con el fuego de sus palabras; mas todos callan, y el desventurado Rey no encuentra mas que la resignacion para alivio de los males de su patria. Fírmase y ratificase lo estipulado con los Reyes; ata el dolor los labios, vela el sentimiento del amor propio los ojos, y se retiran todos á esperar en el silencio de sus hogares el dia de la entrega, que no habia de amanecer segun la capitulacion hasta de allí á dos meses (1).

(1) Las principales condiciones de la capitulacion fueron las siguientes: la plaza habia de ser entregada dentro de sesenta dias; quedaban asegurados por los Reyes los bienes y haciendas de los moros; no podia imponerse á estos mas tributos que los prescritos por las leyes musulmanas; el dia antes de la entrega Boabdil y sus caballe-

Y no han acabado aun para Boabdil los sobresaltos. Hácese pública en Granada la capitulacion á pesar del secreto con que ha sido negociada; arde en ira la muchedumbre, se arma á la voz de un ermitaño, recorre las calles de la ciudad, é introduce en ellas tal alarma, que se cierran todas las puertas y el Rey cree necesario atrincherarse en su palacio. Cesa al dia siguiente el tumulto, desaparece el autor, y todo parece entrar de nuevo en calma; mas ni los sentidos acentos de Boabdil que salió á arengar al pueblo, ni las pacíficas palabras que los Reyes Católicos dirigieron desde el campamento mezcladas de amenazas, ni la vista de su propia situacion, logran aplacar por mucho tiempo la irritacion de la multitud, que va creciendo sin cesar con el hambre y las demas calamidades de una ciudad sitiada. Asoman nuevos peligros, y llega la desventura de Boabdil hasta el punto de deber pedir por favor á sus enemigos que acorten el plazo de su entrada en la ciudad y vayan á la mayor brevedad posible á apoderarse de la Alhambra.

Queda, al fin, concertada la entrega para el 2 de enero de 1492. No descansa Boabdil la víspera de este dia: rehusa luego los honores que como á Rey le son debidos; llega la hora y se despide tristemente de su alcázar. Monta á caballo y baja por la puerta de los Siete Suelos, acompañado de su familia y de cincuenta caballeros de su servidumbre. Da al punto con el cardenal Mendoza, le habla primero en se-

ros debian dar en rehenes quinientas familias principales; las tropas castellanas en el dia de la entrada habian de ocupar la fortaleza de la Alhambra subiendo á ella por el campo, y los Reyes habian de devolver al hijo de Boabdil y á otros jóvenes moros que en Moclin tenian; debia ser respetada en todas sus partes la religion de los vencidos; no debia hacerse cambio ninguno ni en las leyes civiles ni en la administracion de justicia; la instruccion pública habia de continuar al cargo de los alfaquies; los moros ausentes tenian tres meses de término para someterse á estas capitulaciones; ningun renegado podia ser molestado por su conducta de otro tiempo; los moros casados con cristianas renegadas no debian divorciarse, á no ser que la esposa manifestase deseos de volver á su religion primitiva; la mora que enamorada de un cristiano abandonase la casa de sus padres, habia de ser depositada y amonestada; no podia exigirse lo apresado en guerras anteriores, pero sí el cumplimiento de todos los contratos legales; los judíos habian de gozar lo mismo que los moros de los beneficios de la capitulacion; quedaban escluidos del gobierno de Granada el Zagal y todos sus deudos y antiguos servidores; los litigios entre moros y cristianos habian de ser dirimidos por jueces de ambas partes; habia de hacerse entrega reciproca de cautivos; debian ser guardadas las acequias de aguas limpias, siendo castigados los cristianos ó moros que las enturbiasen; debian ser conservados los alguaciles y almotacenes moros, y estar separadas las abacerías y carnicerías de vencedores y vencidos; debia ser castigado el que mezclase en ellas carnes vedadas. Existen estas capitulaciones originales en el archivo de Simancas; en el municipal de la ciudad no se conserva mas que una copia autorizada.

creto, le dice á poco en alta voz que vaya á ocupar sus alcázares, y prosigue su camino hasta llegar á la márgen del Genil, donde le espera el Rey al frente de su caballería. Apenas le ve, hace ademan de apearse, solicita besarle la mano; mas no lo consiente Fernando para no humillarle. Le besa en el brazo derecho, y entrégale con humildes y sentidas palabras las llaves de la Alhambra. Oye de los labios del Rey palabras de consuelo; mas absorvido siempre en su desgracia, no tiene aliento sino para preguntar á quién van á encomendar el gobierno de su ciudad querida. Entrega al agraciado su sortija de oro, pidiendo á Dios que pueda con aquel sello gobernar Granada mejor que la ha gobernado el último de sus reyes; da el postrer á Dios á sus vencedores; y dando de las espuelas á su caballo, parte traspasada el alma de congoja para el pueblo de Armilla, donde la Reina le devuelve á su hijo.

Sale de Armilla, dirígese á Sta. Fé, donde le desean los Reyes hasta saber el resultado de la entrega de Granada, y oye en tanto á lo lejos los vítores del ejército cristiano, que al ver enarbolados en la torre de la Vela la cruz y los pendones de Castilla, aclama con entusiasmo á sus monarcas arrojando de su pecho gritos de júbilo y de orgullo. Ve en torno suyo animacion, vida, movimiento; y á cada paso que da siente mas abatido su espíritu, mas ajada su dignidad, mas manifiesta su vergüenza. No bien llega á Sta. Fé, cuando acompañado de Hurtado de Mendoza es conducido con señaladas muestras de respeto á la tienda del Cardenal, ricamente adornada de oro y seda; mas ya ni en los obsequios de los demas halla consuelo, desea salir del campamento, evitar las miradas de sus enemigos, ir á buscar en el destierro de Andarax los desiertos y sombríos paisages que han de divertir su melancolía. Lo alcanza á los pocos dias; pero ¡ay! ¿sabe aun lo que pide? ¿puede siquiera sospechar lo que le tiene reservado el destino? Sale de Sta. Fé, y apenas llega á la cuesta del Padul, desde la cual descubre por última vez Granada, suspira ya por su patria. ¡O gran Dios! esclama y salva la cuesta bañados en lágrimas los ojos y anudada la voz en la garganta. «Llora como muger, ya que no supistes defenderte como hombre,» oye de boca de su madre; y oculta el rostro entre sus manos sin poder arrancar del pecho mas que profundísimos gemidos.

Con razon, con sobrada razon llora Boabdil: acaba de perder una

corona legada por sus mayores desde el sepulcro, acaba de entregar un reino á la esclavitud y á la ignominia, acaba de dejar para siempre los muros de su patria, los muros de una ciudad sentada sobre una alfombra de flores, al pié de una sierra de cuyas nevadas vertientes se destacan las frondosas alamedas del Genil y el Darro. En esa ciudad defendida por mas de mil torreones, á cuyos piés se estendian floridos cármenes y dilatadas huertas bañadas por las aguas de cien acequias, tuvo hace poco un trono, alcázares soberbios, encantados jardines morada del placer y de la poesía; y ha de trocarla hoy con una comarca fragosa donde solo en el cielo podrá reconocer alguna vez el azul y transparente cielo de su patria. No verá ya mas esos dos rios que se enlazan á las puertas de la ciudad como para fecundar mejor sus alrededores pintorescos; no verá ya mas esa espaciosa Vega entre cuyos árboles blanquean tantas alquerías y palacios adornados de oro y de colores; no verá ya mas esos cerros desiguales que circuyen el campo y la ciudad como guardas celosos de su riqueza y su hermosura, cerros siempre bellos cuyas cumbres pinta el sol con sus tintas mas caprichosas y fantásticas al bajar al occidente. Con razon, con sobrada razon llora Boabdil, porque esa ciudad es llamada justamente por los árabes granada de rubies, corona de rosas salpicadas de rocío, fuente que se derrama, estrella del mediodia, ciudad de las ciudades; y no ha de volverla á ver el que respiró por treinta años el aire que la circunda, el que fué quien mas gozó de todos sus encantos, el que aspiró el aliento de una muger á quien adoraba al pié de sus mas puras fuentes, á la sombra de sus mas hermosos álamos, bajo las artesonadas techumbres de ese alcázar llamado Alhambra, donde parecen haber escogido su asiento los genios de la belleza y la armonía; y ha de dejarla por un lugar desierto, triste, del cual aun le arrojarán mañana (1).

Con razon, con sabrada razon llora Boabdil. El rigor de su destino alcanza á todos sus súbditos, y son muchos, muchos los que llo-

(1) Boabdil permaneció poco tiempo en Andarax. Temerosos los Reyes de que pudiese servir aun de bandera para una sublevacion, procuraron deshacerse de él por todos los medios posibles: apelaron á las mas pérfidas intrigas y hasta á la traicion, y en octubre de 1493 lograron hacerle salir para el Africa, donde despues de largos años murió en una batalla á que asistió en defensa de los reyes de Fez, sus protectores. El que no supo morir peleando por su patria, murió al fin derramando su sangre por un pais estraño, del cual habia recibido el mas generoso hospedage en los dias de su desgracia.

ran como él en el seno de sus hogares. El terror se ha apoderado de la ciudad; las puertas de las casas estan cerradas y apenas se abren mas que para dar paso á familias que no pudiendo sobrellevar la esclavitud, atraviesan los umbrales con la cabeza caida sobre el pecho para no volver á pisarlos en los dias de su vida. Ata el rubor los piés, el temor la lengua; y todo está desierto y en silencio. ¿Cómo han de mirar por otra parte sin dolor invadidos los salones del palacio de sus reyes, profanadas sus mezquitas? En vano se esfuerzan los vencedores en pronunciar palabras de paz para aquietar los ánimos; en vano ponen al frente del gobierno de la ciudad varones tan prudentes como el conde de Tendilla, prelados tan dulces como Talavera, políticos tan sagaces como Hernando de Zafra, á quien confian la interpretacion de las capitulaciones: el grito del amor propio herido, la voz de la religion ultrajada, los desesperados clamores del horror á la servidumbre, no dan aun lugar á la resignacion ni á las consideraciones que inspiran al hombre las incesantes vicisitudes por que pasa el mundo. En la mezquita mayor, en la del Albaycin y en otras muchas han sido levantadas ya las imágenes del cristianismo; los ciudadanos han tenido que entregar hasta las armas que guardaban para su defensa; el régimen de la ciudad ha sido confiado esclusivamente á los cristianos: no hay alma que resista tanto: á la vista de tantos males ó yace postrada, ó piensa en la venganza. ¡Ay! ¡y no ha de parar aquí la desventura de los vencidos! No ha terminado aun el siglo, cuando un prelado audaz, que no vacila en sacrificar el cristianismo á la política, quema en la plaza pública sus libros santos y los libros de sus leyes, y quiere imponer con la espada las creencias por las que murió Jesus sin haber empleado mas fuerza que la de la palabra. Contra la voluntad de los Reyes se obliga á los vencidos á abjurar la religion de sus mayores, se les arrancan sus antiguas costumbres, se llega á negarles el uso de sus trages, prescritos no solo por el hábito de nueve siglos, sino tambien por las leyes del Profeta.

No tardarán tampoco en ser derribados sus monumentos: un emperador orgulloso, á quien el espacio de dos mundos parece estrecho campo para sus conquistas, aplastará con la inmensa mole de su palacio los mas delicados salones de la Alhambra; caerán uno á uno los gigantestos torreones de sus antiguos muros; sentarán los conquis-

tadores sus viviendas sobre los castillos; el cristianismo levantará sus templos con las ruinas de las mezquitas que adorna el oro y la deslumbrante pedrería. Despues de los reyes y los prelados conspirará contra sus bellos edificios hasta la misma naturaleza: violentos terremotos agitarán la tierra y sacudirán las obras de los Alhamares; incendios espantosos harán saltar las artesonadas techumbres de su mas rico alcázar. Devorará la nueva poblacion los esmaltados cármenes que fueron el placer de las sultanas, y será mermado y desgarrado el manto de flores con que la ciudad se cubre. Coronarán la obra de destruccion las revoluciones y las guerras: vendrá dia en que el viajero apenas reconozca la ciudad de los árabes mas que por su vega, su claro sol y su estrellado cielo.

Con razon, con sobrada razon llora Boabdil: cruzan ante sus ojos las sombras de lo futuro y llora sobre los destinos de su patria. Desaparecerá con los monumentos hasta el pueblo para que fueron creados. Obedecerá por algun tiempo el vencido morisco las impías órdenes de sus nuevos reyes; mas llegará hora en que arrebatado por la desesperacion, levantará sus manchados pendones sobre los muros de su Alcazaba, y desafiará el poder de uno de los mas grandes monarcas de la tierra. Alzará á un rey sobre su escudo y combatirá á su sombra; herido y ensangrentado seguirá aun con furor la desigual pelea; crecerá en valor con las derrotas, y llegará á conmover con su heroismo los últimos límites de Europa. Desdichado como siempre, caerá vencido bajo la espada de D. Juan; y despues de haber visto sepultados en barrancos de sangre sus mejores hijos, despues de haber vivido bajo la esclavitud mas dura, despues de haber sobrellevado mil ultrajes, tendrá que abandonar para siempre sus hogares é ir á buscar en estrangero suelo la caridad que no abrigan ya sus cristianos vencedores. Maldecido, proscrito errará de pueblo en pueblo con su esposa y sus hijos sin encontrar una lágrima de compasion en los ojos de sus enemigos.

Despojada la ciudad de los que la fundaron, languidecerá de dia en dia; morirá sin sentirlo, y sin sentirlo bajará hasta el fondo del sepulcro. Apagará la industria su voz y caerá en el mas profundo abatimiento. Perderá el campo sus mas vivos matices, cesará el murmullo de las aguas que trasmontaban sus mas altos cerros. Quedará acallado para siempre el bullicio de sus zambras y festines, que en vano

procurará sustituirse con el monótono rumor de sus tribunales, sus universidades y sus ferias. Será al fin una ciudad falta de movimiento y vida, una ciudad triste, muy triste sobre todo para el que no sepa sentir en medio de las ruinas, ni á la sombra de los álamos y laureles que pueblan las faldas de sus siete colinas, ni en las márgenes de rios que pasan ahocinados bajo frescas arboledas.

Así la vais á encontrar hoy, viajeros, vosotros que movidos por su fama venís quizás de muy lejanas tierras para admirar la rival de Bagdad y de Damasco. Si amais la naturaleza, si gustais aun de penetrar en los escombros de lo pasado, si habeis aprendido á leer en las piedras caidas de los antiguos monumentos, os esperan aun en ella horas de placer, momentos de deliciosa calma, goces inefables, impresiones que no trocariais luego por las que hayais podido recibir en las melancólicas ruinas del Oriente; mas si buscais la animacion febril de nuestro siglo y no acertais á vivir sino entre el estruendo de los talleres y la incesante agitacion del comercio, volved el pié atrás, porque no os quedan mas que horas de fastidio. En muy pocas de sus calles vereis algun movimiento: estan en su mayor parte silenciosas, desiertas, y apenas observareis en ellas mas que lo incómodo de su piso y lo fatigoso de su áspera pendiente. Plazas animadas en mejores tiempos por un inmenso gentío que iba á presenciar las luchas de caballeros ricamente armados yacen hoy poco menos que en la soledad y en el silencio; barrios que rebosaban de poblacion ven hoy desplomarse bajo el peso del tiempo sus casas y sus calles sin que haya una mano que reconstruya sus muros ni recoja siquiera sus escombros; alcázares que vieron coronados de lanzas sus torreones y pobladas de embajadores y príncipes sus salas, repiten hoy uno á uno los pasos del que se atreve á hollar sus pavimentos imponiéndole con largos y misteriosos ecos. Todo refleja el abatimiento á que ha venido la que fué un dia reina de uno de los mas bellos imperios de la tierra.

En cambio, empero, ¡qué de bellezas no cuenta en su recinto! Atraviésala el Darro, el rio de las arenas de oro; lame sus murallas el Genil, al que aquel presta sus aguas. Corre el Darro dentro de un ancho cauce en cuyos sillares se refleja la mano de la antigua Roma; angóstase al pasar junto á la risueña colina en que ostenta la Alhambra sus cien torres; y en aquella angostura ¡cuán bellas son sus már-

genes! Tienden acá y acullá los árboles sus ramas; una que otra quinta blanquea en la espesura; murmulla bajo el follage el agua; suspira el aura entre las flores; gorgea el ruiseñor, canta la naturaleza entera las glorias del Eterno. Desliza el Genil su cristalina corriente por entre verdes álamos; y despues de rugir entre las ruedas de molinos situados alegremente en las faldas de S. Cecilio, corre bajo un hermoso puente que brota de entre la vegetacion mas rica y caprichosa. Adornan las orillas de este rio paseos, fuentes, huertas y jardines: ¡ah! á la vista de tan deliciosos cuadros, en medio de tanta frondosidad, bajo tanta frescura, serénase el espíritu, depúrase el corazon, gozan hasta llegar á estasiarse los sentidos. Dirígese el viajero á la Alhambra, y no ve á su alrededor mas que inmensas alamedas cuya profundidad en vano querrán medir sus ojos; penetra en el Generalife, y apenas se atreve á separarse del pié de aquellos laureles gigantescos, sobre cuyas cúspides sacudieron su manto de nieblas mas de cinco siglos. Presenta Sierra Nevada mil accidentes á cual mas pintorescos: gózase al ver reflejados en ella los primeros rayos del sol de uno de los mas sorprendentes espectáculos. Brilla y deslumbra cuando la hiere esta primera luz de la mañana; toma luego los caprichosos y variados colores del caleidoscopio.

No son menos interesantes las vistas que el conjunto de la ciudad ofrece. Si se la contempla desde la campiña, se la ve salir de entre sus viejos muros como una granada de entre su corteza oscura: la Alhambra le sirve de corona, la Sierra le presta sus brillantes fondos, las Torres Bermejas y el Monte Sacro templan al uno y al otro lado la monotonía de sus líneas y acaban de completar el cuadro. Brotan por todas partes el álamo, el ciprés y la palmera; álzanse acá y acullá sobre los árboles las torres de sus templos. Dóranla desigualmente los últimos rayos del sol, y todo es entonces bello y poético, todo convida á pensar, todo convida á meditar sobre su historia. No existe ya la corte de los árabes; pero se la ve aun con los ojos de la imaginacion, se cree aun distinguir en ella á la vaga luz del crepúsculo las sombras de los héroes que la dieron un trono y las de los reyes que la entregaron pálida y ensangrentada en manos de sus enemigos. Bella, bellísima es todavía la ciudad de Granada. Hay al fin de ella, allá á la márgen del Darro, una cuesta poblada de arboleda que conduce á una fuente cuyas aguas cristalinas mezclan

sus dulces murmullos con los de las brisas perfumadas por frondosas selvas. Pintoresco y delicioso es el camino abierto sobre las mismas angosturas de aquel rio; mas no es el camino, sino la perspectiva que desde allí se descubre lo que enagena el alma y arroba los sentidos. Estiéndense á nuestros piés calles de altos y ligeros álamos cuyas copas, apenas penetradas por el sol, rebosan de armonía con los trinos y gorgeos de millares de aves. Crece á la derecha de estos árboles y á la otra parte del rio que los baña sosegadamente, el áspero Albaycin coronado por los sombríos restos de la que fué Alcazaba; álzanse severas é imponentes á la izquierda las torres de la Alhambra; descúbrese en el fondo la ciudad, unida y compacta como los granos de la fruta que lleva su mismo nombre, la Vega mas allá, mas allá las sierras que tan lindamente destacan sus desiguales cumbres sobre el azul del cielo. ¡Cuán bello contraste presentan desde aquí la Alhambra y la Alcazaba (*)! La primera levanta aun con orgullo su diadema de muros y torreones; la segunda está ya desmoronada, rota, solitaria, abandonada de los hombres, abandonada de Dios, abandonada hasta del viajero, que no puede menos de olvidarla ante los patios y salones de aquel suntuoso alcázar. Fueron por largo tiempo enemigas, y no parece sino que aquella fué la vencedora y esta la vencida. ¡Y venció, sin embargo, la Alcazaba! Ella fué la que amparó á Boabdil contra las iras de el Zagal, ella la que restableció en la frente de aquel rey la corona que habia de rodar mas tarde al campamento de Sta. Fé desde las murallas de la Alhambra.

Mas no olvidemos aun la ciudad para pensar en su historia. Granada parece tan bella como siempre al que la mira desde la cuesta de los Molinos. El peñon de la Alhambra se le presenta escarpado como nunca, y sus bien agrupadas torres parecen estar suspendidas sobre un abismo. Distínguese abajo la ciudad levantando al cielo las cúspides de sus álamos, las almenas de sus murallas y las coronas de sus torres. No hay otra ciudad como Granada: á cada paso que se da por sus calles, por sus cuestas, por las márgenes de sus rios, se ofrecen cuadros llenos de poesía, dignos todos de figurar en las primeras páginas del álbum de un artis-

(*) Véase la lámina Camino de la fuente del Avellano.

Dibº del natl. por G. de P.

CAMINO DE LA FUENTE DEL AVELLANO.

(Alrededores de Granada)

Diñº del natl. por G. de P.

CUESTA DE LOS MOLINOS.
(Granada.)

Dib.º del natl. y litº. por F. J. Parcerisa.

Lit. de J. Donon.

VISTA DE LA ALHAMBRA
desde los nopales del Monte Sacro.

Dib.º del nat.l por G. de P.

LOS HORNAJOS,

(Camino del pico de la Veleta.)

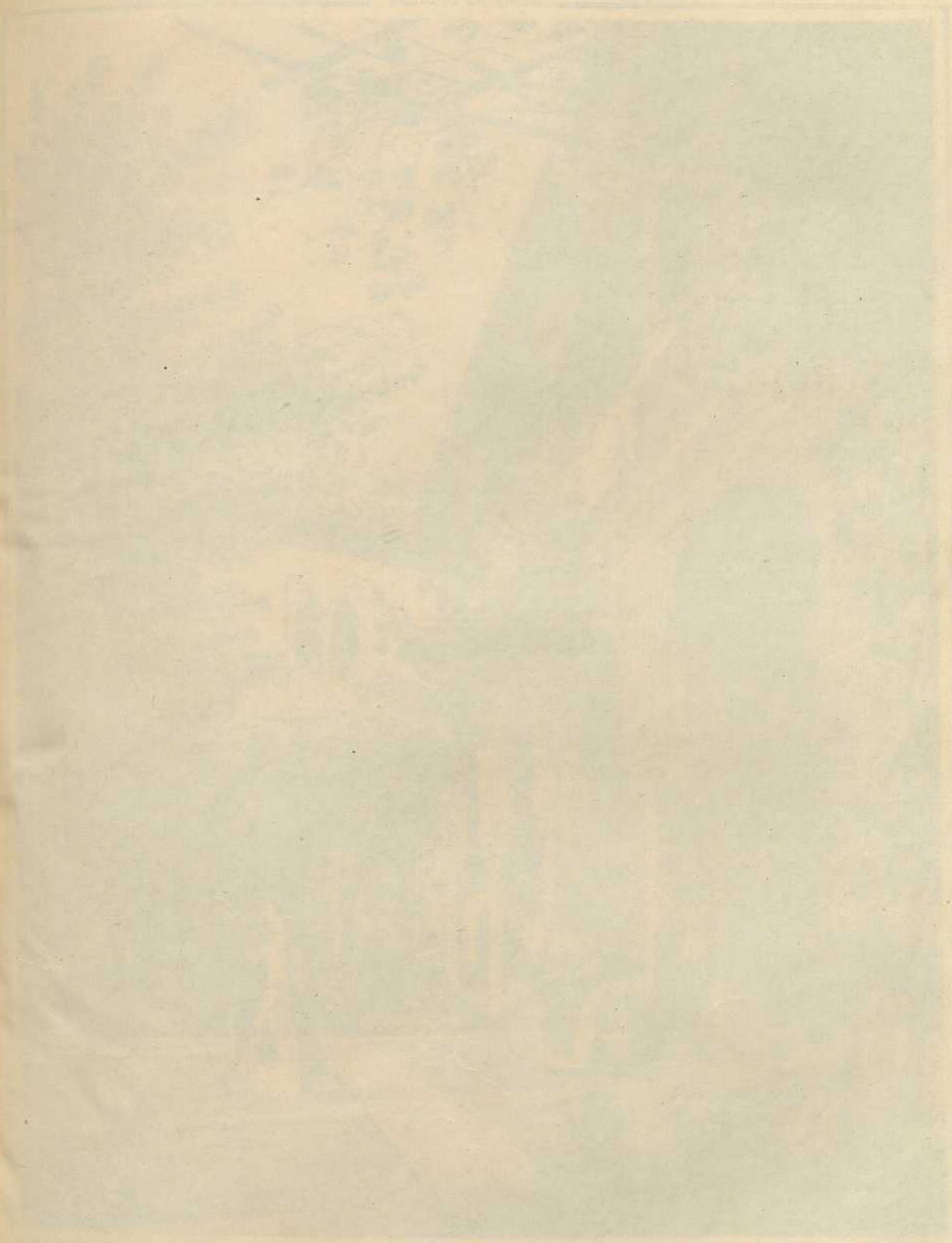
ta (*). Elévase á la izquierda del Darro un monte santificado por las cenizas de los mártires, desde cuya raiz trepan por la falda espinosos nopales que siguen cubriendo las vertientes del Albaycin y la Alcazaba. Desde aquellos nopales llega uno á creer que la ciudad surge de las aguas del rio como la Venus de Apeles. Está encajonada entre dos alturas, y solo cuando se la sigue en toda su estension se la ve trepar por las colinas que le sirven de asiento. Allá en lo mas alto, en el fondo descuella su catedral; detras de la catedral solo las sierras levantan á mayor altura sus agudas cumbres (**). ¡Granada! ¡Granada! el tiempo podrá rasgar una á una las páginas de tu historia; la revolucion y la guerra podrán derribar tus alcázares; la impiedad podrá sepultar un dia tus templos entre sus escombros; mas ni la fuerza ni los siglos podrán llegar á destruir jamás la armonía que depuso en tu seno la naturaleza: solo el airado soplo de Dios podrá despojarte de ese inmenso tesoro de poesía.

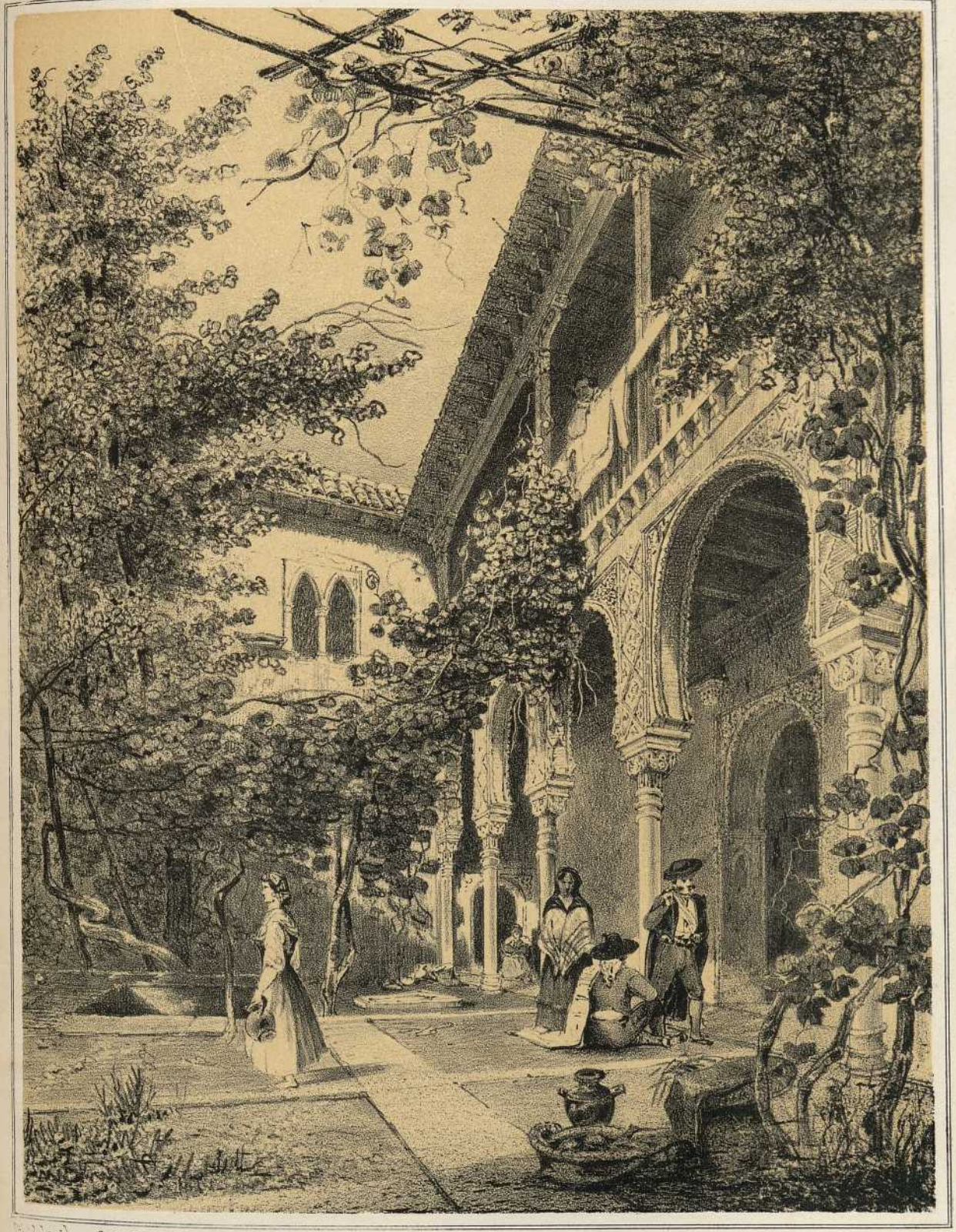
Está Granada entre dos sierras, la Nevada y la de Elvira, viva y brillante antítesis que aumenta su interes y su belleza. La Sierra Nevada es alta, magestuosa, sublime; está erizada de cumbres, ceñida de hielos eternos, cortada por espantosos tajos y torrentes, poblada de bosques salvages cuya profundidad animan tan solo los gritos de las fieras, vestida de flores en verano, cubierta en lo mas alto de humildes plantas polares, sombreada en lo mas bajo por el naranjo y la palmera, cruzada de estrechas sendas abiertas entre precipicios, dotada de un carácter severo, sobre todo en los Hornajos, donde crecen las aguas de los lagos al pié de triples y cuadruples líneas de cerros dibujados constantemente sobre el fondo de montañas azuladas (***). La Sierra de Elvira es baja, monótona, oscura, sin una flor en verano, sin un copo de nieve en el invierno. En vano el labrador hinca en ella la reja del arado; en vano derrama el cielo sobre ella el agua de sus nubes: sécase el agua y derrítese la nieve apenas tocan su superficie, abrasada incesantemente por el fuego de los volcanes. No tiene mas aguas que las de una espantosa caverna; y aun estas, lejos de presentar la frescura de las de otras

(*) Véase la lámina Cuesta de los Molinos.
(**) Véase la lámina Vista de la Alhambra desde los nopales del Monte Sacro.
(***) Véase la lámina.

sierras, parecen templadas por una hoguera oculta en el seno de tan misteriosos montes. Sus únicas flores son llamaradas sulfúreas que despide en el silencio de la noche; sus cosechas, terremotos que hacen estremecer de vez en cuando la ciudad de las ciudades árabes y sus alrededores pintorescos. Es aquella sierra imágen de la vida, ésta imágen de la muerte; y Granada, que está entre las dos, verdadera imágen de la humanidad, condenada al parecer á no gozar del bien sin estar amenazada por los males que de contínuo la rodean.

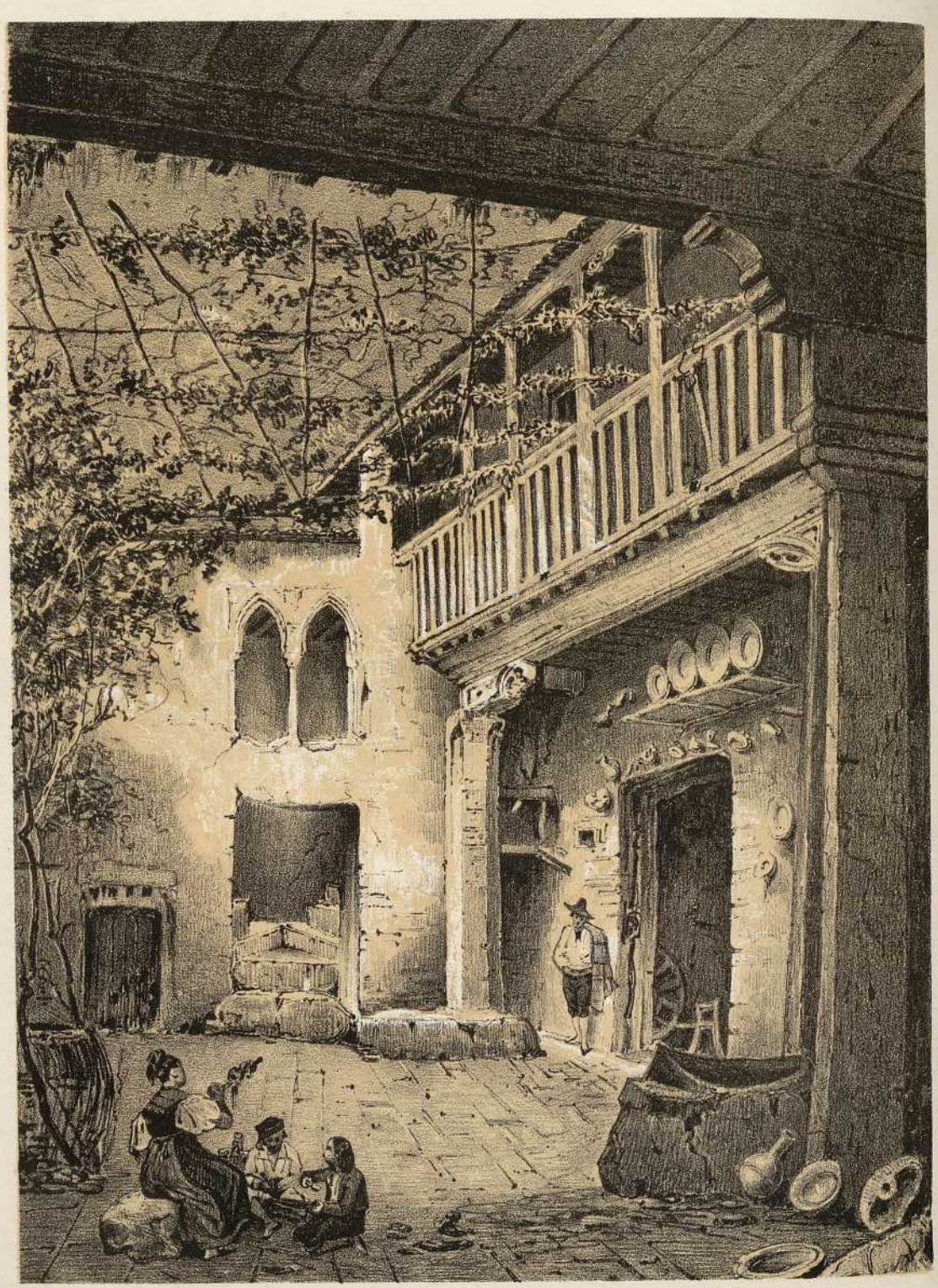
Es interesante Granada por su posicion y su hermosura; mas no deja de serlo aun por sus monumentos, aunque ya desfigurados por las injurias del tiempo y el mal gusto de los restauradores. Descúbrese aun en todas partes la mano de los árabes, de ese pueblo de ardiente fantasía, que no contento con soñar aéreos palacios para sus monarcas, cubrieron de caprichosas labores los muros de sus casas y convirtieron en moradas de placer las viviendas que en la antigüedad solo estaban cercadas de tinieblas. El Albaycin, barrio fundado por los moros que venian huyendo de Baeza cuando estendió sobre ella su espada S. Fernando, lugar fragoso donde la independencia de Granada tuvo su último baluarte y el desventurado morisco su postrer asilo, cerro lleno en mejores dias de vida y movimiento donde mas hicieron oir su voz las artes, aún hoy que está casi desierto, abandonado, cubierto acá y acullá de ruinas, ocupado en algunos puntos no ya por casas, sino por humildes chozas que crecen entre los nopales, aun hoy que cuenta cinco siglos de restauraciones y amputaciones, detiene á cada paso al viajero con restos, ya ennegrecidos por el humo del hogar, ya medio ocultos por la cal y el follage de los árboles, en que se ve reflejado no solo el gusto arquitectónico de aquel pueblo, sino tambien los placeres de que disfrutaba en el seno de la familia. En la calle de Yanguas, en la del Agua, en la de los Oidores, en S. Bartolomé, en la cuesta del Chapiz, descúbrense aun en el fondo de lóbregos portales patios llenos de luz con elegantes arcos árabes sostenidos por columnas de mármol, con pequeños estanques á que prestan sus aguas fuentes abiertas en las estremidades, con altas galerías de madera protegidas por magníficos aleros, con puertas de rica tracería cuyos ejes ruedan dentro de hermosas zapatas en que todavía chispea el oro con que las bañaron sus antiguos constructores. Adorna estos patios el verdor de la en-





Dib. del nat. por G. de P.

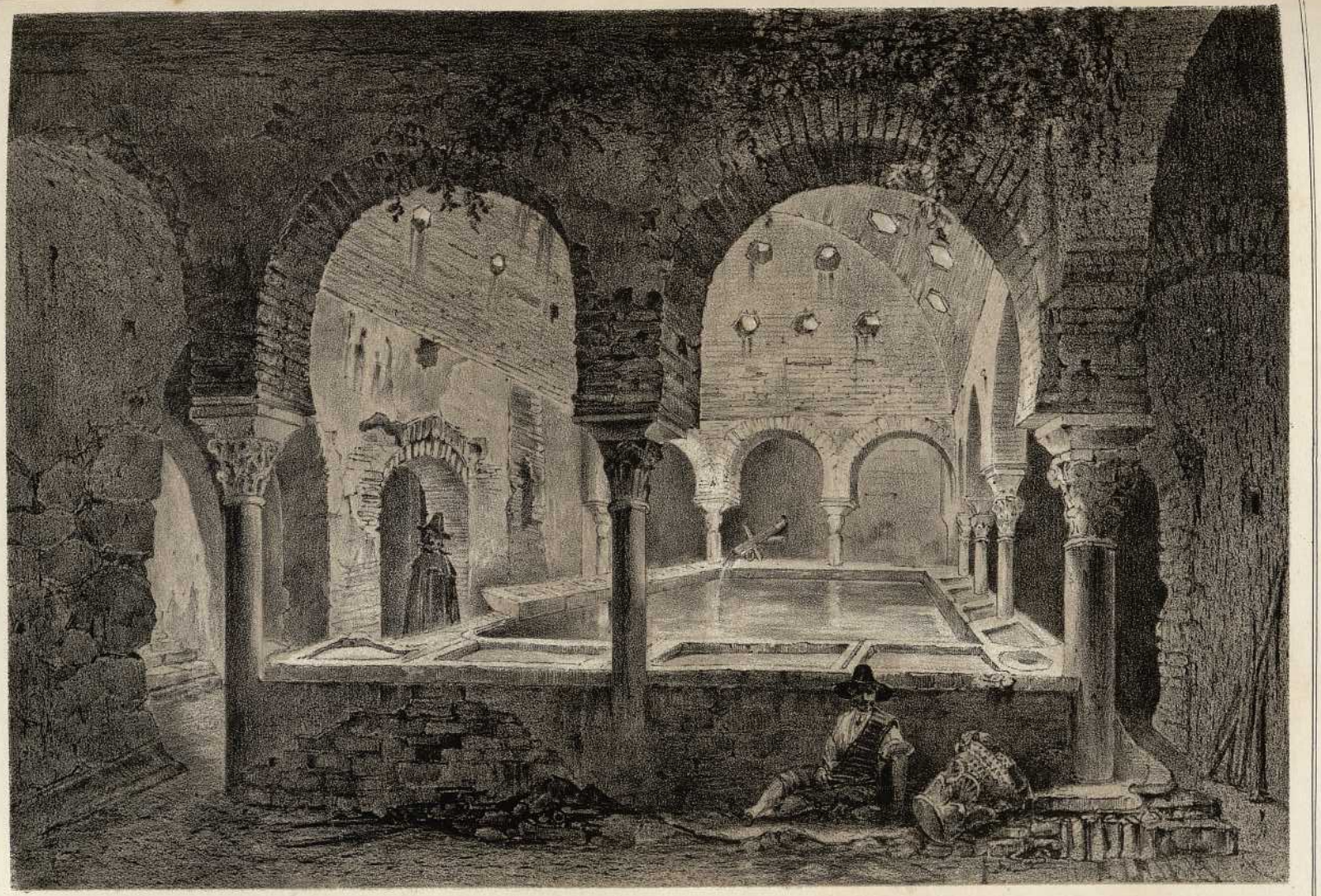
CASA DEL CHAPIZ
(Albaycin.)



Parcerisa lit.º

CASA ÁRABE EN EL ALBAYCIN
(Granada.)

CASA ÁRABE EN EL ALBAYCIN
(GRANADA)



BAÑOS ÁRABES.
(Granada.)

redadera y de la yedra; y todo mueve en ellos á entrar y á penetrar en el interior de las habitaciones donde se conservan bellas portadas cubiertas de labores de estuco, jambas adornadas de lindos babucheros, paredes cuajadas de arabescos, techos de estrellados artesones, ligeros alhamíes al través de cuyos arcos festonados se distinguen tal vez pequeñas bóvedas parecidas á las estalactitas de las grutas. En algunas de estas casas, especialmente en la del Chapiz, que la tradicion hace palacio de un rey moro y la historia aduana para las manufacturas de seda, hay ademas alicatados, capiteles de delicadas molduras semejantes á los que decoran los monumentos persas, esbeltos agimeces con bien labradas celosías, primorosos adornos que rivalizan con los mejores de la Alhambra. ¡Lástima que tan suntuosos restos hayan debido venir á ser el abrigo de gente que no puede llegar á conocer la belleza de los lugares en que habita!

La casa del Carbon, los baños de las orillas del Darro, las gigantescas Torres Bermejas que coronan una de las cumbres de la Alhambra, no han llevado tampoco mejor fortuna. Estas y la casa del Carbon son hoy el abrigo de esa raza egipcia en cuya frente está sellada aun la ignominia y el desprecio de nuestras sociedades: los baños sirven de lavadero, y húmedos y sumergidos como estan en las tinieblas, producen una dolorosa impresion hasta en el ánimo del anticuario, que solo con dolor puede mirar profanada una obra debida quizás á la generosidad de uno de los reyes de Granada (1). Consérvanse aun de estos baños un patio y algunos de los cuartos que fueron salas de descanso; pero no llama ya en ellos la atencion sino uno como claustro, cuyos arcos, apoyados directamente sobre columnas de mármol, corren al rededor de un aljibe cubierto por una baja bóveda estrellada (*). Los ricos y variados capiteles de las columnas, la bella distribucion de la galería, la opaca luz que la ilumina, la severidad de los arcos que cobijan sus oscuros corredores, hasta lo descarnado de sus muros les da cierto interes que en vano buscaríamos en otros restos árabes, que en vano buscaríamos ni en la portada de la casa del Carbon, donde está abierto uno de los mas bellos arcos de herradura que ha podido trazar la mano de los artistas

(1) Atribúyese á Mohammad V.
(*) Véase la lámina.

musulmanes. Decoran esta portada y este arco un recuadro lleno de hojas y flores enlazadas, una ancha faja de letras africanas, un agimez ya sin columna y dos pequeñas aberturitas de arco festonado sobre las cuales corre un hermoso calado de estuco; mas está tan jalbegada, tan destruida por los restauradores, que ni los restos de bóveda estalactítica que se distinguen detras de su archivolta, ni el recuerdo de haber sido lugar en que se celebraban zambras y festines (1), ni la gloria de haber dado paso al humilde coliseo de Lope de Rueda, que ejecutaba en él los dramas creados por su misma fantasía, ni la circunstancia de presentar tallada en ladrillo la brillante ornamentacion de su recuadro, labrada casi siempre en estuco, logran suplir en ella la belleza ni la armonía que la han ido arrancando el tiempo y las invasiones sucesivas de los estilos de otras épocas. Las Torres Bermejas, levantadas, segun algunos, sobre cimientos fenicios, guardan todavía el adusto carácter que les comunicaron los moros al edificarlas contra los rebeldes mozárabes del barrio de S. Cecilio, y lo guardan á pesar de las reparaciones que en ellas hizo el marques de Mondejar; mas, desnudas de todo adorno, como suelen estar las torres destinadas esclusivamente á la defensa, tampoco pueden ofrecer interes sino por la profundidad de sus muros, su color sombrío y su imponente mole.

La arquitectura árabe, caprichosa y rica en los palacios, era dura, severa, inflexible en todo lo que concernia á su sistema de fortificacion, murallas, puertas, castillos, alcazabas. No hay mas que echar una ojeada á esos vastos lienzos de argamasa que circuyen aun gran parte de la ciudad antigua, á esos altos torreones que á trechos los defienden, á esa Puerta Monáica que se conserva en la Alcazaba al pié de uno de los mas altos cubos, puerta ya medio cegada, cuyos arcos de ladrillo, abiertos bajo un ancho friso, presentan una de las mas gentiles curvas usadas por los árabes (*); no hay mas que echar una ojeada á esotra puerta ojival de Fajalauza, á que llamó de noche Boabdil al volver de su primitivo cautiverio (2), á la tan celebrada de Elvira, grandioso arco ultrasemicircular trazado entre dos muy

(1) Créese que sirvió ademas para dar hospedage á los correos y destacamentos de caballería que andaban recorriendo la Vega.

(*) Véase la lámina.

(2) Véase la página 320.

Dib.º del nat.l y lit.º por P. J. Parcerisa. Fig.ª por Zarza.

PUERTA MONAYCA.
(Granada)

altas torres, al través de cuya espaciosa area se distinguen otras dos curvas de igual género, mucho mas bajas y ligeramente apuntadas en forma de ojiva (1); no hay mas que echar una ojeada al castillo de Biv-Taubin, junto á cuyas recias y almenadas torres levantó el siglo pasado uno de los monumentos mas bárbaros que pueden concebirse en un período de decadencia: no se refleja ya en esos restos la mano de un pueblo voluptuoso que necesita respirar un aire perfumado por las flores de sus patios y descansar en ricos divanes de oro y seda á la luz que derraman sobre sus salones las celosías de sus ajimeces; se ve sí reflejada la mano de un pueblo fuerte, guerrero, ardiente, que arrostra con serenidad el peligro, que crece con el calor de la batalla, que acepta por pasatiempo y fiesta los combates. Los árabes eran tan afeminados en la paz como feroces en la guerra; y está indudablemente retratado en sus monumentos ese doble aspecto de su carácter. Á no ser por la identidad de curvas empleadas en unos y otros edificios, ¿quién despues de haber visto esas puertas y murallas, solo notables por su solidez, atribuiria al mismo pueblo que las construyó casas como la de D. Emilio del Pulgar, palacio en otro tiempo de la hermosa Moraima y la orgullosa Aixa (2)?—Penétrase en ellas por un jardin que ocupa quizás el mismo lugar donde estuvieron las huertas mayor y menor de la Almanjarra, que se estendian al pié de la casa que aun existe y de otra de que no quedan ya ni ruinas. Hay en este jardin una larga calle de laureles, cuyos ramages enlazados constituyen una espesa bóveda, y al fin de ellas una sala ya muy restaurada en cuyos cuatro muros estan abiertos otros tantos arcos dentellados que dan paso á los cuartos interiores. Cúbrela una

(1) Junto á estos dos arcos se lee: ad florentissimam totoque orbe nimis nominatam urbem granatensem Doctor Petrus de Antequera et Arteaga complutensis in eadem urbe prætor regius anno J. C. D. C. X. epigrama:

Bella Granata, vale, multis decorata tropheis:
O decus Hesperiæ, bella Granata, vale.
Bella Granata, vale, doctorum luce coruscans,
Moribus et castris, bella Granata, vale.
Bella Granata, vale; valeat quoque curia regis
Aurigerique duces: bella Granata, vale.
Bella Granata, vale, monachi cum tutè valete,
Doctoresque pii: bella Granata, vale.
Bella Granata, vale, florens vallisque senatus,
Hincque tui cives: bella Granata, vale.
Bella Granata, vale, mari eque dona poetæ
Perpetuoque mihi, bella Granata, vale.

(2) Estas casas, conocidas con el nombre de Cuarto Real, fueron cedidas por los Reyes Católicos al célebre Fr. Tomás de Torquemada, con el objeto de que fundase el próximo convento de Sto. Domingo. En 5 de abril de 1492 tomó posesion de ellas el P. Fr. Alonso de Velizo y se comenzó la obra.

rica techumbre de madera, labrada en forma de cúpula; anímala con el murmullo de sus aguas una fuente abierta en medio de su pavimento de mármol; adórnanla en la parte baja fajas de preciosos alicatados, y en la alta lindos ajimeces con caladas celosías; y no parece aun sino el albergue del placer á pesar de haber perdido en gran parte sus relieves de estuco y no conservar sus antiguos ataurigues de hojas y flores sino en el intrados y enjutas de sus arcos, entre los cuales el de entrada ostenta toda su riqueza de dorados y colores. Es solo este cuarto el que han respetado los siglos; mas ¿no bastaria acaso él solo para hacer ver esa antítesis que observamos entre los monumentos militares y civiles de los árabes?

De sus monumentos religiosos apenas podemos formar idea por lo que existe en esta ciudad, donde desde los primeros tiempos de la conquista han sido derribadas sus mezquitas. Á las orillas del Genil, no lejos de un puente que conduce á la carrera del mismo nombre, hay una pequeña ermita consagrada á S. Sebastian, donde es fama que doblaron los Reyes la rodilla para dar gracias á Dios apenas vieron flotar sus pendones en lo alto de la Vela. Añádese que junto á su puerta fué recibido Boabdil por el rey Fernando: recuerdos todos que le han dado y le dan cierta importancia no solo á los ojos de los granadinos, sino tambien á los de los viajeros. Tiene por puerta un sencillo arco de herradura, por nave una pequeña superficie cortada en forma de un octógono, por techo una bóveda con aristas entrelazadas figurando una elegante estrella; mas aunque todo revele en ella su origen árabe y su primitivo destino de mezquita, ¿bastará acaso para dar idea del modo como aquellos devotos musulmanes cronstruían y decoraban los monumentos destinados al culto del Profeta?

En el recinto de la ciudad no solo no quedan ya vestigios de templos árabes, no los hay ya ni de sus antiguos panteones. Existe en una calle oscura una casa llamada de las Tumbas, cuyo nombre parece indicar que ha sido en algun tiempo cementerio; mas no fué, segun lo que permiten juzgar sus restos, sino otra casa de baños, cuyo estanque está cubierto por una hermosa cúpula, debajo de la cual se distinguen algunos arcos de herradura sostenidos por columnas de mármol. Eran indudablemente estos baños mas suntuosos que los de las orillas del Darro: recibian luz por unas estrellas abiertas

en unas cúpulas esféricas que cortan aun hoy las robustas bóvedas de la galería, y es tradicion que al mediodia tenian vistas á un jardin poblado de olorosas flores, entre las cuales brotaban de ligeras copas de mármol aguas frescas y puras que bajaban de las vecinas sierras. Los capiteles de sus columnas estan adornados de una doble línea de hojas como los corintios, sus arcos son ligeros y elegantes, tan difíciles como bellas su cúpula y sus bóvedas, dignos de atencion todos sus detalles; mas es á la verdad sensible deber reconocer otros baños donde cree uno ir á descubrir solo sepulcros. Cuando un pueblo ha desaparecido de la superficie de un pais en que se agitó durante siglos, se desea tanto encontrar monumentos donde se pueda apreciar sus costumbres y seguirle en todas las faces de su existencia, que el historiador y el artista esperimentan en sí un verdadero vacío, si esperando hallar ruinas que podian reflejarles algunas prácticas de aquellas generaciones, tal vez poco conocidas ó del todo ignoradas, dan solo con algunos restos en que estan consignados los usos mas sabidos por la tradicion ó por la historia.

Mas ¿tenemos derecho para abrigar ese sentimiento cuando no hemos penetrado aun en la Alhambra, en ese alcázar de los reyes nazaritas donde cabe apreciar la voluptuosa elegancia con que edificaron los árabes sus casas, la riqueza y magestad de que revistieron sus mezquitas, la augusta sencillez con que levantaron los cuartos en que debia ser recibido y lavado el cadáver de sus reyes? ¿cuando no hemos pisado aun ese palacio en que cada piedra es una leyenda y cada patio y cada cámara una leccion para la historia del arte? Es obra de El-Hamar, del fundador del trono de Granada; es la corona de piedra en que incrustó cada rey uno de sus tesoros; es el libro en que procuraron todos consignar su gloria. Creció de siglo en siglo, y todos los dias fué aumentando en esplendor: cuando estuvo cubierta de oro y de colores, ciñó de jardines sus brillantes salas, de huertas sus murallas, de bosques las vertientes del cerro en que está sentada, de halagüeñas perspectivas sus encantados miradores; y era ya á la caida de sus reyes la diadema de Granada, la reina de los palacios, la joya mas preciada de la arquitectura del Oriente. Llegó á cautivar hasta las miradas de sus vencedores, tanto que, aun despues de entregada á manos enemigas, recibia sin cesar alabanzas por su hermosura, y era no solo respetada, sino codiciada y querida.

Fué mutilada por un emperador, pero protegida mas tarde contra las injurias del tiempo por este mismo príncipe y su hijo. Hasta de ese rey Felipe II, cuyo corazon conmovian al parecer solo los intereses del cristianismo, hasta del rey Felipe III, que no vaciló en declarar proscritos á todos los moriscos, mereció singulares honras y mercedes; mereciólas de Felipe IV, del mismo Carlos II, en cuyo reinado empañaron el brillo de la monarquía las mas amargas desventuras. Desmoronada por la accion lenta de los años, sacudida por los estremecimientos de la tierra, derribada por espantosas detonaciones, halló siempre en estos monarcas una mano que la levantase de sus ruinas y cicatrizase sus heridas. Estaba sola, desierta, privada ya de sus aguas y sus flores, de sus divanes y sus lámparas, de sus sultanas y sus reyes; estaba ya condenada á la horfandad, al silencio de la muerte; pero no dejaba de tener quien recogiese y restaurase sus marchitas galas, y respetando su carácter y su origen la embelleciese con nuevas joyas labradas segun el gusto de sus fundadores (1).

1) Creemos oportuno desvanecer la preocupacion que existe de que este palacio árabe de la Alhambra estuvo enteramente abandonado desde los primeros años de la conquista. Si los reyes de la Casa de Austria no hubiesen hecho reparar incesantemente los daños que sufrió del tiempo y de los hombres, es indudable que no quedarian ya de él ni fragmentos que permitiesen apreciar la riqueza con que fué construido. Frágil de suyo la arquitectura árabe, sobre todo en su último período, no hubiera podido resistir á la accion de tantos siglos un alcázar, que aunque sentado sobre recios muros de argamasa, no está cubierto sino de lienzos de estuco y bóvedas y techumbres de madera y yeso. Trabajaron mucho para repararlo y conservarlo casi todos los reyes austriacos, en prueba de lo cual nos permitiremos citar aunque no sea mas que de paso los numerosos documentos relativos á este asunto, que encontramos en el Archivo de la Contaduría de la misma Alhambra.

Vivian aun los Reyes Católicos cuando habia ya para la conservacion de este alcázar un veedor, un maestro mayor de las obras reales y un buen número de subalternos, dependientes todos de la alcaidía mayor, cargo que estuvo vinculado en la familia de los marqueses de Mondejar hasta el dia 3 de diciembre de 1717. Empezaron luego las

CONSIGNACIONES.

Lo primero que se consignó en favor de las obras de este palacio fué el producto de la *farda*, tributo impuesto á los moriscos recien convertidos, que ascendia á unos diez mil ducados.

Por tres reales cédulas, fecha la una en Segovia á 13 de setiembre de 1515, la otra en el Escorial á 4 de junio de 1526, y la otra á 20 de setiembre de 1589, se aplicaron á las mismas obras las penas de cámara y fisco de la ciudad de Granada y su corregimiento, que comprendia Alcalá, Loja, Alhama, Velez y toda la Alpujarra.

Por real cédula de 3 de enero de 1581, en atencion á que el tributo de la farda se hizo ineficaz por motivo de haberse rebelado los moriscos, otorgó Felipe II sobre la renta de los azúcares de Sevilla los seis mil ducados que hasta entonces habian sido aplicados á las reparaciones del Alcázar de Toledo.

Por real cédula de 30 de diciembre de 1604, confirmada por otra de 20 de junio

Condenada como se ve ahora al rigor de los elementos, no lo estuvo hasta que, desgarrado el reino en el siglo XVIII por una guerra de sucesion y enterrado el arte en la tumba de los últimos reyes de la Casa de Austria, no se pudo atender sino á las mas urgentes necesidades de los pueblos y se olvidó lo pasado, cuyas tradiciones conservaba con tanto esmero la antigua dinastía. Decayó desde entonces todos los dias, y solo tuvo ya muy de tarde en tarde quien conmovido por las sentidas quejas del arte pensase en la conservacion de sus bellezas. No pudo contar ya para sus reparaciones ni con los tributos impuestos en su favor por los primeros reyes cristianos, ni con las cuantiosas rentas que en mejores tiempos le fueron asignadas; y vino así á parar al triste estado en que hoy la vemos. Estan casi secas sus fuentes, sin flores sus jardines, sumergidas en escombros sus murallas. Estan ahumadas y perdidas la torre del Agua y la de las Infantas: poco queda ya de esa torre de los Siete Suelos por la que salió para su destierro el último rey moro; muy poco se puede ya esperar de otras muchas torres cedidas á familias desgraciadas que desconocen el valor de esas viviendas tan ricas como oscuras.

La Alhambra en medio de su abatimiento conserva sin embargo patios y salones que revelan su antigua magnificencia, patios y salones que merecen ser guardados como ricas joyas, que merecen ser

de 1657, se consignó el producto de la pesca, yerba y madera del Soto de Roma y Cortijo de la Tejuela, renta que se cobró hasta el año 1675.

Fué, ademas, consignada por otras muchas cédulas en beneficio de estas obras la renta de varios juros, que llegó á valer hasta sesenta mil reales, otra de cuatro mil ducados sobre los azúcares del reino, y sumas mas ó menos crecidas que en calidad de gastos estraordinarios enviaba el Tesoro cuando lo exigia así la necesidad de reparar lo caido.

Habia para el cobro de estas rentas y tributos un recaudador que gozaba de cincuenta mil mrs. de sueldo en tiempo de la reina D.ª Juana.

El advenimiento de la nueva dinastía fué hasta cierto punto fatal para la Alhambra. Suprimidas casi todas las consignaciones, y cuando no suprimidas, hechas infructuosas por las vicisitudes de los tiempos, faltó toda clase de recursos para irla restaurando, y apenas hubo quien pudiese detener su ruina. En vano se elevaron en 1755 sentidas esposiciones á los reyes: D. Manuel del Prado, á quien estos confiaron el negocio, no encontró otro medio que el de encargar á los alcaides de las torres que restaurase cada cual la suya, y el de destinar para los reparos de las murallas doce moros cautivos de los que habia en los depósitos de Málaga, Cartagena y Cádiz. Algo mas aunque poco se ha hecho en nuestro siglo, á pesar de los continuos disturbios en que se ha visto envuelto el trono.

Podriamos dar ahora noticia de las reparaciones hechas en el siglo XVI, en el XVII y hasta en el XVIII; pero creemos mas oportuno hablar de ellas á medida que vayamos describiendo las piezas en que fueron hechas.

UNIVERSIDAD DE GR... Hospital Real

estudiados como modelos de una arquitectura que emigró con un pueblo proscrito, que merecen ser leidos como libros en que estan encerrados los mas tiernos y piadosos conceptos de hombres de la mas ardiente fantasía. Está rodeada de monumentos de otro pueblo y de otros siglos; pero aun esos mismos monumentos hacen resaltar mas la hermosura de sus formas. Súbese hoy á ella por una calle que lleva todavía el nombre de los Gomeles, calle de áspera pendiente en cuyo estremo abre paso á tres anchas carreras de olmos y álamos frondosos la puerta de las Granadas, obra de orden toscano adornada en su entablamento con un escudo de armas sobre las que estiende sus alas el águila imperial de Carlos V. De las tres calles de árboles conducen la una al campo de los Mártires, la otra al Generalife, la otra á la Puerta Judiciaria, donde es fama que administraba justicia un cadí moro segun la costumbre patriarcal de Oriente. Grave y sencilla es esta puerta, pero bella. Está abierta en el fondo de un torreon, en el cual se la distingue al través de un soberbio arco de herradura decorado en su parte superior con una mano toscamente cincelada. Aunque de mármol, es tan rica en labores como si estuviera revestida de estuco: lleva su elegante arco ultrasemicircular sobre columnas de hermosos y delicados capiteles incrustadas en jambas, que son de piedra de Loja y Sierra Elvira; lleva el cuadro en que aquel está encerrado lleno de hojas y flores que presentan á los ojos un vistoso juego. Corre sobre el arco una ancha faja de letras árabes donde se lee que Abu Abdala Abu el Haxis construyó la puerta á mediados del siglo VII de la Egira; y hasta esos carácteres estan adornados de flores y cintas bellamente entrelazadas (1). Todo es en ella notable; pero mas aun que todos sus adornos una llave trabajada en relieve sobre la clave del arco. Esta llave y la mano cincelada en el arco del torreon son evidentemente simbólicos. Representaba esta entre los árabes la fuerza, designaba el poder de Dios, era la representacion del número de sus dogmas religiosos, ó por mejor de-

(1) Tradujo esta inscripcion Luis del Mármol. Dice así: «Mandó labrar esta portada llamada Judiciaria, con la cual Dios Altísimo haga dichosa la ley de los hijos de salvacion Abi Abdeli, Abul Haxis, Juzef Ibni, Abul Haxes, Ibni Nazer; mantenga Dios en las morismas sus obras pias y caritativas, y quede la sucesion de sus victoriosos hechos en sus descendientes. Labróse en 27 dias de la luna de Manlud el Engendradizo, año de 647.» Hemos preferido esta version á la que de la misma inscripcion hizo Castillo, porque hallamos acorde la fecha con el tiempo en que reinó el rey que se cita.

Tom. del nat.l y lit.a por E.J. Parcerisa.

Lit. de J. Donon

Fag.t por Zarza.

PUERTA DEL JUICIO.
(Alhambra.)

cir, de sus preceptos capitales, que eran cinco como los dedos y contaban tantas modificaciones como articulaciones hay en ellos. Teníasela, ademas, como un amuleto contra los conjuros, como una piedra de repulsion contra los enemigos de la ley muzlímica, como un instrumento tocado de la mano de Dios, capaz de obrar grandes prodigios. No la esculpian sin fundamento en las puertas de los alcázares, porque creían tener en ella su mejor defensa. Confiaban menos en la llave, pero no la miraban con menos respeto, considerando representado en ella el poder que otorgó Dios al Profeta para abrir y cerrar las puertas de los cielos. Distribuían los árabes caprichosamente en todos sus edificios los adornos de hojas, flores y figuras inscritas y circunscritas; pero no los demas objetos, que solian valer tanto para ellos como los geroglíficos para los egipcios. Era esta puerta á la vez sala de juicio y entrada de un alcázar: la mano que hay sobre ella estaria para terror del nazareno, estaria como símbolo de las sagradas leyes, que son la fuente de la justicia humana. Parte la legitimidad de todo juicio de cierto poder social, hijo de la organizacion misma de los pueblos y atribuido como tal á una comunicacion directa ó indirecta de la autoridad divina; hé aquí por qué labraron la llave con que podian abrir el Profeta y sus delegados el cielo ó el infierno, es decir, los goces y los tormentos, el premio ó el castigo.

Conduce esta puerta Judiciaria por tres oscuras revueltas, que apenas puede uno atravesar sin creer percibir aun el ruido de las lanzas árabes, á una calle estrecha y de algo áspera pendiente, al fin de la cual hay una vasta plaza, llamada de los Aljibes, cerrada á la derecha por el palacio de Carlos V, á la izquierda por una línea de torreones, y al frente por una baja muralla que mira á las angosturas del Darro y á las pintorescas vertientes del Monte Sacro, cubiertas todas de cuevas y nopales. Poco queda ya en esta plaza de los tiempos anteriores á la conquista; mas aun esos escasos restos estan llenos de interes para el artista. Álzase á la entrada un pórtico, cuya fachada oriental consiste en un elegante arco de herradura, sostenido por altas impostas de sillería y encuadrado en una bella franja de listones, sobre el cual está entallada una serie de caractéres africanos y abierto un ajimez de doble arco dividido por una ligerísima columna. Lleva adornadas de cintas y flores en esta fachada no solo las

enjutas del arco, sino tambien la inscripcion que corre sobre su recuadro, esculpida en el dintel una llave hermosamente cincelada, á los dos lados una esbelta columna que parte desde el suelo á recibir un bellísimo filete; y como si no bastara tanta belleza para detener los pasos del viajero, ostenta aun nuevas y mas ricas labores sobre su fachada occidental, cuyo ajimez, mucho mas gracioso que el ya descrito, está enriquecido con menudos adornos, donde se lee una inscripcion en caractéres árabes (1). El arco es de ladrillo, y solo son de piedra las impostas; mas le comunican una singular gracia y hermosura los azulejos que corren en torno suyo, los florones de lo-cetas vidriadas que hay en sus enjutas, circuidos de preciosos alicatados rotos ya por la fuerza de los siglos, el escudo de armas que se descubre detras de los arcos de su ajimez, noble y sencilla divisa de los Alhamares, las pequeñas leyendas entalladas en muchas de sus partes, el mismo estado de postracion y ruina en que se encuentran sus paredes, donde todo está ya confuso, vago, sombrío, revestido de ese carácter imponente que suelen dar á los edificios las tempestades que los azotan y el sol que los alumbra. Todo es bello en este pequeño pórtico: lo es por su misma sencillez hasta su interior, en cuyos lados figuran dos capillas de bóveda cilíndrica; mas separado hace ya siglos del palacio árabe, ha llegado á perder hasta para la historia la significacion que en otros tiempos tuvo. Ven unos en él la entrada de la segunda cerca del Alcázar, otros un oratorio; y cuando para disipar la duda apelamos á su nombre, apenas podemos dejar de entristecernos al saber que desde el siglo XVI es llamado Puerta del Vino tan interesante monumento (2). Está hoy solo, aislado, y para mayor mengua suya ha perdido hasta el recuerdo de su antiguo título.

Vase luego al palacio árabe por una calle abierta entre la casa del Gobernador y el soberbio alcázar levantado por el nieto de Isabel I. Ninguna sensacion puede esperimentarse ya al llegar al pié de

(1) Todas las inscripciones de este pórtico son testos sagrados que nada revelan sobre el origen ni la significacion especial del monumento.

(2) Llámase Puerta del Vino desde que por una providencia de buen gobierno, publicada en el año de 1564 en la Alhambra, se previno que los cosecheros de la Vega y todos los comerciantes en aquel líquido debiesen depositar las cargas en el recinto de este edificio hasta despues de concluida la venta. Referíase esta providencia solo á los vinos de Alcalá que se tragesen á Granada para el consumo de la gente del Alcázar.

Dib.t del natl. y lit.d por F. J. Parcerisa. Lit. de J. Donon. Fig.s por Puigari.

PATIO DE LA ALBERCA

(Alhambra.)

su humilde puerta; mas apenas se cruza el umbral, cuando se abren al parecer los sentidos á una nueva luz, cuando se siente afan por recibir las impresiones que nos hace esperar la primera ojeada que dirigimos al patio de los Arrayanes. En vano se pretende detener los ojos en el vestíbulo que le precede: el ambiente, la luz, la frescura del patio llevan tras sí la vista, el corazon, la fantasía. Se está ya en él, y apenas se sabe gozar de todos sus encantos: la originalidad de su arquitectura, sus aéreas galerías, sus caladas puertas, sus preciosos alhamíes (1), las ricas estancias que se vislumbran al través de sus arcos, sus fuentes, su vegetacion, los reflejos de sus estucados muros en las aguas del estanque, el murmullo de las auras que agitan los espesos mirtos, la transparencia del cielo, el mismo silencio que reina alrededor, todo embarga á la vez su ánimo y le turba y le confunde, dejándole por algun tiempo sumergido en un mar de sensaciones desconocidas que apenas pueden revelarle mas que la armonía que brota del conjunto. Es este patio un espacioso cuadrilongo, cerrado á norte y sur por dos galerías apoyadas en ocho columnas de mármol blanco, y á este y oeste por dos muros en que estan abiertas portadas y ajimeces cubiertos de arabescos. Tiene en cada uno de sus ángulos un delicioso alhamí cuyas paredes llegan á desaparecer bajo sus relieves de estuco, en el centro una alberca en cuya orilla crecen el ciprés y el mirto, en los estremos de esta dos tazas circulares de cuyo fondo brotan aguas cristalinas. No es solo bello en sí: lo es por las perspectivas que abre á cada paso á los ojos de los espectadores. Asoman por encima de sus galerías al norte el torreon de Comares (*), ceñido todo de almenas, y al mediodia los sólidos muros del palacio de D. Carlos; por entre los arcos de aquella galería, el salon de Embajadores; al través de una de las puertas de oriente, el patio de los Leones, cuya fuente se descubre entre un pequeño bosque de columnas. Se vive, se goza en este patio: revélase en él todo el sensualismo de los árabes; y la imaginacion los ve todavía sentados en divanes de oro y seda bajo las caprichosas bóvedas de esos alhamíes que respiran aun tanta frescura. No hay puerta, no hay ajimez, no hay arco que no esté cubierto de detalles: reina en todas partes variedad,

(1) Llamaremos alhamí no solo á las alcobas, sino á toda clase de apartamiento.
(*) Véase la lámina Patio de la Alberca.

lujo, belleza. Consta cada galería de siete arcos casi semicirculares: el del centro estiende su gallarda curva hasta debajo de la cornisa; los de los lados, mucho mas bajos, llevan sobre sí altas enjutas de doble calado á cuyo través pasa la luz del dia. No tiene mas que un piso la del norte y cuenta hasta tres la del mediodia, sobre cuyo primer alero se levanta un estilobato en que estan abiertos hermosos ajimeces y otra galería del mismo número de arcos, cuyas enjutas ó recuadros son mucho mas reducidas aunque no menos bellas. La bóveda de la galería sur, toda artesonada, ostenta en una misma línea siete pequeñas cúpulas que parecen otras tantas claves; la de la galería norte solo presenta en el centro una semiesférica, pintada de azul y adornada con estrellitas de oro. Los arcos de puertas y galerías son dentellados; aconchados los de los alhamíes; distintos en forma y en riqueza los capiteles en que descansan los arcos centrales y los laterales; de variado y caprichoso dibujo las enjutas. Hay apenas dos puertas iguales en un mismo lado. Lleva la de entrada apoyado el arco en pequeñas repisas estalactíticas, corrido el recuadro de un estilobato en que figuran dos ventanas con hermosas celosías, adornada su parte superior con un doble ajimez cuyos arcos descansan sobre tres columnas y estan dentro de una orla de caractéres africanos (1).

Tiene este patio al norte, en el fondo de la galería, un arco de onda pintado de oro y azul, cuya repisa de menudas bóvedas iluminadas y doradas proyecta su sombra sobre dos machones de mármol, en que estan abiertos otros tantos nichos bordados de delicadísimas labores. Figuran sobre el recuadro que lo encierra tres ajimeces de

(1) Este patio ha sufrido mucho como todo lo demas de la Alhambra. De resultas del incendio que en febrero de 1590 tuvo lugar en una casa de un polvorista situada dentro del mismo alcázar, junto á S. Francisco, perdió sus cuatro puertas principales, y desde entonces acá han sido tantas las restauraciones que ha sufrido, que apenas hay en él nada que pueda creerse anterior á la conquista. Su pavimento de mármol es del siglo XVI: por un cuaderno de libranzas de 1587 que existe en el Archivo de la Contaduría, se sabe que fué Damian Plan el que obtuvo en su favor el 21 de marzo de aquel año el remate de la almoneda que se celebró para las cincuenta varas de losas con que debia solarse, segun palabras testuales del mismo documento, el patio principal del cuarto de Comares (Arch. de la Cont. de la Alh.). Las inscripciones que en él se conservan dicen casi todas lo mismo: el mote *Solo Dios es vencedor*, divisa de los reyes nazaritas, está repetido hasta la saciedad. Solo hay una leyenda algo notable, la de *Dése gloria á nuestro rey y señor Abu-el-Hagiad, á quien Dios ayude*, que está en un medallon que decora la parte superior de uno de los alhamíes meridionales.

arca calada en que se distingue una bella combinacion de rosas y de estrellas; y aberturas, impostas, nichos, enjutas, todo está profusamente adornado de letras floreadas, de hojas prendidas en sus tallos, de entrelazos caprichosos, de bajas columnitas simuladas, puestas entre molduras salientes que decoran sus bases y sus simples capiteles. ¡Qué hermosa entrada para una sala como la de la Barca, que, aunque larga y estrecha, respira tanta suntuosidad por los mosáicos de azulejo que cubren la parte inferior de sus paredes, por sus altos relieves de estuco cortados á trechos por escudos con leyendas árabes, por los arcos dentellados de sus estremidades apoyados en pequeñas columnas de bellos alicates, por su artesonada techumbre semicilíndrica que lleva en sus ángulos cuatro pechinas estalactíticas enriquecidas con lindísimos dibujos, por las graciosas ventanas abiertas sobre el patio cuyo doble arco descansa en una esbelta columnita!

No es, sin embargo, este cuarto sino antesala del de Comarech, donde recibieron los reyes moros tan brillantes embajadas. No cabe ya mas magestad ni mas grandeza que la de este cuarto. Sírvele de entrada un soberbio arco, cuyo intrados y repisas estan adornadas de estaláctitas que relumbran como pequeñas olas encrespadas en que refleja el cielo su azul y el sol naciente sus primeros fuegos. En los machones que lo sostienen hay labrados otros dos nichos destinados como todos los demas á guardar los borceguíes que solia quitarse el moro antes de atravesar los umbrales de la cámara: todo acostumbra á estar profusamente embellecido en esas estancias encantadas; mas nada como estos humildes babucheros cuajados de relieves, de colores, de oro (1). Es el salon de planta cuadrada, elevado, espacioso, bello. Carece ya de su antiguo pavimento, de la fuente que un dia embelesó con sus murmullos á tantos enviados de reyes venidos de otras tierras (2), de los preciosos calados que adornaron sus numerosos ajimeces; pero conserva aun sus altos zócalos de mosáico (3),

(1) Véase la portada de este tomo. Deseosos de dar á conocer la riqueza de estos babucheros, hemos copiado en ella con la mayor exactitud posible y con los mismos colores del original el que está en la entrada de la sala de la Barca.

(2) Parece natural que hubiese en él una fuente como la hay en el centro de los demas salones; pero ignoramos en qué puedan fundarse los que aseguran que estuvo aquí la que está ahora en el jardin de Lindaraja.

(3) Este género de mosáico es uno de los adornos mas notables de los salones de este monumento. Consiste en juegos de figuras geométricas enlazadas unas con otras, en que cada línea y cada color es una pieza distinta. Los hay que entre las figuras llevan motes árabes, y es cosa que estraña ver en piezas tambien distintas no solo las

sus magníficos relieves de estuco que cubren sus muros hasta el arranque de la cornisa, su arrogante cúpula de madera que por la naturaleza de sus adornos parece imitar la estrellada bóveda del cielo, sus ricos alhamíes y ajimeces, al través de cuyos arcos se descubren las alamedas del Darro, muchas casas y templos del Albaycin, medio ocultos entre frondosos árboles, el pintoresco cerro de S. Miguel, las decantadas ruinas de la cerca de D. Gonzalo, negro recuerdo de una sangrienta derrota y un doloroso cautiverio (1). Bello, muy bello es todavía este salon de Embajadores. El mosáico, los estucos, la cúpula, los miradores, todo presenta una gran variedad de combinaciones, ya geométricas, ya de capricho, que apenas pueden seguir sin esfuerzo los sentidos. Levantamos la vista mas allá del zócalo, y descubrimos ya una ancha cinta de caractéres africanos que se destacan sobre un fondo de follage, ya un losangeado ondulante en cuyo centro figuran motes árabes, ya juegos de figuras inscritas y circunscritas que van formando cuadros de entrelazos, ya líneas de curvas mas ó menos graciosas sembradas de pequeñas conchas, ya series de ajimeces sobre cuyas cimbras ostenta el arco de segmento sus bellas y elegantes formas. Llaman la atencion los miradores por sus arcos dentellados, cubiertos en su intrados de complicados ataurique, de hojas, de flores, de hermosas lazadas en que figuran conchas y estrellitas, por sus adornos estalactíticos, por la delicadeza de sus relieves, por la elegante tracería de sus techumbres, entre las cuales descuella la del mirador septentrional del centro (*), esbelto cupulino, que perdió ya la brillantez de sus colores (2). El techo del salon, esa arrogante cúpula que tan interesan-

letras, sino hasta los mas insignificantes signos de puntuacion. Para que el lector pueda formarse una idea mas exacta de esta singular manera de combinar los azulejos y del efecto que han de producir en el original, damos los mejores de la sala de las Dos Hermanas, á cuya vista y á la de las que damos en la lámina de detalles número 9 es facil calcular el partido que supieron sacar los árabes de esta clase de adorno.

(1) El lector recordará facilmente que hubo en Jaen un obispo llamado D. Gonzalo, que cayó en poder de moros. Asegúrase que le exigieron por rescate la construccion de una gran parte de la línea de murallas que empezaba en la puerta de Elvira y venia á la cuesta del Chapiz por el cerro de S. Miguel el Alto, cerca que por esta razon lleva aun hoy su nombre.

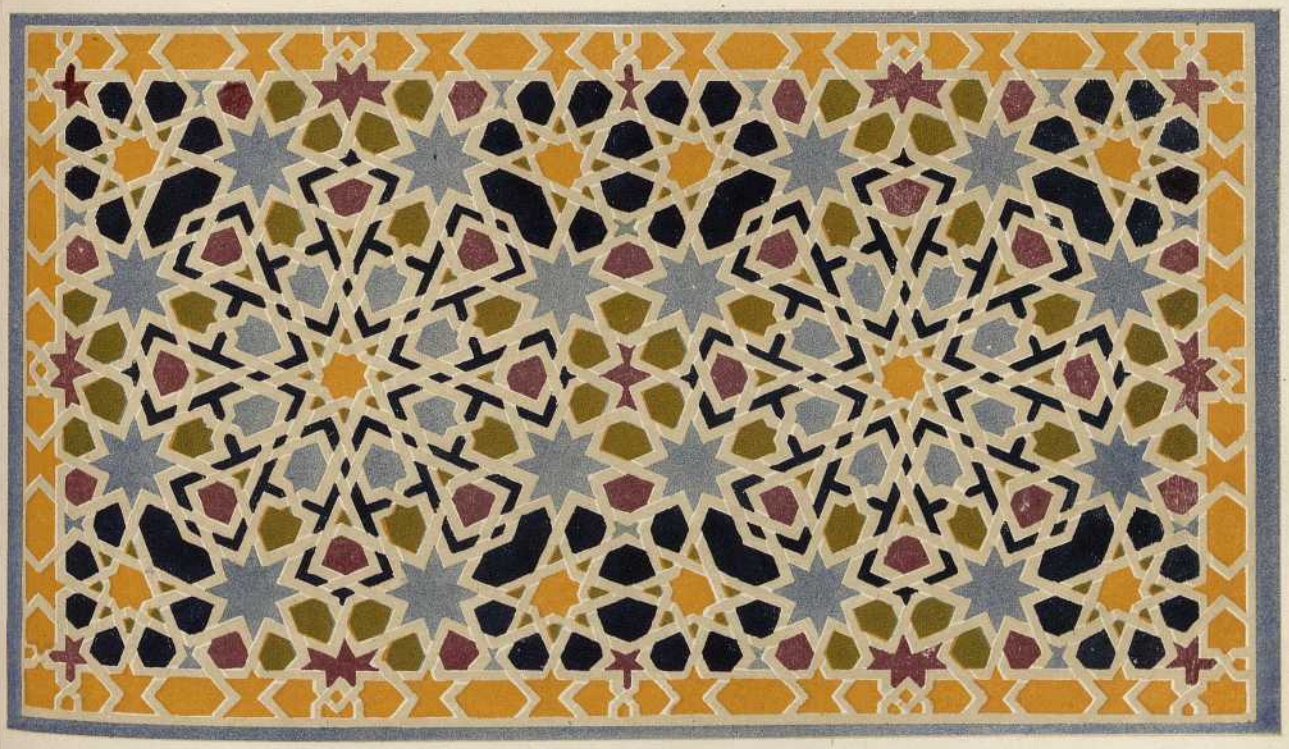
(*) Véase la lámina Balcon de la sala de Embajadores.

(2) Es ademas notable este mirador por las inscripciones árabes que contiene: léese en una que está á la derecha:

La Arabia te ensalza:	desde la mañana	hasta que es llegada
todos se te humillan	que el sol ilumina	la noche sombría.

Dib.º del natl y lit.º por F. J. Parcerisa. Lit. de J. Donon.

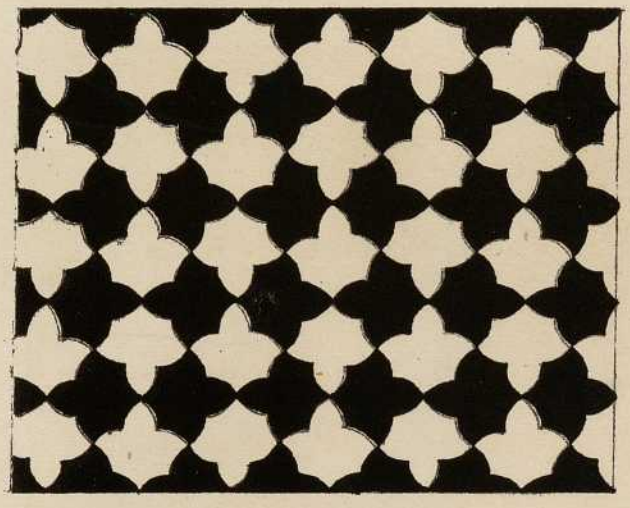
BALCON DE LA SALA DE EMBAJADORES.
(Alhambra.)

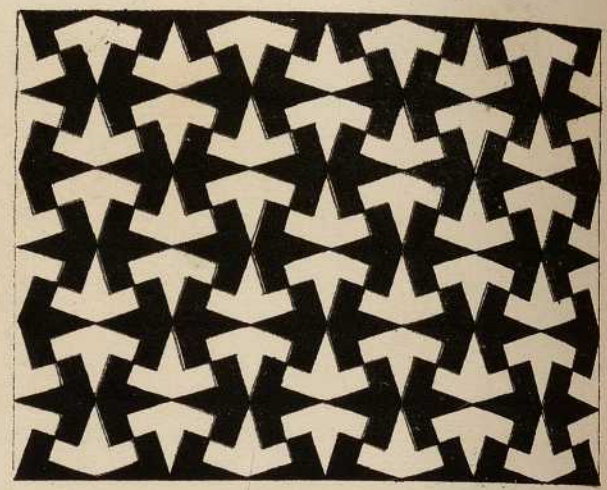


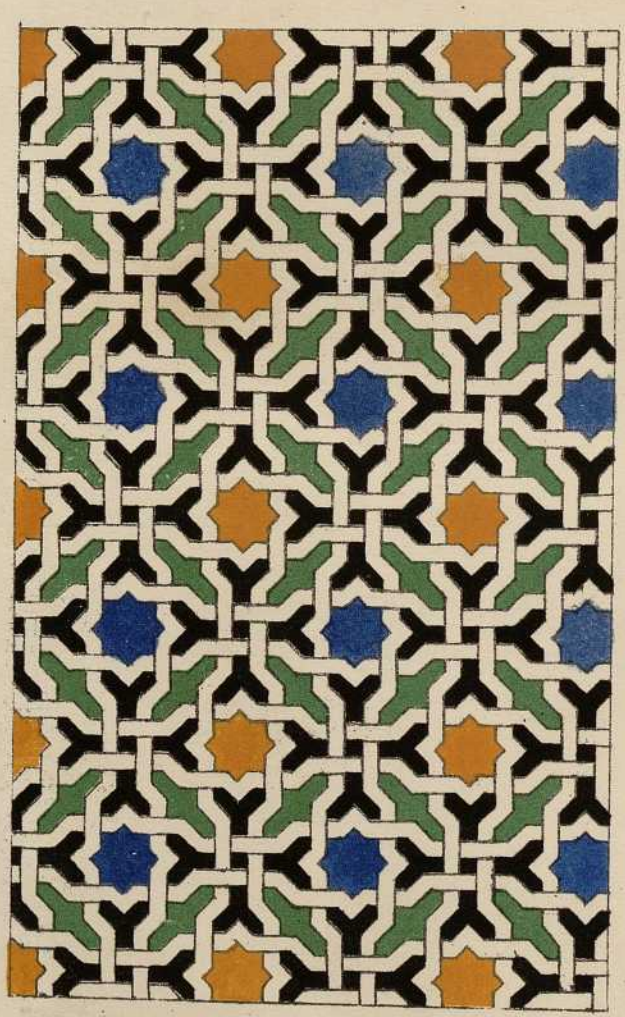
Dib.º del natl. y lit.º por F. J. Parcerisa.

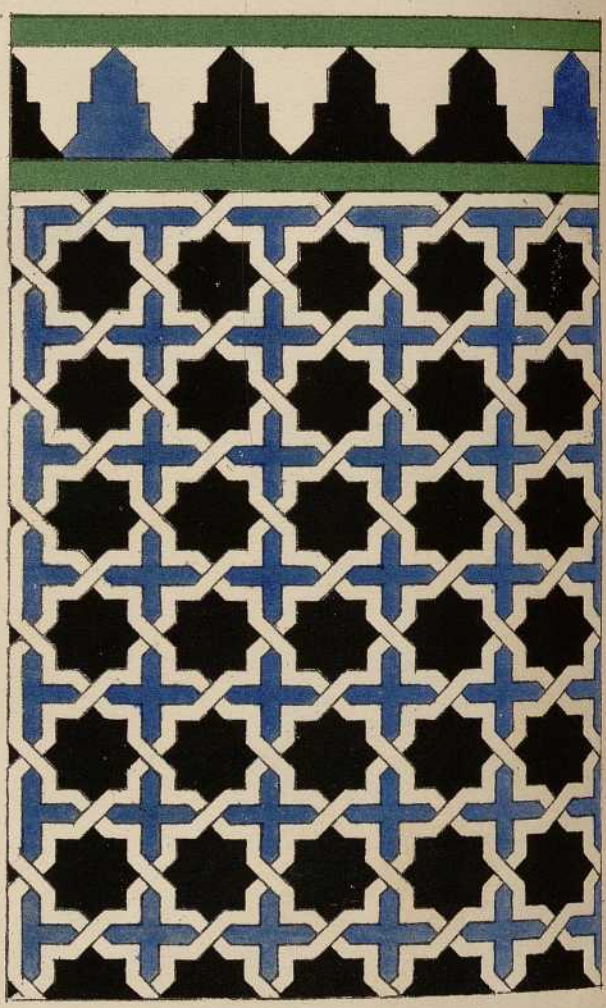
Lit. de J. Donon, Victoria 1.

ALICATADOS Ó MOSAYCO DE AZULEJOS
en la sala de las dos hermanas (Alhambra.)

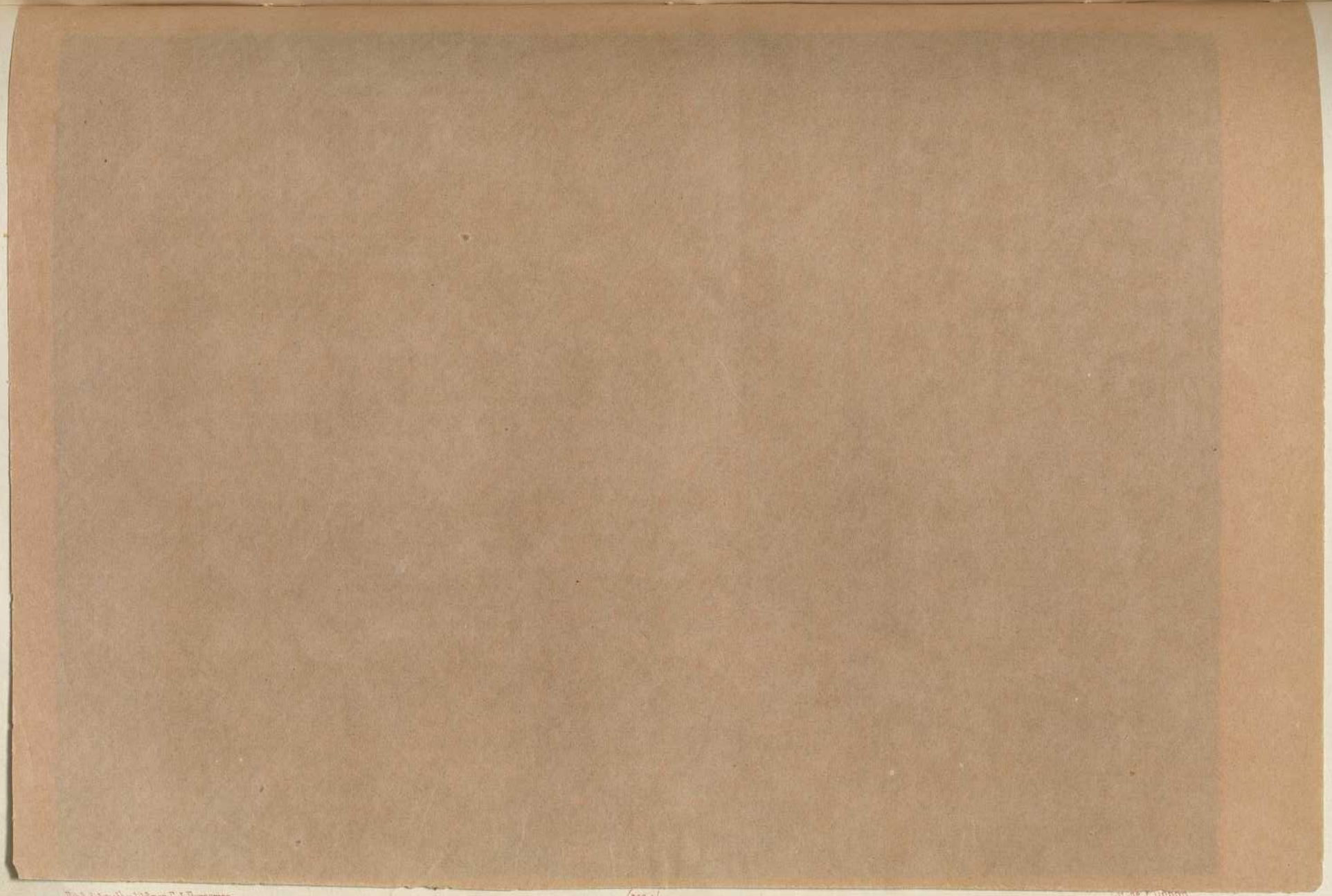






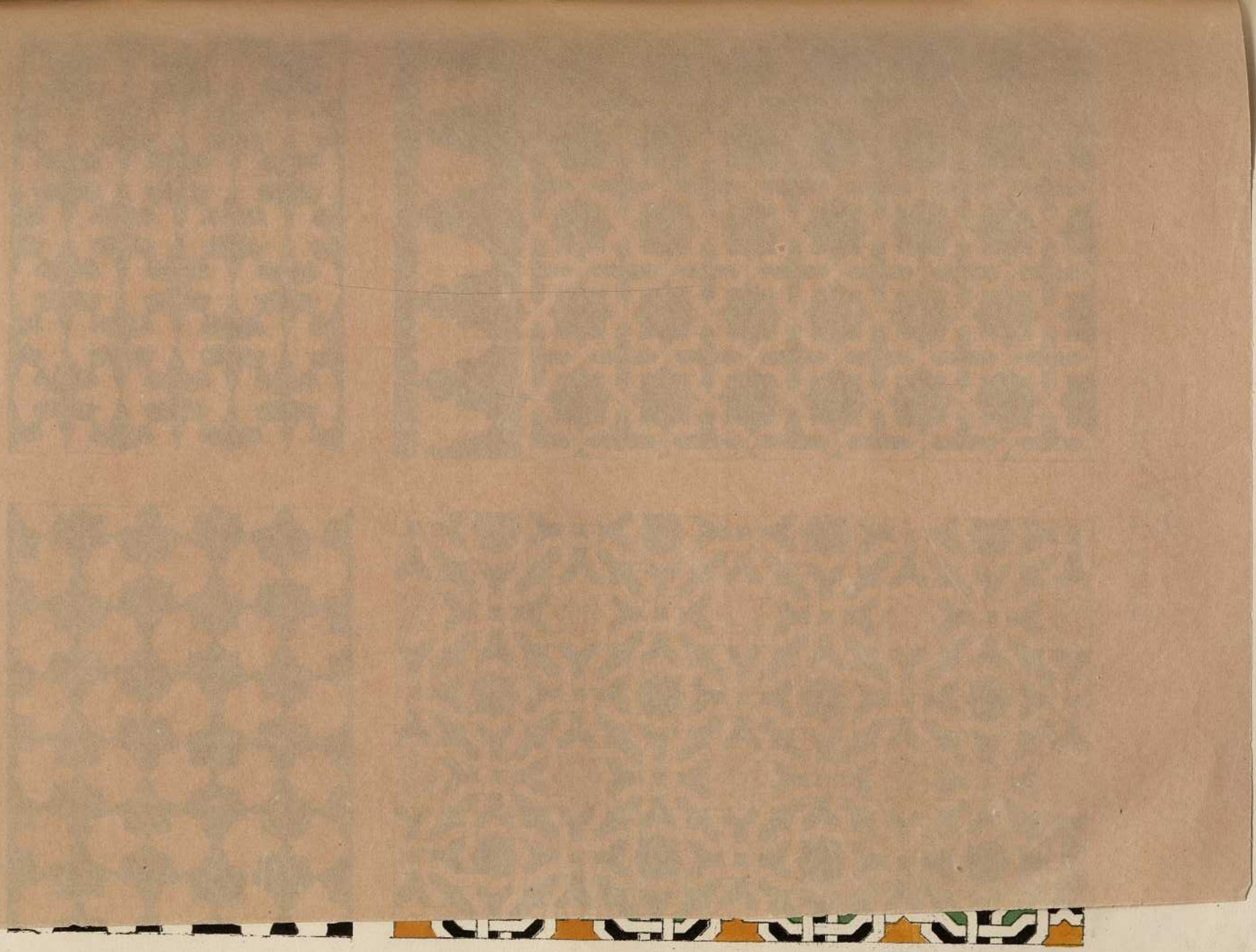


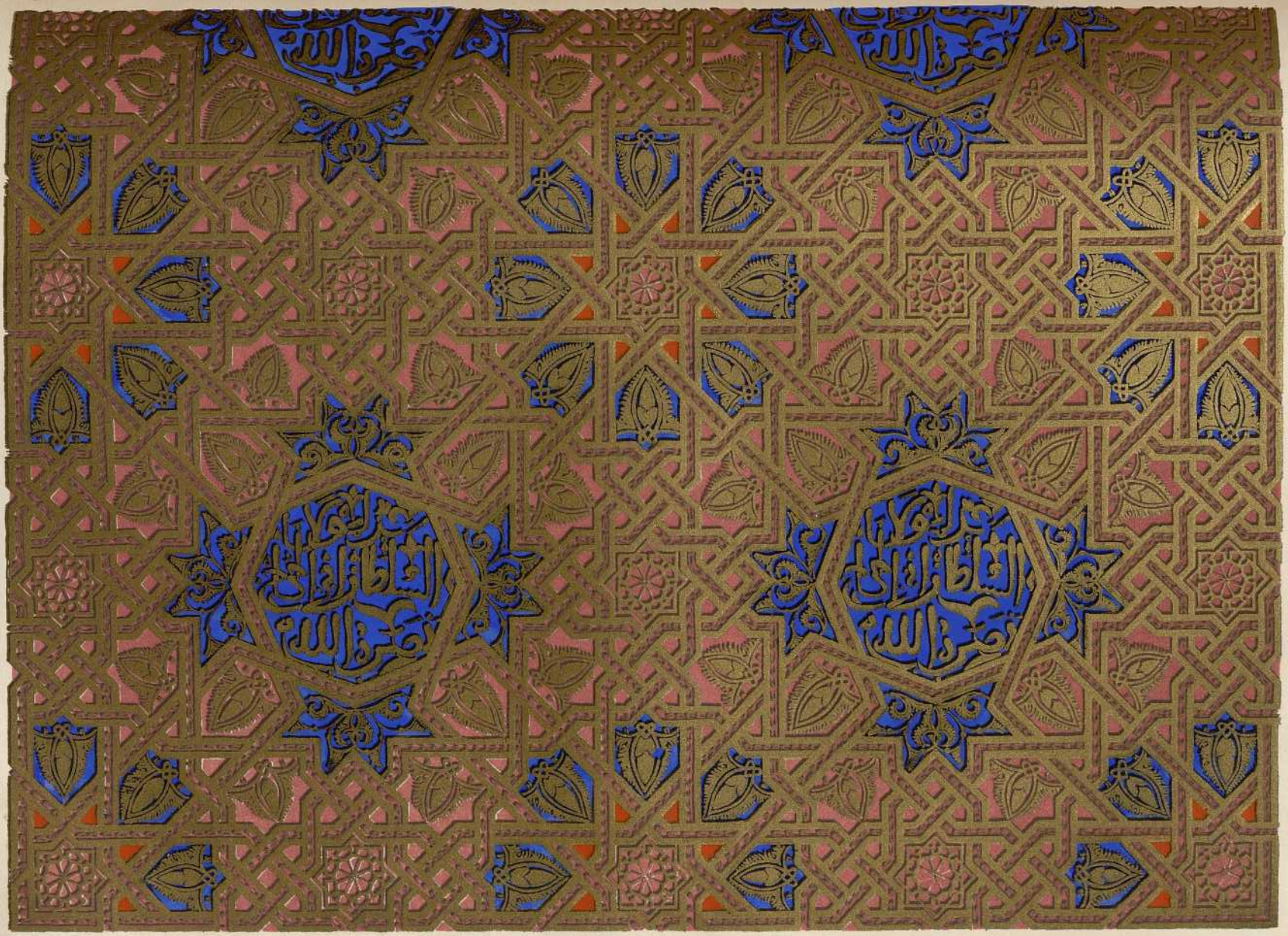
DETALLES DE LA ALHAMBRA.
(Nº 9.)



Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa. (Nº 1) Lit. de J. Dupont.

DETALLES DE LA ALHAMBRA.





Dib.º del natl. y lith.º por F. J. Parcerisa. [Nº 1] Lit.ª de J. Donon.

DETALLES DE LA ALHAMBRA

te hace aun todo el alcázar, está ya desnudo de sus mas costosas galas; mas hasta en medio de su pobreza de adornos encanta al viajero con sus atrevidas líneas, sus estrellas y círculos de estrellas, sus bien pintados ángulos, donde refleja tan vivamente la luz que derraman sobre ellos las ventanas. ¡Lástima que este salon haya perdido ya casi por entero su oro y su pintura (*)! ¡lástima que las injurias del tiempo hayan venido á romper la armonía que habia de reinar en otro tiempo entre el techo y el pavimento, entre los detalles y el conjunto (1)! ¿Quién pudo venir á afear la pared del mediodia con esas dos necias alhacenas (2) que, segun tradicion, sustituyeron á dos grandes tablas en que estuvieron escritos algunos versos del Profeta? ¡Ah! se entra apenas en esa estancia deliciosa, cuando creyéndose transportado á uno de esos mágicos salones que creó la ardiente fantasía musulmana, se siente latir el corazon y estasiarse los sentidos; mas pronto, muy pronto se convierte el entusiasmo en abatimiento y el gozo en amargura. Al observar en ella tantas profanaciones, al advertir la falta de tantos objetos como la embellecieron, al considerar que cada siglo va dejando en él su hue-

¡Riquísimo alcázar!
nosotras las hijas
de la bella estancia
somos preferidas,
y parte formamos
de un pecho que abriga
la fuerza del alma
y el bien de la vida.

Y en otra que está á la izquierda:

Si fueren adorno
lumbres de su cielo,
él brillara como
fulgente lucero.
Jusef el glorioso
cubrióme con estos
primores: un trono
me dió tan escelso,
tan regio, que otro
vestido no quiero.
Asi igualo solo
al trono supremo.

(*) Véase una de las paredes de sus alhamíes en la lámina detalles núm. 1.

(1) Las reparaciones que ha sufrido este salon han sido muchas. En 1585 se restauró su cúpula, que estaba muy deteriorada; en 1587 se renovaron las pinturas y dorados de sus paredes; en 1588 se procedió á la misma operacion, que fué confiada á D. Manuel del Pino; del 1590 al 91 se recompusieron muchas de sus labores de estuco, que cayeron con casi todas las vidrieras de sus ajimeces cuando el incendio de la casa del polvorista; en 1644 se trabajó mucho en su pared del norte, que estaba quebrada y amenazando ruina. De estas dan noticia los documentos del Archivo: ¿no nos será lícito suponer que despues acá ha sido nuevamente restaurada?

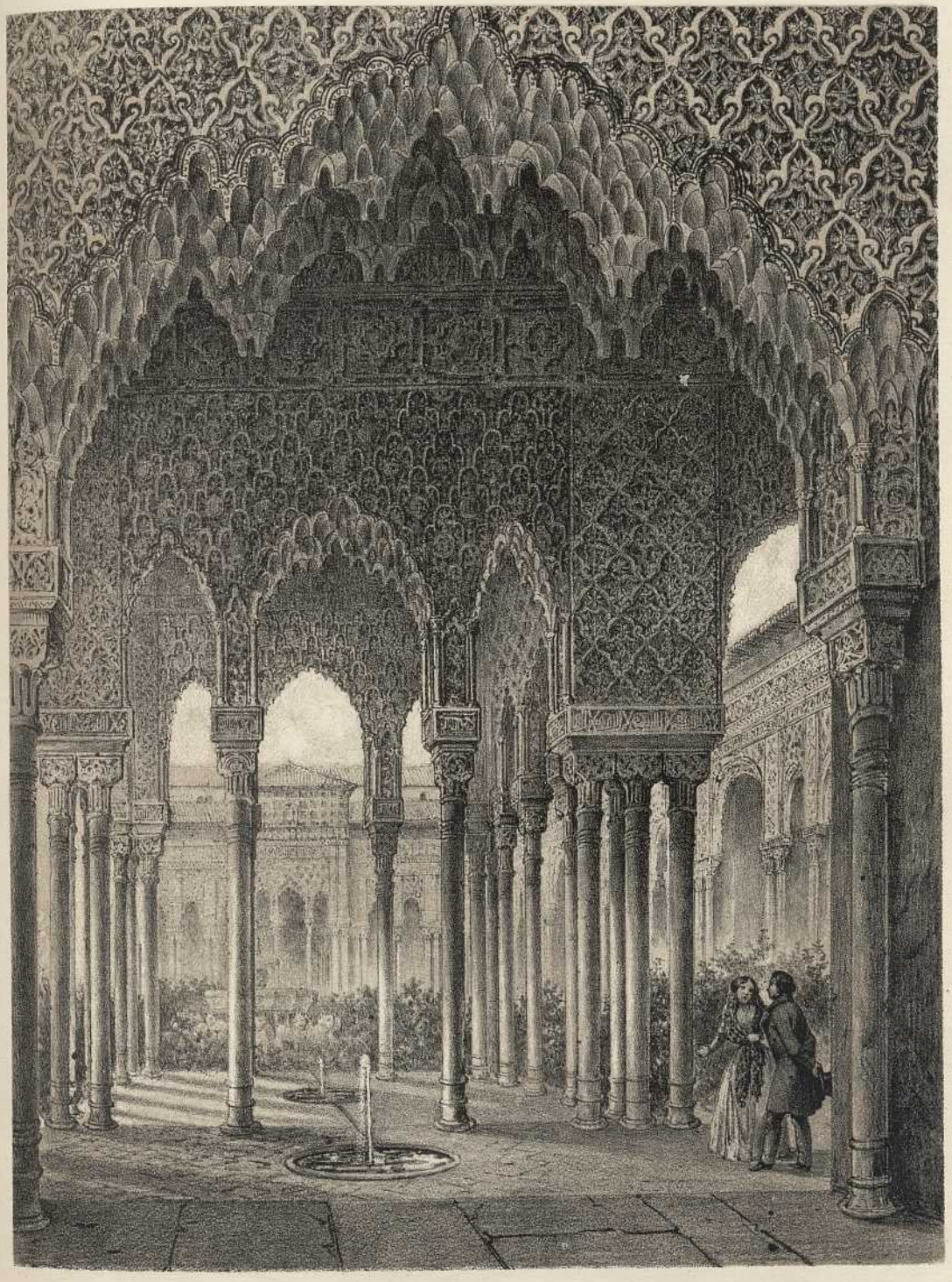
(2) En un cuaderno titulado «Memoria del valor de las obras de carpintería que se han fecho en la casa real del Alhambra por orden é mandado de el Sr. Gonzaga de Leon, veedor de las obras reales, y de el Sr. Francisco Copotes, maestro mayor dellas por S. M.» fechado en 26 de abril de 1624, leemos: Item en la cuadra de Comares hay dos alhacenas con cuatro recuadros cada una, que de manufacturas, sin la talla de las ocho targetas que tiene cada una de las dichas alhacenas, valen de manos trescientos y diez reales cada una, que montan ambas seiscientos y veinte reales.

lla, se presiente facilmente su futura ruina; y entonces ¡ay! entonces todo respira allí melancolía, todo, hasta ese sol que alumbra su humilde enladrillado, hasta ese paisage que se descubre al través de sus abiertos miradores, hasta esa oscura cúpula que repite tristemente nuestros pasos. Llega uno á creer que se estremece bajo su planta el monumento; y tiembla no por sí, sino por él, que se levanta en aquel momento á nuestros ojos como una de las joyas del arte, como una de las mas preciosas urnas que guardan la historia de los pueblos.

El patio de los Leones, al cual abre tambien paso el de los Arrayanes, no da menos lugar á esas dobles impresiones. Gózase de su conjunto, por entre dos arcos estalactíticos, desde un corredor de estilo plateresco cubierto de una bóveda cilíndrica. Es inesplicable el placer que se esperimenta al ver las numerosas columnas que sostienen sus deliciosas glorietas y su hermosa galería, las floridas portadas que asoman al través de ellas como lienzos de delicado encage, la soberbia fuente que en medio de tantas maravillas derrama sus aguas sobre doce leones (*). Contribuyen allí á la completa ilusion de los sentidos las caprichosas sombras que dibuja el sol en el pavimento al atravesar los aéreos calados de sus arcos, el murmullo de los arroyos que bajan de las cámaras contiguas, hasta la dudosa luz de que aparecen bañadas estas mismas estancias cuajadas de arabescos. Es este patio un cuadrilongo, en torno del cual estan distribuidas en variados grupos mas de cien columnas de mármol blanco, sobre cuyos preciosos capiteles (**) descansan arcos de distintas curvas con altas enjutas cuadrangulares formadas de dos lienzos de estuco en que figuran bellísimos calados. Adornan cada uno de sus angulos triples arcos festonados; el centro de los lados meridional y septentrional, gallardas cimbras de ancho paramento que estienden sus curvas hasta la cornisa; el de los estremos, ricos templetes cuadrados de triple arco estalactítico cuyas techumbres semiesféricas descansan sobre círculos de pequeñas bóvedas de colores y oro. Bajo cada templete hay una fuente, otras dos al lado; y allá en medio del patio la ya mentada de los Leones, en cuya taza polígona se leen en

(*) Véase la lámina Entrada al patio de los Leones.
(**) Véanse varios de estos capiteles en las láminas detalles núm.° 3 y 4.

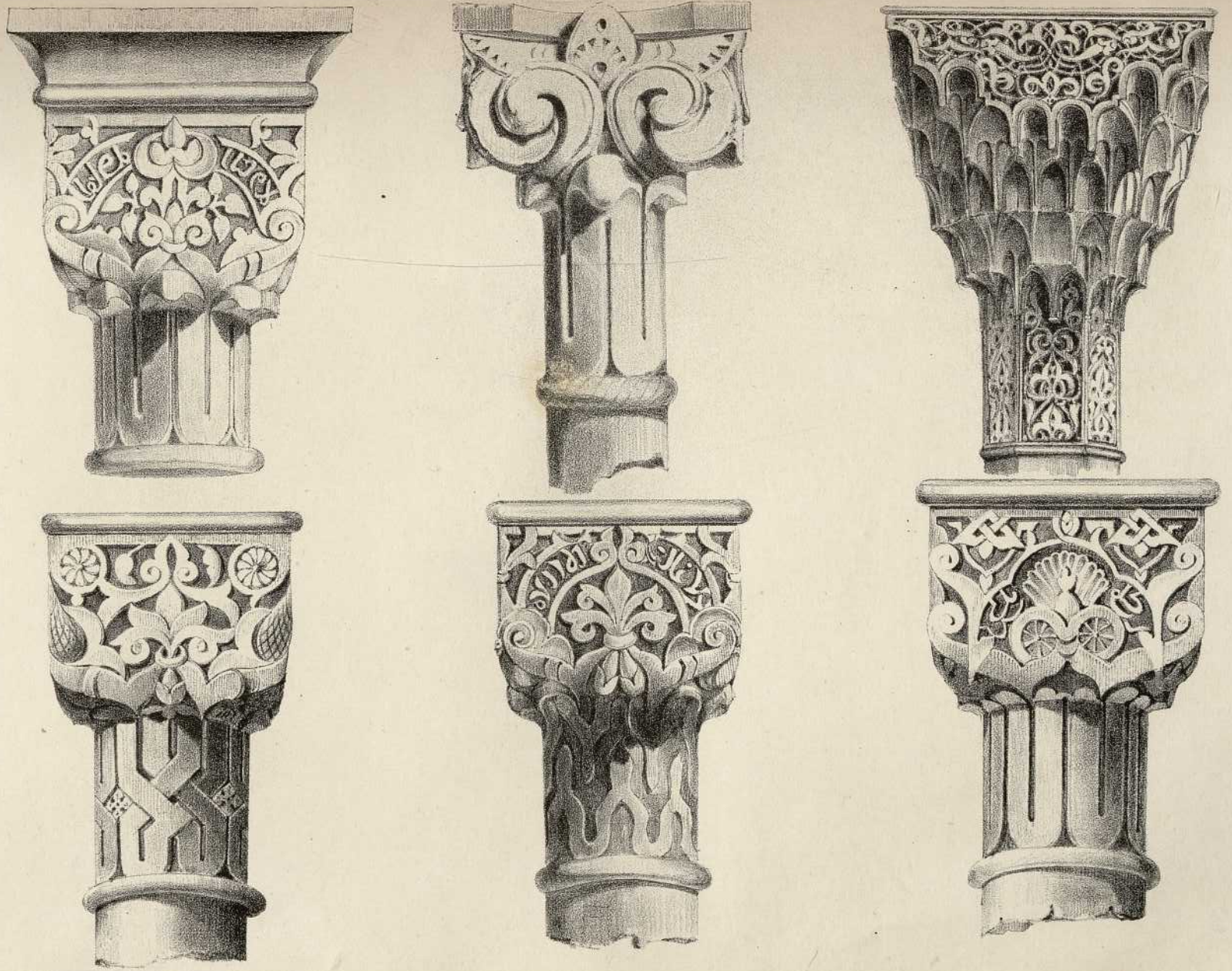
ENTRADA AL PATIO DE LOS LEONES.
(Alhambra.)



Dib.º y lit.º por F. J. Parcerisa.

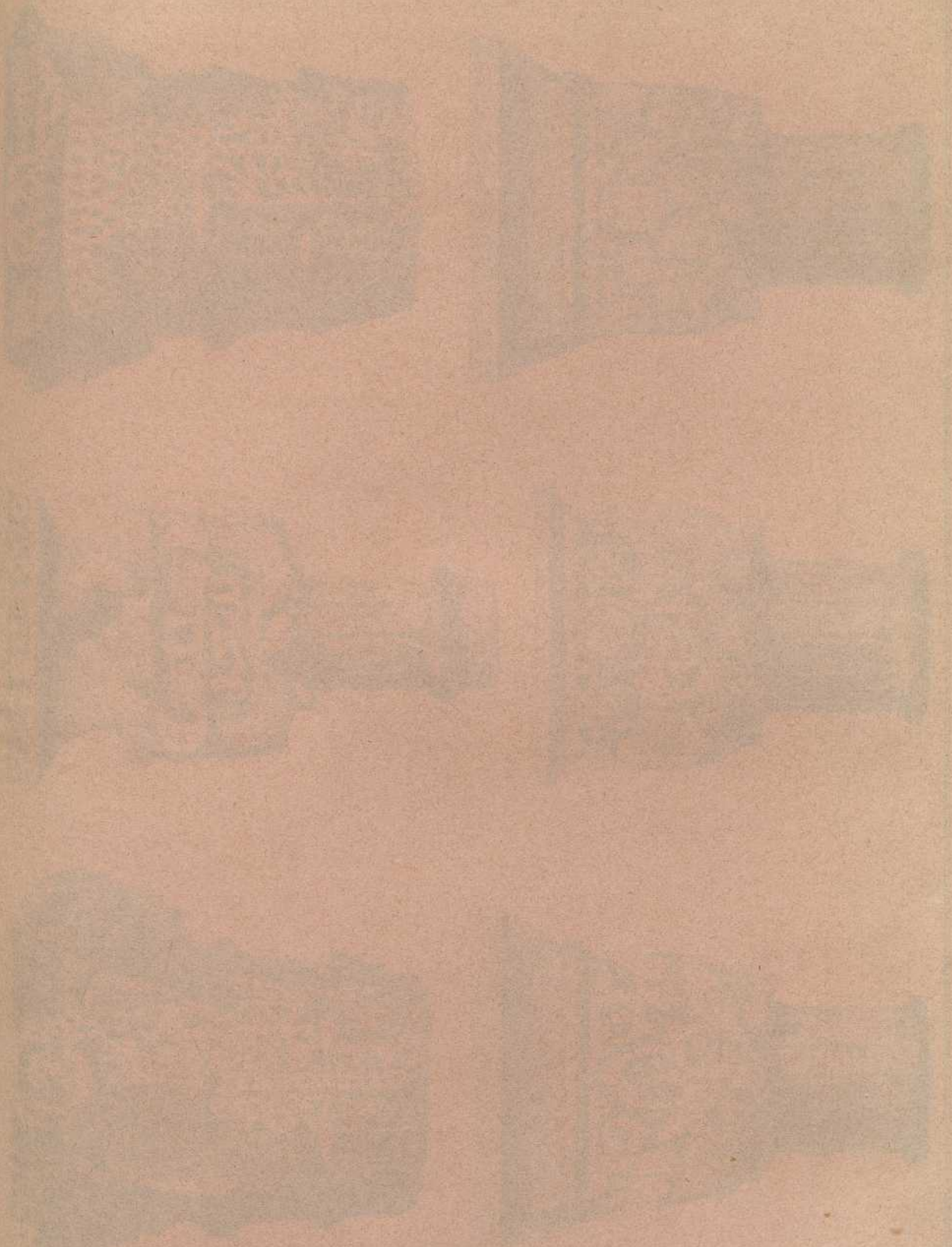
ENTRADA AL PATIO DE LOS LEONES.
(Alhambra.)

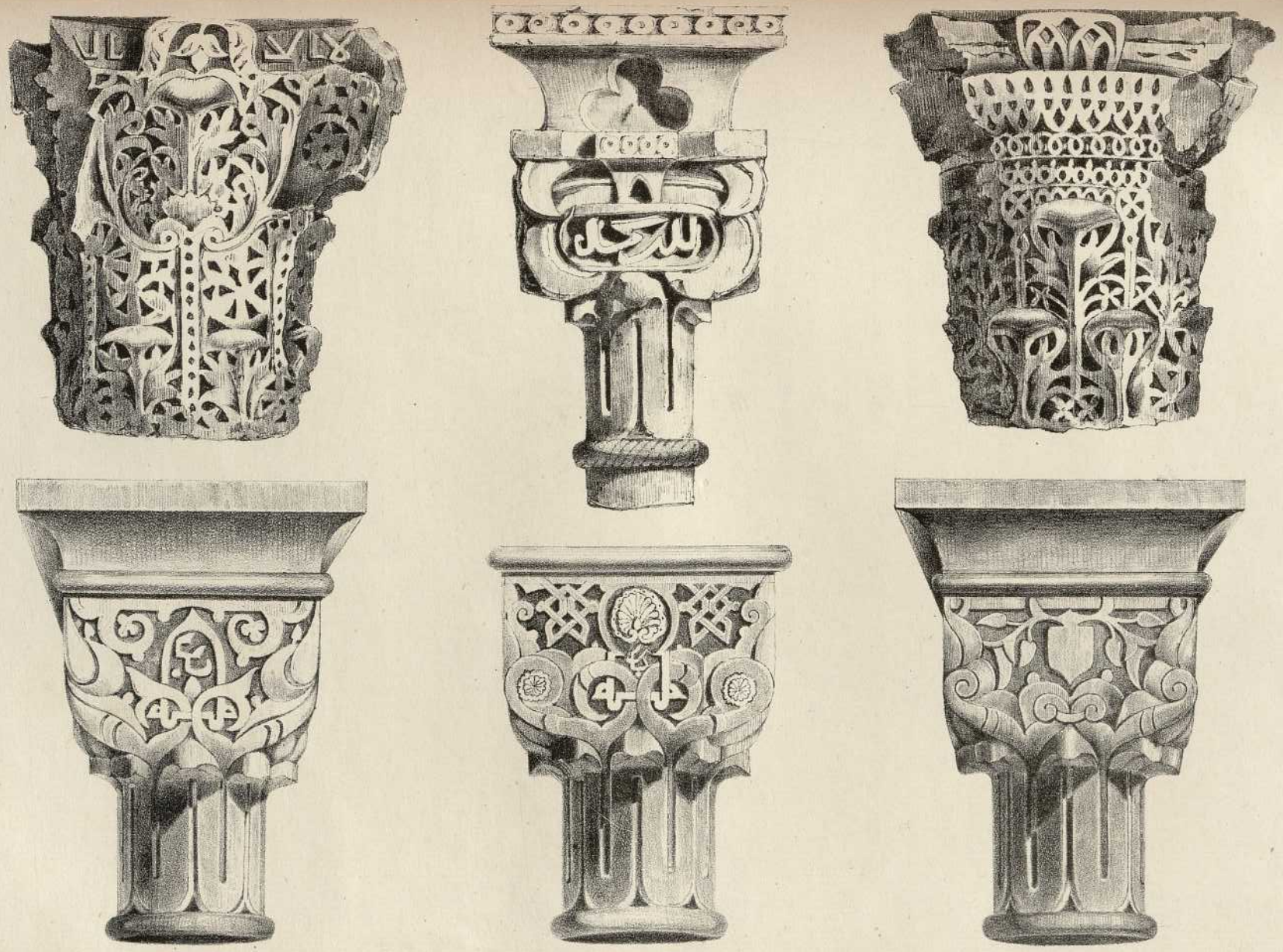
Lit. J. Donon.



Lit. J. Donon.

DETALLES Nº 3.





Lit. J. Donon.

DETALLES Nº 4.

caractéres africanos versos que encarecen su hermosura y manifiestan el sentido alegórico que encierra (1). Todo se presenta en este patio por de pronto lleno de belleza y vida; mas ¿es tampoco posible salir de él sin pesar cuando se observe que estan secas las fuentes de sus estremidades, cubierta de mezquinas tejas su afiligranada galería, sostenidas con palancas de hierro sus columnas que estan amenazando ruina? Cuanto mas se cruzan sus solitarios corredores, cuanto mas se fijan los ojos en las infinitas labores de sus muros, cuanto mas se examinan sus variados techos y bóvedas estalactíticas adornadas estas de colores y aquellos de rosetas é ingeniosas tracerías, cuanto mas se van conociendo las poéticas leyendas árabes que estan entalladas en el mármol de la fuente, cuanto mas se van estudiando sus detalles, cuanto mas se van apreciando sus secretos, tanto mas crece en el ánimo del observador el sentimiento, tanto mayor va siendo su melancolía. ¡Ah! se parte el corazon al pensar que puede desaparecer tanta belleza. Descúbrense allí en toda su fuerza el genio y la fantasía de los árabes: ¡qué no daria uno por ver aun flotar entre las columnas á merced del viento el listado pabellon de seda recamado de oro! ¿para descansar y meditar halagado por las templadas brisas que agitarian en otro tiempo árboles y flores? ¿No parece haber debido ser este patio el templo del amor y la poesía?

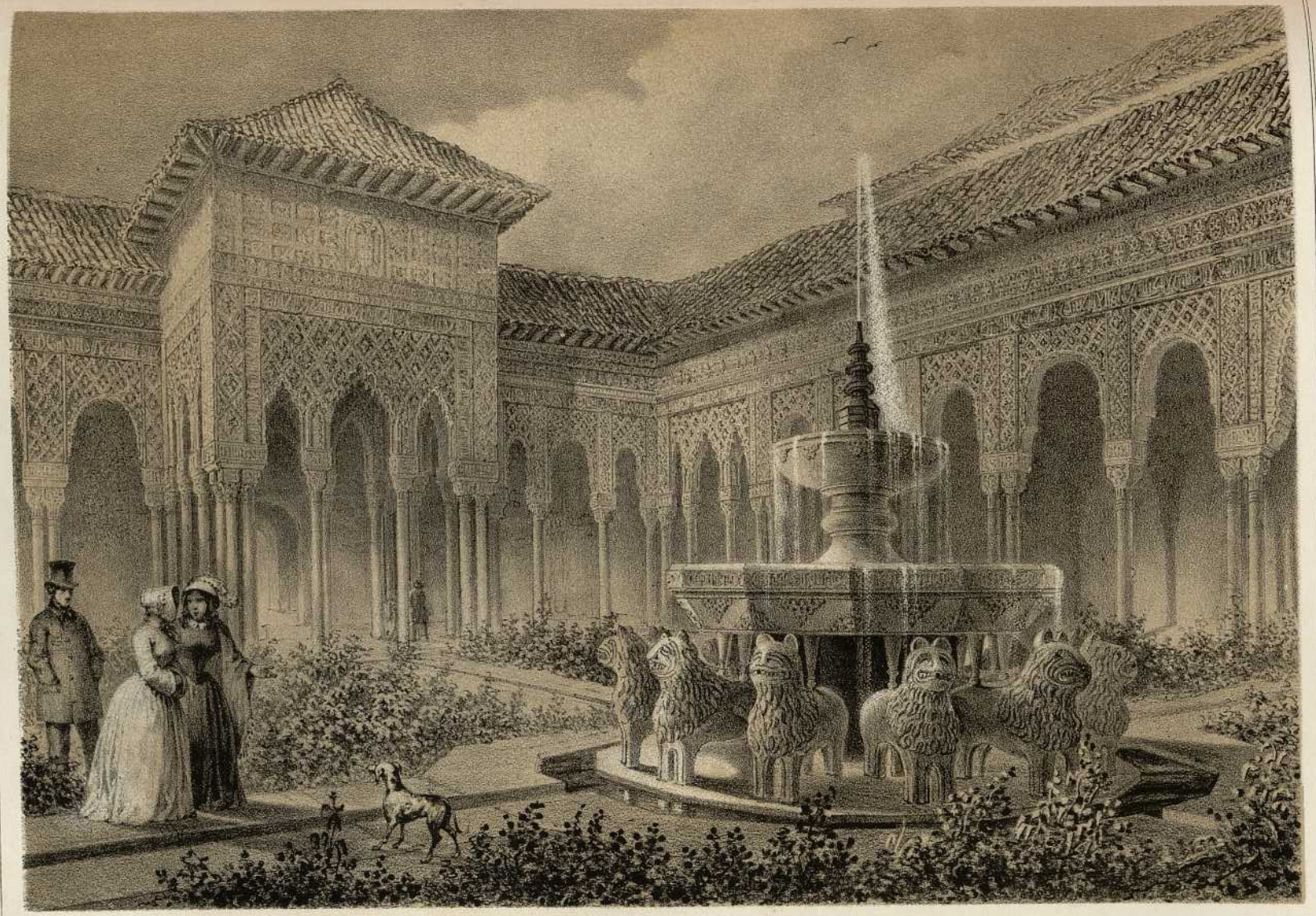
(1) Es sabido que los musulmanes tienen prohibida por el Coran la reproduccion en pintura ó escultura de los seres animados. Esto ha dado lugar á creer que estos leones son posteriores á la conquista; mas con poco fundamento. El dibujo y la ornamentacion de la fuente y hasta las formas de los mismos leones, que son en estremo bárbaras, convencen ya de lo contrario á cualquiera que lo considere atentamente; pero convence aun mucho mas el contenido de los versos entallados en el borde de la taza, cuya version segun Castillo es la siguiente: «Bendito sea aquel que dotó al adelantado rey Jusuf de gracias que adornan en hermosura á las cosas preciadas. E si no, ved como en este jardin hay riquezas, que Dios no permite que en la hermosura haya otras tales; de las cuales es esta hechura de aljófar de resplandeciente luz, cuyos estremos adornan los bailes del blanco aljófar, que cae sobre ellos en el círculo plateado, que ansí mesmo parece que se derrite sobre las claras é albísimas piezas de mármol, que con su blancura ó lustre parece á la vista que con ello se deshace la piedra dura, é no se entiende cuál es el licor que ansí deshace. ¿Pues no ves cómo el agua corre al rededor de ella, sobre ella hay otros profluvios? en semejanza de un apasionado amante que de sus ojos echa lágrimas, é por temor de su émulo disimulando su afecto se las vuelve á tragar. E si bien la queremos comparar, no es la pila de esta fuente sino una roca blanquísima, de la cual salen profluvios de mantenimiento á los leones, en semejanza de la liberal mano de Jusuf, que reparte á los leones de la milicia sus tesoros. Pues ¡oh tú, que aquí ves los leones que estan en guarda, á los cuales el no tener vida les hace no ejecutar su furia! Por tanto, ¡oh heredero de la sangre de los de Nagere! siéndote como es tan congénita en ella, heredais alteza é poderío, con que á los grandes reyes tendreis en menos. La salud sea con vos perpetuamente, con triunfo é victoria de tus enemigos.»

¡ Qué bien se concibe aquí esa voluptuosidad tan decantada de los árabes ! ¡ qué bien se concibe aquí que reyes poderosos, olvidando su grandeza y poderío, se quejasen y suspirasen abrasados por el fuego de unos ojos negros ! Pasaron segun la tradicion en este patio escenas tristes y sangrientas; mas ¿pudieron dejar de ser hijas de los celos? Amor y solo amor cantaban aquí las aguas de las fuentes; amor y solo amor respiraban las auras del otoño; de solo amor hablaba la poesía escrita en las paredes; amor y solo amor inspiraban los dorados templetes y las suntuosas portadas y el arco festonado abierto en cuadros de estuco. ¡ Y ha de hundirse este templo! ¡y no está quizás muy lejos el dia de su ruina ! Dios de la creacion, de quien depende el nacimiento y muerte de todo lo del mundo, suspende la caida de ese patio; deja que existan sobre la tierra esos restos de una civilizacion que ya solo podemos comprender en el seno de esos escasos monumentos (1).

Está circuido este patio de salas á cual mas bellas: tiene al oriente las de la Justicia, al norte la de las Dos Hermanas, al mediodia la de los Abencerrages. No son tan graves como la de Embajadores; pero respiran mas riqueza, son mas elegantes, de mas risueño aspecto. Abren paso á la de Abencerrages dos arcos (*) ligeramente encorvados en su arranque, apoyados sobre machones de mármol y enriquecidos en sus enjutas y paramentos con arabescos de doble y triple ataurique. Sentados estos arcos en dos distintas gradas, separados por un corredor intermedio en cuyos estremos hay dos graciosas puertas con lindos y sencillos ajimeces, cubiertos á su vez por otros arcos de segmento corridos de caractéres africanos, embellecidos por los brillantes fondos sobre que se destacan, producen un

(1) Empezaron las reparaciones en este patio el año 1552, en que tuvo que restaurarse ya toda la yesería de los cuatro corredores, las cúpulas de los templetes y tres portadas. Compráronse en 1586 grandes partidas de plomo, hierro, aceite y estopa para su zulaje, muchas alfargías y tejas para cubrirlo: en 1589 veinte y cinco varas de mármol para embaldosarlo; del 1590 al 91 madera, tejas y cerrojos para reparar los estragos que produjo en él el referido incendio. En 1624 se echaron ocho orejas nuevas á los leones de las fuentes, se limpiaron las letras arábigas del borde de la taza, se enderezó el caño del interior del pilar por donde sube el agua, se repararon los arcos de entrada. Hiciéronse nuevas restauraciones en 1686, y es probable que no hayan dejado de hacerse desde entonces acá, aunque muy de tarde en tarde (Arch. de la Cont. de la Alh.).

(*) Véase el dibujo y colorido de uno de estos arcos en la lámina detalles núm. 5, y uno de los recuadros de las paredes de la sala en el núm. 6.



Dib.º del r.al y lit.º por F. J. Parcerisa.

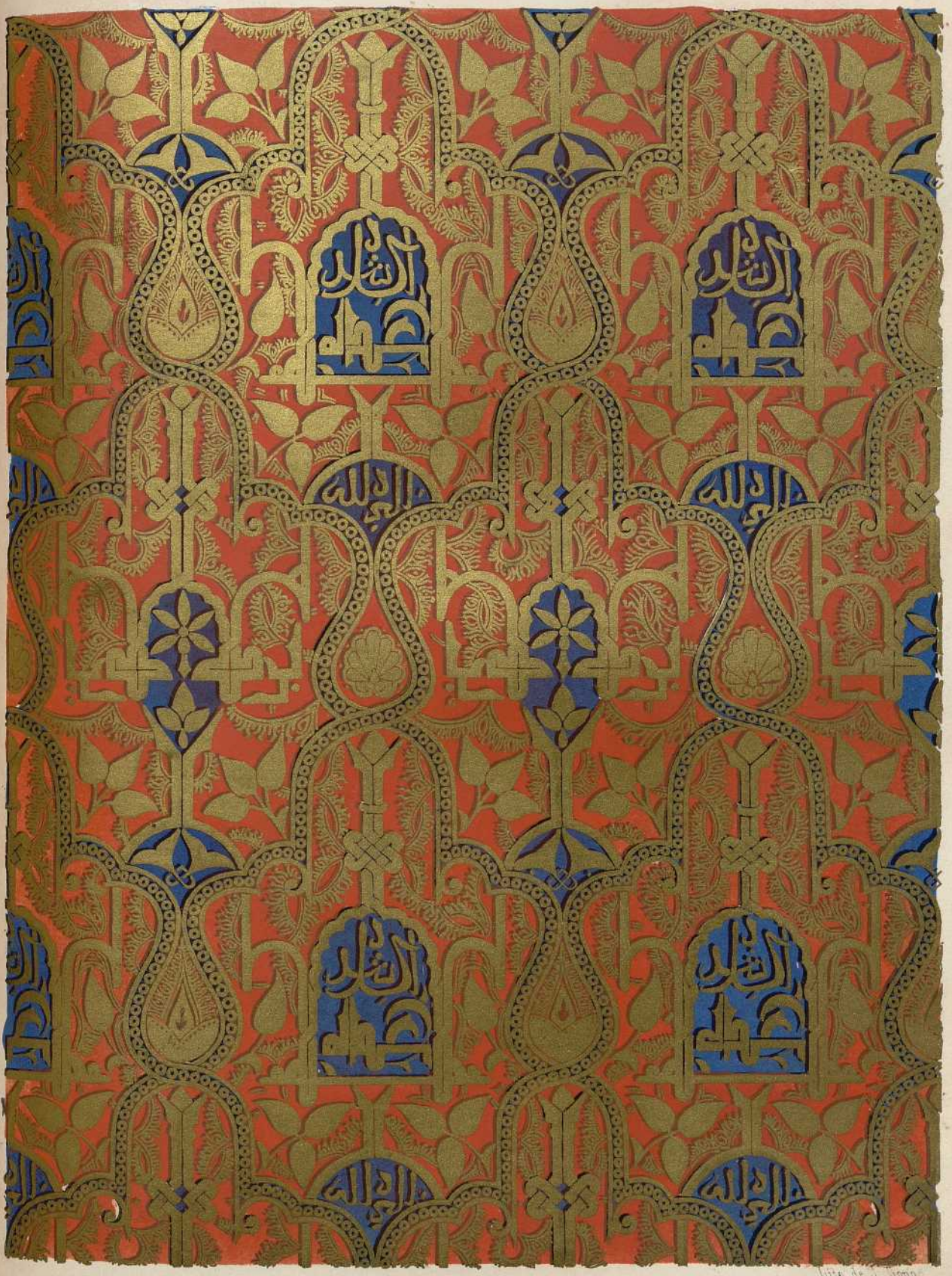
Lit. de J. Donon

PATIO DE LOS LEONES.
(Alhambra.)

F. J. Parcerisa dib.º del nat.l y lit.º

A. J. Donon

DETALLES DE LA ALHAMBRA N°5.



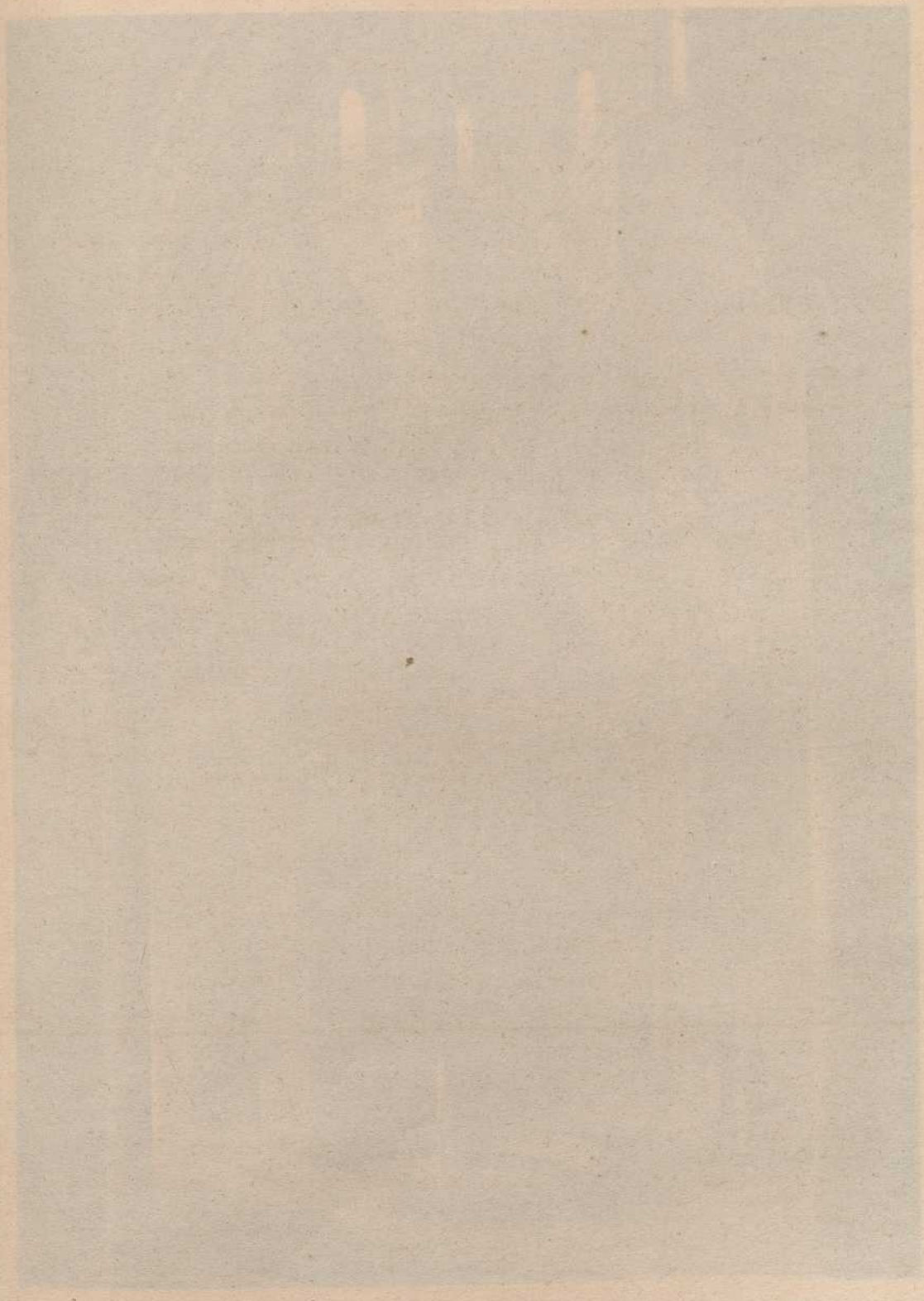
DETALLES DE LA ALHAMBRA.
(Nº 6.)

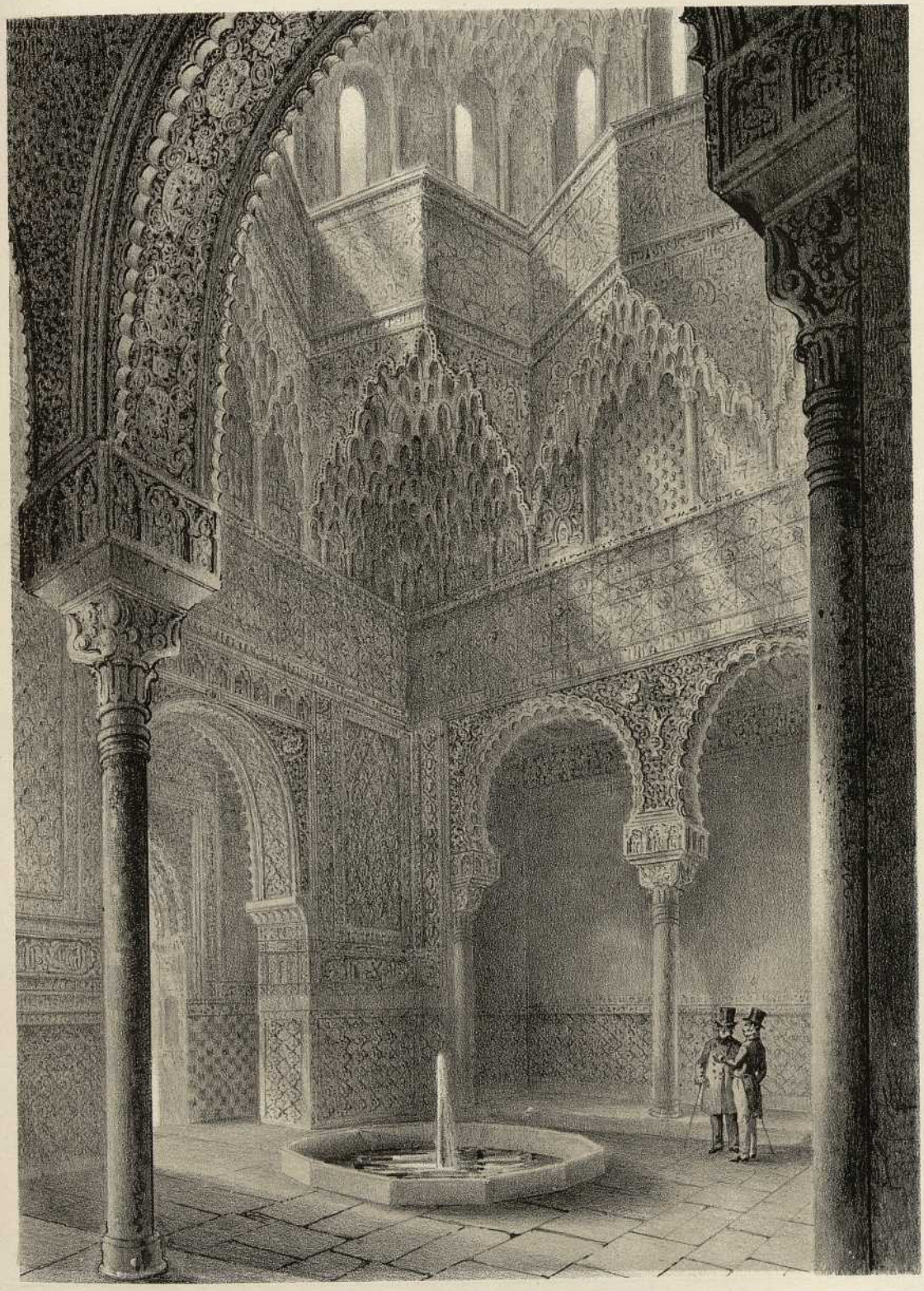
efecto admirable, realzado sin cesar por el murmullo de las aguas que bajan encañadas desde la fuente de la sala al patio por entre los escalones que á esta nos conducen. Es la sala una estancia en cuadro, prolongada á oriente y occidente por espaciosos alhamíes, á que dan entrada dos arcos de onda que descansan sobre tres columnas. Cúbrela una bóveda estalactítica que deslumbra con la viveza y variedad de sus colores; adórnala en el centro una taza de mármol, en cuyo fondo quiere ver aun la tradicion la sangre de los Abencerrages que, segun fama, hizo matar Boabdil para aplacar á los Zegríes y vengar la afrenta que habian hecho recaer sobre él las criminales relaciones de Abenhamet con la Sultana. Adornan la parte inferior de sus paredes azulejos modernos; cortan la superficie de la superior ocho medios prismas cuya seccion diagonal decoran numerosas bovedillas pintadas casi todas de oro; embellecen los espacios medios en la pared meridional y la septentrional grandes cuadros de estuco donde ostenta la geometría las mejores combinaciones de sus líneas. Anchas cintas de carácteres cúficos, series de estrellas enlazadas, fajas de nichos y flores, letras medio ocultas entre los adornos, caprichosas molduras envuelven como una red los medios prismas; ventanas profundamente alfeizaradas, puestas entre medias columnas sobre cuyo capitel parece descansar la cúpula, ocupan el centro del espacio que media entre cada dos ángulos salientes. La cúpula es magnífica: abruma al espectador con sus adornos. Sus mil estaláctitas, sus colores, sus innumerables arcos de segmento, sus coronas de estrellas, sus complicados hundimientos y resaltes, sus conos, sus polígonos, sus dibujos miniados, sus accidentes de luz, sus efectos de claro-oscuro, la presentan á primera vista confusa, erizada de dificultades, indefinible, indescifrable, resplandeciente y vaga como ese ancho cinturon de estrellas, llamado via láctea, que cruza de noche el pabellon del cielo. Es regular en la realidad, aunque irregular en la apariencia: intervino mas en su ejecucion el compás del geómetra que el genio del artista; pero son tantas sus líneas y cambian tan facilmente sus combinaciones apenas da el observador un paso, que no es facil comprenderla sino despues de un largo y detenido estudio. No disponian los árabes de esas magestuosas cimbras ni de esas altas columnas en que el pueblo romano dejó estampada su grandeza; no conocieron esa ojiva

ni ese gigantesco haz de palmas que consagraron á Dios los cristianos de la edad media; no supieron sorprender la imaginacion con esos delicados follages de cantería que admiramos en las puertas de nuestras catedrales; pero nadie ha comprendido mejor que ellos la manera de aumentar los efectos de su ornamentacion, el modo de encerrar belleza y poesía en las formas mas rigurosamente geométricas, la manera de hacer reinar la variedad aun en medio de la mayor monotonía. Los alhamíes de esta sala llevan adornado el intrados de todos sus arcos con las mismas figuras y entrelazos; y parece sin embargo que no tienen ni un solo relieve semejante. Distribuidos desigualmente los colores, salen aquí por claro las líneas que allí salieron por oscuro, preséntanse aquí como principales las que no fueron allí mas que accesorias; y cambia sin cesar la decoracion aun siendo siempre iguales las partes, idéntico el enlace. Los colores han sido para los árabes un gran recurso: han pretendido comunicar cierto encanto, cierta mágia á sus monumentos; y lo han alcanzado tanto con los colores como con sus almecarabes, sus tracerías y sus alicatados (1).

Alcanzáronlo en esta misma sala sobre todo para el que la contemple en conjunto desde uno de los alhamíes. Los torrentes de luz que entran desde el patio de los Leones, los rayos que bajan de los ajimeces superiores iluminando desigualmente las pintadas estalácticas que adornan la parte inferior de los prismas, los contrastes de claro-oscuro que en todas partes se observa, el misterioso silencio que allí reina, todo evocará ante su imaginacion escenas fantásticas, sangrientas que le harán estremecer y poblarán de sombras airadas las bóvedas y la galería de tan triste estancia. Vive aun allí la tradicion; vive aun allí la leyenda. Cada cuerpo que interrumpe la luz bajo los arcos del patio es la entrada de un abencerrage que viene á morir bajo el hacha del verdugo; cada suspiro del viento entre los ajimeces es el suspiro de muerte de una víctima; cada bocanada de

(1) Muchas son las reparaciones que ha debido sufrir esta sala de los Abencerrages; pero no hemos encontrado en el Archivo sino dos documentos que nos hablen de ellas. En las cuentas de 1586 aparece para su restauracion una partida de 296 coronas de azulejos de colores, 216 cintas romanas azules, 438 cintas pequeñas y 50 alijares de marca mayor, comprado todo al azulejero D. Antonio Tenorio. En otro legajo, en que estan consignadas las cantidades satisfechas desde el año 1585 al 1588, se halla una libranza por la que consta que para forrar y solar la misma sala se emplearon 275 mostagueras de colores, 115 cintas romanas y 50 ladrillos vidriados.

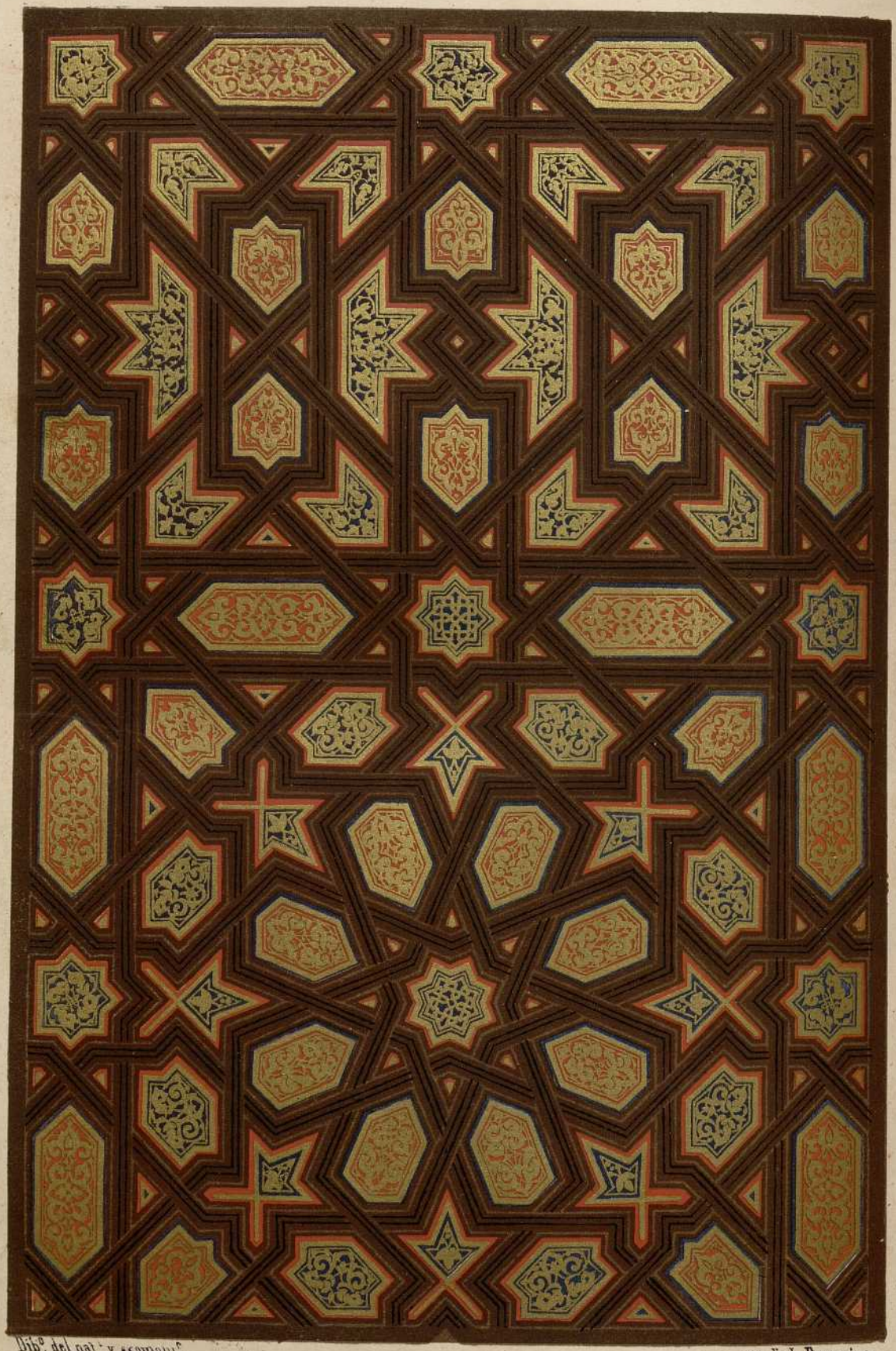




Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa.

Lit. de I. Donon.

SALA DE LOS ABENCERRAJES
(Alhambra.)



Dib.º del nat.l y acotado.

DETALLES DE LA ALHAMBRA.
(Nº 8)

por F. J. Parcerisa.

agua que arroja la fuente es una bocanada de sangre. Junto á la columna mas rodeada de oscuridad ¿quién no se figura ver aun á Boabdil contemplando impasible la matanza? Tiembla, inicuo rey, si eres aun capaz de remordimientos: esclama la imaginacion exaltada. La sangre que hiciste derramar sobre esta taza de mármol es una mancha indeleble. Han pasado ya cuatro siglos: acércate y observa: está roja todavía (1). El agua ha desgastado la piedra, pero no la sangre: no la ha desgastado para recuerdo eterno de tu delito.

Mas ¿es esto cierto? ¿no miente acaso la tradicion? Detente, fantasía: no insultes á un rey sobre quien pesó tal vez menos el crímen que el destino.

Paralelo al salon de los Abencerrages está el de las Dos Hermanas (2). No hay otra cámara mas rica ni completa que esta (3). Su soberbio arco de entrada lleva aun engarzadas en ricas zapatas las hojas de sus antiguas puertas (4); la superficie de sus altos muros desaparece por entero bajo sus relieves de estuco y su mosáico de azulejos; su deslumbradora bóveda estalactítica brilla aun con la luz que despide su hermoso ventanage, abierto entre las columnitas simuladas que la sirven al parecer de apoyo. Álzase en el centro de su pavimento de mármol una fuente cuyas aguas reflejaban no hace mucho tiempo los colores de la celestial techumbre; á oriente y occidente alhamíes radiantes de hermosura; al norte un arco todo delicadeza y gracia que conduce á un pequeño mirador, entre cuyos aéreos ajimeces se ve brotar á chorros el agua del jardin de Lindaraja, mecerse en el espacio el álamo ligero, brillar el sol, asomar el azul del firmamento. Relumbran aun su oro y sus colores, con-

(1) El mármol tiene efectivamente una mancha roja que no contribuye poco á aumentar la ilusion y el interes de esta tradicion terrible.

(2) Llámase así esta sala por tener entre las losas de su pavimento dos enteramente iguales de 4 varas y 21 pulgadas de largo y 2 varas y 4 pulgadas de ancho. Llamábase antiguamente cuarto de las Losas.

(3) Poco ó por mejor decir nada sabemos de las restauraciones que ha sufrido esta sala. Por los documentos que hemos tenido ocasion de ver en el Archivo, solo consta lo que padeció cuando el incendio de la pólvora. «Asimismo, dice la relacion de los daños ocasionados por aquella gran catástrofe, en toda la sala que dizen de las Losas, en el dicho quarto de los Leones, quebró y derribó todas las vedrieras é otras que estaban en el quarto de la dicha iglesia (sala del Tribunal), que las unas y las otras eran de mucho precio *por estar pintadas con muchas istorias y armas reales.*» Llamamos la atencion del lector sobre estas últimas palabras.

(4) Estas puertas estan embutidas y pintadas: véase para formar una idea exacta de ellas nuestra lámina de detalles de la Alhambra, núm. 8, que contiene un fragmento de una de sus dos hojas.

sérvanse sus miniados dibujos en el fondo de los ataurique (*), reina en todas sus partes la armonía: no cabe ya á la verdad mayor belleza ni mas acabado conjunto. Se goza aquí mirando, se sueña viendo, crece la fantasía soñando y puebla el salon de sombras misteriosas, de seductoras bellezas, de sultanas cargadas de deslumbrante pedrería, de doncellas que la rodean con fragantes pebeteros, de genios que se esconden en los estrellados senos de la inmensa bóveda. Hay aquí un mirador, y es un mirador lleno de encantos, un retrete gentil que solo pudo concebir un alma enamorada, un templo que podria escoger el amor sino lo ocupase aun el espíritu ó cuando menos el recuerdo de una muger cuyo nombre repite el mundo sin saber su historia. No es tampoco posible entrar en él sin que la imaginacion crea y vea ya en pié, ya sentada sobre el ajimez, la imágen de una muger, la de esa Lindaraja que, sin ser la esposa de un rey ni la sultana de un serrallo, logró dejar vinculado su apellido en la mansion mas encantadora de este alcázar. Lindaraja está aun allí muerta para el que ha visto ya anegadas en la copa del dolor sus ilusiones, viva para el que tiene aun vírgen el corazon, libre y suelta su ardiente fantasía.

¿Deberemos descender á detalles? ¿Quién podria describir los bordados paramentos de los arcos de la sala, los preciosos entrelazos de sus alicatados, sus grandes cuadros de estuco donde figuran conchas y escudos entre rombos y losanges, sus magníficas orlas de letras floreadas (1), los delicados marcos de sus ajimeces, las indefinibles labores de su atrevida bóveda, inmenso cono de ancha base con anillos de hermosas y estrelladas cúpulas? Hay detalles en cada deta-

(*) Véase la lámina detalles núm. 2.
(1) En una de estas orlas se lee:

Soy de forma muy preciosa,
Son prodigio mis labores
y belleza,
Soy creacion maravillosa:
¿De quién no arranca loores
mi grandeza?
Contemplad la piedra dura
Ya desbastada y bruñida
diestramente
Cómo brilla en mi estructura:
Fui tiniebla en luz vertida
prontamente.
Los mármoles mas preciados
En mi alcázar se pusieron
con ingenio:
No bien fueron colocados,
Del príncipe relucieron
con el genio.
Mis esplendores deslumbran
Tanto que son envidiados
por el cielo.
Sucesos que en él alumbran
Son por mi luz sombreados
en el suelo.

DETALLES DE LA ALHAMBRA N.º 2.

Lit. J. Donon. Victoria. 1.

DETALLES DE LA ALHAMBRA Nº 2.

Lit.ª J. Donon. Victoria. 1.

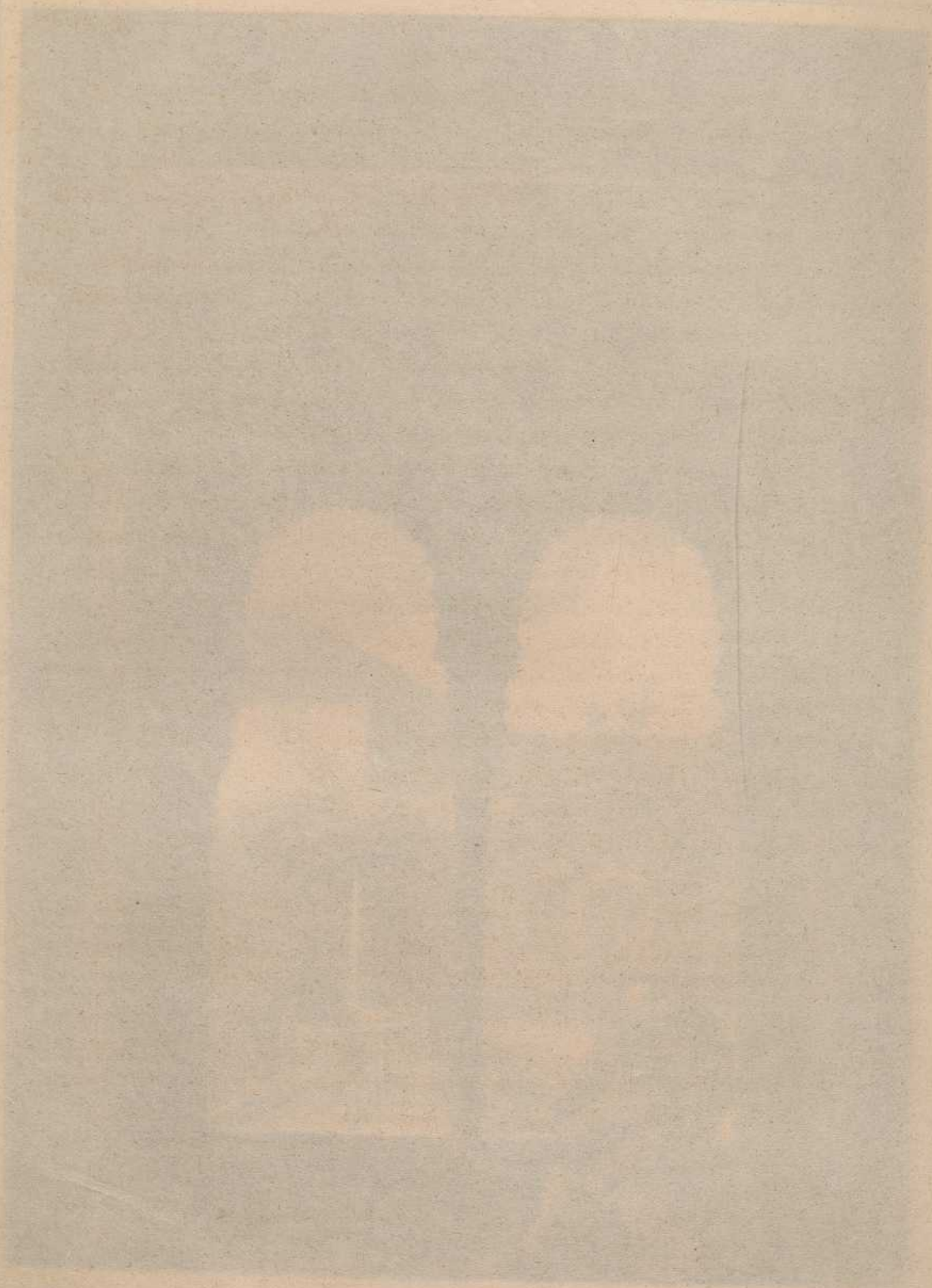
Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa.

Dib.º del. nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa.

Lit.de J.Donon.

JARDIN DE LINDARAJA.

(desde una ventana de las dos hermanas)



lle, y son inagotables. Campean en todas partes hojas, flores, relieves sobre relieves, delicados dibujos sobre el fondo de los ataurique; figuran en el techo nichos, bovedillas, colgantes que relumbran como el oro, círculos concéntricos trazados alrededor de una estrella central, abierta en el vértice del cono, parecidos á los que forma el agua en torno de la piedra que la agita. No hay en el mundo objeto con que poder comparar esta sala y esta techumbre: los árboles salpicados de rocío en que el sol refleja sus colores, las bóvedas de las grutas filtradas por las aguas, esos erizados montes de sal piedra que brillan como un mar de perlas, apenas dan una ligera idea de lo que presenta este recinto. No cabe apreciarlo en su valor sin verlo: se resiste á la descripcion, se resiste hasta al pincel tan lujuriosa ornamentacion, tanta moldura. Y es aun mucho mas complicado el mirador, á pesar de ser la mas reducida estancia del alcázar. ¡Cuán bello y diminuto es su mosáico de azulejos! ¡qué de letras floreadas, qué de nexos y caractéres cúficos, qué de arco sobre arco, qué de hojas caprichosas, qué de ligeros filetes, qué de vivos colores, qué de lindas miniaturas en el espacio de sus paredes y sobre todo en torno de la primorosa galería, por entre cuyos arcos dentellados asoman los naranjos y arrayanes del jardin que lleva el mismo nombre! Son los arcos de esta galería dentellados; de alto y delicado relieve, las enjutas; de hermosos capiteles, las columnas en que aquellos descansan; rica la puerta, la techumbre, el suelo; ricos los babucheros, rica cada una de sus partes y el conjunto: ¡ah! son bellezas que siente el corazon, mas que no alcanza á hacer sentir la pluma.

Cierran por fin el patio de los Leones hácia oriente pequeñas salas llamadas del Tribunal, precedidas de un vestíbulo comun, cuya bóveda estalactítica descansa directamente sobre sus cuatro muros. Son estas salas ó aposentos en número de siete: las tres del centro cuadradas, las demas cuadrilongas, y todas adornadas de finos al-

En otra:

¿Has visto mucha grandeza?
Pues es mayor mi belleza.

Y dice al verme la gente:
¡Qué linda! ¡qué clara fuente!

Otro me ve, se recrea,
Y me llama: *mar que ondea.*

mocarabes en que brillan, si bien ya muy perdidos, la púrpura y el oro, los colores mas vivos, la mayor riqueza (1). No hay línea delicada, no hay combinacion graciosa, no hay forma bella que no ostenten estas pequeñas estancias: decóranlas grandes arcos festonados, cúbrenlas preciosas techumbres, dánles luz ventanas orladas de letras y entrelazos, embellécenlas conchas, flores, estrellas, anchos follages, en medio de los cuales asoman escudos con la coyunda y con el haz de flechas (2). Mas no las hacen notables sus estucos, ni sus arcos, ni sus techos; hácenlas notables las bóvedas de tres estrechos recintos, las cúpulas de tres reducidos alhamíes con que comunican otras tantas salas. Aparecen pintadas en aquellas figuras de reyes, damas, caballeros, leones, perros, aves, seres cuya reproduccion está vedada á todo musulman; y se duda si son pinturas árabes ó cristianas, si son anteriores ó posteriores á la reconquista. Lleva la cúpula del alhamí central en los estremos del ege de su elipse el escudo de Alhamar, la barra diagonal sobre campo gules metida en la boca de dos fieros cocodrilos; al rededor sobre un fondo de oro diez figuras de tamaño natural sentadas todas en ricos almohadones, con la barba crecida, cubierta la cabeza de almaizar y toca, metido el pié en agudos borceguíes, pendiente la espada de un tahalí, ya negro, ya encarnado, pintada la baina, dorados pomo y anillos, grave la faz, apoyada la mano en el alfange. Parecen todas reyes, y reyes de Granada: sus trages, sus escudos,

(1) Tuvo lugar la primera reparacion de estas salas en 1555. Dióse la obra á pública subasta, y en el pliego de condiciones que para ello se escribió leemos: «Primeramente que todos los paños y letreros de yeserías y alvanegas de crecos questan quitados se tornen á hacer y asentar en sus lugares de la misma obra que estaban hechos y asentados de manera que esté la obra atada y muy perfectamente puesta, que no difiera de lo viejo que á par dello ay. E otrosí que la yeseria que está quitada del mocarabez de los seis crecos de las entradas de las tres alcobas ó otra qualquier yesería que en ellos faltare, se haga de dentro y de fuera como dicen los crecos y se ponga y asiente de la manera que estaba muy perfectamente. E otrosí que todas las hendeduras que oviere en la dicha pieza ó en qualquier parte della ó quebraduras ó otras faltas se reparen y cierren de la misma forma y manera que está la obra que oviere á par dellas de manera que sean conformes.»

De resultas del incendio de la casa del polvorista sufrieron tambien mucho estas salas. «Derrivó y abrió, leemos en la relacion arriba mencionada, todos los taviques con que está atapada la dicha iglesia y quebró y maltrató todas las puertas de la dicha sala echando los restos por el suelo.» Es de advertir para la inteligencia de esta cláusula, que á fines del siglo XVI fué convertida en oratorio la sala del centro para todo el tiempo en que se estuviese construyendo la iglesia de Sta. María de la Alhambra.

(2) Esta divisa de los Reyes Católicos fué puesta por los primeros que restauraron estas salas.

la forma de la espada, todo los presenta como sucesores de Alhamar, de ese príncipe que no solo fundó la dinastía, sino el palacio en que esta vivió, este alcázar de la Alhambra. La incorreccion del dibujo, la falta de tono, la inoportunidad con que estan empleados los colores, el mismo oro del fondo, las hacen por otra parte obra de manos árabes, de manos poco ejercitadas en reproducir la forma humana. Para nosotros son evidentemente anteriores á la conquista estas pinturas: lo revelan ellas mismas, y hasta cierto punto lo confirma la tradicion, la misma historia (1).

Donde ofrece mas dificultad la cuestion es en las cúpulas de los otros alhamíes. Figura en la una un castillo flanqueado de cubos con almena y barbacana, al pié del cual hay un leon aherrojado, pendiente de una cadena que sostiene á la izquierda una candorosa jóven, cuyas manos estan entre las de un monstruo herido. Alancea por la espalda á esta espantosa fiera un caballero vestido de una estrecha y acamuzada cota de armas, tras el cual otro ginete, ya medio borrado, está luchando, la lanza en ristre y la adarga al pecho, con otra fiera parecida al ciervo. Tiene en tanto lugar á la derecha del castillo otra pelea entre dos guerreros, al parecer uno moro y otro cristiano. Está ya el cristiano herido y para caerse del caballo, tanto que apenas se siente con fuerzas para apoyarse en su lanza; fiero y orgulloso el moro, á quien cubre aun el escudo, y se ve dispuesto á no soltar las armas hasta acabar con su enemigo. Asoma tras del moro un page con uno que parece halcon en la mano y el cuerpo ligeramente recostado en un árbol sobre cuyos ramages brillan las pintadas plumas de algunas aves; y árbol, page, figuras, como que indica todo que el cristiano vino á interrumpir al moro en medio de la caza. Contemplan la lucha desde la galería de una torre dos hermosas damas, coronada la una de hojas y flores, y vestida la otra con sencillez y gracia, mientras de un castillo de enfrente salen dos niñas cubiertas de túnicas blancas que se adelantan sin observar

(1) En el libro primero, párrafo primero de la Guerra de Granada, escrita en el siglo XVI por D. Diego Hurtado de Mendoza, se lee: «Hay fama que Bulhaxix halló el alchimia, y con el dinero della cercó el Albaycin: dividióle de la ciudad, y edificó el Alhambra con la torre que llaman de Comarech (porque cupo á los de Comarech fundarla), aposento real y nombrado, segun su manera de edificio, que despues acrecentaron diez reyes sucesores suyos, cuyos retratos se ven en una sala.» Consideramos que no será inoportuno añadir que todos los documentos del siglo XVI dan á esta misma sala el nombre de Cuarto de los Reyes.

la que está al pié de uno de los torreones con manto colorado y la mano sobre los cuadros de un tablero. Distínguense entre todos estos objetos, aquí una cabeza, allí árboles, acullá otras aves y otras fieras, símbolos tal vez, geroglíficos quizás, que en vano pretendemos esplicar habiendo perdido la clave para descifrarlos.

Aparecen en la cúpula del otro alhamí, allá en el centro, una fuente de doble copa junto á cuyo mar estan dos jóvenes de singular belleza; á la derecha un moro á caballo que acaba de hundir su lanza en un jabalí acosado por un gran número de perros; mas allá cuatro ó cinco escuderos que estan cargando sobre otro caballo una fiera ya cogida; á la izquierda un castillo ante cuyas puertas hay unos musulmanes que estan prestando homenage á unas princesas, y grupos de caballeros en que estan unos sentados, otros blandiendo sus armas, otros montando un arco, otros cayendo sobre un leon espada en mano. La caza de montería está pintada allí con todos sus accidentes y peligros: no solo el leon y el jabalí, hasta otras fieras que desconocemos son objeto de tremendas luchas. Andan allí revueltos caballos, caballeros, pages, leones, perros; todo es confusion y movimiento, todo refleja al vivo el furor de la pelea. Figuran en el mismo cuadro fuentes deliciosas, entrevistas de caballeros con gallardas damas, castillos en cuyos torreones asoma una muger coronada de flores entre hombres medio ocultos en el capuz de sus encarnados albornoces; mas aun estas escenas, todo campestres, no parecen sino haber sido reproducidas para hacer resaltar mas por medio del contraste la fiereza de aquellos combates y el ardor de tan rudos combatientes. Son damas y caballeros todos moros: visten aquellas ligeras tocas y túnicas blancas recamadas de oro, estos pequeñas capellinas de larga cola y estrechas aljubas, sobre las cuales oprime sus cinturas un ancho talabarte: ¿podrá dudarse aun de que sea la pintura anterior á la caida de Granada?

A nuestro modo de ver son tambien árabes las de estos dos alhamíes. Por lo acamuzado de los trages, por lo rudo de las formas, por el candor que brilla en los semblantes, por el colorido mismo, parecen pertenecer á la escuela cristiana de la edad media, á esa escuela purista en que prevalece el sentimiento sobre la forma, en que el pincel no hace mas que seguir los movimientos del alma, en que el corazon tiende á reproducir mas de lo que puede ejecutar la

mano; pero es evidente que no bastan aun para que nos decidamos esos ligeros puntos de contacto. ¿Dónde se distinguen en estas pinturas ni sombras siquiera de aquel profundo misticismo religioso que constituye el fondo y el carácter del arte cristiano? A creerlas posteriores á la conquista, deberiamos suponerlas cuando menos del siglo XV: ¿estaba en este siglo tan atrasado el arte? ¿Con qué objeto por otra parte hubieran pintado aquí los cristianos escenas que nada debian significar para ellos, escenas en que para nada intervenian ni nuestros reyes, ni los caballeros que siguieron sus pendones de guerra? Solo en una de estas pinturas figura un cristiano; y este cristiano sucumbe aun en la lid que estuvo sosteniendo con un moro: ¿qué artista sin ser un creyente en el Profeta hubiera querido consignar esta humillacion en las bóvedas de un alcázar conquistado? Cuando constan ademas en el archivo de este palacio hasta las menores restauraciones hechas en los primeros siglos despues de la conquista, ¿sería posible que no hubiese quedado ni un recuerdo de cuándo fueron pintados los magníficos alhamíes de estas salas? No es facil dar razon de por qué ni con qué objeto quebrantaron aquí los árabes una de las leyes mas capitales dictadas por el islamismo: mas ¿no sería facil suponer que el incesante roce que tuvieron con los cristianos durante la última época de su dominacion en España, el deseo de adular á unos príncipes que despues de haber salvado el imperio de la ruina que le amenazaba estaban levantando uno de los mas grandiosos monumentos que habia á la sazon en Europa, y sobre todo lo depravadas que estaban entre ellos las creencias muzlímicas, atacadas á cada paso por nuevas sectas, habian de dar lugar á que torciéndose la interpretacion de aquel precepto, se quebrantase por mas ó menos frívolos motivos? Pusiéronse leones en la fuente del patio bajo el pretesto de que simbolizarian á los guerreros que acompañaron á Alhamar y recibieron de su generosa mano dones tan abundantes como las aguas: ¿por qué no podrian tambien ser aceptadas estas pinturas como símbolos ó cuando menos como alegorías?

Hay aun otras salas, otras bellezas monumentales en la Alhambra; pero aisladas ya y perdidas entre creaciones heterogéneas debidas á otros hombres y á otros siglos. Éntrase por el salon de Embajadores en una estrecha galería que conduce al cuarto de las Fru-

tas, al de la Estufa y á ese hermoso Tocador de la Reina en que habitaron tantas princesas y se inspiraron tantos poetas: ¿qué cabe observar ya en todos ellos del tiempo de los árabes? Techumbres ricamente entalladas y algunas columnas de mármol en la galería; muy poco ó nada en los demas cuartos, cuyo mérito no constituyen hoy sino bellas pinturas al fresco, hechas unas en el reinado del Emperador y otras en el del rey Felipe V. Quédanle aun al Tocador sus deliciosas perspectivas, quédanle esos amenos paisages desarrollados incesantemente ante sus arcos por el monte, la ciudad y el rio, quédanle sus alrededores pintorescos: ya nada mas le queda. Todo está hoy restaurado y transformado, todo está ya desconocido. Subsisten aun en la parte inferior del monumento el patio de la Reja (1), la sala de las Ninfas y la de los Secretos (2), el tan celebrado jardin de Lindaraja; mas ¿dónde, en qué cabría reconocer su orígen? El patio es todo moderno: la larga y abovedada sala de las Ninfas no tiene mas que algunas estátuas mitológicas y un medallon de mármol de Carrara en que estan reproducidos los amores de Júpiter y Leda, y este y aquellas son evidentemente esculturas del tiempo del Imperio; la de los Secretos está tan enteramente renovada, que apenas guarda sino la disposicion acústica de sus bajas y misteriosas bóvedas; el jardin de Lindaraja solo conserva ya de sus fundadores algunas de las columnas que sostienen su vistosa galería y una fuente central de cuyo mar se levanta la mas graciosa copa del alcázar, una concha escamosa, orlada de bellas letras árabes. ¡Ay! anteriores á la conquista no se conservan ya en la parte baja de este monumento mas que las salas de Baños y el patio de la que es hoy casa del Gobernador, patio lleno de belleza y de poesía donde al través del arco ojival de herradura se ve campear el arco dentellado, y estan multiplicadas las labores á porfia, y adornan la pared meridional dinteles á cual mas soberbios, bellísimos cuadros de entrelazo, graciosas rosetas circuidas de motes árabes, uno que otro ajimez sostenido

(1) Llámase así este patio por conservarse en él una reja de hierro con pilastras jónicas. Hay quien cree que ella y el cuarto contiguo sirvieron de cárcel á la reina sultana despues de calumniada por los zegríes; mas destruyen esta opinion las noticias que existen de haber sido hecha y colocada la reja en 1639.

(2) Tiene esta sala en cada ángulo un tubo, al cual si se aplica el oido, se oye perfectamente lo que se dice en el ángulo opuesto, por baja que sea la voz con que se pronuncien las palabras. A esto debe el ser llamada sala de los Secretos.

por ligeras columnitas, cornisas escociadas cubiertas de caractéres africanos, delicados filetes en que descansa el mas suntuoso alero que pudo llegar á esculpir el cincel árabe. Estan muy restauradas las salas de los Baños y las estan aun restaurando; pero no por esto dejan de conservar su carácter oriental ni de llamar vivamente la atencion de los artistas. Es la primera y la mas meridional un cuadrilongo con pavimento de mármol y bóveda estrellada, en cuyos estremos abren paso dos arcos de herradura, el uno á un espacioso baño, el otro á un alhamí casi de las mismas dimensiones que la sala, donde se ve otro baño en cuya pared está abierto, como en la del primero, un elegante nicho alicatado que sirvió tal vez para guardar los borceguíes. Conduce esta pieza por una puerta de arco rebajado á otra embaldosada tambien de mármol y alumbrada por las estrellas de su bóveda, que está entre dos pequeñas cámaras, á cada una de las cuales dan entrada tres arcos de herradura llevados por columnas de bellos capiteles. Aunque sin mas adorno en sus paredes que el de su mosáico de azulejos, no dejan ya de ofrecer interes estas dos salas y la inmediata, casi del mismo corte; mas no pueden sostener aun la menor comparacion con la llamada Cuarto de las Camas, aposento desgraciadamente muy destruido y hoy medio restaurado (1), al cual debe el observador dirigir sus pasos por entre lindos retretes destinados al parecer para los niños. Ocupa el centro de esta sala un cuadro formado por una línea de ladrillos de mármol en cuyos ángulos se levantan cuatro airosas columnas, que sostienen otros tantos arcos. Figuran en los estremos dos alhamíes de escasa profundidad cegados hasta la altura necesaria para que el terraplen pueda servir de cama, y en cada ángulo del muro una pequeña puerta de arco dentellado, que conduce á las piezas interiores. Nichos, paredes, pavimento, todo está profusamente adornado. Lo que no cubren los relieves de estuco lo cubren los mosáicos de azulejos que ostentan sus hermosas combinaciones hasta en el mismo suelo; embutidos de rica tracería decoran los techos de los corredores; cala-

(1) Sufrieron mucho estas salas cuando el incendio de la pólvora, pues, segun la relacion citada, no solo se rompieron los cristales de las bóvedas, sino que hasta cayó parte de la yesería y vinieron abajo muchas de las puertas; pero no fué entonces cuando mas padeció este Cuarto de las Camas, sino en enero de 1804, en que D. Pedro Belinchon comunica á la Junta de Obras y Bosques la noticia de haberse hundido parte de la pared y el techo. Este hundimiento es el que estan hoy reparando.

dos á cual mas caprichosos constituyen las enjutas de los arcos; una fuente de que han quedado vestigios arrojó un dia sus aguas entre las columnas. Álzase sobre este primer cuerpo una galería tambien cuadrada, entre cuyos diez y seis arcos corre todavía una baranda de madera; sobre la galería una línea de ventanas cubiertas de complicadas celosías, sobre las ventanas una techumbre artesonada que estan revistiendo ahora de sus antiguos dorados y colores. No hay ya páginas monumentales parecidas á las de ese Cuarto de las Camas: apenas es comparable con él ni la misma capilla del Alcázar, cuadrilongo, dividido en tres naves por cuatro columnas de base romana y capitel pintado (1), sobre cuyos abacos descansan magníficas repisas que sostienen un techo diestramente esculpido. Estan las paredes alicatadas y cubiertas de estuco, adornadas de graciosas molduras las columnas, tallados con limpieza y gracia los entrelazos y estrellas que decoran la techumbre; mas no presenta ni la homogeneidad ni la armonía á que contribuyen en aquella hasta las mismas obras de los restauradores.

Para encontrar otras bellezas árabes es preciso ya salir del interior de este palacio, recorrer algunas de las torres que constituían su fortaleza, visitar las ruinas del vecino Generalife, sentado en una de las vertientes de la Silla del Moro, no lejos del lugar donde brillaron en otro tiempo los Alijares y la casa real de Darlaroca. La torre de la Cautiva, y sobre todo la de las Infantas, encierran aun salas bellísimas que rivalizan con muchas de las que llevamos descritas, si no por sus dimensiones ni por la riqueza de sus colores, por su gentil disposicion, por lo caprichoso de sus almocarabes, por sus altas techumbres de tracería, cuyas entrelazadas figuras geométricas estan ocultas á los ojos del que las contempla desde el suelo. No es ya la de las Infantas, como en otro tiempo, un tesoro inagotable de primores árabes: está muy restaurada, algun tanto caida, medio desnuda de sus antiguas labores, ahumada, oscurecida, perdida; mas hasta su mismo estado de deterioro la reviste de cierta poesía que hace observar con mayor interes la sencilla bóveda estalactítica de su vestíbulo, los ajimeces de doble arco abiertos sobre la sala cen-

(1) Dos de estos capiteles, los del coro, fueron pintados y dorados en 1631 por Juan Rodriguez del Prado.

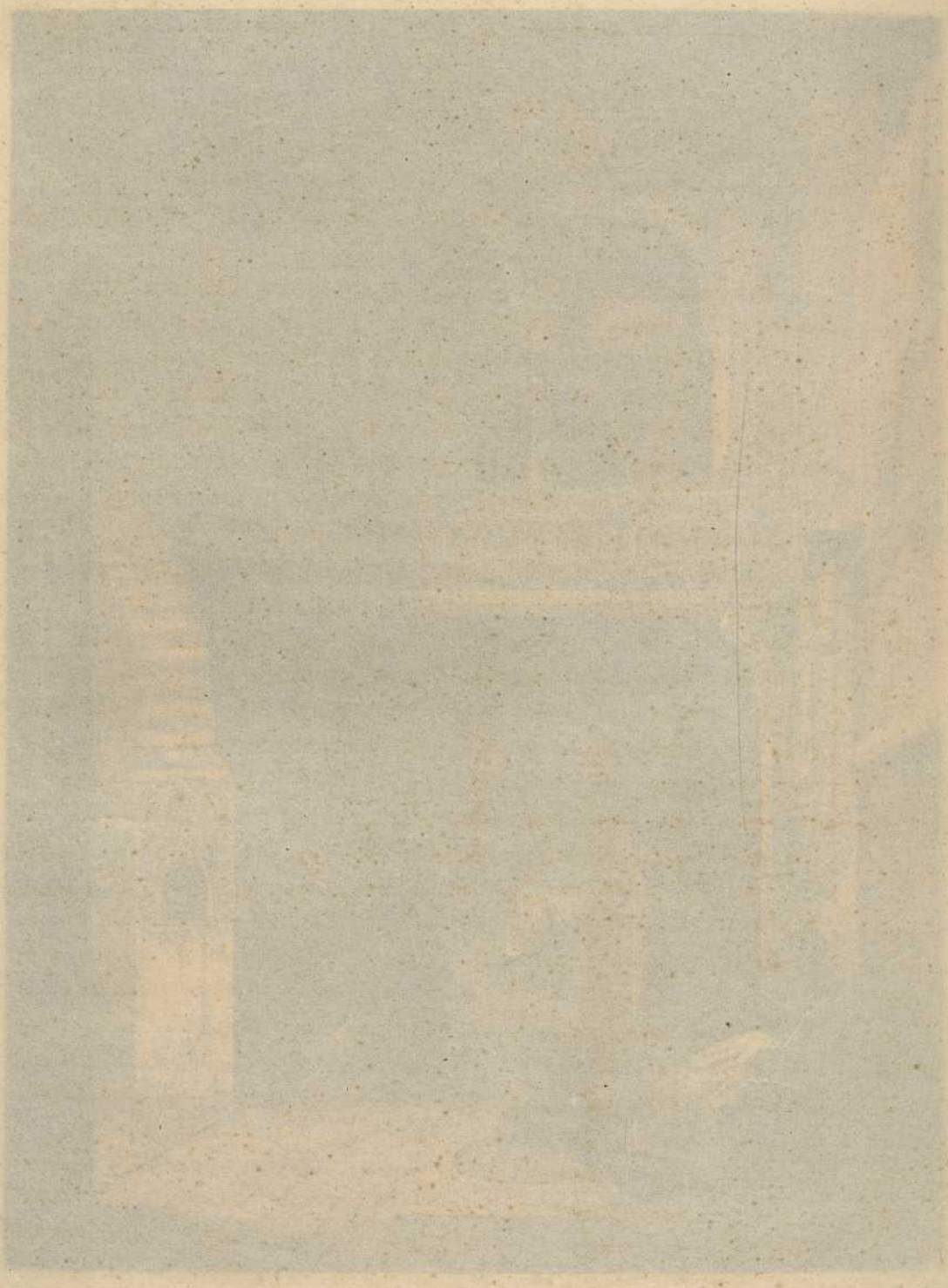
Dib.º del natl. por G. de P.

INTERIOR DE LA TORRE DE LAS INFANTAS.
(Alhambra.)

tral, las hermosas puertas que conducen á sus retretes, sus graciosos albanicos cerrados algunos por calcinadas cúpulas (*). Tiene actualmente mas luz y respira mucha mayor alegría la de la Cautiva (1), á cuyo pié extiende sus frondosas ramas un árbol que data origen del mismo dia en que Granada salió del cautiverio que le impusieron los franceses; conserva con mayor limpieza sus alicatados y sus relieves de estuco que cubren sin interrupcion sus paredes hasta la cornisa, ostenta en algunos puntos mayor magnificencia, y es, sin embargo, mas fria, habla mucho menos á la imaginacion, despierta menos ideas y menos sentimientos, escita menos esa mezcla de placer y de melancolía que hace subir sobre el pecho la sangre del viajero y le tiene mas embebecido que atento, mucho mas entregado á la observacion que sumido en una meditacion profunda. Despues de los salones interiores de la Alhambra no hay conjunto mas bello que el de esa torre de las Infantas: no lo hay ni aun en esa misma Sala ó panteon de los reyes árabes, del cual no existe mas que una estancia sin adornos cubierta por la mas lujosa cúpula, y una fuente en que, segun fama, eran lavados los cadáveres antes de bajar al sepulcro: no lo hay ya en ninguna otra torreon, ni aun en esos de exterior tan fantástico que vemos hoy en la soledad y en el silencio. Pasemos con pecho torres junto á las torres del Candil y el Agua. Cuanto mas escombros y mas desagüe en derredor: sino quiebras torrenteras y mas que otro arroyo que corre entre las piedras, ve aquí crecer la yerba, nacer allí la zarza, brotar mas allá la lagunera breña del fondo de una prieta, mostaza acullá las verbas, alguna flor salvage; y todo lo inspira temor y sobresalto. Tiende la vista buscando cuadros mas halagüeños, perspectivas menos sombrías, y no descubre sino vetustas soledades, tristes, como el desierto, ruinas ásperas, torres que alzan siniestras sus frentes funerales coronadas de almenas: quiere dejar las ruinas y no puede, deja calmar su fantasía y la sienta por momentos cautivada, mas preocupada por los recuerdos y las leyendas que agrupa en torno de aquellos calcinados monumentos. Se dirige involuntariamente hacia uno y otro torreon, pugna por entrar en sus salas medio destruidas, se esfuerza en dis-

(*) Vease interior de la torre de las Infantas.

(1) El nombre de esta torre es la que he dado por mi fantasía de la cual para componer mi novela titulada *D. Alonso de Solís, reina de Granada*.



PUERTA DE LA TORRE DE LAS INFANTAS

tral, las hermosas puertas que conducen á sus retretes, sus graciosos alhamíes cerrados algunos por estrelladas cúpulas (*). Tiene actualmente mas luz y respira mucha mayor alegría la de la Cautiva (1), á cuyo pié estiende sus frondosas ramas un árbol que lleva orígen del mismo dia en que Granada salió del cautiverio que le impusieron los franceses; conserva con mayor limpieza sus alicatados y sus relieves de estuco que cubren sin interrupcion sus paredes hasta la cornisa; ostenta en algunos puntos mayor magnificencia; y es, sin embargo, mas fria, habla mucho menos á la imaginacion, despierta menos ideas y menos sentimientos, escita menos esa mezcla de placer y de melancolía que hace doblar sobre el pecho la cabeza del viajero y le tiene mas embelesado que atento, menos entregado á la observacion que sumido en una meditacion profunda. Despues de los salones interiores de la Alhambra no hay conjunto mas bello que el de esa torre de las Infantas: no lo hay ni aun en esa misma Rauda ó panteon de los reyes árabes, del cual no existe mas que una estancia sin adornos cubierta por la mas lujosa cúpula, y una fuente en que, segun fama, eran lavados los cadáveres antes de bajar al sepulcro: no lo hay ya en ningun otro torreon, ni aun en esos de esterior tan fantástico que yacen hoy en la soledad y en el silencio. Pasa uno con cierto terror junto á las torres del Candil y el Agua. Camina entre escombros y no distingue á su alrededor sino quiebras, torrenteras y uno que otro arroyo que corre entre las piedras: ve aquí crecer la yedra, nacer allí la zarza, brotar mas allá la higuera bravía del fondo de una grieta, matizar acullá las yerbas alguna flor salvage; y todo le inspira temor y sobresalto. Tiende la vista buscando cuadros mas halagüeños, perspectivas menos sombrías, y no descubre sino veredas solitarias, tristes, como el desierto, ribazos ásperos, torres que alzan tambien al cielo fúnebres coronas de almenas: quiere dejar las ruinas y no puede; desea calmar su fantasía y la siente por momentos mas exaltada, mas preocupada por los recuerdos y las leyendas que agrupa en torno de aquellos misteriosos monumentos. Se dirige involuntariamente hácia uno y otro torreon, pugna por entrar en sus salas medio destruidas, se esfuerza en dis-

(*) Véase Interior de la torre de las Infantas.

(1) El nombre de esta torre es lo que ha dado pié á Martinez de la Rosa para componer su novela titulada *D.ª Isabel de Solís, reina de Granada.*

tinguir la luz entre las tinieblas; pero ya no puede ver mas que los fantasmas de su imaginacion, porque estan las paredes desnudas, los techos caidos, y lo que queda en pié amenazando ruina. Sale de ellas y encamina tal vez sus pasos á la torre de los Picos: ¡ah! la ve entera, con su homenage completo, con sus pequeñas ventanas abiertas aun en herradura, con su parda mole destacada sobre el risueño y pintoresco Generalife (*), y siente por de pronto esplayársele el corazon; mas no tarda en recibir impresiones tan melancólicas como en aquellas al contemplarla sola, sentada en una pendiente áspera y revuelta, inmediata á las murallas de la Puerta de Hierro, de esa puerta que la tradicion ha poblado de sombras y visiones á cual mas aterradoras. Situados estos torreones en lugares incultos, parecen mas que restos de un alcázar, monumentos funerarios erigidos á la memoria de reyes contra los que se alzó el destino; y tienen todos un aspecto lúgubre y solemne para el que los recorre con alma entusiasta y presta atento oido al rumor del insecto sobre la yerba y á los suspiros del viento entre las grietas de los muros. Levántase el de los Siete Suelos entre floridas alamedas, y conserva tambien ese carácter. Las dos torres cuadradas que lleva sobre su enorme cubo, la rica vegetacion que brota á sus piés cubriéndolo con el pomposo follage de frondosos árboles, el pintoresco paisage que forman á su espalda la puerta del Juicio (**) y las Torres Bermejas sentadas en la cumbre de dos collados y dibujadas sobre la falda de la vecina sierra, toda la alegría que respiran sus alrededores no basta á templar el efecto melancólico que producen su solidez, su grandeza, el triste estado de sus muros medio destruidos y sepultados, las leyendas que la tradicion ha escrito sobre sus piedras, los recuerdos de un rey desventurado que salió por su puerta al abandonar para siempre el palacio levantado por los Alhamares.

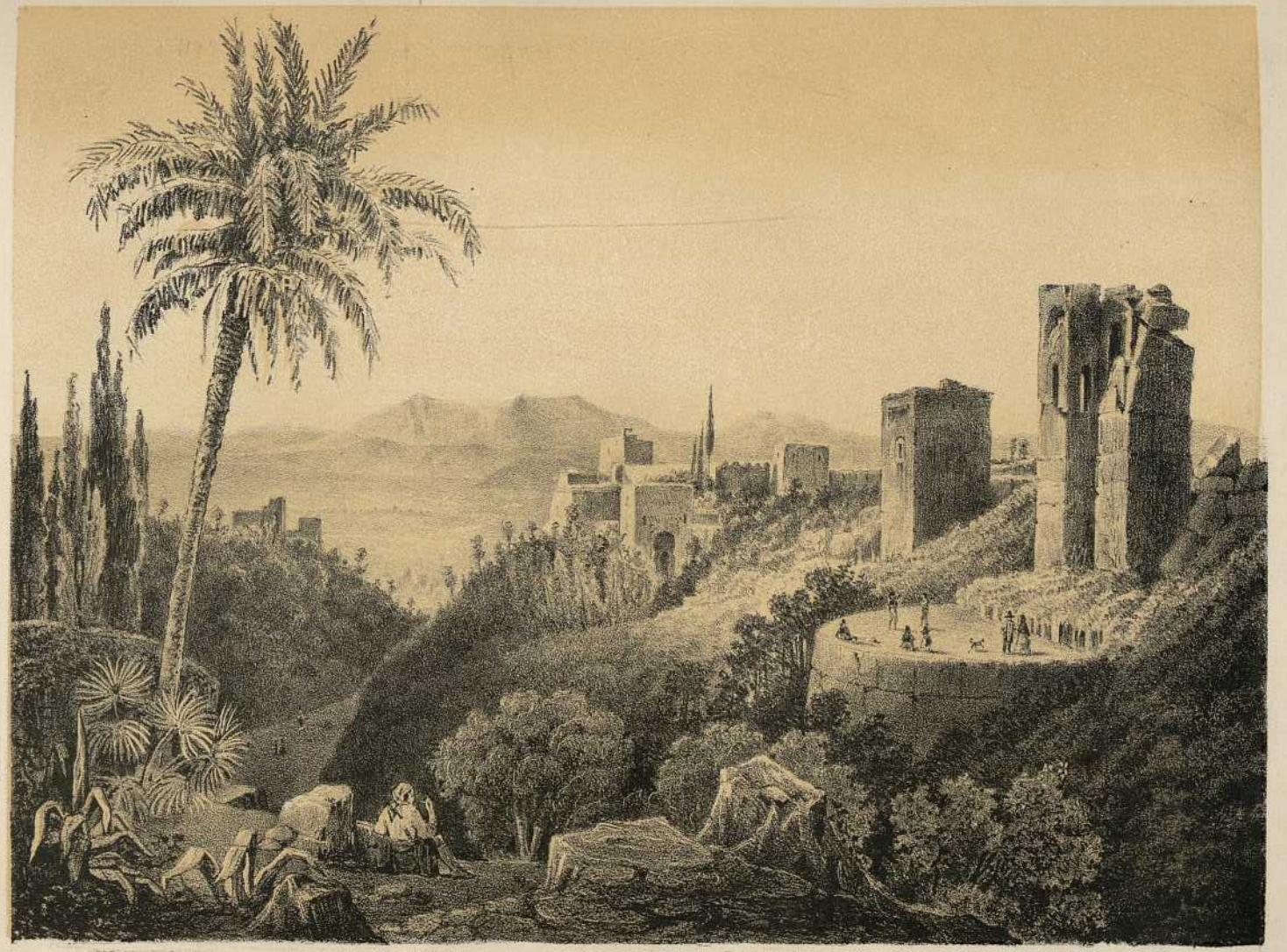
Impresiones mas agradables no es posible recibirlas sino en Generalife, en aquella mansion del placer y la ventura donde solian los reyes moros celebrar sus zambras hoy para embebecer de amor á sus sultanas, mañana para celebrar sus triunfos. Poco es ya lo que nos queda de las paredes del palacio (1); mas se conservan sus jar-

(*) Véase la lámina Torre de los Picos.
(**) Véase la lámina Paseos al rededor de la Alhambra.
(1) Durante el siglo XVI y el XVII fueron muchas las restauraciones hechas en

(Alhambra.)

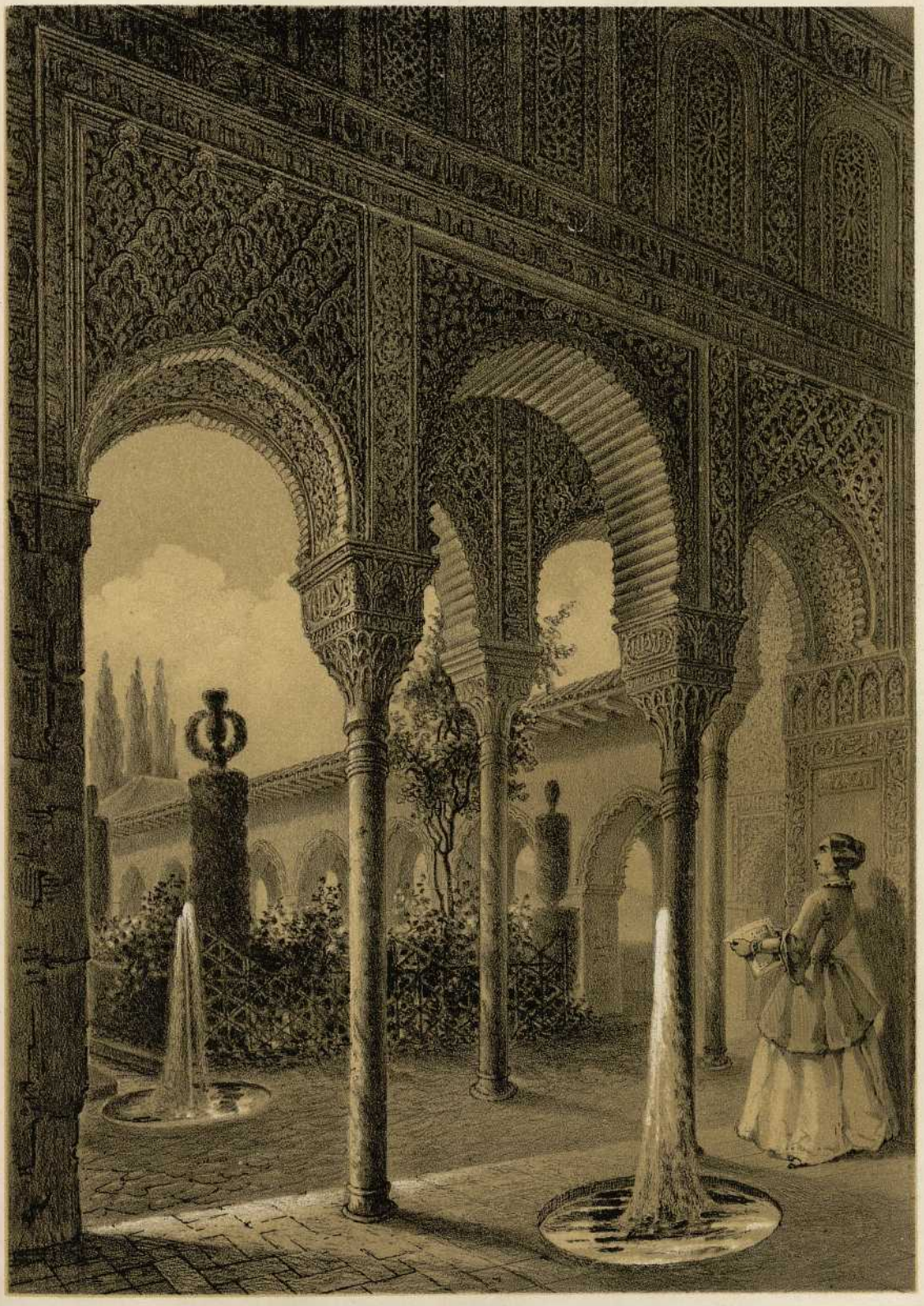
Dibº del natl y lldº por F. J. Parcerisa. Lit. de J. Donon Fiç. por Urrabieta.

TORRE DE LOS PICOS
(Alhambra.)



Dib.º del.nal! por G de P.

PASEOS AL REDEDOR DE LA ALHAMBRA.



Dib.º del nat.l y lit.º por F.X. Parcerisa — Lit.ª J.Doron, Victoria, 1. — Figuras de Urrabieta.

JARDIN DE GENERALIFE.

dines, sus estanques, sus aguas corrientes, sus cipreses seculares, sus sombríos bosques, sus inmensas perspectivas que abrazan la Alhambra, la Ciudad, la Vega. Todo sonríe aun allí: no bien se atraviesan sus umbrales, cuando uno de sus jardines embarga ya los sentidos con sus cuadros de arrayan matizados de flores, con su pequeña glorieta central, sobre las que se enlazan las alabeadas cúspides de los cipreses, con las aguas que lo cruzan del uno al otro estremo pasando por debajo de ese mismo cenador entre orillas que tapiza el musgo, con su hermosa galería de arcos dentellados bajo cuyas techumbres ataraceadas existe todavía aunque callada una de sus antiguas fuentes, con su pórtico meridional ya muy restaurado que conduce á una modesta capilla bajo cuya bóveda greco-romana se exhala la oracion del cristiano en alas de brisas suavemente perfumadas. Vése en el fondo de la galería una portada compuesta de tres arcos bellamente esculpidos, apoyados en los capiteles estalactíticos de dos columnas de mármol: los recuadros son cintas de caractéres africanos; las enjutas de los arcos laterales, dobles calados de estuco; las del arco central, un tejido de hojas caprichosas; las ventanas abiertas sobre ellos, hermosos lienzos del mas delicado encage; y todo en general tan bello, aunque bárbaramente jalbegado, que llega uno á pasarla con inquietud, con el temor de no encontrar salas que mantengan la ilusion y satisfagan las esperanzas que despierta esa página del arte. Dáse primero con un corredor cuyo techo descansa sobre una cornisa estalactítica; luego, por otros tres arcos de bellas enjutas, con una sala cuadrada á que da luz una línea de ventanas abiertas al rededor del muro. Sala y corredor son tambien magníficos: orlas de caractéres africanos, letras cúficas, nexos cubren casi por entero la superficie de sus paredes; hojas y flores, los recuadros de sus arcos; florones, entrelazos y estrellas, sus techos de madera, enriquecidos un dia con el marfil y el nácar. Intrados y paramentos de arcos, cornisas, frisos, ménsulas, puertas, ajimeces, todo está lleno de molduras delicadamente cinceladas, todo respira aun la frescura del arte árabe, todo guarda aun armonía con los jardines que sirven de alfombra á tan opulento alcázar.

este palacio: en los libros de Contaduría del Archivo hemos encontrado una porcion de partidas empleadas en reparar ya las cañerías de sus fuentes, ya las paredes de sus salas.

Bello, muy bello es aun Generalife. Tiene á los lados de esta sala gabinetes modernos en que solo llaman la atencion los retratos de los príncipes que gobernaron la España desde fines del siglo XV hasta principios del XVIII, y los del linage de los Venegas, á quienes concedieron los Reyes Católicos la alcaidía perpetua del palacio (1); mas no por esto disipa sino momentáneamente las ilusiones del viajero, que apenas entra en el segundo jardin, cuando vuelve á creerse transportado á uno de esos paises mágicos en que la fantasía mas que la naturaleza ha derramado á manos llenas sus encantos. Animan este segundo jardin cuadros de mirto de cuyo centro brota la encarnada adelfa, bellos tapices de flores, fuentes, estrechas acequias que circuyen como una cinta de plata todo el patio, y hácia el occidente dos líneas de cipreses que encubren una deliciosa vereda bajo la sombra de sus ramages. Todo inspira deleite en él, la flor, la yerba, el susurro del viento, el murmullo del agua que salta en variados chorros, y, herida por los rayos del sol, se desliza como una lluvia de aljófar por los bordes de las fuentes. Se respira allí libremente; y solo despues de haber observado por cien veces hasta sus menores detalles, se piensa en dejarlo y en subir la cuesta que hácia el oriente conduce á una de las mas bellas galerías, á la de los laureles. Trépase por la cuesta hasta con disgusto; mas no bien se llega á la galería, ¿quién podrá esplicar la ilusion que se concibe ni el placer que se siente? Se está al pié de una escalera en cuya cima blanquea un pequeño edificio moderno medio oculto entre las hojas de los árboles. Bulle donde quiera el agua: cada repecho de la escalera es una fuente; cada pasamano, una cascada (*). Álzanse á un lado bosques de laureles; estiéndense al otro deliciosas huertas; crece en todas partes una vegetacion rica y lozana. Nada cabe ya mas poético, nada mas seductor, nada que escite mas la imaginacion, nada que nos hable mejor de esos amores caballerescos y entusiastas tan decantados por los poetas árabes. En una noche serena, en una de esas noches de verano en que el cielo conserva su color azul, en que las frescas brisas apenas se atreven á suspirar entre las flores, en que

(1) Esos Venegas son hoy los marqueses de Campotejar, que por el mero hecho de haber hecho los reyes esta concesion á sus antecesores, pretenden ser plenos propietarios del palacio.

(*) Véase la lámina Recuerdos de Generalife.

Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa — Lit. de J. Donon. — Fig. por Urrabieta.

RECUERDOS DEL GENERALIFE.

todo está en calma y casi todo yace en silencio, ¿quién podria dejar de ver allí con los ojos de su fantasía á algun cuitado moro contando los tormentos de su alma á la que fué por mucho tiempo, aunque en secreto, el blanco de sus amores? Chispean las estrellas entre las ramas de los árboles, y quizás compara con ellas los ojos de su amada; platea las aguas la luz de la menguante luna, y está acaso cotejando con ellas la frente de la que es su hurí en la tierra; corre entre los dos el aura bañada en el aroma que despiden los jardines, y pone tal vez en parangon con ella el dulce aliento de la que mira ya como su eden, de la que ama ya como su cielo. Dícese que hubo un dia en que un gallardo abencerrage se atrevió á requerir de amores á la esposa de su rey en esos mismos jardines, al pié de uno de esos árboles, á la sombra de una de esas noches hermosas y tranquilas; cuentan que ella lloró, que suspiraron los dos y maldijeron su destino, que los sorprendió un zegrí, y ahogó el rey en sangre la pasion del desdichado amante: ¿puede acaso suponerse un lugar mas digno de esa escena? La historia desmiente la tradicion; mas ¿quién puede dejar de creerla en ese paisage tan bello como solitario (1)?

Descúbrese desde la cima de Generalife á la derecha el Albaycin, bajo cuyas huertas y nopales murmuran las aguas del Darro á la sombra de las mas frondosas alamedas, á la izquierda la Alhambra con su diadema de muros y torreones, sus patios, sus bosques, sus despeñaderos, en frente la ciudad alzando al cielo las pintorescas torres de sus templos, detras de la ciudad la Vega con sus campos, sus arroyos, sus cármenes y esa muchedumbre de pueblos que fueron testigos de tantos hechos de armas durante la conquista, mas allá de la Vega las altísimas sierras que sirven á Granada de cerca y de corona, la de Pinos Puente, la de Elvira, la de Moclin, que lleva aun sobre su cumbre su antigua fortaleza, los tres picos de Atarfe, recuerdo de un sangriento duelo, la de Loja, que va á terminar hácia el mediodia en el Padul, allí donde suspiró el último rey moro, la

(1) Hacemos alusion á los supuestos amores de Abenamet y Zoraida, sobre los cuales han sido escritos tantos dramas, novelas y leyendas. No hacemos mas que mentar estas tradiciones que tanto embellecen estos palacios por ser ya tan repetidas y haber sido tratadas ya con tanta poesía por Ginés Perez de Hita, Wasshington Irving, Soler y Fernandez Gonzalez, que es, á nuestro modo de ver, el que mas ha sabido darles un colorido todo oriental en su *Allah Akbar* y en sus *Noches de la Alhambra*.

de Alhama, donde está la ciudad tan llorada de los árabes, la de Dilar, llena de magestad y grandeza, la Nevada, sobre cuyas eternas nieves se destacan tan bellamente las arboledas que cubren las colinas en que la ciudad está sentada. Domínase todo sobre tan alta cima; y al contemplar desde ella tan inmenso panorama, apenas puede uno dejar de comprender por qué tomó Granada tanta importancia despues de la caida de Córdoba y Sevilla, apenas puede uno dejar de celebrar el gusto de los reyes nazaritas, apenas puede uno dejar de amar esos lugares deleitosos cuya hermosura realzan á porfia el arte y la naturaleza. No es posible que se aparte de ellos sin dolor el viajero que siente: los deja y ya suspira por otros monumentos árabes donde pueda admirar nuevas bellezas. Mas ¿dónde los ha de encontrar despues de haber recorrido estos palacios? ¿Visitará la Alcaicería, pasage enteramente morisco y hoy casi desierto? ¿Qué es la Alcaicería sino una reproduccion moderna de los capiteles, los arcos y las minuciosas labores de la Alhambra (1)? No queda ya mas que otra clase de monumentos donde quepa fijar aun con placer nuestras miradas. Artista que seguiste hasta ahora nuestras huellas, no cierres aun tu álbum, consagra siquiera un recuerdo á los aljibes del Albaycin en que veas reflejar todavía la mano de los árabes. Son páginas humildes del arte musulman; mas encierran tanta y tan bella poesía... Aparecen sus sencillas portadas de ladrillo entre las oscuras paredes de calles estrechas y tortuosas; una bóveda de cañon seguido, algo inclinada, continúa la archivolta de su elegante arco de herradura; está el agua en el fondo; y es dificil ver allí sin conmoverse á una gentil doncella junto al antepecho del aljibe para llenar una de esas cántaras que imitan aun tanto las ánforas antiguas. Vése todavía en ellos el Oriente; recuérdanse aun en ellos esas costumbres patriarcales que nos han trasmitido los libros de la Biblia; viven todavía en ellos esos idilios llenos de paz y de frescura que ha sabido producir la pluma de Gessner y de Goethe. Bájase á ellos por una ó mas gradas; y la humedad, la profundidad, su forma de gruta, todo contribuye á hacerle mas interesante á nuestros ojos. Cuando un pueblo tiene una arquitectura propia, espontánea,

(1) La obra antigua de este mercado de sedas y otros efectos de lujo pereció en el horrible incendio del 20 de julio de 1843. Sobre sus ruinas ha sido levantada su obra moderna, trabajada toda segun el gusto árabe que domina en el Alcázar.

Dibº del natº y litº por F. J. Parcerisa.

Lit. de J. Donon.

Figs por P. Pulgari.

ALGIBE ÁRABE
en el Albaycin.

tiembre de 1504 (1). Es un monumento humilde, pero rico en memorias de príncipes ilustres: el que ama á los héroes de su patria, el que respeta el trono, no puede menos de doblar sobre sus umbrales la rodilla. Yacen bajo sus modestas bóvedas los que conquistaron Granada, los que reunieron dos mundos bajo una corona: guárdase allí el cetro, la diadema, la espada con que gobernaron y estendieron el Reino, el misal manuscrito que llevaron consigo durante la campaña, los ornamentos sagrados que bordó la mano de la misma heroina. No brilla allí la monarquía con todo su esplendor, pero sí con toda su grandeza: la grandeza verdadera es hasta cierto punto enemiga del lujo y de la pompa. Mezquina pudo parecer la obra pocos años despues al faustuoso emperador D. Carlos; mas no lo pareció á sus fundadores, cuya severidad no les permitió sino hacer levantar para despues de muertos un enterramiento donde se pudiese orar por su alma, un panteon aun menor que su palacio.

Éntrase en esta capilla por una puerta de arco semicircular, algo mas moderna que lo demas del edificio, abierta entre dos pilares cuyo frente adornan las figuras de dos reyes de armas. Sencilla es esta puerta, pero bella: corre sobre arco y pilares un enta-

(1) Consérvase la carta de fundacion en el Cajon de Privilegios del Archivo de la misma Capilla. «Porque es cosa razonable á todo catholico cristiano é cristiana, leemos en el preámbulo, y mucho mas á los reyes y príncipes de quien los otros han de tomar ejemplo, que demas de facer todo el bien que pudieren en sus vidas, provean como despues de su fin se digan por sus ánimas misas é sacrificios é otras oraciones especialmente en las capillas donde fueren sepultados, porque nuestro Señor aya piedad é misericordia de sus ánimas é les perdone sus pecados; por ende Nos, considerando é deseando aquesto, acordamos de elegir é señalar iglesia é capilla donde, quando la voluntad de nuestro Señor Dios fuere de nos llevar de esta presente vida, sean nuestros cuerpos sepultados, en la cual se digan las misas é sacrificios, etc.» Fué confirmada esta carta por otras dos, fechadas la una en Medina del Campo á 30 del mismo mes y año, y la otra en Valladolid á 20 de febrero de 1509. Fué ademas ampliada esta fundacion por el rey D. Carlos I y su madre D.ª Juana, cuya cédula fué dada en Zaragoza á 15 de octubre de 1518. No tuvo lugar la confirmacion pontificia hasta en 1537 durante el pontificado de Paulo III (Arch. de la Cap. R.ª de Granada. Caj. de Priv. núm.ª 1, 2, 3, 4 y 5. Arc. de Bulas, núm. 1.). Segun consta por otros documentos del mismo Archivo, fué nombrado encargado general de las obras Pedro Garcia de Atienza, capellan mayor de la Capilla; mayordomo, Fernando Arias de Ribadeneira; tesorero, Iñigo de Arbias. Tuvieron que derribarse para la obra siete casas que fueron compradas, tres á D. Andrés de Granada, tres á Juan de Cifuentes, y una á Francisco Fernandez. Su derribo costó 94,384 mrs. Encargóse el proyecto á varios maestros, para los cuales hemos encontrado una partida de 3,413; pero dirigió la construccion solo el maestro Enrique, á quien fueron dados en mayo de 1512 á cuenta de seis años de trabajo 6.300,000 mrs. Posteriormente fueron nombrados el mismo maestro mayor Pedro Morales y Lorenzo Bazquez *para veer la obra é tramar el cimborio é tribuna;* y les fueron dados por ello 23,770 (Caj. 3.°, Leg. 24, n.° 1.).

Dibº del natl y litº por F. J. Parcerisa.

Lit. de J. Donon.

CAPILLA REAL.

blamento en cuyo friso está entallado entre algunos querubines un escudo sostenido por un águila; sobre el entablamento, tres ornacinas, en una de las cuales figura la Reina de los Cielos; sobre las ornacinas el remate general del monumento, compuesto de pequeños círculos calados que llevan como suspendidas en el centro la cifra ya de Isabel, ya de Fernando. Álzase entre cadà cuatro rosas una aguja de crestería, á que corresponde en la parte inferior una pequeña gárgola; entre dos de estas agujas, un cuadro en que campean las armas de Aragon y de Castilla entre una coyunda y un haz de flechas; allá á la derecha sobre tres estribos, otros tantos grupos de pilares cincelados que asoman como penachos de piedra sobre los ya sombríos y abrasados muros. Distínguense detras de estas paredes otras mas altas coronadas tambien de una barandilla calada; y como para mayor efecto del conjunto, desarrolla á la izquierda una fachada gótico-plateresca sus columnas en forma de cables retorcidos, sus arcos, ya semicirculares, ya rebajados, entre los cuales campean escudos orlados de castillos y leones (*).

El interior de la capilla es enteramente gótico. Su planta es una rigurosa cruz latina; sus bóvedas no estan sostenidas sino por anchas ojivas que descansan directamente sobre las paredes de su espaciosa nave; toda su ornamentacion consiste en una cinta de letras doradas que corre á manera de friso bajo el arranque de sus arcos, y es gótica hasta esta hermosa inscripcion en que consta quiénes fundaron la capilla, el año en que murieron, el año en que aquella fué concluida (1). Las ventanas, algunas de las capillas, hasta el mismo altar mayor pertenecen á ese estilo de la edad media. Álzase entre nave y crucero una riquísima verja, y tiene tambien esta verja reminiscencias góticas; comunica la nave con la capilla del Pulgar (2) y el Sa-

(*) Véase la lámina Capilla Real.

(1) Dice esta inscripcion: «Esta capilla mandaron fundar los muy Católicos D. Fernando y D.ª Isabel, rey y reina de las Españas, de Nápoles, de Sicilia, de Jerusalen; conquistaron este reino y lo redujeron á nuestra fé. Ganaron las islas de Canaria y las Indias, y las ciudades de Oran, Tripol y Bugía, y destruyeron la heregía, y echaron los moros y judios de estos reinos, y reformaron las religiones. Finó la reina martes á XXVI de noviembre de MDIV años. Finó el rey miércoles á XXIII de enero de MDXVI, acabóse esta obra año de MDXVII.»

(2) Está situada esta capilla en el paso de la de los Reyes al Sagrario. Llámasela del Pulgar por estar enterrado en ella Fernan Perez, el de las Hazañas, sobre cuya sencilla losa se lee: «aquí está sepultado el magnífico cavallero Fernando del Pulgar, señor del Salar, el qual tomó posision desta Santa Iglesia siendo esta cibdad de moros.

quizás, pero no menos ensombrecido por la falta de armonía, por la carencia absoluta de una idea sobre la cual hayan sido concebidas hasta las partes mas insignificantes de tan hermoso monumento. Consta de un arrogante zócalo casi de las mismas dimensiones que la urna del otro sepulcro, del cual parte un pedestal apiramidado en que descansa una de las mas soberbias arcas funerarias que puede concebir la fantasía. Figura en cada lado del zócalo un medallon entre ornacinas separadas por columnitas plateresca, en que estan representados entre las figuras de muchos santos el nacimiento del Redentor, la adoracion de los Reyes, la presentacion del caliz de la amargura y el descendimiento. En los ángulos, encima del zócalo hay las figuras de tres evangelistas y la del Arcángel sujetando á sus piés uno de los ángeles rebeldes; debajo, ya dos sátiros, ya dos sirenas de que estan asidos otros tantos genios. Descansa sobre cada lado del pedestal un escudo de armas ceñido de una corona que sostienen dos ninfas; y entre escudo y escudo aparecen en lindos relieves las mas sublimes escenas del Nuevo Testamento. La urna es una cuna sostenida por sirenas, sobre la cual yacen tambien las figuras de los príncipes á cuyo recuerdo fué erigido el monumento. La elegancia, la belleza, el amor brotan allí de todas partes; el artista ha apurado allí su genio; y las miradas del viajero se fijan involuntariamente, ya en las figuras, ya en el arca.

Tan magníficos monumentos no son, sin embargo, mas que cenotáfios. Los restos de los reyes no estan dentro de estos mármoles labrados; descansan en sencillos ataudes bajo las bóvedas de un humilde enterramiento abierto al pié mismo de los sepulcros, debajo de las mismas losas del crucero. Yacen allí en la oscuridad padres é hijos; yacen allí monarcas de tres dinastías enlazadas en menos de un siglo para dar unidad á nuestra patria y elevarla á su mayor grandeza; yacen allí los últimos príncipes de la edad media y los que á la sombra de estos inauguraron la época moderna; yacen allí héroes y padres de héroes; reyes que jamas retrocedieron ante el peligro y reinas que consumieron su vida en el fuego de un amor profundo;

dos los dichos bultos, los hagais asentar en el dicho sitio á parescer de maestros como mejor les parezca; y para lo que á dichos maestros paresciere que costará el ornato é postura de los dichos bultos, hacédnoslo saver para que lo mandemos librar. Hecha en la cibdad de Granada á seis dias del mes de diciembre de mil é quinientos é veinte é seis años. Yo el Rey.—Por mandado de Su Magestad. Francisco de los Cobos.»

seres afortunados que al volver de sus batallas hallaron descanso en los brazos de otro ser querido, y almas cuitadas que apuraron la copa del sufrimiento sin hallar en el fondo ni aquel bienhechor letargo que el esceso del dolor suele llevar consigo; ¿á quién cabrá entrar en tan lóbrego recinto sin que le palpite el corazon al impulso de los mas opuestos sentimientos, sin que al tocar el plomo que cubre aquellos cuerpos y al recordar que ellos fueron los que salvaron de la anarquía feudal los pueblos, no sienta asomar en su frente la sombra del respeto y dispertarse en sus almas el agradecimiento, sin que se derrame una lágrima de sus ojos sobre el féretro de aquella gran princesa que oía por sí las quejas de sus súbditos y no vaciló en despojarse de sus joyas para llevar á cabo el pensamiento de un estrangero á quien acababan de despreciar todos los reyes, sin que se sienta triste y abatido sobre esa desdichada reina que, ébria de amor y *loca* de celos, pasaba la noche al pié de un puente levadizo esperando que rompiese el alba para ir sola y al través del mundo en busca de su adorado esposo, que, despues de muerto, veló aun al pié de él y no le dejó hasta ver caida sobre su ataud la losa de una tumba? Guarda tambien este enterramiento los restos de una niña: ¡ah! cuando acaba uno de recordar infortunios, ¿cómo no ha de bendecir la mano que la hundió en el sepulcro antes de haber llegado á la edad de las pasiones (1)? Mas salgamos de este oscuro panteon, volvamos á la luz; quedan aun monumentos que describir y estamos casi al fin de la jornada.

En un estremo de la ciudad, á la raiz de una colina por aquel punto árida y desierta hay una iglesia llamada S. Juan de los Reyes: y esta iglesia es tambien notable no solo por los recuerdos que contiene, sino hasta por la severidad de sus formas góticas, por sus reminiscencias árabes, por las piadosas leyendas esculpidas en sus fachadas, por el sentido profundo que encierra un cuadro del siglo XV, que es el que tal vez ha dado nombre á tan modesta fábrica. Una doble ojiva constituye sus antiguas fachadas; tres naves separadas por anchas columnas de que arrancan pesados arcos laterales, un humilde crucero y un presbiterio polígono de bóveda por arista, el interior del templo: una torre de planta cuadrada, en cuyos lados figuran ajimeces de doble arco festonado y altas fajas de toscos entrelazos

(1) Esta niña fué la princesa D.ª María, aunque algunos han creido equivocadamente que era este ataud el del infante D. Miguel.

árabes defendidas por los aleros de un tejado humilde, todo el adorno y la hermosura del esterior, donde no se levantan ya ni antepechos calados, ni agujas de crestería, ni pirámides sentadas sobre estribos y arcos botareles. No presentan novedad las portadas sino en unos versos escritos al pié de un S. Juan á quien van dirigidos (1), tampoco la presentan sus naves sino en un pequeño altar en que la mano del siglo XV pintó á D. Fernando y á D.ª Isabel orando de rodillas á Jesucristo que descansa exánime en el regazo de la Vírgen (2); mas la presenta su torre no solo en lo esterior, sino hasta en lo interior, donde una suave cuesta en vez de escalera conduce á un cuarto desde cuyas ventanas se descubre una de las mas pintorescas vistas de Granada. La ciudad, las frondosas alamedas del Alcázar, ese mar de verdura agitado por templadas brisas, sobre el cual estan flotando al parecer torres y muros. Es rica la ciudad en magníficos conjuntos (3); mas aun despues de haberlos admirado casi todos, se siente placer al contemplar tan grandioso panorama desde esta humilde torre, desde este minarete animado un dia por la voz del muezin y hoy por las campanas, hoy medio sumergido en una iglesia, y levantado ayer al pié de una mezquita bajo cuyas bóvedas puso D.ª Isabel la Cruz y dobló antes que nadie la rodilla. Minarete y templo estan como desiertos: su soledad, su silencio hacen sentir mucho ante ese vasto paisage, donde todo es luz y vida, donde la naturaleza y el arte se embellecen mútuamente, donde la historia lo cubre todo de recuerdos; de flores, la poesía.

(1) Dicen estos versos:

Præcursor Domini Martir Baptista Joannes
Accipe constructam sacram de marmore formam,
Quam formosus Thomas nobilis atque magister
Inhumile obsequium proprio de jure dicavit.

(2) En este cuadro la Vírgen lleva en la mano una cinta en que se lee: videte si est dolor sicut dolor meus et sentite in vobis: D.ª Isabel otra que dice: fac me, Domine virtutem pasionis tue imitari et fidem servare: D. Fernando otra que dice: per mortem filii tui delectet me labor tuus.

(3) El que se presenta desde S. Juan de los Reyes es ya muy bello; mas para gozar de uno de los mas notables de Granada es preciso pasar la inmediata Plaza Nueva y subir á una cuesta sita á la derecha de la calle de los Gomeles: vése desde ella parte de la ciudad, en medio la calle de los Gomeles, á la izquierda sobre el cerro de la Alhambra la sombría torre de la Vela y los Adarves, á la derecha las Torres Bermejas, en el fondo el palacio de Carlos V y la parroquia del mismo Alcázar, ante la cual se destaca la torre de la Puerta del Juicio. Véase la lámina.

Dib.º del nat.l por F. J. Parcerisa

Lit. de J. Donon.

VISTA DE LA ALHAMBRA LAS TORRES BERMEJAS Y CALLE DE LOS GOMELES

(Granada)

Quedan aun en el Albaycin otras iglesias de la decadencia gótica; pero ¿son acaso mas que reproducciones de este S. Juan de los Reyes? La doble ojiva concéntrica domina en casi todas las fachadas de esta época; un pequeño nicho con la imágen del Tutelar adorna casi todas sus cornisas. No se distingue de las demas portadas sino la de Sta. Isabel la Real, cuya ojiva recortada está abierta entre dos agujas de crestería debajo de pequeñas ornacinas en que figuran tres escudos de armas; y ni aun por esta circunstancia logra detener un solo instante las miradas del viajero. Es comun, vulgar, vulgarísima, tan vulgar como su interior, donde solo un arco ojival separa la nave y el presbiterio, donde solo llaman la atencion sus dorados techos de complicada ensambladura. Original no lo es sino su hermosa torre de ladrillo, torre de planta cuadrada esbelta como el álamo, ceñida de ajimeces encuadrados como los minaretes musulmanes, adornada de una cinta de piedras prismáticas como los monumentos bizantinos. Es elegantísima esta torre, elegante como ninguna otra de la ciudad, si se esceptúa la de Sta. Ana, cuyas lindas ventanas estan abiertas en recuadros de pintados azulejos. ¡Lástima que ni una ni otra formen parte de un templo proporcionado á su grandeza y su hermosura! Una iglesia homogénea de la época á que nos referimos no la hay ya en Granada para el que ha visto la Capilla Real y S. Juan de los Reyes: existen algunas naves góticas, mas ya no se entra en ellas sino al través de puertas romanas ó del renacimiento. Las festonadas ojivas de la nave de S. Nicolás, cuyas impostas estan pintadas de oro; las de la nave de S. Miguel el Bajo, sostenidas por medias columnas de capiteles cónicos; las de la nave de S. Cristóbal, que arrancan de los mismos muros y sostienen pesadas bóvedas de arista; los arcos trilobados de la nave de la Concepcion, sobre los que descansan tambien lunetos góticos; todas esas misteriosas curvas de la edad media estan precedidas de cimbras mas ó menos gallardas acompañadas de columnas y entablamentos greco-romanos, algunos dóricos, otros corintios, la mayor parte de rudas y bastardas formas. S. Luis y S. Gregorio conservan todavía sus portadas en ojiva; mas no por esto estan menos destituidos de interes: nada tienen bello sino sus techumbres de madera adornadas de los mas caprichosos entrelazos. Sujeta Granada al poder de los árabes hasta fines del siglo XV, tuvo muy poco tiempo para embellecerse con monumentos ojivales, y aun los que

dóricas, entre las cuales figuran tres puertas cuadrangulares, sostienen el entablamento de su primer cuerpo; ocho jónicas, entre las cuales estan abiertas tres ventanas coronadas de frontones, sostienen el entablamento del segundo. Cada grupo de columnas tiene su pedestal, cada puerta su fronton, cada pedestal y cada fronton sus figuras, sus medallones, sus relieves. ¿Qué poesía puede respirar esa estudiada distribucion de unos mismos elementos arquitectónicos? Si la escultura no hubiese venido á adornarla con elegantes composiciones alusivas á los triunfos de D. Carlos, se cruzaria indudablemente el umbral de esta portada sin detenerse apenas ni en sus columnas ni en sus frisos. La escultura es la que ha dado interes á esta portada. No se fijan los ojos en la parte puramente monumental, pero sí en los relieves de sus pedestales en que estan representadas batallas sangrientas, luchas de hombre á hombre, cañones, banderas, grupos de armas, matronas con ramos de olivo y corona de laurel sentadas sobre haces de lanzas y otros ricos trofeos á que pegan fuego dos brillantes genios. No se fijan los ojos en los frontones de las puertas, pero sí en las elegantes figuras echadas sobre sus dos lados, en los delicados relieves de sus airosas medallas, donde está reproducido ya un jóven guerrero, ya dos lindas cabezas de perfil, ya tres ginetes que corren seguidos de un perro y un escudero por áridos campos en que apenas descuella uno que otro arbusto y algun tronco de árbol. No se fijan los ojos en los capiteles ni en los marcos del segundo cuerpo, pero sí en los medallones de mármol blanco que adornan la parte superior de sus ventanas, medallones en que aparecen las armas imperiales entre un Hércules que sujeta al toro de Creta y otro que acaba de postrar al terrible leon de Nemea. Vistas estas figuras y relieves, vistos los de la portada meridional, magníficos trofeos alusivos á las guerras de Africa, puede ya el viajero retroceder: son no solo modestas, sino tambien mezquinas las demas portadas; es no solo incompleto, sino hasta falto de vida el interior: no se goza de nuevo, no se reciben nuevas impresiones, se pierden las ilusiones concebidas.

Grandes sensaciones no las ha de esperimentar ya el viajero sino en S. Gerónimo, templo arrogante que no es mas que un gran sepulcro, el sepulcro del héroe de los héroes de Castilla. Descúbrense los muros de este templo desde alguna distancia: la simple vista de su

esterior es ya imponente. Álzanse sobre las paredes de la nave, corridas de una doble cornisa y coronadas todas de gárgolas, las paredes del crucero; distínguese en ellas un inmenso escudo de armas sostenido por figuras colosales; y se empieza á presentir que hay algo de estraordinario bajo aquella ruda cubierta ennegrecida por los siglos. Una cúpula ceñida al parecer de torreones cubre el centro del crucero; un ábside de dos cuerpos cortada por grandes estribos crece al pié de la cúpula; y todo va dispertando el interes y aumentando la fuerza de los presentimientos. Divísase á poco en el primer cuerpo del ábside otro escudo que guardan dos guerreros armados de hachas, en el segundo un tarjeton apoyado en dos figuras que simbolizan la fortaleza y la justicia: la curiosidad, la inquietud crecen por momentos y llegan á su colmo. Se desea leer los caractéres entallados en la piedra, se siente hasta afan por descifrar la leyenda, y no se ve llegado el instante de estar junto al monumento. Se llega al fin, se fijan las miradas en el tarjeton, se leen las escasas palabras escritas en aquellos sillares oscuros... la sorpresa sucede entonces á la inquietud, el respeto al interes artístico. Los escudos de armas, el tarjeton, el templo entero, estan consagrados á la memoria de Gonzalo Fernandez de Córdoba, de aquel Gran Capitan que fué, como dice la misma inscripcion, terror de turcos y franceses (1).

Formó parte esta iglesia del antiguo convento de su mismo nombre, fundado en 1492 por el arzobispo de Granada. No estaban aun sino abiertos sus cimientos cuando murió aquel ilustre vencedor de Italia. Continuóse la obra, mas tan lentamente, que años despues no estaba aun ni mediada: pidióla entonces la viuda de Gonzalo al Emperador para enterramiento de su marido, la encargó á Diego de Siloe, y tuvo dentro de poco tiempo el placer de trasladar á lo alto de la capilla mayor los restos del gran héroe. No se construyó en aquel tiempo la fachada, mas se concluyó del todo el interior, que no deja de reflejar todavía su pasada magnificencia y su grandeza (2).

Consiste el interior de S. Gerónimo en una nave espaciosa, separada del presbiterio por un ancho crucero en que descansa sobre

(1) Léese en el tarjeton: Gonsalvo Ferdinando a Corduva, magno Hispaniarum duci, gallorum ac turcorum duci: A Gonzalo Fernandez de Córdoba, Gran Capitan de los españoles, terror de los franceses y los turcos.

(2) La portada, que es del orden dórico, no fué construida hasta el año 1591. Así se lee en el fronton de un nicho en que hay una imágen de S. Gerónimo.

cuatro arcos torales una gallarda cúpula. El coro, que está á la entrada, en alto, carga sobre tres arcos rebajados sostenidos por seis columnas; el resto de la nave, sobre una plena cimbra que interrumpe las aristas de la bóveda y comunica grandiosidad á todo el templo. No son menos soberbios los arcos del crucero apoyados en cuatro pilares á que estan adosadas bellas pilastras corintias: corren por su intrados tres líneas de casetones, y aparece en cada caseton una figura. La cúpula, cuyo pié es octógono, está cruzada por dos grandes fajas llenas tambien de bustos: cuatro figuras colosales ocupan otras tantas ornacinas en sus cuatro ángulos; otros tantos arcos profundamente alfeizarados sirven de marco entre ornacina y ornacina á ventanas cerradas por cristales de colores. En el presbiterio, la riqueza del arco de triunfo, las pinturas de las paredes, las complicadas labores del altar, que consta de cuatro cuerpos de distinto estilo, todo contribuye á completar el efecto del conjunto. Hay pocos templos de su época mas grandiosos ni mas ricos que este: en el crucero y en el presbiterio no solo estan pintadas al fresco las paredes, lo estan los pilares, lo estan hasta los techos. Brillan entre los colores la plata y el oro; campean en todas partes composiciones á cual mas atrevidas; bulle todo un mundo de figuras en los arcos torales y en la cúpula. Patriarcas, profetas, evangelistas, apóstoles, mártires, héroes griegos y romanos, mugeres célebres de la antigüedad, todos tienen allí su caseton ó su ornacina: descuellan entre las mugeres Judith, Abigail, Penélope, Artemisa; entre los poetas Homero; entre los capitanes Scipion, Pompeyo, Marcio; entre los mártires y santos S. Jorge, S. Martin, Sta. Catalina, Sta. Bárbara. Se quiso espresar de una manera elocuente la importancia de Gonzalo, y se evocó á todos los genios y héroes de la antigüedad sobre el mármol de su tumba. Todas las figuras del crucero y de la cúpula estan suspendidas sobre una sencilla losa (1) que blanquea entre las piedras del pavimento, sobre la losa que cubria los restos del Gran Capitan y de su esposa; todas las del presbiterio estan suspendidas sobre el lugar ocupado no ha muchos años por el mausoleo erigido á la memoria de tan audaz guerrero. Pensamiento verdaderamente noble y digno de un ar-

(1) En esta losa se lee: Gonzalus Fernandez de Cordova, qui propria virtute magni ducis nomen proprium sibi fecit, ossa perpetuæ tandem luci restituenda huic interea loculo credita sunt. Gloria minime consepulta.

tista que han venido á truncar la revolucion y el arte, aquella profanando el sepulcro y arrojando al viento las cenizas del héroe, y este arrancando del templo el cenotáfio para arrinconarlo como un objeto de curiosidad en el fondo del museo. Ni la losa de las tumbas, ni el respeto á la gloria han podido detener el paso de nuestras sangrientas revoluciones.

El artista que concluyó este templo fué el que trazó y construyó gran parte de la Catedral, monumento no tan poético pero mas vasto y de mas graciosas formas (1). Dividen esta Catedral en cinco naves cuatro series de pilares circuidos de columnas corintias, sobre cuyos altos entablamentos cargan los arcos que van á recibir las bóvedas. Un espacioso crucero, en cuyos estremos estan abiertas la puerta del Perdon y la de la Capilla de los Reyes, pone en comunicacion las naves con el presbiterio, cuyo arco de triunfo descansa soberbiamente en cuatro columnas, entre las que asoman puestas de rodillas las figuras de D.ª Isabel y D. Fernando. El pavimento es todo de mármol; las bóvedas de las naves, complicadas como las de las catedrales de la decadencia gótica; las paredes y la cúpula del presbiterio, ricas y elegantes. Está sostenida la cúpula por diez y ocho columnas, sobrepuestas unas á otras y separadas por un entablamento, cuya cornisa lleva sobre sí un balcon corrido; entre columna y columna hay en la parte inferior arcos, en la superior cuadros y ventanas con cristales de colores. Los capiteles estan todos dorados; los compartimientos de la bóveda, cuajados de molduras; el fondo del muro, ocupado por los retratos de los principales doctores de la Iglesia. Hay en todo el templo al rededor capillas altas y profundas, poco dignas generalmente de atencion por sus bellezas monumentales, pero casi todas notables, cuando no por la antigüedad de sus imágenes, por las apasionadas pinturas que las adornan, debidas muchas al pincel de artistas andaluces. Descuellan entre todas la mas antigua y la mas moderna: aquella por una figura de la Vírgen que ha santificado la tradicion y los retratos de los Reyes Católicos, esta por la riqueza de sus mármoles y el sepulcro de Moscoso, arzobispo

(1) Empezóse esta Catedral con el diseño y bajo la direccion de este Siloe el dia 15 de marzo de 1529, y se estrenó sin estar concluida el 17 de agosto de 1560. Falleció Siloe en 1563, y entró á dirigir la obra su discípulo Juan de Maeda, á quien sucedió Juan de Orea en noviembre de 1574. Prosiguióse la fábrica lentamente, y no estuvo concluida del todo hasta el año 1639.

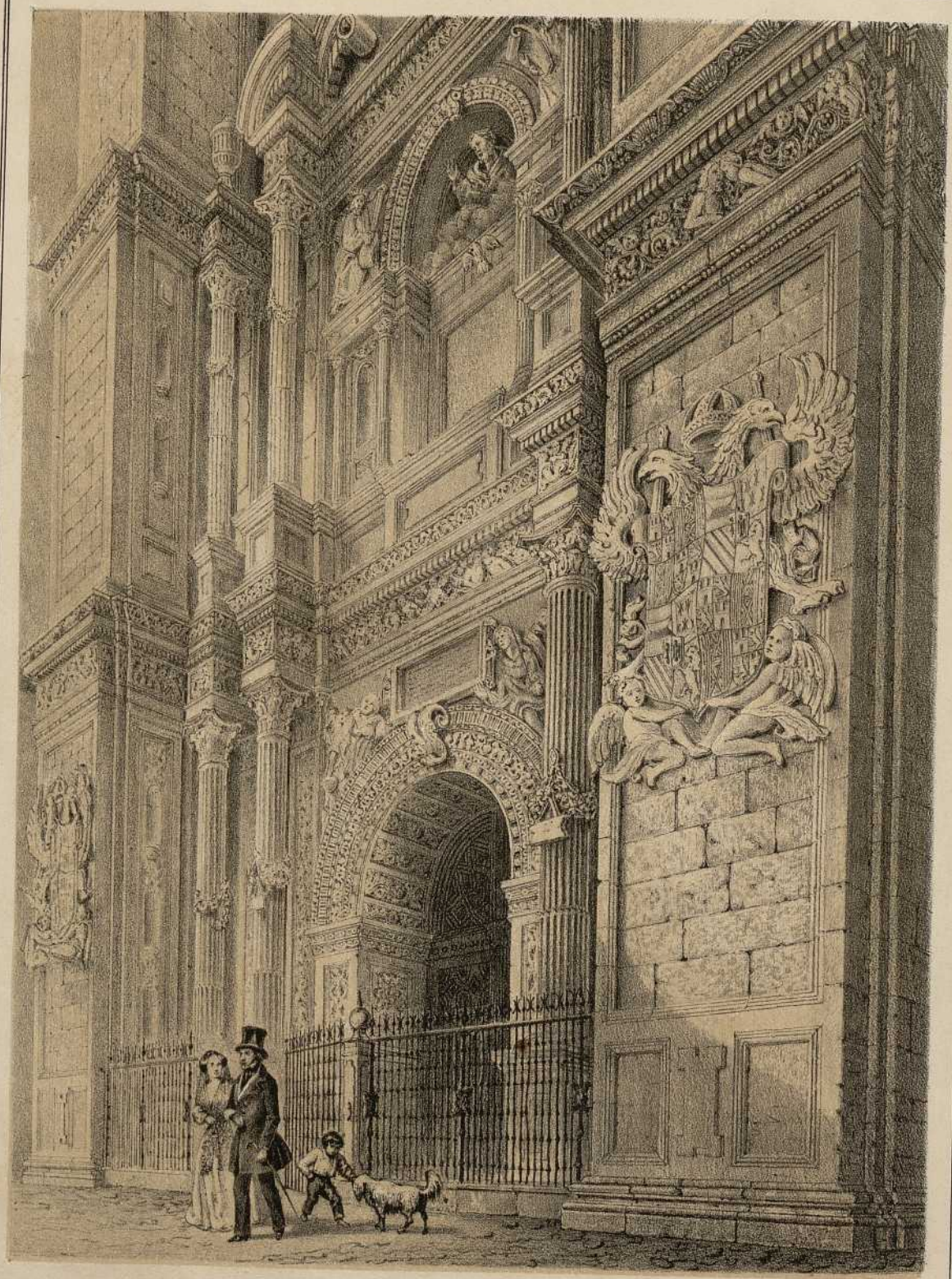
tan lleno de firmeza como de orgullo, que vino á hacer alarde de sus inagotables tesoros hasta en el fondo de su misma iglesia (1).

Opulencia la hay en casi todo el templo; pero no gusto ni correccion de estilo. Los pedestales de las columnas son curvilíneos y pesados; la elevacion de los entablamentos destruye el buen efecto que deberian producir sus arcos magestuosos; la hetereogeneidad de los adornos de la bóveda es demasiado marcada para que deje de esperimentar el artista una sensacion desagradable; el tabernáculo es mezquino para tan grande presbiterio. La fachada principal no solo no revela gusto; revela falta de inteligencia y de corazon en el que la concibió y la levantó de sus cimientos. Es una enorme masa de piedra que nada significa, es una triste confusion de líneas que no enlaza pensamiento alguno, es una mala página llena de pretensiones ridículas en que el autor ha creido poder suplir la falta de ideas con la brillantez y pompa del lenguaje. Atrevimiento artístico no lo hay en esta Catedral sino en la cimbra abocinada que sirve de arco de triunfo al presbiterio; elegancia no la hay sino en las proporciones generales de los diversos miembros arquitectónicos; belleza y gracia no la hay sino en la puerta del Perdon, puerta trazada y dirigida por el mismo Siloe, donde vemos en su apogeo la division y profusion de adornos que tanto caracterizan al renacimiento. Esta puerta es indudablemente bella. Su gallarda cimbra cubierta en su intrados y en su paramento esterior de riquísimas molduras, las figuras de la Justicia y de la Fé que sostienen sobre sus enjutas una larga inscripcion latina (2), las airosas columnas que se alzan á los lados ceñidas de

(1) Hay en esta capilla un medallon de cuatro varas y tercia de alto y dos varas y media tercia de ancho con tres cuartas de diámetro: es todo de mármol de una sola pieza y contiene una estátua grande de S. Miguel, modelada y cincelada por Juan Adam, escultor de cámara de Carlos IV. Cuentan en Granada que para la conduccion de la piedra en bruto se necesitaron muchas yuntas de bueyes y tuvieron que derribarse algunas casas de la ciudad, gastos todos que pagó de su propio tesoro el arzobispo. Indemnizó, segun dicen, con esceso á los dueños de las casas derribadas; dió muy buenos salarios á los conductores, y les cedió ademas las yuntas. Suponen que tenia una riqueza fabulosa; y da verdaderamente lugar á creerlo no solo esa magnifica capilla de S. Miguel, sino el delicioso palacio que hizo construir en Viznar, donde pasaba lo mas del año. Era descendiente de una de las familias mas ilustres y poderosas de la América Meriodional: murió en 24 de julio de 1811.

(2) Léese en esta inscripcion:

Post septingentos mauris dominantibus annos
Catholicis dedimus populos hos regibus ambæ;[1492]
Corpora condidimus templo hoc, animasque locamus



Dib.º del nat.l y lit.º por F.J. Parcerisa.

PUERTA DEL PERDON.
(Catedral de Granada)

guirnaldas de flores y coronadas de capiteles en cuyos ángulos brotan pequeñas figuras de entre hojas de acanto, el magnífico friso y la miniada cornisa de su entablamento, los grandes escudos de armas entallados en dos pilares muy salientes, las delicadas proporciones de su segundo cuerpo á que dan tanto carácter la figura de Moisés, la de David y la del Padre Eterno, todo lo que Siloe dejó completo contribuye á hacer de ellas una de las mas acabadas creaciones de la arquitectura plateresca.

¿Deberemos hablar ahora de la puerta del Sagrario? ¿de esa puerta que, aunque algo bella en su primer cuerpo, no es sino un juego de frontones sobre otro de columnas? ¿Deberemos hablar del Sagrario mismo, donde brilla mas la riqueza de los fundadores que el genio del artista? Despues de S. Gerónimo, despues de la Catedral, pocas páginas monumentales son ya dignas de la atencion del viajero. La Chancillería le detendrá ante su severa fachada y su elegante patio; S. Juan de Dios, ante su graciosa puerta de arco semicircular, abierta entre columnas corintias, en cuyos intervalos figuran las imágenes del santo Tutelar y un angel; el Salvador, ante la aérea cúpula que cierra su hermosa nave inundada de luz y cubierta de oro; la solitaria y medio arruinada Cartuja, ante las doradas claves de sus bóvedas, ante los lujosos mármoles de su santuario, ante su ebanistería de cedro, embutida de marfil y nácar, adornada de anillas de plata y embellecida con los mas finos cristales de Venecia; el pintoresco Sacro Monte, ante las profundas cuevas en que fueron sacrificados los primeros mártires del reino; la plaza del Triunfo, ante la magnífica columna levantada en honor de esa Vírgen pura que el Apocalipsis pinta vestida de sol, calzada de luna y coronada de estrellas; la plaza de Maiquez, ante el sencillo y poético monumento que han hecho elevar para recuerdo de ese grande artista dos actores que son aun hoy los mas fieles intérpretes de la poesía española (1); la contigua plaza de Bailen, ante otro monumento lúgubre

In cœlis, quia justitiam coluere fidemque.
Pontificem dedimus Fernandum nomine primum
Doctrinæ, morum, vitæque exemplar honestæ.

(1) En el pedestal de este monumento se lee en letras de oro: A la memoria de Isidoro Maiquez.—Fenelon, Rico hombre de Alcalá, Vano humillado.—Cain, Oscar, Hijos de Edipo.—Dedicado por Julian Romea, Matilde Diez y Florencio Romea.

y sombrío, consagrado á la memoria de una muger, víctima de su lealtad, mártir de las sangrientas discordias que agitan hace tantos años el suelo de la patria (1); mas no existe ya entre tantos monumentos ni uno solo que pueda satisfacer el sentimiento estético, ni uno solo que sea el reflejo fiel de su época, ni uno solo que hable directamente al corazon ni haga estremecer de amor ni de respeto al que atraviesa sus umbrales deseoso de recibir nuevas impresiosiones. La ciudad árabe está toda en la Alhambra; la ciudad cristiana, en la Capilla de los Reyes; la ciudad de los héroes, en el panteon de S. Gerónimo; despues de haber divagado por aquellos salones silenciosos, despues de haber orado al pié de esos sepulcros, despues de haber doblado la rodilla sobre el mármol que cubrió las cenizas de Gonzalo, fuerza es ya que dejes Granada, lector, si deseas conservar con toda su fuerza las sensaciones que ha dispertado en tí la vista de tan antiguos monumentos. ¿Te es acaso doloroso dejar la ciudad? Entra entonces de nuevo en el seno de sus frondosas alamedas, abre tu corazon al sentimiento, da vuelo á tu fantasía, recuerda lo pasado, agrupa á tu alrededor las ruinas en que te inspiraste, rasga si puedes el porvenir de ese pueblo sobre cuya frente pesa hoy la mano de un fatal destino. Llevarás mucho mas vivo el recuerdo de esa ciudad querida; y cuando despues de haber visto las que baña el Guadalquivir con sus aguas cristalinas te pregunten por la reina de la poesía y la hermosura, dirás como nosotros: ¡es Granada!

(1) Llamábase esta muger D.ª Mariana Pineda. Entró en una conspiracion contra el gobierno absoluto, y consintió en morir antes que denunciar á ninguno de sus cómplices.

FIN.

RECTIFICACION. Página 178, línea 30 de la nota, *dice* D. José Moya: *léase* D. Francisco de Moya y Bache.

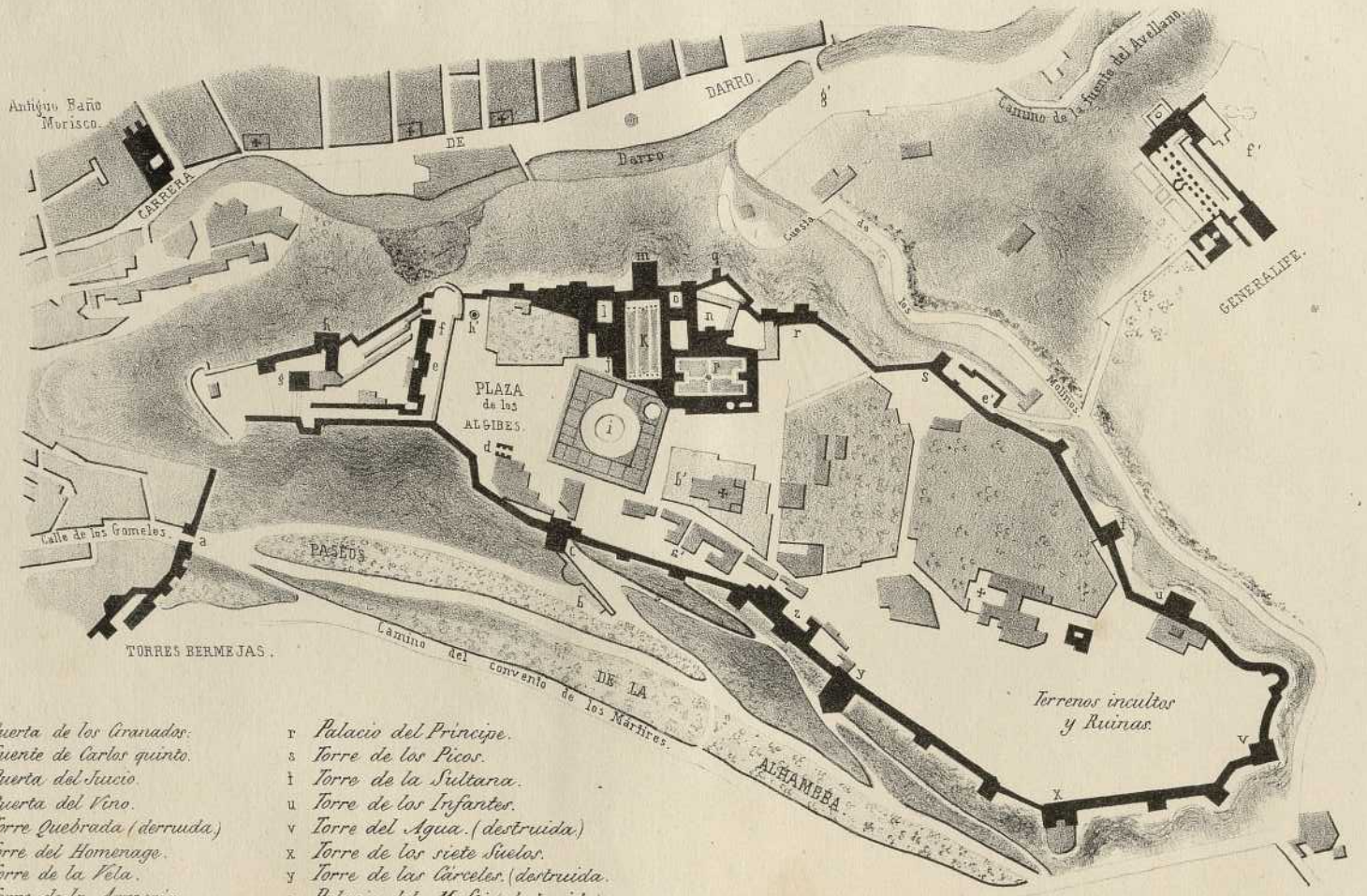
Indice de los capítulos contenidos en este tomo.

	Páginas.
Al reino de Granada. Introduccion. . .	1
Capítulo I. — Geografía antigua de las cuatro provincias.	7
Capítulo II. — Historia de las tribus granadinas desde la entrada de los fenicios hasta la conquista total de España por los romanos.	15
Capítulo III. — Historia de las tribus granadinas durante el Imperio. — Introduccion del Cristianismo. — Concilio Iliberitano.	24
Capítulo IV. — Invasiones de los bárbaros.—Entrada de los árabes. . . .	36
Capítulo V. — Historia de estas provincias desde la invasion de los árabes hasta la caida del Califato de Córdoba.	43
Capítulo VI.—Reyes que hubo en estas provincias despues de la caida del Califato.	60
Capítulo VII. — Levantamiento de estas provincias contra los almoravides. — Entrada y triunfo de los almohades. .	70
Capítulo VIII. —Batalla de las Navas de Tolosa.	82
Capítulo IX. — Importancia de la batalla de las Navas. — Descripcion del lugar en que fué dada. — Recuerdos. — Ligeras pinceladas sobre los pueblos de los alrededores.	97
Capítulo X. — Campañas de Fernando el Santo.	104
Capítulo XI. — Descripcion de los lugares conquistados por S. Fernando en las provincias granadinas. —Andújar, Arjonilla, Arjona, Martos.	125
Capítulo XII. — Jaen, Baeza, Úbeda. .	155
Capítulo XIII. — Fundacion del reino de Granada. — Mohamed el Ahmar. . .	220
Capítulo XIV. — Mohamed II. — Mohamed III. — Nasar.	233
Capítulo XV. — Abu el Walid Ismail. — Mohamed ben Ismail.	251
Capítulo XVI. — Yusuf Abu el Hagiag.— Mohamed V. — Ismail II. — Abu Said.	261
Capítulo XVII. — Yusuf II. — Abu Abdala. — Mohamed VI. — Yusuf III. . .	272
Capítulo XVIII. — Mohamed VII. — Mohamed VIII. — Yusuf IV. — Mohamed IX. — Aben Osmin. — Mohamed X. .	281
Capítulo XIX.—Archidona.—Antequera.	292
Capítulo XX. — Advenimiento de Muley Hacen al trono de Granada.—Conquistas de este Rey. — Primeras empresas de los Reyes Católicos. — Conquista definitiva de Alhama. — Descripcion de esta plaza. — Guerras civiles de Granada. — Conquista y descripcion de Ronda. — Muerte de Muley Hacen. — Proclamacion de Abu Abdala el Zagal. — Conquista y descripcion de Loja y otros pueblos. — Proclamacion de Boabdil.	304
Capítulo XXI. — Conquista de Málaga, Baza, Guadix, Almeria, Almuñecar, Salobreña y otros pueblos. — Monumentos notables que se conservan en aquellas ciudades. — Recuerdos históricos.	325
Capítulo XXII.—Situacion de Boabdil.— Tala de la Vega de Granada. — Sitio y entrega de esta ciudad. —Ojeada sobre sus monumentos árabes.—Alhambra.— Generalife.	353
Capítulo XXIII.— Capilla Real.—S. Juan de los Reyes. — Casa de los Tiros. — Palacio del Emperador. — S. Gerónimo.—Catedral.—Ojeada rápida.—Conclusion.	405

Pauta para la colocacion de las láminas.

Babuchero de la Sala de la Barca en la Alhambra. . . . . *Portada.*
Peña de Martos desde la cruz del Lloro. . . . . *Pág.* 151
Jaen. 170
Interior de la Catedral de Jaen. . . . 173
Puerta de la Virgen del Pópulo en Baeza. 196
Esterior de la Cárcel de Baeza. . . . 198
Ruinas de la iglesia de S. Francisco en Baeza. 201
Iglesia de S. Pablo en Úbeda. 212
Barrio de Santiago en Guadix. . . . 331
Casas naturales abiertas en las terreras. id.
Málaga. 335
Puerta de la Alcazaba en Málaga. . . 336
Catedral de Málaga, puerta de las Cadenas. 340
Murallas árabes en Almería. 346
Almería. 350
Chaparrales de Diezma. 352
Camino de la fuente del Avellano. . . 364
Cuesta de los Molinos en Granada. . . 365
Vista de la Alhambra desde los nopales del Sacro Monte. . . . . id.
Los Hornajos camino del pico de la Veleta. . . . . id.
Casa del Chapiz en el Albaycin. . . . 366
Casa árabe en el Albaycin. . . . . id.
Baños árabes. . . . . *Pág.* 367
Puerta Monáica. 368
Puerta del Juicio en la Alhambra. . . 374
Patio de la Alberca. 377
Balcon de la Sala de Embajadores. . . 380
Alicatados de la Sala de las Dos Hermanas. id.
Detalles núm.° 9. . . . . id.
Detalles núm.° 1. 381
Entrada al patio de los Leones. . . . 382
Detalles núm.° 3 y 4. . . . . id.
Patio de los Leones. 384
Detalles núm.° 5 y 6. . . . . id.
Sala de los Abencerrages. 386
Detalles núm.° 8. 387
Detalles núm.° 2. 388
Jardin de Lindaraja. . . . . id.
Interior de la torre de las Infantas. . . 397
Torre de los Picos. 398
Paseos al rededor de la Alhambra. . . id.
Jardin del Generalife. 399
Recuerdos de Generalife. 400
Algibe en el Albaycin. 403
Capilla Real. 405
Calle de los Gomeles. 410
Puerta del Perdon. 419
Plano de la fortaleza de la Alhambra. . . . . *Final del tomo.*

PLANO de la Fortaleza de la ALHAMBRA.



a *Puerta de los Granadas.*
b *Fuente de Carlos quinto.*
c *Puerta del Juicio.*
d *Puerta del Vino.*
e *Torre Quebrada (derruida.)*
f *Torre del Homenage.*
g *Torre de la Vela.*
h *Torre de la Armeria.*
i *Palacio de Carlos quinto.*
j *Entrada actual del palacio morisco.*
K *Patio de la Alberca.*
l *Patio de la Mezquita.*
m *Torre de Comares.*
n *Jardin de Lindaraja.*
o *Patio de los Baños.*
p *Patio de los Leones.*
q *Tocador de la Reina.*
r *Palacio del Principe.*
s *Torre de los Picos.*
t *Torre de la Sultana.*
u *Torre de los Infantes.*
v *Torre del Agua. (destruida.)*
x *Torre de los siete Suelos.*
y *Torre de las Cárceles. (destruida.*
z *Palacio del Mistí. (destruido.)*
a' *Puerta del Carril.*
b' *Parroquia de Stª Maria de la Alhambra.*
c' *Convento de San Francisco.*
d' *Ruinas de un edificio Arabe.*
e' *Puerta de hierro.*
f' *Jardines del Generalife.*
g' *Paseo nuevo del Darro.*
h' *Grande Cisterna.*

Lista de los Sres. Suscritores á este tomo.

MADRID.

SS. MM. la Reina y el Rey, por 6 ejemplares, cooperando á esta publicacion con el importe de 200.
S. M. la Reina Madre.
Sr. D. Ildefonso Perez.
Sr. D. Ildefonso Lopez.
Sr. D. José María de García Aguirre.
Sr. D. Francisco Alonso Rubio.
Sr. D. Joaquin Costa Gonzalez.
Sr. D. José María Lopez.
Sr. D. José María Lis.
Sr. D. Constantino Gorman.
Sr. D. Marcelino Insaurriaga.
Sr. D. Genaro Perez de Villaamil
Sr. D. Rafael Peral.
Sr. D. José Salcedo.
Sr. D. Antonio Serrano.
Sr. D. Mariano Sanchez.
Excmo. Sr. Duque de Abrantes.
Sr. D. Joaquin Navarro Sangran.
Sr. D. José Mariátegui.
Sr. D. José Alejandro Alvarez.
Sr. D. Manuel María de Murga.
Sr. D. Benito Picabea.
Sr. D. Pablo Janer.
Sr. D. Segismundo Martin.
Sr. D. Rafael Quintin de Tejada.
Sr. D. Juan María Lopez de Casas.
Sr. D. Antonio Palomares.
Sr. D. Silvestre las Heras.
El Ateneo.
Sr. D. Melquiades de Unceta.
Sr. D. Hilario Casaley.
Excmo. Sr. Duque de Villahermosa.
Sr. D. Juan Mendiolagoitia.
Sr. D. José Prada.
Sr. D. José Ardisoni.
Sr. D. Miguel de Gorfia.
Sr. D. Calixto Zavala.
Sr. D. Joaquin Merás.
Sr. D. Joaquin Safortesa.
Sr. D. Joaquin Alonso Rubio.
Sr. D. Juan Pablo Pascual.
Sr. D. Pascual Madoz, por 2 ejemplares.
Sr. D. Antonio María Gutierrez.
Sr. D. Basilio Roldan.
Sra. D.ª Sebastiana Gomez.
Sr. D. José Castañon.
Sr. D. Rafael de Quillamas.
Sr. D. José García.
Sr. D. Eduardo Verdes.
Sr. D. José Sanchez Barriga.
Sr. D. Ramon de Trias.
Sr. D. Ignacio de la Peña.
Sr. D. Ramon Echevarría.
Sr. D. Francisco Iraola.
Sr. D. Cayo Escudero.
Sr. D. Francisco Javier Losada.
Sr. D. Valentin Carderera.
Sr. D. Santiago María Pascual.
Sr. D. Federico Muntadas.
Sra. D.ª Francisca de la Vega.
Sr. D. Vicente de la Fuente.
Sr. D. Francisco Valdemosa.
Sr. D. Eusebio Tapia.
Sr. D. Crispin Sandoval.
Sr. D. Domingo del Monte.
Sr. D. Epifanio Iglesias.
Sr. D. Andrés Lavella.
Sr. D. Andrés Larreta.
Sr. D. Felipe Villarubia.
Sr. D. Ramon Depret.
Sra. Marquesa de la Cañada, viuda de Eroles.
Sr. D. Pedro Severo Robles.
Sr. D. José Zorrilla.
Sr. D. Juan de Dios Ibañez.
Sr. D. Benito Masen.
Sr. D. Juan Facundez.
Sr. D. Manuel Gomez.
Sr. D. Lucas Rojas.
Sr. D. Nicolás Soto.
Sr. D. Manuel Cribel.
Sr. D. Matías Nieto.
Sr. D. Martin Rodon.
Sr. D. Juan Buytrago.
Sr. D. Manuel Barriozabal.
Sr. D. Antonio Sanz.
Sr. D. José de la Torre.
La Biblioteca de la Universidad.
Sr. D. Federico de Madrazo.
Sr. D. Manuel Villaronga.
Sr. D. Juan Prada.
Sr. D. Ramon Elegalde.
Sr. D. Pedro Alonso Riberon.
Sr. D. José Perez.
Sr. D. José Bouchet.
Sr. D. Hilario Cisneros Saco.
Sr. D. Francisco Servet.
Sr. D. Bartolomé Obrador, Director general del cuerpo de Sanidad militar.
Sr. D. Mariano Lidon.
Excmo. Sr. D. Alejandro Mon.
Sr. D. Manuel Melgar.
Sr. D. Joaquin Reguer.
Sr. D. Juan Güelbenzu.
Sr. D. Alejandro Ribadeneyra y Quiroga.
Srr D. Pablo Heredia.
Excmo. Sr. Marques de Santiago.

Sr. Dalborgo di Primo, Baron del Asilo.
Sr. D. Eugenio Ochoa.
Sr. D. Joaquin Lario.
Excmo. Sr. Marques de Miraflores.
Sr. D. Buenaventura Siquert.
Illmo. Rmo. Obispo de Palencia.
Sr. D. Joaquin Tarrius.
Sr. D. Angel Peralta.
Sr. D. Ramon Angles.
Sr. D. José Joaquin Baillo, residente en Belmonte.
Sr. D. Carlos Eyzaguierre.
Sr. D. José Alvarez.
Sr. D. Vicente Delgado.
Sr. D. Lucas Rojas.
Sr. D. Federico Perez y Campuzano.
Sr. D. José Galvez.
Sr. D. Rafael Solarzano.
Sr. D. Mariano Lerroux.
Sr. D. N. Escobar.
Sr. D. Antonio Santander, ex-Abad del Escorial.
Sr. Conde de Darnius, residente en Ciudadela de Mallorca.
Excma. Sra. Condesa de Montijo.
Excmo. Sr. Duque de Osuna.
Sr. D. Francisco Vives, residente en Melilla.
Sr. D. Vicente Castelló.
Sr. D. Joaquin Rubió, residente en Valladolid.
Sr. D. Sebastian Miró.
Sr. D. Diego Barroso.
Sr. D. N. Solorzano.
Sr. D. Policarpo Duclós.
Sr. D. Bonifacio Martin Lázaro, residente en Avila.
Sr. D. Ildefonso Vidal.
Sr. D. Juan Bautista Escayola.
Sr. D. Juan Cormina, residente en Burgos.
Sr. D. Antonio Rubio.
Sr. D. Agustin Fernandez.
Sr. D. Pascual Castro.
Sr. D. Casimiro Monier, por 2 ejemplares.
Sr. D. Eusebio Valldeperas.
Sr. D. Saturnino Fernandez.
Sr. D. Rafael Dias Sarrado, Catedrático del Instituto de Toledo.
Sr. D. Baltasar Saldoni.
Sr. D. Agustin Fernandez.
Sr. D. Juan Felipe Martinez.
Sr. D. Santiago Cáceres.
Sr. D. Pascual Castro.
Sr. D. José Cerdá.
Sr. D. José Pereyda.
Sr. D. Torcuato Tárrago y Mateos.
Sr. D. Joaquin Gamboa.
Sr. D. Luis de Acemar.
Sr. D. Ramon Acero.
Sr. D. José Cabañas.
Sr. D. Antonio Lallave.
Sr. D. Felipe Caramanzana.
Sr. D. Saturnino Fernandez, residente en Toledo.
Sr. D. Genaro Castañon.
Sr. D. Domingo Rigal.
Sra. D.ª María Josefa Miró.
Sr. D. N. Pascual.
Sr. D. Luis Martin.
Sr. D. José Velez Prieto.
Sr. D. Anacleto de Mingo.
Sr. D. Luis Torres.
Sr. D. Mariano de la Roca.
Sr. Conde de Venadito.
Sr. D. José García.
Sr. D. José Fabrés.
Sra. D.ª Teodora Lamadrid.
Sr. D. Anselmo Rosales.
Sr. D. Fernando Vedoya.
Sr. D. Marcelino Travieso.
Sr. D. Justo Javier Anciain.
Sr. D. Fulgencio Faquineto.
Sra. Viuda de Barzanallana.
Sr. D. José Gomez.
Excmo. Sr. D. Javier de Quinto.
Sr. D. Juan de la Roca Santi Petri.
Sr. D. Claudio Brochero.
Sr. D. Cornelio Cintron.
Sr. D. Enrique Arantade.
Sr. D. José Pascual.
Sr. D. Francisco de Paula Luque Berjel.
Sr. D. Teodoro de Montes.
Sr. D. Manuel Delgado.
Sr. D. Bartolomé Fanés.
Sr. D. Juan Moreno.
Sr. D. Nicolás Sicilia.
Sr. D. José Justo Gonzalez.
Sr. D. Modesto Lafuente.
Excmo. Sr. D. Fermin Arteta.
Sra. D.ª Luisa Iyañez.
Sr. D. Camilo Mojon y Llovés, Presbítero, Caballero de la Real y distinguida orden de Carlos III, y de la Americana de Isabel la Católica, Regente de segunda clase de religion y moral, Examinador sinodal de varios obispados, &c.
Sr. D. Fernando Alvarez.
Sr. D. Eugenio Azpiroz.
Sr. D. Benito Vicens.
Sr. D. Nemesio Piñango.
Sr. D. Ramon Puix.
Sr. D. Martin Tovar y Tovar.

BARCELONA.

Sr. D. Rafael Bruguera.
Sr. D. Domingo Támaro.
Sr. D. Francisco Pou.
Sr. D. Antonio Bolart.
Sr. D. Gerónimo Cahué.
Sr. D. Ramon Pou.
Sr. D. José Ramon Boza.

Sr. D. Pascual Novas.
Sr. D. Francisco Javier Moreu.
Sr. D. Pedro Alcántara de Rocabruna.
Sr. D. Onofre Batista.
Sr. D. José Planella.
Sr. D. Juan Soler.
Sr. D. José Vilar.
Sr. D. Ramon Vilanova.
Sr. D. Ramon Taxonera.
Sr. D. Jaime Fustagueras.
Sr. D. Onofre Alsamora.
Sr. D. Francisco Lagarsa.
Sr. D. José Serra y Calsina.
Sr. D. Ramon de Bacardí.
Sr. D. José Nolla.
Sr. D. José María de Molina.
Sr. D. Antonio Rovira y Trias, por 3 ejemp.
Sr. D. Juan Planas y Colom.
Sr. Conde de Llar.
Sr. D. José Ginestá.
Sr. D. Bernardo Fargas.
Sr. D. José Puixgarí y Llobet.
Sr. D. Ramon Roig y Rey.
Sr. D. Joaquin María de Dou.
Sr. D. Pedro Vives.
Sr. D. Buenaventura Duran.
Sr. D. Ginés Arimon.
Sr. D. Francisco Ubach.
Sr. D. Francisco Buxó y Oliana.
Sr. D. José Elías.
Sr. D. Angel Canaleta.
Sr. D. José María Ortega.
Sr. D. Juan Prat.
Sr. D. José Carreras.
Sr. D. Antonio Fargas.
Sr. D. José Manuel Planas.
Sr. D. Andrés Arnaiz.
Sr. D. Mariano Font.
Sr. D. Joaquin Cortada.
Sr. D. Juan Barret.
Sr. D. Gaspar Picañol.
Sr. D. Juan Pera.
Sr. D. Carlos Pons.
Sr. D. Joaquin Fors.
Sr. D. Manuel Ferrer.
Sr. D. José María de Miguel.
Sra. D.ª Eulalia Torres.
Sr. D. José Oriol Ferrer.
Sr. D. Juan Sastre.
Sr. D. Esteban de Ferrater.
Sr. D. Juan Rosich.
Sr. D. Jaime Vidal, por 2 ejemplares.
Sr. D. Joaquin Basora.
Sr. D. Miguel Martorell.
Sr. D. José Parés.
Sr. D. Melchor Bofill.
Sr. D. Domingo Ametller.
Sr. D. Narciso Soler y Perich.
Sr. D. Ramon Pasqués.
Sr. D. Joaquin Abat.
Sr. D. Ramon Mascaró.
Sr. D. Mariano Poudevida.
Sr. D. Ignacio Fontrodona.
Sr. D. Joaquin de Oriola.
Sr. D. José Riera.
Sr. D. Federico Carreras.
Sr. D. José Sirvent.
Sr. D. José Masdeu.
Sr. D. Fernando Moragas.
Sr. D. Nicolás Planas.
Sr. D. Mauricio Vilumara.
Sr. D. Melchor Ferrer.
Sr. D. José Oriach.
Sr. D. Joaquin Ayerbe.
Sr. D. Severo Soler.
Sr. D. Jaime Baulenas.
Sr. D. Ramon Muns.
Sr. D. Juan Guañabens.
Sr. D. Isidro Amiguet.
Excma. Sra. Condesa viuda de Fuentes.
Sr. D. Miguel Clavé.
Sr. D. Juan Mañé y Flaqué.
Sr. D. Ignacio Sagarra.
Sr. D. Antonio Camps.
Sr. D. Luis Balart.
Sr. D. Isidoro Angulo.
Sr. D. Juan Cruells.
Excmo. Sr. Baron de la Barra.
Sr. D. José Portabella.
Sr. D. Juan Nadal y Plandolid.
Sr. D. Serafin Sanmartí.
Sr. D. Ramon Galvez.
Sr. D. Ignacio Girona.
Sra. D.ª Carmen Constantí.
Sr. D. Bernardo Puix.
Sr. D. Manuel Minguell.
Sr. D. José de Martí y de Cardeñas.
Sr. D. Mariano Fullá, Presbítero.
Sr. D. Francisco Miguel.
Sr. D. Francisco Viñeta.
Sr. D. Ignacio Padró.
Sr. D. Jacinto Campresiós.
Sr. D. José Simó.
Sr. D. Manuel Mauri.
Sr. D. José Oriol Mestres.
Sr. D. Constantino Gibert.
Sr. D. Pompeyo Serra.
Sr. D. Mariano Ribas.
Sr. D. Julio Audinot.
Sr. D. Francisco Gonzalez.
Sr. D. José Roura.
Sr. D. Próspero de Bofarull.
Sr. D. José Rodons.
Sr. D. Buenaventura Solá y Amát.
Sr. D. Antonio Solá y Amát.
Sr. D. Juan Ignacio Puiggarí.
Sr. D. Manuel Saurí.
Sr. D. Francisco Coll y Carcasona, Promotor fiscal.
Sr. D. Pedro Caballé.

Sr. D. Cayetano Ballesté.
Sr. D. Jaime Cladellas.
Sr. D. José Serdá.
Sr. D. José Bosch.
Sr. D. Narciso Inglada.
Sr. D. Antonio Lavedan.
Sr. D. Ramon Barrera.
Sr. D. José Massó.
Sr. D. José Ferrerons.
Sr. D. Manuel Terraiz.
Sr. D. Perfecto Roberto.
Excmo. Sr. Duque de Solferino, Conde de Centellas.
Sr. D. Eusebio Pasarell.
Sr. D. Fernando de Sagarra.
Sr. D. Francisco Vila.
Sr. D. José Grás.
Sr. Marqués de Vall-mayor.
Sr. D. Silvestre Collar.
Sr. D. Cayetano de Villaronga, Baron de Segur.
Sr. D. José Pujol.
Sr. D. Mariano Lluch.
Sr. D. Pablo Enrrich.
Sr. D. Felix Hernandez.
Sr. D. Jaime Janer.
Sr. D. Joaquin Borrás.
R.do D. José Peira, Presbítero.
Sr. D. Antonio Brusi.
Sra. D.ª Monserrate de Figarola.
Sr. D. Juan Padrós.
Sr. D. Diego de Moxó.
Sr. D. Luis Rigalt.
Sr. D. Juan de la Peña.
Sr. D. José María de Babot.
Sr. D. Jaime Capó.
Sr. D. Joaquin Negre.
Sr. D. Joaquin Fiol.
Sr. D. Pablo Pi.
Sr. D. Miguel Quitart.
Sr. D. Joaquin Quitart.
Sr. D. Ramon de Siscart.
Sr. D. José Corominas.
Sr. D. Antonio Martí.
Sr. D. Lorenzo Utzem.
Sr. D. Antonio Pons.
Sr. D. Joaquin Mas y Fontana.
Sr. D. Domingo Talarn.
Sr. D. Juan Francisco Rivera.
Sr. D. Juan Lleonart.
Sr. D. José Lleonart.
Sr. D. Jacinto Ribas y Agustí.
Sr. D. Casto Martinez.
Sr. D. Ramon Freixas.
Sr. D. Miguel María de Borrás.
Sr. D. Enrique Disdier.

BAEZA.

Sr. D. Manuel Alhambra y Jareño, por 7 ejemplares.

BILBAO.

Sr. D. Manuel María de Murga.
Sr. D. Timoteo Loyzaga.
Sr. D. Salustiano de Zubiria.
Sr. D. Mariano Barraguren.
Sr. D. Pedro Errazquin.

ALICANTE.

Asociacion de Amigos.
Sr. D. Manuel Capdevila.
Sr. D. Francisco París.
Sr. Conde de Santa Clara.
Sr. Marques de Algorfa.
Sr. D. Antonio Saltero.
Sr. D. Lorenzo Novella.
Sr. D. Miguel Carratalá.
Sr. Conde de Casa Rojas.
Sr. D. Francisco Triay.
Sr. D. Vicente Palacio.
Sr. D. Benito Guillon.

ALMERIA.

Sr. D. José Leal de Ibarra, Administrador de Correos.
Sr. D. José D'Spenser y Ponce.
Sr. D. José Falconi del Castillo.
Sr. D. José Cappa.
Sr. D. Francisco de Paula Gomez, Arcediano.
Sr. D. Carlos Fornovi, Interventor de Correos.

CADIZ.

Sr. D. Joaquin del Cubillo.
Sr. D. José Elizalde.
Sr. D. José María Sta. Cruz.
Sr. D. Manuel José de Porto.
Sr. D. Manuel Ruiz.
Sr. D. Francisco Morante.
Sr. D. Carlos Tacciola y Bruso.
Sr. D. Manuel Franco.
Sr. D. José Urmeneta.
Sr. D. José Joaquin Malancó.
Sr. D. Mateo Cabrera.
Sr. D. José Isasi.
Sr. D. Rafael Colarte.
Sr. D. Manuel María del Campo.
Sr. D. Cayetano José de Arenas.
Sr. D. Luis Saboqui.
Sr. D. Ramon Cozar.
Sr. D. Carlos Gozolo.
Sr. D. Manuel Roca.
Sr. D. Manuel Quintana.
Sr. D. José Manzano.
Sr. D. Antonio María del Campo.
Sr. D. Santiago Mosquera.
Sr. D. José Flerranz.
Sr. D. Antonio Machado.
Sr. D. Luis Aquilera.
Sr. D. Antonio Godinez.